



LOS FULARES ROJOS

Frédéric H. Fajardie

Lectulandia

A mediados del siglo xvii, y durante la minoría de edad de quien sería coronado como Luis XIV, Francia se enfrenta a uno de los períodos más turbulentos de su historia cuando el partido de la Fronda se levanta en armas contra el cardenal Mazzarino y obliga a la corte a huir de París. Solo un conde audaz, el general de artillería Loup de Pomonne y su improvisada tropa, los «Fulares Rojos», parecen capaces de sacar al monarca de una situación desesperada.

Lectulandia

Frédéric H. Fajardie

Los fulares rojos

ePub r1.0

libra 21.04.2015

Título original: *Les Fourlards Rouges*
Frédéric H. Fajardie, 2001
Traducción: Ma. Carmen Llerena del Castillo

Editor digital: libra
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Francine, mi amor
Para Thomas y Stephan Fajardie
A la memoria de mis padres*

Primera época

Calle del fin del mundo

Diciembre de 1648...

Hacía una noche inquietante.

Pesadas nubes ocultaban la luna intermitentemente, y el viento hacía crujir las ramas de los árboles del inmenso bosque, añadiendo una nota siniestra a la negrura reinante.

Un cazador furtivo de oído fino levantó la cabeza, con los cinco sentidos alerta, como un zorro olisqueando la dirección del viento.

Un ruido lejano, extraño e inusual a esa hora tardía, lo intrigó. Se acercó con paso prudente al camino real, procurando quedar oculto detrás del tronco macizo de un viejo roble.

A medida que se hacía más nítido, y con una rapidez sorprendente, el estruendo se volvía más extraño. Golpes sordos, rítmicos, casi metálicos. El hombre se acurrucó; el miedo se apoderó de él.

Dos jinetes del Apocalipsis pasaron como una exhalación, aferrando las bridas escarlatas de sus monturas y seguidos por una carroza maciza tirada por seis caballos exhaustos, con la cabeza baja, los ojos enloquecidos y las narices espumeantes. El cochero, en pie, azotaba a los desgraciados animales, que no tenían más remedio que ir todavía más deprisa.

Luego, antes siquiera de que se depositara el polvo levantado, la singular comitiva desapareció, como si fuera un convoy fantasma; pero el ruido no cesó, puesto que, como una discreta escolta, veinte mosqueteros la seguían de lejos y pasaron al galope.

El hombre, incrédulo, parpadeó: ¿qué había visto? Si hubiera debido responder, habría hallado cierto apuro en pronunciarse: unos caballeros intrépidos, la carroza de un señor poderoso, magníficos caballos a los que no vacilaban en agotar para ganar unos minutos, un numeroso grupo de mosqueteros...

El hombre reflexionó, seguro de que olvidaba algo apenas entrevisto.

Aquello le irritó: sus peligrosas actividades requerían una memoria excelente secundada por un sentido agudo de la observación; si eso le fallaba, los soldados del rey no tardarían en ponerle en el cuello una gruesa soga de cáñamo. ¿Cuántos cuerpos de cazadores furtivos había visto pudrirse, por ejemplo?

Cerró los ojos y se esforzó por recordar la escena.

Entonces se acordó: ¡los escudos de armas! Los escudos de las puertas de la carroza habían sido cubiertos con un lodo oscuro que no dejaba adivinar nada, apenas el contorno.

Se preguntó por el propósito de aquello. Preocupado, el hombre cruzó con prudencia el camino real y decidió volver a casa atajando lo más posible.

Aun así, y a su pesar, la cuestión le obsesionó. ¿Por qué un señor tan importante, duque, mariscal, cardenal, tal vez de sangre real, intentaba ocultar sus escudos, aunque podía sentirse en su casa en todo el reino de Francia?

Tal vez los disturbios de París... O la interminable y amenazadora guerra contra los españoles; o bien esas ejecuciones rituales de las que tan poco se sabía, a no ser el estado aterrador de los cadáveres.

El hombre se persignó con fervor y se adentró en las profundidades del bosque.



Los dos jinetes que abrían la marcha llegaron con la brida baja, saltaron de las monturas y, mientras uno de ellos sostenía firmemente las riendas de los caballos, su compañero, a toda prisa, golpeó con el puño enguantado la puerta de roble de una choza.

La carroza llegaba ya, sin los mosqueteros, que habían quedado unos centenares de metros atrás.

La escena pareció detenerse unos instantes: un hombre sostenía los caballos con rigidez de estatua; el otro, con el puño levantado, estaba a punto de llamar de nuevo; el cochero, que había bajado de un salto, en pie delante de la puerta de la carroza, aguardaba para abrirla una señal que no llegaba.

Oyeron voces procedentes del interior de la choza, luego ruido de pasos. Por fin se abrió la puerta y apareció una mujer sin edad, tuerta, con el cabello enmarañado y muy mal tipo. Detrás de ella, un hombre de elevada estatura, manos de leñador y rostro comido por la viruela apareció como una sombra.

La miserable pareja ignoraba la identidad del señor que aguardaba en su carroza. Si la hubieran conocido, a pesar de sus pasados de crímenes y violencias, sin duda habrían palidecido antes de poner pies en polvorosa a través del sotobosque, y abandonado el oro que les entregaban profusamente por el cometido que cumplían; pues se trataba de uno de los mayores nombres del reino de las flores de lis.

Se oyó un murmullo procedente de la carroza, el cochero abrió la puerta con una profunda inclinación y salió una criatura tan extraña que la naturaleza no podía haberla producido, ni siquiera en sus desarreglos extremos.

Sin duda, el ser al que rodeaban con tanto respeto y misterio era un hombre, a juzgar por sus ropas de corte masculino, confeccionadas en un raso azul pálido, realzado por bordados de oro y esmeraldas. Pero toda certeza era imposible, pues su rostro se encontraba oculto tras una máscara de plata maciza ceñida en la nuca por una banda de oro sobre su peluca empolvada.

La máscara era espantosa por su vulgaridad y, a la vez, su completa falta de expresión. Rasgos lisos, sin arrugas, casi estilizados, y que más bien se dirían propios del arte pagano; se sabe que los crueles artesanos bárbaros imprimen a veces a su talento la marca de una neutralidad desconcertante.

El hombre de la máscara de plata avanzaba pesadamente.

A todas luces, su paso no era el de un hombre joven; pero, en una criatura llena de artificios, cabía preguntarse si se trataba de otro engaño.

En cuanto cruzó la puerta de la choza, los dos jinetes se situaron a los dos lados para impedir el paso y sacaron la espada con un movimiento parecido.

Un rayo de luna que cromaba la escena adquirió por un instante el reflejo del metal de las espadas y, presa del miedo, una lechuza que observaba dio un grito siniestro.

El señor, sorprendentemente irritado, se volvió vivamente hacia la rapaz nocturna y su mirada, con toda certeza, la localizó de inmediato a pesar de la rejilla de ramas que la ocultaba casi por entero.

«¡Este hombre es el diablo!», pensó la mujer tuerta, pero se esforzó por sonreír al decir:

—Hoy monseñor estará satisfecho. ¡Más aún que la vez pasada!

Luego, inclinándose, dejó paso a la criatura de la máscara de plata, que cruzó el umbral, seguida del cochero, portador de una bolsa de cuero rojo.

El hombre del rostro comido por la viruela cerró la puerta tras de sí.

En el exterior, los dos hombres de las espadas se situaron enseguida espalda contra espalda para defender mejor el lugar.

Dentro de la choza, la pieza era pobre, como lo son a menudo los sitios de paso, reconocibles por la frialdad del mobiliario.

Una cortina de terciopelo rojo ocultaba un rincón y, mientras el extraño y rico personaje, impaciente, repiqueteaba con las uñas —que llevaba muy largas— en una mesa coja, la tuerta tiró del paño con un gesto brutal.

Apareció una forma humana, envuelta y encapuchada con una larga capa púrpura, que avanzó titubeando hasta el centro de la pieza empujada por la horrible tuerta.

El silencio pesó durante unos instantes. Luego, la criatura de la máscara de plata le señaló la silueta al cochero quien, con un gesto amplio, le arrancó la capa púrpura.

No se puede oír un grito mudo, sofocado, pero sí percibir la emoción. No había más que ver al poderoso señor, el cual, con mano nerviosa, se acariciaba el mentón de metal precioso.

El cuerpo de la muchacha de grandes ojos de gata asustada y cabello de un rubio veneciano evocaba una obra de arte de Praxiteles, y las manos rudamente atadas a la espalda debían de actuar sobre la máscara de plata como una invitación a los mayores excesos.

El hombre dio una vuelta alrededor de su temblorosa presa asintiendo satisfecho con la cabeza, indiferente al terror de la muchachita, que murmuraba:

—¡Piedad, señor, piedad!

El de la máscara de plata, irritado, se volvió hacia la tuerta y dijo con voz aguda:

—¡Que manden callar a esta pordiosera de una vez!

El hombre del rostro comido por la viruela abofeteó a la joven y su llanto animó

al bruto enmascarado, que se frotó los dedos con un gesto extraño, como hacen las moscas con las patas delanteras.

Con un índice ligero, recogió una de las lágrimas de la joven y la llevó a su boca de plata, asintiendo con la cabeza como un experto.

Durante ese rato, el cochero había abierto la bolsa de cuero rojo y dispuesto sobre la mesa una serie muy variada de estiletes y afilados cuchillos de metal precioso.



El de la máscara de plata se acercó, observó los instrumentos con gravedad y cogió algunos con la mano antes de decidirse por un estilete en forma de sierra dentada.

Hizo un gesto con la cabeza al cochero; éste se remangó y dejó al descubierto un antebrazo atravesado por unas diez largas cicatrices.

Con un rápido gesto, amplio pero seguro, el de la máscara de plata cortó profundamente la carne ofrecida y la sangre manó en abundancia. Sin dejar el estilete, él contemplaba la sangre, absolutamente fascinado y casi en letargo.

Por fin, se recuperó y se volvió hacia la joven; ella chilló enseguida, mientras la mano del hombre picado de viruela la amordazaba.

Este detalle apenas pareció molestar al de la máscara de plata, que observaba a su presa con admiración:

—¡Cuánta vida bulle en ti, pequeña! ¡Cuánta insolencia! ¡Ah, tengo que matarte: éste es el remedio!

Con una serie de mínimos gestos extraordinariamente precisos, rajó el pecho de la muchacha, quien, bajo los efectos del dolor, consiguió liberarse por un instante para soltar un grito atroz.

Fuera, los dos guardaespaldas, presas del espanto, cruzaron una larga mirada. Habían sido escogidos, como oficiales disfrazados de paisanos, por su fidelidad infalible.

Pero eso no les impedía pensar, pues uno de ellos murmuró a media voz:

—¡Qué capullo!

El otro observó la luna, como si esperara alguna respuesta del astro muerto, y luego, mirando a su compañero con una compasión abrumadora, respondió:

—No hemos oído nada.

—¡Yo sí lo he oído! —insistió el otro.

—No hemos oído ese grito y yo no he oído tus palabras. —Vaciló un instante, luego añadió—: Si quieres vivir, camarada, aprende a no saber nada de las debilidades de los poderosos que dirigen el mundo.

No oyó nada más que los gruñidos de placer del hombre de la máscara de plata, que jugaba con el estilete con la soltura que confiere la costumbre.

2

—¡Ya debería estar aquí! —exclamó con tono impaciente, acentuado por un fuerte acento italiano, el hombre de las mejillas empolvadas y los labios cubiertos de un carmín que se desbordaba cómicamente sobre su cuidado bigote. A no ser por ese detalle, la púrpura de su ropa cardenalicia se conciliaba con una elegancia, seducción y encanto que no se debían del todo a la naturaleza.

El cardenal Giulio Mazzarino, primer ministro del reino de Francia, miraba fijamente a su confesor, el padre Angelo, quien respondió con voz suave:

—Vendrá. Es el único que os es fiel con tanto desinterés. Recordadlo, Vuestra Eminencia: lo ha rechazado todo. Tierras, cargos, recompensas. Incluso creo haber visto que al insistir le ofendíais.

—¡Pero si no insistí más de la cuenta! —replicó vivamente el cardenal.

Sus relaciones con el padre Angelo, por su constancia y antigüedad, evolucionaban hacia una relativa familiaridad, pero había que ver en ello también el aspecto práctico del asunto.

No obstante, a veces el cardenal se complacía llamando al orden a aquel a quien consideraba casi como un amigo.

Si es que su extraordinario poder le permitía tener alguna amistad.

Ante aquella idea, Mazzarino se encogió de hombros. Allí donde iba, se le presentaban cortejos de solicitadores, desde magistrados indóciles al parlamento hasta los más poderosos señores. Lo halagaban para despreciarlo en cuanto él daba la espalda. Desde el boticario hasta el de sangre real, todos lo intentaban con los panfletos y otros libelos, los famosos «Mazzarinades», que circulaban por París burlándose de su acento italiano.

Era más grave que algunos autores anónimos presentaran a la reina Ana de Austria como su amante sumisa.

Ahuyentando esta idea, Mazzarino se atusó el bigote con un dedo suave y dijo, pensativo:

—Un hombre así es demasiado valioso, debería hacer que le protegieran.

—¡Pero él os ha demostrado de forma admirable que sabe defenderse como cuatro! —respondió el padre Angelo.

—¡Es verdad! —observó Mazzarino, al recordar lo sucedido algunos meses atrás, aquel día de agosto de 1648 en que debía morir.

Era...



Lo cierto era que se habían guardado bien de difundirlo: que cuatro asesinos hubieran podido introducirse en el Palacio Real podría dar ideas a muchos otros.

Y es que, por lo que se refería al poder real, vacilante, las cosas se deterioraban.

Nada más previsible, en el fondo. A la muerte de Richelieu y del rey Luis XIII, el delfín y futuro Luis XIV^[1] sólo tenía cinco años; eso, por lógica y tradición, reclamaba la institución de una regencia.

¡Un periodo peligroso, sin rey!

Mazzarino lo había comprendido perfectamente. Y en el consejo de regencia, reunido en vida de Luis XIII, no faltaban ambiciosos.

De entonces databa el primer acto político de la reina, hábilmente aconsejada por Mazzarino. Un acto indispensable, pero que desencadenó la tormenta. Apoyándose muy excepcionalmente en el parlamento, había revocado la decisión de Luis XIII, disuelto el consejo y ejercido sola la regencia, secundada por su primer ministro.

Una determinación brutal.

La reacción no tardó en producirse. Con murmuraciones o a grandes gritos, según se fuera humilde o poderoso.

Y el reino, el parlamento, las provincias y los grandes señores, excitados por una muchedumbre de agitadores, manifestaban su hostilidad.

En el exterior, la guerra. A la muerte de Luis XIII, en 1643, duraba ya ocho años... y todavía proseguía. España, la ineludible y católica España, atacaba por el sur, pero también por el norte y el noreste, desde sus antiguas conquistas. Como si esta desgracia no bastara, se había aliado a la otra rama de los Habsburgo, la poderosa familia que reinaba en Austria.

Y la guerra no venía sola. Traía hambruna y epidemias, dejaba los campos completamente desolados y miles de cadáveres putrefactos.

El pueblo se quejaba peligrosamente. Los nobles, sarcásticos, aguardaban el desenlace de los acontecimientos. Los burgueses se lamentaban al constatar el hundimiento del comercio. Los magistrados del parlamento atizaban las brasas. En cuanto a la Iglesia, sus príncipes y sus humildes vicarios consideraban una traición imperdonable las alianzas que la Francia de Mazzarino había establecido con los países protestantes para combatir con la santa España católica.

¡La Fronda!

Este nombre, unido a los «acontecimientos», venía del juego peligroso muy apreciado entre los jóvenes, que se ensayaba en los amplios fosos de la capital.

Una Fronda parlamentaria, sí, y hasta ahora contenida.

Ya en febrero de este año 1648, el parlamento había manifestado su enfado, ordenando arresto tras arresto, eliminando privilegios, atreviéndose a reunirse en la cámara San Luis con la pretensión de trabajar para reformar el Estado, despidiendo a los intendentes del reino y creando una cámara de justicia a su gusto.

¡Y hubo que ceder!

Claro, la victoria de Lens sobre el ejército español había devuelto el brillo al blasón real. Con la rapidez del rayo, Mazzarino había sacado provecho inmediatamente del acontecimiento: tedeum en Notre-Dame para celebrar la victoria del reino de las flores de lis por un lado, arrestos de los enemigos parlamentarios por

otro.

Una apuesta arriesgada... y perdida.

El 27 de agosto, París se llenaba de barricadas. Fue forzoso, con gran pesar, liberar al popular consejero Broussel y al presidente Blancmesnil.

¡Ceder! ¡Ceder de nuevo!

París resultaba tan poco seguro que fue prudente evacuar a la corte en desgracia hacia Rueil.

¡Siempre ceder!

En este país antiguo en derecho divino, dar el poder al parlamento y regresar a París pegado a las paredes.

Y de nuevo, al final de diciembre, nada funcionaba. Pronto sería necesario partir nuevamente y llevarse a la reina y el delfín por caminos malos al castillo de Saint-Germain-en-Laye.

El cardenal, un hombre guapo, casi al final de los cuarenta, se sentía viejo. Un escudo irrisorio contra los burgueses ruidosos de la Fronda parlamentaria y los señores felizmente estúpidos que soñaban con una vuelta a tiempos pretéritos, a una Francia feudal repartida entre grandes familias.

Pero si los gritones del parlamento y los príncipes comprendían que Giulio Mazzarino, cardenal y primer ministro, era su enemigo común, todo estaría perdido.

¡Para siempre!

El cardenal se estremeció.

—¿Su eminencia tiene frío...? ¡Este año diciembre es helador! —aventuró el padre Angelo.

Sin embargo, Mazzarino ni siquiera lo oyó, perdido en sus oscuros pensamientos.

Viejo, sí. Deteriorado. Cansado. Cada vez se hacía con más frecuencia esta pregunta lacerante: «¿Qué he hecho de bueno?», antecámara de una abyecta renuncia a todo lo que había hecho su vida: mantener el reino al nivel notable al que lo había elevado su predecesor, Richelieu. Mantenerlo y, si era posible, acrecentarlo más todavía para volverlo a poner algún día en manos de Luis, Luis XIV, muchacho del que esperaba hacer un gran rey.

Entonces poco importaban su pena y su fatiga. Él no se concedía el derecho de la fatiga, eso era todo.

—¡La suerte está echada, el asunto cerrado! —murmuró él. Y tanto peor para sus sueños personales. Tanto peor para el amor que profesaba por la reina, en la que, con mucha frecuencia, demasiada, sólo veía como mujer. Una mujer a la que amaba con pasión. Tanto peor si, por falta de tiempo y serenidad, este amor que deseaba carnal no había pasado hasta entonces de la etapa de la complicidad... a veces muy tierna.

Pero, para durar, había que vivir. Y en la fase más violenta de las barricadas, en agosto, habían querido matarlo en el Palacio Real.

¡Si los cuatro matones —todavía se preguntaba quién los había pagado— hubieran conseguido su propósito...!

Por lo demás, prodigiosamente informados como estaban, habrían debido conseguirlo. ¡A no ser por ese inopinado y fabuloso azar!

Mazzarino revivió la escena. La puerta oculta por la cual él había dejado los aposentos de la reina, después de haber conversado secretamente con ella sobre los graves acontecimientos. El padre Angelo, que lo aguardaba en un pasillo oscuro. En fin, la galería desierta adonde salieron sin sospechas...

Los cuatro hombres habían salido de detrás de los pilares, con la espada en mano.

Mazzarino, sin armas, se había vuelto hacia el padre Angelo, que extrajo entre los pliegues de su sotana... ¡un crucifijo!

Era bien poco, casi una solemne bobería, no casaba con el carácter gravísimo del asunto. Sobre todo porque el cardenal creía en Dios, sí, pero... razonablemente.

Y luego, de pronto, como si el crucifijo enarbolado tuviera por fin un efecto, había surgido la alta silueta oscura, con botas hasta las rodillas, el fieltro con plumas de ala calada sobre los ojos, una larga capa negra sobre los hombros...

Increíble.

Por puro placer, olvidando por unos instantes al hombre que esperaba —aquel mismo hombre—, Mazzarino revivió con el pensamiento la continuación de los acontecimientos...

3

Se supo más tarde, lo cual aumentó considerablemente sus méritos, que el hombre de la larga capa temblaba de fiebre después de un largo viaje que lo traía de los campos de batalla del Norte.

Inmóviles y sorprendidos, los cuatro asesinos habían mirado al recién llegado.

—¡Vamos a matar a ese cerdo italiano! —había gritado uno de ellos.

Otro, con tono alegre, preguntó:

—¿Eres uno de los nuestros, camarada?

Mazzarino, que sabía que era impopular por incomprendido, no dudó que el desconocido surgido por azar se uniría a aquella gentuza.

Casi resignado, vio que el hombre hacía revolotear su capa negra y se quitaba con mucha elegancia su gorro marino adornado con plumas de un blanco inmaculado y de un rojo sangre antes de llevar la mano a la espada.

El recién llegado tenía algo intrigante. Desprendía una impresión de fuerza temible, un encanto extraño y, *al contrario*, engendraba un temor indefinible.

¿Qué se podía decir?

Un hombre de elevada estatura, de anchos hombros y torso poderoso. El cabello ya canoso, escaso por encima de la frente y simplemente peinado hacia atrás en cola de caballo. Un rostro de mejillas hundidas, pómulos salientes. Rostro más inquietante todavía por sus ojos negros, muy fijos. Una mirada de una dureza que inspiraba temor.

Pero decididamente, en este hombre de contrastes, nada parecía adquirido cuando una sonrisa, apenas esbozada pero de gran encanto, atenuó la primera impresión.

Y detrás de la sonrisa, cuando habló, unos dientes muy blancos, como de hombre muy joven, con la particularidad de que tenía las dos paletas superiores muy separadas, rareza que los supersticiosos llaman «dientes de la buena suerte».

El desconocido, con la espada en la mano, se enfrentó a los cuatro agresores:

—Señores asesinos, cuatro contra un cardenal desarmado y un viejo cura no parece empresa muy honrosa.

El que parecía el jefe palideció y se enfureció:

—Imbécil, ¿por qué te metes? Éste es Mazzarino, el que se tira a nuestra reina. La ha envenenado con su cola y nosotros vamos a cortársela.

—¡Qué idea tan estúpida! —constató sobriamente el desconocido, mientras cortaba el aire con la espada, delante de él.

El gesto había sido extraordinariamente rápido, preciso, maestro. Todo, desde la fuerza del brazo hasta la ligereza de la muñeca, mostraba a un temible duelista. Pero si para los asesinos, el resultado del asunto no parecía comprometido por ello, por lo visto tendrían que pasar por encima del cadáver de aquel hombre que quería impedir que asesinaran en paz a un primer ministro.

En una última tentativa de intimidación, el jefe de los cuatro hombres preguntó:

—¿Tenemos derecho a saber a quién vamos a matar?

Un brillo de regocijo bailó un instante en la mirada sombría y febril del desconocido:

—Vais a matar a Loup de Pomonne, conde de Nissac... O, vive Dios, será él quien os mate.

El cardenal recobraba esperanzas. Unas esperanzas moderadas: uno contra cuatro, el enfrentamiento parecía arriesgado.

Sin embargo, al mismo tiempo, su prodigiosa memoria se ponía en marcha, pues ese nombre no le resultaba desconocido...

¡Nissac...! Loup de Pomonne, conde de Nissac. Un teniente general de artillería. En Lens cobró fama por salvar con la espada en la mano sus cañones amenazados por la infantería española.

¡Loup de Pomonne, conde de Nissac!

Una nobleza antigua y de muy alta alcurnia, sombría, que no frecuentaba la Corte y vivía en su rudo castillo medieval, frente al mar, en la tierra de Normandía, cerca de Saint-Vaast-La-Hougue y Barfleur.

¡Por supuesto! Una larga línea de gloriosos marinos, la mayoría desaparecidos en el mar o muertos en combate. Uno o dos almirantes, un abuelo que se negó a abandonar su navío acribillado por todos lados por los cañones de la flota anglo-holandesa que había destruido la escuadra de Tourville a una o dos leguas del castillo natal, casi ante los ojos de su esposa.

Mazzarino se acordaba de esa historia legendaria que tanto hizo llorar a las damas de la Corte. El conde de Nissac, solo en su barco, enloquecido, con el sable en la mano, desaparecía entre llamas y olas de espuma al grito de «¡Mierda a Inglaterra!», ante los ojos de su jovencísima mujer.

Y un padre que había desaparecido con su fragata, la *Dragon Vert*, a lo largo de las Indias orientales. La madre de Loup de Nissac había muerto de pena y al niño de diez años huérfano le había hecho jurar que no serviría nunca al rey en un navío.

El heredero de los temibles marinos había mantenido la promesa y se había convertido en general de artillería.

Pero se llamaba Loup, lobo, como esos animales de orejas siempre derechas que saben hacer frente a la muerte.

De pronto, el cardenal se sintió tranquilo. Quizá su defensor mordería el polvo con el cuerpo agujereado, pero habría sido un acto bello.

Que el último señor de Nissac, actualmente sin descendientes, pusiera su vida en peligro por él, reconciliaba a Mazzarino con la nobleza, la verdadera, la nobleza de espada que se remontaba a san Luis, que servía con valor, evitaba la futilidad de la Corte, no sabía bailar el minueto ni el *passe-pied*, y sin embargo no ignoraba nada del honor después de tanto tiempo.

Se inició el combate.

Si se puede decir así, pues, con sólo extender un brazo, Nissac ya había matado a

un hombre. En guardia de nuevo, extendió el brazo contra el adversario y un segundo agresor se derrumbó.

Olvidando que su vida dependía del resultado de la lucha, el cardenal observaba fascinado las maneras del señor de Nissac. Según sabía, había algo de arcaico en ellas, y sin duda un componente manierista. Nissac luchaba a la antigua, como en tiempos del rey Enrique IV, pero su secreto no se parecía a nada conocido. Mataba al abrirse para el combate. En unos segundos, y siempre de la misma manera, golpeando de estocada, punzando con la punta de la espada larga y fina la carótida del adversario.

Pero ya no había adversarios por ningún sitio. Sólo cuatro cadáveres en medio de grandes charcos de sangre tapizaban las baldosas frías del Palacio Real.

El conde de Nissac ya envainaba la espada y, agachándose, recogía la capa negra y el sombrero marino de plumas blancas y rojas.

Emocionado, el cardenal dio un abrazo al conde y dijo, mirándole a los ojos:

—Pedid, señor, se hará lo que deseéis.

El conde de Nissac esbozó una sonrisa educada:

—Vuestra Eminencia... Pertenezco al ejército del príncipe de Condé y venía a petición suya a hacer un informe de la situación de... —Vaciló, como si le pareciera que su respuesta no tuviese relación con la situación, y luego acabó—:... la artillería real.

—Lo entiendo, conde, pero no es eso lo que os pido. ¿Qué queréis?

—No quiero nada, Vuestra Eminencia.

Incrédulo, Mazarino lo observó.

—¿Cómo? Al arriesgar la vuestra, salváis la vida del hombre más odiado del reino, cuando muchos otros se habrían unido a los asesinos, ¿y no pedís nada?

Durante unos instantes, el conde de Nissac acarició las bonitas plumas rojas y blancas de su sombrero marino con los ojos bajos y la expresión atormentada.

Cuando levantó la vista, al cardenal sus ojos le parecieron sombríos; buen conocedor de los hombres, notó en su salvador una cólera sorda que aumentaba a gran velocidad.

Sin embargo, cuando habló su voz era tranquila, y el cardenal admiró la manera como Nissac dominaba sus sentimientos:

—Vuestra Eminencia comprenderá sin duda que he satisfecho las exigencias del honor y el gusto por la justicia. Por tanto, podríamos llegar a un acuerdo en admitir que mi comportamiento, lejos de ser en modo alguno admirable, es el más natural para un caballero... —Vaciló y continuó—: O para cualquier hombre.

La observación asombró al cardenal, pues le pareció completamente inusual en un noble, a menos que fuera filósofo. Nissac seguía, implacable:

—Si Vuestra Eminencia recompensa de alguna forma lo natural, ¿dónde hallará bastantes tesoros para colmar a los que lo superan?

Mazarino se dio cuenta de que Nissac se tambaleaba ligeramente:

—¿Estáis herido, conde?

El otro esbozó una pálida sonrisa.

—El viaje desde los ejércitos ha sido largo, y creo que estoy aquejado de disentería.

—¡Haré que os curen!

—Ni hablar, Vuestra Eminencia. Mi oficial de escolta, el teniente Sébastien de Frontignac, se encarga de ello.

Le enseñó una cajita de corladura y siguió:

—Necesito dormir, en cuanto haya rendido cuentas al príncipe de Condé.

Intrigado, Mazzarino preguntó:

—¿Y qué ha escondido en esa caja misteriosa vuestro oficial de escolta?

El conde de Nissac esbozó una franca sonrisa que lo rejuvenecía y le valió, además de la gratitud, desde ese momento y para siempre la simpatía del primer ministro:

—Sangre de liebre secada al sol y una mezcla de vino tinto al que se añade... que Vuestra Eminencia me perdone... heces de perro que no hayan roído más que huesos durante tres días. Debo beber esta mezcla al mismo tiempo que vierto en mi boca el contenido de una ampolla de leche que ha hervido y se ha enfriado de nuevo echando cantos rodados muy calentados al fuego.

Vaciló un instante y continuó, sin dejar de sonreír:

—Dos veces al día, por la mañana y por la noche.

El cardenal, a punto del ataque de risa, exclamó:

—¡Pero si vuestro hombre es un brujo! ¡Y de la peor especie posible!

—Frecuenta la iglesia con piedad, pero en estas cosas resulta bastante sorprendente —respondió Nissac, riendo.

—¿Y vos le creéis?

—Ese hombre hace maravillas, Vuestra Eminencia. Curaos rápido, conde de Nissac, así... o como sea. Y no volváis a la guerra sin venir a verme.



No obstante, el conde se marchó al ejército sin despedirse del cardenal, actitud que éste atribuyó al pudor de su salvador, el cual respetó.

Pero ahora las cosas se ponían feas y el cardenal había mandado buscar al conde de Nissac al ejército.

Lo esperaban de un momento a otro, pues Mazzarino había encargado al marqués d'Almaric que le abriera camino.

El maestro vidriero había aceptado los términos del pacto y, por primera vez en los seis meses que «trabajaba para ellos», había conseguido no vomitar al ejecutar el «encargo».

Lo había pagado caro, y de forma definitiva, como todas las mutilaciones, pero la contrapartida, importante, lo tranquilizaba: nunca, nunca más sus seis hijos pasarían hambre ni frío. Es más, se convertirían en partidos casaderos.

Alguna vez, en medio de la noche, se despertaba de un sobresalto, con la frente inundada en sudor, recordando la manera en que le habían arrancado la lengua, por medio de un hierro al rojo vivo.

Pero con su consentimiento.

Como ya no podía hablar ni sabía escribir, sus implacables arrendadores tenían la seguridad de que se llevaría su terrible secreto a la tumba.

La innoble tarea todavía lo aterraba, pero menos que al principio. En seis meses era ya la quinta vez.

El maestro cristalero trabajaba con ahínco, con el rostro iluminado por el resplandor rojo del horno, los dedos quemados, y con cristales de arena blanca muy finos incrustados bajo las uñas.

Dos hombres de buena estatura, que parecían oficiales vestidos de paisano, le llevaron las angarillas y, siguiendo las consignas estrictas y precisas que el maestro vidriero daba por gestos, depositaron el cuerpo entre dos paredes de vidrio.

Luego, el artesano procedió a poner la tapa, operación delicada que le exigía cerca de dos horas.

Para acabar, dirigió una mirada satisfecha a los dos hombres que aguardaban, imperturbables.

Secándose la frente con el dorso de la mano, hizo una serie de señales que indicaban que el trabajo estaba terminado y que podían llevárselo.

Los dos oficiales, los mismos que servían como guardaespaldas a la máscara de plata, cruzaron una mirada y el maestro vidriero, que creyó ver en ella un abatimiento fugaz, bajó los ojos para no manifestar ningún sentimiento.

Le habría gustado, no obstante, que le devolvieran la lengua por unos instantes. Se le ocurrían preguntas, pero sabía que hubieran quedado de todos modos sin respuesta.

Cada uno de los hombres agarró un extremo del ataúd de vidrio y, con una antorcha en la mano, el maestro vidriero los guió para abrirles la puerta del taller.

Hacía frío.

La noche, ventosa y negra, no inspiraba confianza.

Aguardaba el carro de paredes de gruesa lona, con el techo recubierto de varias capas de tela destinadas a amortiguar el traqueteo del camino.

Justo cuando el ataúd de vidrio pasaba delante del maestro vidriero, el resplandor

del hogar mezclado con el de la antorcha despidió un fulgor dorado y el hombre echó una última mirada a la desgraciada criatura que reposaba dentro.

Intactos, sólo quedaban la hermosa caballera de un rubio veneciano y un triángulo de pelo púbico. Ningún elemento permitía atribuir una edad a los pobres despojos, pero el maestro vidriero veía instintivamente a una muchachita, como las que la habían precedido.

Una vez el ataúd estuvo depositado con mil precauciones en el carro, uno de los hombres tomó las riendas y el otro se puso delante a caballo, con la espada en la mano, aferrando las bridas muy separadas.

La siniestra procesión iba al trote, el carro era tirado por dos fuertes caballos castrados, sin nervio.

Pronto, cuando doblaron un recodo tras un grupo de sauces, el camino quedó desierto y el hombre de la lengua arrancada volvió a estar solo delante de la puerta de su taller clandestino.

Respiró profundamente el aire de la noche, suspiró y entró de nuevo al interior, donde el hogar despedía un calor agradable.

Con cierta repulsión, vació la bolsa ventruda que había dejado uno de los hombres y contó lentamente las monedas de oro.

Suponían la solución a los problemas que hasta hace tan poco consideraba insuperables. Aunque con ello perdía su alma y, además, toda su confianza en la naturaleza humana.

Pensativo, observó el resplandor del horno. Su mirada quedó fija largo rato, tan asustado estaba ante la idea de las llamas del infierno, en las que imaginaba que quemaría para toda la eternidad.

Para acabar, con un esfuerzo de voluntad, resopló.

¿Para qué intentar entender? Ahí estaba la obra de Satán, su nuevo amo, y la idea perversa del demonio no puede ser accesible a un pobre artesano.

Con mano temblorosa, se sirvió una jarra de vino blanco, luego otra, y otra más.

Sabía que, después de aquella tarde terrible, el alba lo encontraría dormido en un rincón del taller, sufriendo una cruel jaqueca y con el corazón en un puño, pero lo aceptaba de buena gana. En efecto, la contrapartida de la borrachera le procuraba al menos esa ventaja: chiflado, embrutecido, zozobraría durante unas horas en un sueño plomizo.

Dormir, es decir, olvidar.



Martin Champelier se apresuró con los primeros resplandores del amanecer invernal. Como los días anteriores, se había arrendado a un rico campesino de los alrededores de Marcoussis, un hombre sanguíneo cuyo mal carácter y rudas maneras agotaban rápidamente la mejor de las voluntades.

Ayer, Champelier había recibido una patada y un par de bofetones por el discutible motivo de que su tarea no avanzaba lo bastante rápido. Una falsedad, una más, pero discutir o protestar no habría servido de nada, incluso podía provocar su despido.

Con la guerra que se eternizaba, las malas cosechas y todos los acontecimientos que sacudían París y el poder real, a los amos no les faltaba mano de obra. ¿Cuántos eran los obreros de su clase, que servían para todo y para nada, campesinos paupérrimos que se vendían a los ricos para cosechar, vendimiar, secar el heno, trabajar en granjas, cuidar a los animales, limpiar las cuadras o reparar las herramientas?

Champelier apretó el paso. El alba blanqueaba y todavía le quedaba media legua larga que recorrer para llegar a la granja.

A sus veintiséis años, Martin Champelier era un hombre extraño, sin sensatez; su resignación sólo era aparente. Casado, padre de dos niños, según le decían nunca debió rebelarse, sino encajar los golpes y olvidar. Pues bien, él no satisfacía todas esas condiciones que habrían hecho de él un hombre desgraciado pero sin historias.

¿No rebelarse? Claro. Él no se había rebelado el día de los golpes. Ni tampoco tres años antes, cuando el señor había violado a su joven esposa, demasiado bella.

¿Sufrir los golpes? Sí, evidentemente. Sufrir y callar, conformarse con proteger su rostro, gesto que los amos toleraban casi siempre.

¿Olvidar? Ah, eso ni hablar. Los Champelier no olvidaban. Al contrario. Y, de generación en generación, según una costumbre que se remontaba al menos al rey Enrique III, se contaban penas, agravios, dolencias y rencores. Como él haría, el día de mañana, con sus hijos.

La lista de los sufrimientos era larga. A ésta se añadía otra, aunque más corta: la de los brutos contra los que no se había alzado la mano o utilizado la horca. Campesinos ricos, policías, soldados, intendentes, señores del lugar y, por encima de todos, el odiado rey que permitía todo eso.

¿Adónde iría toda esa cólera que se transmitía, pura como el diamante, a través de los siglos?

Si la pasaban por alto, no quedaría más que una idea muy vaga, el joven sabía que no podía ser. Debía «transmitir» y, algún día, probablemente, esa formidable cólera se desplegaría, barrería a todos los apoderados a su paso.

El camino, helado, era duro y cansaba sus piernas. Afortunadamente, estaba llegando al pueblo, entumecido por el hielo.

Algo llamó su atención de inmediato. Algo que habían puesto sobre las escaleras, ante la plaza de la iglesia.

Brillaba como cristal, un cristal que brillaba más todavía por los miles de cristales de escarcha que se habían depositado en él.

Curioso, se acercó, limpió el cristal con la mano y profirió un largo grito.

Martin Champelier se cogió la cabeza con las dos manos, incapaz de gritar más,

con la garganta como atenazada por un guante de hierro por el terror que lo sacudía por entero.

Oyó que salía gente de las casas, que se acercaban. Otros, hombres y mujeres, gritaban ahora. Algunos se persignaban con frenesí. Otros, con una rodilla en el suelo, rezaban con ardor.

Luego, se hizo un gran silencio cuando las puertas de la iglesia se abrieron y salió el cura.

Era un viejo religioso, bueno y erudito, que había bautizado a casi todos los habitantes de la aldehuela.

Se acercó al ataúd de vidrio, quedó petrificado un instante y luego se persignó murmurando:

—¡Qué abominación...! ¡Qué horror! Dios mío, ¿cómo es posible una cosa semejante?

Creía en el bien, y por tanto en el mal; en Dios, y por tanto en el diablo. Pero las obras del Maligno nunca se habían presentado ante sus ojos espantados con tal claridad.

«¿Por qué cometer estas infamias?», se preguntó. Y, más fino que los campesinos, se hizo otra pregunta: «¿Y por qué exponer el crimen en un lujoso ataúd de vidrio que más bien parecería reservado a una princesa difunta? ¿Tal vez la había amado? A menos que la tarea le haya procurado un raro placer, pues le ofrece a su víctima un receptáculo a la altura de su emoción. Entonces no es a la víctima, sino a su propio deseo a lo que honra tan ricamente».

El viejo sacerdote miró de nuevo el cuerpo mutilado al abrigo de sus paredes de vidrio.

Lo invadió una inmensa tristeza. Y una profunda compasión por la pobre víctima, pues presentía que la habían dejado vivir durante todo el suplicio. Y qué suplicio: con una lanceta o un estilete, la habían literalmente desollado viva.

El cura fue apartado brutalmente.

Lanzaron piedras. Sobre el piso, el ataúd de vidrio estalló y un pobre cadáver helado, rígido y martirizado, cayó por los escalones de la iglesia, y rebotó antes de quedar yerto, bocabajo, con la espalda contusionada expuesta al viento helado.

El viejo sacerdote quiso protestar, pero trozos de leña y pez, tarugos para calentar y resina cubrían a toda prisa el cadáver de la mujer.

Un desconocido, quizás un campesino de una aldea vecina, se reveló como agitador gritando:

—¡Quememos esta maldita carroña! ¡El diablo nos la manda para extender la Peste Negra!

Acercaron una antorcha y el fuego prendió enseguida, recibido por cánticos en que el latín era maltratado por la asamblea campesina, cosa que normalmente enternecía al religioso.

Ese día maldito, el más oscuro de la historia de la antigua y piadosa parroquia, el

viejo cura miró el cuerpo que ardía vivamente y pensó que las pruebas, si existían, levantaban el vuelo con aquel humo denso.

—¡Paso...! ¡Servicio del cardenal! ¡Paso!

El elegantísimo marqués Jehan d'Almaric, flanqueado por una decena de jinetes de la caballería, se abrió camino con la espada en la mano y la muchedumbre, impresionada, se apartaba a toda prisa.

A veces a regañadientes.

Loup de Pomonne, conde de Nissac, intentaba ser discreto, pues era de natural reacio a ese tipo de demostraciones ostentosas. Hombre de guerra, de sangre y de frío, no entendía nada de las costumbres de los pueblos, de jerarquías fundadas en algo que no fuera el valor, el honor o la inteligencia —sobrevivir en medio de los combates es una de sus manifestaciones—, todos ellos valores que apreciaba con igual ardor.

Lo habían ido a buscar en plena batalla contra los españoles; una vez más, él había situado su artillería con una inteligencia que fascinaba por igual a su jefe, el príncipe de Condé, y a su adversario, el conde de Fuensaldana, gobernador general de los Países Bajos ocupados por los ejércitos de la santa España, que de buena gana habría invitado a su mesa a aquel general tan talentoso como discreto.

Entró en la capital por la puerta Saint-Denis, junto a la antigua leprosería de Saint-Lazare; la pequeña tropa llegó rápidamente al Palacio Real, que rodeó por la calle Neuve-Saint-Honoré.

Un viento helado barrió las últimas hojas del otoño a los pies de los árboles despojados.

En cuanto bajó del caballo, Nissac fue puesto en manos de un hombre de rostro impenetrable, pero de mirada astuta, que no parecía criado ni caballero, a no ser que fuera las dos cosas a la vez.

El conde de Nissac, un poco perdido, siguió a su guía a través de una serie de escaleras y pasillos; luego, delante de una puerta custodiada por dos hombres de gran estatura, su guía le hizo esperar mientras él entraba.

Para gran sorpresa de Nissac, fue Mazzarino quien, al cabo de un momento, acudió a abrirle la puerta. El cardenal observó por un instante al joven general y luego la mirada del hombre de Estado adquirió una ternura casi femenina y Nissac, con los hombros aferrados por dos manos nerviosas, notó un beso en cada mejilla antes de verse estrechado por un instante contra el hábito púrpura del primer ministro, que repitió:

—¡Nissac! ¡Ah, Nissac! ¡Mi querido Nissac!

En cuanto quedó libre del apretón, el conde sintió cierto embarazo al disimular su incomodidad:

—Vuestra Eminencia, yo...

Mazzarino enseguida lo interrumpió:

—Para vos no hay «Vuestra Eminencia» que valga. Si queréis, tratadme así en la

Corte, pero no entre nosotros. Faltaría más. ¿Qué sería yo hoy sin vuestra intervención, en la que arriesgasteis vuestra vida con gran temeridad? Una carroña comida por los gusanos en la cual mearían los duques de Beaufort, Luynes, Brissac, Bouillon, La Rochefoucauld... Los señores de Fontrailse, Montrésor, Saint-Ibald y otros miles con ellos. Así que nada de «Eminencia».

—¿Y cómo debo llamaros, Vuestra Eminencia?

El cardenal se acarició el bigote, absorto y vagamente divertido; luego tomó una decisión:

—Seamos sencillos, puesto que estamos llamados, espero, a vernos a menudo. ¿Digamos... «cardenal»?

—Como queráis, señor cardenal.

El cardenal, satisfecho, se apartó e hizo pasar al conde a una estancia de dimensiones modestas. Un fuego de grandes troncos ardía en la chimenea y, cerca, había una mesa puesta con dos cubiertos.

El cardenal hizo un gesto de invitación:

—La estancia es pequeña pero se calienta rápido, es la ventaja que tiene. Tomemos un almuerzo ligero.

—Pero... Vuestra... cardenal... El viaje ha sido muy largo y estoy cubierto de polvo.

—No me molesta. —Y añadió bruscamente—: Ah, Nissac, me han contado una cosa muy extraña, ¿vos os laváis todos los días, tanto en invierno como en verano, con muchas sales de baño? ¡Es de lo más peligroso y singular!

Dirigió discretamente una señal a uno de los criados:

Nissac, sin saber muy bien qué decir, explicó:

—Así fui educado. Mis antepasados marinos detestaban la miseria que infecta la marina real. El agua, si es muy pura, mata las miasmas.

Le trajeron una cubeta de agua caliente. El conde se lavó el rostro y las manos, luego pasó a la mesa, donde lo esperaba el primer ministro sin mostrar impaciencia.



El cardenal Mazzarino sabía recibir y, si se calculaba una comida de fiesta a partir de este «ligero almuerzo», aquélla podría alimentar a todo un cuerpo del ejército.

Después de un potaje de sopa de palomo resaltado con puntas de espárragos, atacaron una grupa de ternero guarnecida con costillas, fricandó relleno, un cochinillo, quesos de Fleury y de Brie y luego una tarta de manzana. Y todo rociado con un vino excelente de Graves.

Durante el almuerzo, el cardenal había orientado la conversación hacia la guerra y se había complacido mucho en escuchar las nuevas teorías de Nissac, que preconizaban fuertes concentraciones de artillería dotadas de una gran movilidad, tal como había experimentado durante la contundente victoria de Lens.

Después de rechazar su plato, Mazzarino exclamó:

—Me gusta la gente que reflexiona sobre su oficio. Son los que hacen avanzar el mundo. Vuestra idea es muy seductora: reunir todos nuestros cañones, abrir fuego y mover las piezas donde la batalla nos llame. Algún día os ofreceré los medios para probar todo esto contra los españoles... u otros, franceses, por desgracia. —Guardó un breve silencio y siguió—: Sí, la hora no ha llegado. Hay cosas más urgentes en el reino que la guerra, que sin embargo es horrible. —Luego, inclinándose hacia Nissac, añadió—: Nissac, las cosas van de mal en peor. Desde los acontecimientos de este verano, me pregunto si existe todavía un reino de Francia.

—¿Tan grave es, entonces?

El cardenal había bajado la voz.

—La reina y el delfín no están seguros aquí. Tendremos que dejar París a principios de enero. Con los cortesanos que nos son todavía fieles, es decir, los que aún no creen que haya llegado el momento de traicionarnos. Y no hablo de vos, Nissac.

—Señor cardenal, yo soy un soldado, vengo de la guerra. ¿Qué puedo hacer?

El primer ministro cogió con los dedos un filete de cordero con morillas en su salsa y que había sido despreciado; luego respondió con gravedad:

—Mi corazón está profundamente dividido en un dilema. Siento gratitud y amistad hacia vos, Nissac. Pensándolo bien, puesto que os debo la vida, os lo debo todo. Exponeros al peligro me cuesta...

—Señor cardenal, en la guerra el peligro es mi aparcerero.

—¿Vuestro... aparcerero?

—Me sirve en la medida de los riesgos que tomo. Desde luego que puede vencerme, pero yo lo domino.

El cardenal dejó sonriente el trozo de cordero. Sonreía con expresión feliz y distendida.

—Me gustan vuestras palabras, vuestro tono... Lo bien que interpretáis vuestra vida. Sí, interpretáis, habéis oído bien. Aquí no hay más que dos tipos de hombre: los que viven al día y los que tienen un gran designio teatral para esta cosita rara y única: nuestra vida y la representación que damos de ella.

—¿Y vos esperáis de mí, señor cardenal, que sea un buen actor que no se deje apedrear ya en la primera escena del primer acto?

—¡Justamente eso, querido Nissac!

—¿Y cuál es el tema de la obra?

—La Corte se va, sin duda, al castillo de Saint-Germain-en-Laye. Por supuesto, tengo espías allí. Pero la mayoría son gentuza, sin finura ni inteligencia. —Reflexionó un instante y prosiguió—: Quedaos, Nissac. Sed mis ojos, mis oídos y mi espada. Sabotead su ambición, desarmad sus proyectos, deshaced sus sueños de poder.

—¿Solo?

—¡Espero que no! Sé que no se os puede comprar, Nissac, pero para ir a la zaga del enemigo, en su plaza fuerte, hace falta oro, sí, pero también otra cosa: ¿tenéis amigos en París?

—Sí, al menos dos. Y un tercero, pero ahora está en el ejército.

—¿Quiénes son vuestros amigos?

—Uno el barón Melchior Le Clair de Lafitte, coronel en vuestra caballería.

—Lo conozco. ¡Seguid!

—A otro no puedo nombrarlo, pero es un hombre desconocido que vale como un regimiento.

—No soy indiscreto, Nissac. Proseguid.

—El último es Sébastien de Frontignac, el teniente que considerasteis un poco brujo en nuestro primer encuentro.

—Bien, muy bien, Nissac, dos militares y un desconocido... No seré nada indiscreto. Pero necesitaréis más gente. Ya os he dicho que dispondréis de muchos medios, pero también de todos los poderes mientras yo siga en esta villa. Ah, os hace falta... ¿Cómo tengo que decíroslo? ¿Una banda...? Sí, quizás así. Una tropa modesta en número pero con gran valor. A menudo, la historia ha sido escrita por grupos pequeños de hombres resueltos.

—Entonces, señor cardenal, ¿pretendéis que me quede en esta ciudad que vos no tardaréis en sitiar con el ejército real? ¿Que me quede y que defienda los intereses de la Fronda del parlamento y de los señores que los apoyan de forma cada vez más evidente?

El cardenal se levantó repentinamente y extendió las finas manos delante de las llamas de la chimenea.

Luego se volvió con lentitud.

—¿Defenderlos? ¡En absoluto! Debéis hacer mucho más. Tenéis que hacer que fracasen en todo y, si es posible, humillarlos profundamente por su audacia.

Se acercó y cogió con las suyas las manos del conde de Nissac:

—¡No me abandonéis, Nissac!

Soltó las manos de Nissac y volvió hacia la chimenea temblando:

—¡Francia, qué país helado!

Luego se volvió:

—En este punto dramático de los acontecimientos, esto no es ya un azar sino la manifestación de la voluntad divina. Vos sois el enviado de la Providencia, Nissac. Llevad a cabo la tarea que os habíais asignado el día en que me salvasteis mi pobre vida. ¡Actuaréis! Vos o uno de los vuestros pasará los diques del Sena para ponerme al día cada semana, a fin de que yo ajuste al máximo mi política. —Vaciló y luego añadió—: Yeso no es todo.

Nissac esbozó una vaga sonrisa.

—¿Tendré tiempo, pues, de hacer alguna cosa más, señor cardenal?

Mazzarino golpeó violentamente la mesa con el puño, pero enseguida pareció

arrepentirse:

—No he debido enfadarme; además, no era contra vos. Os pido perdón, Nissac... Sí, hay algo más. Mi policía es incompetente. Los tenientes civiles, los comisarios... Apenas el teniente criminal, Jérôme Galand, me es fiel y es hombre de valor. Vedlo a raíz del asunto del Desollador. Parece que es un hombre poderoso, pues dispone de muchos cómplices. Así que debe de tratarse de un gran señor. Estos crímenes espantosos levantan gran indignación. Si... Si tuviéramos ocasión, si el Desollador perteneciera a la Fronda, imaginad el partido que podríamos sacar.

—¡Pero yo no tengo ninguna experiencia en asuntos criminales, y menos todavía con gente de la policía!

—Vos tenéis inteligencia y espíritu metódico, no hace falta más. Sois en todo el hombre adecuado. Y mi amigo, mi único amigo.

6

Melchior Le Clair de Lafitte era un hombre guapo y rubio, delgado y de elevada estatura. Con treinta y ocho años de edad, como Nissac, compartía su tiempo entre sus numerosas amantes y su servicio como coronel de caballería vinculado al Palacio Real, demasiado contento de librarse de una esposa cuyo continuo parloteo lo dejaba sin voz.

Había conocido al conde de Nissac diez años antes, durante un duelo. Un asunto lamentable de prelación a la entrada de una taberna, los testigos reunidos allí mismo, la cita establecida para el día siguiente... y toda una noche de discusión.

Pero por la mañana ni uno ni otro deseaba mandar *ad Patres* a un caballero que estimaba y cuyo agradable trato corría el riesgo de faltarle muy pronto.

En el desafío, después de un par de arremetidas, la superioridad de Nissac resultó evidente y, para concluir todo sin que se produjeran grandes daños y sin dejar de satisfacer las exigencias del honor, el conde había rasguñado el hombro de su adversario.

Desde entonces, su amistad no había sufrido mella y, cuando las vicisitudes del servicio a los ejércitos le dejaban tiempo, Nissac no dejaba de ir a París a visitar a Le Clair de Lafitte, a quien había invitado, raro privilegio, a su castillo cerca de Saint-Vaast-La-Hougue y Barfleur.

Ahora visitaban con interés un edificio peculiar comprado bajo mano por Mazzarino en la calle del Fin del Mundo, cerca de la calle Mont-Orgueil. Vestidos con sotana, los había presentado al vecindario un tal marqués d'Auffrey des Étangs, testaferro de Mazzarino que los hizo pasar como la vanguardia de un grupo de jesuitas húngaros que debía establecerse en el edificio durante algún tiempo.

Poco antes, habían pasado por una casa de la calle Sainte-Marie Égyptienne, cerca de los Viejos Agustinos. Aquel lugar, que hacía posta de caballos, también pertenecía al cardenal, y la pareja que lo ocupaba eran unos de sus agentes más entregados.

Cuando Nissac le dio algunas explicaciones, La Clair de Lafitte no ocultó su admiración:

—¿Así todo esto es un plan tuyo?

—En efecto.

—¿El cardenal lo ha aprobado?

—Enteramente. Pero es él quien me ha reservado este edificio y me ha abierto las puertas de la casa de Sainte-Marie Egiptienne.

Le Clair de Lafitte se acarició la barba rubia con aire soñador:

—Si te he entendido bien, este edificio es nuestro refugio y de hecho estaremos tranquilos aquí. Llegamos y salimos con sotana, cambio de ropa en la calle Sainte-Marie Égyptienne, donde dejamos nuestros caballos en los establos, y la cosa está hecha.

—Esperemos. Lo que parece seguro, si el ejército real pone un sitio, es que un

grupo de hombres que viva aquí y lleve espadas al costado llamaría mucho la atención, la población se pondría nerviosa.

—¡No me gustaría nada que me colgaran vestido de sacerdote!

—Sin duda nos colgarán, y de una manera u otra no hay mucha diferencia, ¿no crees? —preguntó Nissac, sorprendido.

—Sí, pero mira, la idea de que puedan ver debajo de mi sotana mientras yo me balanceo de una rama me resulta muy desagradable. ¡Soy un coronel, no una dama!

—¡Qué pudor tan singular! Pero todavía no nos han cogido. Vamos, es hora de irse.

—¿Adónde vamos?

—A Saint-Nicolas, calle Saint-Thomas-du-Louvre. Frontignac, que está en ruta desde el ejército, ya nos estará esperando.



A sus veinticinco años, el barón Sébastien de Frontignac, teniente de artillería, era un hombre de muchos recursos. Así, los remedios contra casi todos los males sin tomar en cuenta las prescripciones médicas, las profecías sobre el tiempo, un excelente conocimiento del uso de la artillería en el campo, el juego del ajedrez en el que sobresalía y una fe sincera en Dios.

Aparte de eso, su fidelidad hacia su general, el conde de Nissac, no tenía tacha y estaba alimentada por una gran admiración.

Caballero de Anjou y último hijo de una familia de once chicos, no contaba con ninguna herencia ni buena fortuna, pero vivir al lado de Nissac le parecía una compensación de gran valor.

Ahora aguardaba, lleno de barro y cansado, junto a un caballo gris, también extenuado, al que retenía con la brida corta.

Se levantó al ver a su general y a Le Clair de Lafitte, con quien ya se había encontrado durante un viaje anterior pero en circunstancias, es cierto, mucho menos dramáticas.

En espera de verlo reaccionar tal como preveía a propósito de sus pequeñas manías, Le Clair de Lafitte abordó al teniente afectando un aire de sincera curiosidad:

—¡Ah, Frontignac! ¿Tenéis alguna previsión sobre este tiempo helador que cala hasta los huesos?

Frontignac echó un rápido vistazo al cielo bajo y gris, muy melancólico, y luego habló con entrega:

—Para quien sabe mirar, no hay ninguna duda: este año, los robles tenían abundantes frutos y el pecho de los patos era rojizo. Estas señales nunca han fallado: el invierno será largo, helado y duro para los hombres.

—¡Me encanta oírlos decir semejantes horrores con ese tono alegre! —respondió el coronel, montando en la silla.

Nissac no se movió y preguntó:

—¿Adónde vamos?

Le Clair de Lafitte observó el palacio del Louvre a su izquierda, el castillo de las Tullerías a la derecha; luego se decidió a hablar:

—Vos nos traéis al barón de Frontignac, yo voy a presentaros a un hombre que nos será útil... si vos llegáis a reconocer que no es perfecto.

—¿Dónde vive? —inquirió Nissac.

—A dos pasos de aquí, en la calle del Coq, una calle que, por su nombre, parece haber sido creada sólo para él.

Nissac y Frontignac montaron, pero el general retuvo la brida del caballo de Le Clair de Lafitte.

—Un momento. La misión es demasiado importante para que yo me involucre sin saber más. ¿Cómo se llama tu hombre? ¿Y quién es?

Una sombra de contrariedad cruzó la mirada del coronel de caballería, que sin duda preparaba alguna sorpresa. Pero la actitud un tanto inflexible de Nissac le hizo recordar que no había lugar para bromas en este asunto, en el que sin duda iban a arriesgar diez veces sus vidas.

—El hombre se llama Maximilien Fervac —explicó—: pertenece a la Guardia Francesa y sin duda es un poco proxeneta, pues su amante tiene la capacidad de hacer latir fuertemente el corazón de los comerciantes ricos y ancianos.

—¿A la Guardia Francesa? ¿Y no tiene nada que ver con tu caballería? —repuso Nissac.

—Hace tiempo estuvo en mi regimiento y entró a saco: metió la mano por debajo del vestido levantado de la esposa de un capitán que, para vengarse, inventó un robo grave mientras nosotros estábamos de campaña, pues eso le permitía colgarle enseguida. Pero el condenado a muerte quiso hablarme en secreto. Yo lo escuché. Me propuso, a cambio de su vida, serme leal, recordando que, si no cumplía su palabra, me resultaría fácil, con cualquier pretexto, mandarle de nuevo a la horca. Ya ves, yo me había fijado en él hacía mucho tiempo, pues, aparte de ti, es la espada más fina que he visto nunca.

—¡Vamos a ver qué aspecto tiene ese Maximilien Fervaci! —propuso el conde de Nissac mientras espoleaba los flancos de su montura.



Le Clair de Lafitte abrió la puerta de una patada con la bota y el estupor se reflejó por un momento en su rostro. En el suyo y el de sus compañeros.

En efecto, se encontraron ante una encantadora espalda femenina cuyas nalgas, redondas y rollizas, eran una auténtica llamada al pecado de la carne.

—¡Cada vez me siento menos jesuita! —murmuró Le Clair de Lafitte.

La mujer, al descubrir a los tres hombres, se levantó sin excesiva prisa, recogió

algunas cosas y se fue a una estancia vecina, con lo que dejó a la vista de los recién llegados el hombre sobre el que estaba sentada un momento antes.

Éste era joven. Desconcertado, se levantó bruscamente, se puso unas calzas y una camisa de encaje fino, y dijo:

—Señores...

Le Clair de Lafitte adoptó un tono de gran frialdad:

—Lamento muchísimo interrumpirte en lo que por lo visto es tu actividad principal... Pero como tu amante, en el cuarto de al lado, debe de estar oyéndolo todo, ponte algo de ropa y ven a reunirte con nosotros en el café cercano que se llama Le Coq Hardi.

—Enseguida.



Se había hecho el vacío en torno a los tres caballeros, una clientela que no era habitual en Le Coq Hardi, pero la llegada de Fervac, que fue directamente a su mesa, distendió la pesada atmósfera.

Fervac hizo señal al tabernero de que trajera vino, luego se presentó:

—Maximilien Fervac, sargento de la Guardia Francesa.

Nissac miraba a otro lado con ostentación, y el ambiente se hizo algo incómodo; Frontignac, más joven que sus compañeros, se ocupó enseguida de suavizarlo:

—Barón de Frontignac... Ya conocéis al barón Le Clair de Lafitte. Y él es nuestro jefe, Loup de Pomonne, conde de Nissac y teniente general de la artillería del ejército del príncipe de Condé.

Impresionado, Fervac no supo qué responder. En cualquier caso, Nissac no le dejó tiempo:

—¿Sois también proxeneta?

Fervac no se inmutó.

—Eso se explica pronto, señor conde. Manon, mi compañera, busca medios para no depender de nadie. No es mi esposa quien se vende a los viejos burgueses, sino una mujer a quien amo y que se da a mí, tal vez... Tal vez por amor. ¿Qué se puede reprochar a eso?

Una leve sonrisa se esbozó en el rostro duro y huesudo de Nissac:

—Habéis respondido satisfactoriamente, sargento. Seréis de los nuestros. Serviréis al reino en un momento en que corre grandes peligros, pero el reino sabrá recordarlo algún día. Aunque es posible que las cosas no ocurran así.

El tabernero trajo una jarra de vino que puso delante de Fervac.

Nissac, que se había quedado callado, permaneció un instante pensativo, con la vista puesta en un hombre que bebía solo mientras sus lágrimas rodaban por sus mejillas mal afeitadas. Se preguntó qué pesar lo aquejaba, pero lo devolvió a la realidad una tosecilla educada de Frontignac. No tardó en encontrar el hilo de sus

pensamientos y observó muy duramente a Fervac.

—La alternativa es la siguiente: una muchedumbre desbocada os apresará, gritando y desbordando violencia. Os dará una paliza, os linchará, os quemará vivo, os colgará de un pilar del Pont-Neuf. Vuestro cuerpo será arrojado a las fosas de la ciudad, donde se pudrirá en compañía de los nuestros, lo que no es ningún consuelo.

Fervac sacudió lentamente la cabeza con una sonrisa incrédula en los labios.

—Es muy probable que eso me ocurra a mí. Pero no a cuerpos de barones, ni al de un conde que es general del príncipe de Condé. No se deja que sus huesos se blanqueen en las fosas de las murallas.

—No sabéis de lo que habláis. —La voz de Nissac se hizo más cortante—. En toda mi vida no he visto en el reino tanto odio ni ambición tan desmedida. Viendo todo esto yo juraría que, mañana, nada será sagrado ya.

Fervac reflexionó un buen rato y luego respondió:

—De todas formas seré de los vuestros.

—¡Entonces somos cuatro! —dijo alegremente Le Clair de Lafitte sirviéndose vino.

—¡Cinco! —replicó Nissac. Cuando sus compañeros lo miraron con expresión de sorpresa, explicó con aire evasivo—: A éste, que ya es de los nuestros, quizá no lo veáis nunca. El propio cardenal ignora quién es. Pero no importa, estoy seguro de que es nuestro aliado más poderoso.

Repuesto de su asombro, Le Clair de Lafitte hizo un pequeño gesto de desánimo.

—Bien por el caballero que interpreta un puro espíritu. Cuatro o cinco, somos todavía un grupo muy pequeño para hacer una fuerte oposición a la Fronda, y por desgracia creo que nuestra tropa está al completo.

—¡Quizá no! —murmuró Fervac.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Frontignac, que evidentemente sólo pedía ser consolado.

—¡Las cárceles! ¡Quedan las cárceles! En la cárcel hay de todo. En el instante en que me iban a colgar, en lugar de ser liberado, me podían haber mandado a esos lugares; y ¿sería yo tan diferente del que tenéis entre vosotros?

—¡Sed más claro! —ordenó el conde de Nissac, interesado.

—Muy sencillo, señor conde. Antes de ser enviados a galeras en un cortejo interminable, los condenados son agrupados en la cárcel. Hoy están llenas y la marcha a galeras se hace pronto.

Nissac se decidió enseguida y se volvió hacia Le Clair de Lafitte:

—Ve con Frontignac y con este excelente Fervac que parece conocer tan bien a los hombres como ser apreciado por las mujeres. Necesito a tres talentos de los más diversos, que cumplan tres condiciones sin duda imposibles: que sean fogosos, inteligentes y leales. Características muy necesarias porque la misión será larga y peligrosa. Yo hago que te manden una orden del cardenal dándote plenos poderes frente a los carceleros e intendentes. ¡Hasta luego!

Se levantó de repente y salió de Le Coq Hardi con paso resuelto.

Solo en una amplia estancia ricamente decorada, miraba sus jardines y París, que pronto se disputarían con la espada, y quizá con el hacha y el cuchillo.

No llevaba la máscara de plata. Allí habría sido peligroso, pues era llamativa.

Aunque pertenecía a la más alta nobleza, su rostro reflejaba a veces una gran apatía, y sin sus ricas ropas lo habrían tomado por un hombre muy ordinario.

Se quedó pensativo un momento: príncipes de sangre, príncipes de la Iglesia, alta nobleza, parlamento y heces del pueblo, a la mierda. Para controlar un poder que sólo le interesaba a ratos todos esos locos hacían correr ríos de sangre por los desagües de las calles... La sangre que él derramaba pasaría desapercibida.

¡Toda esa sangre...! Dios, cuánta derramaban aquellos bonitos cuerpos desollados.

Le asaltó un temblor y se arrodilló delante de un pequeño altar donde, sobre el fondo de un azul pastel delicado, un Cristo en una cruz de un marfil muy puro parecía mirarlo con gran compasión.

Sí, se sentía compasivo. Mucho más víctima que verdugo. ¿Era culpa suya todo aquello? ¿Los deseos insidiosos que se apoderaban de él, a la vista de las magníficas bellezas que desfilaban por la Corte: la señora de Longueville, hermana del gran Condé, la señora de Chevreuse, la señora de Montbazon, Anne de Gonzague, princesa Palatina, y tantas otras?

Un tobillo entrevisto, el meneo de unas caderas, no hacía falta más para que despertara esa extraña e inexplicable necesidad: poseer y desollar a la mujer deseada. Desollarla, quizá, para castigarla por haberse hecho desear y para que nadie más la poseyera después de él.

La horrible chusma que le servía conocía bien sus gustos: morenas o rubias, se adivinaba en sus ojos aterrados del instante supremo que normalmente éstos no eran así. Las cinco debieron de mirar con desdén a los hombres desde arriba, sabiendo que no hay mejor remedio para provocar el deseo del macho.

Sonrió. ¡El deseo! Pero el deseo a veces sigue caminos extraños y evoluciona de forma extraña. Así, del deseo de poseer pasaba al deseo de dominar, luego de humillar, de matar, de desollar... ¡Ojalá pudiera hacer con esas mujeres lo que hacía con los conejos, a los que se arranca la piel de un tirón seco!

Juntó las manos.

—¡Loco! ¡Estoy loco! ¡Perdón, Dios mío, perdón! Cinco. Cinco mujeres en seis meses.

¿Cómo se le había ocurrido aquella espantosa idea? Quizás había tomado forma con el inicio de la Fronda del parlamento y los desórdenes que no cesaban de producirse.

—¡Perdón, Dios mío, perdón!

Cerró los ojos un instante, luego se irritó.

¿Perdón por qué, al fin y al cabo? ¿Por sentir ese deseo? ¿Y por qué debería pedir perdón por el placer, la única cosa que vale la pena en la vida? ¿Por qué? ¿De dónde procedía semejante idiotez? ¿Perdón? ¡Perdón por nada!

Ebrio de una cólera repentina, se irguió de repente y señaló con un índice tembloroso el Cristo en la cruz.

—¡Eres tú! ¡Es culpa tuya! ¡Tú eres el enemigo!

Escupió sobre el crucifijo y su dedo impaciente buscó bajo una moldura el botón secreto que se apresuró a pulsar.

Oyó un disparador, un mecanismo se puso en marcha y un panel entero de pared se movió. El Cristo de marfil, los objetos sagrados y su fondo azul pastel desaparecieron con una media vuelta perfecta.

El hombre sonrió.

—¡Esto sí que está bien, malditos remilgos!

El decorado había cambiado. El azul tan suave del fondo fue sustituido por un color negro carbón. Alrededor del altar de color rojo intenso se veían diferentes objetos más propios para inspirar terror que piedad: cráneos humanos, uno de los cuales llevaba todavía un horroroso casco con nariz; murciélagos crucificados con clavos de oro; un bocal donde nadaban ojos de brujas enucleados antes de que ellas fueran quemadas vivas; ampollas que contenían extraños líquidos en los cuales dominaba la coloración violeta.

Dos estatuillas de gran factura ornaban el centro del altar. En la primera, sobre una espesa capa de polvo de oro, se reconocía a Satán, con el cuerpo desnudo y negro, el sexo desmesurado y erecto, con un reloj de arena en la mano, que parecía esperar con aire de gran bienestar. Dos rubíes de un rojo muy intenso representaban los ojos.

La otra estatuilla era de mayor importancia a los ojos del Desollador de la máscara de plata, pues estaba colocada sobre una alfombra de diamantes de purísimo e inestimable valor.

—¡Más preciosa que el propio diablo! —dijo el hombre, sonriente y tratando de dominar su deseo.

La segunda estatua representaba a una mujer. Una mujer muy bella, desnuda, joven, muy morena, con el pecho alto, la cintura fina, las caderas anchas y el rostro altivo. Una pierna ligeramente flexionada, la otra muy derecha, daban a su postura una curvatura muy provocativa que acentuaba una mano en la cadera. Con la otra mano, la mujer morena aguantaba unas tijeras de plata y cortaba el sexo de un hombre, él: la minuciosidad del trabajo no dejaba la menor duda al respecto.

Un trabajo magnífico.

Era una lástima, pero el artista que había elaborado las dos estatuillas, un joven calabrés de mucho talento, no había sobrevivido ni diez minutos a la entrega de sus obras de arte.

Debajo, en una tablilla de mármol de Carrara, reposaban dos cofrecillos de tallas

incomparables.

El primero, de plata maciza con esmeraldas engarzadas, llamaba más la atención. El hombre lo abrió y observó pensativo la máscara de plata magníficamente trabajada y pulida, cuidada incluso en la falta de expresión que le daba un aspecto tan terrible cuando se aproximaba a sus víctimas.

También esta vez, el genial orfebre que había realizado esta maravilla artística había muerto violentamente unos minutos después de haber entregado la joya a su actual propietario.

Cerró la tapa y pasó al siguiente cofrecillo, de un largo y un ancho comparables a los de la mano de un recién nacido.

Un objeto extraño, ejecutado en el siglo XIII por un artista desconocido. Enteramente fabricado con huesos humanos, su maravilla residía en el hecho de que los tornillos, clavijas, espigas y muescas que sujetaban el conjunto también habían sido tallados en hueso con una minucia que despertaba estupefacción.

El hombre abrió la tapa y pensó con gravedad en el polvo gris que encerraba ese singular cofrecillo.

Sin duda, él era el último ser vivo que conocía la naturaleza de ese polvo de aspecto tan banal. Años de búsqueda en los libros de magia y otros archivos reales a los que sólo su rango le daba acceso para encontrar aquello: una caja olvidada por todo el mundo. Ah, ya podían reír en la Corte de lo que consideraban una manía inofensiva, en la que no veían malicia. Era igual: ahí estaba, todopoderosa.

Podían matarse entre ellos por el trono de Francia; él aspiraba a más: gobernar la tierra y el cielo por mediación de la fuerza de las tinieblas.

Mojó el índice y lo acercó al polvo gris. Algunos fragmentos de la ceniza se adhirieron a su dedo, que llevó a sus labios con delicia.

Esas cenizas, nadie lo sabía, habían sido recogidas de una hoguera enfriada donde, por orden de Felipe IV el Hermoso, Jacques de Molay, el último Gran Maestro de la poderosa orden de los Templarios, había sido quemado vivo.

Levantó los ojos al cielo del altar y observó algunos símbolos grabados en la piedra de antiguas Encomiendas del Templo, de las que habían sido cuidadosamente arrancados: estrellas de cinco o seis puntas, el círculo solar, el ancla volcada, la cruz celta, la cruz trebolada con cinco agujeros —las cinco llagas de Cristo— y, más singular todavía, una cruz con patas en la cual el cincel del artista, uno de los «Monjes Rojos» señalados por el odio del pueblo, había inscrito una cruz en un doble círculo, representación de la triple dimensión del hombre.

Suspiró.

El aburrimiento, la más imperdonable de las faltas de gusto, lo acechaba.

Era preciso vigorizar el asunto, asumir nuevos riesgos. Las jóvenes y guapas campesinas que sus hombres de a pie, soldados aguerridos, raptaban en los campos, eran demasiado fáciles, al fin y al cabo. ¿Quién se preocupaba, en las altas instancias, por aquellas desapariciones? Y los cuerpos en los ataúdes de vidrio que uno de sus

hombres, disfrazado de campesino, conseguía siempre romper con una piedra hábilmente lanzada entre las aclamaciones del pueblo bajo, ¿qué demostraban? El vidrio roto no existe, los cadáveres desollados pudieron serlo por los lobos u otros animales salvajes.

¡Había que cambiarlo todo! ¡Hacía falta audacia!

Arriesgarse a dejar intactos los ataúdes de vidrio, para empezar. Luego, escoger a víctimas de otro rango. Esposas de burgueses, por ejemplo. O de pequeños nobles sin importancia.

Y además las víctimas debían ser más parecidas en su aspecto a la bella mujer morena que...

Levantó los ojos hacia la estatuilla en que la alta y hermosa morena, con las tijeras de plata en la mano, lo privaba para siempre de su calidad de hombre.

Sonrió al murmurar:

—Penetrar a una mujer, aun con gran suavidad, es un acto de violencia. En el fondo, todas ellas quieren hacérselo pagar. El amor es violencia y odio. Pero mi violencia y odio sabrán manifestar mayor fuerza que la suya.

Había conservado los grabados en los que el joven artista calabrés trabajó antes de decidirse por aquella mujer, trazando una cruz apenas visible en la parte inferior de la hoja. Pues bien, él, por un extraño azar, despreciando los otros cincuenta grabados, también había elegido a la misma mujer, que enseguida lo inspiró.

¡Inspirar era decir poco!

Se reprochó haber hecho matar tan rápidamente al artista calabrés. ¿Qué había dicho, exactamente? Recorría las calles de París, se fijaba en las mujeres guapas, las seguía para descubrir su casa. Después de eso le resultaba fácil cruzarse otra vez en su camino con el fin de retener sus rasgos.

Sin embargo, de aquella, aquella entre todas las demás, la única verdadera mujer de la creación, ¿qué había dicho el calabrés, con su horrible acento? Vivía en París. Era guapa, morena, exuberante, y se acercaba a los treinta años. Caminaba como una reina y no parecía darse cuenta de su espléndida belleza: ¡aquello no era mucho!

El Desollador observó atentamente el grabado.

Sin duda, el vestido del objeto de sus deseos indicaba a una mujer de condición superior a la media del pueblo. Tal vez era la esposa de un boticario, de un procurador, pero no de un caballero.

¡Tanto mejor, las cosas serían más sencillas!

Pues en el ánimo del Desollador se hurtaba un plan. Haría reproducir diez veces, cien veces, el dibujo, y sus agentes podrían entonces recorrer provechosamente la ciudad. Tal vez nunca encontrarían —¡no quería ni pensarlo!— a la bellísima desconocida, pero al menos podía esperar que le llevaran presas parecidas a su modelo adorado.

Así se haría.

Y sin demorarse mucho, pues de nuevo le entraban deseos de tener a una mujer

entre sus brazos, una mujer palpitante de vida y temblorosa de miedo. Una mujer a la cual poseería sabiendo que cortaría esa piel tan suave y satinada al tacto.

Pondría a su cochero manos a la obra.

El cochero no era más que una basura, un cerdo avaricioso que servía a Mazzarino y a tantos otros. Pero nadie le pagaba mejor que él y, a pesar de las apariencias, sabía ser su único y verdadero amo.

Un cochero es poca cosa. Pero un cochero que en realidad era marqués ya resultaba más singular.

Pulsó el botón secreto y el altar demoníaco desapareció en beneficio del «católico», el que aparecía a los ojos de los visitantes, seguros de la piedad de monseñor.

Luego llamó a sus gentes y les ordenó que fueran a buscar, lo más discretamente posible, a su famoso cochero, al marqués Jehan d'Almaric.

Y en esa espera se frotó los dedos unos contra otros, como vemos hacer a las moscas con sus patas.

Se adivinaba el nerviosismo del cardenal en su forma de ir y venir, su silueta cubierta de púrpura cubría de vez en cuando el rojo de los troncos llameantes en la chimenea y la escena parecía, a los ojos del conde de Nissac, un fascinante camafeo que le recordaba los sueños de su infancia.

La cólera del cardenal, a quien unos nuevos miembros del parlamento acababan de abandonar, le devolvía un acento italiano que solía disimular con mayor maestría:

—Ma que quieran matarme es posible, ¡pero la traicione, por todas partes la traicione!

—Señor cardenal, ¿acaso no os sirve el marqués Jehan d'Almaric?

—Es un cochino, como los demás. Se queda... quizá... por el dinero, pero si fracasa, me matará.

El primer ministro dejó de dar vueltas y dirigió una mirada triste a Nissac:

—Nissac, estoy solo. No me queda nadie... ¿Por qué me sois fiel?

—No hablemos de la amistad con que me honráis, cardenal, y que de todas maneras me encadenaría a vos, pues yo no traiciono a mis amigos... Aparte de eso, sois el primer ministro de la regente que educa a nuestro futuro rey y la lógica según la cual debería sentirme obligado a servirlos lealmente no revela un ejercicio extraordinario de mi inteligencia.

Por primera vez desde hacía días, Mazzarino sonrió. Se acercó a Nissac y puso sus manos endebles en los sólidos hombros del general diciendo:

—¡Qué suerte tuve al encontraros! Pero decidme, Nissac, si mañana Condé, que es vuestro jefe, se volviera contra mí, ¿cuál sería vuestra actitud?

—Señor cardenal, vuestra pregunta es una injuria a lo que os he demostrado siempre. El príncipe de Condé es príncipe de sangre y mi jefe en el ejército, pero mi fidelidad es antes para el futuro rey de Francia y para quienes lo representan hoy, la regente y su primer ministro.

Mazzarino, emocionado, apartó la cara para secarse una lágrima y Nissac se preguntó si era sincero, buen comediante o las dos cosas a la vez.

El primer ministro hizo un gesto de impotencia mientras contemplaba las brasas:

—¡Serme fiel en el reino de Francia, ah, Nissac, no sois más que dos!

—¿Dos?

—Dos a cuya fidelidad repugna toda contrapartida. Aprended esto de memoria: Mathilde de Santheuil, calle Neuve-Saint-Merry. ¿Os acordaréis?

—¡Siempre! ¿Pero...?

—¡Ah, vos no estabais en París en aquella época! Os ganabais la gloria en la batalla de Lens, donde los españoles fueron derrotados... Pero imaginad una... Qué digo, dos historias que voy a contaros.

Tomó asiento en un sillón frente a la chimenea e invitó con un gesto a que Nissac se sentara a su lado, en una silla que parecía haber sido puesta allí para tal efecto.

«¡Qué comediante tan admirable!», pensó Nissac, quien, sin embargo, quedó de inmediato cautivado por el relato del cardenal:

—Ella tenía diez años, grandes ojos magníficos, y sus padres, pobres campesinos llegados de la provincia, la habían perdido, sin duda voluntariamente, en la calle Neuve-Saint-Merry. Él tenía sesenta años y venía por el otro lado de la calle. Quedó impresionado por aquella niña evidentemente hambrienta, abandonada y desesperada, pero demasiado orgullosa para tender la mano. Pues bien, esa mano que ella no tendió la cogió el viejo consejero de Santheuil y llevó la niña consigo a una morada de cuatro pisos, bastante exigua, como hay tantas en aquel barrio. Los años pasaron rápidamente, el consejero no dejaba de maravillarse: la niña aprendía deprisa, sin dificultad, y su belleza ganaba esplendor cada día. Ella se convirtió en señorita mientras él envejecía. La muerte del rey le afectó, presintió con mucha inteligencia los acontecimientos que vivimos hoy y vino a jurarme su lealtad. No fue el único, los pedigüños siempre dan muestras de virtud antes de pedir, pero Santheuil no pidió nada. Tenía reputación de persona recta, yo intuía que era un hombre excepcional. En el fondo, si no fuera por la edad y el rango, os parecís en algo... Magistrado en el parlamento de día, se convertía en mi consejero por la noche y, frente a tanto desinterés, pronto se ganó mi estima y luego mi amistad. Entonces fue cuando me contó la historia de la pequeña Mathilde, recogida en la calle Neuve-Saint-Merry.

En cuanto el cardenal calló, Nissac preguntó:

—¿El magistrado adoptó a la niña?

Mazzarino sonrió.

—Fue más inteligente todavía. A pesar de mis ofrecimientos, Santheuil rechazaba toda ayuda. Pero creía que la hija adoptiva de un magistrado que vivía humildemente no conseguiría un buen partido, puesto que la adopción, ¿verdad?, siempre arroja una duda desagradable sobre el origen. Y entonces se casó con ella. Un matrimonio que no fue en realidad una unión carnal, por supuesto, pero Santheuil pensaba que una joven viuda inspira respeto a la vez que da seguridad. Ideas de otra época... La pequeña tuvo que ceder, pues le resultaba difícil rechazar esa nueva ventaja de su benefactor. En el fondo, su vida apenas cambió hasta una noche de agosto de este año, en que cuatro hombres, advertidos de la amistad que yo le profesaba, degollaron al consejero delante de la puerta de su casa.

—¿Y la pequeña? —preguntó Nissac, muy conmovido por el relato.

El primer ministro le dio una palmada amistosa en el hombro y respondió:

—«La pequeña»... tiene veintiocho años y es la mujer más guapa de París. Tiene la rectitud, la inteligencia y la lealtad del consejero de Santheuil. Ahí quería ir yo. La casa de la calle Neuve-Saint-Merry, conocida sólo por vos y por mí, es la más segura de la villa. Además, sus puertas están abiertas para vos; Mathilde de Santheuil sabe quién sois y sabrá recibiros, como a los vuestros, si llegan días sombríos a nuestro horizonte, oscurecido ya por todas las mezquindades que nos rodean.

—Muy bien, evitaré ir a verla, a no ser que esté forzado por el peligro.

Mazzarino, repentinamente grave, posó una mano ligera en el antebrazo del conde.

—Nissac, tratadla con mucho miramiento. No es ninguna coqueta, aunque siempre va admirablemente vestida, pero no tiene un carácter frívolo. Solamente... Mirad, Santheuil la educó destinándole su nombre. «De» Santheuil... Ah, es la única pequeñez de ese gran hombre. No sé si fue su padre o su abuelo quien añadió ese «de» al que daba mucha importancia y que tan poco peso tiene frente a un caballero cuyos lejanos antepasados combatieron con la espada en mano junto a san Luis. No se lo hagáis notar demasiado, os lo pido como favor personal.

Nissac se irguió, su voz se hizo un poco más seca:

—No son ésas mis maneras, señor cardenal.

Mazzarino lo miró con cierta sorpresa, luego sus astutos ojos escrutaron atentamente a su interlocutor.

—Ah, sí, se me olvidaba... Aquella frase extraña del día en que me salvasteis la vida... Ah, era así: «Mi comportamiento, lejos de ser en ningún modo admirable, es el más natural para un caballero o para cualquier hombre». —Avergonzado, Nissac guardó silencio. El cardenal aprovechó la ocasión—: Ignoro qué ideas peregrinas cruzan vuestra mente, Nissac... la igualdad, ¡Dios mío! Pero sean cuales sean esas ideas, viniendo de vos no pueden ser realmente malas, quizá son sencillamente prematuras. Pero volvamos a lo nuestro: ¿cómo os va?

Brevemente, Nissac le habló de Le Clair de Lafitte, Frontignac, Maximilien Fervac. Le recordó asimismo la existencia de su aliado secreto y el cardenal, una vez más, tuvo el tacto de no preguntar más. Para acabar le habló de los prisioneros condenados a galeras, y Mazzarino, no sin cinismo, le confió que cierto número de inocentes se pudren en la cárcel, como los culpables talentosos de primer orden.

Luego se levantó y tomó afectuosamente a Nissac por los hombros.

—Si hostigáis a la Fronda y desenmascaráis al Desollador me sentiré inmensamente satisfecho. Pero si además... «encontráis» riquezas... Por casualidad, claro... —Bajó la cabeza, como abrumado—. Los impuestos dejarán de llegar y el ejército cuesta caro... Además, creo que todavía no conocemos a todos nuestros enemigos. Si la Providencia os pusiera frente a alguna riqueza, no vaciléis, Nissac, tomadla. Echad mano: ¡servicio del rey...! Tomad y vertedlo directamente en el cofrecito de la regente, pues a mí no puede pasarme un escudo por las manos sin que mis enemigos sospechen que me enriquezco.

—Lo procuraré, señor cardenal —respondió Nissac, perplejo.

El cardenal lo acompañó a la puerta y, antes de dejarlo ir, preguntó:

—¿No hemos olvidado nada?

El conde de Nissac, que temía siempre que su lealtad fuera malinterpretada, vaciló un instante, y eso, por descontado, no le podía pasar por alto a un hombre como Mazzarino, ducho en todos los aspectos de la naturaleza humana:

—Hay algo... ¡Hablad, Nissac!

—Pues bien, mirad, señor cardenal, en el jardín me he cruzado con el duque de Beaufort y dos de sus amigos. No he reaccionado ante su presencia, pues oficialmente está en fuga^[2]. No me han gustado sus miradas, y si me esperan...

—¡Un momento!

El primer ministro se precipitó a la ventana y miró de reojo al jardín.

Luego volvió a paso lento hacia Nissac. Avanzaba con la cabeza baja, pensativo, miró al conde a los ojos:

—¡Qué audacia! —sacudió la cabeza y siguió—: desde su huida de Vincennes, creíamos que estaba en Vendômois. Pero se atreve a dejarse ver debajo de mi ventana y, encima, os aguarda... ¿Qué pensáis hacer si os provoca?

—Defender mi honor. Por supuesto.

Mazzarino volvió hacia la chimenea y extendió las manos hacia las llamas.

—«Defender vuestro honor... Por supuesto»... Son tres, ¿verdad? ¿Podréis ganar?

Nissac respondió, con rostro inexpresivo:

—Puedo hacerlo. De todas formas, no se atreverán a atacar los tres juntos de buen principio.

Mazzarino se frotó las manos.

—¿Podríais vencer a Beaufort?

—Es posible.

—¿Y a sus dos amigos, que no tardarían en echarse encima de vos en cuanto el duque caiga?

—Es posible.

Mazzarino, cambiando de humor bruscamente, se frotó alegremente las manos:

—Quedaos diez minutos en esta estancia, el rato en que yo dé aviso y toda la Corte esté en las ventanas y en los jardines.

—Comprendo, señor cardenal.

Mazzarino iba y venía, nervioso, encantado, sobreexcitado, especulando al imaginar una escena que podría beneficiarle y provocar el desconcierto de sus enemigos.

—¡Ridiculizadlo!

—¿Delante de toda la Corte? Es muy cruel.

Mazzarino golpeó el puño contra la campana de la chimenea.

—Ri-di-cu-li-zad-me al duque y a su gentuza, pero desconfiad: Beaufort sabe manejar una espada. Es incluso temible. Y sobre todo, sobre todo, no me los matéis, o la farsa no será farsa, sino tragedia. ¿Me habéis comprendido, Nissac?

—Creo que está todo claro, señor cardenal.

—Entonces, que Dios vaya con vos. Ridiculizad a ese imbécil y llorará toda la Fronda, cosa que me alegrará mucho... Vais a librar el duelo más polémico del año, mi queridísimo Nissac.

A pesar de ser profundamente estúpido y haberlo demostrado mil veces de forma cada vez más demoledora, François de Bourbon-Vendôme, duque de Beaufort, seguía siendo el nieto de Enrique IV y Gabriela de Estrées.

Era un hombre guapo, de unos treinta años, de cabello rubio, con aspecto vanidoso y elegancia rebuscada. Excelente jugador de esgrima, empleaba un lenguaje licencioso y le gustaba internarse en los barrios bajos de la capital. Las pescaderas y los ganapanes lo adoraban; se había ganado el apodo de «Rey de los Mercados».

Acompañado por dos caballeros, aguardaba al conde de Nissac mientras afilaba la hoja de su espada en el brocal de un estanque con una actitud evidentemente provocativa.

Cuando el conde, que no hizo nada por evitarlo, estuvo a su altura, el duque se acercó a él de suerte que, flanqueado por sus dos amigos, le cortó el paso.

Beaufort no se anduvo con rodeos:

—¿No será éste el conde de Nissac? Mirad, querido conde, yo os miraba y miraba este estanque y los peces que viven en él y me decía: «Anda, el primer Nissac que no es marino». ¿Sufrís de mal de mar? ¿Os negáis a servir de alimento a los cangrejos como vuestros gloriosos antepasados? En una palabra, ¿no sois un pusilánime, Nissac?

Los compañeros del duque se echaron a reír enseguida, un poco forzosamente.

Nissac, no obstante, no perdía de vista a Beaufort y el duque, frente a aquellos ojos oscuros, fríos e inexpresivos, sintió un malestar pasajero.

Nissac replicó, por fin:

—Ese tipo de pregunta no exige respuesta, sino una demostración.

—Yo estoy tranquilo, pero me duele por vos, que vais a morir.

—Ya lo sé, ya lo sé: un montón de cadáveres me lo han dicho mucho antes que vos. ¿Estáis listo o vamos a charlar mucho tiempo más?

Casi de inmediato los dos adversarios estuvieron en guardia, y de las ventanas del palacio y de los jardines surgieron exclamaciones. Con una mirada, el duque de Beaufort constató que un público numeroso, en el que predominaba el elemento femenino, iba a asistir al duelo, y se regocijó, saboreando por anticipado un triunfo del que no dudaba ni por un instante, y con razón: no había sido vencido en los duelos a espada.

Sin embargo, las cosas no sucedieron como había imaginado, pues ya en el primer asalto le fue arrancada la espada de la mano.

Nissac inspeccionó la punta de su hoja y, sin siquiera apartar los ojos, dijo:

—¡Habéis perdido algo, duque!

Beaufort recogió la espada rabioso, pensando que había minusvalorado a su adversario.

En el siguiente asalto, el duque fue tocado dos veces en el rostro, cuchilladas

leves que formaban una cruz.

Nissac inspeccionó de nuevo la punta de su espada y no levantó los ojos.

—Dicen que sois libertino; con esto podemos reconduciros al seno de Nuestra Santa Madre Iglesia.

El duque se preguntó si estaba soñando. Pero un elemento de reflexión que exigía una respuesta urgente se revelaba: Nissac, esa temible máquina de combate a quien los dioses de la guerra debían de sostener el puño, no había rematado sus golpes.

¿Qué debía entender, con eso?

El duque de Beaufort, que retomaba la guardia, estaba mentalmente acorralado: ¿por qué esas caricias ligeras que le valían una primera sangre poco abundante cuando Nissac, quien era pura fuerza, pudo haberle herido de gravedad? ¿Por qué el conde lo domaba mientras que él, Beaufort, no quería otra cosa desde el primer momento que matar al hombre de la mirada glacial?

No se puede sostener una espada —sobre todo delante de Nissac— y al mismo tiempo torturar un cerebro frágil con preguntas cuyas respuestas parecen inasibles: dominado con la espada, el duque lo estaba igualmente con la mente.

Beaufort luchaba mal, cada vez peor, estaba herido en el muslo, el brazo y el hombro sin haberse ni siquiera acercado a Nissac. En los balcones y jardines, los corazones veleidosos de las bellas partidarias de la Fronza ya habían cambiado de bando.

Entonces llegó el alalí.

Doblándose con facilidad, Nissac hirió —de nuevo sin clavar la estocada— las tibias del duque, que se tambaleó y se hundió bocabajo contra el suelo. Rápidamente, Nissac sacó un largo puñal de una de sus botas altas y cortó el cinturón de las calzas del duque. Luego, con un gesto enérgico, tiró de la prenda rajada y dos nalgas peludas aparecieron bajo la fría luz de diciembre.

Entonces, con un leve gesto, Nissac rayó el trasero del duque diciendo con voz igual de ligera:

—Cuando poséis el culo en una silla, duque, pensad en los Nissac y en que no es recomendable injuriarlos.

Luego, felinamente, se volvió y hendió dos veces el aire con su espada, en un gesto de invitación a los compañeros del duque.

Todos los caballeros se pusieron en guardia... y eso fue casi todo.

Fue todo porque la espada del primero se vio proyectada a un arbusto y la del segundo acabó su trayecto en el estanque, y todo en pocos segundos.

—¿Una azotaina, señores? —preguntó Nissac.

Tras un instante de estupefacción, los caballeros pusieron pies en polvorosa.

Entonces, en un gesto elegante y acaso con un poco de picardía, que habría sido propio de los fascinantes trovadores de antaño, el conde de Nissac se quitó el sombrero marino con el ala bajada, adornado por espléndidas plumas rojas y blancas, y saludó a las damas, luego se inclinó levemente delante de un balcón donde un

hombre, vestido con la púrpura cardenalicia, le dirigió una señal con la mano, murmurando conmovido:

—Conde, jamás olvidaré este momento de felicidad.

Envuelto en su larga capa negra, Nissac dio media vuelta sin dirigir una mirada a las decenas de pañuelos de encaje e incluso ligas que le lanzaban las bellas damas de la Corte.

Sin mirar tampoco a la más bella de todas, Charlotte de La Ferté-Sheffair, duquesa de Luégue, de dieciocho años desde septiembre, que murmuró:

—Conde de Nissac, vos seréis mi primer amante... o si no moriré.



Los dos amigos del duque de Beaufort no habían ido muy lejos. A caballo, con diez jóvenes señores más, aguardaban la salida del conde de Nissac.

Éste apareció sobre su alto caballo negro y, comprendiendo la situación de un vistazo, lo espoleó mientras los doce señores abrían fuego con sus pistolas antes de emprender la persecución.

Tocado en la cadera, Nissac se esforzó por pensar.

Le dolía bastante, desde luego, pero sabía por experiencia que en cuanto llegara a un lugar seguro se repondría en menos de dos días.

Sin embargo, le pareció poco probable llegar nunca a la calle del Fin del Mundo; tuvo bastante humor para pensar en lo adecuado del nombre en esa circunstancia.

Su caballo percibía la fluctuación inusual de su jinete de muñeca relajada y corrientemente tan seguro y preciso. Desorientado, el animal adoptó un paso irregular y se espantaba de todo, para empezar del ruido de sus propios cascos por el suelo de París.

Nissac se había dejado desbordar por los acontecimientos: el triple duelo mucho más fácil de lo que se había atrevido a imaginar, la señal de distinción del cardenal, las aclamaciones de las bellas damas —«¡*Faemina nobilis Parisiensis!*!»—, su herida, la persecución y ese caballo aterrado que hacía lo que quería.

No podía contar ahora con las calles del Fin del Mundo y la de Sainte-Marie-Égyptienne. Demasiado lejos, a la izquierda.

Nissac desembocó en el mercado y se atrevió a echar un vistazo por encima del hombro: constató con alivio que sus perseguidores no ganaban terreno, pues al ser doce se entorpecían por las callejas del barrio, chocaban unos con otros y aminoraban su carrera.

El conde de Nissac cruzó los mercados en medio de las injurias de los vendedores y enfiló la calle Au Faire. Ahora sabía adónde y cómo ir.

Se arrancó el guante con los dientes y lo retuvo así; luego, agachándose sobre el cuello de su caballo, lo acarició en el morro y los ojos con mano dura y tranquilizadora, murmurando:

—Camarada, eres un caballo de guerra... Has visto tú más balas españolas que todas esas doncellas que corren tras nosotros, y sus caballos igual. No me falles ahora, por favor.

Y apretó las riendas.

Obediente, su montura, un animal admirable, ganó en ligereza, dejó atrás la muchedumbre y tomó velocidad mientras Nissac lo orientaba hacia la calle Briboucher.

Una nueva mirada atrás y Nissac constató que había perdido a sus perseguidores. Pero no aminoró la marcha.

Además, le abrían paso.

El martilleo de los cascos que despedían chispas al golpear los adoquines hacía que las cabezas se volvieran a mirar. Luego, casi enseguida, se apartaban al descubrir a aquel extraño y terrible jinete. Un rostro casi invisible bajo el gorro marino bajado sobre los ojos, las plumas rojas y blancas en una armonía propia de Dios y del diablo, el hombre y el animal que parecían uno cuando el jinete se echaba sobre el cuello del caballo, la sangre derramada que caía desde la cadera sobre la alta bota negra y el garbo...

¡El garbo!

Nissac era la guerra, el hombre de guerra. Se adivinaba en él a un general sin que fuera necesario conocer su nombre y su categoría. Con él, con esa silueta, con toda la violencia del hombre tendido sobre su caballo para alargarle el cuello, parecían oírse los gritos de los heridos, el ruido de las balas, los escudos que se rompen, la infantería que retrocede. Era posible imaginar la sangre, los amasijos de intestinos sobre el verdor de los alrededores. Se oía el olor de la pólvora y las fragancias agrias del miedo.

Se apartaban persignándose para que la guerra no llegara a París.

El caballero y su caballo de ojos enloquecidos penetraron en la calle Neuve-Saint-Merry y Nissac aminoró el paso.

Vio una taberna, Aux Armes de Saint-Merry, y bajó del caballo.

Un hombre delgado y larguirucho se acercó al conde y se presentó como el propietario.

Nissac, que apenas se tenía en pie, lo miró de arriba abajo:

—Tú has sido soldado antes de ser ventero.

—Es cierto, señor. Y vos sois oficial.

—Sí; estuve en Lens, teniente general de la artillería del príncipe.

El ventero lo miró incrédulo:

—¿Señor de Pomonne, conde de Nissac?

—Soy yo.

—Señor, mi hermano menor sirve en vuestra batería y no hace otra cosa que nombraros. El honor que me hacéis...

Nissac lo interrumpió:

—Ayúdame, amigo, esconde mi caballo y olvídate de mí.

Con mano temblorosa, Nissac le presentó una bolsa, pero el hombre, con un gesto muy suave, rechazó el ofrecimiento:

—Parece que corréis gran peligro, y estáis herido. Mi casa es vuestra.

Nissac lo observó y, sin dudar de su lealtad, le sonrió:

—Por lo visto, mi casa está enfrente. Cura a mi caballo.

El ventero lo cogió por la brida.

—¡Es más sagrado que el gran Turco!

Luego, mientras Nissac cruzaba la calle tambaleándose, el ventero arrastró el caballo hacia el establo.

Al otro lado de la calle, Nissac llamó con mano enguantada a una puerta cuyo color se aproximaba al burdeos.

La puerta se abrió.

Nissac, al ver a la mujer que tenía enfrente, pensó: «En toda mi vida no he visto un espectáculo tan bello».

Encajaba con lo que siempre había buscado en vano en cada una de las mujeres que había conocido y se quedó tan impresionado que tuvo que hacer un esfuerzo por rehacerse.

Se presentó con un tono militar:

—General conde Loup de Pomonne, señor de Nissac.

Ella lo miró y el corazón le dio un brinco.

Aquel rostro fatigado, un poco amargo, la mirada oscura bajo los párpados levemente caídos, sus rojas mejillas, sus labios sensuales le gustaron de inmediato y para siempre, y pensó: «Señor Nissac, ¿eres tú a quien he esperado toda la vida?».

Luego, las palabras «general», «conde» y «señor» penetraron en su ánimo, permitiéndole medir el abismo que los separaba.

Y le respondió con soltura:

—¡Entrad enseguida!

Luego, al ver toda la sangre que formaba un reguero desde la cadera hasta la bota, añadió:

—Daos prisa, general.

Él dio dos pasos en la estancia y se desplomó.

El conde de Nissac abrió los ojos al cabo de veinticuatro horas y mostró cierta sorpresa al descubrir el lugar donde se despertaba.

Paredes tapizadas de verde hasta media altura y luego de rojo en una feliz armonía que estaba en voga desde el reinado de Luis XIII.

Una mesita, una silla tapizada de terciopelo azul galoneado de oro, un cuadro simple que representaba a un anciano con el cuello estirado huyendo de un tiempo oscuro cargado de tormenta.

—¡Se parece a mí! —murmuró Nissac, a quien llamó la atención el lecho en que estaba acostado.

Era una cama con baldaquín, una cama doble tan monumental que ocupaba buena parte de la estancia.

Varios colchones, una mullida almohada de plumón, dos mantas, un grueso cubrepies, una bonita colcha de piqué...

De repente, Nissac recordó un rostro entrevisto, lo más dulce y luminoso que sus ojos cansados por la violencia y la guerra habían contemplado nunca.

—¿Lo he soñado? —se preguntó, loco ya de decepción.

Se sentó en el borde de la cama y todos los acontecimientos del día anterior acudieron a su memoria: la lección que dio al duque de Beaufort y sus compañeros, la señal amistosa que le había dedicado Mazzarino delante de toda la Corte, que se apretujaba en las ventanas, la herida, la persecución por las calles de París, el ventero de Aux Armes de Saint-Merry... y sí, no obstante, enseguida, aquel rostro maravilloso.

Pero entonces, aquella cama...

Quedó perplejo y angustiado.

La bella joven no podía ser otra que Mathilde de Santheuil, la niña abandonada por sus padres con quien el viejo magistrado se había casado para hacer de ella rápidamente, tomando en cuenta la diferencia de edad, una viuda respetable.

Pero aquella cama...

Una persona no duerme sola en una cama tan grande, ¿quién podría creer semejante cosa?

El consejero privado Santheuil había engañado a su amo Mazzarino, y eso tenía mérito. Por otro lado, ¿cómo culpar al vejete? No haber resistido al espectáculo de la belleza de Mathilde era algo natural. Se le podía acusar de haber practicado una forma indirecta de incesto, pues Mathilde no era de su sangre pero sí su hija, al fin y al cabo, pero eso implicaba cierta locura, y la belleza absoluta puede volver loco al más sensato de los hombres.

—¡Qué lástima! ¡Qué gran lástima! —murmuró el conde, abrumado.

Curiosamente, no hablaba egoísta, no pensaba en él. Le parecía que la hermosísima Mathilde vivía en otro planeta, en una estrella lejana o en la luna que

tanto le gustaba contemplar el día antes de la batalla, cuando los soldados duermen mal, los fuegos mueren lentamente y se oyen de lejos las oraciones dichas a media voz por unos hambres que recuperan el tono de la infancia por el miedo al día siguiente. Luego, al despuntar el día, los primeros choques del acero, las armas que se preparan.

Una vez más, no pensaba en él cuando pensaba en Mathilde, sino en la propia Mathilde. Su mezcla de belleza y lealtad —la prueba era que le había abierto la puerta— merecía que el primer hombre que la abrazara fuera también su primer amor.

El amor.

A sus treinta y ocho años, el conde de Nissac sabía poco del amor.

En veinte años de vida amorosa, diez amantes. Aventuras breves. Una burguesa, una hija de ventero, una campesina, una pañera, una lavandera, otra burguesa, una baronesa, la viuda de un empedrador y una camarera... Anne, Jeanna, Louise, Françoise, Marie, Antoniette...

Con los codos en las rodillas y el mentón sobre las manos, sonrió, enternecido por la ronda de aquellos rostros encantadores. Al menos no eran prostitutas, que le causaban horror. Sencillamente, se habían gustado mutuamente, se habían sonreído, se habían cogido las manos y se habían amado. Casi sin procurarlo, le habían dado mucha felicidad, sin duda nunca adivinaron hasta qué punto. Él siempre se había mostrado atento, amable y galante. Todas habían llorado a su marcha, cuando las guarniciones dejaban el lugar por otro o iban de campaña.

Y, sin embargo, aquella pequeña tropa femenina le había causado problemas, no lo ignoraba, con otros oficiales, incluso con soldados. Con el tiempo, el conde subía de grado pero no cambiaba en nada las maneras de su juventud, cuando era teniente. En los albergues de alto copete, frecuentados por la pequeña nobleza local, se ofuscaban al ver que un general conde recibía en su mesa a su amante, una modesta vivandera, y la trataba con todos los miramientos imaginables para las mujeres de la alta nobleza.

Los malintencionados habían incluso informado de ello al príncipe de Condé. Éste había sonreído. A él le encantaba aquel general talentoso, posible rival, que se limitaba a amores considerados «subalternos» que le obstaculizaban el camino de la Corte. Pero en lo más íntimo, el príncipe no se había asombrado en absoluto. Nissac no se parecía a nadie: velaba por la vida del más oscuro de sus soldados, se mostraba caballeresco con el adversario derrotado y, ¿por qué no con las mujeres? ¡Las mujeres! El príncipe pensaba que, princesa o sirvienta, Dios no había querido dar la razón a las mujeres.

A un cortesano que se quejaba del comportamiento del general, el príncipe le había respondido, en una de sus cóleras fulgurantes:

—Duque, el conde de Nissac puede joder con las mujeres que quiera, porque es el único de mis generales que ha ganado todas las batallas que le he encargado. ¡En mi

ejército el talento da derechos que no tienen los demás! ¡Salid, duque, y que nadie me vuelva a hablar de esto, que me molesta!

Nissac cerró los ojos y los abrió varias veces.

Su conciencia se despertaba, aunque en realidad en el hombre de deber aquella sólo dormía con un ojo. ¿Cómo era posible? ¿Pensaba en sus bonitos amores pasados cuando tantas cosas lo llamaban en el momento, cuando contaban con él para cortar el camino a facciosos de todas las opiniones?

Se puso en pie, pero enseguida hizo una mueca. Un dolor fulgurante lo atravesó de la cadera a la rodilla.

—¡Malditos cobardes, me atacan diez y con pistolas! —masculló, pensando en el que le había herido, que había disparado por la espalda.

Le costaba dar cada paso. Sentía cómo el dolor se medía con su voluntad, un dolor preparado para derribarle o dispuesto a capitular a poco que él quisiera. Y él quería.

Caminó hasta la ventana y observó la calle. Calculó rápidamente que Mathilde lo había alojado en el tercer piso y, mirando con mayor atención, se sorprendió al ver que el ventero de Aux Armes de Saint-Merry le dirigía un gesto amistoso y apresurado.

Levantó la mano, para devolverlo, emocionado ante la idea de que el hombre hubiera esperado durante horas su despertar.

¿Sabía Mazzarino cómo lo servían? Mathilde de Santheuil aplicaba el plan sin fallos, el ventero leal rechazaba una bolsa: ah, aquel endiablado italiano representaba tan bien al pequeño rey que le eran devotos más allá de lo corriente.

¡Mazzarino! ¡Señor cardenal! ¡Señor primer ministro!

Había algo que escamaba a Nissac. Cuando uno ha visto el rostro de la muerte, no se deja engañar fácilmente, y Nissac sabía que no había bicho viviente que engañara al cardenal Mazzarino.

Ni siquiera el magistrado del parlamento, el señor de Santheuil.

Por tanto, si Mazzarino hablaba de un matrimonio de conveniencia, no podía equivocarse. Y sin embargo aquella cama, a la que dirigió una mirada de odio...

¿Pero en qué le afectaba a él? Una cara tan bonita, con ese encanto, un cuerpo tan grácil y bien proporcionado, pero también, sin duda, una burguesa que sufría estrecheces, familiarizada con las decisiones del parlamento, cuando las únicas decisiones que él conoció jamás fueron las dictadas por su instinto al orientar los cañones que defendía, llegado el caso, con la espada en la mano.

Se sacudió:

—¡Nissac, deja de soñar! Has venido a la tierra para un gran designio que sólo conocéis dos. Así que no te pierdas, y deja de juzgar. *Sic audio, sic judico!*^[3]

Luego, retomando la fórmula que precede a toda marcha que se precie, se decidió a bajar, murmurando:

—*À Dieu vat!*

En ese preciso momento, la puerta se abrió. El corazón del conde de Nissac dio un vuelco, pero la señora de Santheuil no se dio cuenta.

Del mismo modo, el corazón de la señora de Santheuil latió más rápido y más fuerte, pero el conde de Nissac no lo intuyó.

Se observaron un instante y luego Mathilde de Santheuil exclamó, con una voz más fría de lo que hubiera deseado:

—Vamos a almorzar, señor conde.

—No tengo apetito, señora.

—Pero es necesario, señor general.

—No se puede forzar la naturaleza, señora de Santheuil.

—¡Pues esta vez sí! Cuentan con vos en el Palacio Real, ya no os pertenecéis.

—Como queráis, puesto que decís las cosas de modo que me resulta imposible negarme.

Nissac sintió cierto dolor al bajar las escaleras de caracol y, en tres ocasiones, cuando dio un traspiés, notó en el hombro la mano de Mathilde preparada para sostenerlo.

Pero en realidad es forzoso reconocer que ese dulce contacto, lejos de darle seguridad, lo turbó tan fuertemente que faltó poco para que el conde de Nissac cayera de cabeza por la estrecha escalera.

Cuando se preguntaba de qué manera una mujer joven había podido subirlo tan arriba —en cualquier caso, no sobre su espalda—, Mathilde adelantó la respuesta:

—Joseph, el ventero de Aux Armes de Saint-Merry, ayudado por su mozo, os subió hasta ahí, monseñor.

—Es un buen hombre —respondió Nissac, tratando de no tropezar.

Detrás del conde, la voz de la joven se tiñó de un cierto matiz burlón:

—¿Cómo podríais hablar de otro modo, monseñor, de un hombre que admira tanto al general de Nissac?

El tono de Nissac se volvió repentinamente taciturno y apagado, cosa que alarmó mucho a Mathilde:

—No hay nada que admirar en un hombre como yo... Y no me gusta inspirar ese sentimiento en los demás. Es más, no quiero despertar ninguno, si no es la indiferencia, el único que me satisface.

Sólo le quedaban unos escalones por bajar, pero la joven, trastornada, no pudo conformarse con las últimas palabras de Nissac sin protestar:

—¡Cómo, monseñor! Hablar así tiene algo de falso.

Muy sorprendido, Nissac, que se sujetaba con una mano a la barandilla de la escalera, se volvió a medias:

—¿Qué queréis decir?

Mathilde de Santheuil se ruborizó y Nissac pensó que hay muy pocos espectáculos en el mundo que pueden igualar en belleza, gracia y emoción al de una mujer sonrojada.

Por su parte, Mathilde comprendió que retroceder después de mostrarse tan audaz sería percibido por el conde como una debilidad. Pero ella no creía ser débil ni quería que fuera ésa la opinión equivocada del conde de Nissac.

Pensativa, había mantenido unos instantes los ojos bajos, y levantó la cabeza y el rostro orgulloso y obstinado, impresionando una vez más al conde, quien tuvo que esforzarse por olvidar tanta belleza para concentrar su atención a la vez en la peligrosa escalera y en las palabras que pronunciaba Mathilde de Santheuil.

—Monseñor, Joseph me ha hablado de vos, y antes de él el señor cardenal. Cuando alguien pelea con coraje e inteligencia, cuando muestra nobleza hacia el enemigo vencido hasta el punto que los españoles os consideran el más talentoso y admirable del ejército de monseñor el príncipe Condé, y ridiculiza al duque de Beaufort tan profunda y graciosamente que en todo París no se habla más que del

duelo, ¿hay que sorprenderse del interés que suscita?

—Señora, Beaufort no es más que un pavo vanidoso; eso lleva su castigo a las dimensiones de un ajuste de cuentas en un corral. En cuanto a las cualidades militares de que habláis, y a la guerra que es la única cosa que sé hacer con cierto talento, tened la seguridad, señora, de que no hay mucha gloria en mutilar y matar al prójimo, aunque sea por amor al país. Se llama deber y no merece ningún cumplido.

Mathilde de Santheuil no supo qué responder. Las palabras del conde sonaban justas, si bien a los ojos de la joven no le quitaban ninguna gloria. Sobre ese tema, ella sufría confusión en su mente, pero no podía evitarlo en absoluto. Lo que decía el conde sobre la guerra correspondía profundamente con lo que pensaba ella, es decir, que la humanidad no podría continuar destripándose siempre así, y encajaba igualmente con la educación recibida del viejo consejero de Santheuil. Sin embargo, Mathilde no era pura mente, sino una mujer que creció sin hermanos ni hermanas en compañía de un anciano; esa soledad la había hecho proclive al sueño y había dado a su imaginación un giro romántico. Y el conde de Nissac, a pesar de lo que él dijera y lo que ella pensaba, que era algo parecido, era un hombre que engendraba sueños. Mathilde había pedido que le contaran el duelo diez veces ya, en relatos diferentes que coincidían en lo esencial. Había reído, aplaudido, derramado algunas lágrimas y envidiado profundamente a las bellas damas de la Corte que hicieron la ovación del noble héroe.

Pero más grave todavía, y sin duda más contradictorio, era que mientras rechazaba la guerra imaginaba al conde de Nissac en la batalla, al lado de sus cañones disparando balas, con la espada en la mano mientras daba la orden de abrir fuego. Soñaba con el hombre de la capa negra y el sombrero de marino calado sobre los ojos, de tan bellas plumas rojas y blancas, con aquella silueta alta que desaparecía entre el humo de los cañones.

El conde había llegado por fin a la planta baja y miró a su alrededor con asombro.

Inquieta ante la idea de que algún detalle de la decoración no le gustara, u ofendiera un gusto aristocrático que imaginaba de lo más sofisticado, bajó precipitadamente los últimos escalones.

Él contempló la chimenea donde ardían algunos troncos de encina y, pendida de la llar, había una marmita en la que no se atrevió a mirar. Al lado derecho, un recogedor y unas pinzas. A la izquierda, una protección y, impecablemente bruñidas, marmitas de cobre rojo, un caldero, un hervidor, una sartén, un picador, una espumadera...

En unas tablas de roble barnizado descubrió la vajilla, un mortero para desmenuzar la sal, barreños y cántaros.

Llamaba la atención una gran fuente de cobre rojo en la que se reflejaban bellamente las llamas de la chimenea y que daba una nota alegre a la casa. El conde se acercó, observó el grifo de *potin*, retrocedió y no ocultó su admiración.

—¡Qué lujo! —dijo, volviéndose hacia ella. Mathilde de Santheuil bajó los ojos.

—Monseñor, tenemos en común que nos lavamos todo el cuerpo cada día. La mucha limpieza ahuyenta los humores.

El conde sonrió:

—También en mi opinión, pero somos pocos los que pensamos así. ¿Cómo sabéis de mi gusto por la limpieza?

—Joseph: su hermano es cañonero en vuestra tropa. Vuestros soldados se asombran al ver que cada mañana, desnudo, incluso en los inviernos crudos en que hiela, hacéis que os echen sobre el cuerpo varios cubos de agua helada.

—El agua fría pone el ánimo a punto.

—El agua puede calentarse, monseñor.

El conde la miró un poco sorprendido, y al cabo de un instante dijo:

—Para las mujeres, sin duda. Su piel es suave, satinada y más sensible.

Ella bajó los ojos. Para satisfacción de él, de nuevo se ruborizó. El conde había hablado así con esa esperanza, y con una intención maliciosa.

No obstante, no quiso verla incómoda más tiempo:

—Tenéis una casa bien bonita. ¡Cuatro pisos!

—Muy pequeños, monseñor.

—Pero muy bien arreglados a vuestra manera, que hace muy acogedor vivir aquí.

Turbada, ella sugirió:

—La comida está lista...



Dos candelabros de cobre con varios brazos proporcionaban a la estancia una luz agradable, reforzada por el resplandor de la chimenea, que se reflejaba también en el péndulo de cobre de un reloj.

Mathilde de Santheuil y el conde de Nissac se hallaban cada uno a un extremo de una bonita mesa de nogal con cuatro patas torneadas en balaustradas y unidas por un travesaño liso.

Estaban sentados en sillas de respaldo alto y tapizado de color azul pálido.

Sin saber muy bien si debía expresar su agradecimiento, Nissac notaba que Mathilde de Santheuil se había esforzado por recibirlo lo mejor posible. Así, en los candelabros no había velas hechas de sebo de buey o de cordero, apestosas y humeantes, sino que pudo admirar velas con la bonita y pura cera digna de las catedrales.

El conde percibió los olores de los platos que esperaban, pero tampoco en eso sabía si preguntar por los detalles de la comida revelaba cortesía o grosería. El ejército le había hecho olvidar las buenas maneras y el cardenal, que comía sin delicadeza, no era un buen ejemplo.

Además, la mesa, de una toesa^[4] de largo, no facilitaba la conversación.

Mathilde debió de notar el malestar del conde, pues se levantó y volvió con un

cántaro de vino que Nissac se apresuró a saborear.

—Desde luego es muy bueno.

—Un vino de Borgoña, monseñor.

—¿Vos tomáis?

—Bebo vino muy raramente.

—Pero raramente recibís a un general herido. Al menos, eso espero...

—Sois el primer general que veo de tan cerca. Y es muy instructivo.

—Es justamente lo que pensé la primera vez que vi de cerca un erizo.

Mathilde sonrió.

—Me gustan los erizos. Un animal pequeño que saca las púas para compensar su falta de fuerza.

El conde meditó sus palabras. Una mujer a quien gustan los erizos está a la defensiva, y sin duda no le gustan nada los hombres. Y aquella a quien no le gustan los hombres no le gusta el amor. Una sombra de tristeza pasó por su mirada y Mathilde, nerviosa, se levantó.

—¿Habéis recuperado el apetito, monseñor?

—Creo que sí.

Platos de porcelana y bandejas adornadas con lechuga; realmente, Mathilde de Santheuil se había tomado mucho trabajo.

Durante la sopa de ganso y calabaza no pronunciaron ni una palabra; reinó un silencio penoso sin remedio aparente.

Por fin, sin aguantar más, el conde se levantó.

—Señora, ¿me permitís una locura con la indulgencia que el sentido común concede a las personas de buena salud con respecto a las que tienen la razón afectada por la fiebre?

Inquieta, Mathilde asintió.

El conde acercó enseguida su plato y se sentó a un pie^[5] de distancia de Mathilde, que protestó:

—Pero... no conviene a vuestro rango que yo me encuentre en la cabecera de la mesa y vos a mi lado.

—¿Quién dice eso?

—Pues... la costumbre. Vuestra alta nobleza y yo que no tengo ninguna.

Él la observó con curiosidad, ella siguió con esfuerzo:

—El señor de Santheuil no tenía nobleza.

Él percibió como ella sufría y golpeaba el suelo con los tacones sin apenas darse cuenta. El movimiento de sus muslos, que él veía con el rabillo del ojo, turbó al conde, que respondió con una voz lenta:

—A propósito, no me llaméis «monseñor», me incomoda.

Ella lo miró agradecida, consciente de que los problemas de rango no figuraban en el centro de las preocupaciones del conde.

Los dos cruzaron una sonrisa. Y se quedaron así un buen rato antes de darse cuenta al mismo tiempo de que esas actitudes tiernas implicaban cosas que causaban turbación en uno y otro lado.

Mathilde llevó huevos escalfados con salsa de acedera, y comieron con buen humor; luego un excelente paté de perdigones.

Finalmente, la atmósfera se distendió después del momento embarazoso desencadenado por el cruce de sonrisas.

Cuando Mathilde sirvió un faisán con salsa de hierbas, hinojo y champiñones, él insistió en llenarle un vaso de vino que ella aceptó para no ofenderle.

Él guardaba sus extrañas maneras, resultado de una excelente pero severa educación, con la que se mezclaban las costumbres del campamento. Así, si él no partía el pan sino que lo cortaba según las reglas, lo hacía con el puñal sacado de la caña de su bota, y que poco antes había servido para cortar el cinturón del duque de Beaufort.

Cuando Mathilde dejó sobre la mesa una bandeja de estaño con tres quesos,

fleury, grande chartreuse y morsalin de Florencia, él ya no tenía hambre.

Por educación, no lo rechazó, pero se sintió aliviado al ver llegar el postre, cerezas confitadas acompañadas con escudillas de leche de almendras.

El conde sintió que debía elogiarla, pues la comida le había parecido deliciosa. Y no reflexionó mucho antes de declarar:

—Deberíais abrir un hostel...

Mathilde de Santheuil no vio malicia en sus palabras, pero el conde se preocupó por la interpretación que podría hacer la joven; y añadió enseguida, con torpeza:

—¡... si vuestro rango lo permitiera!

Mathilde comprendió el curso del pensamiento de Nissac, y el cuidado que ponía en no herirla la conmovió profundamente.

Incómodo, él exclamó:

—Tengo que irme, mis hombres se preocuparán.

Mathilde dejó escapar un «¡Oh!» que quiso atrapar tapando sus labios con su graciosa mano y explicó:

—Qué tonta soy de olvidarme... Esta mañana he ido a la calle del Fin del Mundo y me he encontrado con un tal señor de Fointenac.

—¡Frontignac! —corrigió el conde.

—Eso mismo. Ahora vuestros amigos saben la situación en que estáis, que la bala ha salido por la herida y que os halláis en lugar seguro. El señor de Frontignac ha tratado de seguirme, pero no conoce bien París y lo he extraviado por la calle Moncoufeil después de decirle que estabais refugiado en la calle Puits-qui-Parle, que está muy lejos de aquí. ¡El pobre!

El conde iba a responder cuando Mathilde dejó escapar un nuevo «¡Oh!», que intentó una vez más ocultar poniéndose la mano en la boca, luego se levantó, se acercó a un cofre esculpido y levantó la pesada tapa para sacar dos objetos pequeños que dejó delante de Nissac diciendo:

—El señor de Frontignac me dio esto para vos, y estúpidamente se me había olvidado.

Nissac cogió su pipa de tierra de caño fino y largo, abrió el saquito que contenía tabaco y cebó la cazoleta.

Se acercó cojeando a la chimenea, cogió una brasa con las pinzas y aspiró una larga vaharada antes de ir a sentarse junto a Mathilde.

Guardó silencio, mirando a su alrededor aquella estancia que sentía tan acogedora y a aquella mujer tan agradable de contemplar.

Luego, con voz grave en la que despuntaba cierta emoción, dijo observando las llamas que morían en la chimenea:

—Yo ignoraba que todo esto existía. Sólo he conocido la vida del castillo de Carentan, donde me crió una tía severa que nunca tomó esposo, luego vinieron las campañas, las guarniciones y a veces mi viejo castillo de Saint-Vaast-La-Hougue azotado por el viento, la lluvia y el mar. Siempre hace frío, paseamos a caballo por la

landa desierta, cenamos mientras el perro y el lobo...

—¿Tan viejo es el castillo? —preguntó Mathilde.

—¡Muchísimo! Tiene torres, torreón, murallas, almenas, foso y puente levadizo. Los ingleses se rompieron allí los dientes durante toda la guerra de los Cien Años; nunca ha sido conquistado, en sus tres o cuatro siglos de existencia. Es una verdad lisonjera: lo han sitiado, rodeado y han disparado contra él numerosas balas, pero nadie se lo ha quitado nunca a los señores de Nissac. También por eso le tengo cariño, como se tiene cariño a un viejo criado de otra época, a quien uno no tiene valor para despedir.

—Pero lo principal es que vos estéis bien allí.

Nissac inspiró de su pipa de barro.

—Siento algo muy curioso con respecto al lugar del castillo de los señores de Nissac... Sé que allí hay días azules, completamente luminosos, pero cuando pienso en él nunca es así. Lo imagino siempre como en mi niñez, en los tiempos en que mis padres aún no habían muerto. Lo veo bajo un cielo gris cruzado por hilos de plata, bajo, monótono y triste, un cielo desesperado y la campana de la capilla llamando a vísperas, el oficio de la noche, el más melancólico que existe. Lo que resulta muy extraño es que, a pesar de la gran tristeza que me abrumba allí a menudo, me da una gran sensación de seguridad.

Miró a su alrededor y añadió:

—Que sólo he vuelto a encontrar aquí.

Tras un nuevo silencio, siguió muy rápidamente:

—Pero vuestra casa es alegre. Allá la tristeza no me desarma, y no es en absoluto una paradoja. Mi gente, una pareja de viejos campesinos de mis tierras, van y vienen, me sirven sin estilo, lo que ahuyentaría al más modesto de los barones de París. Cabalga por la landa, con mi perro *Mousquet* brincando a mi lado. Por la noche, pienso en la batalla, en el miedo que se apodera de mí, me atrevo a decir, cuando suenan los tambores y desaparecemos en la acción. Veo caras de españoles pasados por el filo de la espada hace muchos años. En esos momentos, la muerte y yo atizamos uno al lado de otro, como una pareja de ancianos sentados delante de la chimenea, pensativos y silenciosos, pues no les queda nada que decirse. Pienso que no abandonaré nunca mi viejo castillo, en el que ninguna mujer de buena crianza aceptaría vivir, y contemplo desde las torres el mar que me fue prohibido.

—El padre Angelo, confesor del cardenal, me contó vuestra historia; es muy triste, señor conde.

Pensativo, él le tomó la mano, pero ese gesto inocente los hizo erguirse a los dos, muy emocionados, y el conde soltó la mano de la señora de Santheuil como si fuera una brasa.

Sin embargo, su mirada, a menudo tan sombría, conservaba una expresión de ternura cuando respondió:

—Vale un poco la vuestra: fuisteis abandonada a los diez años, yo quedé huérfano

a la misma edad... Por cierto, es una locura que me hayáis cedido vuestro cuarto, el que compartíais con el señor de Santheuil.

Se despreció por lanzar ese dardo, una trampa tan vil en ese momento de la conversación, pero a Mathilde le divirtió:

—No, qué va. Esa estancia era la del señor y la señora de Santheuil. Había querido mucho a su mujer y dormía en esa gran cama que fue la de ellos y donde ella murió. Decía...

Vaciló entre continuar o no y el conde la animó:

—¿Qué decía el señor de Santheuil?

Ella bajó los ojos:

—Que sería mío cuando tomara esposo.

Nissac sufrió ante aquella perspectiva, pero no lo dejó ver:

—Deberíais pensar en ello.

—¿Y vos lo decís, señor conde?

—Bueno, yo... Ahora tengo treinta y ocho años.

—Y yo veintiocho. Pero si sigo vuestro ejemplo, puedo esperar todavía.

—No me creo que nadie se os haya declarado aún...

Ella desvió el rostro y él se dio cuenta de que contenía el llanto. Luego, superando la tristeza pasajera, respondió:

—Ah, sí. Hay varios. El boticario de la calle Neuve-Saint-Merry, el notario de la calle Lombards, el abogado de la calle de la Verery y algunos más a los que podría añadir los primeros oficiales de *basoches*^[6], por lo que dicen cuando paso...

De repente se detuvo. El conde, con los ojos cerrados, apretaba los dientes. Ella acercó una mano temblorosa a la frente de Nissac: estaba ardiendo.

—¡Otra vez fiebre! —dijo la joven antes de añadir—: hay que acostaros sin tardanza. ¿Llegaremos, señor conde?

—Juntos podríamos ir hasta el final de los días —dijo, tomándola por los hombros para no caer.

Ella pensó que deliraba, y lo lamentó vivamente.

Pero no deliraba.



Cada vez se agitaba más, y el frío aumentaba a medida que la noche avanzaba. Ella bajó y subió varias veces con un calentador de camas o con vasijas llenas de agua ardiendo que ponía a los pies de Nissac, y él cada vez parecía emerger de una profunda fiebre para decir «gracias».

Sin embargo, el efecto benéfico duraba poco y, pronto, al conde le castañeteaban los dientes, su frente ardía.

No había manera. La casita estaba expuesta al norte y en invierno reinaba un frío glacial en las escaleras.

Mathilde de Santheuil sabía lo que convenía hacer, pero el pudor la paralizaba. Permanecía sentada al lado de ese gran cuerpo extendido y aterido, pero se alarmó cuando el conde murmuró:

—¡Dios, qué difícil es morir!

Entonces ella desvistió a Nissac. Se asombró de que un cuerpo de hombre pudiera ser tan duro y musculoso, pero quedó estupefacta al descubrir decenas de cicatrices desde los hombros hasta los muslos. ¿Qué era todo eso? Estocadas, mosquetazos, puñaladas, disparos de pistola, quemaduras de pólvora...

No obstante, lejos de sentir asco, acarició cada cicatriz levemente con la mano, con la ternura que se reserva a un niño batallador que a la vez os inquieta por arriesgar tan tontamente su vida y suscita vuestra admiración por su desprecio del peligro.

Abrió la cama e instaló al conde; luego, con gestos lentos y reflexivos, se desvistió, se acostó junto al hombre y echó sobre ellos mantas y colcha.

Él gimió al sentir aquel nuevo calor. Ella lloró de placer al notar los brazos de acero que se cerraban sobre su cintura menuda.

Pensó en rezar una plegaria, pero prefirió besar aquella boca de labios sensuales y dientes muy blancos, separados delante con tanta gracia.

Entonces murmuró:

—Lo mismo da, me condenaré pero nunca me arrepentiré de este momento, amor mío.

Fuera, el viento soplaba tormentoso por las callejuelas del barrio Neuve-Saint-Merry, todas las calles estaban negras y desiertas, la patrulla de arqueros se negó a aventurarse, pues el viento habría apagado los faroles.

Se levantó al cabo de cinco horas. Al conde le había pasado la fiebre.

Desnuda, salió de la cama y se fue a la estancia de abajo. Encendió el fuego y preparó un caldo ligero. Luego corrió a casa del panadero, que todavía no había abierto su tenderete, y lo sacó del amasadero para comprarle una hogaza.

El viento había cesado, pero aún estaba muy oscuro.

Caminaba lentamente, soñadora, tan feliz que sonreía: «Pues ya está, soy una mujer. Y qué delicia ser una mujer».

Luego fue presa de la angustia: se habría dado cuenta el conde de...

Se sonrojó.

Todo había ocurrido muy rápidamente, en el momento álgido de la fiebre. Los brazos poderosos la habían desplazado y tendido sobre su espalda. La había acariciado de la cabeza a los pies mientras ella lloraba de felicidad. Luego había sentido ese breve dolor y ese placer desconocido que ni siquiera sospechaba, sus propios gritos, el jadeo...

Rezó por que el conde no guardara ningún recuerdo de aquella noche.



Nissac, con el torso desnudo, se lavó rápidamente y se vistió. Estaba de mal humor.

Encolerizado después de su sueño. ¿Acaso no es una estupidez desear tanto un sueño, una pobre quimera?

—Sí, pero este sueño era demasiado bello y la realidad muy triste.

Veía continuamente el rostro y el cuerpo de Mathilde. Se detuvo y sonrió:

—Tan guapa, tan dulce, se fundía entre mis brazos.

Sin embargo, aquello lo turbaba. El gritito de dolor de Mathilde: ¿tan precisos son los sueños que se toman el tiempo de explicar que es una virgen quien se aprieta contra vuestro cuerpo?

En ese momento, entró Mathilde.

Sus miradas se encontraron.

Vacilaron. Faltó muy poco para que se arrojaran el uno en brazos de la otra, pero no sabían nada del pensamiento del otro, y no hicieron nada.

Además, Nissac temía pasar por un grosero si efectuaba una sola alusión, mientras Mathilde no veía en modo alguno cómo justificar lo que poco antes le había parecido tan bonito y natural.

Bebieron el caldo en silencio, el conde de Nissac cortó la hogaza sin pronunciar una palabra.

Fue siniestro, como el alba de diciembre que despuntaba sobre la ciudad.

Luego, con gesto elegante, el conde se pasó la larga capa negra sobre los hombros y, a pesar de que su diferencia de condición proscribía semejante gesto, estrechó más rato del conveniente la mano de Mathilde.

Luego, compungido, le dijo:

—Debo irme, señora de Santheuil. Nunca os agradeceré bastante que me hayáis abierto la puerta y tratado tan amablemente. Informaré de ello al cardenal.

A su pesar, aunque quiso evitarlo, ella exclamó:

—Estáis de muy mal humor, conde. ¿Habéis tenido un sueño desagradable?

Él sonrió, convencido ya de que no había ocurrido nada. Luego, calándose el gorro marinero de grandes plumas rojas y blancas, respondió, tratando de ocultar su amargura:

—No, señora. Al contrario, hay sueños tan bonitos que sería mejor no despertar nunca, y cuando os abandonan por la mañana os dejan gran pesar ante una realidad muy triste.

Se bajó el ala sobre los ojos y salió sin añadir una palabra.

Los cuatro caballeros llegaron al pequeño castillo de la Tournelle, a orillas del Sena, con un tiempo desolador.

El lugar, siniestro, no inspiró al conde de Nissac.

El barón de Frontignac señaló el castillo con un gesto vago:

—Es un resto de la ciudad de Felipe Augusto. Muy vetusto, como podéis ver.

—¡Y maloliente! ¡Como todas las prisiones! —añadió el barón Le Clair de Lafitte.

Nissac observó a Maximilien Fervac; carecía de la mansedumbre de Le Clair de Lafitte, y seguramente habría frecuentado el lugar. Sin duda, Fervac también pensaba en ello, pues mantenía la cabeza obstinadamente baja, para no ver demasiado.

Acostumbrado por su vida en el ejército a juzgar la situación de un emplazamiento, Nissac observó inmediatamente la imponente masa del edificio, flanqueado por dos torres, y el patio adoquinado que llevaba hasta él. A un lado, el Sena gris que se llevaba los desechos. Al otro, el muelle cenagoso donde se acumulaban ladrillos, pizarras y madera de construcción. Más allá, un depósito donde se descargaban barcas de toneles de vino de Auvergne, Borgoña y Mácon.

—¿Quién está al mando aquí? —preguntó Nissac a sus compañeros, que los dos días anteriores habían visitado los lugares y realizado una severa selección entre los prisioneros.

Frontignac, que parecía haber tornado el asunto muy en serio, respondió enseguida:

—Un conserje y cuatro hombres para la guardia de los prisioneros. Es poco, señor conde, pero hay que tener en cuenta que esos hombres están siempre encadenados.

—¿Quién ha nombrado al conserje?

Acostumbrado a las preguntas repentinas del conde, Frontignac había preparado anticipadamente las respuestas a las posibles cuestiones:

—Todos los prisioneros están destinados a galeras, así que el lugar depende de la Marina. El secretario de Estado ha nombrado a los hombres y los paga de los fondos.

—¿Y qué clérigo asiste las almas de toda esa gente?

—La cosa es sencilla, señor conde. Desde hace unos quince años, por la demanda insistente de la compañía del Santo Sacramento, el señor arzobispo confió la administración espiritual de la prisión a los sacerdotes de Saint-Nicolas de Chardonnet. Catequismo, oraciones por la mañana y por la noche... El anterior rey había prometido trescientas libras por año a los sacerdotes, pero parece que éstos no han visto ni sombra de ellas, lo que ha reducido su fervor en los últimos años.

Nissac bajó del caballo, enseguida imitado por sus compañeros.

—A mí no me gusta este lugar. ¿Qué habéis visto aquí?

—¡Una población bien extraña! —respondió Le Clair de Lafitte, mientras Frontignac, más preciso, añadía:

—Algunos nos han interesado, a veces sorprendentemente. Tenemos suerte, señor conde: la cárcel está llena y pronto será vaciada con una marcha de la cadena hacia Marsella. Hemos oído a ciento cuarenta y cinco de los futuros galeotes. Muchos intentaban gustarnos, pues les aterra la idea del viaje a pie hasta Marsella y de la vida miserable que les espera en las galeras.

—¿Tan horrible es ese viaje?

—En efecto, señor conde. Van encadenados de dos en dos por el cuello, otra cadena pasa por un eslabón entre el primer y el último par de hombres para encadenarlos todos juntos. Y una tercera cadena va de la cintura al tobillo. Todo eso añadido al frío y a los mazazos. Eso representa en total cerca de ochenta libras^[7] de cadenas por hombre, hasta Marsella, a pie por caminos cenagosos donde se hunden hasta medio cuerpo, además de los piojos, la sarna...

Nissac y Frontignac cruzaron una mirada que escapó a los demás.

Luego, sin una palabra, Nissac se dirigió hacia la entrada del castillo.



Los prisioneros tenían en común una piel seca, un rostro macilento, una tez plomiza. Desprendían un olor de sudor ácido.

Ninguno de los ocho primeros que presentaron a Nissac le satisfizo. Sentado detrás de una mesa con sus tres compañeros, se levantó bruscamente, hizo retroceder a un prisionero que estaba a punto de presentarse y caminó arriba y abajo, con las manos a la espalda, el aire atormentado. Luego, se quedó inmóvil delante de su fiel teniente:

—Pero Frontignac, no podemos esperar mucho de estos hombres... Desertores de caras apáticas... ladronzuelos... Un bígamo... Un sodomita... Un escribano forense poco limpio...

—Al menos, éstos no están enfermos, señor conde.

—¡Veis enfermos por todas partes!

Llevado al terreno que le cautivaba, Frontignac se arrojó con gran placer:

—He desechado a los que sufrían de cólicos nauseabundos, los que denen un estómago que se desorganiza en humor e inflamaciones, los pustulosos, los...

—¡Ya basta, Frontignac! Más vale que me instruyáis del caso siguiente, al que he empujado; su rostro feroz, a mi fe, me ha dado buena impresión.

Frontignac consultó una lista y repentinamente su expresión reflejó interés:

—Ah, Anthème Florenty. Un contrabandista de Touraine. No tiene las manos manchadas de sangre, pero el contrabando de sal no le permite guardar esperanzas. Además es un reincidente, iba armado: condenado a galeras de por vida. Hay que decir que lo persiguieron cinco años antes de cogerlo, y eso irritó mucho a los jueces. Habla poco, pero me gusta.

—¿Y a ti, Melchior? —preguntó Nissac a Le Clair de Lafitte, quien, al ver el

repentino buen humor del conde, se expresó sin contención:

—A mí también me gusta. Resistentes y combativos, los contrabandistas de sal son embaucadores sin igual. Podría sernos útil.

Nissac asintió y, con un gesto, invitó a Maximilien Fervac a dar su opinión:

—Me gusta, señor conde, pero por una razón completamente diferente.

—¿Cuál?

—En su proceso, nunca entregó a sus cómplices.

Nissac esbozó una sonrisa y, sentándose de nuevo, dijo:

—Sí, es una razón excelente.



Anthème Florenty, treinta años desde agosto, era un hombre de cabello muy negro, de poca talla pero de constitución robusta.

Adivinando que no sería una buena política obligar al hombre, Nissac optó por impresionarlo, y eso le salió bastante bien:

—Loup de Pomonne, conde de Nissac, teniente general de artillería del príncipe de Condé.

Florenty era un hombre orgulloso, de los que no bajan fácilmente la cabeza, pero además de estar impresionado, había algo en las maneras del general que le gustaba.

Se presentó con la voz grave de las personas que no hablan mucho:

—Anthème Florenty, monseñor.

—Florenty, os pido que elijáis. Las galeras de por vida, pero la vida en cualquier caso, o mi servicio, que es de lo más peligroso.

—Yo no soy soldado, monseñor.

—Se trata de otra cosa. Seréis... —Se detuvo un momento y siguió, con voz divertida—: Esta vez seréis una especie de policía. Un policía... secreto. Al servicio del cardenal, de la regente y de nuestro futuro rey. Estaréis libre de cadenas y trabas. Al final de nuestras aventuras, si sobrevivís, seréis libre. Y tendréis lo necesario para estableceros.

—Acepto, monseñor.

Nissac se volvió hacia Fervac:

—Que lo lleven al patio.



Nissac había tomado las riendas del asunto, consultando directamente las notas de Frontignac y eliminando de entrada a algunos de los futuros galeotes.

Con sus compañeros, observaba a un joven de veintiocho años, delgado, enclenque, de cabello rubio cuyo brillo la cárcel no había apagado.

Nissac hizo una señal a Le Clair de Lafitte, que se levantó, rodeó con lentitud al joven encadenado y luego se dirigió a sus compañeros:

—Éste, Nicolas Louvet, condenado a galeras de por vida, es un prodigio en su especialidad... ¡muy dudosa! Si no hubiera sido por la denuncia de una mujer celosa, continuaría aumentando unos cómodos ahorros que, una vez recuperados, han pasado a formar parte del Tesoro real.

—¿Y cuál era su especialidad? —preguntó Frontignac, fingiendo ignorancia.

—Falsificador. Falsificador de papel y metal. Sabe fabricar llaves y monedas falsas, pero también han encontrado en su casa falsos billetes de lotería, falsos recibos, falsas letras de cambio e incluso falsos contratos de matrimonio. Lo que agrava su caso es la absoluta perfección de su trabajo.

Tal como habían convenido, Le Clair de Lafitte cedió la palabra a Fervac:

—¿Ya ti no te da vergüenza?

Nicolas Louvet observó al nuevo interlocutor y, por su mirada, Nissac comprendió que el joven había reconocido en él a alguien de su mundo. Sus palabras lo demostraron:

—La vergüenza me atenaza... camarada. Pero ya ves, yo nunca he podido escoger, pues me gustan tanto las cerraduras como la tinta y los pergaminos.

Esa respuesta, en la que no se percibía ningún arrepentimiento, le hizo ponerse enseguida de parte del joven.

Nissac, hasta entonces callado, se presentó con todos sus títulos y propuso el trato al joven, que bajó la cabeza, muy impresionado.

—¡Qué inesperado, monseñor! Acepto y os serviré hasta en el infierno.

Nissac no dudó que aquello fuera verdad, suponiendo, anotó mentalmente, que el infierno existiera.



Quedaba por oír al último prisionero, y los cuatro hombres miraban con curiosidad al gigante de piel negra que, debido a su fuerza, se había ganado el derecho a un importante suplemento de cadenas.

Le Clair de Lafitte, a quien habían asignado ese papel, presentó el caso a sus compañeros, quienes lo conocían perfectamente pero se ceñían a las reacciones del hombre.

—Señor de Bois-Brûlé... ¿De dónde sale este nombre tan extraño? —le preguntó al hombre de origen africano.

Bois-Brûlé lo miró con insolencia y luego, con voz suave que contrastaba asombrosamente con su más que notable estatura, respondió:

—Queridos señores, ya he sido juzgado, y me han condenado a galeras de por vida. ¿Qué más queréis? ¿Que me descuarticen en la plaza de Grève?

Frontignac se levantó y dirigió al hombre un dedo acusador:

—¡Sois un insolente!

—Puedo permitírmelo, no tengo nada que perder.

—¡No estéis tan seguro! —replicó Nissac, que enseguida añadió—: sería muy triste que perdierais una libertad que estáis a punto de recuperar.

Se hizo un largo silencio.

Le Clair de Lafitte repitió:

—Señor de Bois-Brûlé, ¿cuál es el origen de ese nombre?

—Bois-Brûlé fue el nombre que nos dio un burgués de Nantes a mi padre y a mí después de comprarnos en el mercado de esclavos de Candie, en Creta, hace casi veinte años. Yo entonces tenía cinco.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Frontignac, que lo sabía perfectamente, a Le Clair de Lafitte. Este respondió:

—El señor «de» Bois-Brûlé, que se añadió la partícula, era actor en una *troupe* hoy dispersada. Lo condenaron a galeras por matar a tres hombres, soldados, y con las manos desnudas; el tribunal estimó que tuvo algunas razones para actuar así.

—¿Cuáles? —inquirió Frontignac.

Nissac, haciendo un gesto con su mano enguantada, mandó callar a Le Clair de Lafitte y miró al prisionero a los ojos:

—¿Tal vez podríais decírlas vos mismo?

—Querían cortarme los cojones para hacer una bolsa. ¡Yo defendí mi vida para salvar mis cojones!

—¡Hicisteis bien! —respondió Nissac lentamente; se levantó, preocupado, y fue de un lado para otro.

Luego, mirando a sus compañeros, el conde les dijo:

—Señores, no sé bien cómo podría servirnos el señor de Bois-Brûlé, pero, en fin, creo que su juicio no fue justo. Y me gustaría mucho sacarlo de galeras y que formara parte de nuestros compañeros.

—Es preciso que renuncie a su partícula —exclamó Fervac con una punta de celos, antes de añadir—: ¡o que me llamen a mí De Fervac!

Nissac levantó su mano enguantada para imponer silencio a Fervac y volvió a mirar a Bois-Brûlé:

—Si él acepta nuestras condiciones.

Bois-Brûlé las aceptó con entusiasmo y, cuando Nissac le propuso cambiar un nombre que él no había escogido y debía de recordarle el horror del mercado de esclavos de Candie, Bois-Brûlé se negó:

—Es el nombre que figura en la crucecita que esculpí en la tumba de mi padre, allá, en un pobre cementerio de Nantes.

Luego, antes de dejar la estancia escoltado por Fervac, dijo aún al conde:

—Señor, no tengo otra cosa que mi fuerza, algunos trucos y cierto talento de actor. Pero os agradezco que me saquéis de este lugar infecto y me salvéis de las condiciones de galeote. Os lo agradezco con emoción, pues sé que no sabéis en qué emplearme. Mi devoción estará a la altura de mi gratitud.

—No tengo la menor duda —respondió el conde de Nissac.



Mientras Fervac vigilaba a los prisioneros en el patio, Frontignac había ido a comprar tres caballos y Le Clair de Lafitte ropa.

Una vez solo, Nissac aguardó en la gran sala donde habían desfilado los futuros galeotes.

Pensó que las cosas tenían que cambiar también allí y decidió hablar de ello con el «aliado invisible», a quien en realidad no había visto nunca a pesar de una correspondencia de más de veinte años.

De repente, le llegó del patio la voz de Fervac; para ganar tiempo se había tomado el trabajo de mandar quitar las cadenas de los prisioneros.

Irritado, el conde dejó la habitación.

El conserje se negaba. Los dos guardas encargados de las porras y escoplos aguardaban con indiferencia.

Nissac, que había pedido que le explicaran la situación, se volvió hacia el conserje y le dirigió una mirada glacial:

—Servicio del cardenal... ¡Ejecutad la orden!

El otro, socarrón y, según se adivinaba, adicto a la Fronda, respondió:

—¿El cardenal seguirá dando órdenes mucho tiempo?

Sin más miramientos, y para gran regocijo de los prisioneros, Nissac le descargó el puño derecho en plena cara y el conserje quedó desmayado en el suelo húmedo.

Luego, secándose la mano enguantada con ayuda de un pañuelo blanco, se volvió hacia los guardas, quienes habían retrocedido asustados, y repitió con la misma voz su orden:

—Servicio del cardenal... ¡Romped las cadenas de los prisioneros!

Los guardas se pusieron manos a la obra sin discutir.



Al cabo de una media hora, siete jinetes dejaban la calle Sainte-Marie-Egyptienne en dirección de la base secreta que llamaban «el Fin del Mundo», sin darle ya su calidad de calle.

El hombre de la máscara de plata resoplaba.

¡La política, siempre la política!

Y con la mitad de París vigilando a la otra mitad, un ejército de espías circulando por la ciudad, sus atrevidas empresas estaban comprometidas, pues las mujeres jóvenes eran las primeras en encerrarse en casa en cuanto se hacía tarde.

Debía esperar.

Sintió un auténtico dolor: nunca antes las ganas de pasar a la acción habían atormentado tanto al que todo el mundo llamaba el Desollador.

Su elevado nacimiento no lo había acostumbrado a la paciencia y, como a todos los grandes señores, le gustaba que todo el mundo cediera de inmediato a sus caprichos.

No importaba: se vengaría.

Con *ellas*, todas las que caerían en sus manos tan poco finas estéticamente, y sin embargo tan hábiles manejando el estilete...



Mathilde de Santheuil iba y venía por la casa sin ánimo para empezar nada.

Un desconocido la había escrutado extrañamente y la había seguido, pero como ella conocía el barrio mejor que el hombre lo había despistado utilizando un inmueble con doble salida.

Pero a ella no le había gustado su mirada. No había en ella deseo, concupiscencia o lubricidad, como en el de la mayoría de los hombres que se cruzaban con ella. Sino algo mucho más extraño... Se había dado cuenta de la sorpresa que su rostro causó al hombre, como si la hubiera reconocido, y el interés que suscitó en él. Un interés casi... ¡de comerciante!

Ahuyentó aquella idea para volver a su principal tormento.

Por otro lado... ¡un tormento muy dulce!

Mathilde languidecía desde que el conde de Nissac se había ido. Cada cosa, cada objeto le recordaba a aquel hombre tan fuerte a quien había visto indefenso como un niño.

Se acordó del viento que silbaba tan fuerte en el exterior. De sus brazos fuertes alrededor de su cintura... Aquel recuerdo la hizo estremecerse, atravesada por una ola de deseo que partió de la nuca y fue hasta la parte baja de la espalda. Ah, abandonarse, chafada, acariciada, sacudida, mimada...

Había observado a escondidas la marcha del conde, una vez hubo recuperado su alto caballo negro en casa de Joseph, el arrendatario de Aux Armes de Saint-Merry.

El caballo avanzaba con paso lento y majestuoso. Nissac se aguantaba muy erguido. Con la capa negra y el sombrero marino de plumas, atraía todas las miradas.

Curiosidad temerosa en los hombres, interés sensual en las mujeres.

Mathilde trató de dominarse, de razonar. No era para ella, no se conocían uniones tan desiguales en todo el reino. Nunca, nunca jamás sería ella la esposa del apuesto conde de Nissac. Pero entonces nunca, nunca jamás amaría a otro hombre ni permitiría que otro la tocara.

Se sentó en el lugar que había ocupado el conde y su mano acarició la madera de nogal que él había tocado. Reprimió un sollozo con gran esfuerzo y murmuró:

—Bueno, pues ya ha terminado. He vivido toda mi vida en una sola noche.

¿Por qué el nacimiento separaba tan irremediabilmente? ¿Por qué era él conde, de una nobleza que se remontaba a san Luis? ¿Por qué era general, dirigía la artillería del príncipe de Condé? ¿Por qué tenía un castillo, una capilla privada, tierras extensas?

Loup de Pomonne, conde de Nissac... Dos partículas seculares, como si una sola no bastara para separarlos para siempre...

Y si también él la amaba, ¿cuál sería su actitud? ¿Sería lo bastante fuerte, y también su amor, para superar los prejuicios?

Se acordó de cómo había mirado a su alrededor, cómo la había escrutado a ella antes de decir con voz triste, en la que se adivinaba pesadumbre: «¡Ignoraba que todo esto existiera!».

Como la otra noche, las llamas de los troncos que se consumían en la chimenea se reflejaban en el cobre de la fuente. Como la otra noche, Mathilde quemaba velas en los candelabros.

¡Él se encontraría tan en su casa allí, estrechándola entre sus brazos!

Mathilde lloró largamente, sin moverse, sin grandes sollozos, y murmuró:

—Te quiero tanto... ¿Dónde estás, amor mío?



A caballo en la noche helada, el conde de Nissac y sus seis compañeros escoltaban una lujosa carroza tirada por seis magníficos caballos.

En la ciudad crecía el tumulto, los partidarios de la Fronda hablaban en voz alta cuando los leales caminaban rozando las paredes; el cardenal había sido claro:

—Nissac, vosotros rodearéis la carroza con las espadas en la mano, y cuando digo con las espadas en la mano me refiero a vos, vuestros caballeros y vuestra carne de horca. Detrás, preparados para ayudaros, seguirán mis gendarmes, mientras la caballería abrirá el camino. Nissac, mis espías me han hecho ver que mi vida corre peligro, y tal vez no solamente la mía, lo que es más grave todavía. Matad sin piedad y sin preguntar a todo el que intente impedirnos el paso. Ya lo sabéis, Nissac, sólo confío en vos.

Así fue como la noche del 5 al 6 de enero del año 1649, a las tres de la madrugada, la reina, el delfín Luis y su hermano Felipe habían tomado una escalera

oculta que llevaba al jardín del Palacio donde esperaban Nissac y sus hombres armados hasta los dientes. Desde allí, el grupito de fugitivos había ido hasta la calle Richelieu, donde esperaban dos carrozas.

El futuro rey Luis XIV, en cuanto llegó a los jardines, había sido tomado en volandas por un gigante negro que lo asustó mucho, hasta el punto que preguntó:

—¿Sois gentil, señor?

—Por desgracia, lo soy desesperadamente, Vuestra Majestad.

—¡Sois fuerte como tres caballos! ¿Cómo os llamáis?

—César de Bois-Brûlé, Vuestra Alteza Real.

El gigante caminaba a paso rápido, con todos los sentidos en guardia, escrutaba las sombras de los jardines oscuros. El futuro rey notaba que el corazón del hombre latía con fuerza, y eso lo conmovió profundamente.

El gigante añadió, relajando durante un brevísimo instante la atención:

—Señor, soy un infame mentiroso, pero ese «de» fue mi nombre de actor, hace mucho tiempo, y me sale de forma natural. Mi nombre es sencillamente Bois-Brûlé, sin ningún añadido.

El futuro rey, recuperado del susto y divertido por la situación, acarició el cabello del hombre que lo llevaba y dijo, con pesar:

—Perdonadme, señor de Bois-Brûlé, pero me moría de ganas. Tenéis un cabello duro, con raíces profundas.

—¡Bois-Brûlé, señor! ¡Sencillamente Bois-Brûlé!

—No, así no me gusta. Cuando yo sea rey, para daros las gracias, os haré por decreto el señor de Bois-Brûlé. El señor cardenal encontrará una baronía en Maine o Anjou a vuestra medida y conveniencia.

—Pero señor... Todo el mérito de lo que hago corresponde al señor conde de Nissac...

—El conde es nuestro salvador y el enviado de la providencia, ¡lo sabemos todo!

El señor «de» Bois-Brûlé, perplejo, se preguntó por la extrañeza de la vida, que llevaba en tan poco tiempo de la paja podrida y llena de chusma de Tournelles a una baronía prometida por el futuro rey de Francia en persona.



Escoltadas por aquellos siete extraños guardaespaldas, las dos carrozas habían circulado hasta la Cours de la Reine, donde las esperaba el cardenal Mazzarino, «Señor» —pues así llamaban a Gaston de Orleans, hermano del difunto rey Luis XIII y tío del futuro Luis XIV—, y el príncipe de Condé, con algunos altos personajes de la corte.

En la fría helada, pero bajo un maravilloso claro de luna, el cortejo, aumentado por guardias, gendarmes y caballeros del rey, se había puesto en camino a gran velocidad hacia el castillo de Saint-Germain-en-Laye.

Aquello no parecía una partida, sino una huida.



Dentro de la carroza, el primer ministro observó a la regente, quien dormitaba entre los almohadones, mientras el futuro rey observaba a alguien en el exterior.

Mazzarino siguió la mirada de Luis y vio al «señor de» Bois-Brûlé salir del escondite de la calle Sainte-Marie Égyptienne, en sotana, y haciéndose pasar por un jesuita húngaro. ¡Si el pueblo se tragaba esa farsa es que estaba maduro para una triplicación de los impuestos!

Mazzarino tuvo un pensamiento fraternal para el conde de Nissac, a quien veía galopar al lado de la carroza, con la espada en la mano. ¡Cuánto necesitaba a aquel hombre en ese tiempo de cobardía y traición!

Luis, que llevaba un ratito tragando saliva, dijo:

—¡Tenemos hambre!

Pronto, una dama de compañía de la reina encendió un hornillo y sacó un *lais*^[8].

Mazzarino, pensativo, se maravilló: «El progreso, después de todo. ¿Se haría algún día algo mejor para viajar?».

En París, adonde Nissac y sus hombres habían vuelto de madrugada, la fiebre aumentaba por momentos. El parlamento se negaba a trasladarse a Montargis, aunque fuera una decisión real, y contraatacaba afirmando que el futuro rey había sido educado por Mazzarino. Llevando esa lógica al extremo, el parlamento declaró al primer ministro «autor de todos los desórdenes del Estado», y le conminó a abandonar el territorio e invitó a «todos los sujetos a que lo persiguieran».

Aquella vez el enfrentamiento era directo.

Reclutaron un ejército. Los barrios de la ciudad proporcionaban un regimiento.

Lo más grave era que algunos señores de muy alta alcurnia salían a la luz y se unían a la Fronda del parlamento. Así, el duque de Elbeuf, descendiente de los Guise; La Tour d Auvergne, duque de Bouillon y hermano de Turenne; Philippe de la Motte-Haudancourt, mariscal de Francia; el príncipe de Marsillac, futuro François de La Rochefoucauld; el inevitable duque de Beaufort, nieto de Enrique IV...

La nobleza abandonaba al futuro rey, a la regente y al primer ministro en su corte de Saint-Germain para ganar París.

La codiciada señora de Longueville, belleza rubia de grandes ojos turquesa, se unió a la Fronda. Pero la encantadora duquesa no iba sola: hermana de Condé, llevó consigo a su otro hermano, Armand de Bourbon, príncipe de Conti, y ese príncipe de sangre no tardó en ser designado el generalísimo de la Fronda.

Para dominar completamente París, acabaron por disparar un cañón sobre la Bastilla, vieja fortaleza que seguía siendo leal y que capituló, rodeada por el ejército de la Fronda.

Ante esos éxitos, anuncios de una campaña fulgurante, uno de los altos personajes del Estado se alió a los insurrectos: Jean-François Paul de Gondi, coadjutor del arzobispo de París y futuro cardenal de Retz.

A los leales escondidos en París no les llegaba la camisa al cuerpo, esperaban tiempos mejores...

No obstante, había excepciones...



Como viejo policía prudente y astuto, Jérôme de Galand, teniente criminal de París enteramente leal al cardenal, había citado al conde de Nissac en una taberna de la calle Deux Écus, cerca del hotel de Soissons.

Nissac había ido antes a echar un vistazo a la crecida del afluyente del Sena, repentina e impresionante. Las orillas estaban sumergidas, y los troncos cortados de Borgoña no llegaban al río. El puerto de Grève y el de Ecole, cerca del Pont-Neuf, ya estaban debajo del agua.

Pero aquello no impedía en absoluto el frío, un frío que partía las piedras, pero

que no desanimaba a los *crosseurs*^[9] a practicar su juego favorito sobre las superficies heladas.

Nissac entró en la taberna de la calle de Deux Ecus y localizó enseguida una mesa sobre un entresuelo al que se accedía por un tramo de escaleras.

Jérôme de Galand, de cincuenta años, afectaba un aire de indiferencia, pero Nissac comprendió que nada se le escapaba; su mirada de águila lo captaba todo.

—Estoy para servirlos, señor conde. Dudar de mi fidelidad sería para vos una pérdida de tiempo.

—Ya lo sé, os recomendó a mí un conocido común.

Esa alusión al cardenal tranquilizó al policía, pero, para retomar la conversación, los dos hombres esperaron a que se marchara la sirvienta, que les llevó una jarra de vino blanco y se retiró enseguida.

Nissac tomó la iniciativa:

—Soy un ignorante en asuntos policiales. Sé que vuestro superior, el teniente civil del Châtelet^[10], no es de los nuestros, ¿verdad?

—No exactamente, señor conde. El teniente civil duda mucho sobre qué partido tomar y actualmente se está medicando. Es una manera de ganar tiempo. Eso indica que el hombre no es nada seguro, no podemos contar seriamente con él. Ni tampoco con el caballero de la patrulla o el preboste de la isla.

—¿Y los demás?

—Los comisarios son inseguros. Sólo tengo por fieles a cuatro hombres de la compañía de arqueros a caballo.

—Es muy poco.

—Es que en esta época a todo el mundo le faltan convicciones, señor conde.

—A vos no.

—A mí no. Yo le tengo horror al desorden.

—¿Veis un medio de cambiar la situación de nuestras exiguas tropas policiales?

—Ya he pensado en ello. Algunos arqueros desertarán los primeros días de la guerra. A otros me encargo yo de quitarles la osadía haciéndoles la vida imposible. Tengo a disposición unos quince hombres a quienes haré entrar entonces de forma regular en mi tropa sin despertar sospechas.

El conde miró a los comensales, abajo. Hablaban de los «acontecimientos», mezclando la Fronda con la inundación. Nissac observó seis pollitos que se asaban sobre tres troncos:

—Este frío abre el apetito. ¿Puedo invitaros? Aunque no era en absoluto su estilo, el teniente de policía criminal pareció sorprendido:

—Es un gran honor, señor conde.

Los dos hombres pidieron y les sirvieron rápidamente.

El teniente de policía criminal, con ayuda del vino, se relajó, sin dejar nunca de estar alerta, sobre todo cuando trataron el tema del Desollador.

—Comprended, señor conde, que París tiene casi medio millón de habitantes.

Sólo en el año 1643, cuando insistí para que se recogieran cuidadosamente los datos, fueron asesinados en la ciudad trescientos setenta y dos hombres y mujeres. Y sin duda en seis años la situación se ha agravado.

—Pero el hombre que buscamos es completamente diferente.

El teniente de policía criminal dejó en el plato el muslo que estaba mordisqueando.

—Claro. El Desollador no es como los demás. Nuestros criminales habituales, si se puede decir así, obedecen a razones que no me causan sorpresa. Un marido celoso que mata a su mujer al sorprenderla en la cama con otro, una disputa que acaba mal, la borrachera y los momentos de locura que provoca. Otros sólo siguen una pendiente natural que los conduce al crimen. *Caimands*^[11], *estropiais*^[12], corta-bolsas, ladrones de capas, *barbets*^[13], ribaldos, rufianes, toda esa gentuza... Nuestro Desollador es mucho más asombroso.

—¿Por qué tiene ese comportamiento tan salvaje? Parece un lobo insaciable.

—Me he hecho esa pregunta muchas veces. El Desollador no es un loco, sino un perverso, y eso es muy diferente para quien tiene medida. Sabemos poco sobre ese hombre, hacen falta muchas amenazas para arrancar un testimonio. Como veis, usa la inteligencia para cometer sus horribles crímenes, no se puede negar. Lo sirven, y bien, personas que lo obedecen en todo. Por lo visto, tiene dos caballeros de escolta y una bonita carroza con los escudos tapados. No encuentra a sus víctimas por casualidad, y deduzco que previamente las rapta, lo que debe hacernos pensar que otras personas se ocupan de esa actividad. Luego está el problema de los cuerpos. El horror de una joven en su ataúd de cristal depositado sobre los escalones de la iglesia. La multitud espantada, los gritos, plegarias y lamentos y cada vez, lo he verificado, un hombre que surge no se sabe de dónde y hace aumentar la fiebre de la muchedumbre. Lanzan una piedra, el ataúd se rompe. Como por casualidad, que no es casualidad sino repetición, surge un cómplice, arroja ramaje, pez y enciende el fuego. Para la muchedumbre, eso tiene algo de... perdonad la palabra... exorcismo. Gritan, bailan, hacen palmas para recibir el desvanecimiento en humo del horror absoluto. Pero como observaba con gran agudeza un viejo cura, también la prueba se va con el humo.

—¡Es diabólico!

—Está hecho con inteligencia, señor conde. —El teniente de policía criminal, volviendo a coger el muslo, masticaba pensando en otra cosa y luego dijo, mirando al conde a los ojos—: Una vez, sin embargo, no fue así.

—¡Contadme!

—Una lluvia de otoño, repentina y violenta. Todos los intentos de incendiar el cuerpo fueron vanos. Enterraron rápidamente el cadáver y los cómplices del Desollador no pudieron intervenir. Sin duda, pensaron en hacerlo por la noche, pero yo me adelanté, prevenido, recorriendo las cuatro leguas a rienda suelta. Mis cuatro arqueros fieles se reunieron conmigo en carro. Me llevé el cuerpo desenterrado. Me

fue fácil constatar que la joven había sido violada antes de que tuviera lugar la habitual carnicería.

—Tengo que ver el cuerpo.

—Es posible, señor conde, pero os lo desaconsejo. Su visión encoge el corazón, incluso el mío, que está endurecido.

—Soy soldado. He visto centenares de cadáveres.

—Éste no tiene nada de común, señor conde. Es un desafío a la naturaleza humana. A la vista de esa cosa, os asalta una duda cuyos contornos no he acabado de captar.

—¿Qué habéis hecho con él, teniente?

El teniente de policía criminal dejó el muslo, del que sólo quedaba el hueso, y cogió un ala. De nuevo pensativo, como en letargo, apuró su vaso de vino y dijo, mirando al conde directamente a los ojos:

—Hay decenas y decenas de cementerios en París, algunos muy modestos y poco conocidos. Uno de ellos es muy peculiar, pues su tierra conserva y momifica los cadáveres, evitando que se pudran. La joven está enterrada allí. Volví la noche de la Epifanía, cuando el viento glacial vació las calles. La tumba sigue allí, intacta e inviolada. Para despistar a la gente del Desollador he mandado grabar un nombre de hombre en la cruz. El mío.

—¡No sois nada supersticioso!

—No más de lo razonable, señor conde.

—Muy bien, iremos por la noche. Llevad a vuestros arqueros a caballo, yo llevaré a mis hombres.

El teniente de policía criminal reflexionó un instante:

—Sólo es la una de la tarde. Tenemos tiempo de organizado todo.

Los accesos de risa se contagiaban cuando se cruzaban, vestidos con pobres sotanas, en la casa particular de la calle del Fin del Mundo.

Sólo el señor de Bois-Brûlé, modelo absolutamente único de jesuita africano que decía ser húngaro, conseguía hacer reír aún a sus compañeros hablando latín, un latín totalmente imaginario.

A su llegada, el conde de Nissac fue llamado por el barón de Frontignac, que le tendió una carta sellada con cera roja:

—Para vos, señor conde. Un jesuita, uno de verdad, la ha traído hace menos de una hora.

Frontignac reflexionó un instante.

—Cuando le pregunté quién le había dado la dirección, me respondió simplemente «Causa suprema», añadiendo que vos comprenderíais enseguida.

—¿«Causa suprema»? ¿Estáis seguro?

—Completamente.

—Gracias, Frontignac.

Absorto, Nissac cruzó la sala de abajo donde Le Clair de Lafitte, Fervac y Florenty, el ex contrabandista de sal, estaban inclinados sobre un plano de la capital, de grandes dimensiones, coronado por la inscripción: «Lutetia Parisiorum urbs, toto orbe celeberrima Notissimaque, caput regni Franciae».

Nissac llegó a una estancia donde se oía un ruido regular. Entró y cerró la puerta tras de sí.

Nicolas Louvet, el antiguo falsificador, trabajaba una llavecita con una lima de cola de ratón.

—¿Cómo va el trabajo?

—Casi acabado, señor conde. Una horita más y estará listo.

—¿Y estás seguro de lo que haces?

—Claro. El trabajo no presenta dificultades. He probado mucho para entrar en el lugar, ejecutar discretamente los moldeados de cerraduras y ver a quien sabéis.

—¿Sospecha?

—De todo el mundo. Pero teníais razón, señor conde, su interés por las monedas antiguas es más fuerte que su prudencia. Su colección es magnífica, de mucho valor, y nuestras piezas lo han seducido.

—Cuando se dé cuenta de que son falsas...

—No lo sabrá, señor conde. Mi trabajo es idéntico. Sé fabricar un desgaste falso. He engañado a muchos coleccionistas antes que a él, pero es la primera vez que engaño a un banquero.

—¡Muy bien, sigue!

Nissac volvió a salir, subió al piso y se encerró en su cuarto.

Luego, bastante nerviosamente, rompió el sello de cera y leyó la carta que estaba

escrita en griego antiguo, para despistar posibles miradas indiscretas.

El texto, que Nissac tradujo enseguida, mostraba una bonita escritura:

París, 14 de enero de 1649

Querido amigo:

Lo sé casi todo de vuestras actividades. Me apasionan y adivino su interés superior en la línea recta que constituye desde vuestros primeros años la esencia de nuestra correspondencia, y lejos de lo que agita hoy a todos los señores poderosos.

Un día u otro, antes de que la edad se me lleve, teníamos que vernos.

Ha llegado el momento.

No os sorprendáis, cuando me veáis, de mi pobre rostro, pues fui desfigurado hace ya mucho tiempo en circunstancias que os contaré, pero sabed ya que, sin la intervención de vuestro difunto padre, yo estaría muerto desde hace casi treinta años. Mi falta de gratitud con respecto a él se habrá compensado a través de vos, en este sueño inmenso que os hemos compartido.

Al escribir estas líneas, me asalta la idea de reparar una gran injusticia. Decís no sentir gran afecto por vuestra tía, pero advertid que ella hizo que os enseñaran el griego antiguo que hemos utilizado en nuestra correspondencia. Decís también que fue muy severa; no dudéis que lo fue en la medida del amor que os profesaba.

Por lo demás, la culpa fue mía.

Es el momento de revelaros lo que para vos será una gran sorpresa. Sabed que vuestra difunta tía, que os educó, estaba enteramente entregada a nuestras ideas y compartía nuestro sueño. Sabed también algo que siempre habéis ignorado, por hallaros entonces en los ejércitos del señor de Condé: no murió sola en su castillo de Carentan; yo le sostuve la mano hasta el final.

Puesto que hoy hablamos de igual a igual, de poder a poder, de general de artillería a general de los jesuitas, tengo que pedir os un favor, que consiste en que traigáis a la joven Mathilde de Santheuil.

Como constatáis, los servicios secretos de los jesuitas serán siempre superiores a los del rey o su patético primer ministro, Mazzarino, que me recuerda a un personaje inventado por los napolitanos y que se llama Pulcinella, aunque aquí, creo, lo llaman Polichinelle.

Hoy, a medianoche, en Notre-Dame. Os espero. Venid en barca. Las aguas suben.

Vuestro amigo de siempre.

Pensativo, el conde de Nissac se acercó a la chimenea y arrojó la carta pensando que la noche sería muy larga.

Las llamas retorcieron el pergamino, que no tardó en hacerse cenizas.



Joseph salió de Aux Armes de Saint-Merry y se precipitó hacia el conde, que le tendió la rienda de su alto caballo negro diciendo:

—Querido Joseph, siempre con un ojo en la calle. ¿Qué vigilas así?

—¿Yo, señor?

—¿No estarás acaso enamorado de la guapísima señora de Santheuil?

Una breve decepción cruzó la mirada de Joseph, y Nissac supo que se había equivocado.

—No quería herirte. Pero al fin y al cabo, eres viudo y no tienes hijos.

—Mis cinco hijos murieron, señor conde.

—Lo siento, qué desgracia tan grande.

—Hace mucho tiempo. Pero veréis, aparte de los que la aman con amor, la señora

de Santheuil es querida por su afabilidad y su gran inteligencia. Pues bien: hace un tiempo que ella parece inquieta, y ésa es la razón de mi vigilancia.

Convencido a medias, el conde respondió:

—Entonces no relajés la atención.



Ella lo observó con lo que le pareció cierta indiferencia, aunque no era sino un riguroso control de si misma para no dejar adivinar sus sentimientos.

Él miró a su alrededor con una leve sonrisa:

—Me hicisteis pasar aquí una velada muy agradable, señora. Es una lástima que la fiebre me haya borrado el recuerdo de lo que hablamos.

—En efecto. Estuvisteis muy hablador, señor conde, y juraría que no es vuestra condición habitual.

—¿Hablador...? ¿Hasta ese punto? —preguntó Nissac, repentinamente inquieto.

—Fue muy interesante. Pero... ¿deseabais verme?

El conde estaba fascinado por aquel rostro y, en cuanto a la noche que había pasado allí, lo que tenía por un sueño permanecía presente en su interior. No obstante, pensó que la señora de Santheuil quería que fuese al grano; la falta de calor de aquella acogida no le facilitó las cosas.

Con todo, empezó:

—Señora, el servicio al cardenal toma a veces formas que pueden parecer desconcertantes.

Él se interrumpió; ella rompió el breve silencio:

—Todavía no habéis dicho nada, señor conde, o bien es demasiado corto, demasiado vago o demasiado sibilino.

Esta vez él quedó desamparado, y Mathilde de Santheuil tuvo que hacer un gran esfuerzo para no arrojarse en sus brazos.

Más secamente, el conde siguió hablando:

—En efecto. Quería deciros que algunas de nuestras acciones parecen a veces muy lejanamente vinculadas a nuestra causa, pero en realidad la sirven. Otras veces, la relación apenas existe. Es el caso de lo que voy a proponeros.

—¿Me estáis diciendo, señor conde, que me necesitáis para algo que no tiene nada que ver con el servicio al cardenal?

—Exactamente, señora.

—¿Y de qué se trata?

—Mi amigo más querido, y más antiguo, desea vernos a los dos.

El corazón de la señora de Santheuil latió más rápido. Gracias a ese amigo, el conde y ella volverían a verse. Ocultó su emoción:

—Entonces, ¿vuestro amigo sabe de mi existencia?

—Lo sabe todo de todo el mundo.

—¿Quién es, señor conde?

—No puedo revelar su nombre sin su consentimiento.

Un poco desconcertada, Mathilde de Santheuil fue a atizar los troncos, luego volvió hacia Nissac:

—Es muy misterioso.

—Estoy de acuerdo con vos.

—¿Y dónde quiere vernos?

—En Notre-Dame, a medianoche.

—Pero el Sena ha invadido Notre-Dame, ¿no lo sabíais?

—Nos esperará una barca.

Ella se decidió de repente:

—Conforme, señor conde.

—Puedo venir a buscaros en carroza, pero a medianoche no resulta muy discreto. Será más inteligente, si no veis ofensa en ello, que pase a recogeros en mi caballo y que montéis en la grupa. Mi caballo es sólido y seguro, así llegaremos a los barrios inundados por la crecida de las aguas.

Mathilde habría dicho sí de todos modos, aunque el conde le hubiera propuesto una visita a los infiernos. Pero la perspectiva de estar en el mismo caballo que el hombre a quien amaba le encantó.

Y eso que lo ignoraba todo de los caballos. Así que preguntó:

—¿Qué entendéis por montar en la grupa?

—Detrás de mí.

—¿Y cómo me mantengo en la parte de atrás de vuestro caballo?

Perplejo, el conde de Nissac reflexionó. Le pareció que la mirada de la joven brillaba, y que se estaba divirtiendo a lo grande acorralándolo... Divertido, pensó: «Tan cruel como hermosa; esto es una mujer». No obstante, se esforzó por responder:

—Os agarráis a mi cintura o mi espalda. El cuerpo del caballo queda entre vuestras piernas... Pero es muy ancho cuando no se está habituado.

—Ni hablar. ¿No conocéis otro medio?

El conde, que notaba un cosquilleo, estuvo a punto de agarrarse la cabeza con las dos manos y huir. En ese momento, habría preferido enfrentarse solo a un tercio del ejército español.

Se esforzó por mantenerse tranquilo al responder:

—Os sentáis delante de mí, detrás del cuello del caballo, con las piernas en un lado y no miráis el camino de cara. Yo, mientras aguanto las bridas, os sostengo en cierto modo entre mis brazos y os puedo jurar que no caeréis.

Mathilde de Santheuil encontró que esa solución era más ventajosa. Ella estaría de perfil, él tendría que verla por fuerza.

—Acepto.

Él pareció aliviado:

—Perfecto. Una última cosa: me temo que el amigo que quiere vernos no sea...

En fin, creo que está desfigurado. No os asustéis.

—Aguardad, señor conde. ¿Vos *creéis* que vuestro «amigo más querido» está desfigurado? ¿No estáis seguro?

—No lo he visto nunca.

—¿Bromeáis? —preguntó ella secamente, pero por el rostro del conde comprendió que era del todo sincero.

Avergonzado, él explicó:

—¡Es mucho mayor que yo! Nos escribimos frecuentemente desde que tengo edad de usar una pluma y tener algunas ideas.

Enervado, caminó de un lado a otro.

Su alta silueta pasó una y otra vez por delante de la chimenea, proyectando su sombra aumentada sobre las paredes de la casa y, una vez más, Mathilde pensó: «¡Quédate! Te lo suplico, quédate para siempre. Ninguna duquesa ni marquesa, con todos sus títulos, sabrá amarte como yo te amo. Haría cualquier cosa por ti, ¿lo entenderás alguna vez?».

Él dejó sus idas y venidas, y le hizo frente:

—Sé que es muy curioso. Soy un hombre serio y tranquilo, un soldado que reflexiona sobre la artillería y sabe sacarle el mejor partido a sus cañones. Y no obstante, cada vez que os veo, parezco un loco furioso y agitado, un bromista que se inventa historias increíbles. Pues no, señora de Santheuil, yo no soy así.

—Lástima, la locura da encanto.

—¿En serio?

—La sociedad se aburre con la gente demasiado seria, y las mujeres...

Se interrumpió y añadió, más gravemente:

—Sin duda, las mujeres os interesan, señor conde...

Él vaciló:

A su edad, treinta y ocho años, la única mujer que lo había apasionado se encontraba delante de él con una encantadora sonrisa desafiante:

Carraspeó:

—Pues claro... Me interesan, sí. Razonablemente.

Ella pareció abrumada:

—¿Razonablemente?

Él bailó de un pie a otro, deseando que se lo tragara la tierra, y por fin respondió:

—El servicio a los ejércitos, mi castillo y la niebla a la que me gustaría retirarme no tienen nada que pueda hacer soñar a una mujer, y por tanto, en consecuencia, hacerme soñar con una mujer. Eh... ¿soy demasiado confuso?

—En absoluto. Pero como amiga os diría: no uséis demasiado la razón. Sed un poco loco, a las mujeres les chifla.

Él se encogió de hombros.

—Loco... loco... ¡Así es como lo llaman! ¿Entonces bastaría presentarse vestido de bufón, medio amarillo, medio rojo, agitar un cascabel como un enano estúpido,

mover las orejas y hurgarse la nariz, hacer muecas repelentes caminando sobre la cabeza, mirarse en el ombligo a ver si se esconde un grupo de brujas, dejarse crecer grandes bigotes para atarlos uno con otro con un doble nudo, comer alcachofas con los pies y tragarse los huesos de las cerezas dejando la carne deliciosa al lado del plato; en una palabra, no tener ni un instante para vivir aparte de aquellos en que os guste por fin?

En un momento de lucidez, pensó que si esas cosas hubieran sido necesarias, las habría hecho todas. ¡Él, Loup de Pomonne, señor de Nissac, teniente general de la artillería del príncipe de Condé, para gustar a Mathilde las habría hecho todas!

Asustado, se dijo: «¡La amo de verdad!».

La respuesta de la señora de Santheuil le causó un efecto parecido al de esos cubos de agua que se echaba sobre el cuerpo cada mañana desde la infancia.

—Haría falta mucho más, señor conde.

Desanimado, recogió su sombrero de bonitas plumas, se despidió sin una palabra y salió, dejando a Mathilde desesperada, murmurando:

—¿Pero por qué he dicho eso, si no lo pienso?

Al bajar del puente de Saint-Michel, en el que el agua alcanzaba la parte baja de los tenderetes de tanto que había subido el Sena, Nissac y sus compañeros llegaron a la orilla izquierda y alcanzaron pronto la calle Poupée, donde los aguardaba Jérôme de Galand y sus cuatro arqueros, hombres de elevada estatura y rostros rudos.

Aunque la noche era oscura, parsimoniosamente iluminada por algunos pobres rayos de luna, ocultos de vez en cuando por las pesadas nubes violáceas, el teniente de policía criminal pidió al barón de Frontignac que apagara su farol:

—La ciudad es de los facciosos que añaden audacia a su insolencia. No es muy prudente señalar así nuestra llegada.

Tirando de la brida se adentró en las callejas oscuras, seguido por sus hombres y los de Nissac.

Por la calle de la Harpe, llegaron a la calle de Foin y de allí se dirigieron hacia la puerta Saint-Jacques para detenerse más adelante, cerca de una iglesia muy antigua y visiblemente abandonada.

Delegando en uno de los arqueros la custodia de los caballos, Galand, Nissac y sus hombres rodearon la iglesia... y se detuvieron en seco.

En medio de un frío polar, y al resplandor de las antorchas, unos hombres cavaban el suelo helado de un antiquísimo cementerio cuyas cruces, la mayoría inclinadas, demostraban su antigüedad.

El teniente de policía criminal se aproximó al conde de Nissac, que observaba la escena, y le susurró:

—Se diría que no somos los primeros.

—¿Es ésa la tumba? —murmuró Nissac.

—Eso parece. Además, ¿cuál si no, en plena noche y con este frío? No estamos en época de peste, y no se entierra a los cristianos por la noche.

—Y sobre todo seis personas, y con las espadas al costado.

—¿Atacamos, señor conde?

Nissac miró a Galand con sorpresa.

—¿Se os ocurre otra cosa?

Por gestos, los dos jefes dieron sus órdenes y pronto sus hombres se dispersaron para formar un amplio movimiento de tenaza que se cerró sobre los seis desenterradores de cadáveres, ahora rodeados, sin posibilidad de retirada.

Descubiertos, éstos abandonaron inmediatamente palas y picos y desenvainaron las espadas.

Con un legalismo de buen tono, aunque un tanto anticuado en tiempos turbulentos de sedición, pero que impresionó favorablemente al conde de Nissac, el teniente de policía criminal, con la espada en la mano, dio la orden:

—Jérôme de Galand, teniente criminal del Châtelet. En nombre del rey, ¡rendíos!

Se adivinó cierta vacilación entre los violadores de tumbas, quienes, sin duda,

calibraban a su adversario. Una cuestión difícil, pues con Nissac, Galand y sus hombres se encontraban frente a once hombres decididos.

Sin embargo, con una voz insolente que indicaba que el individuo debía disfrutar de un respaldo poderoso, el jefe faccioso respondió con desdén:

—El rey es rehén del cardenal, y éste se encuentra fuera de las leyes del reino. Hoy servir al rey significa servir al príncipe de Conti, al coadjutor y al parlamento. ¡Rendíos!

Galand miró al conde de Nissac con desánimo:

—Sin duda, lo más grave es que es totalmente sincero, pues en los tiempos que corren muchos no saben a quién servir.

—¿Qué queréis decir con eso? —preguntó Nissac sin ocultar cierta irritación.

Galand pareció desamparado:

—Quiero decir que lo ignoro todo sobre esos hombres, y pienso que se equivocan, pero que quizá son honrados en su devoción al príncipe de Conti, al coadjutor y al parlamento. Eso complica las cosas.

—¡Pero están violando una sepultura, y eso es un crimen en todas las épocas y bajo cualquier gobierno!

—Cierto, señor conde, pero ¿qué vamos a hacer nosotros?

El argumento parecía tener peso para el teniente de policía criminal, y el barón Le Clair de Lafitte, que se encontraba muy cerca, asintió con la cabeza.

Pero no a ojos de Nissac, para quien ese debate no existía. Su voz se hizo más cortante:

—Señor, vos hacéis una indagación criminal y yo persigo a una banda de facciosos que disturba la seguridad del Estado y amenaza con las armas al primer ministro que representa al rey. Me importa poco el coadjutor, el príncipe de Conti, toda esa nobleza extraviada. Nuestra razón para desenterrar el cadáver es un asunto de la policía criminal y de la seguridad del poder real, y sin duda ésa no es la motivación de esa gente. No creo, señor, que haya en ello materia para interrogarse sobre la legalidad, el deber o la legitimidad, que son temas muy interesantes para una velada al calor del fuego y no para una noche, y con este frío, en un cementerio frente a una banda armada que se enfrenta al representante de la ley que encarnáis.

Galand, impresionado, se retiró, pero sin capitular:

—Entiendo, señor conde, que estas cosas están muy bien dichas y no carecen de peso. No obstante, mi escrúpulo reside en el hecho de que esas gentes, entre las cuales tal vez haya caballeros, también creen servir a un poder legal.

—Si razonáis así, la Fronda ya ha ganado.

—Ni hablar, pero la pregunta merece una respuesta que legitime la acción.

La vacilación de Galand le hacía honor, pero el honor de Nissac consistía en no conocer la vacilación; desenvainó la espada.

Inmediatamente, los seis hombres del conde lo imitaron con un sonido del metal contra el metal que daba a entender que se había acabado el tiempo de las palabras.

Como por instinto, los arqueros también habían sacado las espadas.

El teniente de policía criminal sacudió la cabeza con una flagrante falta de convicción, y masculló:

—Repito, semejantes preguntas requieren respuestas.

Golpeando levemente con el puño enguantado el pecho del teniente, en una serie breve pero insistente, Nissac le respondió, levantando el labio superior sin darse cuenta:

—Señor, este debate existe desde la noche de los tiempos. Y existirá en los siglos venideros. Yo creo que servir al poder del momento, porque es el poder, a veces instaurado por la violencia, contra la moral y la voluntad común, es tener alma de criado y obrar en favor de la canallada, los excesos y el crimen. El pueblo ha escogido al rey, los dos lo sabemos. E intuimos que no siempre será así y que el deber, entonces, consistirá en servir al pueblo mismo contra el rey, pues son aquellos que componen el pueblo, la gran multitud, quienes hacen existir al rey. Pero esto lo sabremos en su momento, y mientras aguardamos sería absurdo servir a una camarilla de burgueses atolondrados del parlamento aliados con grandes señores que desean volver a los siglos pasados.

Galand pareció bajar de las nubes; luego miró a Nissac sin ocultar su simpatía:

—Ésa es una idea muy peligrosa, monseñor. Al oíros, un malintencionado pensaría que decís: más vale un rey al que es posible destituir algún día cercano que poderes múltiples y fuertes en las regiones, es decir, adversarios diversificados que hagan la tarea más laboriosa.

Nissac le sonrió, luego su mirada se posó sobre los profanadores de tumbas.

—Pero ni vos ni yo somos malintencionados, mi querido Galand.

Galand no daba crédito a lo que oía: ¿un conde de Nissac que compartía sus preocupaciones, iba y venía con paso atento por su jardín secreto del que parecía conocer todos los senderos?

Se atrevió a hacer la última pregunta:

—Pero señor conde, ¿cómo se reconoce la línea luminosa que podría llamarse... «el deber»?

Nissac se encogió de hombros:

—Por algo que palpita en nosotros y que no podemos sofocar. Algo...

Escrutó atentamente a Galand. Con sus preguntas, el teniente de policía criminal decía mucho de sus simpatías e inclinaciones. En el fondo, reconocían un ideal secreto muy parecido:

—Algo que podría llamarse la conciencia.

Al fondo, los profanadores de tumbas, que creían que estaban asistiendo a una disensión, trataron de agudizarla:

—¿Peleáis con la lengua en vez de con la espada, señores? Que os siente bien. A nosotros no nos falta oro.

—¡Ni a nosotros metal! —respondió Nissac, avanzando solo, con la espada en la

mano, hacia los partidarios de la Fronda.

El jefe de los facciosos, probablemente un hidalguelo favorable a la Fronda, avanzó hacia Nissac y se puso en guardia.

Con la espada bien sujeta, el conde le miró directamente a los ojos y le dijo:

—Sois muy joven, señor, y yo hace mucho tiempo que me arrastro por los campos de batalla. Estáis a tiempo de retiraros, vuestro honor está a salvo.

El joven, en el cual se filtraba alguna duda, pasó aquello por alto y dijo, esforzándose por reír:

—En cambio vos, señor, con vuestro cabello gris, seguramente habéis vivido ya bastante...

Nissac le dirigió una mirada dolida. El joven avanzó fogosamente. En lugar de retroceder para contener el ataque, el conde hizo lo mismo, en contra. Su brazo se distendió. Un gesto, uno solo, y el hombre se desmoronó con un agujero en la garganta.

Aparte de Le Clair y Frontignac, que conocían el estilo de Nissac, los espectadores quedaron estupefactos.

—¿Qué es eso? —preguntó el teniente de policía criminal. Frontignac, que tan a menudo había admirado las acciones de su general, explicó a media voz:

—No tiene nada de diabólico. Nadie sabe exactamente el origen de esa estocada que parece anterior al reino del rey Enrique IV y de la que hablan las antiguas crónicas. Dicen que los Nissac, que recorrieron los océanos en los bajeles de la flota real, guardaron el secreto de los berberiscos, pero nació lo atestigua. Por otro lado, aunque el conde no utilice su estocada secreta, no pueden vencerlo. Ah, excusadme...

Frontignac se adelantó, pues los otros cinco partidarios de la Fronda les hacían frente con valor. Le Clair de Lafitte se unió a Frontignac, luego Maximilien Fervac, temible espadachín de los Guardias Franceses. Delegados con un gesto por Galand, dos arqueros, que en cierto modo representaban a la policía, se reunieron con el grupo mientras que Nissac, tras dar un paso adelante, permaneció como posible suplente en caso de que uno de los suyos cayera en el combate.

Cinco contra cinco, el combate se trabó lealmente.

Pronto, los partidarios de la Fronda se vieron desbordados. Fervac, en el primer movimiento, hirió a su adversario en el hombro y todos admiraron su estilo, su eficacia y su gran elegancia.

Le Clair de Lafitte, con pocas ganas de concluir su combate, controlaba a un viejo de la Fronda que se enfrentaba a él y que, aunque dominado, manifestaba a ratos detalles que dejaban adivinar al hombre brillante que debió de haber sido en otro tiempo.

Frontignac ya había marcado la cara de su adversario, sin duda un militar de paisano, lo suficientemente valiente, sin embargo, como para no abandonar la pelea.

Del lado de la policía del cardenal, el resultado parecía más incierto. Uno de los

arqueros mantenía una lucha igualada con el partidario de la Fronda con el que se enfrentaba, cuando, de repente, el segundo arquero se desmoronó, herido en la mano que sostenía la espada.

Pronto, Nissac avanzó hacia el vencedor y, una vez más, le propuso una salida:

—¿Es realmente necesario, señor? No ganaréis este enfrentamiento. Demasiados compañeros podrían tomar el relevo.

Su adversario, un hombre muy joven, lo miró con la insolencia que, en todos aquellos años negros, fue uno de los encantos de algunos partidarios de la Fronda:

—Habéis tenido suerte, señor, pero como he visto vuestra estocada, no me dejaré coger, pues ningún burro tropieza dos veces con la misma piedra.

—Pero hay burros estúpidos, y otros que se complacen en sufrir, pues sin duda le encuentran gusto a la desgracia. Dadme una sola razón para que no os quite la vida.

El partidario de la Fronda, de alta alcurnia, vacilaba. El hombre al que se enfrentaba desprendía demasiada fuerza, demasiada calma... Tuvo de repente una visión de su garganta abierta, de la sangre que brotaba, de la vida palpitante que se le iba. Era demasiado, y entonces transigió, y para hacerlo bajó la voz lo suficiente para que no lo oyera más que el conde de Nissac, y no sus propios amigos:

—Pues bien, señor, en realidad la vida es algo muy bello. Si me hirierais levemente...

—Así será, pero ¿quién os ha enviado aquí?

El joven pareció sorprendido:

—Pues el marqués de Wesphal, a quien acabáis de dar muerte de una forma tan asombrosa.

—¿De dónde obtuvo la información?

—Una traición subalterna, me parece. Es que no nos lo cuentan todo. Sabed también que el señor de Wesphal había servido en el ejército, a las órdenes del mariscal de La Motte-Haudencourt.

—¡Uno de la Fronda! —atajó Nissac.

—Sin duda, pero un mariscal de Francia.

—Se puede ser mariscal de Francia y traidor a su país. Por lo demás, no será mariscal por mucho tiempo. Vamos, poneos en guardia e interpretemos esta comedia que deseáis. Para convencer a vuestros amigos de vuestro ardor en el combate, pero sin mataros, ¿debo cortaros la nariz? Es una estocada que me sale muy bien.

El joven, instintivamente, se llevó la mano al órgano nasal, que era pequeño:

—Señor, es que...

—Comprendo. ¿Os reviento un ojo, entonces? Quedaréis tuerto, pero os podréis hacer compadecer por las bellas partidarias de la Fronda.

—Pues bueno, señor... No tengo una vista excelente y temo que no necesito los dos ojos.

—¡No insistamos! Os propongo un trato mejor: os corto el brazo por tres puntos distintos. Os lo amputarán. Si pensamos en el valor, un manco es elegante, se instala

en la gloria, creo yo.

El joven de la Fronda cada vez estaba más pálido:

—Ah, señor, señor, una vez más... Es que, veréis, aprecio mucho mis brazos. Están pegados a mí, sí, pero a la vez yo lo estoy a ellos. Nos ha ido bien juntos desde que nací. Perder uno hoy sería una gran desgracia.

Nissac, aunque no lo dejaba ver y mantenía un rostro severo, se divertía. Encontraba al joven muy simpático, a pesar de que su valor desfallecía.

En tono de confianza, casi en voz baja, el conde de Nissac sugirió entonces:

—Claro, todo eso, la nariz, los ojos, los brazos, son cosas muy visibles, lo comprendo. Se me ocurre una idea mejor...

A su alrededor, los combates habían cesado. Los miraban con mucha curiosidad, pues no oían sus palabras.

En un murmullo, Nissac precisó:

—Tenéis entre las piernas un par de cosas que no se ven más que en una intimidad que, prevenido por vuestra nueva enfermedad, haréis bien en evitar exponer. ¿No es una solución buena y justa?

El joven se irguió indignado y elevó incluso el tono, olvidando a sus amigos:

—¡Ah no! ¡Ni hablar! ¡Eso sí que no! Cortadme la nariz, reventadme el ojo, comedme las orejas, amputadme los dedos del pie, quitadme incluso una pierna, o dos, pero por piedad, no me toquéis... eso.

El conde de Nissac no pudo evitar sonreír:

—Muy bien, os dejaré lo que tanto queréis. ¿Cómo os llamáis?

—Henri de Plessis-Mesnil, marqués de Dautricourt.

El conde no pudo esconder su sorpresa:

—¿El hijo del almirante?

—El nieto. ¿Lo conocisteis, señor?

El conde le dirigió una mirada severa.

—Mereceríais ser gravemente castigado si vuestros veinte años no os excusaran de muchas cosas... Vuestro abuelo sirvió a las órdenes de mi padre.

El joven frunció las cejas.

—Vos sois...

Nissac lo atajó:

—Loup de Pomonne, conde de Nissac y general de artillería.

—Ah, señor, nadie me había dicho...

—A mí tampoco. Vamos, en guardia.

En unos segundos deslumbrantes, el asunto se concluyó y el joven marqués, herido en el brazo izquierdo, conservó su honor. Pero el estilo de Nissac helaba a todo aquel que lo observaba, y al verlo los siguientes partidarios de la Fronda arrojaron sus espadas.

Pronto, Jérôme de Galand se aproximó, con expresión de sospecha:

—¿Conocíais a ese joven descerebrado?

—No, pero podía haberlo conocido.

El conde miró a los partidarios derrotados de la Fronda, a quienes reunieron con bastante rudeza:

—¿Qué vais a hacer?

Galand se encogió de hombros.

—¿Qué puedo hacer? Si los llevo al Petit-Châtelet, los liberarán de inmediato sus amigos que dirigen París.

—Entonces dejad que se vayan. No saben nada y nosotros tenemos cosas que hacer.

Así lo ordenaron.



Armados con palas, Anthème Florenty, el ex contrabandista, y el señor de Bois-Brûlé acabaron el trabajo bien iniciado por los de la Fronda.

Extrajeron un ataúd ordinario que fue izado fuera de la fosa. Nicolas Louvet, a la luz de las antorchas, rompió el ataúd...

Y todos los hombres presentes dieron un paso atrás.

Tanto los militares como los policías, pasando por los rudos hombres condenados a galeras, tuvieron ese movimiento instintivo de retroceso que quiere rechazar una realidad demasiado insoportable porque niega todo respeto por la vida.

El teniente de policía criminal rompió el silencio:

—Os previne...

Nissac miró al policía directamente a los ojos:

—No se puede prevenir contra el horror absoluto.

—Lo siento, señor conde. Y ahora ¿qué hacemos? ¿Sabemos tan pocas cosas del Desollador!

El conde de Nissac observó el paisaje desolado. Las nubes dispersas, la luna había salido del todo y se veía como en pleno día.

Se sintió superado. El duelo en medio de las cruces y las piedras sepulcrales en las que el tiempo borraba para siempre los nombres como si quisiera negar que aquellos desgraciados muertos hubieran existido nunca. Una lechuza en un fresno lanzó su ulular siniestro, la iglesia amenazaba con la ruina, el viento aullaba furiosamente sobre aquel paisaje desolado, el Sena sumergía barrios enteros de París, la luna blanqueaba extrañamente las tumbas, el frío vivo y penetrante que calaba hasta los huesos, los rostros de granito de los hombres duros que lo rodeaban y cuyo desarraigo adivinaba, y tal vez el deseo inconsciente de volver al mundo de la niñez, el joven marqués insensato que no sabía nada de la misión abominable que realizaba, y de la que nunca se habría recuperado, y aquella muchacha, aquel pobre cuerpo torturado que la vida había preparado sin duda para otro destino, evidentemente más venturoso: vivir, amar, reír, parir, ser feliz cuando fuera posible, envejecer

aprovechando lo que aporta cualquier edad de la vida...

Se sintió tan miserable como la pobre carroña desollada.

—¿Qué vamos a hacer, señor conde? —repitió Jérôme de Galand.

Nissac respiró profundamente y se obligó a mirar los restos de la muchacha.

—Encontrar al que ha hecho esto.

—Bien. ¿Y luego?

—¿Luego...? Veremos si existe la justicia o si esto clama a otra organización del mundo.

Sin siquiera darse cuenta de la familiaridad de su gesto, el teniente de policía criminal hizo una leve presión en el antebrazo de Nissac:

—¿Lo veremos nosotros?

—¡Lo dudo! —respondió Nissac.

Sentada entre el cuello y la silla del caballo, perpendicular al conde de Nissac, que podía admirar su bonito perfil, Mathilde de Santheuil vivía un sueño.

Se guardaba mucho de girarse hacia Nissac, pues sus rostros, entonces, quedarían demasiado cerca, pero sentía contra su pecho y su espalda los brazos del conde, que aferraban las bridas del caballo.

Varias veces ya él la había sostenido por los muslos y los hombros, durante un paso delicado de rodadas o baches; y ella no estaba segura de no haberse estremecido.

A ratos, contemplaba encantada sus siluetas reflejadas y aumentadas en los grandes charcos que inundaban las callejuelas: el alto caballo negro que avanzaba lentamente acentuando así la majestad de su paso, la pareja que formaba con el conde, que hubiera podido tomarse por una pareja de amantes, la forma achaparrada de las casas y la luna enteramente desgajada que salpicaba la escena de plata purísima, como se imagina un retablo antiguo y precioso.

«¿Seré alguna vez tan feliz?», se preguntó, esperando, un poco hipócritamente, que se presentaran otras ocasiones que le permitieran recibir al conde. Pues con Nissac nada era seguro, en todos los sentidos. Así, sin duda se podía perder muy rápido lo que se creía haber obtenido y encontrar —¡tenía la prueba!— lo que pensaba que se había ido para siempre. Pensó en los días que habían seguido a aquella maravillosa noche en la que él llegó a su casa herido como un gato callejero. Pero en estos días tristes ella creía no tener ya esperanzas de volver a verlo en esas condiciones especiales que la dejaban turbada y temblorosa, dándole la impresión de que tal vez la vida era algo muy parecido al más dulce de los sueños.

Por su parte, el conde intentaba conservar la cabeza fría. Una cabeza en la que se agitaban demasiadas cosas: el duelo en medio de las tumbas y la pesadilla de la visión de la víctima del Desollador, una pobre muchacha momificada en su ataúd. Todo aquello era demasiado reciente para que la memoria lo guardara en lo más profundo...

A ello se añadía la perspectiva de ver por fin, después de tantos años, al «aliado invisible», que lo formaba, lo protegía y lo guiaba de lejos como lo haría un padre.

Además debía dominar al caballo, cuyo miedo percibía. Criado con sus cuidados bajo el sonido de los cañones, tranquilo entre los tiros de batería, herido en dos ocasiones, aquel alto y hermoso caballo de guerra temía los adoquines resbaladizos y la ciudad, para él inusual, lo asustaba más que los campos de batalla y la temible infantería española.

¡Y para acabar, Mathilde de Santheuil entre sus brazos, le inspiraba un temor de naturaleza bien distinta!

Tomaba mil precauciones para que sus brazos, que rodeaban a la joven, no entraran en contacto con el pecho o la espalda de ella, pero eso ocurría a veces inevitablemente y, en esos instantes, en medio de su confusión, Nissac se imaginaba

sonrojado como en los tiempos lejanos de su adolescencia.

Pensó en su llegada a casa de Mathilde, un poco antes...

Ella lo aguardaba, vestida ya con un cuidado en el que quizá no estaba completamente ausente la coquetería, pero su acogida le sorprendió por su frialdad y el conde, desamparado, se preguntó en vano por el origen de aquella distancia establecida entre ellos por la señora de Santheuil.

Él pensaba que sin duda la había herido, involuntariamente, pero aquello lo sorprendía, pues ponía mucho cuidado en tratarla siempre como igual. Nissac repasó sus recuerdos, activó su imaginación y lanzó hipótesis tras hipótesis. Pensaba haber hallado una pista de la función de Mathilde en el plan elaborado por el primer ministro.

Según su plan, la casa de la joven servía como último refugio, mientras él vivía en la bonita casa de la calle del Fin del Mundo. ¡Como si necesitara comodidades! Pero en fin... Esa casa se abría con una gran puerta cochera por la que podían pasar carrozas, poseía cuerdas y cocheras, pertenecía a un solo propietario, y todo tenía las características de lo que se da en llamar «mansión», y eso lo alejaba de Mathilde sin que él lo hubiera deseado nunca.

Los cascos del caballo se hundían en el agua crecida del río Sena.

Vieron unas sombras.

Fervac, acompañado por el señor de Bois-Brûlé, tomó el caballo por las riendas que le tendía el conde mientras Florenty, a fuerza de remos, se acercaba en una barca cuyo fondo rascaba el suelo, a poca profundidad bajo el agua.

Con mil precauciones, los brazos sólidos de Florenty tomaron a Mathilde de Santheuil por las caderas y la depositaron en la barca, donde Nissac se reunió con ella.

Luego, mientras el señor de Bois-Brûlé daba un fuerte empujón a la parte trasera de la débil embarcación, el ex contrabandista de sal se puso a remar.



Anthème Florenty, en la proa, remaba, mientras que en la popa, sentados juntos, Mathilde de Santheuil y el conde de Nissac miraban con estupor las casas de aquella extraña ciudad lacustre que parecía más hundida en las aguas a medida que avanzaban.

—¿No hay nada que me debas contar? —preguntó Nissac obviando el extraordinario espectáculo de aquella nueva Venecia que se hundía bajo el Sena.

Florenty, de naturaleza poco conversadora, reflexionó sobre la formulación de lo que tenía que decir. El método tenía un inconveniente, la lentitud de la respuesta, pero suponía una ventaja, la concisión.

Por fin, Florenty se decidió:

—Señor conde, hace dos horas que remo por el barrio sin ver nada. En cambio,

por alrededor...

Nissac aguardó sin impaciencia, cosa que Florenty agradeció. Continuó:

—Los albergues y tabernas están muy mal frecuentados. Toda esa mala gente fluye de la provincia hacia París, en donde ponen grandes esperanzas de entregarse al robo, a la violación y al saqueo, aprovechándose de La Fronda.

Nissac no respondió, se distrajo con el espectáculo. Sí, había visto el agua refluir de los fosos de las murallas y no ignoraba que el Sena cubría la calle de Saint-Antoine, el rico barrio de Marais y el arrabal de Saint-Germain, pero aquí, en la plaza Maubert, el efecto era más impresionante, pues el agua llegaba por encima del primer piso de las casas.

Notó a su lado el cuerpo de Mathilde y se maravilló por aquel paseo en barca por la ciudad medio inundada.

No obstante, a juzgar por la estupefacción que experimentaron, ni él ni la joven habían visto nada parecido a la catedral de Notre-Dame.

La luna, iluminaba la fachada, la plaza no era más que un gran lago y la propia Notre-Dame un barco con las bodegas llenas de agua que, cargado, parecía a punto de un naufragio imposible en medio de un impresionante silencio.

Emocionado, Nissac buscó la mano de Mathilde, que pronto deslizó la suya en la del general, dura y callosa.

Se miraron largamente y luego, a su pesar, bajaron la cabeza cuando la barca entró en la catedral.

Un jesuita de treinta años, con aire seco y paso aristocrático, los recibió en un tramo de la escalera cuyos primeros escalones desaparecían bajo el agua.

No cruzaron ni una sola palabra.

Cuando se quedó solo, Florenty, que sospechaba que la espera sería muy larga, dirigió la barca hacia el coro litúrgico, que no se había salvado de la subida de las aguas.

Durante ese tiempo, sin demorarse en las espléndidas pilas de aceite enganchadas en los pilares de la nave, la pareja, precedida por el jesuita, subía decenas de escalones, asombrándose a veces por uno u otro detalle que parecía fino encaje de piedra trabajada.

Salieron al aire libre sobre la torre del mediodía que, con su gemela, mira la plaza desde lo alto.

Luego, por puertas y escaleras ocultas, llegaron al corazón secreto de la catedral. Dejaron atrás accesos a mano derecha e izquierda antes de que el jesuita, bajando la antorcha, llamara a una pared de roble.

—¡Que entren! —gritó una voz grave.



El hombre, del que resultaba imposible adivinar su edad, parecía dotado de dos rostros. Uno, el lado derecho, se caracterizaba por la austeridad de sus rasgos. El otro, el izquierdo, estaba lleno de cicatrices hinchadas que encogían el corazón.

Tres candelabros de plata alumbraban generosamente la estancia, y el general de los jesuitas señaló dos asientos de respaldo alto y se sentó a su vez, tratando un poco torpemente de ofrecer a sus visitantes sólo su mejor perfil.

Reflexionó un momento y empezó:

—Loup, no puedes imaginarte qué alegría me da ver por fin tu rostro y constatar su perfecta armonía con lo que conozco, por tus cartas, de tu carácter.

Se volvió ligeramente y, con un patetismo involuntario, intentó disimular sus horribles cicatrices violáceas:

—Mathilde de Santheuil, os doy la bienvenida. Me llamo... Es igual, hace tiempo fui el duque de Salluste de Castelvalognes, último del nombre, y ahora soy jesuita. Sé de vuestra rectitud, Mathilde, pero vuestra lealtad se engaña cuando una causa mayor, y no necesariamente contraria, abre a nuestros ojos y a nuestras conciencias una perspectiva de infinita nobleza.

Hizo una pausa, unió las manos y siguió:

—Estuve en Marsella hace casi treinta años, y entonces tenía veinte. Eran los días más bellos de finales de mayo, una mañana muy azul. Una antigua urca holandesa, bonito navío mercantil, se acercó a Marsella proveniente de Barbaria y de las costas

de Levante con numerosos comerciantes a bordo. Nadie podía adivinar entonces que llevaba a bordo la muerte... Una muerte que devoraría a la mitad de la población de la gran ciudad y a decenas de miles de habitantes. Una muerte que tenía prisa por cumplir con su oficio.

Su mirada se detuvo en la llama de una vela y continuó:

—Sin despertar la atención de las autoridades, los primeros muertos fueron los miserables de los barrios pobres, los de la parroquia de Saint-Martin, pero a mí, joven jesuita apasionado por la ciencia y a la espera obligada de un barco que zarpara para Italia, no se me pasó por alto un detalle singular e inquietante. En pocas palabras, los cadáveres mostraban señales peculiares. Uno tenía un carbunco en los labios, como si el diablo le hubiera besado con avidez, otro tenía un bubón bajo la axila... Comprendí inmediatamente: la peste, la peste bubónica, atenazaba la ciudad y no la dejaría pronto... Marsella bullía en rumores. Las autoridades, más inquietas por el «qué dirán» que por la realidad del Gran Mal que iba a devastar la ciudad, se conformaban con hacer desaparecer los cadáveres de noche para evitar el pánico. En ese momento, ser transportado a la enfermería general contaminada equivalía a la muerte; además, los enfermos huían y extendían la plaga a otros barrios, mientras que el calor intenso ayudaba a la proliferación. La aparición de un bubón llevaba a la muerte por linchamiento o lapidación: aislados, abatidos, se quemaban cuerpos que a veces todavía se movían. Los monjes de Saint-Victor, perdida toda vergüenza, levantaron barricadas delante de su abadía para rechazar a los enfermos. La autoridad mandaba rodear Marsella con llamas con la vana esperanza de sofocar la peste. Los cuerpos atestaban las calles, a miles, los perros devoraban los cadáveres podridos, abandonados donde habían caído. ¡Pobre gente! ¡Sucumbían miles cada día! Por decisión real, Marsella fue aislada del resto del país. Ocho panaderos sobre diez habían muerto y, cuando no se moría del Gran Mal, era el hambre la que mataba. Como para completar aquella visión apocalíptica, a veces se veían siluetas de pesadilla, médicos vestidos con casullas de tela, sombrero y guantes, máscara con nariz de pájaro que, armados con largas perchas acabadas en un escalpelo, pinchaban los bubones a distancia. La locura desbordaba la región y aumentaba en el campo. Se quemaron los barcos que provenían de Marsella, asesinaron a apacibles viajeros sospechosos de llegar de la ciudad maldita. Algunos fueron quemados vivos...

Permaneció un instante pensativo, como perdido entre sus espantosos recuerdos, y siguió:

—Desde el primer día, yo había servido, ayudado... Desgraciadamente, el mal no tardó en aquejarme, y mis compañeros se dieron cuenta: escalofríos, fiebre, dolores de vientre y de cabeza, un bubón debajo del ojo que, como no podía incidir con el escalpelo, me quemé torpemente con un hierro al rojo vivo. Pero para mis compañeros yo estaba marcado con el Gran Mal. Marcado, pero duque. Por un privilegio que yo no había solicitado, me pusieron en una barca, en la que fui a la deriva durante días, hambriento, sediento, aquejado de fiebre mientras se infectaban

las quemaduras de mi rostro. Una fragata me disparó un cañonazo y luego me esquivó...

Observó largamente a Loup de Pomonne, sin poder disimular su bienestar, y siguió al cabo:

—Un bonito y poderoso navío de la marina real atisbo la urca esquivada en la que yo navegaba a la deriva sin más esperanzas. Transcurrió mucho rato e, imaginando que se acordaban de mi caso, creí que sin duda generaba reticencias y hostilidades... Al final, bajaron una barca al mar en la que iba un hombre solo. Tu padre, Loup.

Al pensar en aquel padre desconocido, Nissac bajó los ojos para no distraerse con la mirada conmovida del anciano duque o los ojos sorprendidos de Mathilde de Santheuil.

Adivinando los pensamientos del conde, el superviviente continuó con su relato:

—Me examinó cuidadosamente y concluyó que el mal, tal vez a causa de la larga exposición al sol, había hecho su camino, pues tu padre, Loup, había entendido de dónde venía y por qué motivo. Me pidió que, en caso de que la tripulación preguntara, dijera que era el único superviviente de un navío mercante italiano que zozobró tras un incendio a bordo, y las quemaduras de mi rostro daban cierto crédito a esa historia. Cuando subimos al barco, la tripulación refunfuñó y los oficiales, poco tranquilos, les dejaban hacer... Tu padre miró a los hombres uno a uno, con la mano en la empuñadura de la espada, y todo se tranquilizó. Por lo demás, como después no hubo ningún enfermo por el que quejarse, se olvidaron de mí rápidamente. Una semana más tarde, sobre la toldilla del navío, tuve una conversación con tu padre que cambió mi vida, la tuya y, si otros retoman nuestra obra, algún día cambiará el mundo...

Se abismó en el sueño, con una sonrisa en los labios, y esa sonrisa cuarteó la parte rosa y violácea de su rostro.

—¿Qué os dijo mi padre? —preguntó Nissac, presa de la impaciencia.

El general de los jesuitas replicó enseguida:

—Cuando le pregunté la razón por la que había tomado esos riesgos por un pobre hombre perdido en una barca que zarpó de una ciudad devastada por la peste, haciéndole notar que le hubiera resultado fácil pasar de largo, me miró con sorpresa y respondió: «Los hombres no siempre podrán dejar pasar de largo la desgracia, aunque sea la de un desconocido. Y así será cómo cambiará el mundo». Sin duda por costumbre, y porque sus palabras todavía no me habían penetrado del todo, le dije que sólo Dios puede cambiar el mundo. Él me observó de nuevo, pareció decepcionado, y replicó: «Pues no. Todos los hombres llevan dentro de sí una parte de bien y otra parte de mal, y favorecen una u otra según su educación. Es aventurado querer cambiar un carácter, pero no imposible. En cambio, no resulta nada dudoso que la educación pueda favorecer la sensibilidad a algunos valores. Yo he detenido mi barco porque vos sufríais y no soporto el sufrimiento, siendo fiel en ello a lo que me enseñaron mis padres. Dios no tiene nada que ver con eso. Además, entre vos y yo,

yo no soy creyente».

Nissac y el general de los jesuitas cruzaron una sonrisa llena de viejas connivencias que turbó a Mathilde. El religioso observó a la joven.

—Veréis, el pensamiento es como una piedra quitada a una presa. Entra el agua, arranca una segunda piedra, y otra, y la brecha crece cada vez más.

—¿Hasta el punto de cuestionar la existencia de Dios y la necesidad de un rey? —preguntó Mathilde de Santheuil, para gran estupefacción de los dos hombres.

El general de los jesuitas se pasó la mano por las cicatrices en un gesto que sin duda hacía a menudo. Luego sacudió la cabeza.

—No me habían engañado al advertirme de vuestra gran inteligencia, querida Mathilde. Pero dejemos a Dios para otra vez, es un tema muy complejo.

Sin percibir la mirada de admiración que le dirigía el conde, la joven prosiguió:

—Entonces hablemos del rey, o de la realeza.

Un tanto trastornado, el que vivía en el corazón secreto de la catedral de Notre-Dame siguió hablando, con sus claros ojos levantados hacia Mathilde:

—¿Qué creéis que sucedió? Mi salvador murió poco después y yo no pude retomar con él esa conversación en la que no me lucí y le decepcioné. Pero reflexioné, leí y, junto con mi acción en Marsella, ello contribuyó a ascenderme en la jerarquía de los jesuitas, lo que presentaba la ventaja de dejarme tiempo para estudiar y reflexionar... ¿Qué nos faltaba en Marsella? ¡Libertad! Libertad de prevenir, libertad de emprender, libertad de zarandear a los regidores... Nos había faltado tan cruelmente la fraternidad, la que se manifestó en el señor de Nissac cuando mandó detener su hermoso barco, la que debió llevar a los marselleses a ayudarse unos a otros, en lugar de matarse. Y nos había faltado igualdad. Ah, sí, la peste afectaba también a los ricos, pero cuántos habían conseguido huir y sobrevivir en sus bellas quintas mientras los del pueblo caían como moscas...

—¡La igualdad! ¡La igualdad y su contrario! —respondió Mathilde de Santheuil con amargura, pero, contrariamente a lo que imaginaba, los dos hombres comprendieron que ella pensaba en la desigualdad del nacimiento, la que sitúa a una minoría en un mundo de placeres mientras que otros, hostigados por la miseria, temen incluso a su sombra; la desigualdad, en fin, que impedía a un conde de la vieja nobleza unirse con una mujer de condición inferior.

Mathilde continuó:

—Pero ¿cómo hacéis avanzar esas ideas nuevas?

Nissac tomó la palabra:

—Hay muchos medios. Por ejemplo, entre otros, nuestro amigo aquí presente redacta los libros de «ciertas personas» introduciendo su pensamiento por fragmentos, pero, reunidos por hombres de mucha inteligencia, esos fragmentos forman un conjunto y el pedestal de nuestras nuevas ideas. Por lo demás, hay «ciertas personas» que ya practican este conjunto de ideas dispersas. Tomad el caso de Claude Joly, canónigo de Notre-Dame y protegido del coadjutor: trabaja en un *Conjunto de*

máximas verdaderas e importantes para la institución del Rey. Se desprende del libro que los reyes no han hecho los pueblos, sino los pueblos a los reyes. Así se sitúa sutilmente al pueblo por encima del rey y se sugiere a los que tienen una inteligencia fina que los pueblos tienen derecho de destituir a sus soberanos... Pero Joly trabaja sobre notas que le prepara nuestro amigo. Por vanidad, el canónigo se guardará bien de destacarlas, cosa que sirve de maravilla a nuestras grandes y bellas ideas. ¿Comprendéis, Mathilde?

—Creo que sí.



Las llamas de las velas vacilaban cuando Mathilde de Santheuil y el conde de Nissac se despidieron del general de los jesuitas.

En silencio, encontraron la barca donde los aguardaba Florenty; durante todo el viaje de regreso el conde no soltó la mano de la joven.

Se amaban.

Desde el primer instante, pero más todavía hoy, que los unía un gran secreto y el sueño de una humanidad feliz. No obstante, el miedo de romper el encanto les impedía confesar sus sentimientos.

¿Qué quedaría de todo aquello cuando la Fronda, cuando aumentase su poder, hiciera vacilar el trono del reino de las flores de lis?

Rojo de sangre desde las manos hasta los hombros, dejó el estilete y suspiró, cansado, sudoroso bajo su pesada máscara de plata maciza.

Retrocedió un paso y contempló la carnicería, obra suya. Le quedaba algo de su niñez feliz, de los valores antiguos que ya no respetaba pero cuyos muros todavía no se habían hundido del todo, como jirones de niebla marina que se aferran a las rocas de la costa.

—¡Qué horror! —murmuró, a la vez incrédulo y todavía inmerso en el placer que le procuraba su innoble necesidad de desollar.

Dio unas palmadas.

Enseguida, su «cochero», el marqués d'Almaric, entró, seguido por la mujer tuerta y el hombre con el rostro picado de viruela, ambos con cubos de agua caliente.

El hombre de la máscara de plata se quitó la camisa empapada de sangre y empezó a enjuagarse las manos en la primera cubeta; el agua se tiñó de rojo inmediatamente.

El de la viruela desapareció, la tuerta dejó otra cubeta. Aventuró una mirada hacia el cuerpo ensangrentado de la víctima y luego, sonriendo a la máscara de plata servilmente, dijo:

—¡El señor ha hecho un buen trabajo hoy! Aunque esa mujer tenía treinta años y a esa edad la carne es más dura que la de nuestras muchachas.

El Desollador se volvió hacia el marqués Jehan d'Almaric. A pesar de que el metal precioso de la máscara de plata, inmóvil, no pudo evidentemente traducir una expresión, se desprendía de él cierta laxitud que confirmó con el tono de la voz:

—¡Quiero que se callen!

El marqués se volvió hacia la mujer tuerta y mostró una profunda cólera:

—¿Te callarás, ribalda?

La mujer se curvó en señal de sumisión y se llevó la cubeta llena de agua roja. Pronto, el de la viruela trajo otra.

Fueron necesarias unas diez; luego la sórdida pareja fue confinada a otra habitación y el marqués ayudó al hombre de la máscara de plata a ponerse ropa nueva.

Encima de una camisa de un blanco immaculado, el monstruo se puso un bonito traje de paño de Holanda adornado con puntillas de oro de dos dedos de largo.

Se sentía de un humor más alegre, y dirigió una mirada al cadáver de lo que había sido una joven morena encantadora. Pero el tono seguía siendo de queja:

—El placer no fue tan grande por la idea de que habéis identificado a la mujer soberbia que sirve de modelo a todos mis sueños y que se me ha escapado.

El marqués, desconfiado, sabía que era preciso dejar hablar a «monseñor» sin interrumpirlo nunca. Al cabo de un rato, tomando buena cuenta de sus palabras, dijo:

—Monseñor, mi agente es formal. Es muy avisado y muy ducho en el arte de

reconocer rostros, y al cruzarse con esa mujer quedó impresionado por su parecido absoluto con el retrato que estudió.

—Pero ¿cómo la perdió, al final? —preguntó el Desollador con una súbita oleada de cólera.

El marqués, percibiendo que el viento cambiaba, dio muestras de diplomacia y suavizó su voz:

—Perderla, monseñor, tal vez la palabra sea un poco fuerte... La... perdimos de vista en la calle Saint-Gilles.

—¿Y qué pensáis hacer? —preguntó secamente el Desollador.

—Monseñor, enseguida aplicamos un remedio diligente. Por intuición, tracé un rectángulo, uno de los lados es la calle de Saint-Gilles seguido de la calle de las Hijas Penitentes, el lado de enfrente es la calle que prosigue Saint-Nicolas-des-Champs; los lados cortos, la calle de Lombards y la del Petit Heubé.

—¡Es un sector muy amplio! —concedió el hombre de la máscara de plata.

Animado, el marqués continuó:

—Es así, monseñor, pero he empleado a toda mi gente. Y si esto no da los resultados que esperamos, ampliaré la búsqueda hacia los Innocents, al sur del lugar donde la vieron y al norte, hacia el barrio de Saint-Merry. Pero la encontraremos.

Nada gustaba más al Desollador que las personas que parecían saber lo que hacían. Satisfecho, se frotó los dedos con ese gesto que hacía pensar en las patas de mosca a sus interlocutores y comentó:

—¡Que el diablo os oiga!

El marqués d'Almaric, a quien atenazaba una pregunta, aventuró:

—Una cosa, monseñor...

—Hablad sin temor, marqués.

—Cuando esa mujer que ocupa vuestro pensamiento esté delante de vos y la hayáis...

Buscó las palabras y siguió, muy rápido:

—... «castigado», como merecen ella y todas las que la han precedido, no os preocupéis si tenéis un sentimiento de insatisfacción, pues hay otras mujeres por castigar...

El hombre de la máscara de plata lo interrumpió:

—¡Todas! ¡Hay que castigarlas a todas! Al menos todas las que tienen algo de belleza.

—Las mujeres bellas no son tan numerosas, monseñor, y se las encuentra pronto.

—Sois un ingenuo, marqués... Las pordioseras son terribles, pues se encuentra mucha belleza en una niña y a veces otro tipo de belleza en la madre, ¡incluso en la abuela! Un día cercano, me buscaréis eso, una niña, su madre y su abuela, y las desollaré juntas, ¡en familia!

Se echó a reír con esta última palabra.

«Está loco de atar», pensó el marqués, pero el Desollador continuaba:

—¿Qué decíais, antes de que os precisara quiénes son nuestros enemigos?

El marqués adoptó por prudencia el tono dubitativo e inseguro de quien espera la verdad sin atreverse mucho a preguntarla:

—Pensaba, monseñor, que una vez el «modelo» haya sido castigado... En fin, vuestro placer corre el riesgo de ser menos intenso. ¿No os sentiréis obligado a actuar únicamente por deber, para servir a vuestro gran designio, y en ausencia de toda voluptuosidad?

La respuesta se pronunció con tono vivo:

—¡Marqués, con mi rango, mis títulos y mi nombre, nadie está «obligado» ni «sirve» a nada!

Se acercó a una ventana y miró el paisaje desolado, sobre el que caía una fina lluvia. Sabía que una vez más, en el camino de vuelta, aquel ruido de las gotas rebotando en el techo de la carroza lo haría estremecer.

—Este tiempo entristece mi alma... —murmuró.

Luego recordó las palabras del marqués y pensó: «Sin embargo, la pregunta no es estúpida. Me sorprende que se haya abierto camino en ese espíritu corrupto, embebido por la avaricia».

—Pronto tendré mucho apetito.

El marqués no hizo más comentarios.

El Desollador no podía apartar la mirada del paisaje. Esa desolación le parecía portadora de su contrario, y la tristeza conducía obligatoriamente a la alegría por un camino obligado. Viento, frialdad y lluvia conducían a un buen fuego en una gran chimenea, platos succulentos, criadas a las que palmear rudamente las nalgas. El asunto de las mujeres castigadas era de la misma naturaleza, pero en una combinación inversa. No se iba de la tristeza hacia la alegría, sino de la alegría hacia la tristeza, de la belleza hacia el horror más absoluto. Si ellas no hubieran sido guapas, la desollación nunca habría sido tan repulsiva. Algunas habían muerto por haber reído, encantadoras con su vestido rosa, radiantes, altivas, burlonas... ¿No era preciso hacerles conocer la cara oculta de las cosas?

—Potaje de ganso con puntas de espárrago y guisantes y pollo con jamón, y jabato serán un buen comienzo.

—Bien, monseñor.

—Y que las mujeres nos sirvan desnudas, la palma de la mano resuena más en un buen trasero sin ropa. Esta noche seremos unos cuantos.

—Bien, monseñor.

Pensó que su alma de asesino sufriría menos las llamas del infierno que errando por los siglos de los siglos en aquel paisaje desolado.

Se estremeció y se volvió hacia el marqués:

—Marqués, cumpliremos con nuestro deber. Vos me traeréis a esta mujer maravillosa.

Sacó de su bolsillo una miniatura que representaba a Mathilde de Santheuil,

sonrió y siguió:

—¡Me la follaré...! Con un placer inmenso, me la follaré... ¿Y qué haré luego? ¿Desollarla como a las demás? El cuerpo, sin ninguna duda. Pero tal vez conserve la cabeza en un bocal en el que flote en alguna sustancia que conserve la carne e impida la corrupción. ¡Eso es! Ahora hay que volver a casa, marqués, estos lugares son tristísimos.

Y salió sin una mirada hacia el cuerpo torturado.

Louis II de Bourbon, duque de Enghien, príncipe de Condé, de sangre de príncipes y flamante vencedor de Rocroi a los veintidós años, miraba al cardenal tratando de disimular su desdén.

Feo, a pesar de sus magníficos ojos azules, una frente hundida, nariz curva que llevaba a pensar en un ave rapaz, un cuerpo delgado, soldado excepcional y excelente bailarín, el príncipe era un hombre poco esmerado, incluso dejado; se peinaba raramente, iba desaliñado y manifestaba un gran desprecio por el cuidado de su ropa.

El cardenal observaba sonriendo bondadoso a aquel príncipe a quien odiaba, del mismo modo como detestaba a la totalidad de los grandes nombres de la nobleza francesa.

Salvo cuando usaba una ironía bastante pesada, el príncipe de Condé evitaba llamar a Mazzarino «Vuestra Eminencia» o «señor primer ministro». A veces, lo llamaba —cuando lo llamaba— «mi querido cardenal», poniendo en su tono mucho desdén y visible condescendencia.

Retomó las palabras del cardenal:

—¿El asedio...? ¿Qué asedio? El asedio de París es cosa hecha. Ya los tenemos.

—No cantemos victoria demasiado pronto, príncipe. Los insurrectos no son unos insensatos. Tienen relación con los españoles que nos presionan en las fronteras, y en especial con el conde de Fuensaldaña, que está al mando de los Países Bajos. Yo sé que probablemente esta negociación es obra del duque de Bouillon.

—¡Vuestros espías...! ¡Vuestros famosos espías! —exclamó Condé, desdeñoso.

El primer ministro decidió divertirse:

—Son los mejores del reino.

El príncipe de Condé, encantado de que le ofrecieran semejante transición sobre un tema que lo ulceraba, conservó un tono vivo para preguntar a Mazzarino:

—Con respecto a eso, me han informado de la extraña devoción de Nissac a vuestra persona, y de que sin duda estará en alguna de vuestras guaridas secretas.

—¡Es un súbdito fiel al reino! —respondió untuosamente Mazzarino, sin ignorar que provocaría la cólera del príncipe.

—¡Pero eso desafía el buen sentido! Además, Nissac es de los que no se dejan comprar.

—Exacto.

—¿Sabéis quién es? —rugió el príncipe de Condé.

Mazzarino, que se estaba divirtiendo, se hizo el tonto:

—Loup de Pomonne, conde de Nissac, treinta y ocho años, nobleza muy antigua, teniente general de vuestra artillería.

—¡Eso no tiene sentido! —repitió Condé bajo la mirada falsamente sorprendida del primer ministro. Luego, como Mazzarino no respondía, el príncipe prosiguió—: ¡Es el mejor de mis oficiales! ¡Ay, Dios, cuánto lo echo de menos ya! —Vaciló un

instante, sondeando a Mazzarino, y siguió con un tono suavizado y una voz en la que traslucía una evidente tristeza—: Se reveló realmente durante la toma de Arras, hace nueve años. Con una artillería anticuada, cuyos oficiales se negaban a dejar París para ir a luchar, Nissac hizo maravillas. Un año más tarde, cuando los españoles sacudieron al ejército real en La Marfée, destacó de nuevo por su valor e inteligencia. Al cabo de un año entró vencedor en Barcelona con sus cañones. Estuvo a mi lado en Rocroi, que fue mi triunfo, y finalmente en Lens, donde ya conocéis que se condujo magníficamente. Sabéis... —Se interrumpió, iba y venía, preocupado, luego se quedó inmóvil delante del cardenal—: No, no sabéis... En Lens, la vigilia de la batalla, Nissac me propuso un plan que revolucionaba el arte de la guerra y las reglas de la artillería. Sí, me propuso poner sus cañones delante de mis tropas, sí, habéis entendido bien: delante... Delante, no se había visto nada semejante en ninguna batalla, pero acepté, pues Nissac es un general invicto y trae suerte.

—Trae suerte... —repitió Mazzarino, pensativo.

El príncipe no escuchó siquiera al cardenal, y prosiguió:

—¡Lens...! Sus escuadras de campaña y de baterías asolaron a la infantería española, totalmente sorprendida por ese procedimiento. Eso me permitió cargar enseguida, como el trueno, hundir a los tercios, acabar con sus cuadros de infantería de arma blanca, matar a cuatro mil personas, hacer siete mil prisioneros y recoger un bosque de estandartes... ¡Lo necesito demasiado! ¡Devolvedme inmediatamente al conde de Nissac!

Mazzarino hizo un gesto de impotencia:

—Pero... ¿Cómo saber realmente dónde se encuentra? Con este desorden, tantos acontecimientos...

El príncipe de Condé dirigió al primer ministro una mirada cuya frialdad dejaba traslucir que no tenía un pelo de tonto.

Mazzarino suspiró; luego se acercó a su escritorio y cogió una nota:

—Mis espías...

—¡Vuestros espías! —atajó el príncipe, encogiéndose de hombros.

Mazzarino continuó, imperturbable:

—Mis espías me cuentan que en París están preocupados por el abastecimiento que hemos cortado. Es posible que los insurrectos intenten pronto liberarse de la tenaza que imponéis a la capital. En ese caso, sería una buena política proteger molinos y depósitos, tal vez incluso tender alguna emboscada con tal de sorprenderlos y derrotarlos más fácilmente.

El príncipe de Condé miró al primer ministro de la cabeza a los pies, en una actitud de rara insolencia:

—¿Pretendéis enseñarme el arte de la guerra?

Mazzarino perdió ligeramente su sangre fría, pues subió el tono:

—Quiero sobre todo que saquéis mucho provecho de las enseñanzas y deducciones de un militar de muy alto rango y gran inteligencia que, obedeciendo

órdenes, se ha dejado encerrar en París sitiado y observa, entre otras cosas, los movimientos de las tropas de la Fronda.

—¿Un militar de muy alto rango? —repitió el príncipe, todavía quisquilloso sobre los temas que creía dominar él solo.

Con una perfecta hipocresía, Mazzarino se acercó al príncipe y, bajando la voz como si la estancia y el castillo de Saint-Germain bulleran de espías, le dijo:

—¡Seamos claros! Podría tratarse precisamente del conde de Nissac.

—¡Nissac...! ¡Si lo capturan, lo matarán!

—¿Han capturado alguna vez a vuestro brillante general?

La pregunta estaba bien formulada, pues sin parecerlo, como si tal cosa, Mazzarino pasaba a Condé la «propiedad» de Nissac. El príncipe se dio cuenta, y entonces su tono se hizo muy civilizado:

—¡No se puede capturar a Nissac! Pero ¿qué os ha dicho?

—Que habría que cercar urgentemente Corbeil para tomar los molinos y tender una emboscada en los molinos de Charenton. Asimismo, estima que hay que tomar Gonesse, donde se cuece el pan de los parisinos y retener en Poissy a los bueyes y ovejas destinados a París. Sin trigo para el pan ni carne, París se rendirá.

—Confieso que es muy inteligente. Empezaremos por tomar Corbeil.

Los dos hombres, pensativos, dejaron la estancia y se encontraron con la regente, que iba junto al Señor, hermano del difunto rey Luis XIII y tío del futuro Luis XIV.

Ana de Austria, mujer fuerte a quien la edad abotargaba, había conservado unos ojos vivos.

Al Señor la edad lo había deformado físicamente. Sin embargo, decían que estaba dotado de un buen sentido del humor y de inteligencia, tanta cuanto carácter le faltaba.

—¿Hurdís algún complot? —preguntó Ana de Austria, excepcionalmente de buen humor.

El Señor se aprovechó de las palabras de la regente:

—Tal vez el primer ministro y el príncipe preparan una nueva Fronda, esta vez a su manera.

Mazzarino replicó de inmediato:

—¿Una Fronda contra nosotros mismos?

—¡Sólo será más elegante, pues en efecto sería de lo más inútil! —respondió el Señor.

El cardenal sonrió con educación de hombre de Corte, pero el príncipe, molesto por aquellas vanidades, declaró:

—El señor cardenal me ha robado a mi mejor general, el conde de Nissac.

La regente, que no ignoraba las maniobras de su primer ministro, a quien aprobaba en todo, exclamó:

—¡Otra vez ese señor Nissac! Para no oír hablar más de él, le nombraré gobernador del fin del mundo.

«Humor austríaco», pensó el cardenal, que no apreció mucho aquella alusión a la guarida secreta de la calle del Fin del Mundo, desde donde actuaba el conde.

—¡Gobernador del fin del mundo! —repitió riendo el cardenal, que se sentía obligado a manifestar así a Ana de Austria que había entendido la broma y apreciaba su agudeza.

Por lo demás, ni el príncipe de Condé ni el Señor manifestaron sospechar nada.

No obstante, secretamente, el cardenal estaba preocupado y se preguntaba con perplejidad qué hacía el conde en ese momento preciso.

El conde de Nissac, con la espada en la mano, avanzaba con paso de lobo por el gran jardín de una muy buena casa particular de la calle de Touron, situada fuera de la muralla de Paris, y que se alcanzaba por la puerta Saint-Germain.

Sus hombres, que lo seguían en fila de a uno, también habían sacado la espada y caminaban en este orden: el barón de Frontignac, Florenty, el señor de Bois-Brûlé y Nicolas Louvet, mientras que el barón Le Clair de Lafitte y Fervac cerraban la marcha.

Bois-Brûlé ya había matado al conserje de un simple puñetazo, sin necesidad de más. Por otro lado, el factor sorpresa había sido definitivo; Nicolas Louvet había abierto el paso al grupito de hombres con sus llaves falsas, que correspondían a los moldes que había hecho unos días antes y funcionaban de maravilla.

Nissac llamó a Louvet a su lado y el falsificador, una vez más, utilizó de nuevo una llave falsa mientras el conde daba órdenes mediante gestos.

Sus hombres y él se pusieron unos fulares rojos que les tapaban la parte inferior del rostro, a partir de la nariz. Luego se agruparon, dispuestos a entrar.

Louvet, que estaba agachado ante la cerradura, oyó cómo producía un leve chasquido, y el conde bajó ligeramente la empuñadura, abrió la puerta de una violenta patada con la bota y entró en una espaciosa estancia, con sus hombres pisándole los talones.

El propietario del lugar, el banquero Fabrizio Volterra, lo tenía bien montado: a causa de los disturbios de la Fronda, había obtenido del príncipe de Conti diez hombres, grupo que se añadía a su guardia personal permanente, de cinco finas espadas.

Los guardias de Volterra saltaron, listos para el combate.

Eran siete contra quince, y el enfrentamiento pintaba mal, sobre todo porque Nicolas Louvet no era muy brillante con la espada, y Florenty menos todavía. Consciente de su deficiencia, el antiguo contrabandista arrojó la espada y vació sus dos pistolas, matando en el acto a dos hombres, pues si bien era un pésimo esgrimidor, no se podía negar sus excepcionales cualidades como tirador.

Los dos cuerpos, al caer pesadamente, golpeando las baldosas con la frente agujereada, crearon un gran malestar entre los defensores.

Nissac como estratega profesional que era, aprovechó rápidamente la vacilación. Respaldo por Maximilien Fervac, Melchior Le Clair de Lafitte y Sébastien de Frontignac, todos ellos soldados valerosos y experimentados, dos procedentes de los Guardias Franceses, penetró como una cuña en el ala izquierda de los adversarios. En pocas decenas de segundos, cinco de ellos habían mordido el polvo.

En esos instantes, con un grito rabioso y un esfuerzo tan prodigioso que hizo literalmente estallar su jubón, Bois-Brûlé levantó una mesa de roble donde podían comer seis personas y la proyectó sobre los supervivientes, acabando él solo con

cuatro hombres del ala derecha.

De un ágil salto que quizá le venía de su accidentado pasado, Louvet se había deslizado detrás de un hombre de Conti y le acarició la garganta con un largo cuchillo.

Florenty ya había cargado sus pistolas y apuntaba a dos hombres de Volterra.

—¡Esto está acabado! —resopló uno de ellos mientras tiraba la espada sobre las baldosas, y los demás, uno a uno, lo imitaron.

Dejando la guardia de los prisioneros a su contingente, el cual sólo tomó a Nicolas Louvet, Nissac se precipitó hacia las escaleras mientras Fervac y Florenty iban en busca de criados y lacayos.

Nissac y Louvet tenían que contar con la velocidad, pues con el ruido provocado por la breve lucha parecía muy improbable que Volterra no estuviera sobre aviso. Y aunque no fuera así, el martilleo de las botas del conde y de las de su compañero en el mármol de los escalones los habría traicionado de todas formas.

Louvet se quedó inmóvil, un poco ahogado, delante de una puerta maciza que trató de abrir. En vano.

Sin perder un instante, el falsificador escogió una nueva llave del manajo y se acercó a la cerradura, pero cuando iba a entrar, Nissac le propinó un fuerte empujón, indicándole por gestos que más le valía retirarse.

Solo ante la puerta, Nissac se concentró y abrió arrojándose rápidamente sobre el costado: dos balas pasaron silbando y terminaron su trayecto en un cuadro del pasillo que representaba a la difunta señora Volterra madre, repentinamente agraciada con unas narices suplementarias en plena frente; a Nicolas Louvet le entró un ataque de risa.

Sin detenerse en semejante pillería, Nissac, con un movimiento extraordinariamente rápido, sacó el puñal de la caña de su bota, entró en la estancia, se dio dos segundos para situar al adversario y lanzó el arma, que se clavó en el hombro de un hombretón de más de cincuenta años.

Con una mueca de dolor, éste arrojó sus dos pistolas vacías y se tambaleó hasta un alto sillón sobre el que se dejó caer gimoteando.

—¡Los sacos, rápido, los sacos! —gritó Nissac a Louvet, quien volvió a bajar.

A solas con el herido en la estancia, Nissac avanzó y contempló al príncipe Fabrizio Volterra decepcionado. El ligure, que repartía su tiempo entre su casa de la calle de Tournon y su palacio de Génova, tenía una apariencia vulgar. La grasa desbordaba por todos lados, habría sido vano buscar cualquier señal de nobleza en el gran hombre que, sin embargo, por lo visto, estaba emparentado con los Grimaldi. Financiero sin escrúpulos, Volterra prestaba dinero al rey de España con el fin de asistirlo en su esfuerzo guerrero. Si prestaba mucho, Volterra velaba por obtener un interés muy ventajoso; pero, como era un financiero muy simpático, tenía la costumbre de completar sus servicios, pues ¿se ha visto jamás a un acreedor llevar su amabilidad hasta favorecer las empresas políticas de su deudor? Sin embargo, ése era

el caso del príncipe Volterra. En tierras holandesas se le reprochaba, con pruebas, el haber organizado, pagando abundantemente a los matones, el intento de asesinato contra Maurice de Nassau, hijo del enemigo jurado del rey de España.

Al financiar la Fronda, con la intención de debilitar el poder real en beneficio de España, él seguía una política semejante.

Volterra hizo una mueca, exagerando su dolor, y dijo:

—¿Tendréis la valentía, finalmente, de quitaros ese fular rojo del rostro?

Nissac se acercó y tiró con un gesto enérgico y sin el menor miramiento del mango de su puñal, que seguía clavado en las carnes del príncipe. Luego, secando la hoja enrojecida de sangre en la corbata de tafetán negro con bordados de oro de su víctima, el conde respondió:

—Claro, príncipe, me lo dejaba puesto por piedad hacia ti, pues si me quito el fular y ves mi rostro la consigna es matarle como a un cerdo.

Volterra le dirigió una mirada llena de pánico:

—¡Ah, no lo hagáis...! ¡Dejaos vuestro fular, señor! ¡Dejadlo! ¿Está atado convenientemente?

—Eso creo.

—¡Eso es bueno, pues vuestro rostro no me interesa en absoluto!

—Príncipe, ¿me estás diciendo que consideras que mi rostro es feo?

—Ni hablar, señor, ni se me ha ocurrido, y en realidad vuestra belleza me deja indiferente.

—Eso resulta muy singular, príncipe Volterra, ya que en tu casa no hay más que belleza arquitectónica o artística. ¿De dónde te viene esa indiferencia por las cosas bonitas? Es tan repentina que me alarma.

—Señor, es que si os veo me mataréis, y si muero no podré volver a pensar en vuestra belleza, que, si sigue siendo un enigma, se me aparecerá en los días y las noches de superviviente.

—Eso de las noches me parece demasiado, príncipe, y afecta mi honor de hombre. ¿Me encuentras, por alguna perversión de tu vista, aspecto femenino, maneras de damisela, apariencia de cierva retorciéndose delante de un ciervo viejo, como tú, gordo y caprichoso?

—Ah, vos sois todo menos afeminado, y no tenéis de la cierva más que la gracia, por ejemplo, al lanzar el puñal.

—¿Así, príncipe, has apreciado mi estilo...? Me siento halagado. ¿Quieres que, para afirmar nuestra amistad, aunque balbuciente, pero en la que percibo fuerza, vuelva a empezar?

—¡No hace ninguna falta, señor! Nuestra bonita amistad no necesita manifestaciones exteriores tan escandalosas ni exige pruebas de ese tipo.

Nissac se sentó en el borde del escritorio y, un tanto fascinado, observó largamente a Volterra:

—¡Creo que hablas por hablar!

—Es cierto, señor. Pero pones en mi lugar.

—No me apetece nada, príncipe. Presiento que tu posición es precaria e incluso tu vida un poco problemática. Convendría, para continuar, que te callaras.

—Seré una tumba, señor.

—¡No vayas tan rápido!



Amordazado, atado, el príncipe de Volterra asistió impotente al saqueo de treinta años de cuidados prodigados a sus colecciones de joyas y de monedas antiguas. Unas colecciones consideradas entre las más bellas del mundo cristiano.

Un hombre de aspecto joven, desenvuelto, delgado y con el rostro oculto, como los demás, con un fular rojo, inquietaba particularmente al príncipe. ¿Quién podía ser? ¿Cómo adivinaba todos sus secretos?

En efecto, Nicolas Louvet, pues de él se trataba, poseía el arte de encontrar los mejores escondrijos de Volterra, intuía dónde se hallaban los tabiques huecos, penetraba en el misterio de los muebles con secreto. Ningún botón discreto ni mecanismo oculto escapaban a la vigilancia del joven, y pronto se llevaron, después de sellarlos, cuatro grandes sacos llenos de piedras preciosas y monedas de valor incalculable.

Antes de salir de la mansión, habiendo dejado al príncipe de Volterra y los suyos atados y ateridos en los jardines, el conde de Nissac echó una mirada triste al lugar y aplicó la dura ley de la guerra arrojando una antorcha en el vestíbulo, bajo unos cortinajes.



Espoleaban a los caballos, muy cargados; el conde y sus hombres renunciaron a franquear la puerta Saint-Germain y todavía no habían llegado a la calle Sainte-Marie Égyptienne, donde dejarían sus monturas y cambiarían su ropa por la de jesuitas húngaros, menos vistosa.

Así, iban al paso y no se apresuraban con el fin de no llamar la atención. Hubo en ello, bajo la apariencia de gran sensatez, un grave error, pero ¿cómo podían adivinarlo? ¿Cómo prever, en efecto, que un servidor se había liberado de las ataduras en cuanto se fueron y los siguió desde la casa de Tournon, por lo que los seis guardias que no estaban muertos ni heridos se habían lanzado en su persecución? Con la mala suerte, además, de que los guardias del príncipe Volterra y de Conti se habían encontrado con un gran grupo de partidarios de la Fronda, más de treinta caballeros del duque de Elbeuf, y ahora toda esa gente daba caza a Nissac y a sus hombres, identificados con los «espías de Mazzarino», a los que se perseguía sin piedad por la capital.

Nissac esperaba dejar atrás los arrabales y cruzar el Sena cerca de la inquietante

torre de Nesle, cuyas dentadas almenas medievales destacaban contra un cielo color estaño.

Llegaron al puente Barbier.

Se trataba de un puente de madera considerado sólido, y que salía de la orilla izquierda y llegaba en la otra orilla al extremo oeste del castillo de las Tullerías, por el lado de los jardines. Un puente antiguo, pero muy útil, el Barbier, evitaba a los parisinos dar un largo rodeo por el Pont-Neuf, donde se acababa abruptamente la isla de la Ciudad, solamente prolongada con la estatua de Enrique IV.

Nissac, que cerraba la marcha, entraba ya en el puente Barbier cuando unos gritos y ruido de cascos lo alarmaron. Se levantó sobre sus estribos, se volvió y descubrió con estupor a cuarenta jinetes que llegaban al galope, con la espada desenvainada. Si esta vez los atrapaban sus posibilidades eran pocas.

El conde de Nissac reaccionó enseguida, gritando:

—¡Forzad los caballos...! ¡Al galope!

Los hombres de los fulares rojos se volvieron, comprendieron la situación al instante y hundieron los talones en los flancos de sus monturas. Nissac, que estaba al tanto de todos los detalles, había escogido cada uno de los caballos con gran cuidado. Los animales, hasta ahora poco explotados, aceleraron inmediatamente a pesar del peso del oro y las joyas, que era un gran impedimento.

El agua azotaba furiosamente los gruesos pilares del puente, tanto que incluso la plancha quedaba cubierta por momentos. El puente Barbier crujía por todas partes con quejidos siniestros, el viento aullaba como un condenado, la lluvia batía los rostros de los jinetes inclinados sobre sus monturas, que intentaban impulsarlas lo más posible.

El galope de los hombres de los fulares rojos era regular, aunque disturbado por un fuerte viento que les venía de lado, y por los sacos de oro y piedras que cargaban los valientes caballos. Por fin, a lomos de unos caballos extenuados por la violencia y la rapidez del esfuerzo, el pequeño grupo alcanzó dificultosamente la orilla de las Tullerías en el momento en que sus perseguidores entraban al galope en el puente entre chorros de espuma.

Nissac, que se volvía sin cesar, comprendió que su situación era desesperada. Iba a ordenar que pusieran pie en el suelo y se preparaban al combate cuando...

¿Fue por su número elevado? ¿Su peso? ¿Su velocidad? ¿Una repentina subida de las aguas? ¿Fueron sus gritos de victoria, que clamorosos ya, atentaban contra los extraños designios de la Providencia y provocaron su ira?

Fuera lo que fuera, ante los ojos de los hombres de Nissac y de cientos de parisinos apasionados por aquella persecución, el puente de Barbier pareció sacudido por un último temblor, como un gigantesco animal tocado de muerte.

Los partidarios de la Fronda, desesperadamente, redujeron su velocidad a excepción de dos intrépidos caballeros, que, al contrario, espolearon a sus caballos con la esperanza de cruzar el puente antes de lo que parecía ineluctable.

Repentinamente, el puente se levantó por su parte media, y cada mitad se elevó mucho antes de caer en las olas furiosas. Atacado por todos lados por la violencia de las aguas, el puente Barbier se rompió en varios trozos que dieron vueltas y vueltas entre la espuma.

No quedaba mucho ya de los partidarios de la Fronda y sus monturas. Algunos hombres, una docena de caballos arrastrados por la fuerte corriente; los que no murieron ahogados se estrellaron contra los pilares del Pont-Neuf o la estatua de Enrique IV, como si el difunto rey castigara a los que se levantaban contra su descendiente.

Entre los partidarios de la Fronda había varios caballeros, y no quedó ningún superviviente.

Nissac, a quien sus hombres miraron con la incredulidad reservada a los semidioses, se mantuvo impávido, con su alta silueta coronada por el sombrero de plumas recortándose contra el cielo atormentado en el que se mezclaban el zinc y la plata.

Levantó su mano enguantada de terciopelo negro y dio la señal de reemprender la marcha.

Decidido a captar el clima político de la ciudad, después de los trágicos acontecimientos del puente Barbier y el saqueo de la casa del príncipe de Volterra, el conde de Nissac, con su hábito de jesuita, no aguardó más de una hora o dos antes de dejar su guarida de la calle del Fin del Mundo.

El rumor tomaba fuerza, deformado, como es costumbre. Aquí se decía que el ejército del príncipe de Condé, nada menos, había saqueado la casa de Volterra; allá afirmaban perentoriamente que «el Mazzarino» había lanzado barcas cargadas de piedras contra los pilares de madera del puente Barbier para destruirlo. Por todas partes se recordaba con horror el hecho de que los asaltantes, de una audacia loca, y casi invencibles, cubrían la parte baja de sus rostros con fulares rojos, y el conde pensó que habría que utilizar de nuevo esa señal que imponía respeto y engendraba temor.

En todos los casos, esos rumores otorgaban a los leales medios de los que no disponían, pero el conde se guardó mucho de intervenir, pues todo lo que valoraba el ejército real contribuía a desmoralizar al bando de la Fronda.

El conde llevaba un rato caminando, llevado por su fantasía. Al menos así lo creyó hasta que se dio cuenta de que no era ninguna fantasía, ni tampoco azar, pues se hallaba en la calle Neuve-Saint-Merry.

Sonrió, maravillado. Era el pensamiento que no dominamos, el pensamiento salvaje, en cierto modo, a no ser que litera el instinto del animal herido que recuerda el lugar donde lo recogieron para curarlo y abrigarlo; o mil razones más que se nos escapan para llegar a lo esencial, donde vuestro corazón ha hecho etapa y vuestra alma ha echado el ancla: aquello que le hacía soñar.

Vaciló. Con su hábito, aquella sotana negra de cuello severo, aquel sombrero tan ridículo, corría el riesgo de sorprender y divertir desfavorablemente. Pero por otro lado encontrarse delante de la puerta de Mathilde de Santheuil y no llamar era darse motivos para posteriores lamentos.

Vacilaba aún cuando una fuerte mano se posó sobre su hombro, mientras una fría voz exclamaba:

—No hay sacramentos que administrar en esta casa, ni demonios que expulsar con unas manos extendidas para el exorcismo. Tampoco ha habido ningún nacimiento.

Nissac se volvió y descubrió a Joseph y su empleado, que habían cruzado la calle desde el Armes de Saint-Merry y dirigen discretamente hacia él un machete y un puñal.

Aunque el conde consiguió disimular su sorpresa, pues detestaba manifestar sus sentimientos, Joseph no pertenecía a la misma escuela y no disimuló su asombro:

—¡Señor conde! ¡Si yo hubiera esperado...!

—Sólo soy jesuita, no conde.

Joseph le dirigió una mirada astuta y bajó la voz:

—Pensaba en vos. Ah, no sé por qué el ataque al palacio Volterra y la persecución sobre el puente Barbier me sugirieron ese pensamiento.

El conde se sabía descubierto y no temía ser traicionado; su respuesta fue ambigua:

—En efecto es un giro extraño del pensamiento, hijo mío. Un día será necesario que os confiese.

El rostro de Joseph se ensombreció:

—Cuanto más tarde, mejor. Monseñor, no siempre he sido el hombre que soy ahora.

Entonces Joseph se alejó, con la cabeza baja y su empleado a la zaga.

El conde lo siguió con la mirada un momento, preguntándose qué drama, si no era la muerte de sus hijos, había destrozado a aquel hombre.

Luego se volvió y llamó a la puerta de Mathilde.

Mathilde abrió enseguida y se quedó petrificada, con los ojos como platos y la boca semiabierta. Nissac afectó un tono decidido:

—Invirtiendo los papeles, hija mía, es preciso que me confiese ante vos: en pocas palabras, señora, ya os echo en falta.

Vacilando entre la risa, pues el conde le pareció irresistible vestido de jesuita, y las lágrimas, pues nunca le había dirigido un cumplido tan directo, Mathilde pensó que era una lástima que ella fuera demasiado honrada para fingir un desmayo.



Caminaron uno al lado del otro por la ciudad febril.

Impotentes, vieron al populacho colgar a un hombre. El desgraciado, con la cuerda al cuello, defendía su inocencia con la sinceridad que sólo engaña a quienes deciden dejarse engañar. Arrojaron la cuerda por encima de una rama, ataron el extremo a la silla de un caballo y azotaron al animal para que corriera; el cuerpo del hombre se elevó y se agitó en todos los sentidos durante unos instantes ante los gritos de los habitantes de la calle Palmail, que no cabían en sí de gozo, mientras gritaban: «¡Muerte a los Mazzarinos!».

El conde estrechó la mano de Mathilde de Santheuil y la extraña visión de un eclesiástico tratando con tanta familiaridad a una guapa joven turbó a un burgués; pero no se atrevió a pedir explicaciones, pues se quedó helado cuando la mirada de Nissac se posó bruscamente sobre él.

Por todas partes, agitadores y espías apostrofaban al pueblo. Se bebía mucho, pues el señor coadjutor había mandado poner toneles abiertos para que se bebiera a su salud y por la muerte de Mazzarino.

En Saint-Gervais, un grupo de exaltados llegó ruidosamente empujando una carretilla y encabezado por un cura fanático.

Ante los ojos del conde y de Mathilde, volcaron la carretilla, de donde rodaron un cráneo y huesos; el sacerdote roció con agua bendita los pobres restos desenterrados de un protestante muerto hacía cinco años sin renegar de su fe.

El paseo tocó a su fin con aquella sesión repugnante y, en el camino de regreso, Nissac y Mathilde de Santheuil hablaron poco, pues la esperanza que depositaban en el porvenir de la humanidad estaba herida.

Se despidieron rápidamente, con una nota triste, y la joven le recomendó que fuera prudente.

En cuanto cerró la puerta, Nissac tuvo que volver sobre sus pasos, trastocado por la idea de que Mathilde se iba a quedar sola y tal vez triste, pero se rehízo, pues su deber, por desgracia, lo llamaba a otro lugar.

Sabía que la noche sería movida, y no disponía de todos sus hombres. En efecto, el general de los jesuitas había informado a Nissac de que sin duda le sería útil, en un futuro próximo, conocer los complejos planos de canteras y subterráneos de París. Con ese propósito, el conde había enviado a Florenty en Notre-Dame para que fuera instruido sobre los secretos del subsuelo de la capital. Decisión juiciosa, pues, acostumbrado a recorrer caminos, el contrabandista de sal se orientaba mejor que todos los demás y aprendía de prisa.

El conde apretó el paso.

En la calle del Fin del Mundo, Jérôme de Galand, teniente criminal del Châtelet, lo esperaba en compañía de un pescadero que cargaba unos cestos en una carretilla.

Nissac se sorprendió, pero no lo demostró. Por otro lado, la expresión grave del teniente de policía lo había alertado.

El policía lo saludó brevemente. Luego, sin decir nada más, destapó los cuatro cestos. Dominando su impulso de echarse atrás, Nissac reconoció las cuatro cabezas cortadas de los fieles arqueros del teniente de policía.

Fue al grano:

—¿Qué significa?

—Una advertencia. Ha habido un nuevo crimen. El ataúd de cristal, el rito habitual. Demasiado tarde, sólo he visto unos pobres huesos calcinados. La pez, las llamas, lo que ya sabéis.

El teniente de policía criminal tenía una expresión tensa. Le pareció al conde repentinamente envejecido. Sin embargo, creyó que debía formular una pregunta:

—Un momento. Para esa gente el peligro sois vos. ¿Por qué no es vuestra cabeza la que se encuentra en esas cestas?

El teniente de policía criminal esbozó una pálida sonrisa.

—Es que yo, después de haber ejercido de policía durante treinta años, tengo muchos buenos amigos.

Nissac siguió su mirada. Un mendigo desdentado le sonrió, pero apartó su droguete remendado para dejar a la vista una larga cuchilla. Un ganapán de una toesa de alto le hizo una señal, y también un carretero, un hombre que parecía un vaquero y

algunos más; y todos, metidos entre la ropa, tenían preparados puñales o pistolas.

El conde asintió con una breve señal, con prisa por regresar a casa para dormir un poco antes de una noche que adivinaba larga.

No obstante, el teniente de policía criminal lo retuvo:

—¿Saldréis esta noche, señor conde?

—Es posible, sí.

—¿A qué barrio?

—Daré un paseo por la orilla del Sena.

—¿Al puente Barbier? —preguntó el teniente de policía con una sonrisa.

—¡No era nada seguro! —respondió Nissac, imperturbable.

Sin siquiera darse cuenta, el teniente de policía criminal bajó la voz:

—Esta noche, a orillas del Sena, doble obstáculo. Para empezar, la Fronda, y un poco más allá, el ejército del señor príncipe de Condé.

—Gracias. Haremos lo que convenga.

El conde de Nissac y sus cinco compañeros —Florenty «estudiaba» en Notre-Dame — salieron por la noche de su base de la calle del Fin del Mundo.

Rápidamente, pasaron por la calle Sainte-Marie Égyptienne, donde se despojaron de sus sotanas, retomaron sus ropas habituales y dejaron los caballos.

La marcha hasta orillas del Sena fue muy larga y difícil, pues el parlamento había hecho tender cadenas situadas a los lados de las calles.

En el humilladero que marca la encrucijada de la calle Sainte-Honoré con la calle Poulies, el conde y los suyos se toparon con un grupo de partidarios de la Fronda en igual número. Pero éstos, bastante inexpertos y dirigidos por un joven consejero de pesquisas del parlamento, quedaron estupefactos al ver a Nissac avanzar, casi despreocupado, con una mano en la cadera y otra sosteniendo la espada en vertical. La sorpresa fue breve, pues enseguida los partidarios de la Fronda comprendieron que se hallaban en desventaja y encontraron la salvación en la huida, pues sus adversarios cubrían sus rostros bajo aquellos fulares rojos tan temidos desde el saqueo de la casa de Volterra y el reciente asunto del puente Barbier.

Nissac casi lograba su objetivo.

Con el hombre del timón, eran siete en aquella embarcación donde continente y contenido pertenecían a un allegado del primer ministro. El cargamento, que venía de Siam, estaba compuesto por telas, porcelanas y plantas secadas muy olorosas.

Nissac, desde la proa del navío, miró París inmerso en la noche negra donde las hubiera, y aquí y allá, algunos hogares todavía encendidos. Ahí, en algún lugar, estaba Mathilde. Tuvo una cruel sensación de vacío y se volvió.

Pronto, debieron hacer un alto en una barrera de la Fronda. Nissac exhibió un pasaporte consignado por el príncipe de Conti y el duque de Elbeuf. Les dejaron pasar.

Después se toparon con una segunda barrera, ésta perteneciente a los de Condé. Tras haber arreglado el primer documento, Nissac enseñó otro pasaporte provisto de las firmas de Gaston de Orleans y el príncipe de Condé. La barrera se abrió sin demora.

Los dos documentos eran obra del artista Nicolas Louvet, falsificador talentoso al servicio del conde de Nissac.

El resto del viaje se realizó sin incidentes. Nissac y los suyos consiguieron monturas en los puestos avanzados del ejército de Condé, los mismos que el príncipe había llevado a toda prisa de Flandes para rodear París y en los que Nissac, que había servido como general, tenía contactos y amistades.



Los ojos del cardenal Mazzarino brillaron al igual que las piedras preciosas que

resplandecían a la llama de los candelabros.

Había mandado llamar discretamente a Nissac y sus hombres detrás del castillo de Saint-Germain-en-Laye, donde tenía una amplia estancia discreta.

Con sus maneras de hombre de guerra, a veces un poco rudas, Nissac había ordenado a sus hombres que vaciaran el contenido de los sacos sobre la gran mesa. Hecho aquello, el equipo del conde se había retirado sin decir palabra; al instante, el primer ministro se quedó como petrificado contemplando el maravilloso tesoro.

Un poco molesto, el conde le explicó:

—Señor cardenal, hemos ejecutado vuestras órdenes: oro, sin que importen los medios. Tal vez os informaron de que nuestro procedimiento fue brutal, pero no era posible actuar de otra manera.

Mazzarino entendió las palabras del conde. Las comprendió perfectamente. Sin embargo, por un fenómeno que no habría sabido explicar, estaba totalmente paralizado.

Por fin reaccionó:

—¡Ah, conde!

Luego se acercó y sumergió las manos en su tesoro. Perlas finas y monedas de oro, diamantes en bruto y joyas fluyeron por sus manos temblorosas, que volvió a sumergir enseguida en el fabuloso botín.

—¡Ah, conde...! El reino os debe mucho. Con esto podemos pagar al ejército y reclutar nuevas tropas. Con esto podemos aplastar a los partidarios de la Fronda y a los facciosos que alzan la cabeza por todos los rincones del país. —Puso las manos sobre los fuertes hombros del conde—. ¡Lo sé todo, Nissac! La mansión de Volterra, el puente Barbier, vuestro estupendo equipo, el cuidado puesto en el asunto e incluso la idea asombrosa de los fulares rojos. En la Corte no se habla de otra cosa, y la gente cree que sois cien, cuando no sois más que siete, y sin embargo, aunque os creen cien, todos elogian el valor y la audacia de esos caballeros desconocidos que se distinguen con un fular rojo y se identifican por su fidelidad a la corona.

Sin saber muy bien qué decir, Nissac esbozó un gesto vago:

—Señor cardenal, el éxito sólo dependía de la buena preparación, que se hizo tal como la que realizamos en las líneas españolas. Los partidarios de la Fronda son numerosos, pero pocos de ellos conocen el arte y los secretos de la guerra. Además, la suerte estuvo de nuestra parte cuando el río se llevó el puente en el momento más peligroso.

El primer ministro quitó las manos de los hombros de Nissac y volvió a mirar el tesoro. Una lágrima resbaló por su mejilla y, a pesar de las palabras que siguieron, el conde se preguntó mucho tiempo por el origen de aquella emoción: ¿gratitud o profunda alegría por la posibilidad de utilizar el tesoro para acabar con la Fronda?

Mazzarino, un comediante notable, dio un delicado temblor a su voz, que se quebró en dos ocasiones:

—Conde de Nissac, no seáis modesto, pues aumentáis mi confusión que procede

de mi agradecimiento, ¡oooooh, no...!

Intrigado, Nissac registró aquel temblor tan inesperado, pero no pudo demorarse mucho, pues el cardenal continuó:

—Oh no, no me incomodéis con esa modestia que corona una acción de gran resonancia. Demasiados, demasiados a mi alrededor se tocan con laureles usurpados, y me resulta insoportable ver a un héroe de verdad rechazar sus grandes méritos.

Luego, observando repentinamente al conde como si lo viera por primera vez:

—¡Pero estoy faltando a todos mis deberes! Esta escapada a la orilla del Sena en medio de la noche helada... Debéis estar muerto de hambre.

—Señor cardenal, mis hombres también...

—¡Voy a dar órdenes! —atajó Mazzarino.



Nissac y el cardenal hicieron los honores a un potaje de pollo relleno con lechuga, perdices, chochas, capón, un queso de Pont-L'Éveque, después de lo cual llegaron tortas, macarrones, mazapanes y confitura de naranja, todo ello regado por un vino de Borgoña, como ligera colación vespertina.

Los dos hombres no dejaron de hablar de asuntos del servicio. Nissac le puso al día sobre las acciones del inalcanzable Desollador y la ayuda eficaz de Jérôme de Galand, teniente de policía criminal fiel a la corona.

Luego volvió sobre la necesidad de tomar urgentemente Charenton, ya que los generales de la Fronda habían decidido que ese lugar debía defenderse a toda costa.

Finalmente, el cardenal insistió en que Nissac y los suyos pasaran unos días en la Corte, el tiempo necesario para que los facciosos olvidaran un poco a sus «queridos Fulares rojos».

Nissac, que pensaba en Mathilde, protestó, diciendo que podía reanudar el combate sin demora, pues las fuerzas enemigas apenas estaban afectadas, pero el primer ministro se mostró inflexible:

—Querido conde, hasta ahora no os he cuidado en absoluto, y por desgracia temo que deberé pedir os ayuda todavía durante mucho tiempo. Descansad un poco.

Vaciló y añadió:

—No os sorprenderá saber que el señor príncipe de Condé languidece por vos, el general que nunca pierde una batalla. Para aniquilar sus esperanzas y no pueda protestar legítimamente, he hallado un remedio eficaz, pues no puede oponerse a lo que conviene al futuro rey. Querido Nissac, desde este instante, sois instructor general de la artillería del futuro Luis XIV.

—Curioso cargo —observó Nissac, y agregó—: es la primera vez que oigo hablar de él.

—Es que me lo acabo de inventar. El rey es todavía la última persona del reino sobre la que el ambicioso príncipe de Condé osará hacer valer alguna prelación. Y

ahora, querido conde, id a acostaros: he ordenado que os preparen y calienten una habitación en el ala más discreta del castillo.

Con una antorcha en la mano y desnuda bajo un gran manto de color esmeralda, avanzaba con paso rápido por las galerías desiertas y heladas.

Con dieciocho años, considerada «la mujer más hermosa de la Corte», Charlotte de La Ferté-Sheffair, duquesa de Luègue, se había jurado conquistar al conde de Nissac desde que lo vio, en los jardines del Palacio Real, ridiculizar a François de Bourbon-Vendôme, duque de Beaufort, y a sus dos compañeros.

Su corazón latía con fuerza. No sabía del amor más que lo que contaban las novelas y las mujeres de más edad, quienes, cuando hablan de ello, tienen una mirada distinta, como fija en algún recuerdo lejano y tierno.

Quería al conde de Nissac; y a nadie más.

Sí, se habría sentido orgullosa de convertirse en su esposa, pero parecía que el general, que estaba cerca de los cuarenta años, sólo aspiraba a la soledad. ¡Cuántos testimonios había consultado! Pero por desgracia, todos concordaban. Entre dos campañas militares, el conde volvía a sus tierras desoladas y su viejo castillo azotado por los vientos furiosos y las olas del Canal. Allí, soñaba apoyado en las almenas, cabalgaba sin objeto durante horas, leía delante de la chimenea monumental o escribía cartas, y el destinatario o la destinataria de tan abundante correspondencia no había sido identificado nunca.

¡Qué vida tan aburrida! Y tan lejos de la Corte. No, ni siquiera por los fuertes brazos del general conde de Nissac, valiente entre valientes, sabría ella resignarse a eso, temía languidecer hasta morir.

Él no deseaba el matrimonio, y ella tampoco; ambicionaba una vida de placeres.

Pero ¿qué vida?

¿Casarse con un viejo duque? ¿Tener a los favoritos de la Corte como amantes? Claro que no todos tenían un aspecto desagradable, sobre todo los más jóvenes, pero la duquesa imaginó que la hora de sus pretendientes sólo podía llegar cuando la del conde hubiera pasado quedando grabada para siempre en su memoria.

Después de él, ¿qué importaba?

Al llegar ante la puerta vaciló un instante, luego la empujó con fuerza.



En unos segundos, él abrió los ojos, agarró su espada, que dormía a su lado fuera de la vaina, se levantó de un salto y entornó los párpados.

Permaneció un momento con la espada en la mano, levantada; extrañado, vio una fina silueta encender las velas con una varilla, que lanzó luego a la chimenea.

El capuchón esmeralda bajó y apareció un rostro encantador.

—¿Dormís con botas? —preguntó ella.

—¡La costumbre de los despertares precipitados! —respondió él.

Luego se observaron. Largamente. Muy largamente.

Ella lo encontró muy guapo en camisa, calzas y botas de caballería con la doblez hasta la rodilla. Admiró también la elegancia de su gesto cuando arrojó la fina espada encima de la cama.

Por su parte, él se maravilló. Aquel cabello rubio perfectamente trenzado, sus ojos magníficos de mirada provocativa, que lo desafiaban, una naricita adorable, una boca ligeramente enfurruñada. En realidad, todo el rostro parecía desdeñoso y reflejaba al mismo tiempo, con un gran efecto de contradicción, cómo la joven estaba dispuesta a abandonarse a la pasión.

—¿Os asombráis, señor?

—Nada me asombra ya, señora.

—Charlotte de La Ferté-Sheffair, duquesa de Luègue.

—Loup de Pomonne, conde de Nissac.

—Ya sé quién sois, conde.

—Entonces quizá también sepáis las razones que os llevan a empujar la puerta de un hombre que no conocéis, y bastante avanzada la noche.

—Tenía frío, señor.

—Ah, ya, señora, ¿me confundís con una chimenea?

—No señor. Pero el calor se encuentra a veces donde lo imaginamos.

—Claro, pero ¿soy yo responsable de que se os ocurran extrañas fantasías?

Ella lo miró, repentinamente desamparada, y aquella bonita mirada de mujer joven emocionó al conde. Entonces, como si empleara su último cartucho, la duquesa hizo caer su manto esmeralda a sus pies, revelando un cuerpo espléndido, un pecho generoso y firme.

La joven observó el efecto que producía, pero estaba demasiado trastornada para encontrar palabras. Se precipitó hacia una mesa baja y, cogiendo una jarra y un cubilete de estaño, se sirvió agua, que se desbordó. Luego vació el cubilete de un trago.

Al hacerlo, fue consciente de que estaba dando la espalda al conde. No lo había premeditado, pero, cuando lo pensó bien, no se arrepintió, pues conocía la perfección de sus formas.

El cálculo no carecía de finura. Nissac quedó conmovido ante aquellos hombros, aquellos hombros delgados de mujer joven que recuerdan siempre que la adolescencia no está lejos.

Admiró su fina cintura, las caderas anchas y la redondez perfecta de sus nalgas; luego, como hombre amante de las mujeres, deslizó la mirada hasta los tobillos. Le gustaban los tobillos femeninos. Sentía gran deseo y voluptuosidad al aferrarlos con fuerza, como si fuera a estrangularlos, y luego cubrirlos de besos.

La duquesa se volvió por fin y constató que aquella vez, en el mejor de los casos, ella no lo conseguiría, pero quedaría empatada con el conde, pues él la deseaba y ella lo quería sin duda más todavía.

Ella se puso una mano en la cadera en un gesto un poco chabacano, o un poco «de chico», que enterneció al conde, pues adivinó tras esa actitud provocativa, y sin duda inusual, una flagrante falta de seguridad.

Sin embargo, ella se dominó y dijo:

—Os amo, señor.

—Entonces situáis muy mal vuestro amor, señora.

—¿En qué os afecta el amor que os profesan, conde?

—Es que me hace existir, duquesa, y ése tal vez no es mi deseo.

—¡Tomadme en vuestros brazos o me voy a morir de vergüenza!

Él se dio un instante para reflexionar y tuvo que convenir en que la joven, desnuda delante de él, se encontraba en una posición delicada. Aun temiendo quedar turbado por ese contacto, le abrió los brazos.

Ella se arrojó.

Se arrojó y lo envolvió enseguida de calor, dulzura, un halo de ternura, algo parecido al asalto repetido e invencible de las olas que siempre acaban por vencer a las rocas duras, como las mujeres desde siempre y sin duda hasta el fin de los tiempos vencerán los corazones demasiado frágiles de los hombres.

Inmerso en un torbellino, ebrio por el olor de los cabellos rubios y el gusto azucarado de aquel adorable hombro que rozaban sus labios, el conde pensó con una extraña distancia: «¡Al fin y al cabo soy incapaz de resistir, aunque debo de ser uno de los únicos soldados que no ha retrocedido nunca delante de los españoles!».

Luego pensó en su querida Mathilde.

Totalmente acorralado, sin refugios, como un barco sin timón en la tempestad, quedó impresionado por la fuerza del amor que sentía por Mathilde, pues aquello no importaba nada, absolutamente nada. Así, ¿se podía amar a una mujer, pensar sólo en ella, y desear a otra?

El conde se sintió abrumado: «¿Qué tipo de perro soy, pues?».

En un movimiento que exigía un valor que, por desgracia, sólo conocía el interesado, se distanció ligeramente, tomó a la duquesa por los hombros y dijo:

—Señora, yo amo a otra.

Primero la mirada, luego los labios y toda la expresión del rostro de la joven duquesa no fueron más que una sonrisa:

—Conde, ¿quién os habla de amar? ¿Sois un niño tan pequeño que tengo que explicaros estas cosas y que la vida a veces es breve, que mi madre murió de parto a la edad de veinte años y que a vos todo combate os acerca a la posibilidad de que os maten? ¿Pensáis, conde, que un instante de voluptuosidad compartida cambia el orden del mundo?

Nissac esbozó una sonrisa desengañada.

—Eso pienso, señora. El mundo no ha alentado nunca el deseo, y tampoco el placer. A las personas tristes les gusta el poder que les permite frenar a los seres que les horrorizan por tener cierta aptitud para la felicidad.

—Pero ¿quién puede robarnos esta noche? Y yo, ¿qué voy a quitar a la que amáis, y que no está a vuestro lado, pues es bastante loca para dejaros solo?

—Duquesa, ella no sabe que la amo.

La joven acercó su rostro, él la besó delicadamente en los labios, fue a recoger el manto verde esmeralda y lo posó con gran delicadeza sobre sus hombros, diciendo:

—Sigamos siendo uno para el otro esperanza de un mundo de voluptuosidad, puesto que ésa fue vuestra palabra. Nos bastará saber que existimos, haciendo un poco de trampa, pues el fuego de la realidad no habrá lamido siquiera la parte de sueño que hace de nosotros unos cómplices. Actúo sensatamente, creedme, bella duquesa, e id a dormir enseguida.

Decidió no ver las lágrimas que caían por la piel suave de la joven y, dándole una palmatoria, la condujo con suavidad hacia el pasillo.

Una vez solo, se tendió junto a su espada y pensó: «Mathilde de Santheuil, tendrás que amarme mucho para hacerme olvidar a esta mujer».



El cardenal Mazzarino no se resolvía a mandar de nuevo al peligro a su pequeña tropa de élite, cuyos méritos elogiaba todo el mundo. Incluso algunos señores que simpatizaban con la Fronda, y por supuesto sus damas, admiraban la audacia y brillantez de los misteriosos Fulares rojos de Mazzarino.

Nissac, taciturno, había acuartelado a su pequeña tropa. Apartado de la Corte, intensificaba las clases: lanzamiento de puñal, espada, caballo, pistola, mosquete, artillería...

Aquel régimen duró diez días; luego le pareció al conde que no podía encerrar así a unos hombres valientes que no habían desmerecido nada.

Dado que el primer ministro no se ocupaba de ellos...

Él los dejó libres.

Los peligros y el entrenamiento habían estrechado los vínculos de la pequeña tropa. No había diferencias entre aristócratas y galeotes. La amistad estaba por encima. Y también el corporativismo, que se les ocurrió simbolizar con los fulares rojos anudados al cuello. Habría sido un error ver en ello algún bajo cálculo, pues los compañeros de Nissac ignoraban el lugar que ocupaba su notoriedad, y no consideraban los fulares rojos más que una forma de reconocimiento entre ellos, y eso excluía toda especulación.

Grave error.

Apenas los barones Melchior Le Clair de Lafitte y Sébastien de Frontignac pusieron un pie en la Corte, unas damas de alta alcurnia los raptaron en sus aposentos... sin que ellos opusieran mucha resistencia.

Maximilien Fervac se dirigía a ver al herrador cuando, al descubrir su fular rojo, una joven baronesa lo llevó a un bosquecillo donde el frío fue menos vivo que el

temperamento del sargento de los Guardias Franceses.

Nicolas Louvet, quien ambicionaba ver de más cerca el taller real de prensas instalado en el castillo, fue arponeado a su vez por una vieja condesa que no tenía juventud ni belleza, pero sí la ventaja de ser condesa y de aplicar a las clases sociales elevadas la comprensión que el joven tenía de la sociedad.

En cuanto al señor de Bois-Brûlé, en medio de las damas de pelucas empolvadas, tuvo que representar escenas y puñetazos, pues se los pidieron hasta el punto que el pobre, oscilando de cansancio, no aspiraba más que a una cosa: enfrentarse a los señores de la Fronda en un combate más convencional.

Finalmente, el general conde de Nissac ni siquiera se daba cuenta de los ostentosos desmayos que ocasionaba a su paso. Hay que decir que entre Mathilde de Santheuil, a quien amaba, y Charlotte de La Ferté-Sheffair, duquesa de Luègue, a quien no podía evitar desear, se sentía caminar sobre carbones ardientes.

Además, se encontraba sin noticias de la primera, y le habían contado que la segunda se había encerrado en su cuarto, rechazaba todo alimento y corría el riesgo de morir, para consternación de sus allegados y de decenas de señores de la Corte que estaban prendados de ella y no comprendían su repentina melancolía.

Nissac respiró cuando el cardenal Mazzarino lo convocó por fin, una mañana, y lo recibió con una sonrisa:

—Conde, en París piensan en vos. Mirad...

Se acercó a su escritorio, hojeó los legajos de papeles que levantó:

—Libelos, panfletos. Tomad éste, comprado en el Point-Neuf: «¿Qué sería del cabeza hueca del Vaticano, el innoble Mazzarino, sin sus Fulares rojos?».

Al ver la expresión grave del conde de Nissac, el primer ministro le instó:

—Partid de nuevo, conde. Seguid con la misma misión. Sabotead las empresas de la Fronda... Ah, podéis estar contento, volvéis a la acción y a vuestra casa del Fin del Mundo y con la bella Mathilde de Santheuil, a quien tanto quiero.

El conde de Nissac notó que el suelo le fallaba bajo los pies, pero consiguió disimular su emoción:

—¿La queréis, señor cardenal?

—¡Ah, sí! La quiero. Y creo que ella a mí.

Una oleada de cólera fría se apoderó del conde de Nissac.

Caminaba con paso rápido, con las botas de jinete resonando sobre las baldosas. El fular rojo atado en torno al cuello hacía que todas las cabezas se volvieran.

Barones y baronesas, marqueses y marquesas, condes, condesas, duques, duquesas, príncipes y princesas: no saludaba a nadie, no veía a nadie, avanzaba como alucinado y nadie se atrevía a hacerle la menor pregunta al general conde de Nissac, que parecía feroz y determinado.

Detuvo a un mozo y pidió que lo guiara.

Cuando llegó, despidió al hombre con una mirada y entró sin llamar.

La jovencísima Charlotte de La Ferté-Sheffair, duquesa de Luègue, a quien estaban peinando, se levantó repentinamente pálida y se encontró con la mirada del conde de Nissac. Con un gesto vivo, despidió a su sirvienta.

El conde le abrió los brazos, ella se arrojó a ellos y le ofreció la boca.

Luego, él la cogió por los hombros y la miró.

—Me marchó a París, señora, y quizá no vuelva.

—Dadme este día.

—Sigo amando a otra, duquesa, y aunque mi amor no tiene esperanza, no me arrepiento. Pero hoy me siento débil.

—Amadme hoy, no espero más de vos. Después, si os marcháis, si me ignoráis para siempre, no tendrá importancia.

Torpe, la ayudó a quitarse la ropa y luego, a su pesar, dio un paso atrás para contemplarla.

Los cabellos rubios de ella rozaban los hombros. Un toque rojo en las mejillas realzaba la palidez de su tez y daba a la joven una fragilidad que recordó al conde aquellas porcelanas de Siam amontonadas en la gabarra prestada para salir de París. Un lunar postizo, coquetería última en uno de sus pómulos, la hacía pasar por mujer cuando la pesadez adolescente de los párpados inducía a pensar que esa condición era muy reciente.

La joven duquesa de Luègue se mantenía muy erguida, orgullosa de sus pechos opulentos y firmes. Sólo llevaba las medias, que enfundaban sus magníficas piernas, aguantadas por ligas de seda rosa, y los zapatos del mismo color.

El conde la levantó y la llevó a la cama.



La noche caía.

Ella lo miraba dormir con profunda ternura. ¿Entonces, eso era un hombre? Un general cubierto de gloria, con la espada en la mano, que hacía disparar sus cañones, las grandes plumas de su sombrero al viento de la batalla, y ese cuerpo dormido, indefenso, una sonrisa infantil asomando a sus labios...

No obstante, ¿por qué estaban separados el conde y la desconocida a quien el conde amaba tan locamente, y aparentemente sin esperanza de ser correspondido?

Desnuda, sentada en un sillón situado en la cabecera de la cama, la joven miraba el cuerpo musculoso en el que abundaban las cicatrices, como si el hombre saliera de las manos de la temible costurera que llamamos «guerra».

Una vez más, pasó revista a sus condiciones y calidades respectivas. Él sólo era conde, y ella duquesa, pero los Nissac pertenecían a la más alta y antigua nobleza. Bajo su máscara de guerrero, tenía mucho sentido del humor, y aunque la usaba sin ostentación, tenía una agudeza de la que carecían los pequeños empolvados de la Corte. Sabía incluso reírse de sí mismo, lo que es raro en un hombre, y su valor, su coraje auténtico, su gloria, lo dispensaban de las habituales vanidades masculinas.

Por fin, durante varias horas y repetidamente, aquel a quien llamaba en secreto «mi Loup adorado» y «mi amor Loup» le había dado más felicidad de la que había vivido en los dieciocho años que iban desde su nacimiento a aquel día de febrero de 1649 que haría de ella una mujer. Íntimamente, sintió que ningún hombre, nunca jamás, sabría amarla como el conde de Nissac, cuyos besos, de la cabeza a los pies, la volvían loca. Que él se demorara en sus pechos, y en todas las partes donde se revelaba su feminidad, la sorprendía menos que el trato reservado a sus tobillos, aferrados hasta el dolor entre sus manos de acero y besados con labios suaves y tiernos... Y allí estaba él, como su forma de hacer el amor, una mezcla de violencia y dulzura.

Besos desde la nuca, que provocan un cosquilleo divino, hasta debajo de la cintura, que hacían renacer incesantemente el deseo de dar, tomar, tener, ser poseída.

Sin embargo...

Su infancia y su adolescencia en un austero convento causaban en la joven repulsión por todo lo que sonara a encierro, sofoco, y ni siquiera su «Loup adorado», su «amor Loup» escapaban a esta regla: se moriría de languidez junto a su amado en aquel viejo castillo de cuatro o cinco siglos orgullosamente erigido frente al Canal, entre vientos infernales, tempestades y landas de brezo. Se perdería entre aquellos colores grises y malvas, plateados y amaranto.

Sentía desesperanza, pues adivinaba que su vida tendría siempre una brecha que nada podría colmar, una contradicción que no sabría resolver: no podía vivir con Loup ni sin él.

Debería cargar hasta el final de sus días con aquella desgracia. Embriagarse artificialmente con los cortesanos, del París que la rodeaba, en suma, de todo lo que había soñado durante tanto tiempo y que no se sentía con fuerzas de abandonar aunque la realidad ya se hubiera encargado de traicionar el sueño.

Suspiró, sin perder de vista al conde de Nissac, que dormía profundamente.

Él cambió de postura, soltó un leve gruñido. ¿Con qué, con quién soñaba? Ahora incluso en sueños cerraba los puños, listos para golpear, y sin embargo ella encontraba en él rasgos de niño. Un niño perdido, convertido en un general que

erraba de guerra en guerra, de batalla en batalla, ¿para ocultar qué? ¿Que es difícil vivir? ¿Que ese gran misterio depende tal vez de lo absurdo? ¿Que el miedo que nos sobrecoge al salir del vientre materno no suelta su tenaza si no en el instante de la muerte?

Lo imaginó en un paisaje marítimo, a los dos años, corriendo desnudo por la grava como hacen todos los niños, con los brazos abiertos, dirigiéndose y riendo hacia su madre, atenta y emocionada.

Murmuró:

—Y nunca has dejado de correr, mi amor Loup. Ha pasado el tiempo pero todavía corres, como todos nosotros, hacia un objetivo que se aleja siempre...

Un bebé.

Con dieciocho años de edad, Charlotte de La Ferté-Sheffair, duquesa de Luégue, miró al general conde de Nissac, de treinta y ocho años, como un bebé.

Su bebé.

Y ella iba a abandonarlo, renunciar sin oponer resistencia, porque, sin poder evitarlo, prefería una vida de supuestos placeres por fidelidad a su propia infancia, a sus sueños de niña.

¿Entonces la infancia no acaba nunca? ¿Ni siquiera el día en que una se hace mujer?

Él se despertó de golpe, buscando instintivamente su espada, luego la descubrió a ella, desnuda, sentada en un sillón a su cabecera, mirándolo con mucha ternura y sombras de tristeza.

—Parecís tan feliz y tan seria, señora...

—Es que os amo y os pierdo, señor...

Él no pudo evitar tender la mano para acariciar la rodilla rolliza de la duquesa, y la caricia se hizo más morosa e insistente por encima de la liga, sobre la piel desnuda.

Él le sonrió.

—¿Nos perderemos, cuando durante unas horas estuvimos por amor tan cerca de las estrellas? ¿La felicidad no nos sobrevivirá a nosotros en algún lugar, sin que se pueda tocar más, incluso cuando no estemos ya aquí abajo? ¿Es posible que mi cuerpo arrojado a una fosa, pues probablemente ése será mi destino, sea el final de todo? De mí, claro, lo comprendo, pero ¿de la felicidad pasada, que es impalpable como el aire? ¿No es posible que la alegría de los hombres y mujeres que nos precedieron sea esta cosa invisible que, sin razón, se arrastra quizá por el éter, y nos da alegría al corazón y nos pone la sonrisa en los labios en una mañana de abril que se despereza como un gato entre todas las rosas y todos los azules del mundo?

Ella se arrojó contra él, riendo y llorando a la vez.

Él la acarició delicadamente, ella hizo lo mismo, pero sus gestos dulces y tiernos se inflamaron pronto y la certidumbre de que iban a separarse para siempre desencadenó su pasión con la aspereza que da tal desespero.

Fuera, la nieve caía a grandes copos. Un tronco crepitó en la chimenea. Era bonito

existir.

Las malas noticias se multiplicaban. La Fronda llegaba a las provincias. En Aix-en-Provence secuestraba al gobernador, el conde de Alais, mientras que en Normandía el duque de Longueville, partidario de alto copete de la Fronda, tomaba Ruán y vinculaba su parlamento a la sedición. El propio Turenne, comandante del ejército de Alemania, parecía Fiel a las ideas de la Fronda.

Informado de todo aquello, el conde de Nissac, a caballo, iba con la cabeza baja, seguido por sus hombres en fila de a uno.

Avanzaban por un camino hundido y nevado, insensible a la belleza de las estrellas de nieve colgadas de los árboles y las flores de escarcha pegadas a las ramas, indiferente a los gritos lejanos de lobos hambrientos, que se aventuraban fuera de los bosques, sin ver siquiera sobre la nieve las huellas de las patas de los jabalíes y las de los gatos silvestres, más redondas.

La nieve volvía a caer, helando en los vivacs a los soldados del ejército del príncipe de Condé, que debía someter París. En esa extensión blanca, sólo se distinguían los troncos de los árboles y las siluetas oscuras de los desgraciados militares agrupados en torno a los fuegos improvisados.

Debía de hacer mucho frío en París, donde no se comía bien, pero el conde, aunque compadecía a la población, lo consideraba un perjuicio por haberse dado como jefes a un puñado de traidores que, olvidando la moral más elemental y faltando a todos sus deberes, pedían ayuda a los ejércitos españoles en guerra contra Francia, contra su pueblo, contra sus ejércitos. Todos aquellos feudales, todos esos facciosos, le parecían a Nissac extremadamente pordioseros y dignos de la chusma de los barrios bajos que no podían mantener. Decían que, buscando el oro escondido por los leales replegados sobre Saint-Germain-en-Laye, esa gentuza innoble profanaba las sepulturas con la esperanza de descubrir las riquezas de los exiliados. De tales señores tales criados, y éstos no deslucían ante unos jefes que intercambiaban información secreta con los enemigos de Francia. Lo demás era propio de una comedia; por ejemplo, las fiestas fastuosas de los partidarios de la Fronda parisina con coraza y banda azul requebrando al son de los violines a las bellas damas de alta alcurnia...

La nieve, de un pie^[14] de espesor, disimulaba los profundos surcos abiertos por las lluvias de otoño, y los pobres caballos padecían, resbalando a veces sobre placas de hielo.

El sentimiento de justicia del conde topaba con el modo de vida de los señores partidarios de la Fronda, mientras la población más pobre sufría todas las miserias. Además, si los facciosos eran finalmente vencidos, era probable que una vez más los partidarios de la Fronda no fueran castigados severamente, pues la posición del cardenal no estaba lo bastante segura para eso.

Los Conti, Bouillon y otro príncipe de Marsillac —que ya se hacía llamar La Rochefoucauld sin siquiera aguardar la muerte de su padre, que permitiera la transmisión del título—, todos ellos altos señores, volverían a sus exquisitas y sensuales veladas en sus magníficas moradas, sus partidas de caza, los juegos de Palemail^[15] y de pelota, el billar, el tejo...

Un capitán y unos cuantos mosqueteros cerraron el paso a Nissac, pero el oficial, al ver los fulares rojos en el cuello de los hombres cansados, iba a apartarse ya, cuando la voz del conde lo retuvo:

—General conde de Nissac, servicio del cardenal.

El rostro del oficial se iluminó, muy contento ante la idea de poder poner un nombre finalmente al jefe de los célebres Fulares rojos:

—Estuve con vos en Lens, señor conde.

El rostro de Nissac se suavizó:

—Fue el veinte de agosto, capitán, y hacía un tiempo más agradable. ¡Espero veros en mejor día!

El conde se llevó la mano al sombrero de plumas y dejó un poco atrás al oficial y sus mosqueteros, que saludaron descubriéndose.

En medio del paisaje lúgubre, y siempre bajo la nieve que caía tupida, Nissac pensó en Charlotte, su pequeña duquesa ávida de placeres desconocidos, a veces insolente y sin embargo muy tierna, en cualquier caso más de lo que ella creía.

Tuvo que reconocer que Charlotte siempre tendría un lugar en su corazón —como todas las mujeres que fueron suyas—, aunque un acontecimiento inesperado había devuelto las cosas a su situación original.

Lo recordó mientras los copos de nieve, muy densos, le nublaban la vista.

El adiós interminable y bañado en lágrimas de la jovencísima duquesa; luego la liga que se quitó del muslo y le puso como un brazalete, diciendo:

—Quiero que todo el mundo sepa que fui vuestra, pues me siento orgullosa de ello, señor general y jefe de los salteadores del cardenal que llevan fulares rojos. Dejaos esta liga en el brazo hasta medianoche, pues este día de vuestra vida me pertenece por entero.

Había cruzado la gran galería y todos habían visto al conde tenebroso, de altas botas, fular rojo al cuello y liga rosa como brazalete. Todo el mundo sabía ya por los criados que el conde de Nissac y la duquesa se encontraban encerrados en una habitación desde hacía muchas horas, y la liga confirmaba la más angustiada de las dudas. Por todas partes hubo tristeza, suspiros y lamentos.

Las damas estaban al borde del desmayo por no haber sido escogidas por «la más fina espada del reino». Los señores habrían llorado de rabia ante la certeza de que ese militar huraño salido de los campos de batalla había sido el primer amante de «la mujer más hermosa de la Corte».

Pero todos callaron, unos por temor a la «ironía mordaz» del conde, otros a su espada.

Nissac y sus hombres estaban en las cuadras poniendo las sillas a sus caballos cuando recibieron la visita inesperada del primer ministro.

Éste, con mirada maliciosa, decidió no molestarse por la frialdad inhabitual del conde, a quien apartó diciendo:

—Conde, sois mi único amigo. Uno no es primer ministro del reino de Francia si no es perspicaz y, de la misma manera, uno no es un amigo sincero si no adivina los tormentos de un amigo valeroso.

—No sufro ningún tormento excepcional, señor cardenal.

—¡Vamos! He visto vuestra cara esta mañana.

—Era la alegría de volver al combate.

El cardenal sonrió.

—Esa alegría que tan de repente os deja una cara tan triste suele verse en los funerales.

El conde observó a sus hombres que, al fondo, habían ensillado los caballos y lo esperaban a él.

Dejó hablar a su corazón por un instante:

—Funerales... Puede ser, sí. Tal vez esta mañana he enterrado un sueño.

—¡Es justo lo que me parece! Pero hubo por vuestra parte precipitación y locura. ¿Queréis enterrar lo que no está muerto?

Nissac frunció las cejas.

—Confieso, señor cardenal, que vuestras explicaciones me desorientan y no sé qué intentáis decirme.

El cardenal se divertía. Consideraba al conde un hombre sutil, pero también creía por lo general que los asuntos del corazón ofuscan las mentes más notables. Además, aunque le apreciaba mucho, no le disgustaba la tristeza de Nissac, pues aquel soldado demasiado perfecto, ese hombre demasiado fuerte, alcanzaba así una dimensión humana que el cardenal, quien no carecía de abundantes defectos, creía que los acercaba.

Continuó:

—Vuestro rostro, querido conde, se volvió sombrío cuando, al hablaros de la bella Mathilde de Santheuil, os dije: «La quiero», antes de añadir: «Y creo que ella a mí».

El conde hizo un meritorio esfuerzo por conservar la sangre fría:

—No me he fijado en eso, señor cardenal, pues no juzgo vuestros amores.

—¡Ni yo los vuestros! —respondió el cardenal mientras rozaba con un dedo anillado la liga de la duquesa de Luégue.

—Entonces, asunto concluido —respondió Nissac con tono glacial.

El cardenal se echó a reír sin poder evitarlo y replicó:

—¡En absoluto! Si vuestros amores con la jovencísima duquesa de Luégue no dejan lugar a dudas, en cambio creo que os engaños enormemente por lo que respecta a mí.

—¿Entonces, señor cardenal? —preguntó el conde, repentinamente asaltado por

la duda.

—¡Vamos! ¡Qué niñería! A ver, conde, hablando de Mathilde he mostrado afecto, que ella ha demostrado sentir por mí. ¡Esas palabras no entrañan nada que sea carnal!

—Pero...

El cardenal atajó las palabras del conde:

—Mathilde de Santheuil es hija de un amigo. La aprecio por eso, por lo que ella es y por lo que ha hecho con mucho valor. Nada más.

—Entonces, ¿qué he hecho?

—Vamos, Nissac, eso no es traicionar. A menos que... ¿Vuestro corazón la ha traicionado?

—Ni por un instante, os lo juro.

—¿Lo veis? —Mazzarino observó a Nissac con repentina gravedad—: Yo también estoy enamorado. Y no es fácil cuando todo el mundo os espía, la guerra os separa, los libelos insultan un amor bello y profundo. El amor es algo delicado y grave, digan lo que digan. Vuestra aventura con la duquesa es un asunto sin importancia. Id con el alma en paz, Nissac, y sed prudente, nosotros... La reina, el delfín y yo mismo confiamos mucho en vos.



El conde no dudó ni por un instante del cardenal, que sabía estaba locamente enamorado de Ana de Austria. Pero se preguntaba por aquella confusión, la cólera súbita un poco demasiado vehemente para ser del todo honrada y que lo había arrojado a los brazos de Charlotte. ¡Qué extraño era todo aquello! ¡Propio del diablo!

Se sentía culpable, pero ¿culpable de qué? Para traicionar, hacía falta que algo existiera. Pues bien, nada lo ataba a Mathilde, a no ser... Sentimientos nunca expresados, promesas jamás pronunciadas, sueños sensuales que habían quedado en su estado de sueños. Así, era libre de disponer de sí mismo y hacer el amor con quien quisiera.

Volvió a él un recuerdo impreciso, que las caricias de la duquesa habían despertado. Otro cuerpo, también hermoso, la fiebre, unas delicias que Charlotte no le había procurado con tanta intensidad. ¿Qué había sucedido realmente entre Mathilde de Santheuil y él aquella famosa noche en que su espíritu divagó?

La pequeña tropa de fulares rojos llegó a los últimos puestos destacados en manos del ejército real de Condé.

Sobre sus caballos al paso, saludaron con un gesto cansado a los soldados y uno de ellos, viendo a los caballeros desaparecer en la tempestad de nieve, se persignó diciendo:

—¡Dios mío, protégelos, pues vuelven al infierno!

Nissac y sus compañeros aguardaron la llegada del alba en una granja abandonada.

Habrían debido entrar en París por la puerta Mont Marthe, pero la cercanía de ésta con su base de la calle del Fin del Mundo suponía el riesgo, en caso de que algo saliera mal, de comprometer para siempre la seguridad de su refugio.

Torciendo hacia el este en relación con su línea de marcha, el conde prefirió arriesgarse a dar un rodeo por la puerta Saint-Denis.

La nieve había dejado de caer, el frío era menos intenso y el cielo, de una luminosidad metálica, bañaba las murallas con una luz irreal.

Los cuatro guardias y el oficial se pusieron delante de Nissac, que los dirigió al barón Sébastien de Frontignac.

El oficial, un partidario de la Fronda de mediana edad, observó atentamente el pasaporte realizado el día antes por Nicolas Louvet, e inmediatamente se llevó la mano a la vaina de su espada:

—Señor, no niego que se trate de un documento digno ni que no se reconozca en él la firma de monseñor el príncipe de Conti...

Hizo una señal de connivencia hacia sus hombres y dijo, con voz fuerte:

—Sin embargo, señor, este documento lleva la fecha de ayer y el príncipe de Conti está enfermo desde hace tres días y no ha firmado ni un solo pasaporte, cosa que nos causó problemas pero que ahora me permite reconocerlos como una banda de espías.

Luego sacó la espada y se volvió hacia sus hombres:

—¡A por los Mazzarinos! ¡Muerte a los espías del italiano!

«¡Dios mío, qué parlanchín es este hombre, y que ampuloso!», pensó el conde de Nissac, pero entre la primera y la última palabra de esa frase, con la velocidad del rayo, lo vieron saltar del caballo sacando la espada y tocar de muerte al oficial en la garganta.

Después, mientras sus hombres se enfrentaban con los otros cuatro partidarios de la Fronda, Nissac exclamó con frialdad:

—Nos han visto. ¡Ni un superviviente!

El asunto estaba a punto de zanjarse a falta de adversarios, pues el último expiró por un golpe de Fervac, cuando el señor de Bois-Brûlé gritó:

—¡Vienen más!

—¡Los fulares! ¡Poneos los fulares! —gritó el conde, y fue obedecido de inmediato por sus hombres, mientras que una decena de partidarios de la Fronda llegaban donde ellos estaban, y pronto el combate empezó, dos contra uno.

Desde que luchaban en equipo, Nissac y sus hombres habían trabajado el método y los medios.

Así, el conde y Fervac, los dos espadachines más finos, empezaban el combate adelantados un paso con respecto a sus compañeros. Como los dos tocaban enseguida

y a golpe seguro, afectaban el ánimo del adversario, que veía a dos de los suyos derribados en muy poco rato, apenas el tiempo de un suspiro.

Detrás de ellos se colocaban los barones de Frontignac y Le Clair de Lafitte, buenas espadas, soldados profesionales que no cedían su lugar. Por fin, más atrás, en la retaguardia, los otros se «apañaban».

Así sucedió también aquella vez.

Nissac y Fervac, para mayor comodidad de sus amigos, acabaron cada uno con dos partidarios de la Fronda. Otros dos sufrían los asaltos de los barones.

Nicolas Louvet, adoptando el método de Florenty, actualmente ocupado en Notre-Dame, vaciaba sus pistolas... sin dar siempre en el blanco. Quedaba el señor de Bois-Brûlé, el único que había olvidado ajustar su fular...

El señor de Bois-Brûlé, en su fuero interno, pensaba que un hombre no siempre tiene un estoque a su disposición, y si ése era el caso, debía mostrarse necesariamente experto. Concluía, pues, que en las situaciones extremas hay que saber usar expedientes que alíen astucia e inteligencia.

Y así lo demostró, pues se encontraba en una situación delicada.

Un partidario de la Fronda, de extrema delgadez y estatura modesta, tenía al señor de Bois-Brûlé en la punta de su espada. El contraste entre el partidario flaquito y el gigante musculoso habría impresionado a los espectadores, de haberlos habido.

Seguro de lo que hacía, el de la Fronda avanzaba con la espada extendida, y el señor de Bois-Brûlé retrocedía, sin por ello abandonar una sonrisa indefinible que turbaba a su adversario.

Al final, el señor de Bois-Brûlé se detuvo, afectó una gran resignación y dijo con voz patética:

—Retroceder, retroceder siempre, y yo os pregunto ¿es esto vida, señor?

El partidario de la Fronda, sorprendido de que le preguntaran a él, a quien precisamente nadie le preguntaba nunca su opinión, se sintió halagado y reflexionó largamente sobre el sentido de la pregunta antes de contestar:

—Ah, no, señor. Sabed que yo mismo, a quien veis excepcionalmente en una posición tan favorable, y ello para gran estupor mío, retrocedo desde que soy un niño.

El señor de Bois-Brûlé, con aire convencido, cruzó los brazos y, cogiéndose el mentón con una de sus poderosas manos, preguntó con expresión de profunda humanidad:

—¿Desde hace tanto?

El partidario de la Fronda, emocionado por haber encontrado a alguien que se preocupaba por él, bajó ligeramente su espada.

—¡Desde siempre, señor! Retrocedí delante de mi padre, que siempre me pegaba, delante de mi mujer, que me inspira terror cuando me grita con su voz fuerte, y ahora retrocedo delante de mi amo, el señor mariscal de La Mothe-Houdancourt, a quien sirvo en calidad de lacayo, pero que ha hecho de mí un partidario de la Fronda sin preguntarme qué pensaba.

El señor de Bois-Brûlé asintió gravemente con la cabeza.

—Veo que también para vos este mundo no es más que dolor.

—Ciertamente, señor fular rojo.

—Con crudeza inhumana, el sufrimiento se disputa nuestras pobres almas con el miedo y el aburrimiento.

—¡Es muy cierto, señor!

—Mirad, señor de la Fronda-a-vuestro-pesar, Dios, desde su jardín del Edén, nos ha situado mal, del lado de la silla rota, y no hacia el trono.

—¡En una fosa de mierda, señor fular rojo, atrevámonos a decirlo, atrevámonos!

El señor de Bois-Brûlé se golpeó el pecho.

—Entonces apunta al corazón, amigo. He vivido demasiado ya y no puedo más.

El partidario de la Fronda sacudió la cabeza.

—Es que no puedo mataros, señor. Vuestra triste condición tan parecida a la mía me inspira profunda simpatía y acaso amistad.

Con un salto de tigre, el señor de Bois-Brûlé dio un paso de lado y luego se impulsó peligrosamente hacia delante. Desarmó al partidario de la Fronda, lo cogió por el cuello y empezó a estrangularlo, pero suspiró y dejó de apretar:

—¡Que el diablo me lleve, yo tampoco puedo mataros!

Medio ahogado, con los ojos a punto de salirse de sus órbitas, el partidario de la Fronda levantó un dedo pertinente y dijo con voz trémula:

—Mirad, señor, no es nada fácil; ¡ah, no os envidio para nada!

—¿Os vais a callar de una vez? —gruñó el señor de Bois-Brûlé.

—Cuando esté muerto... si lo conseguís.

El flaco partidario de la Fronda miró a su vencedor directamente a los ojos.

—No lo intentéis, señor, somos dos hombres de corazón, más del lado de los matados que de los que matan. Ha sido nuestra amabilidad la que nos ha llevado a tan baja condición, qué queréis.

Al notar que la situación podía escapársele, el señor de Bois-Brûlé dio un puñetazo, muy medido, en el rostro del partidario de la Fronda-a-su-pesar, y el hombre se desmayó en el acto. El señor de Bois-Brûlé lo ayudó en su caída, para que no fuera dolorosa, y sacó un pañuelo para secar una gota de sangre que perlaba la nariz del delgado partidario de la Fronda derrotado. Mientras lo hacía, murmuró:

—Yo no sabía que fuese tan bueno.

Luego, levantando los ojos, descubrió al conde y a sus compañeros, que, ya sin adversarios, lo observaban con la mayor atención, con los fulares rojos bajados.

El conde de Nissac, con la espada clavada delante de sí en la nieve y las dos manos descansando sobre la empuñadura como si se tratara de un bastón, exclamó con voz neutra:

—Fuisteis muy generoso, señor de Bois-Brûlé.

—Es nuestra costumbre, señor conde.

—Me temo que no os comprendo —replicó Nissac, cruzando los brazos.

—¡Habéis presenciado un parlamento africano como lo practicaban nuestros antepasados! —respondió el señor de Bois-Brûlé, mientras se ajustaba el fular rojo.

—Bien, señor de Bois-Brûlé, no discuto la cualidad de dichos parlamentos, sino sus circunstancias: ese partidario de la Fronda nos ha demorado en un lugar que no es nada seguro.

—Ese hombre me ha tocado la fibra, conde.

Nissac miró largamente al señor de Bois-Brûlé, tiró de su espada clavada en la nieve, secó la hoja en la manga de su casaca y, tomando la brida de su caballo, dirigió una nueva mirada al gigante:

—Tenéis razón, y yo me equivocaba, señor de Bois-Brûlé. Os ha tocado, y eso, ante un hombre de vuestra calidad, lo ha hecho... intocable.

Luego el conde montó en la silla, y fue imitado por sus hombres.

Tomaron la calle Saint-Denis, y giraron a mano derecha en la calle Saint-Sauveur, que se prolongaba por la calle del Fin del Mundo.

Los caballos iban al paso a través de las calles desiertas y nevadas.

Frontignac, situado junto al conde, observaba el cielo con gran desconfianza:

—¡Lo sabía! Cuando las hojas de olmo caen antes de tiempo, se sabe que hará mucho frío y que morirán muchos caballos y otros animales.

Nissac le dirigió una mirada distraída.

—¿Decíais?

Frontignac tosió.

—Vos sabéis que conozco el tiempo y... ¿Verdad que en el castillo de Saint-Germain estuve muy distraído?

Nissac tuvo un pensamiento para la duquesa de Luégue. ¿Cómo viviría, en adelante? ¿Y con quién?

Sonrió, más a sus recuerdos que a su amigo:

—Todos estuvimos distraídos... Pero id al grano, barón.

Frontignac se animó enseguida, contento de que le lanzaran a semejante tema, las previsiones del tiempo, que lo apasionaban casi tanto como los viejos remedios de la medicina.

Sus ojos brillaron.

—Distraído, distraído sí, señor conde, pero no hasta el punto de no estar atento al día de San Pablo.

Nissac, que pensaba en la duquesa, reaccionó con un poco de retraso:

—Ah, ¿estamos en San Pablo? Qué raro, creí que había pasado.

—Pues claro que ha pasado, señor conde. Es el veinticinco de enero.

Nissac ya no entendía nada y, sintiendo que se enervaba, miró a Frontignac a los ojos:

—A ver, barón, ¿qué tenéis que decirme?

Adivinando la impaciencia del conde, Frontignac se apresuró a responder:

—El veinticinco de enero, día de San Pablo, permite saber el tiempo del año que llega.

—¡Qué curioso! —concedió Nissac, pasando por alto que su compañero le hablaba de aquello desde hacía ya varios años.

Sin embargo, habría hecho falta mucho más para desanimar al barón, que prosiguió:

—Si ese día el tiempo es bueno y despejado, tendremos buenas cosechas. Si vemos niebla, morirá abundante ganado. Si llueve o nieva, será un año de carestía, pero si hace viento tendremos guerras y sediciones en el pueblo.

—Lo entiendo, barón, pero no tengo ningún recuerdo del tiempo que hizo el día de San Pablo, ni la vigilia, ni al día siguiente, así que tal vez obtenga de vuestra boca, y en el acto, alguna precisión sobre el tiempo de este año...

Frontignac, con la mano enguantada, se rascó la nariz con un ímpetu inesperado que sorprendió al conde; luego, con voz de ultratumba, contestó:

—¡Ah, qué día el veinticinco de enero, señor conde! Empezó con niebla, pero en cuanto ésta se levantó lució un tiempo radiante y claro, y pronto sopló un viento violento y nevó al final de la tarde.

Nissac tenía a Frontignac en gran estima, pero, en pocas palabras, en ese momento su compañero lo irritaba profundamente. Además, picado por la insistencia de Frontignac, quería conocer la conclusión de todo aquello.

Así, dijo con voz sibilante:

—Pero en fin, he olvidado todo lo que decís al instante, vos trabajáis tan rápido... Estas cosas os son familiares, pero no lo son para mí, que no estoy acostumbrado. ¿Qué decíais, pues? ¿Que el ganado se iba a hacer sedicioso? ¿No creéis que la gente de la Fronda basta para nuestra desgracia sin que haga falta mezclar ovejas y novillas?

Frontignac, que percibía el esfuerzo de su general, le dirigió una mirada de gratitud.

—Sin duda, he olvidado algo. Pues bien, señor conde, si tomamos en cuenta todas estas cosas, el año será de grandes contrastes: el ganado morirá, y eso supondrá una gran carestía, por desgracia, pero afortunadamente tendremos muy buenas cosechas, que, por desgracia, serán esquilmadas por la guerra y las sediciones entre el pueblo.

Nissac ya no escuchaba, ocupado en meditar si iría al día siguiente a ver a la señora de Santheuil.

Nevaba de nuevo.

Oía a su lado al barón de Frontignac, que proseguía con su discurso:

—Por lo demás, hace seis años, cuando nuestra victoria en Rocroi, os expliqué todo esto, que en realidad es muy sencillo. Pero siempre se está a tiempo de empezar, para progresar en el arte de prever el tiempo.

Reflexionó, olvidado del conde.

De repente, con un dedo imperioso que sobresaltó a Nissac, perdido en sus

sueños, Frontignac señaló el cielo, donde el alba había ocultado la luna:

—¡Ahí hay un excelente consejo, señor conde, de los más fáciles de seguir! Mirad la luna por la noche... Si la luna nueva tiene los cuernos oscuros, lloverá. Pero si el cuerno de arriba del creciente es más oscuro que el de abajo, lloverá en las inmediaciones.

Inseguro, Frontignac preguntó:

—¿Habéis entendido, señor conde?

Nissac miró fijamente a su compañero como se mira a un amigo gravemente afectado por una enfermedad; luego, con una voz suave que inquietó al barón, respondió:

—Por supuesto, Frontignac, por supuesto.

No obstante, se sintió liberado cuando vio la alta puerta de su refugio del Fin del Mundo.

Anthème Florenty abrió enseguida la puerta y llevó a sus compañeros a la cuadra.

El conde de Nissac sabía que cometía una imprudencia al no pasar por la calle Sainte-Marie Egiptienne para cambiar su aspecto y dejar los caballos, pero los hombres estaban cansados, tras tiritar toda la noche, la hora matinal empezaría pronto a poblar las calles y la noticia del combate de la puerta Saint-Denis iba a recorrer París con la rapidez de un reguero de pólvora. Además, el primer ministro había mandado llevar más sotanas allí, pues sin duda había previsto la situación.

Nissac, presintiendo que el ex contrabandista de sal quería hablarle en privado, se llevó a Florenty aparte:

—¿Qué? ¿Aprendes deprisa en Notre-Dame?

El rostro de Florenty se iluminó.

—¡Ah, señor conde! Vuestro amigo, a quien no sé muy bien cómo llamar, general de los jesuitas o duque de Salluste de Castelvalognes, tiene una paciencia infinita y una erudición ilimitada. Sí, creo que pronto lo sabré todo de los subterráneos de París, cosa para la que tengo facilidad, si no, no hubiera sido contrabandista, pero hemos ido mucho más allá.

Llegaron al patio adoquinado y se dirigieron a la entrada del edificio sin interrumpir su conversación:

—¿Qué quieres decir? —preguntó el conde.

—Me da su opinión y me enseña que el espíritu debe moverse como se mueve el cuerpo, ahora reflexiono sobre el sentido de toda acción.

—¡Eso está muy bien! —respondió Nissac.

Sin embargo, al observar el rostro de Frontignac, se dio cuenta de que éste albergaba una preocupación.

—¿Hay algo más?

—Pues...

A Nissac le hizo gracia el titubeo de Florenty:

—Veamos si sabes reflexionar como dices... Sabes algo, no sabes muy bien cómo decirlo pero eres lo bastante inteligente para saber que no te soltaré y que acabaré por sacarte lo que sabes. Así que ahorremos tiempo y cuéntame de qué se trata.

Florenty no vaciló más:

—Aquella mujer tan guapa que os acompañó en barca a Notre-Dame... conocía la existencia de nuestro refugio de la calle Sainte-Marie Egiptienne. Se ha preocupado mucho por vos y pasaba cada vez más a menudo por aquí, hasta que al final se durmió en un sillón del vestíbulo. De esto hace cinco días, y desde entonces vuelve todas las noches y se va por la mañana.

—¿Quieres decir que en este momento está ahí?

—Exactamente, señor.



Había hecho muy poco ruido, pero ella abrió los ojos y sonrió al descubrir la alta silueta del conde, su larga capa negra con el cuello subido y cubierta de nieve en los hombros, el fular rojo en torno al cuello, el sombrero de fieltro marino con el ala bajada sobre los ojos, adornado con plumas de los colores del cisne y el fuego.

—¡Qué locura esperar aquí! —dijo él, falsamente severo.

—La verdad es que me preocupaba por vos. Tanto los partidarios de la Fronda como los de Condé cuelgan tan rápido a los que atrapan entre las líneas que no tienen tiempo de verificar su condición.

Él sonrió.

—Moriré por una espada o una bala, hacha, fuego o un rayo, aquejado de un mal repentino o declinaré en mi viejo castillo, ¡pero nunca colgado!

—¿No cuelgan a los condes?

—No es costumbre, aunque con la Fronda eso puede cambiar. Generalmente, a un conde lo decapitan con un hacha en la plaza de Grèves, pero nosotros todavía no estamos en ese extremo.

Se quitó el sombrero de plumas y la capa, y la joven se sobresaltó al descubrir la liga rosa de Charlotte de La Ferté-Sheffair, duquesa de Luègue. Nissac había olvidado completamente aquella prenda de seda que llevaba como brazal.

Ella se levantó bruscamente.

—Se ha hecho de día.

—Pero... acabo de llegar.

—Tengo que irme.

Sorprendido por el tono de Mathilde, repentinamente muy frío, el conde insistió:

—¿De verdad?

—Inmediatamente.

—¿Soportáis al menos que os acompañe?

—Es inútil, señor conde. No temo la nieve, sino a los hombres ligeros, fútiles y que viven sólo para satisfacer sus fantasías.

—Ah, eso, señora, ¿me decís por fin...?

Ella lo interrumpió:

—No hacen falta explicaciones.

Inquieto, él le cortó el paso. Ella levantó hacia él una mirada con una sombra de cólera, pero no de odio. En cambio, su voz fue muy seca:

—¿Pretendéis, encima, secuestrarme?

—¿Encima? ¿Me decís por fin si esto es una chiquillería de mujer caprichosa?

Mathilde de Santheuil cayó de nuevo sobre su asiento y permaneció un instante con la mirada clavada en el suelo, luego levantó hacia el conde sus grandes ojos inundados de lágrimas, que consiguieron que el corazón del guerrero diera un vuelco.

La joven habló con voz triste, apagada, que él no le conocía:

—Señor conde de Nissac, sin duda está dentro del orden de las cosas que me recordéis mi rango y el vuestro, muy superior, como sin duda es buena política que, a través de vos, la realidad sacuda mi imaginación, tal vez frívola. Pero ¿no había un medio menos cruel para hacerme entender todo eso?

El conde, aterrado, y sin comprender nada en absoluto, balbució:

—¿Me lo queréis explicar por fin, señora?

Oyeron unos pasos en el piso, adonde Florenty, para no molestarlos, había llevado a sus compañeros cortando la entrada.

Mathilde de Santheuil bajó los ojos.

—Durante todos estos días interminables, he estado preocupada por vos. Sé que el señor cardenal no está en una situación cómoda y que la incertidumbre lo mina. Si el señor de Turenne alía la Fronda con su ejército de Alemania, si los españoles marchan sobre París y la Fronda contraataca entonces fuera de las murallas de la ciudad, el poder real será barrido al mismo tiempo que el ejército del príncipe de Condé. Sé entonces que el cardenal, acorralado, usará a sus fieles, tan poco numerosos, y a vos el primero. La causa de mi cólera es que mientras yo os imaginaba en medio de mil peligros, vos nadabais en la voluptuosidad.

Nissac la miró con gravedad.

—¿Quién os lo ha dicho?

Mathilde de Santheuil estalló en sollozos.

—Así pues, no lo negáis.

—¿Para qué?

Ella se levantó. De nuevo, él le cortó el paso. Ella intentó esquivarlo, pero él la cogió de los hombros.

—¿Quién es, pues? —preguntó ella con una voz que se esforzaba en ser neutra, y ese artificio conmovedor y risible enterneció más al conde, que respondió con franqueza:

—Charlotte de La Ferté-Sheffair, duquesa de Luègue.

Mathilde asintió con la cabeza, sonriendo a sabe Dios qué.

—Dicen que es la mujer más bella de la Corte, de dieciocho años, y que nunca se había entregado a un hombre. Debéis de hacer muy buena pareja.

El conde se arrancó la liga del brazo y la arrojó lejos.

—Señora, eso no es cierto y se trata de una suposición muy artificiosa. Dejadme que os acompañe a casa y os lo contaré todo, pues sólo lo que creía erróneamente una traición de la mujer que amo ha dictado mi conducta.

Mathilde vaciló y dijo, entre la sonrisa y las lágrimas:

—Oigamos pues esa bonita mentira, señor.

No hablaron hasta llegar al escondite cercano de la calle Sainte-Marie Egiptienne, donde el conde, por superstición, cambió de montura.

Al recobrar su alto caballo negro, con Mathilde de Santheuil sentada delante de la silla, le explicó las palabras ambiguas del cardenal, su despecho, la joven duquesa

que lo esperaba después de su proposición de la noche anterior, pero en ningún momento confesó el nombre de la mujer a quien amaba y de quien sospechó que era amante del cardenal.

Por otro lado, habría sido bastante inútil.

Encantada, habiendo ya perdonado, Mathilde lo reprendió con dulzura:

—Señor, qué falta de confianza en esa mujer, a quien sin embargo decís amar tan tiernamente. Creo que no la merecéis.

—Tenéis razón. Pero es cierto que la amo tiernamente. Tan tiernamente que no le he confesado nunca mi sentimiento.

—No importa, acabaré pensando que entendéis más del arte de la guerra que de los dédalos del amor.

—¿Por qué, señora?

—Sabed, señor general invicto como Alejandro Magno, que una mujer enamorada no tiene ojos para otros hombres, y sólo ve al que le roba el corazón.

—Olvidáis, señora, que aunque yo la amo, no conozco sus sentimientos.

Ella volvió el rostro hacia él. Sus labios se encontraban peligrosamente cerca:

—Ella os ama, señor.

El conde enloqueció con aquella situación nueva y deliciosa, en la que uno sabe sin saber formalmente que la hipótesis más maravillosa es por fin la cierta, en la que los ojos dicen lo que los labios callan, y el corazón bombea puñados de felicidad al alma.

—No tengo ninguna prueba, señora, puedo suponerlo con el riesgo de descubrir algún día que me engaño y tener el corazón en duelo para siempre.

Muy delicadamente, Mathilde puso sus labios contra los del conde.

—Os digo que os ama, y mucho más que a su vida.

—¡Tenéis los labios helados! —respondió él besándola de nuevo, pero con más violencia. Luego, su mano enguantada con terciopelo marino apoyó delicadamente la cabeza de la joven contra su hombro, donde ella se abandonó del todo.

Él sabía que no cruzaría el umbral de la casa de la calle Neuve-Saint-Merry por respeto a ella, y que el amor absoluto exige pruebas que no lo son menos, cueste lo que cueste.

Ella no ignoraba que el conde actuaría así y se sintió conmovida, pero sufría con el recuerdo de la noche en que ella se reveló como mujer y descubrió la felicidad con todo lo que arrastra de miedos y angustias, dificultades e incertidumbres; sí, sufría por no poder acostarse al lado de su amado conde y no obstante pensaba, como él, que debía esperar, y que aquella espera era ya una gran felicidad, que sentía como una promesa...

Un mendigo, un pobre anciano tuerto que no había hallado otro refugio que el abrigo de una puerta cochera, miró con ojos redondos la imagen repentina que aparecía delante de él.

Parecía un sueño...

Un paisaje nevado, viejas casas de entramado, un caballo muy alto, negro como el diablo, cuyo cuerpo despedía humo, una mujer adorable e indefensa abandonada en el hombro robusto de un jinete, hombre fuerte a juzgar por el rostro duro de conquistador, que envolvía a su compañera en una larga capa negra, las manos enguantadas de terciopelo marino sosteniendo las riendas, la fina y larga espada al costado y un sombrero marino con largas plumas de una blancura de cisne y un rojo de fuego crepitante.

Se amaban. Se amaban tanto que daban miedo. Miedo por ellos, a quienes todos envidiarían, o miedo por la vida, que da o no da amor sin distinción de rango o fortuna, única forma de justicia —junto con la muerte— que hay hoy en el mundo, y por los siglos de los siglos.

Olvidando por un instante sus pesares, el anciano se adelantó y dijo a la pareja, que lo dejaba atrás:

—¡Sed felices! La vida es tan corta, corta como un sueño... ¡Y que Dios os bendiga!

El tenebroso caballero del sombrero de plumas, sin siquiera volverse, lanzó algo por encima del hombro. Una verdadera lluvia de monedas de oro. Pero el gesto fue tan diestro, tan excepcionalmente preciso, o la mano fue guiada por Dios o por el diablo, que las monedas cayeron formando un círculo absolutamente perfecto, un círculo de oro que por fin iba a cambiar su vida y ponerlo al abrigo del frío, el hambre y el miedo...

Como general de artillería avisado, si no como astuto jefe de banda, el conde de Nissac había preparado perfectamente la operación.

Sabía de buena fuente que el ejército del señor príncipe de Condé atacaría Charenton el 8 de febrero de 1649 al alba, y tenía como objetivo hacerse con la ciudad sin esfuerzo.

Por otro lado, no ignoraba que para los generales de la Fronda Charenton era un símbolo de resistencia que había que defender a toda costa. En consecuencia, parecía lógico suponer que la batalla sería encarnizada, su resultado incierto durante largo tiempo y su balance una verdadera carnicería.

El cardenal, muy nervioso, y el príncipe de Condé, que no lo estaba menos, habían insistido a Nissac para que los ayudara en aquella batalla decisiva «con cualquier medio que le pareciera conveniente para impedir o retardar la entrada en París de los partidarios de la Fronda de Charenton».

En la noche del 6 al 7, un grupo de quince hombres de Condé, vestidos de paisano, todos procedentes del cuerpo de artillería del general de Nissac, llegó clandestinamente por la orilla del Sena y fue recibido en Notre-Dame por el duque Salluste de Castelvalognes, general de los jesuitas.

El 7, en el barrizal del deshielo, la artillería de la Fronda subía en fila. Una hora después del amanecer, un destacamento aislado que llevaba cuatro piezas de artillería hacia la ciudad de Charenton fue brutalmente atacado por siete jinetes. Cuatro de ellos, Nissac, Frontignac, Fervac y Le Clair de Lafitte, casi tendidos sobre sus caballos, cargaron con espadas. El quinto, el señor de Bois-Brûlé, realizaba molinillos asesinos con una gruesa barra de metal. Un sexto, Anthème Florenty, fiel a sus costumbres, había aferrado las riendas entre sus fuertes mandíbulas y llevaba una pistola en cada mano y otras dos en el cinturón. El séptimo, Nicolas Louvet, a quien el severo entrenamiento en el castillo había revelado los secretos de un arma que no conocía, bajaba del caballo, clavaba una horca en el suelo y encendía la mecha de su mosquete, que daba siempre en el blanco.

El ataque fue de una violencia inaudita, breve, mortal. El impulso irresistible.

Al primer movimiento de los jinetes, los partidarios de la Fronda contaban ya nueve muertos, pero tal vez los artilleros habrían resistido si no hubieran observado una cosa en común a los asaltantes: todos cubrían sus rostros, desde la nariz hasta el mentón, con fulares rojos; la reputación de los atacantes asustaba tanto como su temible habilidad, si no más.

Sin esperar un segundo movimiento de los jinetes, los de la Fronda pusieron pies en polvorosa, y abandonaron el terreno —¡y los cañones!— a los Fulares rojos.

Al día siguiente, a primera hora del 8 de febrero, las fuertes columnas de la Milicia fiel a la Fronda se movilizaban desde la plaza Real. En total, eran cerca de ocho mil soldados de infantería y caballeros, la élite de la Milicia parisina, a la que no

faltaba ningún coronel ni oficial, lo que indicaba el alto precio pagado por la empresa...

El ejército de la Fronda se acercaba a Charenton cuando su caballería fue alcanzada por el tiro de artillería temiblemente preciso y asesino de lo que parecía un destacamento de Condé, como caído del cielo entre la ciudad de Charenton sólidamente sojuzgada por la Fronda a las órdenes del señor de Clanleu, y el ejército de la Fronda salido de París para volar en socorro de Charenton.

La batería rebelde cortó en seco la progresión de los partidarios de la Fronda apuntando sobre los destacamentos que querían tomarla por las alas. Luego aquella desapareció tan repentinamente como había aparecido, y el corazón de las gentes de la Fronda se llenó de duda y aprensión.

Durante ese tiempo, con siete mil soldados de infantería y cuatro mil caballeros, el príncipe de Condé atacaba Charenton, y enseguida topaba con una resistencia encarnizada, mucho más fuerte de lo que esperaba.

Allí donde tenía lugar el cuerpo a cuerpo, se chapoteaba en sangre.

Bertrand de Clanleu, el jefe de la Fronda en Charenton, peleó como un león, y lo mataron mientras proclamaba que prefería aquella muerte a la que habría encontrado en un cadalso, mucho más innoble, si se hubiera rendido.

Por parte del ejército real, el duque de Chatillon, biznieto del almirante de Coligny, también halló la muerte mientras cargaba, con la espada en la mano.

En Charenton, los partidarios de la Fronda se defendían a pie, sin comprender por qué los de la Fronda de la plaza de París no iban a respaldarlos, pues sus fuerzas juntas sumarían dos mil hombres más, y en tropas nuevas, que los del ejército del príncipe de Condé.

No podían saber que, de nuevo, la «batería fantasma» juiciosamente colocada en una elevación abría fuego sobre una encrucijada de caminos y cortaba el paso de los parisinos. Además, un campesino afirmaba que los artilleros de la «batería fantasma», que se desplazaban con la velocidad del viento, tenían como jefes a dos oficiales que llevaban fulares rojos sobre el rostro, mientras que otros cinco fulares rojos, a caballo, con la espada o la pistola en la mano, hacían guardia en torno a los cañones.

Esta noticia creó un inicio de pánico.

Mientras tanto, Condé avanzó. Sabía ya por los agentes del cardenal de la existencia de «la batería fantasma», y no ignoraba que Nissac —pues sólo podía tratarse de él— le hacía ganar unos minutos preciosos, pero sin embargo había que darse prisa, someter la ciudad sin piedad y ocuparla, pues, si no, los partidarios parisinos de la Fronda caerían sobre su retaguardia, y eso significaría la derrota. Ésos eran los pensamientos del príncipe de Condé mientras, en el puente de Charenton, los últimos partidarios de la Fronda, rodeados, oponían todavía una resistencia tan heroica como desesperada. En el mismo instante, los generales de la Fronda parisina consultaban entre sí. Muy retrasados en su marcha, tanto por la acción de los Fulares rojos como por la lentitud natural de su ejército, consideraron que la suerte estaba

echada. Entonces, los comandantes en jefe de la Fronda, el príncipe de Conti y el duque de Elbeuf, al enterarse por sus agentes de que Condé ya consolidaba las posiciones conquistadas, decidieron abandonar el terreno.

En un silencio mortal, ordenaron a los ocho mil partidarios parisinos de la Fronda que dieran media vuelta sin combatir, sin arriesgarse por sus camaradas de Charenton y sin darse cuenta de que, al fin y al cabo, esa decisión empeoraba gravemente el porvenir de la Fronda.

Mientras la Fronda y sus ocho mil soldados daban la vuelta hacia París, los últimos partidarios de Clanleu eran reducidos por la «batería fantasma» llegada, no se sabe cómo, por su espalda. El golpe de gracia divirtió al señor príncipe de Condé, que declaró a sus oficiales:

—Señores, en ese tiro preciso, eficaz y mortal reconozco la manera del general conde de Nissac. ¡Alegraos de tenerlo a vuestro favor, y no en contra!

El príncipe de Condé estaba exultante.

Con la caída de Charenton, la ciudad de París estaba ahora completamente rodeada y ahogada por el bloque de las tropas reales.

El príncipe, sin embargo, no fue generoso.

En contra de la costumbre, mandó reunir a todos los prisioneros, soldados, militares y oficiales de la Fronda, hizo que los desnudaran completamente y los arrojaron al Sena, tan terriblemente frío que arrastraba bloques de hielo.

Casi todos los prisioneros perdieron la vida.

Nissac y los suyos dejaron los cañones al cuidado de los artilleros de Condé que, libres del temor a los partidarios de la Fronda, aguardaron tranquilamente la llegada de las vanguardias del ejército real.

Habían visto los fulares rojos y, forzando los caballos, habían alcanzado los trineos del ejército de la Fronda con los cuales sería muy fácil franquear la muralla de la ciudad y alcanzar la seguridad de alguno de los diversos escondites.

Así lo hicieron, con Nissac y Le Clair de Lafitte cabalgando a la cabeza, seguidos de los otros cinco.

Aminoraron el paso cerca de la entrada a París y Le Clair de Lafitte, a quien su grado de coronel de caballería daba una visión muy lúcida de la situación militar, se dejó llevar por el optimismo:

—¡Hemos acabado con la Fronda, o casi! Pronto no tendremos que escondernos.

El conde atemperó el buen humor de su amigo:

—El animal está herido, no muerto. Todavía hará mucho daño antes de que sea destruido.

—¿Tanto? —preguntó Le Clair de Lafitte, repentinamente inquieto.

—¡Y más todavía!

—Pero ¿con qué propósito?

Nissac observó a un grupo de niños que jugaban a pelearse. Todos querían, en su diversión, ser el príncipe de Condé —odiado por los parisinos célebres— y nadie

quería interpretar el papel de los señores de la Fronda. Finalmente, fue al más endeble, un niño de siete años, a quien le tocó el personaje del príncipe de Conti.

Los niños no se engañaban.

El conde se irguió y continuó:

—Es muy sencillo. La intención de la Fronda era causar grandes daños con el fin de soliviantar a la gente. Cuando llegue el momento de las negociaciones, que preceden a la rendición, el primer ministro, que no está en posición de ser duro, colmará a los facciosos de regalos y cederá en parte al parlamento.

—Entonces, ¿nadie pierde? —preguntó Le Clair de Lafitte.

El rostro del conde se endureció.

—Sí, los muertos de hoy. Y el pueblo. El pueblo no ganará nada y se lamerá las heridas en silencio. El pueblo ya ha perdido.

El coronel de caballería meditó las palabras del conde, taciturno, luego se rehízo:

—Al menos podremos dedicar nuestro tiempo a encontrar la guarida del Desollador.

El conde permaneció pensativo mucho rato, luego miró a su amigo a los ojos:

—No lo encontraremos. El Desollador se calmará y se esconderá en su madriguera. Es como las hambrunas o las epidemias, sólo se manifiesta en tiempo de guerra.

—¿Y si la guerra continúa algún día?

El conde se encogió de hombros.

—Claro, Melchior, seguirá. Han saboreado el poder y lo querrán de nuevo. Seguirá dentro de seis meses, de un año... Para que acabe definitivamente una de las dos partes tendrá que vencer a la otra. ¡Y eso no ocurrirá enseguida!

Tras esas palabras, el conde espoleó su caballo.

El hombre, llamado Theulé, sintió la curiosísima sensación de estar volando.

Sensación sorprendente, pues nunca como aquel día se había visto anclado en una feliz realidad.

Un verdadero sueño que de pronto se convertía en una pesadilla.

Theulé necesitó varios segundos para comprender que había sido levantado en vilo por un jinete al galope que, con una mano, lo sostenía por el cuello de la camisa a un pie del suelo. La fuerza prodigiosa que era necesaria para hacer eso impresionó a Theulé, cuyo estado de ánimo no tardó en ceder al pánico.

Tuvo el vago sentimiento de que, sin casi aminorar la marcha, el jinete daba media vuelta para retomar la calle Neuve-Saint-Merry en el otro sentido. Pero no se habría atrevido a jurarlo, ni tuvo tiempo para ello, pues para Theulé, que estaba siendo zarandeado, el paisaje se bamboleaba, las casas parecían inclinadas y todo estaba bocabajo.

Cerca de una taberna llamada Aux Armes de Saint-Merry, el jinete aminoró la velocidad de su alto caballo negro y lanzó brutalmente el fardo humano, que rodó dolorido a los pies de dos hombres que lo aferraron sin miramientos por los hombros.

Lo empujaron y le hicieron abrir la puerta con la cara, con lo que se le rompieron la nariz y varios dientes. A continuación, a fuerza de bofetadas restallantes, cruzó la sala y, de una patada en el bajo vientre, lo invitaron sin más a bajar rodando las escaleras del sótano.

Theulé, con el cuerpo dolorido, miró a su alrededor.

Dos antorchas iluminaban un sótano abovedado de factura muy antigua, con paredes constituidas de pequeñas piedras partidas con la maza y hundidas en el mortero. Había grandes toneles de roble, algunos cántaros rotos y un taburete sobre el que reposaba un cubilete de estaño con asas.

El lugar olía a vino y moho.

Dos hombres, Joseph y su empleado, bajaron la escalera y, sin decir una palabra, miraron a Theulé con atención. Poco después, un tercero se reunió con ellos. Theulé pensó que era el caballero que lo había raptado, y no se engañaba, aunque se maravilló de la belleza de las plumas blancas y rojas de su sombrero.

—¿Es él? —preguntó al conde de Nissac.

—Seguro, señor conde de Nissac —respondió Joseph.

Discretamente, el empleado propuso ir a vigilar la calle, y los otros asintieron.

Nissac se acercó lentamente a Theulé, que se estremeció por la frialdad de su mirada.

—Vas a hablar, contar todo lo que sabes, si no, antes de que pase una hora, te habremos roto todos los miembros, uno a uno.

Theulé, ceceando por culpa de los dientes rotos, se apresuró a decir:

—Por supuesto, señor conde, es lo único que quiero...

—¿Quién te paga?

—No sé su nombre y no sé dónde buscarlo, pero él siempre sabe dónde encontrarme. Por sus maneras, creo que es un señor, pero le gusta la compañía de los rufianes.

—¿Como tú?

Theulé iba recuperando los ánimos, poco a poco. Mientras lo invitasen a hablar, conservaría cierta esperanza de salir de aquella cava. Se volvió, más que elocuente, voluble y calculador:

—En absoluto, mi querido señor. Yo soy artista, no tengo nada que ver con el populacho. Recientemente, trabajé en un fresco de la mansión de Sens que el señor arzobispo quiere alquilar próximamente y...

Nissac le dio dos bofetones.

—¡Intentar despistarme...! Háblame de la mujer a la que sigues desde hace días.

A pesar de tener las mandíbulas doloridas, Theulé no dejó de protestar:

—La sigo... y la pierdo. Es muy lista y lo ha adivinado más de una vez. Hasta ayer no encontré su casa, enfrente de esta taberna.

—¿La sigues por orden de ese hombre cuyo nombre ignoras pero que crees es un señor?

—Eso es.

—¿Cómo se puede reconocer a ese hombre?

Theulé hizo un evidente esfuerzo de memoria, y luego respondió:

—Su rostro es muy corriente. Pero tiene una cosa muy llamativa: sus antebrazos. Tiene decenas de cicatrices, todas finísimas, y no son obra de una espada, que es demasiado gruesa, ni de un puñal... Viste bien, jubón y calzas de color oscuro. Sin embargo, una vez que tenía prisa lo vi vestido de cochero, cosa que me sorprendió mucho, porque juraría que no lo es.

Nissac mantuvo un breve silencio, el tiempo de retener esas palabras en su memoria. Esas cosas parecían inconexas, pero, a la luz de otros detalles, podían revelarse algún día de importancia...

Continuó, con un poco menos de sequedad:

—¿Qué sabías tú exactamente sobre esa mujer antes de seguirla? Su nombre no, imagino...

Una voz procedente de la escalera hizo sobresaltar a los tres hombres:

—No lo necesitaba, pues disponía de algo mejor. Para su sorpresa, Nissac vio aparecer a Jérôme de Galand, teniente de policía criminal, seguido del dependiente.

El teniente saludó al conde y luego se dirigió a Joseph:

—Vuestro empleado es uno de mis arqueros. Como sabéis bien, pues vivís al lado, la señora de Santheuil es muy importante para algunas personas poderosas.

Joseph miró de arriba abajo a su empleado, luego se dirigió a Jérôme de Galand:

—Sabiendo que el conde de Nissac está al servicio del cardenal, no me fue difícil imaginar que la señora de Santheuil no es diferente en sus obligaciones...

Nissac, impaciente, lo cortó:

—Teniente, ¿qué habéis querido decir al llegar? El teniente de policía criminal sacó de entre su ropa un retrato que se parecía mucho al de Mathilde:

—Lo he encontrado en el cuerpo de un chulo apuñalado. Y también lo he encontrado, un tanto borrado, en el cuerpo de un capeador ahogado en el Sena.

Theulé, casi olvidado por todos, llamó repentinamente la atención general:

—Es que... El hombre de las cicatrices me dio uno igual con la misión de encontrar a la mujer que sirvió de modelo.

Nissac y Galand cruzaron una mirada, luego el conde se llevó al policía aparte:

—¿Pensáis en el Desollador?

—¿Cómo no hacerlo? —respondió Galand a media voz, antes de añadir—: ¿imagináis lo caro que resulta repartir todos esos retratos entre la chusma? El desollador es rico y tiene criados.

Unos gritos le hicieron volver la cabeza.

Pero era demasiado tarde, el antiguo empleado, arquero de Jérôme de Galand, trató de retener el brazo de Joseph, que había hundido el puñal dos veces en el corazón de Theulé; éste murió, tieso.

Nissac, furioso, se acercó al tabernero.

—¿Estás loco?

El otro le sostuvo la mirada.

—En absoluto, señor conde, pero así estoy seguro de que no volverá a ver a sus amos malintencionados.

Al conde le costó dominar su cólera:

—¡Para ser un vecino amable, te excedes!

El teniente de policía criminal, con una leve sonrisa en los labios, puso una mano tranquilizadora en el antebrazo de Nissac:

—Quizá tenga sus razones...

Luego, mirando a Joseph de hito en hito:

—Razones personales, familiares...

Joseph apretó las mandíbulas, vaciló y luego dijo, dirigiéndose sólo al conde de Nissac:

—¡Diez años, busqué diez años! Mi esposa y mis cuatro hijos estaban muertos, pero tal vez me quedaba una hija... Ay, no me juzguéis tan duramente, ¡no hay noche que no me colme de reproches!

—¡Habla de una vez! —gritó el conde, que ya entreveía la verdad.

Joseph se apoyó contra un gran tonel de roble y empezó:

—Llegábamos de Anjou, arruinados, sin tierra, sin dinero, asustados en esta gran ciudad donde no conocíamos a nadie. Mathilde, que en esa época se llamaba Louise, se apartó un momento de nosotros... Era la mayor, tenía una pequeña oportunidad de sobrevivir cuando todos los demás niños estaban a mi cargo. Mi mujer y yo nos entendimos con una mirada y nos alejamos con los críos. —Se quedó un instante

prostrado, luego siguió con voz triste—: A los niños se los llevó una epidemia; estaban demasiado débiles y malnutridos para enfrentarse a la enfermedad. La madre de Mathilde murió de pena y de vergüenza. Yo estuve en el ejército y luego decidí encontrar a Louise, a quien llamáis Mathilde. Cuatro años por esas calles donde la perdí... La reconocí porque se parece mucho a su madre. Por piedad, no le digáis que soy su padre.

El conde de Nissac puso las manos sobre los hombros de Joseph.

—¡Cuánto debéis de haber sufrido!

Sacudió la cabeza; no se le podía ver la cara, cubierta por la máscara de plata. Luego, con una voz que el mal humor hacía temblorosa y muy desagradable, gritó:

—¡No! ¡No! ¡No!

La tuerta y el hombre picado de viruela cruzaron una mirada espantada, buscando en vano la falta que hubieran podido cometer.

Pero no era a ellos a quien se dirigía la cólera del hombre de la máscara de plata, que se plantó, con las manos en las caderas, delante del marqués Jehan d'Almaric, vestido con un rudo manto de cochero:

—No es eso lo que esperaba de vos, señor; me habéis decepcionado mucho.

D'Almaric ya suponía que el hombre de la máscara de plata se esperaba otra cosa, o más exactamente a otra persona. Sin embargo, había confiado en que el olor de la mujer, la perspectiva de una carne fresca y joven que despedazar, vencerían la exigencia de su amo.

Protestó, pero sin mucho convencimiento.

—Monseñor, es morena y muy atractiva, tiene veintitrés años y está casada con un joven burgués que vive de sus rentas; eso asegura una delicadeza que deberíais apreciar.

—¿Qué tengo que hacer con esta delicadeza? ¡No se trata en absoluto de eso! Por lo demás, esa maldita hembra me aburre, no quiero ni verla.

D'Almaric, perdido, balbució:

—Pero monseñor... ¿Qué tengo que hacer con ella?

—¡Matadla!

La guapa mujer desnuda que seguía la conversación esforzándose por acallar su terror para no perder nada de lo que se decía sobre ella, se arrojó a los pies del hombre de la máscara de plata, suplicando con las manos unidas:

—¡Monseñor! ¡Quiero vivir! ¡Tengo una niña, un marido, no hago daño a nadie!

Poco después, se agarró a las piernas del Desollador, que la rechazó con una patada que le partió profundamente los labios:

—¡Matad a esta cerda!

La joven ya se había levantado, haciendo torpemente una pausa provocativa:

—¡Monseñor! ¡Monseñor! ¡No me matéis...! Seré vuestra esclava, obedeceré a todos vuestros caprichos, pero no me matéis, os lo suplico.

El hombre de la máscara de plata había retrocedido con gesto de repulsión:

—¡Pero bueno, ya no me hacen caso!

D'Almaric vaciló.

Había algo que le fascinaba en la actitud de la joven, que mezclaba la gracia con lo grotesco. La sangre que brotaba de sus labios había teñido su pecho. Su boca parecía un grueso fruto demasiado maduro y reventado bajo el sol de verano, y la danza sensual que ejecutaba la desgraciada no estaba en armonía con su rostro, que

parecía demasiado maquillado de rojo, como el de una pobre loca.

El deseo de vivir, vivir a toda costa, de aquella mujer, despertó en el marqués d'Almaric cosas que creía haber descartado para siempre, y tuvo que hacer un esfuerzo para contener la cólera que sentía hacia su amo.

Pero sabía también que no podía diferirlo mucho, o arriesgaba su puesto e incluso su vida, pues el Desollador nunca le dejaría recuperar su libertad. D'Almaric estaba condenado a servir siempre al hombre de la máscara de plata, cada vez más exigente y caprichoso. Además, ese servilismo perpetuo y grotesco aumentaba cada vez más su fortuna, pues el Desollador pagaba muy bien.

D'Almaric hizo una señal al hombre picado de viruela y, cuando éste sacó el puñal, el marqués ordenó secamente:

—Rápido, hazlo rápido y que no sufra.

Con un gesto extremadamente rápido, el bruto degolló a la mujer. D'Almaric desvió los ojos, pero la muerte siguió la rápida agonía con una especie de glotonería que sólo superaba el hombre de la máscara de plata, todavía más ávido.

Cuando las convulsiones cesaron, el marqués ordenó a la pareja que se llevara el cuerpo, y ellos lo hicieron arrastrando a la desdichada por los pies.

El Desollador, pensativo, observó largamente el charco y el rastro de sangre sobre el suelo de tierra batida, que absorbió el líquido todavía caliente.

—¡Qué fácil es! —dijo.

El marqués d'Almaric, por prudencia, creyó oportuno no dar su opinión.

El Desollador se acercó a la chimenea y extendió las manos delante del fuego, diciendo:

—¡Qué frío! ¡Qué frío terrible! ¡Cómo penetra nuestras almas corruptas! El frío está dentro de mí para siempre, ningún sol lo alejará.

Se volvió a medias hacia el marqués:

—Ya veis, d'Almaric, hay cosas innobles en nosotros, aunque no se pueden cambiar.

—Si ése es nuestro destino, monseñor, ¿para qué querer cambiar?

El hombre de la máscara de plata se quedó un instante pensativo, luego habló a media voz:

—Tenéis razón, cambiar no es posible. A menudo he esperado no sentir deseos, y sobre todo éstos. Creí... En fin, es que no me gustan los pobres, y pensaba que no era grave matar a esas chicas sin linaje. Pero hoy siento lo mismo por las burguesas y mañana por las nobles, porque, no os engañéis, tendremos que probarlo también.

—Será más difícil, monseñor, las damas de calidad no desaparecen sin dar que hablar.

El Desollador se encogió de hombros.

—¡Que hablen!, d'Almaric, jamás llegarán hasta mí, pues soy muy prudente y estamos protegidos de sospechas. Y mirad, aunque supieran que soy yo, no se atreverían a hacer nada, pues al juzgarme juzgarían las razones que han hecho de mí

un monstruo: alto nacimiento, fortuna, poder, impunidad...

—Nunca lo sabrán, monseñor, tenemos mucho cuidado y estamos muy protegidos.

El hombre de la máscara de plata se acercó a la ventana y echó una mirada sobre la luna pálida que daba al paisaje una luz siniestra.

Se estremeció.

—Qué frío debe de hacer en la tumba, bajo tierra. Qué solo se debe de sentir uno con sus terribles miedos de infancia sin nadie que os obedezca, sin criados celosos para espantar los gusanos... ¡Los criados! Pensad en la muerte de Felipe II de España. Cuando ese gran rey agonizaba, apestaba tanto que lo dejaron los últimos días en la litera de paja podrida, sin que nadie se acercara ya. Dios mío, gobernar tantas tierras más allá del mar y la poderosa España y acabar solo en su podredumbre...

—Monseñor, la muerte es un ejercicio solitario; uno no puede contar con los demás y hay que enfrentarse a ella en soledad.

El Desollador volvió hacia la chimenea.

—Sois inteligente, d'Almaric; vos valéis para algo más que servirme.

Se quedó un momento pensativo, luego volvió hacia el marqués su rostro de metal precioso.

—¿Pensáis a menudo en la muerte?

—Demasiado a menudo, monseñor.

—¿Pensaríais tanto en ella si no estuvierais a mi servicio, ayudándome en mis fiestecitas?

—Sin duda, pensaría menos.

—Compadecéis a todas esas mujeres, ¿verdad? Sí, acabo de veros sufrir por la que acaban de matar.

—Monseñor, era muy fina y guapa. Sus labios rojos, sus bonitos pechos, por los que corría la sangre, el terror y la lubricidad en su rostro para implorar vuestra gracia, su asombro al veros tan distante, cuando en su corta vida tuvo que rechazar a cientos de hombres... Había en todo eso dos aspectos que se contradicen.

—¿Cuáles?

—Imploración cristiana de los santos en el foso de los leones y fiesta bárbara en la que uno se cubre de sangre.

El hombre de la máscara de plata volvió a la ventana.

—¡Ay, d'Almaric, d'Almaric...! ¡Por qué no me lo habéis dicho antes! ¡Tenéis mucha razón, y cuánto lo siento ahora por esa joven!

—Me disgusta, monseñor.

—¿Y... ella? ¿Dónde estáis, marqués, que sabéis cuánto necesito follármela, pues para mí follármela sería como volver a nacer?

—Monseñor, uno de nuestros hombres la ha localizado, perdido, encontrado, perdido de nuevo, pero es tenaz y confío mucho en sus cualidades de cazador. Es

cuestión de días, quizá de horas.

El Desollador suspiró:

—Tenerla por fin... estrechar su adorable morrito contra mi pecho...

A pesar del asedio, los parisinos no olvidaron el martes de carnaval, antigua herencia de las carnestolendas, en que, durante los tres días que preceden el inicio de la Cuaresma, se celebra una fiesta antes del periodo de abstinencia que dura cuarenta y seis días y acaba el domingo de Pascua.

Tres días de locura, de carnaval, de desatino.

En medio de la multitud de máscaras y disfraces ridículos o grotescos, el señor de Bois-Brûlé abría la marcha, disfrazado de Neptuno, con un tridente en la mano y una larga barba blanca. Detrás de él, observando con tranquilidad, los barones de Frontignac y Le Clair de Lafitte iban a paso lento, el primero con una máscara de burro y el segundo ocultando su rostro tras una máscara de cerdo muy rosa.

Luego venía Maximilien Fervac, que se había cubierto la cara con yeso, Nicolas Louvet con una corona de picos de la que pendían ratones muertos, lo que causaba gran regocijo entre la multitud, y Florenty, con una máscara de diablillo con sonrisa inmóvil.

No caminaban en grupo; dejaban que los parisinos disfrazados se intercalaran entre ellos.

Finalmente, el conde de Nissac y Mathilde de Santheuil iban en pareja, cogidos de la mano. La joven, vestida de monja, cubría su rostro bajo una máscara que representaba un águila, y Nissac llevaba una más espantosa todavía, pues era la de la muerte, y la cabeza de esqueleto acentuaba su efecto con la larga guadaña al hombro que llevaba el conde.

La gente se apartaba con temor al paso de aquella extraña pareja, pero enseguida se olvidaban de ellos, pues la variedad de disfraces asombraba, divertía o encantaba.

Nissac y los suyos entraron en una iglesia en que un falso sacerdote decía misa para un público de perros llevados a los bancos por sus amos. Los animales, por miedo al látigo, escuchaban atentamente un latín aproximado. Durante ese rato, unos travestidos hacían la colecta, falsas mujeres barbudas y bigotudas meneando excesivamente sus imponentes posaderas y renegando contra los perros avaros, que no hacían la «aportación a Dios».

El espectáculo hacía soltar alaridos de risa a los espectadores, contentísimos, sin duda, de olvidar por un instante los rigores del asedio impuesto por el ejército del príncipe de Condé.

No obstante, el conde y los suyos no se entretuvieron en aquel divertido espectáculo. Aprovechando la alegría y la distensión, entraron en el Arsenal general, que bordeaba el Sena.

Se cruzaron con un guardia, que enseguida se llevó la mano a la espada; Nissac introdujo la mano en la alta bota y sacando su puñal lo arrojó con gesto vivo. El arma se clavó en la garganta del hombre, que se derrumbó. Entonces, sin manifestar ninguna emoción, el conde se agachó, tiró del mango del puñal y secó la cuchilla en

la ropa del cadáver.

Luego, levantó hacia la señora de Santheuil su rostro oculto detrás de la espantosa máscara de la muerte y le dijo:

—Como veis, señora, soy un asesino.

Ella respondió con firmeza:

—No cambiaréis la imagen que tengo de vos, señor, pues conozco el interés superior que os obliga a actuar así.

El conde esbozó un gesto de desánimo y avanzó, seguido por el grupo formado por Neptuno, un burro, un cerdo rosa, un rostro lunar, un rey de los ratones muertos, un diablillo de sonrisa fija...

Nissac conocía el lugar. A mano izquierda, la fundición de los cañones. Luego el edificio de la pólvora y por fin los talleres modernizados en época de Sully.

Dio órdenes breves. Mojaron la pólvora, la mezclaron con arena y argamasa. Algunos fulares rojos añadieron orina por propia iniciativa. Luego fue el turno de los cañones, gravemente saboteados uno a uno y dejados en un estado irrecuperable.

Sin duda, habría sido más rápido hacer saltar el Arsenal, pero a Nissac le repugnaba la idea de causar muertes inútiles de forma fatal con una explosión tan formidable.

Al acabar el trabajo, dejaron el lugar con la orden de dispersarse para encontrarse dos horas más tarde en el refugio de la calle Sainte-Marie Égipienne.

Mazzarino no dejaba alternativa. Seducido hasta la ebriedad por la idea del conde de Nissac, que privaba al ejército de la Fronda de pólvora y cañones, no pretendía abandonar a sus fulares rojos en la ciudad inmersa en excesos y odio.

La orden, indiscutible, consistía en cruzar las líneas en cuanto el plan se realizara y reunirse con el ejército real.

Al dejar a sus hombres, el conde de Nissac decidió acompañar a la señora de Santheuil hasta su casa de la calle Neuve-Saint-Merry.



Apenas hablaron.

Mathilde sabía que el viaje sería peligroso y había preparado castañas, ciruelas y coñac ofrecido por Joseph.

Comieron rápidamente, sin prestar atención a la comida.

Al final, el conde de Nissac dejó su plato, se maravilló una vez más de las llamas de la chimenea, reflejándose en todos los cobres de la estancia y dijo, con voz triste:

—Me voy a la guerra, señora, y no tengo por costumbre esconderme. Como no sé si volveré, quiero implorar una vez más vuestro perdón: sé que mi corta aventura con la duquesa os produjo gran pesar, aunque no lo quise así, sino que las circunstancias me llevaron a ello por despecho. Pues, señora...

Vaciló y continuó:

—Sois lo que más amo en el mundo.

Ella le dirigió una mirada en que la admiración disputaba con un sentimiento mucho más tierno y profundo.

El conde perdía sus maneras de soldado a la vez precisas y secas, pero conservaba su mirada orgullosa, su actitud altiva:

—Desearía, si vos quisierais y yo vuelvo vivo, que fuerais mi esposa.

Ella creyó desfallecer por la felicidad, pero se recuperó:

—Es mi más ardiente deseo, pero algo imposible.

—Imposible es una palabra que no me gusta, señora. ¿Qué sucedería? ¿No nos recibirán? Y qué, no añoraremos esos rostros empolvados. Daréis al interior de mi viejo castillo un aspecto menos austero; en cuanto a su aspecto exterior, nada podemos cambiar, y en el fondo no me gustaría. Tengo extensas tierras y bosques, nunca pasaréis hambre o frío, y encontraréis alegría en mi biblioteca. Cabalgaremos juntos por el rompeolas, cuando amanece o al atardecer. Os encontraré un caballo dócil y aprenderéis a manteneros en la silla... Pero sobre todo yo os amaré.

Ella se arrojó a sus brazos.



Nissac le había pedido que no se quitara las medias, con el fin de borrar el recuerdo de la duquesa, que tampoco se las había quitado.

Con la cabeza vuelta hacia ella, observó maravillado aquel cuerpo magnífico y generoso. Meditó largo rato sus palabras:

—No es la primera vez. Tu cuerpo me ha hablado, el mío te ha reconocido. Aun entregadas en la fiebre, mis manos no te han olvidado.

Se llamaban de tú, de nuevo contra la costumbre; sentían que así se acercaban más todavía.

Ella levantó una pierna, con las medias sujetas por la liga, la miró divertida, luego dirigió hacia él sus grandes ojos oscuros:

—Pues sí. Fuiste el primero y habrás sido el último.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Te amo demasiado para hacer que pese sobre ti ninguna obligación.

El tiempo se fue sin piedad y los amantes se acariciaban y besaban hasta perder el aliento.

Luego el conde se vistió lentamente, arrastrándolo todo, pero se negó a que Mathilde se pusiera nada, quiso conservar hasta el final la imagen del cuerpo que amaba, ese cuerpo desnudo de muslos redondos y firmes, pechos pequeños pero altos, hombros finos, piel suave y piernas largas forradas por abajo.

La vio bajar las escaleras delante de él, luego ella se volvió y se arrojó a sus brazos murmurando a su oído:

—De pequeña pensaba que el amor se gobernaba sólo por la moral... ¡Pero

cuánto hay de sensualidad y pasión!

Luego, lentamente, se quitó una de las ligas de seda roja bordada con puntilla blanca:

—De los colores de las bonitas plumas de tu sombrero...

Le puso al conde la liga en el brazo:

—¡No me olvides!

—¡Antes olvidaré vivir!

—No digas eso o la desgracia vendrá sobre nosotros.

—Mathilde, se ha acabado el tiempo de las supersticiones. Por fin llega el de la razón —dijo el conde tomando delicadamente en sus manos aquel bello rostro de pómulos altos.

En cuanto llegaron a las filas del ejército real, el conde y sus hombres fueron enviados al combate, pues andaban escasos de tropas frescas.

Participaron en la derrota de Montlhéry, prohibiendo así a la Fronda el camino a Beauce. Diez días antes, el camino de Brie fue cortado a su vez, tras la toma por parte de las tropas de Condé de Brie-Comte-Robert, batalla en que los cañones del general de Nissac hicieron maravillas. Al término de un violento combate, el duque de La Rochefoucauld fue gravemente herido y, cuando Condé admiró la valentía del duque, Nissac respondió fríamente:

—La causa no es su valor, sino el amor que siente por su país. Pasa igual con el duque de La Rochefoucauld que con los demás partidarios de la Fronda: esos hombres no tienen honor, se alían al extranjero contra los hijos de Francia que sirven en el ejército real.

El príncipe, públicamente, no podía contradecirlo, aunque en lo más hondo estaba más de acuerdo con los partidarios de la Fronda que con Nissac en que había que conservar los privilegios a toda costa, aunque fuera al precio de una ocupación extranjera. En cambio, por auténtica fidelidad a la corona, reconocía de mala gana que los rebeldes se levantan contra la autoridad real, y ésa era la razón por la que él no se había aliado con la Fronda, como tantos otros grandes señores.

De todos modos, el conde de Nissac le intrigaba.

Le causaba una curiosidad mezclada con cierta inquietud. Ni su coraje ni su inteligencia se ponían en duda ya, ni tampoco que fuera un general notable y excepcional, pero...

El príncipe de Condé, que a menudo vacilaba en sus creencias y se dejaba influir fácilmente, sentía en ese momento mucha desconfianza con respecto al conde, hacia la firmeza de sus convicciones y sus certezas inquebrantables, y llegó a pensar: «Habría que vigilar a Nissac, que no es complaciente en sus opiniones, que no son las mías».



Poco después, se firmó la paz en Rueil y el parlamento la registró quince días después.

Para gran disgusto de leales y moralistas —a menudo se trataba de los mismos—, los cargos, favores y regalos se repartieron entre los jefes de la Fronda, que estaban también amnistiados. Y también los hubo para los más comprometidos, Conti, Longueville, Beaufort, Bouillon, Elbeuf, Turenne, Noirmourtier y todos los demás.

Parecía que sólo se recompensaba a los criminales de lesa majestad.

Mazzarino sabía que esa actitud no sería comprendida por sus pocos fieles y leales servidores de la monarquía. ¿Pero cómo habría podido explicar la precariedad

de esa paz y que, con su generosidad, trataba sencillamente de «comprar» a los grandes señores, para que no tuvieran más motivos para emprender una nueva Fronda?

Todo le parecía muy frágil al primer ministro. Había resultado vencedor sobre la Fronda, en razón de la lealtad del príncipe de Condé, pero no ignoraba el odio que éste sentía por él, ni que su entorno trabajaba atizando la ambición desmedida del príncipe.

¡Incluso Turenne lo había traicionado, finalmente!

Unos días después de la victoria de Brie-Comte-Robert, el mariscal había dado orden al ejército de salir de Alemania para aplastar al ejército real y salvar París. Y si Turenne fue abandonado por el ejército, que no le siguió, Mazzarino sabía que la razón de ello no era la lealtad del ejército hacia la corona, sino a las arcas reales, que habían sido vaciadas para pagar a los oficiales del gran soldado.

Pero al menos Turenne, refugiado en las Provincias Unidas, obedecía a motivos más nobles que muchos avariciosos partidarios de la Fronda, pues su extravío venía de la loca pasión que sentía por la bella duquesa de Longueville, que fue muy oportunamente a seducirlo a su campamento.

El cardenal, desde lo alto de su victoria, se sentía terriblemente solo.

Echaba mucho de menos al conde de Nissac. ¿Cómo había podido morir un hombre al que se consideraba indestructible?

Entristecido, Mazzarino recordó el relato que le hicieron, poco después del suceso, de la muerte del conde de Nissac.



Menos de una semana después de la paz de Rueil, el ejército español, llegado de los Países Bajos, había invadido la Picardía y había entrado en el norte de Francia por las fronteras desprotegidas.

Catastróficamente, el ejército real, quemando etapas, había hecho frente al invasor, cuyas vanguardias ocupaban ya Soissons y, a pesar del cansancio de los combates de la Fronda, había logrado rechazar a los invasores en un magnífico asalto.

Una vez más, el conde de Nissac y sus cañones hicieron maravillas cuando, para gran sorpresa suya, fue llamado en pleno combate por el mariscal de Plessis-Praslin, que dirigía el ejército real. A pesar de todo obedeció aquella orden absurda y se encaminó hacia el campamento del mariscal, acompañado sólo por Nicolas Louvet, quien, como su jefe, enarbolaba orgullosamente su fular rojo en torno al cuello.

Más tarde se supo, ante sus vivas protestas, que el mariscal de Plessis-Praslin no dio nunca aquella orden y Jérôme de Galand, teniente de policía criminal personalmente encargado de la investigación por el primer ministro, logró identificar al portador del falso documento que, después de la confesión, fue colgado enseguida con orden de que permaneciera así hasta el primer día de verano.

Pero Galand, considerado como el más fino detective del reino, no se conformó con eso y desenmascaró entre los cañoneros del conde a un hombre que, habiendo ganado las líneas españolas, se había permitido advertir al enemigo de la presencia del jefe de los Fulares rojos.

Según su testimonio, el hombre fue colgado en los minutos que siguieron y su cuerpo destinado a una larga putrefacción pública.

Los españoles, militares de carrera que se ocupaban poco de los asuntos interiores de la Fronda, se habían conformado con llevar al cañonero felón a un traidor de más alto vuelo, el marqués de Noirmourtier, notable partidario de la Fronda que guiaba a las tropas extranjeras desde la frontera.

Así se montó la emboscada, y pronto, despistados por el falso mensaje del mariscal de Plessis-Praslin, el conde de Nissac y Nicolas Louvet fueron rodeados por el marqués de Noirmourtier acompañado por cincuenta hombres, algunos nobles, del partido de la Fronda.

Para sorpresa de todos, y sobre todo del viejo general español que seguía la escena desde lejos, los dos fulares rojos sacaron la espada y lucharon con un valor absurdo.

En torno a Nissac, quien sabía que estaba perdido, pronto hubo quince cadáveres.

Los soldados españoles y su viejo general, curiosos al principio, luego fascinados, y desbordados de admiración y entusiasmo, al final —lo que exasperó al marqués de Noirmourtier, que se sintió abandonado en esa ocasión por sus aliados—, se acercaron y, delante de tanta nobleza, no escatimaron gritos de ánimo para los dos fulares rojos enterrados bajo el grupo.

Nicolas Louvet cayó el primero, con una daga clavada en la cadera, y como Nissac resistía, un partidario de la Fronda le pegó un tiro en el pecho.

Se adivinaba una vacilación en los hombres de Noirmourtier y, cuando el conde sintió que las fuerzas lo abandonaban rápidamente, todos asistieron a una escena extraña. En un acto de voluntad, Nissac partió su espada sobre la rodilla doblada y arrojó los dos trozos a la cara de Noirmourtier antes de cruzar orgullosamente los brazos en una insolente actitud de desafío.

Después del estupor, llegó la avalancha. El partidario de la Fronda que había disparado la primera vez acercó una segunda pistola y disparó de nuevo apuntando a la cabeza del conde. Al verlo bambolearse, cuatro asaltantes lo atravesaron con sus espadas y él se derrumbó al fin, pero con los puños apretados.

Un partidario de la Fronda que había cortado la cabeza de Nicolas Louvet la metía ya en un saco, pero, cuando iba a proceder de igual manera con el conde de Nissac, se vio una cosa extraordinaria, bella y de gran nobleza. Conducidos por su viejo general, ochocientos españoles con cascos, veteranos todos, avanzaron golpeando en cadencia la vaina con la espada, en un redoble infernal y angustioso de tormenta metálica.

Sin duda, hacían notar así su desaprobación, pero convenía ver algo más.

Considerando a los partidarios de la Fronda indignos de la espada, los soldados y oficiales españoles dieron una paliza a sus aliados con las vainas, como si dispersaran una reunión de lacayos.

Luego, una vez se hubieron asegurado de la marcha de los partidarios de la Fronda, el viejo general español y sus soldados se batieron en retirada, pues comprobaron la aproximación de una vanguardia de la caballería del mariscal de Plessis-Praslin.

No obstante, cuando llegó al lugar éste sólo descubrió el cuerpo decapitado y la cabeza abandonada de Nicolas Louvet. A pesar de todos los esfuerzos de ejército real, y aunque rastrearon el campo de batalla por la noche a la luz de linternas y antorchas, no encontraron rastro del cuerpo del conde.

Aunque subsistía una duda, se admitió que los partidarios de la Fronda habían vuelto sobre sus pasos y habían recuperado el cadáver de Loup de Pomonne, conde de Nissac y general de artillería real, con el propósito de entregarlo a Beaufort y a sus poderosos amigos.



El reino de las flores de lis vivía una tregua, pero los más despiertos sabían que ésta precedía a una tempestad terriblemente violenta, llamada guerra civil.

El Desollador no volvió a manifestarse, sin duda saciado, aunque seguía albergando la esperanza, sin esforzarse en ello, de encontrar a la mujer de sus sueños, de la que sólo sabía que se llamaba Mathilde de Santheuil.

Mazzarino, aunque su tacañería era conocida por todos, ofreció una prima de veinte mil escudos, suma considerable, a quien le hiciera saber dónde se hallaban los restos del conde de Nissac.

El barón de Frontignac, con gran duelo, volvió al ejército regular con el grado de capitán. El leal barón Le Clair de Lafitte fue nombrado coronel de la compañía pesada de gendarmes de la casa militar del rey, únicamente compuesta por caballeros; un gran honor, pero que no mitigó su pena. Fervac recibió mil escudos y fue nombrado oficial, ascendido con motivo de «su extremo valor ante el enemigo» al grado de teniente de los Guardias Franceses. Pero aunque accedió así a una categoría social inesperada y volvió a ver a la guapa Manon, que persistía en vender sus encantos a los burgueses ancianos, el guapo teniente Maximilien Fervac se convirtió en un hombre insatisfecho e infeliz.

Anthème Florenty volvió a Touraine y, con sus mil escudos, compró una bonita granja y mucho ganado. Se casó en los meses siguientes. Cada 22 de marzo, día de la muerte del conde de Nissac, se anudaba un fular y, aunque no era creyente, entraba en la iglesia a caballo para arrojar ramos de rosas al pie del altar mayor.

El señor de Bois-Brûlé empezó a beber para ahogar su pena, pues, bien pensado, nadie le había manifestado nunca una amistad tan sólida y discreta como el difunto

conde de Nissac, quien ni una sola vez lo había tuteado.

En cuanto el guardia recogía al gigante borracho, llegaba una orden del señor de Galand estipulando que había que soltarlo enseguida. Un día, el señor de Bois-Brûlé consiguió sacudirse la tristeza. Sus mil escudos ofrecidos por Mazzarino habían mermado, pero le quedaba bastante para comprar una minúscula casa en la calle Crucifix-Saint-Jacques. No obstante, el señor de Bois-Brûlé decidió no volver a salir a escena: lo que había vivido superaba en intensidad los pobres dramas escritos para las tarimas de feria.

Charlotte de la Ferté-Sheffair, duquesa de Luégue, tuvo un bebé magnífico, pero a los tres meses el niño fue ahogado por una mano criminal. Dijeron que la orden fue de Mazzarino, que no soportaba la idea de que una duquesa simpatizante de la Fronda hubiera dado a luz un hijo de su único amigo, el conde de Nissac. No era así, pues la orden venía del duque de Beaufort, que se vengaba así con gran vileza, pero el asunto permaneció en secreto mucho tiempo.

En el corazón de Notre-Dame, el duque de Salluste de Castelvalognes, general de los jesuitas, optó por el silencio y no se dirigió a sus interlocutores más que por escrito.

El primer ministro, que lo sabía casi todo, por supuesto, conocía la loca y recíproca pasión que había entre la señora de Santheuil, a quien consideraba su hija, y su queridísimo conde de Nissac, a quien debía la vida y todo el beneficio que la causa real obtuvo de los logros de los Fulares rojos; el primer ministro, pues, no sabía qué hacer por la inconsolable Mathilde. Ofrecerle oro habría sido, más que ridículo, ofensivo. Entonces la hizo baronesa, pero la noticia dejó a la joven indiferente. Luego tuvo la ingeniosa idea de ponerla en contacto con Jérôme de Galand que, aunque rechazó el título que querían crear para él, era el verdadero jefe de la policía parisina.

Así, el envejecido policía y la joven baronesa de Santheuil salían a los caminos de Francia en cuanto se encontraban huesos humanos de elevada estatura con botas de jinete hasta las rodillas o mejor aún cuerpos desenterrados en la región donde el conde había hallado la muerte.

Pues así era Mathilde, y no por culpa suya, sino de su amor desmedido: sin pruebas, continuaba albergando esperanzas.

En la región de Saint-Vaast-La-Hougue, el viejo castillo del conde de Nissac resistía siempre con fuerza los asaltos del mar y del viento.

En la cuadra crecía un potro diabólicamente negro cuyo padre, caballo del conde de Nissac, se había dejado morir de pena a pesar de los cuidados que le habían dispensado en las cuadras reales.

La vieja pareja de criados aseguraba su servicio y el mantenimiento del castillo como gratitud hacia aquel que los sacó de la miseria con su generosidad. A quienes les llevaban palabras de consuelo, contestaban: «El señor conde volverá y el viento jugará de nuevo con las bonitas plumas rojas y blancas de su sombrero. Volverá, incluso de entre los muertos, porque siempre ha vuelto, y a un Nissac de tanto valor

hay que matarlo dos veces».

Cerca del puente levadizo, *Mousquet*, el perro negro y fuego que empezaba a encanecer, aguardaba. Aguardaba desde el amanecer hasta la puesta del sol a un hombre que no volvía.

Fuera, en el resto del reino, la guerra civil hacía estragos...

FIN DE LA PRIMERA ÉPOCA

Segunda época

Los Fulares rojos

Al cabo de tres años, marzo de 1652...

El oficial de guardia miraba a sus tres visitantes con incredulidad, como también a la media docena de «testigos» convocados en la gran sala del castillo a esa hora.

Nunca se había visto un cortejo tan bonito y numeroso invadir la ciudad de Gien, y con tanta rapidez. Por todas partes, en las calles y los campos circundantes, había escuadrones de dragones, caballeros, gendarmes, coraceros, mosqueteros; por no hablar de las tropas de infantería, también numerosas, sedientas, hablando a gritos.

Y todo aquello por un hombre a quien buscaban para colgarlo en el primer árbol que encontraran, un hombre... Un vagabundo, en suma, un jornalero taciturno y rebelde.

¡No había quien lo entendiera!

El oficial de guardia observó al hombre de escarlata que no era otro que el todopoderoso Mazzarino, primer ministro del joven rey Luis XIV. Advirtió fugazmente que el cardenal se empolvaba las mejillas y pintaba sus labios de un rojo subido.

Su mirada se detuvo luego en una mujer muy guapa, de apenas treinta años, que le habían presentado como la señora baronesa Mathilde de Santheuil, y que supuso que sería la amante del primer ministro.

Para acabar, el tercer personaje le inspiró un temor instintivo, de policía a policía. Cincuenta años, un aspecto enclenque, y, sin embargo, se decía que Jérôme de Galand, oficialmente teniente criminal del Châtelet, dirigía en realidad toda la policía del reino, la criminal y la política, la oficial y la secreta, y su poder igualaba el de un ministro.

En segundo plano, el oficial de guardia observó a un grupo compacto de otros cinco personajes, tres militares y dos civiles, pero todos llevaban, extrañamente, unos fulares rojos al cuello.

Por su elegante indumentaria, se fijó primero en un coronel perteneciente a la élite de los ejércitos, la compañía pesada de los gendarmes de la casa militar del rey, Melchior Le Clair de Lafitte.

A su lado, un capitán de artillería, Sébastien de Frontignac. Luego venía un hombre guapo, Maximilien Fervac, teniente de los Guardias Franceses. Destacaba también un gigante negro, de una toesa de alto, hombros anchos como un armario familiar y torso poderoso, el señor de Bois-Brûlé. Para acabar, un moreno menudo, con aspecto desagradable y ojo penetrante, como los antiguos contrabandistas, pero iba bien vestido y parecía un hombre al que le iban bien las cosas: Anthème Florenty.

El oficial de guardia pensó que aquellos ocho personajes no iban juntos, y que sólo circunstancias extrañas los habían podido reunir.

Mazzarino, que no siempre era paciente, se enfadó:

—¡Pero en fin! ¡Nuestro hombre desapareció el 22 de marzo de 1649, hace tres años, en los alrededores de Soissons, durante la batalla contra los españoles!

«Tres años, pero qué años», pensó el oficial de guardia, pensativo, recordando la Fronda de los príncipes que siguió a la del parlamento. ¿Quién podía haber imaginado la sucesión de los acontecimientos? ¿Que el señor príncipe de Condé, salvador de la corona y gran vencedor sobre los partidarios de la Fronda, se enfrentaría tan fuertemente al cardenal que éste mandaría encerrarlo en un torreón de Vincennes durante más de un año, en compañía del príncipe de Conti y el duque de Longueville? Los partidarios de los adversarios de ayer, unidos contra Mazzarino, se rebelaron entonces hasta el punto que los duques de Nemours, La Rochefoucauld y Bouillon, así como el mariscal de Turenne y la encantadora duquesa de Longueville, fueron declarados culpables de alta traición y criminales de lesa majestad.

Luchaban en las fronteras, en La Rochelle, Burdeos, Normandía, Borgoña, Dordogne y otros cien lugares...

El temible servicio secreto puesto en marcha en tres años por Jérôme de Galand enviaba notas e informes pesimistas y no podía cambiar el curso de las cosas a pesar de la excelencia de sus agentes, como el aventurero Isaac Bartet, el abad Basile Foucquet y el abad Zongo Ondelei, futuro obispo de Fréjus.

Pronto, Mazzarino se encontró solo y obligado a exiliarse; Ana de Austria, todavía regente, no podía resistir la presión del parlamento, de Conde, de los príncipes, la antigua Fronda, la nobleza y el clero dirigido por el coadjutor.

Lo más grave era que Gaston de Orleans, tercer personaje del Estado, se unió a la nueva Fronda, llamada Fronda de Condé, con lo que se produjo la unión de todas las Frondas, tan temida por Mazzarino, y el apoyo del mariscal de Turenne a la corona no podía modificar de momento la situación, pues la coronación de Luis XIV, rey en Saint-Denis, no frenó la determinación de los partidarios de la Fronda.

Al final de diciembre de 1651, el joven Luis XIV hizo volver a Mazzarino de su exilio en el principado episcopal de Lieja, pero París cayó de nuevo en poder de la Fronda, y el rey se vio obligado a abandonar la capital.

Con la Fronda del príncipe de Condé, la guerra civil se hizo inevitable.

La voz del cardenal, suave pero ligeramente amenazadora, sacó al oficial de guardia de sus pensamientos.

—¿Entonces, no queréis responder?

Un anciano dio un paso al frente y después se inclinó hasta abajo.

—Vuestra Excelencia... Nosotros lo llamamos «el hombre sin nombre», pues ni siquiera él lo sabía. Llegó una mañana, moribundo, en el carro de la madre Hoarau, una vieja loca que Dios o el diablo llamó a su lado después. El hecho es que ella lo curó. Él demostró su gratitud prestándose a trabajar en los campos de los alrededores y llevaba el dinero a la vieja, que lo trataba como a un hijo. Es un hombre muy fuerte, poco hablador, con el cuerpo cubierto de cicatrices. Cuando la vieja Hoarau murió, se

vio solo y perdido. Pero siguió trabajando. Nunca se emborrachaba y, aunque era guapo, no iba con picaras ni ribaldas. A veces ayudaba... Sí, hay que decirlo en su favor, que Su Excelencia me perdona, pero a menudo ayudaba sin pedir salario cuando en una familia pobre el padre acababa de morir o el hijo se iba al ejército. Antes... Antes de su revuelta, era muy querido, aunque pensaban que era un ladrón.

—¿Ladrón? —inquirió el cardenal.

El viejo vaciló:

—¡El anillo! No podía pertenecerle, su condición era demasiado miserable.

Un sacerdote, que hasta entonces no había dicho nada, avanzó a su vez hacia el primer ministro:

—Vuestra Eminencia, aquí las cosas son mucho más complicadas de lo que se imagina.

—Bueno, ¡hablad! —respondió Mazzarino, interesado.

El sacerdote no se hizo rogar más:

—Vuestra Eminencia, hay muchos puntos oscuros en esta historia, pero vuestra presencia me hace pensar que tal vez se trata de un asunto de Estado...

Sorprendido, Mazzarino frunció las cejas.

—¿Por qué?

—La Fronda tiene espías por todas partes, incluso entre las gentes de apariencia más sencilla...

El cardenal comprendió de inmediato y se apresuró a hacer salir a los demás «testigos».

Con mente ágil y hábil de palabra, cosa que hacía de él un interlocutor ideal, el sacerdote inició su relato:

—Creo, al contrario de estas personas, que «el hombre sin nombre» es todo menos un ladrón. ¡Un ladrón! Un ladrón que habla latín y griego mejor de lo que sabría hacerlo yo, pues no conozco tantas delicadezas como él... ¡Vamos! A mí me hizo medias confianzas. Su memoria se remonta bastante atrás, a hace unos tres años. Recordaba que un religioso lo había llevado en un estado lamentable a Camaldules de Gros-Bois, donde viven monjes y ermitaños. Se marchó al cabo de varios meses, aparentemente curado de las numerosas heridas de espada y balas. Erró sin destino cuando, en los alrededores de Gien, le asaltó la fiebre de sus heridas. La vieja Hoarau lo recogió moribundo y lo curó con unos remedios que la hacían pasar por bruja, como las que hubo que quemar hace poco y que son el origen de los graves problemas que ya conocéis.

—¿Y fue allí donde luchó con ese inimaginable talento por el que fui avisado? —preguntó el cardenal.

—Eso es, Vuestra Eminencia. Con los acontecimientos de la Fronda y todas esas guerras, el pueblo está nervioso y busca un blanco de su cólera. La vieja Hoarau no estaba ya en este mundo, y nos acordamos de otra vieja, la viuda Pesch, que también cultivaba hierbas de luna llena. Se formó un cortejo para ir a buscarla y, a pesar de mi oposición, le pegaron y la arrastraron con caballos, aunque tenía ochenta años de edad. Su casa había causado mala impresión al pueblo, pues en esa medio ruina crecen zarzas y ortigas, y hay numerosos murciélagos y los cuervos se reúnen en grupos en un viejo olmo vecino a las ruinas. Pues bien, el oficial de guardia, rodeado de quince hombres, interrogó ante el pueblo a la Pesch, que según se decía era bruja. Ella no entendía; azorada, paseaba los ojos por la muchedumbre enardecida y su pobre rostro sangraba abundantemente por todos los golpes recibidos. Le preguntaron si iba a las asambleas de brujas, y ella, para evitar los golpes, respondió que sí. Le preguntaron también si iba a caballo sobre una horca o a lomos de un macho cabrío negro de ojos rojos, y la pobre vieja, medio enloquecida, respondía siempre que sí, de lo que se concluyó que era bruja y tenía tratos con el diablo. La ataron a un humilladero de granito y amontonaron haces de leña. Iban a prender fuego cuando... el hombre sin nombre se acercó, con las manos vacías, y dijo simplemente, pero con voz fuerte: «¡No!».

—¡Es él! —murmuró Mathilde de Santheuil, juntando los puños delante de la boca.

El cardenal, que empezaba a creerlo posible, por el comportamiento caballeresco de Nissac, invitó al sacerdote a seguir con un gesto impaciente.

Pero éste se quedó un instante con la mirada perdida en la distancia, pensativo, una sonrisa vaga en los labios, antes de seguir:

—Sigo sin saber por qué, pero esa voz impresionó y la multitud se apartó para dar paso al hombre sin nombre. Al llegar ante la hoguera, mientras la vieja lloraba, los guardias sacaron la espada e intimaron al hombre sin nombre que se rindiera, pues por sus palabras ya se le consideraba rebelde. El hombre sin nombre llevaba unas botas de jinete muy gastadas. Con agilidad lobuna, metió la mano en la caña de una de sus botas, cogió un puñal y lo lanzó contra un guardia, que se derrumbó, alcanzado en la garganta.

—¡Es él! —dijo el barón de Frontignac.

El sacerdote, turbado por un instante, reanudó su relato:

—De un salto, el hombre sin nombre se apoderó de la espada del guardia muerto. El pueblo miraba fascinado al hombre sin nombre, un simple trabajador, con la espada en la mano frente a catorce guardias y un oficial que tienen las armas como oficio. Todos pensaban, y yo incluido, que el asunto se despacharía rápido, y sin embargo... El hombre sin nombre no carecía de gracia, incluso era muy elegante, con una mano sobre la cadera y la otra manteniendo la espada en alto, en vertical...

—¡Es él! —exclamó el teniente Fervac.

El sacerdote, que se estaba acostumbrando a esas interrupciones, continuó con su relato:

—Un guardia se enfrentaba a él. Él estiraba el brazo y lo mataba...

—¡Es él! —se entusiasmó el señor de Bois-Brûlé.

El sacerdote prosiguió:

—Otro guardia se acercó y el hombre sin nombre lo mató de estocada...

—¿De estocada? ¡Es él! —graznó Florenty, embargado por la emoción.

El sacerdote suspiró.

—De estocada, sí, eso es: ¡yo estaba allí! Por lo demás, tocaba una sola vez, y nunca fallaba, ni se quitaba la mano de la cadera ni se olvidaba de volver a poner la espada en vertical antes de golpear de nuevo. Cinco, seis, siete, pronto ocho hombres habían rodado por el suelo, muertos sin remedio...

—¿Ocho...? Muy propio de él, y sólo de él —dijo el barón Le Clair de Lafitte, riendo y dando una fuerte palmada en la espalda al sacerdote, que se ahogó un momento antes de poder seguir:

—Los demás guardias pusieron pies en polvorosa y su oficial, al que acabáis de ver, hizo lo mismo.

—¡Bien, esperamos la continuación! —ordenó el cardenal, muy impaciente.

—La continuación... Con su puñal cortó las ataduras de la vieja y atravesó la muchedumbre, que se inclinaba a su paso, pues en poco tiempo el sentimiento de los testigos había cambiado y ahora se consideraba al rebelde como un héroe del pueblo, pues no querían mucho al oficial de guardia... El hombre sin nombre se llevó a la viuda de Pesch y se fueron a esa caverna donde los asedian, pues ningún soldado se atreve a entrar, ni siquiera cincuenta a la vez.

—¿Lleva el pelo gris recogido en una cola de caballo? —preguntó Mathilde de

Santheuil.

—En efecto, señora baronesa. Y cicatrices en la sien y en todo el cuerpo, pues lo he visto en la cosecha, con el torso desnudo, y llegué a la conclusión de que era el cuerpo de un soldado que había librado numerosas batallas y arriesgado la vida cien veces.

—Pero ¿y el anillo? ¿Qué fue del famoso anillo? —preguntó Mazzarino, quien, con el corazón henchido de esperanza, no podía más por la impaciencia.

El sacerdote apenas vaciló:

—En el anillo figura un blasón muy extraño de marino y soldado, sin duda muy antiguo. Una cabeza de lobo encima de dos anclas de marinero cruzadas, estrellas y luna, todo sobre el fondo de una gran torre con almenas azotada por las olas. Pensé en una nobleza antigua y alta, pero por mucha estima que sienta por el hombre sin nombre, considero que ese escudo no puede ser suyo, pues yo lo he visto en los campos como un campesino y en el bosque talando árboles como un simple leñador.

Mazzarino hizo caso omiso de las últimas palabras del sacerdote y, volviéndose hacia Mathilde de Santheuil, la encontró palidísima:

—¿Y bien?

Ocultando su emoción, la mujer respondió:

—Son el blasón y escudo de los condes de Nissac.

Un pesado silencio se impuso durante unos instantes, luego Mazzarino se volvió hacia el sacerdote:

—Abad, vuestra fidelidad será recompensada.

—No he hecho más que servir al rey, Vuestra Eminencia, y luego aportar detalles que creo útiles sobre este hombre al que parecéis prestar tanta importancia.

—¿En qué pensáis?

El sacerdote miró a los cinco compañeros de aquel a quien a partir de ahora se vacilaría en llamar difunto conde de Nissac y les sonrió.

—Nuestro hombre lleva un fular rojo parecido en torno al cuello, aunque el sol y las lluvias han desteñido el color, pero nunca se lo quita, ni cuando, presa de la locura, cada mañana, se lava con mucha agua, ya sea una buena mañana de verano o de invierno. ¡Ah, cuánta tristeza! Aun cuando hiela, el hombre se echa cubos de agua para lavarse sin tomar en cuenta el frío que revienta las piedras.

—¡Es él! —dijeron a coro y congratulándose los barones de Frontignac y Le Clair de Lafitte, el señor de Bois-Brûlé, el teniente Fervac y Florenty.

Le Clair de Lafitte, cuyas manos temblaban, explicó al cardenal:

—Vuestra Eminencia, sólo hay una persona que se lave así cada mañana aun en pleno invierno, y es el conde de Nissac, que ha conservado su fular rojo.

—Conocía esa extraña costumbre, coronel —respondió el cardenal, y siguió para sí—: Es él, pero ¿cómo ha llegado aquí, a esta situación miserable?

El sacerdote, encantado por la buena impresión que había producido en el cardenal y que confiaba que revirtiera en beneficios para su parroquia, se decidió a

dar un último detalle que, evidentemente, le costaba transmitir, y que sin duda, a pesar de lo que estaba en juego, habría preferido guardar para sí:

—Hay otra cosa que puede permitirnos identificar al hombre que buscáis, Vuestra Eminencia.

—¡Decid, abad!

—Es que es posible que os...

Esa vez, el tono de Mazzarino se hizo cortante:

—¡Hablad!

—Claro, la moral cristiana tiene mucho que decir, y yo mismo le pedí al hombre sin nombre que se quitara... esa cosa. Pero se negó. Mirad, Vuestra Eminencia, el hombre sin nombre lleva un extraño brazal de seda y puntilla roja que me dio mucho que pensar. Un día que trabajaba con el torso desnudo, muy entrado el verano, al ver ese brazalete contra la piel de su brazo lo entendí... Lleva la liga de una mujer que sin duda amó locamente en su vida anterior...

Apenas había acabado la frase cuando la baronesa Mathilde de Santheuil, recogiendo la falda para ir más rápido, salió corriendo, seguida por todos los demás, con el cardenal Mazzarino, primer ministro del reino de los lis, dándose codazos con los rudos fulares rojos.

Un fuerte contingente de soldados esperaba delante de una gruta situada cerca de la ciudad. Los militares habían acumulado leña y resina y esperaban una orden para llenar de humo al hombre sin nombre y a la anciana a quien creían bruja.

Esa vez, sin embargo, no parecían dispuestos a correr riesgos con una espada tan fina como la del hombre sin nombre: cuando, sofocados por el humo, salieran, caería abatido por las balas de quince mosquetes que formaban media circunferencia delante de la entrada de la gruta.

Sorprendidos, los soldados volvieron la cabeza al ver llegar la pesada carroza del cardenal, pero recogieron sus cosas y huyeron a toda prisa cuando el coronel barón Le Clair de Lafitte los dispersó sin miramientos con su compañía de caballería pesada.

Pronto, un grupo muy diferente sustituyó al de los soldados en fuga.



Las tinieblas reinaban en el interior de la gruta, apenas se veía un delgado hilo de luz que se filtraba desde la entrada.

La viuda de Pesch y el hombre sin nombre, sentados en el suelo, se miraron:

—Creo que todo ese estruendo de fuera es por nosotros. Te he sacado de la hoguera, pero no te he salvado la vida, cuánto lo siento.

La anciana apretó en las suyas las fuertes manos del hombre sin pasado, que el rudo trabajo del campo había llenado de callos.

—¡Es por ti por quien siento gran inquietud! ¡Tú eres joven todavía! ¡Qué locura salvar del fuego mis viejos huesos!

El hombre sin nombre la miró, tratando de penetrar la oscuridad:

—Tú entiendes del arte de las plantas, como la vieja Hoarau, que me resucitó de entre los muertos hace tres años. Pero no eres una bruja, no más que ella.

—¿Y entonces qué?

—Que era una gran injusticia acusarte en falso.

—¡Todo es una injusticia! —dijo la viuda de Pesch alzando el volumen.

El hombre sin nombre sacudió la cabeza en medio de las tinieblas.

—¿Es razón suficiente para no querer cambiar las cosas?

La anciana estrechó más todavía las manos del hombre sin nombre.

—Estás tan loco como dicen por todo el país... ¡Matar a todos esos soldados por una miserable vieja, hablando de justicia...! Ahora te matarán a ti. Te quitarán la vida.

—¿Qué vida? No sé quién soy ni de dónde vengo. A veces me vuelven a la memoria rostros de un pasado lejano, pero no puedo dar nombres a esos desconocidos. La certeza de que mi pobre cabeza ya no sirve para nada me duele

profundamente en el alma y el corazón.

—¿Es por tu herida, la cicatriz de la sien?

—Eso creo; una bala me agujereó el cráneo, pero sin penetrarlo, me parece. Ay, creo haber visto muchas heridas, y muchas batallas, pero ¿cuándo? ¿En qué lugares?

—Has sido soldado. Y el mejor. Parece que hayas nacido con la espada. Ninguno de los que has matado te iguala, o no estarían muertos. Tu brazo es guiado por Dios y todos los ángeles, quizá por san Miguel, que derriba al dragón.

El hombre sin nombre sonrió en la oscuridad.

—Mis dragones eran pobres soldados, pero Dios acoge igualmente sus almas.

De repente, aguzaron el oído. Una voz amortiguada les llegaba del exterior. Aunque lejana, despertó algo familiar en el hombre sin nombre, quien cogió su espada y se levantó, diciendo:

—Quédate aquí, voy a ver.

—No, no me dejes.

El hombre sin nombre suspiró:

—¿La edad no te ha enseñado a ser prudente?

La anciana se encogió de hombros.

—¡Prudente! ¡Tú hablas de ser prudente!

Se dirigieron hacia la entrada de la cueva.



Todo lo que siguió fue por iniciativa de una mujer locamente enamorada que, graduando los efectos, quería a toda costa garantizarse las mayores posibilidades de devolver la memoria a quien ella creía que era el conde de Nissac.

El hombre sin nombre y la viuda de Pesch entornaron los párpados al salir de la gruta, deslumbrados por la intensa luz del exterior.

Preso de una curiosidad irresistible, el hombre sin nombre se acercó al cardenal, quien, conmovido, murmuró:

—Bienvenido, Loup de Pomonne, conde de Nissac.

El hombre sin nombre repitió varias veces «Nissac» con expresión de profundo dolor en el rostro, como si tratara desesperadamente de recordar, aferrar lo que le era tan familiar pero que se le escapaba.

Luego, cinco hombres salieron de detrás de una cuádruple hilera de altos gendarmes que ocultaban todo lo que tapaban, se alinearon delante de él y todos llevaban al cuello un fular rojo parecido.

Se presentaron por turnos:

—¡Melchior Le Clair de Lafitte!

—¡Sébastien de Frontignac!

—¡Maximilien Fervac!

—¡Anthème Florenty!

—¡César de Bois-Brûlé!

Como un niño perdido, el hombre sin nombre iba de uno a otro, estrechando una mano, un hombro, y repitiendo en un tono que oscilaba entre la alegría y el desespero:

—¡Os conozco...! ¡Os conozco...! ¡Os conozco a todos...!

Salió de la doble hilera de gendarmes un escudero que llevaba un alto caballo negro de tres años de edad. El hombre sin nombre lo escrutó atentamente, vaciló largo rato, luego le acarició el cuello y sonrió:

—Y yo he debido de conocer a tu padre...

Aquellas visiones, que se sucedían con tanta rapidez, turbaban profundamente al hombre sin nombre, consciente de que pertenecían a un mundo perdido, olvidado, engullido, pero que formaba un todo menos lejano de lo que él había imaginado, tal vez a flor de memoria.

Observaba al gran caballo negro o lanzaba miradas de hombre acorralado al cardenal y a los Fulares rojos, y ellos intentaban sonreír y le compadecían secretamente por su sufrimiento, pues estaba desgarrado, daba pena verlo y parecía imposible poner remedio.

Un paje le llevó entonces una espada que fascinó al hombre sin nombre. Era un arma muy bonita, peculiar, pues llevaba en la funda escudos de armas semejantes a los del anillo que llevaba en el dedo, y la hoja, hecha en Toledo, constituía otra rareza. El hombre sin nombre tomó la espada en la mano y cortó el aire varias veces con un gesto muy elegante.

Tuvo una visión confusa y murmuró:

—Yo tuve una espada parecida, en los menores detalles, y la partí sobre mi rodilla para que nadie la utilizara después... después de mi muerte.

El hombre sin nombre reflexionó. Aquel recuerdo, sin duda alguna, era el primero que recuperaba del periodo olvidado hasta entonces.

Alucinado, prosiguió, mientras los demás escuchaban atentos:

—Eran muchos... Venían por todas partes... Tenía un compañero a mi lado, pero Dios, cuántos eran... Imposible resistir a tal multitud...

Luego quedó como deslumbrado.

Ella llegaba de otro lado y se encontraba de pronto delante de él, a contraluz, con los cabellos orlados de dorado y azul.

Reconoció su silueta, la cintura fina, las caderas generosas, pero todavía no distinguía su rostro. En cambio, sintió un vuelco en el corazón cuando cogió el sombrero que ella le tendía.

Era de fieltro, un sombrero de marino con el ala bajada, con una pluma roja y otra blanca a un lado, en una armonía alegre que evocaba al tiempo la violencia y la suavidad, el agua y el fuego, cosas contiguas en el alma atormentada del señor de Nissac.

Nunca se había visto un sombrero igual en el reino de las flores de lis, y ni

siquiera el hombre sin nombre podía ignorarlo: el sombrero de marino, o uno igual, le había pertenecido, no lo dudó ni un momento. En otras circunstancias, sin duda habría concentrado en eso toda su atención, pero ya había perdido interés, buscaba el rostro de la mujer que se encontraba delante de él, un rostro que seguía tapándole el sol que tenía delante.

—Loup, mi amado señor, siempre he creído que volveríamos a vernos un día, una mañana azul y soleada...

La voz lo petrificó.

Lentamente, la joven se desplazó y él descubrió por fin sus rasgos, ese rostro que nunca había olvidado.

—¡Mathilde!

Fechas, rostros, lugares se agitaban en su interior febril. A una velocidad vertiginosa, y en un rato que no superó unos segundos, miles de cosas recuperaron su antiguo lugar. Pasado, recuerdos, situaciones, curso del pensamiento, todo se ordenó de suerte que aquel largo eclipse de tres años se disolvió como un perfume etéreo al contacto con el aire.

Era Loup de Pomonne, conde de Nissac, teniente general de artillería en el ejército real, jefe de los legendarios Fulares rojos, y acariciaba junto con el duque Salluste de Castelvalognes, general de los jesuitas, la idea de cambiar el mundo, dar un sentido a aquellas pobres vidas cruzadas desde el día de su nacimiento, hacía cuarenta y un años.

Pero además, y sobre todo, era el amante de la mujer más hermosa, más tierna y sensual, la más conmovedora también, a quien quería mucho más que a su vida: Mathilde de Santheuil, su gran, su único amor.

Dio un paso hacia la joven.

—Mathilde, amiga tierna, dulce amor mío, no ha habido día en que mi pobre mente aprisionada y perdida en los limbos, durante este espantoso naufragio de lo que yo había sido, no haya pensado en vos, creyendo que erais un sueño maravilloso que iluminaba la vida de un desgraciado trabajador, y sin embargo no he dejado de amaros.

Cogió las manos de Mathilde y cayó de rodillas delante de ella.

Aquella escena tan bella y extraordinariamente galante, que recordaba los antiguos tiempos de caballerías, conmovió a todos los que la presenciaron, y el cardenal murmuró para sí:

—Conde de Nissac, en lo más profundo de tu desgracia, del abandono de todos y la perdición, has conservado dignidad, valor y nobleza. Algún día haré de ti el más joven mariscal de Francia.

Melchior Le Clair de Lafitte olvidó momentáneamente a causa de la emoción a quién se dirigía, y respondió:

—Que le den la felicidad a la que aspira, y se hará justicia.

Mazzarino le dirigió una mirada fulminante:

—Coronel, la justicia es la punta de la espada, y se impone. Y no conozco mejor espada en todo el reino de Francia que la del conde de Nissac.

El mar azotaba las altas murallas del castillo de los señores de Nissac.

En una sala de armas, en la chimenea de la cual chisporroteaba un fuego de madera de peral que perfumaba la estancia, Mathilde, en camisa, medias y botas, la espada en mano, se enfrentaba en el vigésimo asalto consecutivo al conde de Nissac, quien paró su ataque una vez más con una viveza y una seguridad desalentadoras.

Él sonrió.

—¡Cada vez mejor, señora baronesa!

—No os burléis, señor conde. Nunca pedí ese título.

Él la miró con cierta gravedad, pero sin bajar la espada.

—Sin embargo, lo hicieron por vos, aunque creo que no lo conservaréis todavía por mucho tiempo. No sé de dónde me viene semejante idea, pero os quedaría mejor el de condesa... —Bajó la guardia y añadió—: Como todo, los títulos deberían merecerse. He visto a duques huir al galope delante del enemigo y a simples soldados, que no eran caballeros, dar muestras de una valentía que a veces cambiaba el resultado de una batalla. Cuando esos hombres sean generales por sus méritos, extraños a su nacimiento, el ejército de este país será el más fuerte del mundo.

Él la desafió golpeando las baldosas con el tacón de su bota. Ella se volvió a poner en guardia.

—Señora, los instructores del cardenal os enseñaron bien estos tres años y os siento capaz de mantener el tipo delante de los españoles y de la Fronda. Sin embargo...

Vaciló.

—¿Sin embargo? —preguntó ella con vivacidad.

—¿El señor de Frontignac no os ha enseñado nada?

—¡Esto!

Nissac paró un nuevo ataque, de corte clásico pero ejecución viva.

Sonrió:

—Conozco esta salida de Frontignac, que puede sorprender, y lo hacéis tan bien como él. Veamos, qué más... ¿Y el señor Le Clair os ha enseñado qué bota presentar a un adversario sin principios?

—¡Ésta!

El conde de Nissac detuvo el ataque, pero fingió retroceder para alentar a Mathilde:

—¡Vamos, señora, empujad, volved a alargar esa bota!

—¡Es que desanimáis a cualquiera, señor; vuestra espada está en todas partes a la vez!

Rompieron el asalto y se miraron, asombrados una vez más de verse juntos y felices.

Después de la velada suntuosa organizada por el cardenal Mazzarino para

celebrar el «regreso» del conde, éste y Mathilde se fueron a Saint-Vaast-La-Hougue. No obstante, con aire compungido, Mazzarino había confesado que sólo podía dejarles unos días: pronto, los Fulares rojos deberían reemprender los ataques y golpes de mano.

Mathilde maravillaba continuamente al conde. No porque se hubiera convertido en baronesa, aunque él se lo agradecía mucho al primer ministro. Su admiración era fruto de la familiaridad de la joven con cosas de las que no sabía nada hacía tres años, y en las que ahora excedía. Sin dejar de ser muy femenina, la joven se mostraba igual a los hombres en cosas que no se esperan de una mujer. Temerosa ante los caballos en la época en que el conde la llevaba delante de su silla, ahora montaba con mucha clase, era intuitiva, incansable y, sin embargo, no agotaba a su montura.

Del mismo modo, con la espada, se defendía con ardor, inteligencia y determinación. Y en el combate sin duda valía más que muchos soldados de infantería.

Nissac, que era hombre de buena fe, pensó que tal vez algún día las mujeres igualarían a los hombres en todas las cosas, y eso sería entonces justo.

Golpeó de nuevo con el tacón de su bota. Mathilde se puso enseguida en guardia, con la espada alta y una mano en la cadera, a la manera elegantísima de los señores de Nissac.

—Veamos, señora, lo que os ha enseñado el teniente Maximilien Fervac, mejor espada de mis Fulares rojos pero también de los Guardias Franceses.

Mathilde acometió con una energía que no dejaba adivinar el gran cansancio que sentía.

El conde atajó el ataque, pero para ello tuvo que emplear más recursos que las veces anteriores.

—¡Bravo, señora! ¡El golpe era temible y tortuoso al máximo, y reconozco en ello a Fervac!

La observó más atentamente.

—¿Estás cansada?

—Apenas.

—Esta clase después del viaje a caballo desde Gien es demasiado.

Habían llegado el día anterior, cuando ya empezaba a caer la tarde.

Mousquet, el perro negro y fuego del conde, que aguardaba desde hacía años el regreso de su amo junto a un puente levadizo, se desvaneció de pronto y su cuerpo estuvo a punto de caer al foso. Nissac, muy preocupado, había saltado del caballo y reanimado a su perro dándole unos leves soplidos y un beso en el hocico húmedo. Entonces el pobre animal abrió los ojos... para desvanecerse de nuevo, pero fingidamente, por lo mucho que le gustaban las caricias del conde.

Hubo que hacer lo mismo con la pareja de viejos criados, que empezaban a no descartar la idea de que el último conde de Nissac estaba muerto y enterrado.

Pero el sentido del deber superó la emoción y, en la cena, sirvieron un delicioso potaje de pavo con achicoria, codornices grasas, tortas de pechuga de capón y

buñuelos dorados con confitura de grosella.

Luego el conde enseñó el castillo a la baronesa, quien se maravilló de las salas vacías, las torres con almenas que dominaban el mar de reflejos brillantes y el campo que se veía mal a pesar del bello claro de luna. Se detuvieron en la capilla y Mathilde, en la sala de armas, admiró con estupor unas armaduras de varios siglos de antigüedad. Finalmente, sobre la puerta del torreón, le enseñó una fecha grabada y medio borrada por el viento y la sal marina del aire: 1111.

Sonrió.

—Un antepasado lejano aceleró las obras para que el castillo se terminara en el año mil ciento once. Primero, siempre primero, el número uno. Ni segundo ni tercero. Con los siglos, la palabra cambió, y con cierta diversión, de Nissac a Nissac se susurraban: «¡Cuatro veces mejor!». Comprenderás que no me gusta decir la fecha de construcción, por el temor de que me crean vanidoso o porque piensen que el lugar es realmente demasiado antiguo. Pero como tú serás condesa de Nissac, debes saber que antes existía otro castillo sobre los cimientos del cual construyeron éste. El primer conde de Nissac del que hay memoria se remonta a la época del rey Lotario, el antepenúltimo de los reyes carolingios: tierno amor mío, pronto llevarás un nombre más antiguo que el de los Borbones, ¡ellos lo saben y se guardan mucho de decirlo!

Él le arrebató la respuesta besándola en los labios y luego, tomando a la baronesa en brazos, el conde la llevó a su habitación, que daba sobre el mar.

Mousquet, echado a los pies de la cama, se durmió en cuanto se tumbó.

Los dos amantes se abandonaron al sueño mucho más tarde...



Cabalgaron a lo largo de la orilla.

A lo lejos, a la luz plateada y violeta de un cielo atormentado, distinguieron la isla de Tatihou. Ante la cercanía de los caballos, unas gaviotas perezosas levantaron el vuelo varios metros, para volver a posarse con un revoloteo para buscar su alimento en la arena húmeda.

El viento salado y penetrante enrojecía las mejillas de Mathilde, haciéndola más deseable a los ojos del conde.

Detuvieron los caballos.

—¡Cómo me gusta tu tierra! —dijo Mathilde.

—Pues es muy ruda, casi brutal.

—Hay bellezas brutales: ¡como tú!

Él se echó a reír.

—Yo no soy guapo, ni deseo serlo, a no ser que para ti tenga alguna importancia.

Pasaban del «vos» al «tú» por juego, o según las circunstancias. Así, el voseo era de rigor durante las clases de esgrima, muy serias, pues el conde, temprano por la mañana, enseñaba a la joven el secreto de la temible estocada heredada de sus

antepasados y mataba al adversario con el primer movimiento de la espada. Claro que faltaban todavía muchas clases, pero la bella baronesa manifestaba tantas aptitudes que en todas las cosas los plazos se acortaban.

Bajaron del caballo y ella le tomó la mano.

—Nunca había visto el mar. Al descubrirlo esta mañana, desde el torreón, he pensado que no podré vivir ya en la estrechez de las ciudades.

Nissac hizo una mueca:

—Un esposo maduro, una pareja de criados que no es eterna, un perro tan terrible que se desvanece como una virgen, el viento, el mar, un castillo viejísimo; ¿estás segura de que no echarás de menos París?

—Para empezar, sólo tienes diez años más que yo, no es mucha diferencia, pero aunque tuvieras veinte o treinta más, no cambiaría la voluntad de mi corazón. Además, tus criados te quieren y me querrán por amarte como te amo; y a propósito, me gusta también tu perro, tan valiente como para atacar un jabalí como hizo el otoño pasado, según me han dicho, y me gusta todavía más su corazón de florecilla que una emoción hace tambalearse igual que una brisa derriba la campanilla de una amapola. Me gustan nuestros caballos, uno junto a otro y calentitos en la cuadra, cuando fuera la noche es fría, el viento sopla furioso sobre la landa y sólo se oye el ulular de la lechuza. Y sí, me gusta el viento, que tiene tu violencia, y el mar, que tiene tu constancia. Me gusta tu viejo castillo, que los siglos no han movido, todo ese tiempo que corre por los muros. Me gustan todos los libros, los latinos que entiendo, y los que están escritos en griego, que tú me enseñarás pronto. ¡Pero sobre todo te amo a ti! Si te pierdo, me adentraré en el mar hasta desaparecer.

Él la besó con ardor.

El hombre de la máscara de plata era un fino político, aunque se guardaba de hacerlo ver demasiado. Daba igual, en los asuntos que agitaban el reino desde hacía tantos años, sentía el cansancio invadir los dos bandos. Por tanto, parecía claro que se apresurarían a acabar, que se presionarían a las tropas agotadas de un lado y otro y se llegaría a la derrota total y definitiva de una de las dos facciones.

Después de aquello...

Sonrió. Contaba con familiares y amigos poderosos entre los partidarios del rey y entre los partidarios de la Fronda, y no temía nada, ganara quien ganara.

Sus temores eran otros, de un ámbito que afectaba la pasión, pues sabía que no podía dominar la pasión. Sin embargo, lo había intentado, no sin éxito, durante los tres últimos años.

Se asombraba del dominio que le permitió entonces no abandonarse más a las delicias del crimen, convenciéndose del horror de todos aquellos bonitos cuerpos poseídos y luego desollados vivos.

Rezaba varias veces al día y, sin ver contradicción en ello, se aturdí de mujeres. Cortesanas o damas de la Corte, criadas o descaradas partidarias de la Fronda se sucedían en su cama, y aunque sentía mucho placer humillándolas, al menos no podían ver ellas en eso materia criminal cuando, por su parte, él encontraba una compensación tan pequeña a aquella carencia definitiva: matar.

Matar a fuego lento, matar lacerando la piel blanca con el estilete, dejándose acunar por los gritos de las víctimas, mutilando lo que poco antes admiraba, matar para volver fea la belleza.

Matar para existir, tal vez.

Pero no quiso pensar en ello durante el periodo de lucha con el diablo, esos tres años de abstinencia tan penosos y que no le serían tenidos en cuenta el día del juicio final.

Entonces ¿para qué?

¿Por qué había llamado a sus ojeadores, recuperado y destruido los retratos de la bella desconocida para no sentirse tentado a sucumbir al deseo?

¿Por qué se había prohibido contemplar la estatuilla en que la maravillosa mujer morena le cortaba el sexo con ayuda de las tijeras de plata?

Era lúcido, y no ignoraba la verdadera razón que lo impulsaba a reanudar sus horrores pasados.

No era la idea de la condena, pues sabía que no podía librarse de ella, aunque se convirtiera en santo... Y aquello era tan imposible que le hizo sonreír.

Lo que le enloquecía y le empujaba hacia el mal absoluto tenía que ver con su pronóstico político: llegaba el final de la guerra civil. Luis XIV, vencedor, impondría el orden y el príncipe de Condé, si ganaba, no actuaría de modo distinto. Terminarían los disturbios y todo lo que los acompaña siempre: violaciones, crímenes impunes,

violencias múltiples no reprimidas. Instalarían en todo el reino a representantes de la policía, querrían casos ejemplares por todas partes, se volvería a la virtud y la religión. Reinaría el orden, cuando el desorden político en que la muchedumbre se exaspera es pretexto para fiestas incesantes, lujuria, desenfreno. Ese mundo libre — del que él sabía aprovecharse de manera abusiva— desaparecería. Las tinieblas de contornos grises sucederían a las noches de locura veteadas por estrías rojas de deseo finalmente saciado.

El Desollador no podía soportar la idea del regreso a la normalidad.

Todo lo que formaba su vida se le escaparía entonces sin esperanza de volver. Sin embargo, él lo querría, desearía con todas sus fuerzas poseer a uno de aquellos lindos cuerpos de mujer para quitarle la piel, y no podría hacerlo sin exponerse a ser rápidamente desenmascarado.

Rió, un tanto falsamente, detrás de su máscara de plata.

—¡Desenmascarado, ésa es la palabra!

El lujoso coche de caballos trotaba por un camino en malas condiciones y el Desollador se quedó pensativo. Diez minutos antes, por miedo a que la carroza volcara en un profundo surco, el marqués Jehan d'Almaric le había pedido que descendiera y siguiera a pie, y se ensució mucho, hundiéndose en el lodo hasta por encima de las rodillas.

Esos viajes para llegar al lugar del «sacrificio» lo cansaban. Demasiado lejos, realmente demasiado lejos.

Sería mejor buscar una pequeña choza acogedora, a la vez aislada y cerca de la capital. ¿Y por qué no en el pueblecito encantador de Auteuil, a una legua de París?

El hombre de la máscara de plata echó una mirada cansada al paisaje triste y brumoso.

Todo aquello lo extenuaba. La vida ya no le interesaba mucho. El día anterior había recorrido a caballo las calles de París, ciudad que le gustaba por encima de todas por su gran variedad. Los curtidores a lo largo de la Bièvre, la calle Saint-Jacques y sus librerías, los barrios pobres de Maubert y del arrabal Saint-Marcel, el barrio del Louvre, que parece uno de los más viejos de París, las calles tan estrechas que en algunas se pueden dar la mano de una casa a otra. París y el mal olor de las basuras arrojadas por la ventana en los barrios donde no funciona el servicio de «recogida de lodo». París y sus mil ochocientos cabarets, hostales, tabernas y locales. Sus teatros populares donde se celebran pantomimas, donde hay mucho espacio para la sorpresa, la sátira, lo maravilloso y lo fantástico con la presencia de comediantes jóvenes, bellas y caprichosas, como la que vivía en la calle Saint-Landry y que él había violado hacía varios meses sin mucha convicción... Si se salía de las murallas uno se encontraba jardines y campos de trigo, o viñedos de Ivry, los cantos de los pájaros que turbaban a veces el silencio del campo. ¡Dejar esa ciudad asombrosa por Saint-Germain, Fontainebleau o esa pequeña cosa ridícula y fea llamada Versailles hacía de los cortesanos unos locos!

El Desollador suspiró detrás de su máscara de plata.

Se sintió repentinamente muy viejo. Su vida quemaba como la mecha de una vela una noche de velatorio y no ardía en deseos de frenar el curso de los acontecimientos. Se consideraba justamente como uno de los personajes más importantes del reino, pero ¿qué era a sus propios ojos? Casi nada que pudiera respetarse. Demasiado lujo, demasiados placeres. Estos estaban gastados, estropeados, se convertían en hábitos. Mujeres, buena cocina, los mejores vinos, la caza, la guerra: conocía todo aquello desde hacía tanto tiempo que no sentía ninguna satisfacción.

Morir, tal vez. Expirar por fin, reposar para siempre en un ataúd de plomo depositado en una fosa con paredes de mármol donde lo aguardaban pacientes sus antepasados momificados... ¡como ya estaban cuando vivían!

Se sentía en el núcleo del problema por primera vez en su existencia. Lírico, pensó que por fin poseía la llave tallada en un rayo de luna que abre la cerradura de cristal del gran misterio de la vida y que se resumía en una pregunta que se hacía incesantemente: «¿Para qué?», y sin duda aquello significaba que su tiempo humano se acababa, pues formular esa pregunta, planteársela, quería decir que abandonaba la idea de lucha que era el acicate mismo de su existencia. Por esa brecha se inmiscuiría sin duda la enfermedad que triunfa y hunde los cuerpos en que el alma deja de luchar. Así sucedería todo, y la muerte, lo presentía, llegaba a paso rápido.

Sonrió cruelmente al imaginarse clavado en el lecho, y el cortejo de incompetentes que lo acompañarían. Recordó las agonías a las que había asistido, desde Richelieu hasta Luis XIII y muchos otros grandes señores. Irónico, deformó su voz para darle un tono pedante y, apelando a su prodigiosa memoria, imitó el discurso de los médicos en la soledad de la carroza:

—Señor, ¡no temáis! La sangría, llamada flebotomía, se hace con una lanceta para sacar la sangre corrupta o superflua en las venas. Añadiremos la purga, con lavativa, para detener la obstrucción en las tripas y ablandar la materia. Para eso, emplearemos agua pura añadiendo leche, salvado, hierbas cocidas con un poco de azúcar moreno y miel. Pero como notaréis un gran cansancio por el tratamiento, lo combatimos con caldo de víboras. Eso os evitará la hidropesía, que hincha el vientre de mala manera. Luego iréis a Forges para tomar las aguas. Entonces sentiréis unas fuertes ganas de vivir, señor.

El Desollador se quedó un momento en silencio, con la mirada perdida en el cielo gris, donde volaban algunos cuervos; luego añadió con tono seco:

—Unas fuertes ganas de vivir... O bien moriré, ¡aunque sólo sea para escapar a la mediocridad de vuestras personas!

La carroza ya aminoraba la marcha y los dos oficiales de escolta saltaban del caballo.



Se trataba de una baronesa de nobleza modesta y reciente a la que vio no sabía ya en qué jardín. Montada en una hacanea, uno de esos caballos pequeños y bonitos, sobre el que no carecía de elegancia, la mujer esbozó una sonrisa encantadora al cruzarse con un personaje tan importante cuya mirada insistente y prometedora halagó su orgullo y le dio seguridad, aunque se sabía guapa desde siempre.

No obstante, así firmaba su pena de muerte, pues a los dos días la raptaron. Por lo demás, el asunto fue delicado, pues la guapa baronesa estaba bien guardada: decían que era amante del conde de Harcourt, a quien engañaba... ¡Y aquél no era el primer Harcourt cornudo!

Cuando se encontró desnuda delante del hombre de la máscara de plata, mientras el hombre de la viruela y la tuerta la aferraban cada uno por una muñeca, su actitud sorprendió a Jehan d'Almaric, que aguardaba un poco más atrás, con la ropa que le hacía pasar falsamente por cochero.

La guapa baronesa sonrió al Desollador, sin demostrar el menor miedo. En el interior de la joven, ocupado en buena medida por la concupiscencia, su rapto perdía todo carácter trágico al descubrir al que vio cómo su futuro y «dulcísimo atormentador».

Era un señor, un señor muy poderoso a juzgar por su casaca de terciopelo negro de botones de oro, la cara peluca, los diamantes, esmeraldas y rubíes que adornaban sus dedos, así como la máscara de plata maciza.

Ella sabía que la tomaría. ¿No le había quitado su bonito vestido voluminoso y sin verdugado?

Los acontecimientos, inquietantes hasta hacía poco, tomaban otra luz. El rico señor, que envió para raptarla a todo un grupo de bateleros, carreteros y mozos de cuerda, sólo quería poseer su cuerpo, que según se decía era magnífico. Si ella sabía mostrarse hábil, cosa de la que no dudaba, conseguiría ganárselo con sus caricias para obtener el mayor provecho.

Liberada de la tenaza de sus carceleros desconcertados, se dio la vuelta, desnuda, para mostrar su belleza desde otro punto de vista.

Tras su máscara de plata, el hombre cansado se asombró de esa actitud distinta de las de sus antiguas víctimas.

Sin embargo, se sorprendió aún más cuando la joven se arrodilló ante él para darle un rápido placer.

Cuando se volvió a levantar, secándose los labios con una mano delicada, el Desollador la observó largamente frotándose los dedos como una mosca hace con sus patas:

—Me habéis dado mucho gusto, señora, ¡no todas son tan complacientes como vos...! Sin embargo, al ponerme en esta situación, considerad que voy a tomar más todavía.

Tendió la mano.

Jehan d'Almaric le dio enseguida un estilete.

El Desollador lo cogió y miró desdeñosamente a la baronesa, luego dijo con voz seca, de cadencia nerviosa:

—¡Como todavía no lo has hecho, perra, te ha llegado el momento de gritar tus ganas de vivir!



El marqués Jehan d'Almaric se quedó perplejo.

Después de tres años de abstinencia, su poderoso amo cambiaba sus hábitos. Así, la cabeza de su víctima había quedado intacta, sin ninguna herida, con una expresión de terror absoluto en sus rasgos.

El marqués miró rápidamente a la cabeza decapitada y puesta en un bonito cesto de mimbre. En cambio, evitó el cadáver desollado, semejante a las serpientes o conejos a los que se arranca la piel.

Solo en la habitación con el hombre que se había quitado la máscara de plata, el marqués lo encontró envejecido.

Sentado bajo la campana de la chimenea como un campesino, el gran señor, indiferente al horrible cadáver, muy cercano, sorbía un pobre plato de campo, una sopa de pan hecha con el jugo de la carne, mordiendo a veces una hogaza cocida bajo la ceniza, las cosas que la tuerta destinaba a su comida pero que se sintió halagada en ofrecer a «monseñor» cuando él, saciada su siniestra necesidad, manifestó cierto apetito.

Jehan d'Almaric se quedó fascinado, pues no podía imaginarse que aquél fuera un hombre de tan alto linaje. La inquietud se apoderó de él, mientras pensaba: «¿Es éste a quien sirvo? ¿El cruel y poderoso jefe que podría gobernar el reino si algunas muertes oportunas le ofrecieran la ocasión? ¿Pero quién es este campesino sin maneras que sorbe su sopa como un cerdo, con la espalda encorvada? Si no tuviera una de las mayores fortunas del reino, que su avidez alimenta como los afluentes lo hacen con el río, yo no aguantaría más».

El Desollador gruñó:

—¡Demasiado cerca de la chimenea uno se quema, y si se aleja, se hiela!

El marqués se acercó.

—Hace frío como en diciembre, monseñor. Y va a nevar de nuevo.

—Ya lo sé. Tengo el alma helada.

—Pensaba en el cuerpo, señor.

—D'Almaric, ¿separáis el cuerpo, que es la vida misma, del alma, que se entiende como lugar de los sentimientos?

—No los separo, monseñor. El problema es más bien saber cómo dependen uno de otro, y en qué orden.

—La cuestión es interesante, pero menos que esta otra: ¿adónde van las pobres almas cuando llega la muerte?

—Son inmortales, monseñor.

El Desollador sacudió la cabeza, riendo.

—Me complace que lo creáis con tanta seguridad, eso me consuela, marqués. ¿De dónde la sacáis?

—Pues de Platón, monseñor.

El Desollador se quedó pensativo un buen rato.

Al cabo de un momento, d'Almaric tosió con cortesía y preguntó:

—¿Qué hacemos con el cuerpo esta vez?

—Nos llevamos esa bonita cabeza, para que pueda conservarla en líquido y contemplarla antes de dormirme, pues será así como lo haga ahora. En cuanto al cuerpo, haced que lo dejen en las escaleras de la iglesia. Que esta baronesa encantadora y divertida que me ha dado tanto placer no quede sin el socorro de la religión, aunque vos me habéis garantizado la supervivencia del alma.

—¿Debemos quemar el cadáver?

—No, marqués. Un cuerpo sin cabeza y desollado no tiene nombre ni lo encontrará jamás.

—Pero...

—Una carroña. Lo enterrarán después de que el señor de Galand, dándose aires de importancia, renuncie a saber quién era. No os preocupéis, marqués, mi juicio es hábil cuando mi tranquilidad depende de él.

El Desollador suspiró y añadió:

—Quienes, a la luz de mis nuevas disposiciones, no me son útiles ya, no deben continuar existiendo en esta tierra desolada, pues podrían representar un peligro, aunque sea muy lejano. ¿He sido claro, marqués?

—Monseñor, todo será ejecutado en ese sentido y según vuestro deseo.

—¡Y que me encuentren de una vez la mujer que sabéis!

—Mandaré activar la búsqueda, Monseñor.

—Volvamos, d'Almaric.

El maestro cristalero vio llegar al marqués d'Almaric con cierto espanto. En realidad, temía a aquel hombre de mirada fríamente calculadora desde el primer día.

No obstante, esta vez el marqués no tenía su habitual actitud distante. Extrañamente, su mirada manifestaba cierta simpatía y cierta desolación.

El falso cochero observó el taller bañado por una luz rojiza procedente del horno. Miraba el lugar con cierta nostalgia, como si no tuviera que verlo más, y el maestro cristalero tuvo la esperanza de que aquélla fuera su última misión.

Jehan d'Almaric se quitó los guantes de ante y se pasó una mano por los ojos, en un gesto propio de las personas cansadas que llevan bastante tiempo sin dormir.

Luego, su mirada inexplicablemente endurecida se detuvo en el maestro cristalero:

—¿Sabes por qué he venido?

El hombre emitió un ruido gutural bastante desagradable y el marqués, cerrando por un instante los párpados, asintió con la cabeza.

—Es cierto, te arrancamos la lengua...

Marcó una pausa y añadió, bajando la voz:

—Así, no me abrumarás de reproches.

Con un gesto lento, el marqués sacó un puñal de debajo de la capa.

—Has comprendido, ¿verdad? Así es, y es muy injusto, pues realizaste un trabajo excelente, pero el señor a quien sirvo no te necesita ya. Sin duda, hará lo mismo conmigo algún día, si no sé huir a tiempo.

Avanzó hacia el maestro cristalero, quien, retrocediendo paso a paso, topó pronto con una de las paredes del taller.

El marqués d'Almaric se encogió de hombros, afligido, mirando al hombre que temblaba con todo el cuerpo, luego murmuró con tono neutro:

—*Spiritus promptus est, caro autem infirma.*

Y lanzó el brazo de arriba abajo.

La hoja golpeó duramente un costado y luego, resbalando sobre éste, se hundió en el corazón del maestro cristalero, que se derrumbó sin vida, mientras el marqués traducía:

—El espíritu está preparado, pero la carne es débil. —Suspiró y, agachándose, secó la hoja de su puñal en la camisa de tela dura y remendada de su víctima, añadiendo—: Jesucristo en el monte de los Olivos, san Mateo, capítulo veintiséis, versículos treinta y seis a cuarenta y uno.

Echó una mirada al horno encendido y sonrió.



Habían cabalgado durante toda la jornada y el día declinaba muy rápido.

Por unos mensajeros, el conde de Nissac y la baronesa de Santheuil sabían que la Corte, desde Tours, iba a llegar a Blois, y en esa ciudad pensaban reunirse con el primer ministro.

El tiempo execrable hacía las alianzas difíciles, incluso azarosas. Al ir a escribir al cardenal tres días antes, Nissac había encontrado la tapa del tintero como soldada por el hielo. En el interior, la tinta también se había helado y hubo que calentarla.

El conde y la baronesa avanzaron al paso, con la cabeza baja sobre el cuello del caballo, intentando resistir al frío, al viento hiriente y la nieve, que caía en abundancia.

El conde advirtió el extremo cansancio de su compañera y señaló con su mano enguantada un molino aislado y que, visto desde lejos, recordaba a un gran pájaro de alas inmovilizadas por el frío glacial en el instante de levantar el vuelo.

Mathilde de Santheuil aprobó asintiendo con la cabeza, pues el viento tempestuoso se llevaba las palabras antes de que pudieran entenderse.

Al llegar al lugar, el conde de Nissac no se preocupó en tomar precauciones y abrió la puerta con una patada, no sin tener un pensamiento triste para su antiguo fular rojo Nicolas Louvet, maestro en el arte de abrir cerraduras con una infinita suavidad.

Algunos ratones huyeron cuando ellos entraron.

El conde recogió leña y encendió un fuego delante del cual situó autoritario a la baronesa, que tiritaba, luego llevó a los caballos al lugar donde el molinero, sin duda resguardado en una aldea vecina, hacía habitualmente guardar su asno o su mulo. Desensilló al gran caballo negro y al alazán de la baronesa, los frotó con mucha energía con paja, y se reunió con su amada, que ahora parecía tener mejor aspecto, con las manos extendidas ante las llamas.

Él le sonrió.

—Era un suplicio oír cómo te castañeteaban los dientes. Mellar unos dientes tan bonitos habría sido una gran ofensa a la belleza.

Cubrió con su capa negra los hombros de la joven y la abrazó, diciendo:

—El sitio es muy modesto, pero estamos resguardados de este viento helado, de la nieve y del frío.

Con la mirada perdida hacia las llamas y una sonrisa en los labios, Mathilde apoyó la cabeza sobre el hombro del conde.

—La primera vez que te vi pensé en los castillos de España. Luego, al conocerte, sólo soñaba con tu viejo y fuerte castillo, que desafía el mar y el tiempo. El sueño se alteraba a veces, como cuando partías temprano o cuando yo no encontraba las palabras, al querer decirte: «Sois muy amable por venir a verme», y me quedaba sin voz.

Nissac abrió las manos, mostrando las palmas, en señal de impotencia.

—Pero... Tenías que hablarme, hacerme saber... Estaba tan impresionado por tu belleza y por la idea de que serías la única mujer de mi vida...

Ella se irguió y lo miró. Sus ojos risueños y los hoyuelos que le salían en los momentos de alegría conmovieron al conde. Ella le dijo:

—Te amaría igualmente si tuviéramos que pasar toda la vida en este viejo molino. Ahora todas las cosas se ordenan a tu alrededor.

La estancia empezaba a calentarse y el conde sacó de un viejo saco de cuero una gran hogaza de pan y una tarrina de paté de tórtolas.

Comieron delante del fuego. Mathilde recordó sus temores de enfrentarse de nuevo a la Fronda, pues ésta había iniciado una terrible guerra civil, ya que el príncipe de Condé mostraba una determinación estupefaciente y una audacia afortunada.

El conde de Nissac hizo un gesto desengañado.

—A veces las noticias son contradictorias, pero en conjunto bastante malas. Desde que Gaston de Orleans se alió con Condé, los indecisos flaquean y algunos se pasan a los facciosos. Otra mala noticia: el coadjutor, príncipe de Gondi, ha sido elevado a la púrpura por el papa Inocencio X y ahora toma el nombre de Retz. Una parte importante del clero se unirá a ese nuevo cardenal. En los Países Bajos, el duque de Nemours, actuando para Condé, ha organizado un ejército que ha conseguido cruzar el Sena en Mantes y ha pasado por encima de nuestra retaguardia. Es probable que este ejército se funda con el que esté a las órdenes de Beaufort, que sigue siendo un imbécil, pero se vuelve peligroso.

Mientras hablaba, el conde cortaba rebanadas de pan con el puñal que había matado a tantos hombres. Comía lentamente, y Mathilde lo observaba. Le gustaban todos sus gestos y sus maneras en general. Su voz, su mirada, todo la conmovía.

Por un instante, olvidó la guerra civil, las imágenes atroces del asedio cuando colgaban a desconocidos por la vaga sospecha de que fuesen «Mazzarinos».

Acabada la comida, el conde abrió la puerta y ella lo siguió, estrechándose contra él.

Ya no nevaba, el viento había cesado. El paisaje que quedó era magnífico, de un blanco azulado por el reflejo de las estrellas y la luna inundándolo todo.

—¡Qué feliz soy! —murmuró ella.

El conde se puso detrás y la abrazó por la cintura con sus fuertes brazos.

—Vamos a acostarnos.

Arriba, el molinero había puesto paja fresca, sobre la que se tendieron, abrazados y envueltos en la larga capa negra del conde.

A través de las tablas separadas del techo, podían distinguir la luna y las estrellas.

Habían hecho el amor y se encontraban en un estado de profunda calma, tierna y serena.

Ella se estrechó más fuerte todavía contra él.

—Quiero que vivamos las mismas cosas en el mismo momento, ver lo que tú ves. Sí, eso es, querría ver por tus ojos y que tú vieses por los míos para que nuestros pensamientos y nuestras almas sean semejantes y seamos uno.

El conde se desplazó ligeramente, haciendo rodar la espada, siempre al alcance de la mano.

Tomó a la joven por la cintura, la levantó y la echó sobre él. Sus bocas casi se tocaban. Él murmuró:

—Veré la vida a tu manera, pues me gusta cómo amas, como me lo has enseñado, y me maravillo de los caminos ocultos de la vida: he necesitado una infancia de huérfano, todas esas guerras y una existencia triste para llegar hasta ti, a quien quiero. Es mágico que haya tenido que recorrer así una larga y oscura galería subterránea durante tantos años para salir a la gracia y la luz de tu presencia.

—¡Tengo tanto miedo de perderte otra vez!

Si bien sólo era, oficialmente y por cuestión de comodidad, teniente criminal del Châtelet, Jérôme de Galand, por acto secreto y sellado, pero con los sellos apropiados, por voluntad del cardenal Mazzarino, primer ministro, y Luis XIV, rey de Francia, ocupaba el cargo de general de policía del reino, creado para él.

Llevaba permanentemente un pliego firmado por el rey que obligaba a quien fuera, hasta a los más poderosos ministros, a servir en todo, en cualquier lugar y en cualquier circunstancia, «al portador del presente documento».

Pero todo aquello no embriagaba a Jérôme de Galand. Cumplía su trabajo con una lucidez sin tacha, organizaba redes de espionaje, formaba agentes de influencia y agentes provocadores, establecía un fichero con los partidarios de la Fronda y sus simpatizantes mientras que otro contenía los nombres de los sujetos cuya fidelidad a la corona se situaba por encima de toda sospecha, creó un servicio financiero autónomo con el fin de pagar cada quince días a sus espías, asegurándoles así cierta seguridad que estimulaba su confianza en el trabajo, inventó de nuevo una escuela para formar a hombres destinados a infiltrarse en el mando del príncipe y sus generales, mientras que, simultáneamente, cedía a una notable intuición al preparar un servicio de contraespionaje temiblemente eficaz.

El rey y el primer ministro no tenían ninguna duda, Jérôme de Galand acababa de inventar la policía moderna y el espionaje del futuro.

Tenían también la certeza de que en ese aspecto los servicios del príncipe de Condé acumulaban un retraso de un siglo. Sin embargo, el jefe de la Fronda, demasiado engreído y seguro de sus éxitos, no tenía conciencia de ello.

Pero Jérôme de Galand, elevado al título de barón, luchaba menos por amor a la monarquía que por odio a la Fronda. Aquel retorno hacia el feudalismo de tiempos turbulentos le encogía el corazón, pues llevaba consigo el germen de la división y fragmentación del reino, que el general de policía, secretamente, llamaba «la Nación». Por ese motivo, apreciaba profundamente al conde de Nissac, quien, sin jamás pronunciar la palabra mil veces querida de «República», dejaba adivinar suficientemente su aspiración común.

Sin embargo, desde un punto de vista estrictamente profesional, el barón de Galand, por muy brillante que fuera en otras cosas, sentía un gusto pronunciado por la policía criminal que, según él, exigía cualidades precisas: don de la observación, espíritu de análisis, aptitud para la síntesis.

Así, observó largamente el cuerpo de la mujer desollada y encontrada sobre los escalones de una iglesia de Saint-Maur.

Esta vez el Desollador dejaba su necesidad inacabada, quizá porque lo habían interrumpido, o porque el cansancio había hecho caer su brazo.

Galand reflexionó, contemplando con la mayor frialdad posible las dos hipótesis. ¿Interrumpido, el Desollador? Era difícil de creer. Lo poco que se sabía de él

hablaba de guardaespaldas, una pesada carroza de seis caballos, escudos tapados con lodo seco para que no fueran reconocibles. El hombre de la policía criminal sabía que su perseguido pertenecía a la alta aristocracia, y que un señor tan poderoso poseía evidentemente los medios para asegurar plenamente su seguridad, aunque fuera, o sobre todo entonces, mientras desollaba a una mujer.

Aunque, por prudencia, el «primer policía del reino», como lo llamaba el primer ministro, no podía descartar completamente esa hipótesis, la consideraba muy improbable.

Quedaba el cansancio. Físico, y tal vez moral. La vanidad de todo aquello. En cualquier caso, después de tres años de abstinencia, el Desollador fallaba en parte en su regreso.

Galand observó inmediatamente que los pechos y el sexo, así como las regiones vecinas, revelaban un «cuidado» especial. Mandó con un gesto que uno de sus oficiales diera la vuelta al cadáver y descubrió sin sorpresa que también las nalgas mostraban mucho encarnizamiento del estilete del asesino. Luego...

Luego, casi no había rigor. Ningún miembro quedaba intacto, pero algunos, como el brazo izquierdo, estaban sólo medio desollados.

—Lavad las partes del cuerpo que no han sido desolladas. Haced un buen trabajo.

Los oficiales del general de policía lo realizaron enseguida, con mucho cuidado y respeto por el cadáver depositado sobre una tabla. Durante ese rato, Jérôme de Galand seguía la escena reflexionando, con el mentón cogido con la mano.

¿De dónde venía el deseo del Desollador? ¿De qué fuente bebía? ¿De qué estado de ánimo devorado por la perversión?

Galand sabía que había llegado demasiado tarde, que la rigidez del cadáver impedía un examen profundo, pero dado que había llegado al lugar muy rápido, observó restos de semen en el órgano íntimo de la víctima. Sin duda, el Desollador violaba a las desdichadas antes de quitarles la piel, como si las castigara por el deseo que le habían suscitado. Haría falta saber si se trataba de «deseo» o de una «necesidad», pero el cálculo en los crímenes y la reflexión que precedía a su realización, en tanto que traducían una voluntad, llevaban a escoger la palabra «deseo».

—¡Interesante! —pensó.

¿Por qué «castigar»? ¿Le habían transmitido esas mujeres alguna enfermedad? Es posible, pero la cosa, muy banal, no exigía semejante castigo, por mucho que su memoria y los archivos consultados retrocedían.

El general de policía contempló el problema desde otro ángulo, pues comprendió que la cuestión tal vez estaba mal planteada.

¿Por qué un señor tan importante castiga a las mujeres desollándolas?

Suspiró.

El deseo de venganza seguía siendo su hipótesis favorita, pues se advertía en el Desollador mucha constancia y quizás una vocación tardía. Además, ese deseo

insistente de venganza, sin duda combatido durante el periodo llamado de abstinencia, era lo bastante fuerte como para obligar al asesino a reanudar sus odiosos crímenes.

¿Cuáles eran las raíces del mal, raíces que probablemente se remontaban muy lejos en el tiempo?

Un señor importante: ¿de quién, de qué, por qué se venga de seres que a sus ojos no parecen tener sino un solo defecto, su naturaleza de mujeres?

—¡Deteneos! —exclamó Galand a sus oficiales.

Se acercó y miró fijamente al cadáver. Luego se volvió hacia un hombrecito calvo que aguardaba con una pluma en la mano, Galand ordenó:

—Anotad... En la parte superior del cuerpo, que es la más maltratada, hay un lunar sobre el hombro izquierdo y una cicatriz, sin duda muy antigua, en la parte superior de la rodilla derecha... ¡Dad la vuelta al cuerpo!

Los oficiales lo hicieron enseguida y el general de policía siguió con voz glacial:

—Sobre la parte de la espalda hay un lunar prominente encima de la cadera izquierda y una mancha de nacimiento a media altura de la espalda, en una posición central. En el límite extremo del cuello, entre el hombro derecho y el cuello, pero sobre el lado posterior de éste, presencia de una excrescencia de la piel, sin duda un pequeño tumor de naturaleza benigna y muy superficial. En el límite de la carne de las nalgas desolladas, donde la piel ha desaparecido completamente, presencia de un pelo rubio ligeramente más desarrollado de lo normal.

Galand pensó un instante y, haciendo un gesto con la cabeza a su secretario, prosiguió:

—Escribid en letras mayúsculas: «Notas generales»... La mujer tenía entre veinte y treinta años. La piel que no ha sido desollada es muy suave, satinada y blanca. La mujer, además de una piel lechosa, debía de ser rubia, como testimonia un pelo bajo de la espalda indicado en la descripción anterior. Era de altura mediana, los hombros fuertes y redondos, las caderas anchas y las piernas largas y finas, pero los tobillos un tanto fuertes quitaban cierta gracia al conjunto. Los pies son curiosamente pequeños y no corresponden al tamaño. Poned este último punto entre paréntesis, pero subrayadlo dos veces... Señores, he terminado con el cadáver.

Se caló un sombrero negro con un gesto rápido y añadió, mirando a sus oficiales uno a uno:

—Quiero tener información de toda desaparición de mujer producida en los últimos dos días. Casadas, amantes, muchachas públicas, quiero sus nombres y saber dónde vivían. Procederéis de la siguiente manera: las desapariciones de mujeres rubias se situarán aparte en la lista común. Llevaréis vuestra acción más allá de París, extendiendo la búsqueda a una zona delimitada de la siguiente manera: Longjumeau en el sur, Lagny en el este, Gonesse en el norte y la abadía de Port-Royal des Champs en el oeste. Enviad mensajeros si hace falta. Además, este proceso verbal se preparará en buena forma y en cuatro ejemplares que presentaréis a mi firma antes de las cinco

de la madrugada. ¡Señores, hasta luego!

Galand salió de la estancia a paso rápido. Oficiales y secretarios se miraron un momento en silencio, luego uno de los oficiales, el teniente Ferrière, declaró a media voz:

—¡El barón está furioso!

Un oficial más joven miró al otro frunciendo las cejas.

—No ha levantado el tono en ningún momento, la voz no ha variado. No veo ningún rastro de cólera.

Ferrière sonrió.

—Precisamente, en esas cosas veo yo su furor. Aprenderás a conocerle, ¡vale la pena!

La Corte se encontraba en Blois, donde Mazzarino ocultaba su tristeza, pues en París los partidarios de la Fronda acababan de causarle gran pesar al vender su biblioteca al mejor postor.

Sin embargo, recibió con calor al conde de Nissac y a la baronesa de Santheuil. Los dos notaron que el primer ministro, que se había dado prisa para presentarse ante ellos, iba muy mal empolvado, y que su boca de un rojo geranio causaba un efecto curioso.

Tras las palabras de rigor, Mazzarino procedió a un rápido repaso de la situación, pero lo interrumpió bruscamente para dar curso libre a su amargura:

—¿Sabéis lo que se dice en el ejército de los príncipes? ¡No lo sabéis, por supuesto! ¡Afirman sin pudor que este país ha sido gobernado durante demasiado tiempo por una reina española y un primer ministro italiano! ¡Eso dicen! Se han atrevido, ¡y yo que no hago más que pensar en el reino cuando esos señores van de la mano con nuestros peores enemigos, extranjeros, ellos sí, que violan nuestras fronteras y matan a nuestros soldados!

Siempre muy sutil para captar las atmosferas, Mazzarino comprendió que perdía el tiempo; no tenía que convencer ni al conde ni a la baronesa, pues ambos formaban parte del grupo de los más fieles.

Cambió de tema:

—¡Nissac, os necesito para todo! Gaston de Orleans nos ha traicionado y casi tiene París, donde vos podríais hacer un trabajo excelente. Pero sé de buena fuente que el príncipe de Condé ha dejado Agen y, a marchas forzadas, trata de alcanzar los ejércitos de Nemours y Beaufort. Necesito vuestro arte para dirigir también la artillería real... ¿Qué hago?

El conde de Nissac, que empezaba a conocer bien a Mazzarino, decidió esperar la respuesta, que pensaba que no tardaría.

En eso no se equivocaba, pues el primer ministro siguió enseguida:

—¿Sentiríais alguna reticencia en marchar contra el príncipe de Condé, que fue vuestro jefe cuando dirigíais su artillería?

—Ya me hicisteis esta pregunta, señor cardenal, y mi respuesta no ha cambiado: cuando dirigía su artillería, no tuve desavenencias con el príncipe de Condé, y lo apreciaba, pero se ha situado fuera de toda legitimidad. Por lo tanto, no he de recibir más órdenes de él y volveré mis cañones contra sus ejércitos sin problemas de conciencia ni de honor.

El cardenal se frotó las manos.

—¡Perfecto! ¡Perfecto! Procederemos así: hasta los primeros días de abril, dirigiréis mi artillería, pues no hay duda de que el ejército real entrará pronto en combate contra los ejércitos de los príncipes. Si perdemos... —se persignó rápidamente y siguió—: toda la Corte será capturada, el rey humillado, yo masacrado

y no me atrevo ni a pensarlo. Ya vos, mi querido Nissac, os matarían en el combate u os asesinarían, para impedir cualquier misión posterior.

Mazzarino compuso en su rostro una máscara trágica muy efectiva que impresionó a Mathilde de Santheuil pero dejó a Nissac indiferente.

El cardenal prosiguió:

—Si los aplastamos, sé por intuición divina... y por mis espías, que el príncipe de Condé llegará a París. Y entonces vos haréis lo mismo.

—¿Y cuál será mi misión, señor cardenal?

—No cambia nunca, Nissac, siempre es la misma: desorganizar la Fronda desde la retaguardia, como hicisteis tan brillantemente hace tres años y... conseguirme oro, mucho oro, otro de vuestros logros, recordadlo, a expensas del príncipe de Volterra. Actuaréis con la secreta colaboración del barón de Galand y la ayuda de vuestros Fulares rojos que no hacen sino esperaros y se mueren de impaciencia por ir contra la Fronda.

El conde reflexionó, visiblemente contrariado. El cardenal se adelantó:

—¿En qué pensáis?

—Después de tres años, temo que nuestra guarida del Fin del Mundo pueda ser descubierta.

El cardenal sonrió.

—La observación es inteligente, Nissac, no esperaba menos de un hombre como vos. Sí, tenéis razón, no hay que contar con la calle del Fin del Mundo, los de la Fronda han acabado por encontrarla. Y lo mismo sucede con la casa de la calle Sainte-Marie Egiptienne, donde mis agentes, una pareja de fieles, fueron capturados, colgados y sus cuerpos entregados a los perros. Pero las cosas han cambiado mucho. Así, el hombre que vos me recomendasteis con solicitud, Jérôme de Galand, hoy barón y jefe de toda nuestra policía, se ha distinguido como un organizador excepcional y más tarde os contaré sus proezas inauditas.

—Estaba convencido de que no os decepcionaría.

—¡Si supierais lo buen policía que es ese hombre, Nissac! Además, os estima y admira. Le expuse nuestro problema y, sabiendo que vuestra seguridad estaba en juego, encontró rápidamente una resolución buena y hábil.

El cardenal reflexionó un instante y el conde advirtió que sus manos temblaban. Mazzarino se jugaba la vida, y lo sabía. No podía desconocer la suerte que había corrido Concini, mariscal de Ancre y favorito de María de Médicis: asesinado, el cuerpo del guapo italiano fue entregado al populacho embriagado, que lo despedazó, cocinó a la brasa sus nalgas y las devoró durante una gran fiesta bárbara, treinta y cinco años atrás.

El cardenal siguió:

—¿Conocéis, a poca distancia de la casa de Soubise, el bonito edificio de Carnavalet?

—Lo conozco porque he pasado por delante sin detenerme.

—Bien, muy bien. Esos grandes edificios de Marais y la Isla de la Ciudad están muy bien situados y céntricos y la Fronda no tiene querellas con los propietarios. El edificio pertenece a los D'Argouges, especuladores como Florent, que fue tesorero de María de Médicas. Pero ha aparecido un nuevo comprador, Claude Boylesve, que se enriquece de los abastecimientos del ejército. Desde hace unos días, he privilegiado su posición y recibe oro a manos llenas... El hombre sabe vivir y, no sin cierta elegancia en sus maneras, muy diplomático, me ha hecho saber que se sentirá muy honrado sirviéndome. Le expuse, por medio de un emisario, que deseaba que concluyera urgentemente con los D'Argouges, pero que la venta se realizara en nombre de un tercero que me sirve, con la seguridad de que más tarde las cosas retomarían su orden verdadero y su forma regular. Todo eso era idea de Jérôme de Galand. ¿Comprendéis, querido conde?

Nissac asintió con la cabeza.

—Los D'Argouges venden a Claude Boylesve utilizando el nombre de un mandatario a vuestro servicio. Ese hombre os es leal y abrirá su hermosa mansión a mis Fulares rojos. Sin embargo, las gentes de la Fronda no son idiotas e irán ciertamente a meter las narices en nuestro hábil asunto.

El cardenal, muy divertido, se palmeó los muslos como un niño preparando una travesura. Preguntó:

—A no ser que...

Fue Mathilde, hasta aquí voluntariamente silenciosa, quien intervino:

—A no ser que la Fronda tenga algo que ver.

—Pero ¿cómo podía ser así? —insistió Mazzarino.

La mujer, testaruda, respondió esforzándose en no mirar los labios rojos geranio del cardenal, que le provocaban ganas de reír:

—¡A no ser que vuestro mandatario sea un partidario de la Fronda!

El cardenal levantó los brazos al cielo.

—¡Maravillosa Mathilde! Pues claro, ese hombre fue partidario de la Fronda y muy conocido como tal. Pero a la muerte de su padre, que era fiel al rey, cambió mucho, tomó conciencia de su locura y vino a verme para poner su espada al servicio de nuestra causa. Una vez más, por consejo de Galand, le dije al partidario de la Fronda que no revelara su nueva condición, pues podía servirnos fingiendo conservar su anterior actitud a favor de los facciosos.

—¿De quién se trata? —preguntó el conde de Nissac.

El primer ministro vaciló un instante, luego respondió repentinamente:

—Es muy joven y os debe la vida: Henri de Pleissis-Mesnil, marqués de Dautricourt. Espera detrás de esa puerta.

Nissac asintió con la cabeza y el cardenal abrió al joven, que entró animadamente, saludó a Mathilde con deferencia y miró al conde de Nissac con una sonrisa.

—¡Ah, señor...! Tal vez lo hayáis olvidado, tantas son vuestras aventuras, pero por lo que se refiere a mí no hay día en que no recuerde esa noche oscura y glacial en

que tuvo lugar aquel duelo entre las tumbas... No hay mañana en que, maravillado por la belleza del mundo, deslumbrado por la felicidad de la existencia, no sienta hacia vos una profunda gratitud. Diez veces me tuvisteis en la punta de vuestra espada, a punto de morir, y no dejasteis de postergar el momento. Qué loco estuve para batirme con el jefe de los legendarios Fulares rojos. —Vaciló un instante y siguió, siempre con un tono apasionado—: ¿A qué debo la vida, señor? ¿A mi juventud?

—No, a vuestra extraordinaria estupidez —replicó el conde de Nissac.

Mathilde de Santheuil, repentinamente colorada por la cólera, puso delicadamente la mano en el antebrazo del conde:

—¿Levantó la espada contra vos?

El fogoso marqués no dejó al conde el tiempo de contestar y, dirigiéndose a la baronesa, dijo:

—Lo intenté, señora, y fracasé de forma estrepitosa.

Mathilde lo miró con desdén.

—No os dirijo la palabra, señor mequetrefe. —Luego, al cardenal—: Vuestra Eminencia, permitidme que salga de la habitación.

Sin aguardar respuesta, se dirigía ya hacia la puerta cuando Henri de Plessis-Mesnil, marqués de Dautricourt, la alcanzó, hincó una rodilla en el suelo y le besó la parte baja del vestido.

—¡Ah, por favor, señora, no me abruméis, ya soy bastante culpable!

Un largo silencio sucedió a sus palabras, y el marqués se puso completamente de rodillas, con la cabeza gacha y expresión abrumada.

Como buen italiano, Mazzarino disfrutó mucho de esa situación que se situaba entre lo trágico y lo bufonesco. Estuvo a punto de aplaudir.

Por su carácter pudoroso, Mathilde y el conde cruzaron una mirada incómoda.

Mathilde fue quien dio por terminada aquella situación, que corría el riesgo de prolongarse si el marqués no oía alguna palabra tranquilizadora:

—Está bien, marqués, levantaos. Con el tiempo, tal vez os perdone.

—Ah, gracias, señora, veréis pronto quién os sirve. Esta vez, sin poder contenerse, el cardenal aplaudió mientras el marqués se levantaba y saludaba, acentuando involuntariamente el carácter teatral de toda la escena.

—¡Bravo! ¡Bravísimo! —exclamó Mazzarino. El conde de Nissac esperó unos momentos y luego dijo, con tono lúgubre:

—¿Podríamos hablar de los problemas militares, señor cardenal?

El príncipe de Condé y seis de sus partidarios habían salido de Agen, ocupado por sus tropas el 24 de marzo de 1652, domingo de Ramos.

De todos, el príncipe de Condé parecía el más resistente a pesar de su aspecto delgado, casi flaco. El cansancio surcaba su rostro pero agrandaba sus magníficos ojos azules.

A su lado, el duque de La Rochefoucauld se mantenía con dificultad sobre su caballo, pues una crisis de gota lo hacía sufrir terriblemente.

Era preciso sostener a algunos que, como el príncipe de Marsillac, se desvanecían sobre la silla. Otros estaban tan agotados que se tambaleaban y se derrumbarían al bajar de su montura.

A todos ellos, el viaje que llevaba de Agen a Orleans se les hizo interminable, pero el príncipe no quería perder un instante. Sabía el poder que se acumulaba a orillas del Loira: sus antiguas tropas del norte aumentadas por el ejército reclutado por el duque de Nemours en los Países Bajos, así como los soldados de Gaston de Orleans que dirigía el duque de Beaufort. Una fuerza considerable. Golpeando rápido y con violencia, como tenía por costumbre, el príncipe de Condé podía destrozarse el ejército real. Entonces, todo sería posible.

Sin detenerse más que dos horas en tres etapas, cabalgando día y noche, el príncipe llevaba de viaje una semana. Al final, lo aguardaba la deslumbradora victoria de Bleneau, que llevó la Fronda al punto de máxima ventaja e hizo tambalear el poder real.



Jérôme de Galand, general de policía del reino, lanzó una mirada fría a la escena y, con voz seca, ordenó:

—¡Sacadlo de ahí!

Dos oficiales vestidos de paisano tiraron de las piernas de un cuerpo metido hasta la cintura en un horno enfriado.

No sacaron más que a la mitad del hombre, pues el tronco y la cabeza estaban completamente carbonizados, así como los brazos y los antebrazos.

Dos manos se desprendieron de la ceniza y cayeron al suelo, con las palmas abiertas, como las de un mendigo que aguarda monedas, lo que desencadenó la risa incontrolable de un joven oficial.

Galand lo miró con desprecio.

—¡Id a reír con nuestros caballos!

El hombre dejó el taller con la cabeza baja, la mano sacudida por espasmos nerviosos.

—¡Es muy joven! —se lamentó el teniente Ferrière, que ya había intentado

explicar a su subordinado el carácter de su jefe durante el examen del cuerpo de la joven desollada.

Galand barrió el asunto con un gesto molesto y preguntó:

—¿Tiene viuda?

—Sí. Ha reconocido lo que queda de la ropa y los zuecos: se trata de su marido. Está esperando en el cobertizo.

—Luego la veré. ¿Qué tiene que ver el hombre con esto?

Ferrière vaciló un instante, sabiendo cómo le gustaba a su superior ir al grano.

—Pues, poca cosa, señor barón. Es un taller de maestro cristalero.

Ferrière se preguntó por qué sus palabras suscitaban un interés tan repentino e intenso en su jefe. La mirada de Galand, una mirada de ave de presa, escrutó todos los detalles del taller y luego, tan secamente como siempre, ordenó:

—Retirad esos haces de paja. Con mucho cuidado y delicadeza, podría haber debajo materiales frágiles.

Los policías se pusieron enseguida manos a la obra con eficacia y prudencia, quitando los haces de paja uno a uno, sin dejarse invadir por la evidente impaciencia del barón.

—Ahí hay algo... Es de cristal y ¡de una toesa! —dijo un oficial.

Pronto dejaron al descubierto una caja de vidrio efectivamente de poco menos de una toesa de largo, de un pie y medio de ancho y poco más de un pie de profundidad.

Los policías se miraron, perplejos, pero Galand, que parecía alucinado, ordenó:

—Ved si la parte de arriba se levanta, como es probable.

Ferrière sacudió la cabeza.

—Parece fijo...

Una leve —¡y rara!— sonrisa se dibujó en los finos labios del barón de Galand.

—Pues creo que os equivocáis, Ferrière, y que se trata más bien de una tapa.

Ferrière intentó levantar la parte superior en vano. Sin embargo, la placa de vidrio no le pareció pegada al conjunto y se volvió hacia el joven policía que seguía sus esfuerzos:

—Gillain, probad vos, con vuestros dedos largos y finos.

El joven deslizó sus hábiles dedos en una hendidura muy fina y levantó sin dificultad la parte superior. Los demás no tardaron en ayudarlo.

Satisfecho, Galand, con las manos a la espalda, se levantó varias veces sobre la punta de los pies, cayendo de nuevo sobre los tacones con un ruido seco. Explicó:

—Señores, es un ataúd de vidrio, cosa realmente singular. Sin embargo, esta maravilla no está destinada a recibir el cuerpo de ninguna princesa difunta, sino el de una de esas pobres mujeres que un loco desuella, sin duda vivas.

Los hombres miraron el ataúd con cierta repulsión, pero Galand ya no los dejó respirar:

—¡Señores, fuera! Vos, Ferrière, interrogad a la viuda. No me miréis, yo me mantendré retirado y sólo intervendré cuando haga falta.

Así se hizo.

La viuda, todavía bajo los efectos de la conmoción, respondía sin cálculo ni reticencia a las preguntas de Ferrière. Progresaron lentamente hasta el momento en que la mujer recordó dos puntos muy importantes: tres años antes, cuando estaba solo en su taller, su marido había sido misteriosamente atacado por unos desconocidos que le arrancaron la lengua. Pero, poco después, llegaron unas bolsas llenas de oro a su casa sin que ella pudiera explicar su origen.

Galand sonrió satisfecho. Las cosas adquirían un contorno, como un paisaje que emerge de la niebla.

Galand se había guardado hasta entonces de intervenir, y por fin se decidió, usando su voz quebradiza, a la que daba inflexiones metálicas. Se situó delante de la viuda y le dirigió una mirada glacial que la petrificó.

—Barón Jérôme de Galand, general de la policía real —se presentó.

—¡Monseñor...! —balbució la mujer.

—Vuestro difunto marido, hace tres años, ¿recibió alguna visita inusual?

—Pues... Bueno, estaba el cochero...

—Un cochero... Bien, muy bien. ¿Quién más?

—Dos jinetes que no se escondían mucho y parecían oficiales.

—Jinetes, dos en número, que parecían oficiales. Está muy bien. Tenéis una memoria excelente. ¿Qué más?

La mujer estaba fascinada por Galand. Su dureza que se ablandaba con la voz, sus cumplidos —«bien, muy bien, estupendo»— que la halagaban al venir de un hombre que no debía de prodigarlos a menudo; sólo sentía un deseo: satisfacer sus preguntas para que la miel manara de su voz.

Respondió:

—¡La carroza! ¡Una bonita carroza de seis caballos! Pero se quedaba lejos y la vi mal, pero debía de pertenecer al cardenal o algún señor muy poderoso.

—Dejemos eso. ¿Visteis a la vez al cochero, los dos jinetes que parecían militares y la carroza?

—Qué va, señor. El cochero sólo vino la primera vez. Otra vez se quedó con la carroza y los dos jinetes vinieron a ver a mi marido. Ese día todo parecía muy urgente, pues mi marido se fue enseguida con ellos.

—¿Qué cara tenían los militares?

La mujer pensó un momento:

—No sabría decirlo, los vi muy poco tiempo y luego los olvidé. Eran hombres duros... Daban esa impresión.

—¿Y la carroza?

—Oscura. Cubierta por los lados con lodo. Eso me sorprendió, porque hacía dos semanas que no llovía.

—¿Pero al cochero sí lo visteis bien?

—Ay, no sabría describir sus rasgos, a no ser su finura, extraña para un cochero.

Sus maneras me llamaron la atención porque eran las de un hombre de otra condición, y que no se espera de uno que duerme en la cuadra con los caballos.

Galand disimuló la excitación que lo invadía. Aquella mujer era valiosísima. Controlando perfectamente su voz, con la que sabía jugar tan bien, el jefe de la policía real le dio una entonación muy suave:

—Estupendo. Pero para ayudarnos más todavía, pues sólo queremos vengar a su difunto marido, ¿hay algún detalle especial que os sorprendiera?

La mujer reflexionó. Galand notó su vacilación y se adelantó:

—No temáis nada, a partir de ahora estáis bajo la protección de la policía real.

—Una cosa, monseñor, una cosa en realidad muy extraña pero que yo no vi con mis ojos.

—Hablad, por favor, sea lo que sea.

—Cuando se fue el cochero... Mi marido, que ya no podía hablar, lo dibujó sobre la arena de la calle con una rama rota. En el dibujo, los brazos estaban muy rayados. Insistió con la rama en los brazos y me animó con un gesto y una mirada a hablar. Cuando, tratando de comprender, dije «cicatrices», él asintió con la cabeza muchas veces y me dio palmaditas en el hombro.

Galand dominó perfectamente su voz, arrastrándola ligeramente:

—Cicatrices... Qué interesante... ¿Qué tipo de cicatrices? ¿Rectas? ¿De lado? ¿Cuántas?

—Señor, no las conté, había muchas, pero muchas. ¿Cómo deciros? Quizá quince en cada brazo. Y rectas.

Pensativo, Galand siguió:

—Rectas... Y en los dos brazos...

Luego, con un gesto vivo, se puso el sombrero negro y miró a la mujer con cierta amabilidad, pero su voz recuperó la sequedad de costumbre:

—¡Bien, muy bien! La misa y los funerales de vuestro difunto esposo están a cargo de la corona. Gracias y adiós.

Salió sin siquiera escuchar las palabras de la viuda, confusa ante tantos miramientos.

Una vez fuera, Ferrière llamó a su jefe con la mirada. Éste lo animó con un pequeño gesto nervioso.

—¿Qué pensáis, barón?

Galand se encogió de hombros.

—Ferrière, cuando estemos solos dejad de utilizar ese molesto «barón».

—¿Cómo tengo que llamaros, entonces?

—Pues no me llaméis. Lo que pienso es muy sencillo. El cochero de las cicatrices se parece al descrito por un tal Theulé, hace tres años. Ese hombre, el fingido cochero, existe, es el criado del Desollador y el Desollador se interesa, o se interesó, por la señora de Santheuil...

—¡Qué extrañas, esas cicatrices!

—Al menos, mi buen Ferrière, es algo que se ve.

—Si he contado bien, entre los dos brazos tendrá unas treinta. ¿Cómo es posible semejante cosa?

Galand, divertido, observó a Ferrière con sus ojos astutos. Ferrière fue penetrado por la inteligencia fulminante que emanaba de esa mirada. En toda su vida no había admirado tanto a un hombre, y escuchó atentamente al barón mientras éste explicó:

—El Desollador es un gran señor. Su cochero, si hacemos caso a Theulé y ahora a la viuda del maestro cristalero, no es cochero sino caballero. Es... qué se yo... un coronel, un barón, como soy yo, qué más da. Esas cicatrices son de cortes con estiletos, los mismos que sirven para desollar a las víctimas; se divierte impresionándolas al probar su instrumento en su supuesto cochero.

—¿Y de dónde os viene esta certeza?

—De la experiencia. Recordadlo, Ferrière: un buen policía debe saberlo todo sobre el tema.

—No entiendo...

Galand se agachó y recogió un croco.

—El Desollador se divierte. ¿Qué es un corte de estilete?

Se remangó: tenía tres cicatrices en el antebrazo. Siguió:

—¡Pues sí, Ferrière, lo he probado! Apenas duele si se inflige en un vuelo y con un gesto vivo. Sangre, un pinchacito, nada más. Pero mirad más arriba...

Ferrière observó una cicatriz diferente, larga, hinchada y con mal aspecto.

Galand se llevó el croco a la nariz, pareció decepcionado por su perfume, lo tiró por encima del hombro con un gesto negligente y explicó con sobriedad:

—Traté de desollarme. Se sufre mucho y vos sabéis, Ferrière, que no soy débil. Pero pienso que las víctimas sufren menos de lo que se cree, sin duda se desmayan por el dolor... Amigo mío, el estilete es como el gato: su pata es suave o araña cruelmente. Todo lo decide la manera.

—Pero... ¿por qué todo esto?

El barón de Galand montó en la silla y se agachó hacia su teniente:

—El Desollador considera el crimen como un arte. Debemos recordarlo, Ferrière, debemos recordarlo.

El general conde de Nissac había retomado el mando de sus baterías de artillería sin haber podido visitarlas de momento, pues llegaba una mala noticia: Orleans acababa de caer a manos de la Fronda. La caída de la poderosa ciudad se debía a la acción rápida de Marie-Louise de Montpensier, hija de Gaston de Orleans, de la que se decía que era la única partidaria de la Fronda que era fea, lo que no parecía nada falso a la vista de su gran nariz y su mentón saliente. Otros añadían que estaba medio loca, y algunos respondían enseguida: «¿Por qué sólo medio?».

Fuera como fuera, la Gran Señorita, hija del llamado «Señor», no tenía frialdad en los ojos. Con su destacamento femenino, formado por grandes y bellas damas de la nobleza, y ayudada por cómplices en la ciudad, acababa de hacer caer la ciudad de Orleans bajo el control de la Fronda.

Sin embargo, la pérdida de esa plaza de primer orden sobre el Loira no afectó mucho al rey, quien decidió rodear la ciudad pasando por Gien.

Nissac, presente en el Consejo, objetó que Beaufort y la vanguardia de la Fronda reaccionarían sin duda haciéndose con el puente de Jargeau desde la orilla derecha para impedir el paso al ejército real.

El joven Luis XIV apreciaba a Nissac por su fidelidad inquebrantable, pues Turenne, aunque arrepentido y habiendo actuado por amor, lo había traicionado una vez. Además, el general Nissac desconocía la derrota, lo que lo hacía un general excepcional. A eso se añadían la amistad profunda que sentía Mazzarino por él y el gran prestigio que la acción de los Fulares rojos había aportado a la corona. Para acabar, el jovencísimo monarca se sentía seducido por la manera novedosa como el conde de Nissac usaba la artillería, con una fuerte concentración de piezas que se movían rápidamente.

—¿Qué proponéis, mi querido Nissac?

De los señores presentes, los más atrevidos fruncieron los labios, los demás hicieron muecas interiores, pues el «querido» era raro en boca de Luis XIV, y ni siquiera a ellos los trataba tan bien. Pero por lo demás todos apreciaban a Nissac y aún estimaban más su falta de ambición y su escasa presencia en la Corte, que lo descartaban como posible rival.

Nissac observó un instante el mapa y su dedo planeó sobre el puente de Jargeau.

—Majestad, todo se decidirá sobre este puente. Mis cañones deben partir de inmediato, y también una pequeña tropa de élite que llegue antes que Beaufort y construya una barricada para esperar a la vanguardia del ejército real.

El rey levantó los ojos del mapa y observó al conde de Nissac, que no podía apartar su mirada del puente de Jargeau, representado con una fina pluma. Ver a aquel guerrero canoso, general excepcional y jefe de los legendarios Fulares rojos, le daba una gran confianza y un sentimiento de orgullo por ser rey de una persona semejante.

Luis XIV dijo brevemente:

—Que así sea.

Se levantó la sesión, y como los caballeros se retiraban, el rey retuvo un momento a Nissac:

—Querido conde, no he olvidado la noche en que tuve que huir de París con mi madre la reina y el cardenal.

—Yo tampoco, Sire.

—Vos cabalgabais a la altura de nuestra carroza y, al veros, yo no tenía ningún miedo.

—¿Qué puedo deciros, Sire? Era natural, ése era mi lugar.

—Natural... ¡No para los partidarios de la Fronda!

Nissac hizo un gesto que en parte se le escapó:

—Esos, señor... fueron vencidos, humillados; excusad mi franqueza: no fueron castigados, sino recompensados. ¿Qué hay de extraño en que vuelvan?

Luis XIV sacudió la cabeza. Con casi quince años, conseguía hacerse una idea bastante justa de los hombres:

—Es el único defecto del cardenal, por lo demás hombre de mucho mérito: cree que repartiendo oro consigue fidelidades. A veces es verdad, pero no siempre. Sobre este punto, Richelieu fue más estricto. Pero el cardenal Mazzarino me ha enseñado muchas cosas justas y no deja de asombrarme. Por lo demás, tened la seguridad de que esta vez los partidarios de la Fronda serán castigados duramente... Si Dios quiere que venzamos.

Luis XIV guardó silencio un instante y repentinamente dirigió una mirada alegre hacia Nissac:

—Me han dicho que el señor de Bois-Brûlé está de nuevo entre nosotros...



El conde de Nissac se plantó delante de Bois-Brûlé y, con aire duro, lo miró directamente a los ojos:

—¿Qué habéis hecho, desgraciado?

Como su interlocutor lo miraba asombrado, el conde de Nissac añadió en tono sombrío:

—El rey os espera... ¡Que Dios se apiade de vos!



El rey, rodeado de caballeros a su servicio, hizo entrar a Bois-Brûlé, que parecía más muerto que vivo. Para colmo, Luis XIV, con gesto descuidado, le hizo señal de que esperara mientras firmaba numerosos papeles.

Al cabo de varios minutos, el rey pareció sorprenderse.

Firmó y levantó los ojos hacia Bois-Brûlé, diciendo:

—Este documento se refiere a vos, señor.

Bois-Brûlé tragó ruidosamente y, reuniendo todo su valor, preguntó:

—¿A mí, Sire? Pero ¿qué he hecho que no se debiera hacer, Vuestra Majestad?

Luis XIV sonrió al observar el fular rojo atado con descuido en torno al fuerte cuello de Bois-Brûlé.

—Nada que deba alarmaros, señor. ¿Me preguntáis que habéis hecho...? Una noche, en el Palacio Real, me llevasteis en brazos cuando todo lo que significaba mi infancia se hundía a mi alrededor. Sin duda, pensabais que no me volveríais a ver, pero eso no disminuyó vuestra amabilidad, que fue extrema... ¿Vuestro pelo sigue siendo tan duro al tacto?

—Me temo que sí, Vuestra Majestad.

Luis XIV se levantó y se acercó.

—Incluso tenéis alguno gris.

Bois-Brûlé, encantado con el giro que daba la conversación, se distendió y se esforzó en marcar gran distancia entre el joven monarca y él:

—Es que sirviendo a los Fulares rojos salen canas antes, Majestad.

Luis XIV se volvió hacia un secretario que sellaba un acto. Ante la mirada impaciente del rey y la curiosa de Bois Brûlé, el hombre se apresuró a llevarle el pergamino.

El rey lo entregó con ceremonia a Bois-Brûlé, quien, por si acaso, se inclinó. Tardó unos segundos en entender las palabras del monarca:

—Vuestra baronía estará en Beauce. Tendréis muchas tierras y una casa de campo.

Bois-Brûlé miró al rey estupefacto, sin comprender, pero éste prosiguió, imperturbable:

—Pues así nos place, y por tanto os hacemos barón, César de Bois-Brûlé.

El reciente barón, de una toesa de alto y ancho como un armario de Vendée, se quedó con los ojos en blanco y se desvaneció a los pies de Luis XIV, quien, muy preocupado, mandó urgentemente buscar unas sales.

Cuando la fila compuesta por el conde de Nissac, Mathilde de Santheuil, Sébastien de Frontignac, César de Bois-Brûlé, Melchior Le Clair de Lafitte, An thème Florenty, Maximilien Fervac y Henri de Plessis-Mesnil, marqués de Dautricourt, se perfiló en el horizonte, los cañoneros que iban al combate levantaron la cabeza.

Como Nissac, casi todos habrán estado a las órdenes de Condé, en la época en que servir en el ejército del príncipe era servir al rey y a Francia.

Tardaron un rato en reconocer a su legendario jefe desaparecido en combate hacía tres largos años, pero la visión de los fulares rojos en el cuello de la mayoría de los jinetes y el incomparable sombrero marino de plumas rojas y blancas de Nissac los exaltó. Lanzaron cascos y sombreros por el aire o los levantaron con la punta de la espada hacia el cielo de un azul intenso; otros disparaban con el mosquete hacia una nubecita aborregada y un blanco como de lilas; ovacionaron a su general, que los

había llevado siempre a la victoria intentando no poner sus vidas en peligro. Una parte de las aclamaciones se dirigió también, sin duda, a la guapa mujer a quien el viento había subido el vestido y llevaba botas rojas y espada al costado.

Después de las demostraciones de júbilo, el conde mandó acelerar la marcha para someter el puente de Jargeau al fuego de sus cañones, pues sabía que cada minuto era muy valioso.

Abajo, la situación seguía siendo incierta. Al llegar a la orilla izquierda, dirigidos al galope por el conde de Palluau, doscientos guardias del rey se habían dirigido hacia el puente, en medio del cual levantaron una sólida barricada.

No fue un lujo superfluo, pues con la obra a punto de acabarse, la vanguardia de la Fronda, dirigida por el duque de Beaufort, llegó por la orilla derecha y cargó de inmediato, volviendo a formar para cargar repetidamente.

Los guardias del rey resistieron admirablemente a un adversario muy superior en número, luego recibieron refuerzos, y sobre todo les ayudó la temible artillería de Nissac, que se puso en batería enseguida y machacó sin piedad a las tropas de Beaufort, que embotellaron la entrada al puente por la orilla derecha.

Para la Fronda, se trató de una derrota humillante, pues cuatro escuadrones de jinetes fueron aniquilados, recogieron a muchos muertos y los supervivientes huyeron de forma poco gloriosa.

Con algunas excepciones.

En efecto, en la orilla derecha, una maravillosa mujer partidaria de la Fronda, a caballo, distinguió a la bella amazona del partido del rey que caracoleaba delante de los cañones, ahora silenciosos, del conde de Nissac, y le lanzó la espada.

La otra encantadora jinete hizo lo mismo desde la orilla izquierda.

Charlotte de La Ferté-Sheffair, duquesa de Luègue, acababa de desafiar a la baronesa de Santheuil. Ninguna de las dos dudó que volverían a verse un día con las espadas en la mano.

Y no se equivocaban...

El regreso hacia Orleans de Charlotte de La Ferté-Sheffair, duquesa de Luègue, fue muy triste.

En un camino sobre el que había cascos y piezas de equipo abandonadas, y mientras su caballo cojeaba, la joven dejaba atrás a las tropas desmoralizadas. Había heridos sentados a los lados del camino, con la cabeza entre las manos; otros, más graves, agonizaban cerca de los fosos.

La duquesa, de aguda inteligencia, no ignoraba la magnitud de la derrota infligida por un puñado de guardias reales a la poderosa vanguardia del ejército de la Fronda.

Observó a un caballero de cierta edad, coronel de un regimiento perdido, arrodillado cerca de su caballo, que yacía sobre un flanco con una pata rota. El coronel acarició la cabeza del animal y luego, introduciendo el cañón de su pistola en la oreja del caballo, abrió fuego. El animal se encabritó a medias y cayó. El caballero se levantó, con gesto hosco, y retomó la marcha cansinamente hacia Orleans:

—¡Detesto la guerra! —murmuró la joven.

Con veintiún años, y una belleza deslumbrante, a veces se sentía mayor. Sin duda debido a sus tres años en la Fronda, pero también a sus ilusiones perdidas. ¿Qué quedaba de lo que ella creía duradero a los dieciocho? ¿Su gusto por la fiesta? ¡Desaparecido! Se aburría enseguida y sólo aspiraba a estar sola. ¿Una vida de placeres? ¿Para qué sirven los placeres que no se comparten con un hombre querido? ¿El ocio? En cuanto se tiene, se desea que suceda algo. ¿La guerra? Hace llorar con demasiada frecuencia.

Pensó en sus primeras batallas. En esa época, se embriagaba con los rayos de sol reflejados en las hojas de las espadas, las cargas de caballería escuadrón contra escuadrón, el sonido del cañón. No veía, no quería ver, a los muertos ni a los heridos, a los cadáveres podridos con gusanos hormigueantes que ennegrecían bajo el sol. Inconsciente o terriblemente joven, ignoraba todo eso, se preocupaba únicamente por escoger un nuevo amante entre los vencedores del día. Pasaba de un hombre a otro por el simple placer de robárselo a una rival, por capricho, por diversión.

Pensó en el conde de Nissac, que había conmovido su corazón de muchacha. En aquella época, bajo ningún concepto, por muy fuerte que fuera su amor por él, habría aceptado vivir en su viejo castillo azotado por las olas y el viento.

Hoy correría allá sin dudar, desde Orleans y sin montura.

Él tenía razón, por supuesto. El amor era eso: sencillez y pasión lejos de la mirada de los demás. El amor es también abandonarse a sí mismo por el objeto de adoración; pues bien, ella se había mostrado egoísta. ¿Cómo había podido engañarse tan profundamente? Y con ella, tantas mujeres de la Fronda. Se cede a un rostro, a un bonito perfil, y luego una se encuentra con un resultado contrario y un tonto que cuenta sandez tras sandez y parecido a un calabaza vacía.

¡Qué error!

Los hombres, eso le parecía ahora muy sencillo, la apariencia exterior y la edad no tenían ninguna importancia.

A menudo, los hombres hablan de la vida de la misma manera en que aman. El conde de Nissac era un amante maravilloso, pero hoy, un poco tarde, ella se acordaba de cómo hablaba de la vida, de sus pensamientos, sus ideas, sus gustos y sus esperanzas.

Y de ese niño, el niño de los dos, que no había vivido, aquella maravilla pura y tierna que habían ahogado.

¡Mazzarino...!

Aunque, ¿era tan seguro que hubiera sido Mazzarino, en realidad? En los tres años en que creyeron muerto al conde, quedó impresionada por la cantidad de pruebas del profundo afecto del cardenal por su «querido Nissac». Cuando su amistad era tan fuerte que a pesar de su gran avaricia ofreció una importante recompensa y, por muy primer ministro que fuera, se había desplazado decenas de veces para ir a ver a un hombre que había perdido la memoria con la esperanza de reconocer al que buscaba, ¿podía hacer ahogar a un niño de un amigo querido, aunque la madre fuese de la Fronda, una entre tantas?

¡Era muy improbable!

Lo que ella veía de la política le repugnaba y le llevaba a pensar que la abyección no podría ser privilegio de un solo bando. Pensándolo bien, los más feroces enemigos de Nissac se encontraban entre los partidarios de la Fronda y no en el bando del rey y el cardenal, donde lo consideraban como un héroe superior a todos por su valor, inteligencia y la suprema audacia que lo llevó a vivir y actuar en el corazón de una ciudad enemiga.

Desde su desaparición, cuando se supo que el conde era el jefe de los Fulares rojos, la joven duquesa no dejó de hacer que le contaran las aventuras de la banda formada por caballeros y galeotes, increíblemente audaces. De la banda y de su jefe, claro.

Elegancia, gracia, brillo, fidelidad, espíritu caballeresco, todo lo que ella esperó encontrar en la Fronda, nadie lo encarnaba mejor que el conde de Nissac, en cuyos brazos ella conoció el amor.

Adelantó a un joven corneta, cuyo caballo cojeaba más que el suyo y llevaba sobre el hombro un estandarte agujereado por las balas. El joven oficial perdía sangre por una herida en el costado, pero nadie se preocupaba por él, ni siquiera él, que tenía la mirada fija como si volviera del reino de los muertos.

—Conde de Nissac... Loup...

Su pecho se inflamaba cuando pensaba en la visión impactante de la orilla derecha del Loira. La artillería real se ponía en batería a una rapidez asombrosa. Y pronto, a la izquierda de las piezas, apareció un hombre sobre un gran caballo negro, un hombre con un sombrero magnífico, marino, calado sobre los ojos como para aumentar el misterio y plumas magníficas, rojas y blancas, en una armonía

maravillosa.

Ella creyó desfallecer al verlo tan guapo, tan erguido sobre su alto caballo, y ese modo de ordenar cada descarga, levantando la espada hacia el sol con un gesto rápido.

—¡Olvidarlo...! ¡Olvidarlo...!

Claro, tenía que olvidarlo. Él amaba a otra y nunca se lo negó, con aquella franqueza tan ajena a los cortesanos.

También se sentía atraída por un joven partidario de la Fronda y sabía, por el juego de las miradas, que él sentía lo mismo. Esta vez lo que se parecía a la felicidad estaba al alcance de la mano, y ella no quería dejarlo escapar. No ignoraba que el joven no se asemejaba en nada a Nissac, pero así le parecía mejor, pues no establecería ninguna comparación.

Un mosquetero yacía en medio del camino, con los brazos en cruz. Nadie se había preocupado de apartarlo a la cuneta, por miedo a perder unos instantes mientras existía el riesgo de que la caballería real cargara sobre los rezagados y provocara una carnicería entre sus filas. Los cascos de los caballos y las ruedas de carro que habían pasado sobre el cadáver habían transformado el rostro del mosquetero en una pasta rosada y sanguinolenta.

Los horrores de la guerra...

La duquesa desvió a su caballo para evitar el cuerpo.

—¡Todo esto tiene que acabar! —dijo en voz alta. Dos dragones que habían perdido los caballos en el combate y que marchaban a su altura volvieron la cabeza.

Uno de ellos, con rara insolencia, la miró desdeñoso:

—¡Acabará cuando vos y los de vuestro mundo detengáis vuestras guerras que no interesan al pueblo y nos ocupéis en algo más útil!

Su compañero no se quedó corto y añadió, dirigiéndose a la duquesa:

—¡El noble es la araña, el campesino la mosca!

Ella fingió ignorarles, y se tragó su cólera. La Fronda era también ese desorden nacido del cansancio popular. Si esa multitud se armara, los leales al rey y los partidarios de la Fronda serían barridos por igual.

A ella le habría gustado irse, dejar las filas de la Fronda, huir de la guerra, volver a su castillo y no salir hasta que todo terminara. Pero una duquesa de Luègue no huía del combate. Lo sabía muy bien; irse significaba acarrear consigo hasta el final de sus días una vergüenza que caería también sobre su marido y sus hijos.

Se quedaría hasta el final, hasta las heces.

Pensó entonces en los combates futuros y en esa mujer tan guapa que, con la espada en un costado, desfilaba delante de los cañones del conde de Nissac bajo su mirada de enamorada.

Sin duda, ella debería de amar a esa mujer de algún modo, pues evidentemente hacía feliz a su adorado conde. Habría sido un sentimiento muy noble, elevación del alma y lógica amorosa llevada al extremo. Sin embargo, se sentía incapaz de tanta

grandeza, y dejaba ese gesto sublime a los personajes de las tragedias del señor Pierre Corneille.

Lo único que sentía era un odio terrible, implacable, que la asustaba. Si esa mujer no hubiera existido, el conde de Nissac la habría amado a ella a su manera peculiar que no aceptaba compartir y comprometía para toda la vida. Sin esa mujer, su «Loup» le habría dado otros hijos y una gran felicidad de existir.

Dejó atrás un carro volcado y saqueado, y murmuró con voz rota por la emoción:

—¡La odio! ¡La mataré...!

La duquesa de Luègue, si se trataba del conde de Nissac, no atendía a matices.

En el momento en que los últimos convoyes del ejército real cruzaban el Loira en Gien, el príncipe de Condé reunía en secreto, tras un largo periplo, a su ejército del centro y, sin disparar un solo tiro, tomó enseguida Montargis antes de marchar sobre Château-Renard.

Un agente de Jérôme de Galand había constatado la llegada del príncipe y se dispuso a informar inmediatamente al rey. Desgraciadamente, su prisa por dejar el ejército de Condé donde servía como oficial llamó la atención. Fue arrestado, torturado y ejecutado.

El ejército del rey ignoró siempre cuándo se produciría el regreso de Condé, aunque se le esperara, pero esa falta de precisión fue sin duda el origen del gran desastre que iba a caer sobre las tropas leales a pesar de la alegría de su rotunda victoria de Jargeau.

Para su desgracia, el ejército real se componía de dos cuerpos de ejército diferentes. Esa distinción tenía origen en la rivalidad que enfrentaba a los mariscales de Turenne y de Hocquincourt. Si Turenne, por realismo, daba prueba de ánimo de conciliación, no pasaba lo mismo con Hocquincourt, que se mostró muy celoso de no asegurar el mando de jefe del ejército real. Además, a pesar de la firme objeción de Nissac, el rey, después de haber sopesado el problema, había decidido crear sólo para Hocquincourt un ejército que fuera suyo y diferente del de Turenne.

Cruzado el Loira, el señor de Turenne instaló su campamento de defensas bien organizadas en Briare, cerca de Gien, mientras que el mariscal de Hocquincourt, siempre de humor huraño, acuartelaba su ejército cerca de Bleneau, aunque fuera a más de cuatro leguas de Turenne. Poco satisfecho del lugar, Hocquincourt dispersó a sus tropas por siete aldeas diferentes.

El conde de Nissac instaló su fuerte y temible artillería junto al señor Turenne, con quien se llevaba bien, mientras que no podía soportar al mariscal de Hocquincourt, con su orgullo susceptible a la palabra más anodina, sus caprichos de doncella que espera marido, su eterno descontento.

Para el conde, había que abordar la guerra con un ánimo de acción común que no dejaba espacio a las ambiciones personales. Alimentado por las lecciones del pasado que da la historia, recordaba el drama de Azincourt, de la caballería francesa que aplastó a su propia infantería por sus prisas de matar, ¡y con qué resultado!

Preocupado, fue a visitar al mariscal de Turenne en compañía de Sébastien de Frontignac, ese día muy hablador.

Tras secarse de un breve chaparrón, los dos hombres no explotaban demasiado a sus caballos, mientras que el barón de Frontignac observaba:

—En abril aguas mil.

—Parece que estáis de buen humor, capitán —respondió Nissac.

—Es que tengo prisa por toparme apasionadamente con mi confesor.

—Antes de debatir sobre teología, tendréis que hacer frente al príncipe de Condé.

—Temo menos al príncipe que a mi confesor.

—¿Quién es?

—El señor de Singlin, de Port-Royal des Champs.

—Desconfiad, Frontignac, por muy brillantes que sean esas gentes, huelen a herejía.

—En absoluto, señor conde. Al contrario, Port-Royal es el futuro de nuestra religión, que sin la abadía se oscurecería rápidamente.

El conde de Nissac suspiró:

—Me sorprendéis, barón. Tan pronto sois jansenista y un católico lleno de pureza, como después dais consejos de brujos a nuestros compañeros. ¡Por uno u otro lado estáis buscando la hoguera!

—Cuánta razón tenéis, señor conde.

—¿Qué decíais a Florenty y al barón de Bois-Brûlé?

—A Florenty le daba un consejo: contra el mal olor de pies, hay que meter en las botas espuma de hierro, y él se lo repitió sin tardanza a un cañonero que le incomodaba. Lo convenció sin dificultades.

—¿Y al señor de Bois-Brûlé?

—Le expliqué que hay que llevar un anillo con unos trozos de cordón umbilical para expulsar las crisis de cólico.

El conde hizo una mueca:

—Una medicina especializada en horrores... Cuando os oigo, barón, imagino que el cuerpo va a ceder por todas partes, disolverse, ver cada miembro marcharse en sedición y seguir un camino diferente, evacuarse en sangrías.

—¿Sangrías? ¡Conozco el remedio!

—¿Cuál? —preguntó Nissac, con un tono que revelaba cansancio sobre el tema.

—Es muy sencillo, señor conde. Basta poner excremento de cerdo en algodón y aplicarlo en el punto que sangra.

—¡Ay, ni una palabra más, barón! Prefiero vaciarme de sangre que embadurnarme de mierda de puerco... ¡Qué abominación! ¿No tenéis algún otro objeto de pasión? ¿Y esa baronesa, Catherine Dumez? Ella merecería toda vuestra atención, y sería legítima, pues os he sorprendido cruzando dulces sonrisas.

Frontignac dirigió una mirada interesada al conde de Nissac y le preguntó:

—¿La encontráis bonita?

—Mucho.

—¿Y qué más, señor conde?

—Me gustan mucho sus sombreros.

—¿Tanto?

—Pues claro, barón.

—¿De verdad?

Nissac adivinó que su joven amigo estaba seriamente prendado, y que esperaba

una opinión seria. Esa muestra de confianza lo conmovió:

—Barón, si la señora de Santheuil no existiera, ni tampoco vos, a pesar de nuestras diferencias de edad, probablemente haría la corte a la baronesa de Dumez. Vive Dios, ¿por qué no os casáis con ella, que parece que os ama también?

—Lo haré. Pero antes hay que acabar con la Fronda.

—¡Eso es otro asunto! —respondió el conde de Nissac con aire sombrío.



El señor mariscal de Turenne recibió inmediatamente al general conde de Nissac y le ofreció vino de Touraine y muslo de capón caliente y dorado.

El mariscal se esforzaba mucho por que Nissac, a quien tenía en gran estima, se sintiera a sus anchas, pero adivinaba en su interlocutor una irritación que no combatía si no con gran esfuerzo.

Turenne se resolvió a abordar el problema con franqueza:

—Hablad, conde, vos y yo somos viejos soldados, no nos tenemos que andar con rodeos.

—Se trata del mariscal de Hocquincourt y sus locuras.

Una sonrisa fugitiva apareció en los labios de Turenne.

—Proseguid, os lo ruego.

—Sin rodeos, habéis dicho... Hocquincourt está loco, o es un crío. Es una gran herejía militar dispersar sus tropas en siete aldeas cuando el ejército de Beaufort y Nemours se encuentra a menos de tres leguas y no se sabe exactamente dónde está el príncipe de Condé... El mariscal debe agrupar su ejército en un solo sitio, disponer una guardia severa, tener como relevo unos regimientos en estado de alerta y estar preparado en todo momento para hacer frente a un ataque de la Fronda.

Turenne asintió con la cabeza, gravemente:

—Habéis entendido bien la razón, general, y nunca he sentido tanto como ahora que no seáis mariscal al mando de este ejército, pues tenemos opiniones parecidas en todo. Olvidé... Olvidé todo orgullo, todo despecho, para ir a parlamentar con el mariscal de Hocquincourt y exponerle lo que decís. Me recibió fatal y se negó a escucharme.

Los dos oficiales superiores cruzaron una mirada seria, luego el conde de Nissac siguió:

—¿El rey está informado?

El mariscal hizo un gesto evasivo.

Nissac vació su vaso de un trago y dijo, muy secamente:

—Gracias por el vino, señor mariscal.

Turenne retuvo a Nissac poniéndole la mano en el antebrazo.

—Tenéis razón y los dos lo sabemos. Pero las cosas tal vez no sean tan graves como imaginamos. El ejército de la Fronda está a las órdenes de Beaufort y Nemours,

que son valientes pero no tienen ningún talento militar. Son incapaces de la audacia que el príncipe, vos o yo manifestaríamos en estas circunstancias. El ejército real les da miedo, nunca se atreverán a atacarlo. Hay que tener esperanzas.

—¡Yo no, señor mariscal!

Turenne se sobresaltó:

—¿Eso creéis?

—¡Esperanzas! La guerra es nuestro oficio desde hace demasiado tiempo para que abusemos de las esperanzas. Creo en la fuerza del choque de los escuadrones, en la disciplina de la infantería, en la precisión de la artillería, en la competencia del comandante, pero las esperanzas fueron para los primeros cristianos, que se dejaban devorar por los leones en las arenas rezando... con esperanzas... a un Dios cuya enorme fuerza consiste en no haberse mostrado nunca, sin duda por miedo a defraudar.

El mariscal Turenne miró al general Nissac con estupor; luego soltó una carcajada franca.

—Conde, sois un impío, un materialista y estáis de un humor endiablado, pero, diablos, vos sí sois un verdadero soldado... Por favor, comeos ese muslo de capón y tomemos otro vaso. O varios.

El conde de Nissac se encogió de hombros.

—Bueno. Y si después de beber vemos dos ejércitos de los príncipes, redoblabamos los esfuerzos, ¿no?

—¡Exacto! —respondió el mariscal de Turenne, de excelente humor.

La noche de abril caía, pero no era todavía bastante oscura para el príncipe de Condé, quien avanzaba nerviosamente en un desfile.

El príncipe no manifestaba sus pensamientos interiores, aunque creía que el ejército de la Fronda tenía bastante buen nivel y presencia. A veces reconocía un rostro, a un veterano de las luchas en las fronteras del norte contra los españoles.

Detrás de él marchaban el duque de Beaufort y su cuñado, el joven y seductor duque de Nemours. A ninguno de los dos les llegaba la camisa al cuerpo, pensando que el recuerdo de la derrota de Jargeau estaba todavía en la memoria de todos. Pero se equivocaban: al aparecer, el «Gran Condé», inolvidable vencedor de Rocroi, había devuelto a sus tropas el empuje de que carecían poco antes.

El príncipe levantó los ojos, muy azules y repentinamente brillantes, hacia el cielo, donde todavía había resplandores rosas que se ahogaban poco a poco en las tinieblas.

—¡Esta puesta de sol no tiene fin! —se lamentó.

Pero era demasiado buen soldado para no esperar lo suficiente para llevar a cabo su audaz proyecto.

Notó que la tierra mojada perfumaba el aire, y que ese olor tan agradable facilitaría el sueño de los soldados del ejército real.

Luego pensó en otras cosas.



Un poco más entrada la noche, el barón Jérôme de Galand y su fiel teniente Ferrière iban a paso lento con sus caballos por las calles y callejas del París desierto y sumido en la más completa oscuridad. El viento se levantaba y hacía rechinar siniestramente las cadenas de los letreros de los tenderetes, numerosos en ese barrio.

Los dos hombres se dirigían sin prisas a su misión, portadores de malas noticias, y sus sombras parecían desmesuradas a la pálida luz del farol que el teniente Ferrière sostenía en la mano izquierda, luz que bailaba al ritmo de los baches de la calle.

—¡Una noche ventosa! —observó Ferrière con una voz ahogada.

—¡Y pronto se levantará la niebla! —respondió Galand, que no estaba de mejor humor.

Después de asentir, Ferrière añadió:

—El servicio a esta hora tardía abre el apetito. Me imaginaba dentro de poco delante de pies de cerdo y crestas rellenas, hortelanos, piezas de ciervo, jabalí o corzo... Incluso una gran liebre. ¿Qué pensáis?

Galand se encogió de hombros.

—Os escucho. Seguid.

Ferrière, apasionado por el tema, tragó saliva:

—Huevos escaldados con caldo de acedera. Para abrir el apetito. Pero ¿qué preferís vos?

—Por mi fe, teniente, yo no concedo la importancia que parecéis concederle vos. Tengo gustos modestos. Mis únicos caprichos son el lenguado y la perca, lo demás me deja indiferente... ¿Tenéis el dibujo de la última desollada?

La ausencia de transición cortó en seco el apetito de Ferrière. Así era su jefe, aparte de los asuntos criminales o de la seguridad del Estado, pocas cosas le interesaban, aunque en los últimos diez años se había entregado varias veces a extrañas reflexiones sobre el «gobierno ideal» de los hombres.

El teniente respondió:

—Sí, lo tengo. Con todos los detalles.

Jérôme de Galand asintió.

Al salir de París por la puerta de Saint-Jacques fueron a una bonita casa de la calle de la Vieille Draperie. Aunque no lo dejó ver, como de costumbre, Galand se sintió desfavorablemente impresionado por la actitud de los soldados de guardia en la puerta Saint-Jacques. Lo reconocieron, sí, y lo saludaron con deferencia, al menos aparentemente, pero a su agudo sentido de la observación no escaparon algunas miradas insolentes.

Fue Ferrière quien habló de ello:

—Los guardias nos han puesto mala cara esta noche. Parecían lacayos que hubieran notado la ruina de su amo.

Galand sonrió en la oscuridad.

—Buena observación, Ferrière. De eso se trata precisamente. Aun siendo estúpidos y estando embrutecidos por vinos malos, saben que en París soplan vientos favorables a la Fronda, de la mano de Gaston de Orleans, y no ignoran mi lealtad a la corona. Supongo que a algunos les gustaría mucho que yo pasara a mejor vida.

Ferrière se indignó, se removió en su silla y con él el farol; sus sombras bailaron locamente, de pronto desmedidas. Concluyó, como para tranquilizarse:

—¡Nunca se atreverían!

Galand observó a su teniente con una verdadera curiosidad:

—Entonces, lo creéis así...

Ferrière, un tanto molesto, persistió en su postura:

—¿Cómo no pensarlo? ¡Alguien como vos! En materia criminal, que nos apasiona a vos y a mí, no ha habido dos personas como vos en todo el siglo. Esos cerdos no saben nada de la finura con que preparan una mente para la policía criminal, pero respetan y temen vuestro nombre.

—Un hombre es un hombre y, un instante después, un cadáver. Que haya sido único en su siglo le importa muy poco... ¡Hemos llegado!



El barón de Carel, en babuchas de terciopelo verde y bata de casa con botones de oro y fondo amarillo y verde con adornos dorados, mandó abrir a los dos policías y los recibió con una hostilidad que no disimuló, pero que dejó a Galand indiferente.

Sin embargo, el general de policía se expresó con diplomacia y expuso que le había llegado el rumor de la desaparición de la baronesa de Carel.

El marido explotó rabioso:

—¿Os referís a la puta?

—A la señora baronesa —corrigió suavemente Galand.

El esposo, fuera de sí, se puso a recorrer la habitación:

—No habría sido baronesa si yo no la hubiera tomado por esposa en un momento de locura.

—Dicen que es joven y muy guapa —instó el policía, observando al hombretón de cuarenta y tantos años, que seguía yendo y viniendo, preocupado y manifiestamente colérico:

—Habría sido mejor que fuera menos guapa y estuviera más unida a su marido. Me engañaba, señor.

«Es comprensible», pensó Galand, y respondió:

—¿Desapareció hace mucho?

El barón de Carel dejó de ir y venir y se detuvo delante de Galand:

—¿Desaparecer? ¡Si lo hacía continuamente! Localizaba a hombres con cierta riqueza, no siempre nobles, y se mostraba tan provocativa que se la llevaban a la cama y, una vez con las piernas por el aire, ella las mantenía.

—¿Mantén las piernas por el aire? —preguntó Galand, extrañado por aquella imagen curiosa.

El barón de Carel siguió:

—Con distintos caprichos, obtenía de ellos oro, joyas que no traía aquí, como habría sido natural, sino que escondía en un lugar que no conozco. ¿Se imaginan?

«Este barón tiene cierta vocación de macarra», pensó Galand, quien siguió con tono imperturbable:

—Dicen que el señor de Harcourt...

El otro lo interrumpió:

—¡Harcourt! Añadid Beaufort y otros grandes señores amigos suyos, pues la ramera tenía buena reputación entre esos señores, que se la recomendaban unos a otros.

—Ya veo... —respondió el policía, que adoptó voluntariamente un tono distanciado para añadir, como se hace con una observación sin importancia—: Se trata de señores favorables a la Fronda...

El barón de Carel lo observó con desconfianza, evitando su mirada:

—Señor, eso no lo sé, me interesa muy poco... ¿Es todo lo que queríais saber?

—En absoluto —replicó Galand.

Con un gesto vivo, reclamó el dibujo a Ferrière, quien se lo tendió enseguida.

Curioso, el barón de Carel se puso ligeramente de puntillas, pero Galand sostenía el documento de manera que su interlocutor no podía distinguirlo.

Finalmente, el policía levantó los ojos del pergamino y observó duramente al barón de Carel:

—Escuchadme con atención y haced un esfuerzo por recordar. La señora baronesa de Carel es una mujer de estatura mediana, hombros anchos y redondos, piernas largas pero pies especialmente pequeños...

Carel lo interrumpió:

—Su madre, medio puta también, la obligó muy pronto a llevar zapatos estrechos, y los pies se le desarrollaron mal.

Galand asintió con la cabeza, con interés; luego siguió:

—Tiene la piel suave y bonita, muy blanca y lechosa, y el cabello de un rubio intenso, nada apagado. Tiene un lunar en el hombro izquierdo, otro encima de la cadera. En el hueco del hombro tiene una ligera excrescencia y una cicatriz en la parte superior de la rodilla derecha... ¿Son rasgos reconocibles de la baronesa?

El barón de Carel, en un gesto sin gran significado y sin buscar ningún efecto, se llevó la mano a una espada imaginaria, que no podía concebirse encima de una bata de casa:

—Ah, ¿vos también os la habéis follado?

El tono cortante y la mirada helada de Galand hicieron callar a Carel, que compuso una expresión ofendida al oír:

—Responded u os llevo al Châtelet por los cojones.

Impresionado, Carel contestó rápidamente:

—Sí, se trata de la baronesa de Carel. ¿Qué ha hecho? Yo no soy responsable.

Galand dio la vuelta al documento y se lo tendió a Ferrière.

—Ella nada, sin duda. Pero la han desollado viva. Puedo indicaros la sepultura provisional donde se encuentra el cuerpo, pero no devolveros la cabeza.

—¿Por qué diablos la conserváis?

—No la conservo, señor, no tengo costumbre. No la hemos encontrado, lo cual es muy distinto.

Vaciló y dijo, con voz suave:

—¿Conocéis a un hombre con los antebrazos llenos de cicatrices?

—No, ninguno.

Galand ya daba media vuelta cuando el barón Carel lo alcanzó y lo cogió por el hombro. El policía miró aquella mano en su hombro y lanzó a Carel una mirada tan amenazadora que él quitó la mano como si estuviera puesta en unas brasas o en un nido de víboras.

El barón de Carel, con una voz en que vibraba la esperanza, preguntó:

—Y el oro, las joyas... ¿Las habéis encontrado? Galand observó a su interlocutor con interés renovado y contestó suavemente:

—Sabiendo que este cruel duelo os arroja a una profunda aflicción, he

considerado que estas cuestiones de menor importancia no merecen que pierda mi tiempo en ellas. ¡Hasta nunca, señor!

Se dirigió hacia la puerta sin despedirse siquiera del barón de Carel.

El príncipe de Condé, con la mirada febril, esperaba a la cabeza de sus escuadrones.

Pensaba que la victoria tiene un olor. Y él conocía ese olor. De Rocroi a Lens, pasando por otros lugares, aquel perfume embriagador lo acompañó desde antes de que se libraran las batallas que lo consagraron hasta el punto de que lo llamaran el «Gran Condé», lo que lo distinguió entre sus antepasados, también rebosantes de gloria.

La noche del 6 al 7 de abril de 1652 sería suya como una mujer y el día se levantaría sobre su triunfo.

La Corte, refugiada en Gien, estaba al alcance de la mano. Si la capturaba, y al rey con ella, el país quedaría sumido en el estupor.

¡Había que dar un golpe decisivo!

En Guyena y todo el suroeste, su ejército dejado en el lugar hacía el mismo juego con las tropas reales.

En París, el bando de los príncipes organizaba manifestaciones populares contra Mazzarino. Aquello estaba bien, pero no era suficiente.

En uno y otro caso, si no retrocedían, la guerra no avanzaba. El joven rey se revelaba cada día más un verdadero rey y sería difícil hacer creer que Luis XIV era el «rehén» de Ana de Austria y Mazzarino. La Fronda perdería así su principal pretexto.

Lo más grave era que Ana de Austria cedía el poder a su hijo, pero éste conservaba toda su confianza en Mazzarino. Así, nada se arreglaba, al contrario: perdían a una regente en la dirección del Estado, pero «ganaban» a un rey... y conservaban a Mazzarino en el mismo lugar, y con aún más legitimidad que en el pasado.

Para acabar, Turenne era un adversario de gran valor, asistido por el conde de Nissac. ¡Nissac! Tenía suerte, nunca perdía las batallas. Ojalá estuviera muerto o siguiera medio loco, trabajando en granjas. Ojalá lo tuviera él: con ese general y su artillería, la Fronda vencería con facilidad, casi sin luchar.

¡Decididamente, el tiempo no trabajaba en favor de la Fronda!

Había que aplastar sin piedad alguna al ejército real. Había que matar, matar más, más que nunca, matar todo lo posible, pues un soldado muerto no se sustituye fácilmente. Matar, por desgracia, como un leñador corta los árboles para que las tropas de Luis XIV no se pudieran reconstituir. Matar a Turenne, por «accidente», pero matarlo. Matar a Nissac y a sus excelentes cañoneros que fueron antes sus soldados y le dieron la victoria.

La política se hace con los ojos abiertos y el corazón cerrado.

Tras esa victoria, habría que apresurarse hacia París reventando a los caballos. Tomar París, someter totalmente la capital, permitiría hacerse con todo el país.

Condé observó la primera fila de sus escuadrones alineados en orden de batalla. Los caballos piafaban, los rostros duros de los jinetes daban mucha confianza.

En plena noche, se abatiría una verdadera tempestad sobre el ejército real, que dormía tranquilamente.



Bajo la tienda, echada sobre la paja fresca, Mathilde de Santheuil no dormía.

El conde de Nissac, nervioso como un gamo, la había dejado para ir a controlar la guardia de los cañones. Lástima. Habían hecho el amor maravillosamente y la joven esperaba dormirse sobre el pecho del conde.

Sin embargo, lo amaba demasiado para no percibir su nerviosismo y, para no notarlo desgraciado a su lado, fue ella quien lo había invitado a ir a ver a sus tropas.

Después de vestirse en silencio, no sin gravedad, él le había sonreído diciendo:

—La noche es inquietante. Ni siquiera el silencio me parece natural.

—Pero... ¡es de noche! —había respondido ella.

Nissac barrió la objeción con una sonrisa:

—He servido mucho tiempo en el ejército de Condé para saber que estos detalles no detienen al príncipe. Al contrario, encuentra inspiración en ellos. Pensándolo bien, en mucho tiempo no encontrará una situación tan favorable.

—Pero si el príncipe no está en la región...

—¡Claro que sí! ¡Me llamo Loup, y huelo a otro lobo a diez leguas de distancia!

Agachándose hacia ella, besó delicadamente los labios de la joven diciendo:

—Dormid, mi tierno amor. Yo velaré.



Anthème Florenty se separó de un grupo de cañoneros que discutían en torno al fuego y, con el mosquete al hombro, se acercó al conde.

Debido a la humedad, Florenty había cubierto su mosquete con una tela y el conde de Nissac advirtió el detalle, por el cual se reconocía a un muy buen soldado. Pues además de con la pistola, en la que excedía, el antiguo contrabandista de sal y hábil cazador era temible con el mosquete.

—¿No duermes? —preguntó el conde.

Florenty esbozó una mueca.

—No me gusta esta noche, señor conde.

—¡Entonces ya somos dos!

Dieron unos pasos, escrutando las tinieblas, y luego el conde de Nissac miró a su compañero.

—¿Piensas mucho en tu mujer?

—En ella y en los dos chicos que han llegado en los tres años de... vuestra ausencia.

—¿Te gustaría estar con ellos ahora?

Florenty adivinó que el conde le daría su libertad si él la pedía de aquella manera

retorcida. Pero algo se lo impedía:

—Señor conde, nosotros acabamos lo que empezamos. Además, no he olvidado ni por un momento lo que la gente de la Fronda hizo a Nicolas Louvet, que fue un compañero franco a quien enseñé el arte del mosquete, y que era muy joven para morir así. En fin, tampoco olvido de dónde vengo, ni de dónde me habéis salvado, ni dónde debería estar en este momento, las galeras.

El conde se encogió de hombros.

—Hace mucho tiempo que pagaste tu deuda. Pero me da miedo que te distraigas y pierdas la vida si piensas en tu mujer que te añora.

Florenty se sorprendió.

—Pero si ella no me ama, señor conde.

Ahora el sorprendido fue el conde:

—¿Lo sabías cuando te casaste con ella?

Florenty se sintió desarmado, pues lo que a sus ojos era tan evidente le parecía repentinamente difícil de explicar al conde. Sin embargo, lo intentó.

—En el pueblo, las cosas no son siempre así, señor conde. Mi mujer es muy guapa, y joven, yo tenía tierras y oro... Ella me respeta. Sabe que no me emborracho ni retrocedo ante el trabajo. No la pego nunca. Me quiere más que el primer día, pero mucho menos que dentro de unos años si no cambio mi buena actitud. Creo que...

Calló bruscamente. Nissac y él cruzaron una mirada. A lo lejos se veía el resplandor de un incendio y sonaba un ruido apenas audible pero insistente, pesado y regular.

Nissac ordenó:

—¡Toca el tambor! ¡Todos los hombres listos para salir, los caballos ensillados!

—¡Voy corriendo!

Al cabo de diez minutos, la artillería real parecía a punto de acabar su preparación cuando el señor de Turenne se presentó al galope, hirsuto y con la camisa por fuera de las calzas, ante el conde de Nissac:

—¿Y bien, Nissac?

—Ejercicio nocturno, señor mariscal.

—¿Ejercicio nocturno?

Turenne escrutó atentamente el rostro del conde.

—Decidme la verdad, general, pensáis acaso que ese resplandor es...

—Es él.

—¿Ya?

—En este mismo momento.

Turenne reflexionó, y luego:

—Ante la duda, mejor hacer marchar al ejército.

—Me parece bien, señor mariscal.

El señor de Turenne dio enseguida sus órdenes y pronto no se oyó en el bando del ejército real más que ruido de armas, redoble de tambores y clarinetes...

Si la carga de caballería dirigida por el señor de Condé fue de una violencia inaudita, la preparación revelaba el cuidado más meticuloso.

En efecto, las siete aldeas en donde se habían acantonado las tropas reales del mariscal de Hocquincourt fueron atacadas al mismo tiempo.

Los soldados dormidos o recién despertados no pudieron casi enfrentarse a los jinetes que, en plena carga, los pisaban o los pasaban por el filo de la espada sin siquiera aminorar el paso de sus caballos.

Pronto, en las siete aldeas en llamas, los cadáveres de los soldados del rey se acumularon. El desorden, la confusión y el pánico, sumados a la falta de comunicación entre las tropas reales, favorecieron mucho los objetivos de los atacantes.

En medio de la catástrofe, y aunque era ya un poco tarde, Hocquincourt recuperó su sangre fría. Así, a la entrada del pueblo de Bleneau, consiguió reunir a su infantería y a novecientos jinetes supervivientes, a quienes situó juiciosamente detrás de un riachuelo muy encajado, cuyo único paso era un puente muy estrecho.

El mariscal jugaba a la vez con la situación del terreno escogido y la concentración de sus tropas. No era un lujo superfluo, pues sus soldados, muchos de ellos repatriados de Cataluña o Alemania, no valían tanto como los de Condé, veteranos de las guerras del norte de Francia contra los españoles. Además, si a pesar de todo se consideraba buen estratega, Hocquincourt debía haber recurrido a soluciones clásicas para enfrentarse al genio del príncipe, a su extrema violencia, su brutalidad sin igual y su deseo de destrucción, pues Condé tenía una forma poco convencional de hacer la guerra. Ya fuera oponerle otra novedad, como el conde de Nissac, que empleaba de maravilla su artillería sin tomar en cuenta las costumbres, o limitar los riesgos escogiendo soluciones que dejaban el menor lugar posible a las sorpresas y diabluras del príncipe.

Mientras en la confusión unos fugitivos amotinados llegaron a aumentar las filas de Hocquincourt, el príncipe marchaba sobre Bleneau, donde sabía que encontraría al mariscal y a los supervivientes para la batalla final.

De repente, lo distrajo un caballero de su ejército, que sin duda había caído del caballo y se enfrentaba con tres mosqueteros del rey.

Aunque de constitución muy enclenque, el joven señor de la Fronda luchaba valientemente, pero, con la mirada aguda que el hombre de guerra sabe dirigir a un combate de espada, parecía evidente que en la lucha desigual los mosqueteros llevaban las de ganar.

Condé dejó a sus compañeros y espoléó la montura hacia los cuatro hombres. Su caballo barrió a uno y, pronto, el príncipe puso el pie en tierra con la espada en la mano.

Los dos mosqueteros que quedaban reaccionaron de forma muy diferente. El

primero comprendió que se encontraba frente a Condé y midió todo el provecho y la gran fortuna de matar al príncipe, así que, dejando la espada con la que se sabía derrotado por adelantado, cogió una pistola que había quedado en el arzón del caballo.

Sin duda, el gran Condé habría muerto allí, cerca de Bleneau, si el segundo mosquetero hubiera dado muestra de algún valor. Pero fue débil. El hombre abandonó a su compañero, aterrado, dejó su espada y huyó a toda velocidad, unos minutos antes de que lo matara Nemours. Entonces el príncipe no encontró dificultad en matar a su primer adversario.

Antes de montar en la silla, el príncipe esbozó una breve sonrisa dirigida al caballero diciendo:

—Señor, no luchéis uno contra tres. Es muy valeroso pero temerario para un hombre tan joven.

—Para una mujer, monseñor —corrigió el partidario de la Fronda, quitándose el sombrero y dejando que una cascada de largo cabello rubio cayera sobre sus hombros, lo que turbó profundamente al «Gran Condé».

—Duquesa de Luégue, ¿os habéis vuelto loca?

La frase podía parecer algo severa, pero el tono era mimoso y la voz como una caricia ligera sobre un almohadón de terciopelo.

Así, la personalidad nerviosa del príncipe se desmontaba a menudo.

Soldado temible, inaccesible a la piedad cuando se encontraba en acción, a veces incluso cruel, y sin embargo completamente diferente, incluso opuesto, fuera de la batalla. Durante la representación de *Cinna* lo vieron llorar. Tenía una sensibilidad rara en un hombre, se desvanecía cuando tenía que romper con una amante y no obstante, cruzada la puerta, olvidaba totalmente a la mujer y sólo pensaba en la siguiente.

Charlotte de La Ferté-Sheffair, duquesa de Luégue, conocía al príncipe y captó el peligro. Enamorada ya con certeza de un joven caballero de la Fronda, y probablemente del conde de Nissac, no pretendía liarse en una aventura con Condé, que por otro lado le parecía flaco y muy desaliñado en su indumentaria.

Así, respondió con tono altivo:

—¿Loca? ¿Loca por serviros, señor...?

Condé, bruscamente devuelto al ámbito de la política, recuperó la sangre fría y recordó con mucho retraso que debía exterminar al último cuadro del ejército del mariscal de Hocquincourt.

Murmuró:

—Por supuesto que no, señora.

Luego, con una mirada penetrante y una sonrisa zalamera, añadió:

—Volveremos a hablar fuera del campo de batalla... O, si queréis, en un campo más suave, para una batalla mucho más placentera.

Luego dejó a la duquesa presa de la angustia y montó en su silla para reunirse con

sus compañeros, que se guardaron bien de mostrar su impaciencia.

Fue el primero en cruzar el puentecito junto al que esperaba Hocquincourt y los restos, bastante importantes, de su ejército. Detrás del príncipe iban Nemours, La Rochefoucauld, el príncipe de Marsillac, de La Trémoille y un centenar de caballeros.

En realidad, el ejército de la Fronda se encontraba disperso en una multitud de pequeños combates alrededor de las siete aldeas donde se reducían uno tras otro los nidos de resistencia de los leales.

Uno contra veinte, el príncipe de Condé sabía que no podía confiar en exterminar al mariscal de Hocquincourt y sus tropas, pero no renunció a ponerlas en fuga empleando algún artificio. Con ese propósito, hizo tocar a carga con sus clarines mientras sonaban también tambores y timbales, de suerte que Hocquincourt imaginó, viendo que pasaba por el puente una simple vanguardia, que se trataba del ejército victorioso de la Fronda por entero.

La estratagema hizo maravillas, pues el mariscal abandonó a toda prisa una posición tan favorable, y tan juiciosamente escogida, para retirarse detrás de la aldea, que los hombres de Condé incendiaron después de saquearla.

El incendio de los tejados de choza, que no había sido ordenado por el príncipe, resultó un grave error, pues a la luz de las llamas Hocquincourt vio que Condé sólo disponía de unos cien combatientes que hacía cargar continuamente contra los novecientos supervivientes de su caballería.

Condé, obligado a adoptar una posición defensiva, se situó en primerísima fila rodeado por los príncipes y los duques, y no se pudo negar que las gentes de la Fronda, tan débiles en política que recurrían a los extranjeros contra su país para satisfacer sus intereses personales, mostraba en cambio un gran valor en el combate.

Príncipes, duques y sus compañeros afrontaron una violenta descarga de mosquetería sin retroceder, pero el duque de Nemours, herido en la cadera, perdió el conocimiento y cayó del caballo.

Los escuadrones de Hocquincourt cargaron dos a dos y sin duda los partidarios de Condé se habrían rendido si no hubieran oído de nuevo los clarines: llegaban refuerzos de la caballería de la Fronda.

El mariscal de Hocquincourt vaciló. Ignoraba que sólo se trataba de Beaufort y treinta jinetes, es decir, casi nada, e imaginó una vez más que todo el ejército de Condé se precipitaba sobre él.

Con audacia, y un evidente coraje, Beaufort atacó de frente, y al verlo Condé, La Rochefoucauld y sus amigos atacaron a Hocquincourt por el flanco.

Preso de la duda que le torturaba, el mariscal de Hocquincourt llamó a sus fuertes escuadrones mientras el pequeño número de partidarios de la Fronda atacaba sin tregua. Ni el mariscal ni sus generales concebían que el príncipe de Condé atacara con un ejército diez veces menor al suyo; al contrario, su arrojo inducía a pensar que no actuaba solo, y que llegaban hombres de su ejército a miles.

Y eso era exactamente lo que el príncipe quería que creyeran sus adversarios.

Cundió el pánico, y pronto, sin recibir ninguna orden en ese sentido, la poderosa caballería del mariscal de Hocquincourt volvió brida para no detenerse hasta Auxerre, después de que el príncipe lo persiguiera durante cuatro horas.

En ese tiempo, más lenta de maniobra, la infantería del príncipe exterminaba a los últimos defensores de Bleneau y, bajo el control de los oficiales, se apoderaba de la vajilla de plata del señor mariscal de Hocquincourt, así como de su oro, sus joyas y todo su equipaje abandonado en su huida precipitada.

Además, todo el equipo y más de tres mil caballos del ejército del rey fueron capturados por la Fronda.

Para el ejército real, la derrota parecía aplastante, pues numerosos fugitivos que llegaban a Briare y a Gien daban detalles sobre la extrema violencia de los partidarios de Condé, así como sobre la victoria fulminante del príncipe.

En la Corte, presa del pánico, algunos vieron la mano del diablo, pues ¿cómo podían atacar todos juntos, a la vez, siete aldeas alejadas unas de otras; y qué espíritu humano podía imaginar un plan tan audaz?

Con una vaga idea de lo que convenía hacer, si no para salvar al rey, al menos para salvar el honor, el mariscal de Turenne dejó su campamento y saltó sobre el caballo para dirigirse a la Corte, no sin apresurar los preparativos de su ejército y pedir al general Nissac que concibiera algún plan atrevido donde su magnífica artillería compensara lo mejor posible el desequilibrio de los efectivos.

Luego, sabiendo que debería enfrentarse a cortesanos y consejeros enloquecidos, el señor Turenne espoleó su caballo afilando sus argumentos.

En efecto, en Gien había cundido el pánico más absoluto entre los cortesanos. Ya preparaban las carrozas, enganchaban los caballos, se llevaban los equipajes más valiosos.

El señor mariscal de Turenne encontró a la reina deshecha en llanto y luego a un Mazzarino muy pálido bajo sus fardos mal repartidos, tal como lo había dejado la total sorpresa de la derrota de Bleneau.

No obstante, como hombre de Estado enfrentado a graves crisis y otros exilios precipitados, trataba de hacer frente a los acontecimientos con lucidez:

—Señor mariscal, el príncipe de Condé no debe bajo ningún concepto apoderarse de la persona del rey.

—Claro, señor cardenal.

—¿Cuáles son los efectivos del ejército de la Fronda?

—Según nuestros espías, diez mil hombres.

—Según los míos, más numerosos y espías profesionales, al menos son doce mil, y quince mil como máximo.

Se hizo un breve silencio, el primer ministro preguntó con ansiedad:

—¿Cuántos hombres hay en vuestro ejército?

El mariscal calculó un instante:

—Contando generosamente, cuatro mil.

—Entonces hemos perdido. Hay que dejar Gien, destruir el puente sobre el Loira y retirarse a Bourges.

Turenne se sobresaltó:

—¿A Bourges? ¿Un nuevo rey de Bourges, como Carlos VII? ¿Pero qué ciudad abrirá sus puertas a un rey derrotado que huye ante unos facciosos? ¿Qué señor ambicioso, y todos lo son, aceptará arriesgarlo todo para salvar a un rey que sólo tiene de real el título?

El cardenal Mazzarino reflexionó un momento:

—Tenéis razón, señor mariscal. Pero ¿qué podemos hacer?

—Es preciso que la Corte y el rey, así como vos mismo, os quedéis en Gien. Yo haré frente al príncipe de Condé.

—¿Contra un ejército cuatro veces mayor?

Turenne asintió:

—Primero intentaré aminorar su marcha. Luego vencer o morir.

—¿Nissac está con vos...? ¿No estaba en Bleneau?

—Nissac está a mi lado. Con todos sus cañones y la manera peculiar de servir que tiene.

Aunque ciertos celos le dificultaban el confesarlo, Turenne añadió, para reafirmar al cardenal en su nueva actitud:

—El conde de Nissac es el único general de los dos ejércitos, el real y el de la

Fronda, que no ha sido vencido nunca. Eso explica en parte que sus cañoneros le quieran tan locamente, que realicen para él, y sólo para él, grandes prodigios. Por las mismas razones, inquieta a la Fronda y en particular al príncipe, que por haberlo tenido bajo sus órdenes conocía su gran valor. El príncipe nos libraré batalla con aprehensión y, como yo también la he sentido alguna vez, sé que es mala consejera.

El cardenal Mazzarino se rindió inmediatamente, optimista al oír esas palabras por la calma con que habían sido pronunciadas por el único rival, valiosísimo, del «Gran Condé».

Turenne... Nissac y sus cañoneros...

«Con estos hombres puedo tener esperanzas de vencer», pensó Mazzarino, impresionado, en cualquier caso, por la desigualdad de los dos ejércitos: cuatro mil de sus caballeros, soldados de infantería y cañoneros iban a librar batalla a doce mil, quizá quince mil, de los mejores soldados de la Fronda, dirigidos por el general más brillante.

Nissac... Turenne...

El primero despertaba en él el sentimiento de la aventura que no conocía, y que no conocería nunca. Un general que trastornaba el uso de la artillería, un conde de nobleza muy antigua que, con sus Fulares rojos, se conducía como jefe de banda, amado por el pueblo y admirado por las bellas damas, un hombre que le había salvado la vida y rechazaba toda proposición de recompensa.

El mariscal de Turenne, soldado excepcional, que lo había traicionado... pero por amor a la bellísima duquesa de Longueville, lo que constituía un motivo serio y perdonable.

La idea de que esos dos hombres extraordinarios fueran a caer sin duda en las horas siguientes creaba en el cardenal sentimientos opuestos y, sin embargo, complementarios.

Que murieran por una causa de la que él fue, y sin duda seguía siendo, el defensor más ardiente, halagaba al cardenal. Que esos hombres desaparecieran lo llevaba al borde de una fuerte impresión de vacío. Pero en todos los casos se fortalecía en él el sentimiento de que, uniendo semejantes soldados, la justicia estaría a su lado.

—¡Que Dios os bendiga, señor mariscal!

El señor de Turenne saludó y se retiró a toda prisa. En la corte, saltó a la silla y llegó al campo de batalla para librar la más desigual de las luchas.



Si Turenne dio muestras de genio, Nissac también hizo su parte.

El mariscal dispuso sus tropas en un terreno excelente, en el llano, pues sabía que, para combatir, el príncipe se vería obligado a cruzar un bosque denso. Unía el bosque al llano una estrecha calzada bordeada de pantanos y dominada por una pequeña colina.

Sobre ésta, el general Nissac dispuso toda su artillería, una pieza junto a otra, con la calzada como objetivo de sus disparos.

La trampa era juiciosa. El príncipe sólo vería el llano, y no las dificultades, pues en llano nada en el mundo, ni siquiera la artillería de Nissac, habría impedido a Condé destrozar a Turenne.

Por otro lado, el príncipe dio muestras de gran negligencia. Así, persiguió en vano durante horas a los escuadrones fugitivos de Hocquincourt, en lugar de caer enseguida sobre Turenne, que preparaba confusamente el ejército real. A continuación, confió su ejército a Beaufort, quien no impidió que sus soldados se entregaran al saqueo y la violación en lugar de alinearse rápidamente y con disciplina en orden de batalla.

Con ello, el poderoso ejército de Condé tardó en ponerse en camino hacia el sur, lo que concedió al mariscal de Turenne y los suyos un tiempo considerable para prepararse en las mejores condiciones.

Cuando las tropas del príncipe enfilaron la estrecha carretera rodeada de marismas, vieron que la salida estaba bloqueada por los soldados de Turenne. Siempre preparado, el príncipe lanzó su infantería y, aunque recibió descargas de mosquete, hizo replegarse a las tropas de Turenne, que se retiraron muy ordenadas.

El corazón de Condé aceleró sus latidos, el príncipe se puso más pálido todavía que de costumbre, sabiendo que nada ya podía oponerse a que barrieran a Turenne y se apoderara de la persona de Luis XIV, encerrado en Gien.

Hizo alinear a su infantería al lado del camino y soltó a la caballería para que limpiara el llano del ejército real.

Sin embargo, le esperaba una desagradable sorpresa. Seis de sus mejores escuadrones de caballería fueron tomados aparte por doce escuadrones de Turenne.

Hubo de retroceder y, tomando en cuenta la estrechez de la calzada, pues estaba claro que no podían aventurarse por los pantanos, los caballeros se agitaron, molestándose unos a otros y formando un conjunto compacto.

Entonces, en ese momento tan peligroso, pareció a los de Condé que el cielo y sus tempestades desencadenadas caían bruscamente sobre ellos.

Todos los cañones de Nissac dispararon juntos, con una sola salva. Todos los disparos mataban, pues los cañoneros habían apuntado los tiros sobre la calzada desde la mañana.

El príncipe comprendió la trampa de Turenne sin poderla evitar y, con el rostro descompuesto, asistió impotente a la masacre de su magnífica caballería.

Dejando cientos de muertos, los de Condé se retiraron del camino. El príncipe mandó a su artillería, pero en ese duelo fue inmediatamente sometida por la del conde de Nissac, que no perdió ni una pieza, mientras que las de Condé saltaban una tras otra, por lo que prefirieron cesar el fuego para que no los localizaran y destruyeran enseguida.

Luego cayó la noche sobre los gritos de los heridos y las llamadas de los

moribundos.

Humillado, el príncipe de Condé se retiró con sus tropas sobre Chatillon. Pronto, el ejército real se replegó en Gien para proteger al rey, dejado sin defensa durante toda la batalla.

Dos días después, acompañado por Beaufort, Nemours y La Rochefoucauld, el príncipe de Condé, desinteresándose por su ejército del Loira, se dirigió a París al galope.

La monarquía estaba salvada.

Provisionalmente.

El hombre de la máscara de plata aguardaba cómodamente sentado en un sillón, contento ante aquella distracción de su aburrimiento, un aburrimiento que lo acompañaba desde la infancia.

Por una vez, el marqués Jehan d'Almaric, siempre disfrazado de cochero, se adelantaba a sus deseos presentándole a aquella mujer asombrosa que se entregaba al culto de Satán y dejaba tras de sí, en sus sorprendentes veladas, pellizcos de azufre, la condensación de la materia de fuego.

Ella misma debía de tener trato con el diablo, pues, con cincuenta años cumplidos, su belleza era impactante. El rostro lleno de encanto y sensualidad impresionaba desde el primer acercamiento, sus bonitos ojos negros, los labios gruesos y bien dibujados que hacían soñar, el cabello negro encuadrando un rostro de una gran feminidad.

¡Y qué decir de su cuerpo!

Se veía perfectamente, detrás de un velo negro transparente: pecho opulento y firme, nalgas redondas y atractivas por sus amables hoyuelos, triángulo oscuro entre los muslos, que daban al Desollador ganas de tomarla con una violencia extrema.

Intentó acordarse de su nombre, que le vino de repente: Éléonor de Monjouvent. Según d'Almaric, que no se equivocaba nunca.

Éléonore de Monjouvent. Sonaba bien, y despertaba el deseo de hacerle el amor. Además, aquella auténtica baronesa, viuda de un especulador arruinado, estaba muy erguida y parecía muy altiva, demasiado altanera, y el hombre de la máscara de plata debía mostrarle su naturaleza de amo; o la que él creía como tal.

Éléonor de Monjouvent había hecho la lista de los objetos necesarios para la ceremonia y el Desollador se precipitó a hacer comprar o fabricar cada uno de ellos.

El decorado le encantaba.

Por todas partes había gárgolas repugnantes, de yeso gris o pintado, animales salidos de cruzamientos monstruosos como sapos y escorpiones, combates en los cielos entre ejércitos de esqueletos librando batalla sin cuartel y, por supuesto, en varios lugares y letras de fuego, el número «666» que, como es sabido, es el número de la Bestia.

«Ingenuo y divertido», pensó.

Sentía una gran atracción por aquella casa de la pequeña aldea de Auteuil, y lamentaba no poderla mantener más tiempo, pues el marqués d'Almaric la consideraba demasiado cercana al camino que llevaba a París. En uno o dos meses, tal vez tres, habría que cambiar de lugar nuevamente.

Éléonor de Monjouvent levantó las manos hacia el cielo con un gesto elegante y encantador que la hacía parecer una sacerdotisa de los cultos de antaño.

Cerró los párpados y, con voz ronca, ligeramente velada como para acentuar su sensualidad, murmuró:

—*Dies irae, dies illa... Salvat saeculum in favilla*^[16].

Jehan d'Almaric se mantenía atrás, muy excitado, también él, por esa mujer que le inspiraba numerosos y variados pensamientos amorosos. Así, al mirarla con los brazos levantados, sintió un deseo irresistible de besarle las axilas, cosa muy rara que traducía la fuerza de su sentimiento.

Algunos intentos, durante los primeros contactos, para hacer comprender a la bella baronesa que podía ganar más ofreciéndole su cuerpo sólo obtuvieron un profundo desprecio: Éléonor de Montjouvent había caído muy bajo, pero no se prostituía.

La mujer siguió, con su bonita voz ronca:

—Surgirán de la tierra lenguas de fuego, las nubes caerán en invisibles relojes de arena gigantes, los dragones nos escoltarán, la luna se volverá sangrienta y dejará de ocultarse, el agua más pura se convertirá en artemisa; entonces habrá numerosas señales de que la Bestia ha vuelto rampante para echar de la cruz al Cristo mil veces maldito.

Bajó la cabeza, conservando los brazos levantados y las manos juntas, sin duda sin imaginar la gracia de su pose y el deseo cada vez más fuerte que abordaba a los dos hombres que no le quitaban los ojos de encima.

Siguió:

—Lloverá sangre en las iglesias donde correrán ríos rojos por los altares y los burros, bestias impúdicas, se acoplarán con las mujeres. Entonces veneraremos al Anticristo con orejas de lechuza y pies de buey y mezclaremos en los tálamos los cuerpos de doncella con los cuerpos podridos de los viejos salidos de las tumbas, pues habrá llegado el momento de la Bestia del Apocalipsis.

Se calló un instante, como agotada, y luego, con la voz levemente quebrada:

—Nuestros enemigos querrán levantar la cabeza. Para expulsar a la Bestia, los flagelos recorrerán el mundo en todas direcciones durante treinta y tres días para recordar la edad de su Cristo en el momento de su muerte, pero el Azote de Dios será el más fuerte, en 1009 armó el brazo del gran califa Hakim, quien destruyó la iglesia del Santo Sepulcro y la tumba de su Cristo. Pues la Bestia tomará entonces rostro de ángel y nadie reconocerá al Anticristo, que será la parodia diabólica de su Cristo rey. Y el Azote en su cólera hará que se pudran en pie nuestros enemigos estando parados. Y que se pudran sus ojos cuando miren a la Bestia de rasgos de ángel de pureza y, cuando le hablen, su lengua también se pudrirá en su boca, que salmodia oraciones infames.

El aliento de la mujer se volvió más precipitado:

—¡Entonces arrojaremos a los sacerdotes a un lago ardiente inflamado de azufre y la Bestia reinará por fin para toda la eternidad!

Aunque ahora se esforzaba por afectar una sonrisa, el Desollador, al escuchar esas palabras procedentes de tiempos remotos de brujerías, sintió cierto miedo que intentó disimular.

Se levantó y aplaudió mucho rato, luego se acercó y le puso una mano insistente en las nalgas de la señora de Montjouvent, diciendo:

—¡Un bonito efecto, baronesa! ¡Como vuestro precioso trasero!

Éléonor de Montjouvent cruzó una mirada con Jehan d'Almaric. El marqués quedó conmovido. Tuvo la revelación de que ella no creía ni una palabra de todo ese discurso diabólico, y que sólo trataba de sobrevivir con aquellos pobres artificios; comprendió su sufrimiento al no poder rechazar la mano del Desollador, cuyo poder adivinaba, y que palpaba sus nalgas con avidez.

Ella estaba abatida, mientras su atormentador le susurraba al oído:

—Bella dama, me habéis causado gran temor, y no puedo follaros, pues esos dos estados son contrarios y me he follado a una doncella hace poco, pero mi cochero va a buscar a dos hombres fuertes...

D'Almaric comprendió y, aunque sorprendido y trastornado, fue a buscar a los dos guardaespaldas del Desollador que, como de costumbre, estaban delante de la puerta.

Los dos hombres, muy asombrados, miraron a la baronesa desnuda bajo su velo negro transparente.

El hombre de la máscara de plata se frotó los dedos con su gesto acostumbrado, que recordaba las patas de mosca, y luego, sentándose en su sillón, ordenó:

—Señores, es vuestra. Dadme un gran espectáculo.

La violación fue rápida y decepcionó mucho al Desollador, que no fue lo bastante sutil para comprender la naturaleza de las cosas. Sabiendo que no podía escapar a los dos oficiales, la baronesa no se resistió, al contrario, y los violadores, que no controlaban nada, fueron presas del placer que ella les dio y se liberaron en un tiempo breve.

Espumeando de rabia detrás de su máscara de plata, el Desollador obligó a uno de los dos a volver a empezar, pecando de sodomía, pero demasiado rápido de nuevo, pues la baronesa —quien sufrió atrocemente— fingió disfrutar.

Venganza de mujer demasiado fina para que la comprendiera un hombre, aunque fuera el perverso y retorcido Desollador.

Pasando por alto su decepción, hizo señal a los dos oficiales de que fueran a buscar algo que ellos entendieron.

Así fue, y sobre una camilla construida de forma apresurada, los dos oficiales trajeron el cuerpo decapitado de una mujer medio desollada y joven, a juzgar por algunas señales que no engañaron a la señora de Montjouvent. Sin embargo, ésta se volvió y vomitó, para regocijo del Desollador.

—Pues bien, señora, ¿es éste el caso que le hacéis al semen de uno de mis mejores oficiales?

Éléonor de Montjouvent se jugaba la vida y lo sabía. Ya la habían violado de todas las formas imaginables. También la habían cubierto de oro por la representación ridícula que acababa de dar. Inteligente, como había demostrado en las dramáticas

circunstancias de la violación, comprendió que sólo había dos actitudes posibles: manifestar su disgusto, es decir su total reprobación, y morir a manos de aquel loco, o hacer ver que disfrutaba con la ceremonia macabra que sin duda iban a realizar, convertirse en aliada en materia de gran vicio y, tomada como cómplice, no exponer su vida a los humores del Desollador.

Con un gran esfuerzo que no pasó por alto a la atención afligida del marqués d'Almaric, preguntó con tono distanciado:

—¿Y qué tengo que hacer ante semejante carroña, señor? ¿Decirle una misa negra?

—No, ¿comérosela? —bromeó el Desollador.

Con su bonita voz velada, la baronesa replicó:

—Ni hablar, señor misterioso, tengo un apetito mucho más delicado.

El hombre de la máscara de plata apreció la respuesta, asintiendo con la cabeza varias veces.

—Me gustáis mucho, mucho, baronesa, y como recompensa os follaré algún día como han hecho mis oficiales, por todas partes.

Ella se puso una mano en la cadera con un descaro que a menudo gusta a los hombres:

—¿Por qué esperar, señor?

Halagado, el Desollador se frotó las manos como patas de mosca y replicó, con buen humor:

—No es el momento, querida puta. Extended azufre sobre este cadáver de muchacha pobre e inocente y decid la misa, como sabéis hacer.

La baronesa se volvió y abrió un cofrecillo lleno de polvo, pensando: «¡Dios mío, que se vaya y me deje por fin, y que se olvide de mí para siempre!».

Unos cuervos sobrevolaron la casa graznando, un tronco crujió en la chimenea, Éléonor de Montjouvent se volvió.

Los cuatro hombres la miraban, unos con deseo, otros, como d'Almaric, con profunda admiración.

«Sonreír. Sonreír y aguantar sin dejar ver nada. Eso me permitirá vivir», pensó la baronesa.

Tras un periodo de reposo, el conde de Nissac y los suyos iba a paso lento con sus caballos, sin prisas, en el fondo con pocas ganas de ver París, ciudad que les sería hostil y donde habían dejado recuerdos contrapuestos.

Todos los hombres llevaban el fular rojo, con excepción de Henri de Plessis-Mesnil, marqués de Dautricourt, quien no lo había merecido... y sufría por ello.

En las ramas bajas de un árbol, vieron a dos ahorcados cuyos cadáveres en descomposición atraían a numerosos cuervos.

El barón de Bois-Brûlé observó brevemente:

—Anda, el señor príncipe de Condé ha pasado por aquí.

Aunque tardía, la primavera se reflejaba en mil pequeñas señales que daban un gozo secreto al corazón de todos, tras un invierno tan riguroso, un invierno de guerra, el quinto desde la primera Fronda, llamada «parlamentaria».

Regiones enteras estaban arruinadas y las demás, completamente desangradas por los impuestos, ya del rey ya de la Fronda, cuando no de los dos a la vez.

Los ejércitos, que se desplazaban mucho desde el norte de Francia hasta Guyena, causaban grandes daños por todas partes. Se ocultaban en las casas de los habitantes, para espanto de éstos, pues saqueaban y causaban desórdenes de todo tipo, violando y matando. Que se considerara «amigo» o «enemigo» del poder ocupante no cambiaba la cosa, pues, en realidad, en uno y otro caso se le trataba igual. Se llevaban sus pobres cosas, su comida y a veces incluso sus utensilios de cocina. Y peor, robaban el grano de las cosechas. A menudo, después de violar a las mujeres, los atormentaban para saber dónde se encontraban las supuestas «riquezas» de la casa y, ayudados por la bebida, muchas sesiones de tortura acababan con la muerte de la víctima.

Finalmente, sin ser conscientes de ello, los soldados llevaban con ellos, por todas las regiones que cruzaban, temibles epidemias que acababan con los habitantes más débiles.

En el reino de las flores de lis se moría de hambre y sufrimiento, y a menudo se iba descalzo en todas las estaciones por caminos terribles.

Sin embargo, la Fronda florecía y para quien disponía de monedas de oro no había nada que escaseara y que no pudiera comprarse de inmediato.

Cerca de Auxerre, la tropa de Nissac casi se dio de narices, en el recodo de un camino, con un grupo de cuatro partidarios de Condé, que tal vez se retiraban, o con más seguridad desertaban...

Sin esperar ni un solo instante, el marqués de Dautricourt sacó la espada y cargó con gran atrevimiento.

Sus compañeros de fular rojo iban a prestarle ayuda cuando el conde de Nissac los retuvo levantando ligeramente la mano enguantada:

—No, señores.

—¿Por qué? —preguntó la señora de Santheuil, con la mano puesta ya en la

empuñadura de la espada.

El conde le sonrió.

—No creo que sea el deseo de nuestra ardiente marquesita; su ambición es bien distinta. Además, veamos cómo lucha antes de socorrerle.

El marqués luchaba con buenos resultados, pues hirió enseguida a uno de los de Condé en la cara y a otro en el brazo, con un coraje que la obstinación hacía conmovedor.

Pero los de Condé, tal vez hombres sin calidad en el ejército del príncipe, no mostraban un gran entusiasmo por el duelo, pues habían advertido los fulares rojos en el cuello de los compañeros del joven loco que les quería tanto mal.

Y prefirieron retirarse al galope con sus caballos.

Sonrojado por el orgullo, el joven Henri de Plessis-Mesnil, marqués de Dautricourt, volvió con el conde de Nissac, que lo esperaba sin ninguna expresión en el rostro que indicara su actitud.

El marqués envainó la espada, diciendo con una voz fuerte y viril:

—Asunto concluido.

—¿A qué os referís, señor? —preguntó Nissac.

El marqués vaciló y entró en estado de gran confusión:

—Pues... los de Condé, ¡y uno era oficial, además! Ahí van, huyen, derrotados.

El conde de Nissac se rascó la mejilla con aire dubitativo.

—Ah, ya, ¿os referís a esos cuatro soldados viejos, que podrían ser vuestros abuelos y tienen el brazo demasiado débil para aguantar la espada?

El marqués se quedó petrificado.

—Pero... general... señor conde... A ver, no es cierto. Tenían treinta años como mucho.

Nissac asintió con la cabeza.

—¡Perfecto! Si los veis de cerca y decís que tenían treinta años, cuando yo juraría que tenían ochenta, entonces todo es sencillísimo.

—¿Qué, señor conde?

—Soy yo el que estoy viejo. Gracias por vuestra franqueza, marqués, pues mis compañeros, demasiado amigos, no quieren que me alarme y no me habían hablado de mi elevada edad ni de los desarreglos que supone. ¡Ahora me tomaré la vida con mayor ilusión! Voy a pedir audiencia al rey para rogarle que me dé pensión de soldado viejo: sopa de leche, un vaso de vino, tabaco para mi vieja pipa de arcilla, un sitio bajo la campana de la chimenea de mi castillo...

—¡Señor conde! —respondió el marqués, vacilando entre la estupefacción y el profundo pesar por haber alarmado así a su general.

Luego, mientras el conde de Nissac revolvía en un saco de cuero unido al arzón de su silla, el marqués se dio cuenta de que lo observaban rostros sonrientes y quedó desconcertado, sin saber si debía ver en ello simpatía por la injusticia que se le hacía o, lo que habría sido mucho más grave, ironía desdeñosa.

Fue entonces cuando el conde, con un fular rojo en la mano que acababa de sacar de su saco de cuero, dijo al joven:

—Acercad vuestro caballo al mío, señor.

Sin atreverse a adivinar el trato que tal vez le reservaban si sus grandes esperanzas se hacían realidad, el joven acercó su caballo al del conde tanto que los dos hombres se encontraron bota con bota, cara a cara.

Nissac adoptó un tono siniestro que no dejaba presagiar nada bueno:

—Henri de Plessis-Mesnil, marqués de Dautricourt, aunque hayáis actuado solo cuando el espíritu de nuestra pequeña sociedad es el de grupo, aunque fuisteis un temerario con los adversarios, que os superaban en número a falta de valor, aunque os considero un loco desde hace ya tiempo, yo, conde de Nissac, general de la artillería del rey, os nombro, sin arrepentimiento, sin dudarlo un momento... —El conde sonrió y siguió con voz fraternal—:... incluso con orgullo, miembro de los Fulares rojos, donde sólo entran los valientes entre los valientes.

Nissac se inclinó ligeramente sobre su silla y anudó el fular rojo alrededor del cuello del joven, que lloraba de alegría, felicidad y orgullo.

Nissac le dio una pequeña palmada en la mejilla y luego precisó:

—Recuperaos, señor, os diremos vuestros privilegios. ¡Melchior!

El barón Melchior Le Clair de Lafitte, divertido, explicó:

—Tenéis derecho a ser colgado o apaleado...

Sébastien de Frontignac prosiguió:

—Arrojado vivo a un caldero de aceite hirviendo puesto al fuego por los de Condé.

Siguió el barón de Bois-Brûlé:

—¡A que os den veinte estocadas!

Maximilien Fervac habló luego:

—A que os arrastren hasta morir detrás del caballo del príncipe de Condé.

Para acabar, tomó la palabra Anthème Florenty:

—Y vuestro cuerpo, sin sepultura, será comido por los perros y las ratas.

Las miradas se dirigieron a Nissac, que acabó:

—Pero en el corazón de los más crudos combates, mientras quede alguno, podréis contar con los fulares rojos. Y si esta interminable guerra acaba, y estáis enfermo, solo o abandonado, los fulares rojos volverán a estar presentes. Jurad, en todas estas condiciones, ser semejante a nosotros. Sacando su espada, el joven besó la vaina y juró:

—¡Lo juro! ¡En todas las condiciones y para siempre!

Jérôme de Galand y un hombre de edad muy avanzada estaban inclinados con atención sobre el cadáver desollado y decapitado de una mujer depositada sobre una larga mesa.

El teniente Ferrière se mantenía unos pasos atrás, flanqueado por dos jóvenes oficiales de la policía criminal.

El hombre mayor se irguió perplejo y se cogió el mentón con dos dedos:

—La manera es fina y precisa. Un trabajo cuidado. Un excelente trabajo.

—¡Pero inacabado! —replicó Galand.

—Esta tarea pide mucha paciencia. El brazo pesa, la mano se cansa. Nosotros no desollamos así. Un brazo, una pierna, para explicar la función del miembro a los estudiantes, pero ese procedimiento es pura locura. Vuestro hombre tiene habilidad, le viene de su larga costumbre, pero ¿tal vez se ha cansado?

Galand asintió y respondió:

—Sin duda, pero eso no es todo. Observad ese polvillo por casi todo el cuerpo.

—Sí, ya me había fijado.

—¿Y qué es?

El anciano sonrió, mostrando dientes mellados o desaparecidos.

—Para hacerse una idea precisa, hay que probarlo.

—Es que esta mañana no tengo mucho apetito, señor rector, y temo la hinchazón de vientre.

El anciano se divertía:

—Eso no tiene importancia, yo os daría una medicina infalible, pues es mi oficio. ¡La suerte está de vuestro lado!

—De todas formas, mi costumbre con los polvos no iguala la vuestra...

El anciano humedeció sus dedos y los puso en diferentes puntos del cadáver para recoger un poco de polvo. A continuación, se llevó el dedo a los labios y tragó el polvo con ligeros chasquidos de lengua.

No vaciló ni un momento:

—Azufre. Qué cosa tan extraña...

Galand, pensativo, repitió:

—Extraña... Quizá no tanto como parece.



El conde de Nissac, la baronesa de Santheuil y los Fulares rojos se encontraban a unas leguas de Auxerre cuando sorprendieron, en un campo desolado, a un hombre solo y enfermo, otro desertor del ejército del príncipe de Condé que parecía esperar la muerte delante de un fuego improvisado.

Se trataba de un antiguo soldado pelirrojo, con un tajo en la cara, y uno de sus

ojos verdes supuraba, lo que llamó inmediatamente la atención de Sébastien de Frontignac, quien, tras haber presionado el ojo del soldado, dijo con sagacidad:

—¡Conozco el remedio! Esperadme, no os mováis.

Saltó a la silla con un entusiasmo juvenil y desapareció antes de que pudieran retenerlo.

El soldado pelirrojo, un mercenario alemán que servía en los ejércitos del reino de las flores de lis desde los tiempos lejanos de su juventud, hablaba francés perfectamente:

—Tengo hambre, mis buenos señores y buena dama... Tengo hambre de varios días.

Le dieron quesos de olores fuertes que Florenty guardaba en un saco de cuero.

El hombre comió con avidez, mirando a veces con expresión culpable a la asistencia, que lo observaba un tanto fascinada. Cuando lo animaban con un gesto, él se tranquilizaba enseguida.

Los jinetes, fatigados, se sentaron en torno al fuego.

Tras engullir el último pedazo de queso, el soldado alemán preguntó a Nissac:

—¿Sois también del bando del príncipe de Condé?

—No, servimos en el ejército del rey.

El soldado movió tristemente la cabeza.

—¡La suerte no me acompaña desde hace mucho tiempo! Vive Dios, seguía al príncipe de Condé por fidelidad porque estaba desde hacía muchos años en su ejército del norte, desde el asedio de París, pero en esa época el señor príncipe era el mejor defensor de la corona. Las cosas cambian rápido, demasiado rápido para un pobre soldado que sólo tiene su espada.

—¡Es la fortuna de las armas lo que cambia! —respondió Maximilien de Fervac. Y añadió—: Cambia como cambian las mujeres.

Mathilde de Santheuil lanzó una mirada furiosa al oficial de los Guardias Franceses:

—Señor Fervac, es una idea muy antigua y engañosa imaginar mudables a las mujeres y a los hombres no. En la inconstancia, los hombres y las mujeres son iguales.

—Claro, señora, he hablado demasiado rápido —respondió Fervac, con más diplomacia, sin duda, que sinceridad.

En un proceso sorprendente, el soldado pelirrojo llegado de Alemania que hacía poco parecía un cadáver, recuperaba los colores y tendía las manos hacia el fuego:

—¡Qué dura es la guerra!

El barón Le Clair de Lafitte, a quien intrigaba aquel hombre, le preguntó:

—¿Nunca habéis servido a otro jefe que el señor de Condé?

—Sí señor, y me arrepentí. Estuve dos temporadas en el ejército de Carlos IV, duque de Lorraine, que, tras perder su ducado, se puso con sus fuertes tropas al servicio de todos los reyes de Europa a cambio de mucho oro.

—Es un ejército poderoso, pero de muy mala reputación —observó Nissac.

—¿A quién habría que culpar, señor? El duque no nos pagaba, ¡había que vivir del país! Un invierno que llevábamos tres semanas sin pan, nos comimos los perros y los caballos. Luego comimos carne humana. Un día, los más impíos atraparon a dos monjas muy jóvenes y guapas y a su canóniga, vieja pero muy gorda. No las violaron, por respeto a la religión, pero las despedazaron y las pusieron a cocer en grandes marmitas para tener carne de religiosas, pero también caldo de religiosas... ¿Y los cirujanos del ejército del duque de Lorraine? ¡Los cirujanos eran los más voraces de todos! ¡Gluttones sin medida! ¡Comilones impudorosos! Si sufríais de un dedo, os cortaban la mano. Si de la mano, os cortaban el brazo. ¡Así tenían más carne en sus platos! Pero les salió mal la jugada, porque se pusieron tan gordos que nos los comimos.

Nissac y Le Clair de Laffite cruzaron una mirada medio dudosa medio divertida, pero la baronesa de Santheuil, trastornada, miró al alemán con compasión:

—¡Os compadezco! ¡Qué horror! ¡Es tan real, tal como lo contáis!

El alemán soltó una fenomenal carcajada, pero luego se desdijo:

—Perdonadme, señora, pero nada es menos cierto. Es la historia que contábamos por la noche, alrededor del fuego, en los vivacs del ejército del duque de Lorraine.

Miró de reojo a Florenty.

—He dicho esta mentira pensando que, por piedad, una buena alma me encontraría otro trozo de queso.

Florenty no tuvo que responder, pues el barón de Frontignac saltó del caballo con una cosa repugnante en la mano. Sin discutir, pegó aquello, que parecía un órgano, en el ojo enfermo del soldado alemán, que protestó:

—Ah, ya, monseñor, ¿qué os he hecho para que me tratéis tan duramente?

Frontignac mantuvo la presión.

—Vamos, no protestéis. Para un ojo inflamado, hay que aplicar un pulmón fresco de oveja.

El ojo válido del alemán rojo se iluminó.

—¿Recogisteis también la oveja, señor?

—¿Para qué?

—Es que también sufro de hambre, señor, y oveja a la brasa es un buen remedio contra ese mal.

Frontignac no se dejó distraer y dijo con tono docto:

—Tenéis los dientes podridos. Contra el dolor de dientes, llevad al cuello un diente de hombre encerrado en tafetán.

Nissac se levantó y, antes de montar en su silla, lanzó una mirada divertida al alemán, que presionaba el pulmón de cordero contra su ojo inflamado:

—Presentaos a los oficiales del señor de Turenne, os darán un puesto. Os recomienda el general conde de Nissac. Buena suerte y adiós.

El alemán miró a los jinetes alejarse, y luego hincó el diente con resolución en el

pulmón del cordero.

Jérôme de Galand, sabiendo que los ejércitos reales y la Corte estaban a orillas del Loira, tuvo la certeza de que el Desollador pertenecía a la Fronda. Eso excluía a los leales —¡buena cosa para la política real!— y reducía el número de sospechosos.

El policía suspiró. La investigación avanzaba, sí, pero ¡con cuánta lentitud!

¿Qué sabía? En razón del lugar y del momento del último crimen, cometido en París o los alrededores, el Desollador era un partidario de la Fronda. Primer punto. Segundo punto, el hombre que lo servía y al que llamaban «el cochero» llevaba numerosas cicatrices en el antebrazo. La carroza manchada de lodo resultó ser una pista sin consecuencias, de momento, pero en cambio la presencia de azufre en el último cadáver abría perspectivas, pues aquella novedad rompía con la costumbre.

Interesante, pero había que postergarlo para pensar en cosas más urgentes.

Galand, meticoloso en su pensamiento, pensó que el Desollador, gran señor, estaba en París... igual que el príncipe de Condé, que había vuelto hacía tres días. Pero también otros poderosos caballeros de la Fronda, como el duque de Nemours, el duque de Beaufort, el príncipe de Marsillac, el príncipe de Conti, el poderosísimo cardenal de Retz, a quien se consideraba más que perverso...

Contó con los dedos quince nombres, sin dudar ni por un momento que el Desollador fuera uno de ellos. Pero ¿cuál?

En todos los casos, el Desollador ocupaba en la capital un lugar preeminente, y eso le situaba a él, oficialmente teniente de la policía criminal del Châtelet —y para el rey, general de policía del reino— en una posición de dependencia.

Extraña situación: a su mente curiosa de paradojas le hubiera gustado detenerse en ella. ¡El asesino era un superior del policía lanzado tras sus talones para desenmascararlo!

Hacía falta mucha finura y habilidad diplomática, si no la investigación podía serle arrebatada y él destituido. Luego ¿quién sabe? ¿Apresado, exiliado, asesinado?

Jérôme de Galand redactó entonces un billete que hizo copiar en veinte ejemplares destinados a las autoridades parisinas y altas personalidades.

Redactó el original sin detenerse, sin vacilar ni tachar; luego lo leyó sin modificar nada:

Monseñor:

Mi deber, incómodo en este momento, es el de informaros de la situación de la capital.

En París, debido a los acontecimientos actuales, se cometen cada día muchos crímenes y delitos. Las fechorías se multiplican y se enardecen, cortabolsas y capeadores son legión, violan en las callejas, los asesinos apenas se esconden.

Frente a este aluvión, las compañías de arqueros, tres a pie, una a caballo, están demasiado solicitadas para hacer frente con buena medida a ese peligro.

Me resulta difícil, en estas circunstancias, tomar arqueros y oficiales con el solo fin de dar caza al Desollador, y mi dilema está en escoger entre la seguridad de unos cuantos, amenazados por el Desollador, o de todos, amenazados por los ladrones y asesinos, cada vez más numerosos.

Mi opinion es que, para evitar problemas, no hay que disgustar a los burgueses y el pueblo de París, y asegurar así a la policía ordinaria que da tranquilidad a una población ya muy nerviosa y siempre dispuesta a dirigir su cólera sobre la autoridad; el asunto del Desollador debería esperar un periodo más calmado para ser resuelto.

Sin embargo, monseñor, no puedo actuar así sin órdenes expresas para que proceda en el sentido de esta ejecución.

Monseñor, vuestro humilde
y obediente servidor,
BARÓN JÉRÔME DE GALAND,
TENIENTE CRIMINAL DEL CHÂTELET

Con excepción de un miembro importante del parlamento, los otros diecinueve lo aprobaron, algunos añadiendo felicitaciones por el sentido político de Galand.

Dieciocho de ellos, favorables a la Fronda, deseaban sencillamente que no se diera motivo de queja al pueblo de París, que apoyaba la revuelta de los príncipes.

Para el número diecinueve, perdido en el grupo, la razón era muy diferente: sin duda se alegraba, tranquilo, ante la idea de que el finísimo y meritorio Jérôme de Galand no tuviera ni un instante que dedicar al Desollador, es decir, a él.

Ferrière, sorprendido por aquellas respuestas, le preguntó qué había que hacer, y Jérôme de Galand respondió sonriente:

—¡Desenmascarar al Desollador! Yo no dejaría este asunto hasta que no se resolviera y el culpable fuera castigado. Ahora más que nunca, pero con discreción y sin que nos preocupen o nos sustraigan el asunto.



Por la tarde, llegaron a Sens, donde el barón Le Clair de Lafitte, descendiente de un escudero de Enrique IV, tenía un castillo en medio de un gran bosque.

Poco antes de entrar, el barón se volvió hacia sus amigos y precisó, un tanto incómodo:

—Mi esposa, la baronesa Jeanne, es muy amable, agradable y en todo perfecta, como en la educación de mi hijo de dos años... ¡Sin embargo, resulta abrumadora con su parloteo incesante, hasta el punto de que prefiero el redoble de tambores del ejército del rey de España! Por favor, no os toméis a mal esta inclinación de su naturaleza y, sobre todo, evitad prolongar la conversación, pues significaría dar nuevo aliento a su vicio, y comprended que escogí el oficio de las armas para estar lo más lejos posible de esta criatura... adorable.

La «adorable criatura» se mostró reservada mientras enseñaba las habitaciones. Autorizó sonriente y sin comentarios que el conde de Nissac cogiera una rosa en el invernadero para regalársela a la señora de Santheuil, quien no pudo remediar prenderla en su bella cabellera morena.

Muy cuidadosa de las formas, la baronesa Le Clair de Lafitte instaló al conde de Nissac en el lugar de honor: general en el ejército del rey, tenía el grado más alto.

Noble, sus orígenes se remontaban a la noche de los tiempos.

Se sirvió potaje de ganso con puntas de espárrago y manteca, potaje de espinacas, golondrinas, perdices asadas con salsa española y palomos con albahaca, piezas de buey, pollitos y ganso, y quesos surtidos de la región de Sens.

Algunos fulares rojos, pero sobre todo la señora de Santheuil, a quien no gustaban ciertos prejuicios con respecto a las mujeres, empezaron a encontrar a su anfitriona encantadora y al barón Melchior Le Clair de Lafitte un vil calumniador, cuando, con toda inocencia, el barón de Bois-Brûlé se volvió hacia la mujer de Melchior:

—Señora, no solamente vuestra mesa es de las mejores del reino, sino que además la habéis decorado con mucho arte... El esplendor de las flores, el mantel finamente bordado, la belleza de esta antigua vajilla... ¡Esta mesa es una auténtica obra de arte!

Con tono reservado, y casi en voz baja, Jeanne Le Clair de Lafitte preguntó a su interlocutor:

—¿Queréis decir, barón, que soy una artista? El barón de Bois-Brûlé distinguió bien, en la otra punta de la mesa, a Melchior, que le hacía muchas señales discretas con una extraña expresión de desesperación en el rostro, pero pensó que su amigo exageraba y, haciendo caso omiso de las advertencias mudas, respondió con calor y muchas sonrisas:

—Sin duda alguna, señora.

Jeanne lo miró con profunda simpatía y dijo con una voz vibrante por la emoción:

—¡Y el cumplido me viene de un hombre que interpretó comedias ante el rey!

Dividido entre el miedo de decepcionar —no había actuado más que en plazas públicas de las ferias— y un cierto orgullo, el señor de Bois-Brûlé dijo vagamente:

—El rey... El rey... ¿Estaba aquella noche? Creo que sí.

Jeanne lanzó una mirada helada a Melchior.

—¿Oís eso?

—Por desgracia —masculló Melchior. Jeanne Le Clair de Lafitte cogió la mano del señor de Bois-Brûlé y le dirigió una mirada de bondad contenida:

—¡Querido amigo! ¡Artista yo! Pero... es evidente. Canto en plena noche un repertorio precioso que deja sin aliento. Ah, es irresistible... ¡Y también pinto! Pinto ortigas, insectos salvajes y crueles, retretes burlones, manzanas podridas, deyecciones de vacas mofletudas, bubones incipientes de peste, orines secándose al sol de agosto, pues creo que nuestra pintura es demasiado afectada y quiero adelantarme a nuestro tiempo. ¡Mis cuadros son irresistibles! ¡Pero también escribo!

—¿Es posible, señora? —preguntó Sébastien de Frontignac, lívido.

Recordando el ulular de una lechuza en estado de gran nerviosismo, la baronesa Jeanne soltó una carcajada siniestra que hizo eco en los tejados y los graneros, y miles de murciélagos levantaron el vuelo ocultando durante un instante el claro de luna.

Haciendo caso omiso al incidente, la baronesa continuó:

—Dramas, comedias, obras en verso... Me gusta lo cómico, y hace dos años escribí una farsa que conmueve a todo bien nacido: ¡es irresistible! Se trata del *Cid* del señor Corneille. Imaginad que, en la obra, el *Cid* está... ¡en verso!

Los convidados, consternados, se miraron abrumados:

—¿Eso hicisteis, señora? —preguntó Frontignac, que parecía fascinado.

—Lo pensé y luego ¡me atreví! Joven, es irresistible... A la famosa réplica: «Rodrigo, ¿tienes corazón?», mi héroe responde: «¡Y otra cosa también, por desgracia!», rascándose el trasero, pero la cota de mallas que lleva no se lo facilita para nada y suena el ruido de sus guantes de metal contra la cota de hierro: es irresistible. Entonces se encuentra con Jimena, y molesta por que se rasque así el trasero delante de toda la corte le recomienda que tome una medicina, pero el *Cid* se niega. ¿Sabéis qué responde?

—¡No me atrevo a imaginarlo! —replicó Frontignac, que creía vivir una pesadilla.

—Mi *Cid* contesta: «¡Ni hablar, señora, quiero a mis pequeños compañeros!». ¡Es irresistible!

Su carcajada siniestra, solitaria y glacial resonó una vez más, y el último murciélago, sin duda anciano, se decidió por el exilio.

La baronesa prosiguió, esta vez con un tono mucho más reservado:

—He enviado mi *Cid* al señor Pierre Corneille.

—¿Y qué ha respondido el maestro? —preguntó Maximilien Fervac.

—No ha respondido, sin duda turbado por tanta imaginación; el origen, su pieza, no es más que un drama muy banal.

Repentinamente, la baronesa Jeanne se golpeó la frente:

—Tengo la obra en mi escritorio y voy a buscarla para haceros una lectura. Cuatro actos que pasan en un abrir y cerrar de ojos, porque...

—¡Es irresistible! —atajó Florenty.

—¡Justamente! —replicó la baronesa, dirigiéndose hacia la escalera de piedra.

Con aire grave, Melchior Le Clair de Lafitte se volvió hacia sus compañeros:

—Señora, señores, oficiales del rey o no, fulares rojos o no, hay circunstancias en las que hay que saber abandonar el campo de batalla y retirarse a tiempo.

La desbandada fue inmediata.



La estancia era de un verde intenso, la cama cubierta por una tela azul bordada de oro y las cortinas de terciopelo verde profundo. Les habían cedido la habitación más bonita del castillo. Y la más cercana a una extraña gruta agujereada hacía poco, de donde fluía un riachuelo en cascada y cuya agua, llamada de gotas de cristal, caía en las rocas oscuras. El conjunto hacía pensar en una fuente del gran Francini.

El conde de Nissac dejó de contemplar el jardín y, soltando la cortina, se volvió.

Mathilde le hacía frente, sonriente.

Se había dejado puestas las altas botas rojas, las bragas, las ligas rojas y la rosa roja prendida del cabello negro, por encima de la oreja izquierda.

Para hacer el amor la mayoría se desnuda, pero el conde pensaba que, puesto que el amor es una fiesta, conviene vestirse para esa fiesta con todo lo que se oculta a la mirada de los demás. En eso él se mostraba diferente.

Se acercó a ella con un paso que quería ser medido, pero que se pareció al paso de carga.

El conde de Nissac y Henri de Plessis-Mesnil, marqués de Dautricourt, entraron en París por la puerta Saint-Martin a las cuatro de la madrugada.

Iban los dos de reconocimiento; la señora de Santheuil y los Fulares rojos aguardaban a menos de una legua de la capital.

Nissac se sentía incómodo, y la razón era que París pertenecía a la Fronda. Durante su marcha, los dos hombres habían cruzado algunas palabras sobre los campos desolados, luego el joven marqués se puso a hablar de sus amores:

—Amo a una mujer muy guapa, pero, por desgracia, de la Fronda, señor.

El conde reflexionó tras aquellas palabras.

—Señor, una querrela política no enfrenta mucho tiempo a los que se aman. A este propósito, ¿os ama ella en correspondencia, pues ésa es la única cuestión que vale?

—Eso creo, aunque ninguna prueba que no deje lugar a la duda me da certeza; una confesión, por ejemplo. Pero nuestras miradas son dulces y ardientes.

—¡Conozco bien ese estado! —respondió el conde, sonriendo al pensar en Mathilde de Santheuil.

El joven marqués, que parecía emocionado por haber recordado a su amada y, por otro lado, conmovido por el interés que el conde de Nissac dedicaba a sus asuntos, soltó por un momento la brida de su caballo y, con un gran gesto, puso al cielo, de un azul límpido, por testigo:

—¡Ah, Charlotte, cuánto os amo!

El conde se sobresaltó. Intentó convencerse de que en todo el reino de las flores de lis había más de una Charlotte del partido de la Fronda, pero le entró una duda:

—¡Charlotte! Creo que hay varias Charlotte con alguna gracia.

—Sin duda, pero sólo una con la belleza de Charlotte de La Ferté-Sheffair, duquesa de Luègue.

Nissac vaciló sobre la actitud que tomar. Debía a toda costa mantener la armonía en las filas de los Fulares rojos, llamados a hacer frente a muchos peligros. Pero tenía una idea elevada del honor de un caballero, que no debe mentir, aunque sea por omisión, a un amigo.

Se aclaró la voz:

—Marqués, yo conocí en otro tiempo a la duquesa de Luègue. En unas circunstancias particulares, y durante un tiempo muy breve. Ella era entonces muy joven y, por haberme visto durante un duelo en los jardines del Palais-Royal, pensó sin duda que no habían pasado los tiempos de la antigua caballería. Yo fui un estúpido, imaginando, por unas palabras mal entendidas, que la mujer a quien yo adoraba me mentía y amaba a otro. El trato entre la duquesa y yo no excedió de unas horas, y no nos hemos vuelto a ver nunca.

El marqués detuvo su caballo y, buscando la mirada del conde, puso levemente

una mano en el antebrazo de él:

—Querido conde, esta historia no me resulta nueva, toda la Corte supo entonces de la aventura de la que habláis.

—¿Pero entonces...? —preguntó Nissac.

—Esperaba... que vos mismo me lo contarais.

—¿Era una estratagema? ¡Es insultante! —observó fríamente el conde.

—No lo entendáis así, no quería heriros... Ardía en deseos de saber si vuestra amistad sería lo bastante fuerte para encontrar en sus raíces el raro valor que habéis tenido, pues contarle no es fácil entre un hombre que poseyó a una mujer y otro hombre locamente enamorado de la misma mujer.

—Vámonos, pues —respondió Nissac, bastante molesto.

—Insisto, querido conde. Había en mi procedimiento una actitud falsa y sin sinceridad, pero tened la tranquilidad de que el objetivo perseguido no era vil: deseaba admiraros una vez más, pues no dudaba ni un instante de vos.

—Vámonos pues, señor, todo esto son pamplinas. Yo no quería malentendidos entre nosotros, quería poder miraros a la cara.

—Es muy halagador, querido conde, y os lo agradezco.

Reanudaron su travesía de la capital al paso lento de sus caballos. Sin embargo, el marqués precisó:

—Charlotte toma nuevo amante a menudo, pero yo no estoy celoso. Creo que busca lo que todavía no ha encontrado... o lo que ha perdido... y yo se lo daré, pues la amo sin cálculo, sin querer cambiarla si ella no lo desea. Hay que tener el valor de amarla tal como os gusta, aunque sea con mala reputación.

—Unas palabras muy sensatas, marqués, y que no se esperarían de vuestra juventud.

—Querido conde, es que me las dicta una pasión hasta ahora sin resultados pero que ilumina mis esperanzas como un farol la noche.

Llegaron poco después al edificio de Carnavalet y el lugar sedujo enseguida al conde, como los dos criados, completamente leales a Jérôme de Galand y su policía secreta.

Nissac admiró el diseño del portal, de Pierre Lescot, y las esculturas que Jean Goujon había realizado en el mismo portal. Pero pronto su atención se concentró en un solo punto: ¿cabría allí toda su gente?

Pronto, la respuesta fue evidente, y Nissac tuvo en la cabeza la distribución exacta de las camas. Así, en la calle, a un lado y otro del portal había un primer patio flanqueado por dos pabellones, uno contenía una gran cocina y otro los establos.

Luego venía el amplio patio de honor, separado por un murete de un tercer patio, llamado de las cuadras. Sobre uno de los lados, partiendo de las cocinas, corría una larga galería dotada de armazones con tragaluces que daban al cuerpo del edificio, dividido en cuatro espacios: un gabinete de trabajo, una amplia habitación, una estancia más modesta y una gran sala. Sin hablar de los graneros, donde cabía el

doble de los efectivos de los fulares rojos.

Tras bajar al patio de honor para verificar un último detalle, Nissac tuvo la sorpresa de descubrir a Jérôme de Galand vestido de negro y, unos pasos más atrás, al teniente Ferrière y dos jóvenes oficiales de la policía criminal.

El conde y el barón no ocultaron la alegría de verse, pero pronto Jérôme de Galand llevó a su amigo aparte.

Los demás los vieron discutir largamente, ir y venir por la sala de honor, sonreír y preocuparse. Hubo un momento en que el conde de Nissac describió por gestos precisos en el vacío un espacio que sólo Ferrière tuvo la rapidez de comprender que tenía doble salida y debía de plantear algunos problemas al conde.

Para todos los que, sin entender nada, asistían a la escena, no había duda de que el general de artillería y el general de policía trataban algún asunto peligroso que implicaba a los Fulares rojos a expensas de la Fronda.

Luego, los dos hombres parecieron ponerse de acuerdo por fin y volvieron hacia Ferrière y el marqués de Dautricourt cambiando de tema.

—¿Y el Desollador? —preguntó el conde de Nissac.

—Ha vuelto a empezar. Dos veces. Desuella con menos rigor que hace tres años pero ha extendido azufre sobre el cadáver de la última víctima.

—¿Azufre? ¿Con qué propósito?

Galand se encogió de hombros en señal de impotencia.

—Estoy limitado a las hipótesis, evidentemente. Pero el azufre es condensación de la materia de fuego, y desde siempre inspira a los que quieren tener relación con el diablo.

—¿Queréis decir que el Desollador sitúa sus locas acciones tras pensamientos demoníacos?

—Es muy posible. En el fondo, querido conde, los dos sabemos, pues hemos visto los cadáveres, que ese hombre está loco. Por tanto, que lo esté más todavía de lo que habíamos creído no cambia nada que sea decisivo.

—¿Y esto hace más fácil vuestra investigación?

—Podría ser. Los que rinden homenaje a Satán no son tan numerosos, y acuden a unos impostores conocidos por nuestra policía... Pronto lo veremos.

—Esperemos. La Fronda ya es suficiente para nuestra desgracia.

Galand dirigió una mirada a sus hombres, luego condujo a Nissac al otro extremo de la sala de honor:

—Aquí trataremos mejor nuestros asuntos.

—¡Oh, no me he dado cuenta! Barón, acabo de cruzar París, la Fronda reina por todas partes como ama absoluta de la ciudad.

—La Fronda quizá sí. Pero el señor de Condé con menos facilidad.

—¿Qué queréis decir con eso? —preguntó Nissac, vivamente interesado.

El policía asintió con la cabeza con aire entendido.

—Conozco perfectamente París. Me gusta esta ciudad. He nacido aquí, y mi

padre antes que yo. La he recorrido en todos los sentidos por asuntos de la policía criminal. Conozco sus debilidades y su valentía... Querido conde, si algún día sucede algo que cambia la suerte de los hombres, será en París.

Nissac, con un gesto completamente inesperado en él, pasó un brazo por los hombros del policía y lo hizo caminar.

—El gobierno de los hombres por los hombres, el derecho contra la fuerza, la justicia contra lo arbitrario, la libertad contra la esclavitud...

—La república contra la monarquía, las nuevas ideas contra el feudalismo. Un día habrá que organizarse en sociedades secretas, reconocernos con algunas señales, superar nuestras fronteras, pues el hombre es semejante en todos los países del mundo...

Los dos hombres se detuvieron y cruzaron una grave mirada que selló para siempre su amistad, que unió a dos corazones puros y generosos en un propósito que sobrepasaba sus pobres vidas.

Era difícil dejar atrás ese maravilloso momento, pues abría muchos sueños sobre un futuro radiante; pero era necesario: aquel mes de mayo de 1652, en París, se vivía bajo el dominio de la Fronda.

Jérôme de Galand tomó la iniciativa:

—París pertenece a la Fronda, pero se equivoca de revuelta. Mientras espera, esta ciudad tiene mucha memoria y no olvida nada. Como la forma en que el príncipe de Condé, entonces al servicio del rey, la sitió. El hambre, la carnicería de la batalla de Charenton, la masacre de los prisioneros... Querido amigo, el 12 de abril el parlamento recibió al señor príncipe de Condé con extrema frialdad. El 23 del mismo mes, una asamblea de notables parisinos rechazó la unión con los príncipes, aceptando como máximo diputar al rey para desterrar a Mazzarino, sabiendo que Luis XIV no aceptaría nunca. El mismo día, que no fue alegre para el príncipe de Condé, la cámara de cuentas y el tribunal de ayudas lo recibió muy mal. Poco después, el príncipe, mal inspirado, ordenó a sus agentes que crearan disturbios en las calles y, con ayuda del pueblo cegado, provocaran el miedo de los burgueses y los representantes de la ciudad... pero ellos no perdonarán nunca el miedo que pasaron.

El conde de Nissac escuchó con mucho interés, pero una cosa se escapaba a su entendimiento:

—No comprendo que si a la ciudad no le gusta el príncipe, no lo rechace.

Galand suspiró:

—No le gusta el príncipe, pero siente afecto por Gaston de Orleans. Es toda la complicación del caso.

—No lo entiendo bien.

—Gaston de Orleans es muy indulgente con los parisinos. Incluso es débil, y por tanto muy popular. Por desgracia, no es el dirigente de la Fronda y sigue al príncipe, sin duda por debilidad, una vez más.

—¿No se puede provocar alguna desavenencia entre el príncipe y Gaston de

Orleans?

—No se puede actuar desde el interior. Para la Fronza, sus poderosos señores, sus ejércitos, no somos nada. Pero si estropeamos sus operaciones, si contamos con la impopularidad del príncipe y con el rey, que ha vuelto cerca de París, podemos albergar la esperanza de acelerar las cosas.

—¡Al menos serviremos para eso! —respondió Nissac.

El conde de Nissac había escogido a Maximilien Fervac. Despojado de sus atributos de oficial en los Guardias Franceses, simulando una gran vulgaridad en la expresión y recordando muy a propósito a Manon, que vendía sus encantos a los viejos y ricos burgueses, Fervac se hacía ver con su protegida en cierto barrio de mala fama del arrabal Saint-Marcel.

La joven, feliz de ver al único hombre que le despertaba sentimientos tiernos y ardientes, hasta el punto de que él nunca tuvo que recurrir a la bolsa para poseerla, aprovechaba su suerte y nunca hacía preguntas. A cambio, Fervac no la interrogaba sobre su desagradable oficio, pues había comprendido que la joven no se sentía vinculada con lo que vivía cuatro o cinco veces por semana en compañía de sus viejos habituales.

Ningún hombre es perfecto, y si lo fuera sería muy aburrido.

Mirado por el lado de sus cualidades, Fervac era guapo, tenía buen tipo y era encantador, valiente, fuerte y muy divertido, y además hacía el amor de forma deliciosa.

Si tomaba en cuenta sus defectos, desde el punto de vista de la joven, se podía considerar que pensaba demasiado en el orden, no soportaba las cosas que se arrastraban aquí y allá, cuando había un lugar para cada cosa. Además, daba muestra de una gran lógica en la palabra, escuchaba con atención, corregía las expresiones torpes, explicaba las razones de un comportamiento tan bien que con él una se sentía como una marioneta a manos del titiritero que la anima y le da la palabra.

Para Manon, sin embargo, las cualidades eran muy superiores a sus defectos y no podía imaginar a otro hombre ocupando tan profundamente sus pensamientos.

Manon era de una rara belleza y de una altanería que provocaba al hombre; enseguida los macarras reparaban en ella en las tabernas y cabarets, a quienes habría gustado llevársela a la cama y hacer que les asegurara bonitos ingresos vendiendo su espléndido cuerpo en su provecho.

Los macarras consultaron entre sí y decidieron que no podían dejar una mujer tan encantadora al guapo Fervac, ese intruso al que convenía matar cuanto antes.

Las provocaciones no tardaron, en distintos grados.

Al pasar ante la mesa de Fervac y su amiga, volcaban sus vasos riendo. Otro plantaba las dos manos sobre las nalgas de Manon. El tercero reflexionaba en voz alta sobre su tristeza al ver una potra tan linda en tan mediocre compañía.

Cada vez, y sin parecer en absoluto afectado, Fervac invitaba al provocador a salir. El cabaret se vaciaba entonces y sus ocupantes llenaban la callecita, generalmente oscura, elegida para saldar la querrela, pues el espectáculo encantaba a las mujeres e interesaba a los hombres: en esas ocasiones, y según una vieja usanza, sólo hay un superviviente.

Pero ya fuera con cuchillo o espada, el encuentro impresionaba por su brevedad y,

pronto, por lo rutinario, pues Fervac salía siempre vencedor de esos duelos en que no recibía ni un rasguño.

Lo consideraron entonces con respeto, por su coraje tranquilo y su gran habilidad con las armas. Luego, truhanes de cierta importancia lo invitaron a su mesa, donde Fervac asombró por la admiración que manifestaba hacia la Fronda.

Y, aunque ese tema de conversación no tardó en aburrir a los rufianes, Fervac volvía una y otra vez sobre ello, defendiendo con insistencia la causa de los príncipes y maldiciendo a Mazzarino.

Fervac despertaba fascinación.

Había matado a cinco macarras, mostrado sin miedo al futuro cambiante su apoyo a la Fronda y escapado a toda sanción. Los arqueros no lo encontraban, aunque él no se escondía, y la policía criminal del temible Jérôme de Galand se mostraba incapaz de capturarlo.

Corrió el rumor de que era un tipo con suerte, en un medio en que la suerte es muy valorada, pues asegura éxito y sobre todo supervivencia.

Un día, un hombre de elevada estatura fue a ver a Fervac y le explicó que era muy justo sostener una causa y sacar provecho de ella.

Fervac se mostró interesado y, rápidamente, el hombre le habló del Coq Noir, taberna discreta donde se reunía gente de su clase que defendía la causa de los príncipes.

Se citaron.



Jérôme de Galand no ignoraba ninguna de las actividades de Fervac y había dado órdenes firmes y precisas para que no lo molestaran ni un momento. El asunto seguía su curso de manera satisfactoria.

Por lo demás, lo solicitaba otro asunto relacionado con el culto a Satán y los que lo practicaban.

Nunca en su vida había visto a tantos locos, unos diez, y casi tantas locas. Se asombraba de que la justicia real los dejara en libertad, aunque no eran nada peligrosos, aunque sí extremadamente pesados.

Le citaban en los lugares más singulares, en los cafés y los sótanos de los mercados, del Barrio Latino y del Palacio Real. Por no hablar de ese lugar ridículo, un sótano sumergido en la negrura más absoluta donde todos los que trabajaban eran ciegos. Sin duda, ese lugar, bajo la pluma de cronistas falaces, aparecería en los siglos futuros como un lugar extraño y maravilloso por su capacidad de hacer soñar, pero, mientras tanto, ¡qué olla de grillos! No se veía ni torta, los clientes se golpeaban unos a otros y tiraban el vino encima de la ropa del vecino. Se suponía que los ciegos eran los que mejor conocían el lugar, pero no era raro que tropezaran y volcaran la cerveza sobre la cabeza de un parroquiano que soltaba grandes gritos. Sin embargo, era con

los ciegos con quienes Galand era más indulgente, pues los desgraciados sabían que todos iban a verlos, o más bien a tocarlos, como si fueran animales extraños, y su dignidad se encontraba sin duda naturalmente ofendida.

El día anterior, un joven loco que se creía primo de Satán había dejado para Galand palabras ocultas bajo piedras lisas que lo llevaban de un sitio a otro y, al final del camino, debían conducirlo al encuentro con el Príncipe de las Tinieblas. Pero Galand conocía bien París y comprendió enseguida que, entre las fuentes y las trampillas, el joven loco le hacía seguir el trazado del acueducto de María de Médicis, acabado en 1624 y que supuso once fuentes públicas y veintiséis trampillas. Como consecuencia de ello, abandonó la pista: el Príncipe de las Tinieblas podía esperar a otra ocasión.

Sin embargo, esa vez el instinto de Jérôme de Galand le decía claramente que estaba sobre una buena pista.

El hombre al que se enfrentaba, un falso sacerdote simoníaco y macarra, lo miraba con frialdad y reserva.

Galand le expuso secamente lo que buscaba, a lo cual respondió el hombre, con frialdad:

—Tal vez Éléonor de Montjouvent, la única que utiliza azufre; no me es desconocida y podría conducirnos hasta ella. —Miró el Pont-Neuf, que se encontraba por encima los dos hombres, y añadió—: ¿Y yo qué gano?

Galand reflexionó. Su interlocutor, un hombre inteligente, no era de los que se engañan con palabras ligeras.

Observó el Sena, el muelle desierto, sus sombras agrandadas por un bonito claro de luna, luego suspiró:

—¿Sabéis quién soy?

La respuesta no se dejó esperar:

—Jérôme de Galand, teniente criminal del Châtelet.

—Exacto. ¿Tengo fama de abandonar a los que me sirven fielmente?

—No tenéis esa fama, es cierto.

Galand asintió con una gravedad exagerada.

—Entonces os hago sólo una pregunta: ¿qué queréis a cambio de servirme con celo y celeridad en este caso?

El falso sacerdote, cogido por sorpresa, vaciló un momento y dijo:

—Que dejen mis dos prostitutas a sus galanterías. Que me dejen vender en paz objetos santos que otros roban en iglesias. Y que la policía pase por alto las reuniones en que los burgueses y algunos nobles quieren encontrarse con Satán, pero que siempre acaban con fornicaciones de todos y todas mezclados.

«No hay buen policía sin concesiones», pensó Galand, que replicó en tono seco:

—De acuerdo, no os molestarán. ¿Qué hay de esa baronesa de Montjouvent?

A lo largo de una semana Fervac, llamado «el suertudo», fue visto varias veces en el Coq Noir. Unas veces solo, otras acompañado de Manon, llamada «la encantadora».

Situado fuera de la muralla de París, en el arrabal Saint-Victor, el Coq Noir no cobraba entrada, pero no entraba quien quería. En efecto, delante de la puerta había permanentemente un gigante al que le faltaba una oreja y el muñón, que parecía un fino encaje de carne, todavía tenía la marca de los dientes de un adversario sin duda muy resuelto.

Aparentemente, el gigante dejaba entrar o no a quien le parecía, pero en realidad no obedecía a ningún capricho. Para entrar en el Coq Noir había que reunir sin falta dos condiciones. La primera, ser un truhán reconocido. La segunda, ser partidario acérrimo de la Fronda. Y las dos condiciones eran necesarias; un simple truhán no entraba, ni tampoco cualquier partidario de la Fronda.

Fervac, caluroso partidario de los príncipes y asesino en cinco ocasiones, podía sentirse en casa en el Coq Noir, donde lo recibían siempre con el extraño respeto que merecen quienes, en este medio, han quitado la vida a otros. Lo consideraban buen compañero, pues el teniente de los Guardias Franceses no vacilaba en abrir su bolsa para dar de beber a sus nuevos amigos.

El Coq Noir era un lugar muy alargado, que incluía un sótano en el lado izquierdo y otra salida que daba a un patio jardín, que desembocaba en una calle perpendicular al bulevar de Saint-Victor.

El Coq Noir era un establecimiento muy extraño. Asesinos, ladrones, maestros cantantes, violadores, todos se codeaban en armonía, intercambiando confidencias sobre los más generosos de los príncipes, los que menos miraban las formas, y de todos el señor Condé se llevaba la palma. Poco le importaba que alguien matara a un burgués, violara a su mujer y su hija, tomara su caja fuerte y otros valores si, por ejemplo, la víctima había realizado un libelo hostil contra el príncipe o empeñado su gloria.

Además, por los medios que empleaban, y la tortura era el favorito, los truhanes obtenían excelentes resultados e información de primera, lo que hacía de ellos los mejores agentes de la Fronda.

Estas historias, referidas por Fervac a Nissac, habían sorprendido mucho al conde, que se alarmaba de esta entrada de la truhanería en política. Que una banda de asesinos y macarras pudiera servir así a traidores y ejércitos extranjeros bajo el manto de una elección política lo impresionaba profundamente y le provocaba aprehensión en cuanto a lo que semejante villanía podría ser en tiempos venideros.

Pero de momento aquélla no era la preocupación de Nissac, que esperaba en el patio jardín trasero del Coq Noir.

La acción, preparada durante mucho tiempo, debía —así se esperaba— desarrollarse convenientemente, y en efecto todo empezó como estaba previsto.

Fervac se presentó por la noche, sonrió al gigante de la oreja mordida y le plantó el puñal en pleno corazón.

El hombre murió en el acto.

Ayudado por Mathilde de Santheuil, el oficial de los Guardias Franceses puso un tonelillo de pólvora de cañón delante de la entrada del Coq Noir y encendió la mecha corta; luego, acompañado por la joven, que iba vestida de hombre, corrió por el bulevar de Saint-Victor para llegar al patio jardín, donde los aguardaban los demás fulares rojos.

Mathilde había insistido en participar en aquel asunto peligroso y el conde, aunque muy contrariado, cedió, pues no quería contradecir la creencia de la joven baronesa según la cual con frecuencia una mujer vale lo que un hombre. Con ese ánimo, cuando ella llegó, él le anudó amorosamente un fular rojo en torno al cuello y sustituyó el discursito de circunstancias por un largo beso.

Nissac y sus compañeros esperaron sin impaciencia ni temor la evolución de los acontecimientos. El general conde y el barón Sébastien de Frontignac pertenecían al cuerpo de la artillería real, arma en la que excedían, y conocían también el arte de las zapas, utilizadas durante los asedios a plazas enemigas. Así, habían dosificado con gran saber la carga de pólvora situada al lado del cadáver del hombre con la oreja mordida.

La explosión, con estruendo y resplandor intensos, rasgó la noche y mató en el acto a la mitad de los truhanes reunidos en el Coq Noir. Los demás, en medio de la humareda, corrieron hacia la segunda salida.

En cuanto estuvieron al aire libre, se encontraron bajo el fuego de los mosquetes de Nissac, Frontignac, Mathilde, Le Clair de Lafitte, Fervac, Bois-Brûlé, Florenty y Dautricourt, es decir, ocho armas de fuego con los cañones sólidamente plantados en el suelo. Mientras unos fulares rojos recargaban sus mosquetes, Mathilde, Nissac, Frontignac, Fervac y Le Clair de Lafitte atacaron a los supervivientes con las espadas.

En pocos minutos todo concluyó, el «Coq Noir» estaba destruido y treinta de los mejores agentes del príncipe de Condé muertos.

La noticia pondría loco de alegría a Mazzarino, y Luis XIV se maravillaría de aquel golpe de mano que halagaba su gusto elitista.

Satisfecho, Nissac daba la orden de retirada cuando...

El duque de Beaufort tendió una bolsa al soldado pelirrojo, de origen alemán, y le hizo señal de que se alejara.

Saboreó aquel instante. Gracias a aquel desertor que fue a verle, tenía la esperanza de aniquilar a los fulares rojos.

¡Qué casualidad, qué casualidad maravillosa! El alemán había reconocido a uno de los caballeros que, mientras se encontraba bastante mal, se tomaron la molestia de ayudarlo y curarlo, y se asombró de que un oficial del rey circulara libremente por las calles de París.

Su corazón había estado dividido entre la gratitud y la avaricia, pero la atracción

del oro fue más fuerte y, por sus relaciones con los malhechores, el desertor no tuvo dificultad en dar con el duque de Beaufort, que se hacía llamar «el rey de los mercados» debido a las amistades que tenía con los ribaldos y pescaderas, muy numerosos en aquel barrio.

Una historia sencilla. El alemán no sabía siquiera que se trataba de un fular rojo, pero se cruzó en la calle con un oficial del rey que resultó ser Fervac en agradable compañía, en ese caso Manon, y el desertor lo siguió hasta el Coq Noir. Advertido, Beaufort dudó que un solo fular rojo, «oficial del rey», pudiera mostrar tanta audacia. Entonces mandó vigilar el lugar previendo astutamente el plan de Nissac y, en cuanto se supo de la concentración de leales, el «rey de los mercados» reunió al grupo que estaba en alerta desde hacía varios días, es decir, una partida de cien soldados, mosqueteros y dragones.

El duque de Beaufort no podía desear mejor conjunción. Así, en un primer momento, se cubriría de gloria por la muerte o captura de los Fulares rojos, que daban tanto prestigio al rey, pero sobre todo al odiado primer ministro. Eso elevaría mucho su reconocimiento en París.

Además de eso, al intervenir tan tardíamente, reducía a la nada el brillante servicio de espionaje del príncipe de Condé... en provecho del suyo, otro punto para ganar fama, reforzar su postura y apoyar sus ambiciones en el campo de la Fronda.

Sonrió y lanzó a sus cien hombres contra los ocho fulares rojos, que enseguida tomaron posición defensiva detrás del murete, desde donde abrieron fuego con sus terribles mosquetes sobre los asaltantes.

El duque lo apreció. Incluso en una situación desesperada, los fulares rojos luchaban con mucho valor. ¿El asunto le costaría veinte, treinta mosqueteros? ¡De acuerdo! Pero ganaría él.

Muy contento, pensaba en eso cuando...

El duque de Beaufort se tambaleó de la sorpresa, tan imposible le parecía aquello.

¡Lo atacaban por detrás! ¡A él! ¡Bajo las puertas de París, donde reinaba como amo con los suyos!

Sometido frontalmente al tiro diabólicamente preciso de los mosquetes de los Fulares rojos, atacado por detrás por cien hombres fuertemente armados y muy disciplinados, dragones y mosqueteros de la Fronda tuvieron un momento de vacilación, luego un principio de pánico y el duque de Beaufort, a caballo, tuvo que hacer mucho esfuerzo para reunir sus tropas. Entonces, destacándose, se dirigió solo, no sin valor, ante los cien hombres cuya intervención acababa de estropear sus ambiciones.

Un hombre de poca estatura, vestido todo de negro y rodeado con mucho respeto por sus tropas, le hizo frente con una insondable sonrisa en el rostro.

El duque de Beaufort estuvo a punto de atragantarse:

—¿Vos?

—¿Quién si no intenta que reine el orden, en plena noche, en la ciudad de París?

—respondió Jérôme de Galand.

Beaufort, desorientado, repitió:

—El orden... —Luego, bruscamente espumeando de rabia—: Ah, eso, demonios, ¿de qué orden habláis vos, señor policía?

La calma de Galand contrastaba singularmente con la exaltación del duque de Beaufort y el barón, que se expresaba con voz suave y comedida, no ignoraba que contribuía así a llevar a su interlocutor al punto de ebullición.

Explicó, acentuando con malicia los aires de paciencia que se daba:

—Señor duque, cuando una taberna de tan mala reputación como el Coq Noir se proyecta en cierto modo hacia los cielos, pero desde luego no hacia Dios Padre, y dos grupos desconocidos luchan bajo las murallas de París, sólo cumplo con mi deber al reunir dos compañías de arqueros, o sea, ochenta hombres y sus oficiales, para restablecer el orden. Si no lo hubiera hecho, vos habrías sido, en otras circunstancias, el primero en denunciar mi falta de vigilancia y mi poca prisa en mantener un orden muy apreciado por los señores príncipes.

El duque de Beaufort vaciló, sin saber si el barón de Galand era un listo de lo más fino o un perfecto imbécil lleno de lealtad. Fuera como fuera, su posición era intachable, y Beaufort bajó un poco el tono:

—Pero ¿no habéis visto a los Fulares rojos?

—¡Fulares rojos en una noche tan oscura! He visto a unos dragones y muchos mosqueteros. Entonces he pensado que una vanguardia del ejército del señor mariscal de Turenne trataba de forzar la puerta Saint-Victor... Qué queréis, señor duque, los policías apenas tenemos ocasión de pensar demasiado rato antes de decidirnos a mantener el orden.

—Bueno, bueno... —respondió el duque de Beaufort, quien no ocultaba su gran decepción.

Galand insistió:

—Perdonadme, señor duque, pero debería informar al señor duque de Orleans, cuando el señor príncipe de Condé desee escucharme sobre este asunto...

—¿Y bien?

—¿Puedo ver a uno de los fulares rojos?

—Uno...

El policía, al ver el gran asombro del duque, prosiguió:

—¿O uno de sus muertos?

—¿Un muerto?

—¿Uno de sus heridos, entonces...? —insistió Galand.

—Es que...

—¿Tal vez un prisionero?

El duque dio un salto, como si acabara de ser alcanzado por un rayo y, furioso, se volvió hacia uno de los oficiales que esperaba desde hacía cierto tiempo:

—¿Dónde están? ¿Dónde están los Fulares rojos...?

—Precisamente quería advertiros, señor: están huyendo. ¿Tenemos que perseguirlos?

—¡Pues claro, estúpido por partida triple!

En la mayor confusión, Beaufort consiguió reunir a cincuenta hombres en fila de a dos; en perfecto orden pero con sonrisas asomando a los labios, los arqueros del señor Galand tomaron la dirección de la puerta Saint-Victor.

El policía saboreaba su victoria en silencio cuando el teniente Ferrière llegó a su altura riendo.

—¡Bonito momento! Los libelistas harán disfrutar muchísimo a sus lectores: «La policía de París vence y humilla a un grupo de mosqueteros del glorioso duque de Beaufort... Aprovechando el combate inesperado, los Fulares rojos se escabullen».

El barón de Galand se encogió de hombros.

—Hay que aprovechar los pequeños placeres que nos ofrece la vida.

—Pero ¿cómo lo sabíais, exactamente? ¿Cómo sabíais lo de los Fulares rojos, y sobre todo lo del duque de Beaufort, que no os informa de sus proyectos?

Jérôme de Galand observó largamente al teniente, sin disimular su alegría:

—Mi oficio es saberlo todo, mi buen Ferrière. Saberlo todo y a veces no moverme... O intervenir con mucha urgencia. Lo comprenderéis algún día, cuando me sustituyáis.

Luego dijo para sí:

—Tiene que haber un solo jefe de la policía parisina, o será una locura. Si ganamos a la Fronda, le mandaré ese proyecto al rey.



Como soldado experimentado, el general conde de Nissac lo había planeado todo, incluida una retirada precipitada. Llevó a su pequeño grupo hacia un gran jardín de hierbas medicinales fundado por Guy de La Brosse un cuarto de siglo antes.

Sin embargo, rodeó el laberinto, en la entrada del cual abandonó una de sus antorchas, que chisporroteó sobre la tierra batida.

Luego, sin dejar de correr, tomó la dirección opuesta y mandó apagar las antorchas en cuanto llegaron a un edificio de tablas en el que entraron los ocho, golpeándose con las palas y picos de los jardineros.

La luna iluminaba generosamente el jardín y, por la puerta entreabierta del edificio, Nissac pudo informar a sus compañeros de las nuevas y apasionantes aventuras del duque de Beaufort.

Éste, al descubrir la antorcha todavía caliente, exultó: una vez en el célebre laberinto, los Fulares rojos no saldrían sino muertos o prisioneros.

El duque mandó rodear la plaza y llamó venir a numerosos refuerzos desde la capital con gran agitación, para que nadie ignorara el triunfo que presentía.

Durante dos horas, el laberinto fue recorrido en todos los sentidos por los soldados de la Fronda, que acababan siempre por cruzarse, se llamaban a voces con buen humor, se apostrofaban o eran víctima de interminables crisis de risa. Un dragón metió un tonel abierto para saciar la sed de sus compañeros, que empezaron a vacilar por aquel laberinto y que, trago de vino tras trago de vino, les parecía la antesala del infierno. Y entre los que no bebían pero gritaban de risa, y los que honraban a Baco pero gritaban de terror, el laberinto recordaba a las instituciones donde encierran a los locos incurables.

Con la mirada perdida, sin captar más que muy imperfectamente el funcionamiento del mundo, el duque de Beaufort se llevó la mano a la cabeza bullente, no intentó entender ya qué fuerza maléfica ayudaba a los Fulares rojos y, con el alma en los pies, dio orden de retirarse hacia París, donde entró cabizbajo, seguido por una tropa en la que algunos hacían eses.

Los parisinos despiertos por los preparativos de victoria del duque no dejaron de recibir su regreso con toda la ironía que el caso reclamaba.

El conde de Nissac aguardó unos diez minutos y mandó encender de nuevo las antorchas.

Tenían un largo camino por delante, pues estaban obligados a entrar en París por la puerta de Nesle, muy sensatamente puesta desde hacía poco bajo el completo control de los hombres de Jérôme de Galand.

El conde tomó a la baronesa por la cintura.

—Señora, este fular rojo me hace pensar en vuestra liga del mismo color.

Ella lo besó con violencia y le murmuró al oído:

—Amado señor mío, un poco de paciencia y lo que queda de noche será nuestro.

Jérôme de Galand no se desanimó, aunque había registrado tres fracasos sucesivos en su búsqueda de Éléonor de Montjouvent, quien, según todas las apariencias, estaba en guardia.

Una primera vez, acababa de cambiar repentinamente de morada sin indicar la nueva cuando se presentó el general de policía. Una segunda vez, durante una velada dedicada al culto de Satán, ella se había retirado tan rápido que el policía, advertido tarde por el simoníaco, llegó unos minutos tarde. Y la tercera vez, aunque el dispositivo de policía parecía tan discreto como eficaz, Éléonor de Montjouvent no acudió, sin avisar a los que la esperaban.

El policía, que no tendía de forma natural al desánimo, sólo quiso retener dos puntos satisfactorios de todo aquello. El primero, que su informador simoníaco se mostraba leal y deseoso de ser fiel a su promesa. El segundo se refería a la calidad de la información transmitida por el informador: el hombre se mostraba notablemente preciso y fino conocedor del tema que ocupaba a uno y otro.

La continuación, pues, era cuestión de paciencia y una pizca de suerte, que no de azufre, pensó divertido. Pero Jérôme de Galand, sí poseía una indudable tenacidad, no dudaba que la buena suerte acabaría por sonreírle.

El policía deambulaba solo por las calles, con un guardia discreto y silencioso siguiéndolo y precediéndole a poca distancia. De vez en cuando, hombres o mujeres le dirigían discretas señales de reconocimiento, furtivas y respetuosas. A menudo, se trataba de truhanes que saludaban a su manera a un hombre que los había arrestado o los arrestaría algún día.

Pensativo, Jérôme de Galand entró en un albergue donde era asiduo; su propietaria y algunos habituales del lugar lo habían apodado «el gato».

El gato, porque un día, con un movimiento vivo de la cabeza, había evitado el hábil lanzamiento de un puñal a un dedo del rostro. El gato en razón también de sus hábitos negros y lustrados de viejo felino batallador y astuto, de su mirada fija y su gusto por el pescado.

Como ese día no había, Jérôme de Galand comió ligeramente aves y mirlos y algunas profiterolas. Bebía agua, pues tenía horror al vino, y masticaba con lentitud, con la mirada perdida en la pared, indiferente al hecho de que a su alrededor todas las mesas estaban vacías y no las ocupaba nadie.

Un tanto inquieto, pensaba en sus amigos fulares rojos. Sí, el escondrijo de la casa del Carnavalet era maravilloso, como también el «propietario», Henri Plessis-Mesnil, marqués de Dautricourt, que asistía a las reuniones de los jefes de la Fronda y se burlaba con humor de Mazzarino en suma, hacía un doble y fino juego.

Pero por otro lado, el príncipe de Condé se irritaba y prometía una elevada recompensa a quien permitiera la captura de «la banda de los fulares rojos». No obstante, con la catástrofe del Coq Noir y la emboscada del patio trasero del arrabal

Saint-Victor, donde mataron a sus agentes sin piedad, el príncipe había perdido algunos elementos de verdadero valor y estaba ciego y sordo allí donde alguna información habría permitido sin duda limitar la acción de los «Fulares rojos», incluso permitir que fueran aniquilados.

El barón Jérôme de Galand mordió la profiterola y masticó largamente pensando que al multiplicar las acciones sus amigos incrementaban a la vez los riesgos, y que no se puede desafiar eternamente la suerte sin ser abandonados un día por ella.

Apesadumbrado, el policía volvió a dejar la profiterola, arrojó una moneda sobre la mesa y salió, indiferente, al profundo silencio que provocaba repentinamente su marcha.



Los Fulares rojos intentaban estar en todo lugar donde su acción podía molestar a la Fronda o ayudar al rey y sus fieles.

Un día, el conde de Nissac provocó en duelo a un caballero amigo de Gaston de Orleans y lo mató enseguida: el hombre se ocupaba de poner en marcha un servicio de espionaje que habría podido ser perjudicial para la corona.

Otra vez, unas bandas pagadas por el príncipe de Condé saquearon la oficina de entrada de mercancías: una descarga de pólvora causó una gran carnicería entre los hombres del príncipe.

A finales de abril, antes del regreso de los Fulares rojos, el preboste de los mercaderes y unos regidores convocados en el Palacio de Luxemburgo fueron expulsados por los príncipes en el momento que, en el exterior, la muchedumbre empujada por los agentes de Condé reclamaba sus cabezas. Arrojadados fuera, los recibieron a bastonazos, destruyeron sus carrozas, lincharon al preboste, hirieron a varios regidores, mientras el príncipe reía ante tan desconsolador espectáculo. En cuanto llegaron, Nissac y los suyos tomaron al cargo a los magistrados supervivientes e hicieron que los llevaran, por caminos tortuosos pero seguros, a la Corte.

Ese mes de mayo, la duquesa de Bouillon, hermana del mariscal de Turenne, fue asaltada en su carroza por el populacho mientras, sabiéndose amenazada, intentaba huir de París. Un hombre quiso incluso estrangularla y la duquesa estaba ahogándose cuando una espada discreta, sujeta por Fervac, cortó la médula espinal del agresor. Mezclados con los amotinados, vestidos de ganapanes y sin los fulares rojos, Nissac y los suyos, que sabían hablar alto, salvaron a la hermana del mariscal de Turenne y mandaron que la condujeran a casa de Gaston de Orleans, quien, a su pesar, no pudo menos que recibirla. Al enterarse de ello poco después, y del bonito gesto de Nissac, dicen que el mariscal se retiró para esconder sus lágrimas, de tan emocionado y agradecido como estaba.

Todos estos informes, escrupulosamente enviados a Mazzarino, quien había llegado a Saint-Germain-en-Laye junto con la Corte, regocijaban mucho al cardenal,

que los leía y releía varias veces, por la noche, delante de su chimenea.

Aquellas acciones múltiples y rápidas, y muchas otras más, desmoralizaban a las gentes de la Fronda, que creían que los hombres de Nissac eran miles, anónimos agentes diseminados por las calles y de los que sólo se veía, paradójicamente, las caras tapada por los célebres fulares. ¡Tanto daba decir que los veían como que no los veían!

Estas acciones eran muy útiles, pues causaban gran inseguridad en el núcleo del poder de la Fronda, pero Nissac esperaba el momento de asestar un golpe mucho más fuerte.

Y la ocasión se presentó.

Advertido por Henri de Plessis-Mesnil, marqués de Dautricourt, Nissac supo que la Gran Señorita y tres de sus más bellas amazonas de la Fronda se dirigían a Étampes, una plaza de primerísima importancia al cargo de Tavannes. Éste, un hombre caballeroso, había previsto alinear su ejército para que las cuatro mujeres pasaran una revista, y después los soldados podrían dispersarse por los alrededores para beber y divertirse a su gusto.

Las cosas transcurrieron tal como estaba previsto, a no ser porque el ejército de Turenne, con la rapidez del rayo, cayó sobre el ejército dispersado de la Fronda. En efecto, fue un golpe diestro y exacta repetición de la acción de Condé durante la batalla de Bleneau, pero, esta vez, invertido a expensas del príncipe.

El efecto sorpresa fue decisivo y el pánico se apoderó de los soldados de Condé, que tuvieron mil muertos y un número semejante de prisioneros; los supervivientes llegaron a Étampes a toda prisa para encerrarse en la ciudad, pronto sitiada por el señor de Turenne.

El ejército del príncipe se encontraba bloqueado, y Mazzarino se hallaba en una posición de fuerza.

En la Corte no cabían en sí de gozo.

Pero sólo el rey y Mazzarino sabían que ese éxito inesperado venía de los informes precisos enviados por Nissac, que expidió dos en un tiempo brevísimo por medio de sus mejores fulares rojos. Y cosa muy inusual, algo que no solía hacer, el conde insistió en un último párrafo bastante personal en los grandes méritos y cualidades de esos dos hombres. Y precisamente de esos dos hombres.

El cardenal sonrió, pues no era tonto. Por lo demás, a fuerza de leer informes, tenía la sensación de conocer bien a aquel hombrecillo moreno llamado Anthème Florenty, que fue contrabandista de sal antes de ser fular rojo, y temible con el mosquete.

Pero Maximilien de Fervac le gustaba más todavía. Teniente de los Guardias Franceses, considerado como una de las mejores espadas del reino después de Nissac, un hombre sonriente, de humor agudo y una elocuencia fácil, el primer ministro recordaba perfectamente su papel decisivo en el asunto del Coq Noir, que ridiculizó una vez más al duque de Beaufort —a quien el cardenal odiaba—, y acabó con el

servicio de espionaje de Condé.

Mazzarino no mandó de vuelta a los dos hombres enseguida, y al día siguiente los recibió en una sala con ujieres y secretarios que parecían reunidos en espera de una ceremonia.

Luego entró el rey con Mazzarino a su izquierda y, creyendo desfallecer, los dos fulares rojos se convirtieron en barones de Fervac y de Florenty a los pocos instantes.

Cuando los dos nuevos barones, tambaleándose de orgullo, se retiraron, el joven Luis XIV observó sonriente a su primer ministro y le dijo:

—Para honrarlos así, creo que queréis demasiado a estos señores de los fulares rojos.

—Como se quiere a unos hijos, Sire. ¿Y qué son, en el fondo si no?

El rostro del joven monarca se ensombreció.

—No olvidéis que viven en todo momento en medio de los mayores peligros y que antes de la victoria, si Dios nos la da, perderéis a algunos, quizás a todos.

—Lo sé, Sire. El señor de Galand me ha hecho llegar los informes. Esta vez, la Fronda quiere matarlos y, según él, que no se equivoca nunca, matará a algunos... Pero, Sire, si lo pensamos bien, ¡cómo nos alegraba cuando todo iba tan mal el relato de sus aventuras! Ellos constituían un poco el honor de la corona, un poco la valentía de Francia y mucho de nuestra revancha cuando trataban de humillarnos por todas partes... ¿Cómo olvidarlo?

Luis XIV se acercó a la puerta y se volvió enérgicamente:

—A mí también me gustan. Y demasiado para ser un soberano. Si os he hablado así es para prepararos para lo peor y prevenir vuestro pesar, que, como el mío, será profundo.

—En efecto, Sire.

—Además, cuando mueran la historia no debe saber nada de su existencia. El reino de Francia no ha podido depender de un puñado de barones y galeotes al mando del heredero de una de las más antiguas familias de la nobleza.

—Ya lo sé, Sire.

El rey suspiró:

—¿Qué es una vida? ¿Qué es un destino? Al menos, si mueren jóvenes, han vivido varias vidas en una sola. Pero entre vos y yo, aparte de vuestra valiosa persona y la de mi señora madre, los Fulares rojos son cada uno una de las flores de lis de mi corona.

Ante la incapacidad de liberar a su ejército sitiado en Étampes, el príncipe de Condé necesitaba alguna acción deslumbrante para salvar su prestigio.

Los más extremistas de la Fronda empujaban a los exaltados a vengarse. Así, en pleno palacio de justicia, el procurador del rey fue duramente golpeado aunque se encontraba en el suelo, y aquello no se había visto nunca.

Luego, en lo que siguió del día, una multitud en que se mezclaban elementos turbios cada vez más numerosos se presentó delante de la prisión de la Conciergerie y echó abajo las puertas antes de liberar a los detenidos, que no estaban allí por razones políticas, sino por numerosos crímenes y fechorías.

El duque de Beaufort, que nunca retrocedió ante una iniciativa desafortunada, pensó entonces en hacer de aquella muchedumbre un ejército que pronto contó con veinte mil hombres, a los que dio instrucción militar mientras los burgueses de París, descontentos pero reducidos al silencio en aquellas circunstancias, debieron pagar sus sueldos... y hospedarlos, y algunos de los «voluntarios de Beaufort» no vacilaron en violar a la esposa y las hijas de su anfitrión en cuanto llegaron a moradas agradables a las que nunca habrían tenido acceso en tiempo de paz.

El príncipe de Condé, vencedor de Rocroi y Lens, quedó aterrado al ver el «ejército», pero debía emplearlo cuanto antes si no quería provocar su descontento y tal vez verlo volverse contra él.

El príncipe buscaba un objetivo que tuviese la ventaja de que no se le pudiera resistir. Así, con los veinte mil hombres de Beaufort, a los que se añadió medio millar de caballeros y tropas regulares, eligió Saint-Denis, plaza fiel al rey y custodiada por... doscientos guardias suizos.

Que serían vencidos sin peligro...



El conde de Nissac, advertido por el marqués de Dautricourt y los espías de Mazzarino, reunió a los Fulares rojos y llegó a Saint-Denis al galope, poco antes que el príncipe Condé y su numeroso ejército.

Ordenó rápidamente a los burgueses que abrieran las esclusas con la intención de inundar el llano en torno a la ciudad. Así fue, y el propio príncipe, aunque iba a caballo, se encontró metido en el agua hasta la cintura.

El ejército de Beaufort, según algunos, pasó entonces de veinte mil a diez mil hombres, y luego a cero, cuando los doscientos suizos ayudados por los Fulares rojos y algunos burgueses recibieron a los asaltantes con un terrible fuego de mosquetes.

Dejando allí al príncipe de Condé y a su fiel La Rochefoucauld, el duque de Beaufort corrió a buscar a su ejército en fuga.

Aunque desigual, pues estaban en relación de dos contra uno en detrimento de los

defensores, el combate adquirió entonces un carácter más militar. Por un lado, doscientos suizos y fulares rojos, por el otro quinientos caballeros.

Como en las más terribles guerras civiles, luchaban calle por calle, barrio por barrio, barricada por barricada. En una de ellas, los fulares rojos armados con mosquetes y granadas no cedieron y batieron a los de Condé situados en hilera, pues la barricada estaba muy bien construida en espiga, y era muy difícil de abordar. Excedido, Condé decidió rodearla por otra calle para perseguir a los suizos, quienes valientemente retrocedieron paso a paso antes de ocupar la abadía donde se atrincheraron, descartando toda idea de capitulación. No depusieron las armas hasta pasados dos días, pero solamente porque el príncipe les envió a un emisario para advertir que pensaba hacer saltar la abadía por los aires.

Al saber que el combate había terminado, el «ejército Beaufort», nuevamente fuerte con veinte mil hombres, llegó a paso ligero para matar, violar y saquear.

Dieron la orden de buscar a los Fulares rojos entre los muertos y los prisioneros, pero, una vez más, habían desaparecido y dejado treinta cadáveres delante de la barricada que mantuvieron durante más de seis horas.

Se estableció una guarnición de la Fronda en Saint-Denis y el príncipe volvió a París para saborear su victoria.

Al día siguiente el señor de Turenne barría la guarnición dejada por Condé, recuperaba Saint-Denis y entregaba la ciudad al rey.



El príncipe de Condé se aburría.

Se dedicó entonces a las mujeres, pero, a pesar de los cumplidos que recibía, notaba perfectamente que no era cariñoso, y que la forma de hacerles el amor, brutal y en pocos instantes, no las satisfacía. Una de ellas, joven burguesa bellísima, literalmente robada a su marido, se atrevió a murmurar, una vez acabado el acto, el salmo «Miserere mei, Deus».

El príncipe dirigió entonces la redacción de un libelo que tenía como título «Tarifa convenida en una asamblea de notables en presencia de los señores príncipes» y que ofrecía un precio por cada pedazo del cadáver de Mazzarino: tantas libras por un brazo, tanto por los ojos, tanto por las dos mandíbulas y así hasta las partes más íntimas... La obrilla, sin embargo, no reveló al príncipe como un autor de talento para los partidarios de la Fronda refinados, como se consideraban algunos, entre ellos el duque de La Rochefoucauld.

La salvación del príncipe vino de otro lugar, y casi por sorpresa.

El reino de las flores de lis, en descomposición, desprendía un fuerte olor de carroña que atrajo al duque de Lorraine, aristócrata mercenario al mando de un ejército «particular» de ocho mil hombres muy experimentados.

Charles de Lorraine era de naturaleza muy corrupta y el rey de España le ofreció

una muy buena recompensa si apoyaba al príncipe de Condé.

El duque de Lorraine se apresuró a aceptar... pero también a negociar con la Corte.

Bajo un exterior zafio y brutal, que cultivaba con placer, Charles de Lorraine ocultaba una gran finura y también sentido político.

Así, para mostrar su situación de árbitro, y que no se pudiera hacer nada sin él, hizo esperar varias horas a Condé, Nemours, La Rochefoucauld, Beaufort y a poco menos de mil caballeros que habían ido a recibirlo a Bourget.

A la bellísima duquesa de Montbazon, que lo presionaba para apoyar la Fronda, le respondió:

—Mejor bailemos, señora.

Y le tocó una melodía de guitarra.

Al todopoderoso cardenal de Retz, que le hablaba de grandes proyectos guerreros, le recitó padrenuestros sacando su rosario y precisando que, si los religiosos ejercían su profesión, él a su vez realizaría la de ellos.

Así era Charles IV de Lorraine, que continuaba negociando en secreto con la Corte.

Ni Mazzarino ni el duque de Lorraine deseaban enfrentamientos directos de sus ejércitos, que eran de valor desigual. Sin duda, el mariscal de Turenne habría ganado por poco, pero entonces sus tropas diezmadas y extenuadas no habrían constituido ya una amenaza para el príncipe de Condé, que, con su habitual prontitud para aprovechar las circunstancias, los habría atacado enseguida.

En ese momento delicado, el duque de Lorraine tuvo una idea que contentó a todo el mundo: él retiraba su poderoso ejército si el rey Luis aceptaba levantar el sitio de Étampes, donde se encontraba encerrado el ejército de la Fronda.

Se firmó el acuerdo.

Charles IV, duque de Lorraine, se retiró entonces muy satisfecho. Después de liberar el ejército de los príncipes, se metió en el bolsillo el oro de España, que habría preferido su intervención directa pero que no podía negar que en esa circunstancia había ayudado al príncipe. Por otro lado, el rey le entregaba dos de sus plazas fuertes confiscadas y prometía devolverle las otras en cuanto la Fronda estuviera eliminada.

Sin embargo, para los que veían un poco más allá, este combate diplomático no se acababa en una igualdad de satisfacciones.

En efecto, mientras él pensaba en la posibilidad de que entrara en guerra junto a la Fronda el temible ejército del duque de Lorraine, Mazzarino había convocado a los señores de provincias fieles a la persona del rey.

Llegaron de todo el país, y algunos respondieron enseguida a la convocatoria, como el mariscal de La Ferté, que llevó tres mil hombres de tropas nuevas al señor Turenne; éste no ocultó su contento.

Ahora el ejército real era muy superior en número al de la Fronda y, para empeorar aún más la situación de ésta, los diferentes ejércitos habían causado grandes

daños en torno a la capital, e incluso se perdió la cosecha.

Además del ejército real, un espectro se aparecía a los de Condé: el hambre en la ciudad de París y sus arrabales.

Habían encontrado otro cadáver de mujer desollada y decapitada, pero esta vez el cuerpo estaba groseramente enterrado en un jardín cerca de la puerta Saint-Martin. Un anciano se sorprendió por la presencia del montículo y, tras excavar por curiosidad, hizo el macabro descubrimiento.

Jérôme de Galand se preocupaba, obsesionado por el miedo de no comprender la lógica —aunque fuera demencial— que guiaba los actos del Desollador. Pues así era el policía, creía que conociendo bien al asesino se multiplicaban las posibilidades de capturarlo después.

¿Qué sucedía en el interior del Desollador?

Hasta hacía poco, su placer parecía consistir en el acto mismo de desollar viva a una joven y duplicarse exponiendo el cuerpo a la vista de todos.

¿No obtendría acaso ni la mitad de su regocijo enterrando así a sus víctimas? Y si ése era el caso, ¿existían otros pobres cuerpos mutilados, pasados por alto aquí o allá y que no se encontrarían nunca, o tan tarde que el esqueleto sin cráneo no indicaría nada que fuera preciso?

Jérôme de Galand pensó largamente en el problema. Claro, sólo podía adelantar hipótesis, pero una al menos le seducía más que las otras. Si, como imaginaba y parecía demostrar la existencia de la carroza y de su gente, el Desollador era un poderoso señor, además de uno de los jefes o grandes dirigentes de la Fronda en París, el curso de los acontecimientos debía preocuparle y requerir gran parte de su tiempo.

La Fronda había recuperado su ejército, de gran calidad, pero no recibía ningún refuerzo, mientras que el del señor de Turenne se fortalecía cada día más. La derrota de Étampes, el asedio, la ocupación de Saint-Denis, reconquistada enseguida por el ejército real, la marcha del duque de Lorraine y sus ocho mil excelentes soldados, que habían invertido la relación de fuerzas, todo eso debía preocupar a los generales de la Fronda y dejarles poco tiempo para el ocio.

En cualquier caso, el cuerpo desollado y decapitado llevaba la marca habitual, pues también esta vez encontraron sobre la carne muerta muchos restos de azufre.

Eso llevaba hasta la pista favorita de Jérôme de Galand: la inalcanzable baronesa Éléonor de Montjouvent.

Quiso acelerar las cosas y, si bien no tenía queja del celo y la lealtad del simoníaco, obligarle a servir mejor todavía a la policía criminal.

Con este ánimo, Jérôme de Galand mandó arrestar y conducir a prisión a las dos prostitutas que trabajaban para el beneficio de su informador.

La reacción no tardó, pues unas horas más tarde el simoníaco pidió audiencia en el Châtelet para ver al jefe de la policía criminal.

Jérôme de Galand, vestido todo de negro como de costumbre, observó con curiosidad al simoníaco: sus ojos despedían un fulgor asesino.

Luego, con un gesto evasivo, el policía invitó a su interlocutor a hablar, y él lo hizo enseguida:

—Señor barón, me hacéis una gran injusticia.

—Si confundís justicia y policía, los dos estamos perdiendo el tiempo.

El simoníaco comprendió que el policía no se equivocaba y cambió de tono para encontrar un nuevo ángulo de ataque:

—¿No os he servido lo mejor posible?

—Me habéis servido bien, sí, pero no lo mejor posible, pues Éléonor de Montjouvent siempre se nos escapa.

—Es una mujer muy inteligente, señor barón.

—Ya lo he notado. A mis expensas.

El simoníaco, un poco desamparado, probó otra cosa:

—Mirad, es que viene de la nobleza y supera en astucia y saber a las gentes de mi clase y a los que se entregan a las orgías bajo la tapadera del culto a Satán.

Jérôme de Galand observó largamente a su interlocutor, que se sintió un poco incómodo, y luego dijo:

—Tenéis una oportunidad de recuperar a vuestras putas, a quienes puedo hacer que liberen en cualquier momento, y beneficiaros de las ventajas que os prometí, pero para eso debéis ejecutar mis órdenes con prontitud.

—¡Pero si estoy completamente dispuesto!

El barón se levantó, fue hasta la ventana con las manos a la espalda y observó el Sena mientras se levantaba varias veces sobre la punta de los pies y cada vez hacía caer los tacones con un ruido seco.

Se volvió bruscamente hacia el simoníaco.

—Tengo una idea, ya que a vos no se os ocurren. —Guardó silencio, pensó, sonrió vagamente y continuó—: Vengo de la provincia. Mi edad es tranquilizadora, mi fortuna más todavía y el vicio me atrae. Ofrezco doscientas libras a la persona que pueda organizarme una velada en que se rinda culto a Satán en presencia de mujeres hermosas y perversas que no sean putas sino burguesas que vengan con sus maridos. La fiesta tendrá lugar en mi casa particular, de la que indicaréis la localización para que el que, o mejor, la que organice todo el asunto se dé cuenta de mi riqueza y de que no soy mal pagador... ¿Entendéis mi idea?

El simoníaco no pudo evitar admirar la inteligencia del hombrecillo de negro:

—Vendrá. Necesita oro, mucho oro, como uno que se prepara para huir.

—Eso es muy posible. —Jérôme de Galand reflexionó unos instantes y dirigió una mirada sorprendida al simoníaco—: ¿Todavía estáis aquí?

—¡Corro a arreglar nuestro asunto, señor barón! —respondió el simoníaco retirándose a toda prisa.



El duque de Beaufort acudió rápidamente al enterarse de que Bertrand, su más brillante espía, acababa de llegar a la capital, aunque agonizante.

Habían depositado a Bertrand en el establo, sobre paja fresca, y un médico, al quitarle las calzas, acababa de descubrir una pierna negra donde se agitaban ya algunos gusanos.

Beaufort echó al médico con un gesto y dominando su repulsión preguntó:

—¿Entonces?

—¡Es un proyecto imposible, señor duque!

Beaufort masculó un juramento.

El conde de Nissac, decididamente, escaparía siempre a su venganza. Pero Bertrand afirmaba que no había nada imposible de realizar...

Quince días antes, el duque de Beaufort había mandado a su espía favorito a la región de Saint-Vaast-La-Hougue para ver qué había sido del castillo de los señores de Nissac y si podía ser destruido o incendiado.

Olvidando el estado del moribundo, el duque ordenó con rudeza:

—¡Habla!

—El castillo es muy antiguo pero sólido, como los construían antes. Es todo de piedra y no se incendiará nunca. Atacarlo con el pico es como querer destruir el torreón del castillo de Courcy. Harían falta años.

El duque de Beaufort, cada vez más irritado por aquellas noticias, preguntó secamente:

—¡Eso no puede ser! Si es tan antiguo ha debido de ser tomado en las guerras del pasado y sufrir en uno u otro sitio. ¿Qué sé yo? ¿Un muro menos sólido? ¿Una mampostería construida con prisas?

Bertrand suspiró. Sabía que su muerte estaba cerca, siempre había servido a su amo con gran fidelidad y descubría con una tristeza infinita la indiferencia del duque. En cuanto cerrara los ojos, el gran señor lo olvidaría. Era algo muy injusto, y no era un buen pago a toda una vida de devoción y lealtad. Sin embargo, entre lo que sabía de los secretos del duque y lo que adivinaba, habría podido...

Bertrand ahuyentó esa idea y, viendo la impaciencia del duque de Beaufort, respondió finalmente a la pregunta:

—El castillo nunca ha sido tomado. Los condes de Nissac siempre resistieron a las invasiones extranjeras y sirvieron a la corona, por eso el rey no los atacó. Un navío inglés, hace más de un siglo, disparó algunas balas, pero no alcanzaron ni la playa.

—¡Ni siquiera los ingleses! —repitió Beaufort con amargura.

El herido asintió con la cabeza.

—Así es, monseñor.

—Pero ¿cómo es posible?

—El castillo, situado en Saint-Vaast-La-Hougue y Barfleur, siempre dio miedo a los ingleses. Cuando Eduardo III de Inglaterra, celoso de la prosperidad de Barfleur,

mandó a su hijo, el Príncipe Negro, a destruir la ciudad, el castillo se salvó.

—¿Por qué? —se asombró Beaufort.

—El catorce de julio de mil trescientos cuarenta y seis el Príncipe Negro destruyó e incendió Barfleur y luego se presentó ante el castillo de los Nissac. A una distancia que se creyó siempre imposible, una flecha salió del castillo y se plantó en el ventalle levantado del yelmo del Príncipe Negro. Entonces, por encima de sus cabezas, un hombre se puso en pie, arrojó su arco, sacó la espada y desafió al Príncipe Negro; ese hombre era un Nissac. El Príncipe Negro, aterrorizado, prefirió darse la vuelta delante de todo el ejército, sin perder tiempo en quitarse la flecha del yelmo... Y lo más sorprendente, señor: cuando la Peste Negra azotó el Cotentin, entre los años mil trescientos cuarenta y seis y mil trescientos cincuenta y tres, los Nissac se salvaron, como todos los que se habían refugiado en ese extraño castillo.

Rabioso, el duque de Beaufort tuvo que reconocer que no era así como podía vengarse de aquel hombre a quien detestaba más cada día.

Observó la pierna podrida de Bertrand y preguntó:

—En fin, ¿qué te ha pasado?

—¡Ay, monseñor! A fuerza de merodear alrededor del castillo, una noche vi dos ojos color de fuego y fui atacado por un maldito perro que llaman en la tierra *Mousquet* y que pertenece al conde. Tenía el mal y me despedazó la pierna.

—Habría que desollar las pieles malas para salvar el resto —dijo el duque de Beaufort con indiferencia.

—¡Desollar es un arte, monseñor! —respondió Bertrand mirando a su amo a los ojos.

—Eso creo yo también —replicó Beaufort sin bajar los suyos.

A los Fulares rojos no les costó mucho dominar a los lacayos que custodiaban la entrada de una bonita casa de la calle Petits-Carreaux, situada a la misma distancia de las puertas Mont-Marthe y Saint-Denis.

En la escalera de mármol, se toparon con un hombre de tez oscura, ojos y cabello muy negros, que se llevó rápidamente la mano a la cintura.

Pero Nissac, aferrando el puñal oculto en la caña de su bota, fue más veloz y el hombre, con el pecho atravesado, murió con una expresión de total incompreensión en el rostro, pues nunca antes, en más de cien ocasiones, le habían ganado en velocidad lanzando el puñal.

Nissac, sin una palabra, tiró del mango de su arma, secó la hoja en la ropa de su víctima y la volvió a poner en su bota.

Poco después, entraron en una estancia amplia y bonita. Una muchacha desnuda estaba sentada a horcajadas sobre un hombre desnudo también, con la piel oscura y la barriga tan gorda que parecía una embarazada.

Con mucha elegancia, el barón de Fervac tomó la mano de la muchacha, la arrancó suavemente de su abrazo amoroso y le tapó los hombros con su capa antes de llevársela a otra habitación, pero a juzgar por cómo el teniente de los Guardias Franceses y la muchacha se miraban, Nissac pensó que Fervac no estaría disponible en un rato...

El conde y los Fulares rojos observaron fríamente al hombre gordo, que miraba de un lado a otro con gran inquietud.

Nissac habló secamente:

—El que vigilaba, y que es de la isla de Malta como tú, ha muerto.

El hombre tembló más todavía, tanto por el anuncio de la noticia como por la vista de los fulares rojos que tapaban la parte baja de la cara de sus agresores, comprendiendo demasiado tarde que se trataba de una banda de leales al servicio del cardenal, el nombre de la cual se vinculaba con una interminable serie de acontecimientos.

Nissac se sentó en el borde de la cama y dio una palmada amistosa en el gran vientre desnudo del maltés, diciendo:

—Reventar semejante panza con la espada debe de ser muy divertido. ¿Qué os parece?

Evitando pronunciar nombres propios, Nissac interrogó a Le Clair de Lafitte con la mirada. La respuesta no se hizo esperar:

—Un barrigón así tiene que contener mucho aire, y con la espada corremos el riesgo de desencadenar una fuerte borrasca.

Nissac se levantó, pensativo, y se volvió hacia el hombre:

—Me resulta indiferente que, llegado de Malta, busques fortuna en tierras francesas. Pero no puedo tolerar que aumentes tu grasa convirtiéndote en abastecedor

de los ejércitos de los príncipes felones.

—¿Yo? —preguntó el maltés.

El barón de Bois-Brûlé lo abofeteó tan fuerte que un diente voló por la habitación.

Nissac hizo entonces una señal a Frontignac, que recitó de memoria:

—El veinte de este mes de junio has entregado a los intendentes de los príncipes felones doscientos caballos, ochenta mosquetes, cuarenta arcabuces, ciento cincuenta pistolas, trescientas espadas, cuatrocientas balas y dos cañones.

—¡Ese oro vuelve al rey de Francia! —dijo el conde.

El maltés, que recuperaba el aliento, fingió de nuevo asombro, aunque no le salió bien:

—¿Quién os ha dicho semejante mentira, mis queridos señores?

El conde de Nissac hizo una señal con la cabeza al barón de Florenty que, enseguida, se sentó en el borde de la cama, cogió una mano del maltés y, con un movimiento rápido del cuchillo, le cortó un dedo.

El maltés gritó, pero un bofetón formidable administrado por el señor de Bois-Brûlé le calmó enseguida.

—¿Dónde está el oro? —preguntó de nuevo el conde.

—¡No lo sé, monseñor!

A un gesto de la cabeza de Nissac, Florenty le cortó la oreja al maltés y, sin duda inspirado por lo que había visto en el Coq Noir, se la comió. La masticación de Florenty trastornó más al maltés que la pérdida de su oreja, pues lo cierto es que verse comer por el prójimo no es propio de las costumbres humanas.

Convencido de ello, el maltés aulló.

—¡Yo diría que matemos al cerdo! —observó el marqués de Dautricourt.

Mathilde, que no había hablado, observó:

—Eso es peligroso. Si la muchedumbre de parisinos hambrientos piensa que matamos a un cerdo, invadirá esta casa y nos descubrirán.

Un nuevo bofetón del señor de Bois-Brûlé calmó al abastecedor de la Fronda.

El maltés vio a Florenty, con el cuchillo sangriento en la mano, que se inclinaba sobre él con una expresión terrible, y susurró:

—Ahora me voy a comer el ojo de este hombre.

Dominando su dolor, el maltés gritó:

—¡Os llevaré, señores!



Dautricourt y Florenty se habían ido a llevar el oro a un barquero, agente de Mazzarino, que debía transbordarlo hasta Saint-Germain-en-Laye, donde aumentaría el botín de guerra del cardenal.

Satisfechos de su misión, y tras quitarse los fulares rojos, Nissac y los suyos volvían a la casa de Carnavale cuando una amazona vestida de hombre y con espada

al costado se cruzó con ellos.

Hubo estupor por una y otra parte.

Charlotte de La Ferté-Sheffair, duquesa de Luègue, vio primero al conde y sintió un agudo dolor en el corazón, pero se dirigió a Mathilde de Santheuil:

—Tenemos un asunto pendiente, señora.

—Arreglémoslo cuanto antes.

—Dentro de una hora, en el mercado de caballos, plaza Petits-Pères.

—Os espero.



El conde de Nissac sentía una gran confusión.

Sabía que no podía impedir a Mathilde que se enfrentara a Charlotte, tan hondas eran en las dos mujeres las ganas de pelear; como tampoco ignoraba que la oposición entre Fronda y lealtad al rey tenía algo de pretexto, pues su sola persona alimentaba la rivalidad de las dos Amazonas.

A cambio, si aquel duelo le costaba, aunque su corazón pertenecía enteramente a Mathilde de Santheuil, quería ahorrarle el espectáculo a Henri de Plessis-Mesnil, marqués de Dautricourt. El conde pensaba que el joven, protegido por su edad, se encontraba en el desconocimiento de algunos dolores y desgarros que la vida inflige, por desgracia, bastante pronto, y ante los cuales no es necesario precipitarse. El marqués estaba profundamente prendado de Charlotte, pero sentía gran amistad por Mathilde, mujer a quien admiraba y consideraba un compañero de armas. El hecho de luchar, sufrir y esperar juntos crea vínculos que, aunque no fueran amorosos, tienen una fuerza a veces parecida a ese sentimiento.

Y Nissac quería evitarle a Dautricourt esa división de sentimientos.

Para prevenir ese efecto y evitar la desunión de los Fulares rojos, Nissac decidió no demorarse en la casa de Carnavalet, pues en cualquier momento el marqués de Dautricourt podía volver de su misión, que consistía en llevar el oro del maltés al barquero agente de Mazzarino.

Mientras esperaba a que Mathilde se preparara para el duelo, pidió al señor de Bois-Brûlé que se quedase en el lugar, así como a Frontignac y Le Clair de Lafitte, para retener al marqués cuando volviera. Añadió que para hacerlo todos los medios eran buenos, incluida la fuerza.

Así pues, sólo Fervac y él acompañarían a Mathilde al mercado de caballos, donde tendría lugar el duelo.

Nissac y Fervac aguardaban en el patio de honor, junto a tres caballos ensillados, cuando Mathilde apareció, con una belleza resplandeciente.

Llevaba una rosa roja prendida en su bonita cabellera morena, una camisa de hombre de seda muy fina y que Nissac reconoció como suya; también una falda ancha que le permitía mucho movimiento, y botines rojos.

Fervac, sin aliento, se adelantó al conde:

—Nunca habéis estado tan bella, señora, aunque normalmente lo estáis, ¡y de qué manera!

Mathilde le sonrió.

—Es que tal vez voy a morir, señor, y en ese caso me gustaría dejar el mejor recuerdo posible de mí. Nissac avanzó y la estrechó contra sí.

—¡Asfíxiame! —murmuró ella.

Mathilde de Santheuil, el conde de Nissac y el barón de Fervac llegaron los primeros al mercado de caballos, desierto desde que la provincia no podía abastecer París.

Desierto, pero no del todo, pues en el vasto espacio se veía una pequeña silueta toda vestida de negro.

Bajando del caballo, el conde, sorprendido, apostrofó a su amigo Jérôme de Galand:

—¡Así, vos que todo lo sabéis, también sabéis esto!

El policía esbozó una pálida sonrisa.

—Pues sí; es mi deber. Pero habría preferido no saber nada, al menos en esta ocasión, pues este duelo me entristece mucho. Ya conocéis mi profundo afecto por la baronesa de Santheuil, pero entre vos y yo, la duquesita de Luègue tiene un valor y una tenacidad admirables, aunque consideremos que su causa, la Fronda, no es justa. —Se calló un momento, observó a Mathilde, quien para prepararse mejor cruzaba el hierro con el barón de Fervac, y siguió—: Querido amigo, no digáis que lo sé todo. ¡Vos no! Sí, sé lo que concierne a los asuntos policiales en la ciudad de París, pero ¿qué sé de las grandes cuestiones? ¿Qué sé del destino de los hombres del mañana, aunque trabajamos para cambiar las cosas? ¿Qué sé de las sociedades secretas con las que sueño, cuya filantropía sería uno de los medios de acción y cuyos miembros se podrían reconocer con señales o emblemas, como antaño los constructores de las catedrales? ¿Qué sé de la felicidad? ¿Y de la injusticia, cuando unos nacen afortunados y otros pobres, guapos y guapas, y otros feos y desgraciados mientras que según mi opinión todo hombre o mujer tiene el mismo derecho a la felicidad?

El conde de Nissac no respondió enseguida y meditó sobre las palabras de Jérôme de Galand, que distraían la profunda angustia que sentía al pensar en el duelo inminente. Por fin se decidió:

—Sí, la naturaleza es injusta porque hace a uno guapo o no, la suerte depende del azar que os hace nacer afortunado o desafortunado, pero, la vida de cada día podría depender del gobierno de los hombres según los principios de la justicia e igualdad; la cuota de la desgracia sería entonces menos importante.

Galand asintió con la cabeza.

—Eso está bien, pero ¿cómo conseguirlo? Tal vez no soy policía en vano, pero desconfío mucho de los movimientos callejeros. Creo más en la educación, que será una tarea muy larga. Es la razón por la que no veremos que nuestras ideas gobiernen el mundo a lo largo de nuestra vida... Tanto mejor para el cardenal, que habrá sabido mantener a los feudales a distancia, y en ello trabajó para nuestra causa. Tanto mejor para el joven rey al que han humillado tanto; no lo olvidará y restringirá el poder del Estado, trabajando también él de forma indirecta para nuestras ideas... Que el gran cambio llegue en la época de sus sucesores.

—Siento algo parecido. Nos hemos vinculado demasiado a ellos luchando a su

lado para desear verlos derrotados, precisamente a ellos, por el pueblo. Pero trabajar por el futuro no les concierne, y no es traición.

Se sintieron cómplices incluso en el deseo de que la República que tanto querían no llegara en tiempos del cardenal y el joven rey, por los que con tanta frecuencia habían usado la espada. Para tales hombres, el honor es un camino difícil que a menudo lleva a la renuncia de uno mismo.

Mathilde de Santheuil fue hasta ellos. Ya perlaba su frente una leve transpiración, y los movimientos de espada daban a sus mejillas un bonito rubor.

Se entretuvo apartada con el conde unos minutos, luego Charlotte de La Ferté-Sheffair, duquesa de Luègue, llegó sobre una hermosa potranca blanca.

La duquesa llevaba atuendo de hombre e hizo saber que rechazaba toda conciliación y que deseaba iniciar la lucha lo antes posible.

Así fue, en cuanto Mathilde de Santheuil se ató un fular rojo alrededor del cuello.

Las dos mujeres peleaban con gracia, una con calzas, la otra con falda, las cabelleras morena o rubia revoloteaban, las dos con botas, las dos bellísimas. La duquesa atacaba ferozmente, para matar, y la baronesa, sorprendida por la violencia de los ataques, se conformaba con parar tan bien que el duelo no era decisivo, pues el conocimiento del arte del ataque de la una se topaba con el arte de la parada de la otra.

De pronto, la baronesa tuvo que retirar rápidamente la cabeza para evitar un golpe terrible de la duquesa, y si no lo hubiera hecho habría quedado desfigurada para siempre con una larga cicatriz. Ése era, evidentemente, el deseo de la duquesa, que esbozó una leve sonrisa, y ésta, que no dejaba lugar a dudas sobre la intención de la señora de Luègue, puso a la señora de Santheuil en estado de fría cólera.

Retrocedió y, ante la sorpresa de la duquesa, mantuvo la espada en alto, en vertical.

Tras un instante de desconcierto, la señora de Luègue se precipitó sobre Mathilde de Santheuil, quien se agachó y estiró vivamente la muñeca.

Tocada en el muslo, la duquesa retrocedió tirando de la pierna mientras el barón de Fervac, que arbitraba el duelo, se precipitó para proponer el fin del combate.

En ese momento, Jérôme de Galand se inclinó hacia el conde de Nissac diciendo:

—Es un duelo desigual. La duquesa desea matar a la baronesa, cuando ésta sólo quiere herir a su adversaria.

Nissac, que también lo había advertido, se conformó con asentir con la cabeza, preocupado, pues la duquesa echaba a Fervac y retomaba su puesto para proseguir el duelo.

Y aunque tenía mucha dificultad para moverse, la señora de Luègue reanudó sus ataques violentos con todo el saber adquirido en el campo de batalla cuando luchaba victoriosamente en los ejércitos reales del conde de Harcourt, el duque de Épernon o el mariscal de Hocquincourt.

Una vez más, la señora de Santheuil limitaba su acción a parar los ataques de la

duquesa, pero ésta volvió a intentar desfigurar a la baronesa y las cosas tomaron otro rumbo.

Mathilde rompió, retrocedió unos tres pasos y se puso en guardia.

La duquesa de Luègue se acercó con prudencia, sin bajar la guardia, pero por su mirada pasó un miedo fugitivo.

Mathilde avanzó sobre el ataque bajando rápidamente la espada y, herida en la muñeca, la duquesa retrocedió, azorada.

Fervac se acercó de nuevo. La señora de Luègue lo rechazó y quiso recoger su espada, pero la muñeca sin fuerza se lo impidió.

Herida en la pierna derecha y la muñeca derecha, la duquesa no estaba en condiciones de combatir y, dando muestras de autoridad, Fervac puso fin al duelo. Luego ató un pañuelo de encaje blanco en la muñeca de la señora de Luègue.

Sin esperar más, Jérôme de Galand levantó la mano en dirección a un edificio donde no se veía a nadie y, poco después, llegó una carroza e hicieron subir a la duquesa.

Y, como Nissac lo miraba con asombro, el policía precisó con expresión fatalista:

—Un duelo de mujeres es muy raro, pero no hay que tener piedad. La duquesa de Luègue ha tenido suerte de que Mathilde de Santheuil fuera su adversaria; otras, empezando por ella, no habrían mostrado tanta grandeza de corazón.

El conde de Nissac asintió con la cabeza y miró al policía:

—¿La duquesa de Luègue vive sola?

—Cada vez más alejada del mundo. Como si los combates de la Fronda no le interesaran más que de lejos, aunque ella siga activa. Tal vez lucha por el honor, para no abandonar a los suyos, pero sé que no le gusta el príncipe de Condé ni los demás jefes facciosos.

El conde pensó un momento y respondió:

—Entonces le mandaré a alguien para que no se quede sola; sé de alguien a quien le gustará volver a verla.

El policía esbozó una leve sonrisa:

—Ah sí. El joven marqués de Dautricourt. Es un chico muy agradable.

Tras esas palabras, que desconcertaron un momento al conde de Nissac — ¡decididamente, Galand lo sabía todo!—, el policía montó en su silla y dio orden de salida con un gesto. Pronto, los caballos incitados por el látigo se pusieron en marcha y la carroza se alejó, seguida por el teniente Ferrière, que llevaba por la brida la potranca blanca de la duquesa.

El conde tomó a Mathilde en sus brazos, mientras Fervac se apartaba para ir a buscar los caballos.

—Baronesa, debería reprenderos severamente por todos los riesgos tomados con el solo objeto de no matar a la señora de Luègue, que quería acabar con vos.

Mathilde le sonrió.

—Si lo hubiera hecho, eso habría atormentado mi alma tanto que habría existido

una sombra para siempre entre vos y yo, señor.

La duquesa de Luègue estaba sentada delante de la ventana, con una camisa muy corta que acababa en lo alto de sus muslos, encima de un primer vendaje; otro le apretaba la muñeca derecha.

Derrotada, solitaria, pensativa y triste, estaba todavía más guapa. Para recibir a su visitante, volvió un poco la cabeza, enseñándole un perfil encantador donde destacaban una naricita adorable y una boquita entreabierta con una redondez conmovedora:

—Sois muy bueno por venir a verme, marqués, pues en el bando de la Fronda, herida, no sirvo para nada y os olvidan enseguida.

—La Fronda no podría llenar toda una vida, señora.

Sorprendida por la madurez de la voz y la seguridad del tono, se volvió... y reconoció apenas al marqués de Dautricourt.

Seguía siendo guapo, e incluso más que en el pasado, pero se había vuelto muy viril, y tenía un encanto notable que no entendió de qué le venía.

Ella se levantó, se acercó cojeando y, con una indescifrable sonrisa en los labios, rozó con un dedo ligero el fular rojo atado en torno al cuello del joven, diciendo:

—Así, marqués, ¿vos sois uno de esos fulares rojos que sirven al cardenal?

—Y al rey. Me arriesgo mucho revelándooslo, señora, pues podríais traicionar mi confianza.

Charlotte suspiró:

—La señora de Santheuil también lo es, llevaba un fular igual durante el duelo. Y el conde de Nissac, vuestro jefe. Y el caballeroso barón de Fervac. Algunos más, presumo. ¡Qué banda tan extraña!

—Señora, ¿me dejáis hablar sin interrumpirme?

—Para eso bastará con que vuestras palabras me interesen, señor.

—Lo dudo, pues habéis debido de oírlas muchas veces.

Ella lo observó atentamente, luchando contra una idea que se imponía más fuertemente a cada momento: «¡Cómo me gusta!».

Tuvo que hacer un esfuerzo por adoptar un tono indiferente:

—Bueno, pues hablad.

El artificio tuvo mayor efecto del esperado, y vio que el joven, desanimado, se iba a marchar tras un saludo de estricta conveniencia.

Pero eso no lo deseaba ella bajo ningún concepto. No quería volver a estar sola en esa gran casa donde nadie iría a verla, no quería más amantes indiferentes en cuanto habían obtenido lo que querían de ella y que resultaba siempre lo mismo, no quería ver marcharse a un hombre cuya constancia nunca se había debilitado, con esa cosita de más que se llama amor y que, tras una larga búsqueda, se descubre de pronto, como una campanilla de muguete sobre la hoja.

Ella se acercó y lo miró a los ojos dirigiéndole una pobre sonrisita, casi infantil,

que turbó al marqués.

Nunca supo dónde encontró la fuerza para hablar:

—Señora, antes que nada, os amo. No es una cosa de hoy, sino del primer momento en que os vi y para toda mi vida, aunque ahora mismo hagáis que vuestros lacayos me echen.

—¡Proseguid!

—Sí, combato por el rey, el cardenal y el reino de las flores de lis, como me pidió mi señor padre con el último aliento de vida. Sí, no siento traicionar al señor de Condé, que a su vez traiciona a su rey y pacta con el enemigo extranjero. Y sí otra vez, pertenezco a los Fulares rojos que, a las órdenes de un conde, incluyen en sus filas a una baronesa, cinco barones y el marqués que tenéis delante, y no constituyen una «banda extraña» como decís, a no ser que el honor sea extrañeza.

—¡Creo entender al conde de Nissac!

—Nosotros queremos al conde de Nissac. Vos también lo quisisteis, tal vez de mejor manera, pues el corazón es engañoso a veces, cuando decide las cosas demasiado repentinamente. Sabed, señora, que estoy orgulloso de mi amistad con el conde, aunque hayáis sido su amante y yo también os ame.

—Proseguid.

—Para acabar, y sin duda estas palabras os resultarán bastante desagradables, quiero hablar en favor de la señora de Santheuil, que es una mujer con corazón y elegancia. Lo sé todo sobre ese duelo por el señor de Fervac, la mejor espada de los Guardias Franceses, que no se engaña en asuntos de espadas. Vos buscabais matar o desfigurar a la señora de Santheuil y ella sólo quería haceros imposible ese peligroso combate.

La duquesa hizo un gesto enérgico con la mano y, cojeando de forma encantadora, recorrió la habitación para calmar su ardor.

—Señor, me habéis dicho tres cosas y voy a responderos en el orden inverso a vuestro enunciado. ¿Por quién me tomáis? Llevo todo el tiempo reflexionando, sé que la señora de Santheuil, que obtuvo su ciencia del señor de Nissac, podría haberme matado diez veces, y que no lo ha hecho. Por poco que ella lo desee, yo sería su mejor y más fiel amiga. —Como había hablado muy deprisa, retomó aliento antes de seguir—: ¿Sois uno de los fulares rojos...? ¿Y cómo se puede tener veinte años, perdón, veintitrés, y no ser partidario de ellos...? Sus acciones son todas elegantes y llenas de coraje, hacen soñar hasta a sus enemigos, que por otro lado quieren matarlos... Os comprendo en cuanto al señor de Condé, porque le conozco mejor que vos y lo juzgo más severamente que vos. ¿Estáis satisfecho?

El marqués lo estaba más allá de sus esperanzas. O casi:

—¿No había un tercer punto?

Se miraron y se echaron a reír de esa forma que pertenece sólo a la juventud.

Luego, la duquesa reanudó sus idas y venidas:

—Entonces... ¿me amáis? Bonita cosa: yo también os amo.

Tropezó, pues la pierna herida le falló. El marqués corrió, la tomó en brazos y la puso sobre la cama.

Mientras él la llevaba, la joven había pasado sus brazos en torno al cuello del marqués; cuando él la tendió, ella no lo soltó:

—¡Quedaos!

Él le acentuó el dolor del muslo al hacer el amor, pero fue tan feliz que no pudo tomárselo en cuenta.

Y después, al contrario que los otros, se quedó acostado a su lado, diciéndole mil cosas cariñosas en medio de muchos besos.

Ella supo entonces que no se había equivocado y sólo deseó compartir su vida.

También tomó una decisión que le costó, pero que parecía la única posible en esas circunstancias.

Mientras acariciaba el cabello del marqués, que había puesto la cabeza en el pecho de la duquesa, ella le explicó:

—Mañana me iré lejos de París, a mi castillo de Saintogne. Esperaré allí el final de la guerra, pues, a no ser que los españoles ayuden al príncipe, el ejército del mariscal de Turenne acabará por vencer al de la Fronda.

—¿Por qué no os quedáis aquí, adonde yo os vendría a ver cada día? O mejor todavía, ¿por qué no os unís a los Fulares rojos, donde seréis bien recibida?

La bella duquesa reflexionó un momento, jugando con aquel sueño, pero demasiadas cosas se lo impedían:

—No. No tengo ganas de ver la guerra civil en París, pues creo que terminará así. No quiero volver a ver a los Nemours, Beaufort y todos los demás, los señores que fueron mis amantes cuando ahora deseo tanto que todo eso no hubiera ocurrido. Y no puedo unirme a los Fulares rojos, pues he puesto demasiado de mí en la Fronda, he compartido la vida de los campamentos, dormido sobre la paja, cargado con la espada... Vos fuisteis un partidario ligero de la Fronda, marqués, engañar al príncipe de Condé no os costó. Para mí no sería lo mismo, pues soy de esas naturalezas en las que el pasado tiene mucho peso.

—Entonces iré a buscaros en cuanto acabe la guerra y no os dejaré nunca.

Ella lo estrechó fuertemente contra su pecho.

—No vendrá, señor barón. No ha intentado verme, y por mi parte, a pesar de mis esfuerzos, no he descubierto dónde se esconde la señora de Montjouvent.

—Ya sé que no vendrá —respondió Jérôme de Galand, pensando: «¡Y por qué!».

Acababan de descubrir dos cuerpos de mujeres desolladas y decapitadas, una junto a la otra, apenas enterradas bajo una fina capa de tierra. Una vez más, los cadáveres tenían restos de azufre.

El policía, perplejo, con las manos juntas a la espalda, se levantó varias veces sobre la punta de los pies, con movimientos rápidos y flexibles. Los tacones tocaban el suelo con un ruidito irritante.

Dirigió una mirada cansada al simoníaco.

—Muy bien. Anulad... la fiesta satánica que debía de dar mañana. Buscad un pretexto, el servicio del señor príncipe de Condé, lo que queráis. Haced saber que doblo la suma propuesta a quien sepa organizar mejor esta fiesta, que se celebrará dentro de tres días, y corred el rumor de que no queréis decepcionarme, pues soy generoso y una buena relación para el futuro. Así, no os costará nada reclamar a la baronesa de Montjouvent y excluir a las demás, ¿me habéis comprendido?

—He comprendido, señor barón.

Galand pensó un momento.

—Vuestras putas se portan bien, pero una está embarazada.

Miró al simoníaco a los ojos y éste quedó emocionado al descubrir una verdadera atención y a la vez compasión en la mirada, normalmente tan dura, del jefe de la policía criminal.

—Por supuesto, nunca habrá fiesta. Las doscientas libras son para vos si aceptáis cambiar de vida.

—¡Doscientas libras! —repitió el simoníaco que, sin embargo, se sintió azorado.

Reflexionó y confesó:

—Pero... yo no sé hacer nada.

Jérôme de Galand sonrió levemente.

—¿Y qué os creéis? Yo tampoco sabía hacer nada, por eso escogí este oficio que aprendí a querer. Compraréis un tenderete, viviréis con vuestras mujeres y educaréis con buen ánimo al recién nacido que tendrá vuestra amiga. No olvidéis que yo vigilaré siempre vuestro comportamiento, y que vos, que honráis a Satán, no habéis visto nada todavía: vuestro diablo es sólo un penco al lado de una de mis cóleras.

El hombre se retiró, turbado.



Joseph, incrédulo, retrocedió en el interior del Aux Armes de Saint-Merry al ver llegar a Nissac y Mathilde.

Balbució:

—Señor conde... Señora baronesa...

La pareja respondió a su saludo y Nissac pidió una mesa para tres que fuera tranquila y retirada de las otras. Cuando llegó el vino, y era el mejor, Nissac señaló el vaso vacío:

—Sentaos, Joseph, os lo ruego.

Joseph, estupefacto, vaciló. El conde siguió:

—Uníos a nosotros y dejad hacer a vuestro empleado. Vaya, ¿ya no es el hombre de Jérôme de Galand?

Joseph, todavía de pie, respondió:

—Desde que Mathilde... Perdón, la señora de Santheuil no viene a su casa, el teniente de policía ha recuperado a su agente. Me ha explicado que le faltan arqueros.

El conde suspiró:

—¿Decididamente, Joseph, no queréis beber con nosotros?

Joseph observó el bonito vestido de la señora de Santheuil, la ropa cuidada del conde, la capa negra y el sombrero marino de plumas blancas y rojas, dejados en una silla.

—No es mi lugar, señor conde, pero si insistís...

Se sentó en el borde de la silla. Los tres se miraron en silencio. Mathilde se sentía feliz de volver a ver su casa, su calle y a Joseph, el vecino que la había protegido siempre y por quien sentía tanto afecto y un sentimiento extraño que no sabía definir.

El conde se aclaró la voz y dijo:

—Joseph, en cuanto la Fronda sea derrotada, y creed que lo será, me gustaría casarme con la baronesa de Santheuil para que se convierta en condesa de Nissac. ¿Consentís en ello?

Joseph miró al conde con estupefacción, Mathilde lanzó a su amante una mirada que pretendió ser divertida pero que no lo fue, pues una gran angustia traicionó su esfuerzo.

La voz del conde se endureció:

—Mathilde no es una señorita que sale del convento, pues es viuda, pero necesito vuestro beneplácito. ¿Consentís en ello, Joseph?

Joseph sintió que había llegado al final de un camino muy largo. Horrorizado, claro, ante la idea de tener que explicar cómo había permitido que se perdiera una niña que era suya, pero a la que no podía alimentar, en una gran ciudad desconocida.

Horrorizado y feliz. Haría frente a la mirada de su hija, su cólera, tal vez su desprecio, y todo eso sin duda sería justo, una cosa buena y necesaria.

¡Y una liberación!

Sintió un profundo afecto por aquel aristócrata prestigioso, general cubierto de gloria e intrépido jefe de la más asombrosa banda de realistas que se dio nunca. El conde, forzándole, le daba la única oportunidad de explicarse y obtener un posible perdón.

Apenas asombrado de su propia audacia, puso la mano sobre la de Nissac:

—Lo consiento con el mayor placer, pues sé que con vos mi hija será feliz.

Nissac tomó la mano de Mathilde y la puso en la de su padre antes de poner la suya.

—¡Gracias por consentir en nuestra felicidad! —dijo el conde.

Luego se levantó, vació el vaso de un trago, se puso la larga capa negra sobre los hombros, se caló el sombrero marino con el ala bajada sobre los ojos y sus grandes plumas rojas y blancas.

Por fin, sonrió a Mathilde y Joseph:

—Me voy a hacer correr a mi caballo, que es joven y ardiente. Estaré de vuelta dentro de dos horas, pues tenéis muchas cosas que contaros.

Y se retiró sin añadir nada más.



En la encrucijada de la calle del Trahoir, el conde de Nissac se dirigió hacia la puerta Dauphine y pasó delante de la casa de Condé, donde se veía mucha actividad, mensajeros que llegaban y se marchaban a toda prisa, un pelotón que hacía los honores a la carroza de un gran señor venido a hacer su corte o proponer sus servicios.

En cuanto llegó a los primeros campos, Nissac espoleó a su caballo durante una legua y luego le hizo adoptar un galope más tranquilo.

Nissac se preguntó, no sobre la utilidad del encuentro que acababa de provocar entre Mathilde y su padre —lo creía necesario, y por tanto inevitable—, sino sobre las posibilidades de que el resultado fuera feliz. Ese asunto lo desgarraba. Comprendía la decisión de Joseph, quince años antes; cuánto debió de costarle y cuánto intervino el azar: la niña, al alejarse sola —¿hacia su destino, que era el de volverla a encontrar un día?—, precipitaba la decisión tácita de los padres.

Pero igualmente, comprendería que Mathilde se negara a entrar en tales consideraciones, sin acordarse del terror que habría debido de pasar al encontrarse sola en esa gran ciudad desconocida.

Volvió hacia París al paso, pensando que dos cosas podían llevar a Mathilde a la clemencia. Para empezar los remordimientos de Joseph, que no lo habían abandonado en ningún momento de su vida. Luego, el terrible castigo que había recibido al perder a su mujer y sus demás hijos.

El conde de Nissac entró en Aux Armes de Saint-Merry con el corazón encogido de angustia, y lo que vio le convenció al instante de su fracaso, pues Mathilde y Joseph seguían en los extremos de la mesa, sin hablarse ni mirarse siquiera, como personas que quieren ignorarse una a otra.

Nissac se acercó, con su sombrero de plumas en la mano, preguntándose qué actitud adoptar en aquellas circunstancias cuando, de repente, todo cambió. Mathilde

se precipitó a los brazos de Joseph, que la estrechó contra sí, acariciando delicadamente su cabello, luego se separaron y, sonrientes y felices, se volvieron hacia el conde.

Mathilde tomó la mano del conde y se la llevó a los labios, diciendo:

—Gracias, mil veces gracias, amor mío, y perdonad esta comedia, pero queríamos sorprenderos tanto como lo estamos nosotros mismos: ¡he encontrado a mi padre!

—¡Y yo a mi querida hija! —murmuró Joseph dominando su emoción.

El conde lanzó su sombrero de plumas a una mesa, con la elegancia que marcaba todos sus gestos, y dijo en tono feliz:

—¿Hay algo más natural?

El conde de Nissac acudió solo al corazón de Notre-Dame para ver al duque de Salluste de Castelvalognes, general de los jesuitas, que había mandado a buscarlo discretamente.

Después de saludarse con emoción, el religioso pasó la mano, en un gesto que le era familiar, sobre la horrible cicatriz hinchada del lado izquierdo de la cara.

—¿Así que me habéis encontrado como si no me escondiera? —preguntó el conde.

—Ya sabes que tenemos espías en todas partes. Incluso con ese estupendo policía, Jérôme de Galand. Pero creo que él tiene un hombre entre nosotros, lo que nos deja empatados.

—¡Galand! —repitió Nissac.

—Justamente.

—Galand es de los nuestros, quiero decir de nuestra «Gran causa».

—Lo sé y me alegro. Es un hombre que vale mucho. Pero te he hecho venir por un asunto urgente que se refiere a tu Pulcinella...

—Mazzarino. Un cardenal, en cualquier caso.

—Muy poco cardenal, sino hombre de Estado que no carece de intereses. Pues bien, tu Pulcinella, al igual que el rey o el mariscal de Turenne, está estancado y no puede acabar con la Fronda. Tengo malas noticias por la vía católica, por tanto de buena fuente: los españoles van a intervenir directamente para que la suerte de las armas sea favorable por fin al príncipe de Condé. Pero no puede ser, retrocederíamos dos siglos.

Nissac asintió con la cabeza:

—A pesar de los refuerzos, el ejército real se agota. Haría falta cada vez más oro.

—De eso se trata. Reúne a todos tus fulares rojos a media noche detrás de la catedral. Venid sin caballos, pero con mucho valor. Os esperarán dos barcas, y yo estaré en una.

—¿Vamos a asaltar a un financiador secreto de la Fronda?

—No, vamos a comprobar una leyenda muy antigua y extraña. Y con toda certeza sacar a la luz del día uno de los más fabulosos tesoros que hay en el mundo... ¡Si llegamos hasta él!



Nada distinguía el lugar en la orilla, muy escarpada, a no ser por una cruz de Saint-André blanca que marcaba la pared y una cuerda que pendía desde el desplomo.

Diestramente, un joven jesuita cogió la cuerda y la pasó por un anillo de hierro de la barca antes de hacer un sólido nudo que al correrlo la aseguró más.

La barca se detuvo, y con ella una segunda, amarrada a la anterior.

Todos los fulares rojos estaban allí: la señora de Santheuil, Nissac, Frontignac, Le Clair de Lafitte, Fervac, Bois-Brûlé, Florenty y Dautricourt.

Por el lado jesuita, el general se había acompañado de seis jóvenes sacerdotes de constitución fuerte. Al fondo de las barcas había picas, palas y rastrillos.

Tal como habían convenido, el conde de Nissac y el general de los jesuitas designaron a dos finas espadas, Fervac y Le Clair de Lafitte el conde, y a un jesuita cuyo oído era de una agudeza poco común, el duque de Sallustre.

Así, el pequeño grupo podía confiar en no perderse y, si ocurría, defenderse enseguida.

Mientras los tres hombres, utilizando la cuerda, habían escalado por la orilla, los demás atacaron con el pico la pared escarpada en el sitio donde estaba la cruz de Saint-André, a dos pies del nivel del Sena.

El espacio no permitía trabajar más que a dos hombres y se sustituían cada cinco minutos. Los demás, con la pala, liberaban de la tabla de la primera barca los escombros de tierra y de piedras que cayeron.

Al cabo de una media hora, el agujero de una circunferencia de media toesa estaba tan adelantado que hubo que encaramarse y trabajar curvado. A pesar del ardor de los fulares rojos y los jesuitas, avanzaban con lentitud y a los hombres que hacían turnos, cubiertos de tierra, les costaba cada vez más.

Finalmente, a la media hora, el pico encontró el vacío y el agujero agrandado permitió salir a una galería.

Hicieron bajar de la orilla a Fervac y Le Clair de Lafitte. El jesuita de fino oído, soltando la cuerda, cayó en el río, de donde lo sacaron con diligencia.

Mandaron a casa a dos jesuitas, con las barcas y la orden de volver a cada hora.

La galería, a la luz de las antorchas, no parecía grande, y la mitad estaba debajo del agua.

A una señal de su general, un joven jesuita avanzó por el agua, que pronto le llegó al pecho, pero entonces la pendiente subía para desembocar en un sitio fuera del agua donde había un gran montón de piedras.

Los fulares rojos y los sacerdotes se reunieron con el joven jesuita, cruzando obstaculizados por picos, rastrillos, palas o antorchas y, cuando estuvieron todos de nuevo en tierra firme, el general de los jesuitas lanzó una breve orden:

—Echad las piedras al agua. Hay un pasaje detrás.

Se pusieron de nuevo manos a la obra. Las manos, cansadas y despellejadas por los instrumentos de trabajo, sangraban al manipular tantos cantos rodados.

—¡Sé lo que piensas! —dijo sonriente el duque de Salluste de Castelvalognes, dirigiéndose al conde de Nissac, quien se secó la frente cubierta de sudor con el dorso de la mano.

—¿Y cómo lo sabéis? —respondió el conde, divertido.

—Pues porque te he educado yo, carta tras carta, y durante muchos años.

—¡Verifiquémoslo!

—Piensas: «Sus manos sangran y las mías también. Pero las de los fulares rojos sangran menos que las de los jesuitas, pues nosotros manejamos la espada». ¿No es cierto?

—¡Estoy un poco confundido...! —confesó Nissac, borrando la sonrisa.

—¿No te sientes intrigado por lo que vamos a encontrar? —preguntó el general de los jesuitas.

—Pues no. Sé que puede haber miles de cosas detrás de este montón de piedras. Espero sólo que no quedéis decepcionado.

El duque de Salluste de Castelvalognes sacó de la sotana un pergamino muy antiguo y precisó:

—De momento, no lo estoy.

Pronto, se quitaron las últimas piedras, y quedó al descubierto una nueva galería muy estrecha donde había que caminar inclinado. El general de los jesuitas los condujo a todos al interior.

Salieron a una pequeña gruta rezumante de humedad.

Con un gesto vivo, el general de los jesuitas señaló un trozo de metal de un dedo de largo, que extrañamente salía de la pared.

—¿Tú qué crees, Loup?

El conde de Nissac se agachó con la antorcha en la mano.

—Este metal es muy antiguo. Y trabajado por un herrero de antaño. La punta que forma es muy curiosa.

—¡Cavad! —ordenó el general de los jesuitas.

Sacaron primero una espada larga, fuerte y muy antigua comida por el óxido, luego los huesos de una mano y por fin el esqueleto de un hombre que hubo que retirar, mientras el miedo luchaba con la curiosidad en el ánimo de los que trabajaban.

Con la espada e infinita paciencia, el hombre hoy reducido a esos huesos había cavado un conducto de cuatro toesas antes de derrumbarse, muerto de hambre o de cansancio, mientras casi tocaba la libertad.

El duque de Salluste de Castelvalognes ordenó:

—Loup, sé tú el que lo descubra antes que los demás, pues ahora es seguro y siento una profunda alegría al regalarte un espectáculo nunca visto por ningún ojo humano desde hace más de ocho siglos, y que nadie verá después de ti.

Nissac entró el primero, seguido por los demás, pero todos quedaron mudos, pues lo que tenían ante los ojos parecía imposible en el año de gracia de 1652.

Una nueva gruta se ofrecía a las miradas estupefactas, pero ésta era amplísima, la cúpula alta y el espectáculo tan absolutamente extraordinario que podía llevar a uno a dudar de los propios ojos o incluso de la razón, y preguntarse si se encontraba en pleno sueño o en la realidad, que acababa de retroceder mil años.

Apartando la vista de aquel cuadro maravilloso, se miraron unos a otros para asegurarse de que veían lo mismo.

Pero era indudable constatar cómo brillaban los ojos y, tomando la mano de

Mathilde, Nissac lo contempló de nuevo.

Echado de lado por el agua que había desaparecido a lo largo de los siglos, y semejante a un gran animal herido, perfectamente conservado, había un gran drakkar de vikingos cuyo mascarón de proa representaba un dragón, y aunque las velas se habían podrido con el tiempo, el armazón estaba bien conservado.

Se acercaron.

Veinte esqueletos reposaban allí.

Algunos llevaban todavía un casco de hierro con dos cuernos de toro. Sobre los pechos agujereados por la podredumbre, ocultando los huesos de los costados, los guerreros llevaban unos chalecos de cuero claveteados que no habían sufrido demasiado el paso del tiempo.

Junto a los esqueletos, abandonadas, unas largas espadas y hachas oxidadas recordaban cómo aquellos hombres del norte libraban sus ataques furiosos.

Apoyado de espaldas en el mástil, con un magnífico casco que tenía dos alas de fino metal, todavía con cota de hierro y en las manos, sin carne, espada y escudo redondo ricamente decorado, quien debió de ser el jefe había esperado la muerte como capitán.

Cinco cofres de bronce se alineaban sobre el puente.

Con un gesto enérgico que no tuvo resultado, y luego con una patada con la bota, el general de los jesuitas abrió uno de los cofres y vio un resplandor de piedras, oro, objetos raros, algunos de los cuales, de una belleza extraordinaria, recordados por las crónicas antiguas, se creían perdidos para siempre o inexistentes.

El general de los jesuitas se sentó encima de uno de los cofres y explicó:

—Uno de los vikingos que castigaban a estos desgraciados desertó y se convirtió a nuestra religión. Se hizo monje y, mucho tiempo después, escribió toda la historia, que no se tomó en serio en esa época lejana. Ese barco no es un buque de transporte que aseguraba las comunicaciones, sino un drakkar de alta mar. A partir del año ochocientos cuarenta y seis y durante cuarenta años, los vikingos atacaron y a veces sitiaron París. Mirad la belleza del navío: sesenta pies de largo, el timón, los rebujos, los agujeros de los remeros... Estos hombres, algunos de los mejores guerreros de la flota vikinga, robaron el tesoro de guerra, pero fueron interceptados. Su rey, cuyo nombre apenas conocemos, los castigó encerrándolos vivos en una de las numerosas grutas que bordeaban el río en ese tiempo. El rey, sin duda para dar ejemplo, los emparedó con el tesoro que los deshonoró y que aquí no podía servirles y les recordaba en todo momento su falta.

Hizo una corta pausa y se volvió hacia Nissac.

—¿Vamos a regalar realmente todo esto a Pulcinella?

Nissac respondió a media voz:

—Regalarlo a la corona de hoy es darlo en herencia a la República de mañana.

El general de los jesuitas asintió lentamente con la cabeza, con expresión pensativa.

Nissac notó sobre sí la mirada de los hombres cansados y los ojos admirados de la baronesa de Santheuil.

Con un gesto brusco, ordenó:

—¡El tesoro a las barcas!

Una vez burladas las barreras de Condé y alcanzadas las filas del ejército real, Nissac pidió dos carros que hizo conducir a unos mosqueteros; él, sus fulares rojos y veinte dragones escoltaron de cerca el convoy.

Como la Corte se había instalado en Saint-Denis desde el día antes, 29 de junio, el viaje no fue largo ni cansado.

El general de Nissac ordenó depositar los pesados cofres en las cuadras, y mandó a los veinte dragones vedar la entrada.

Advertido por un billete de que un tesoro «de importancia» lo esperaba, Mazzarino llegó pronto y a buen paso, acompañado por el rey y Ana de Austria.

Los ocho fulares rojos, que estaban delante de los cinco cofres, con la mano en la empuñadura de la espada, se apartaron con deferencia.

Acercando los dedos temblorosos, Mazzarino levantó la tapa del primer cofre y se quedó sin voz. Luego, con una prisa febril, abrió los otros cuatro.

El rey se acercó, cogió una corona muy antigua de rey carolingio y la observó con la mayor sorpresa:

—¡Es un atributo real! —dijo.

Mazzarino se apoderó de otros objetos, los volvió a depositar, curioseando en los cofres; luego dijo, muy pálido:

—Hay tesoros reales y de la Iglesia mezclados. Algunas de estas joyas llevaban siglos desaparecidas... Nissac, ¿cómo es posible?

Sin citar al duque de Salluste de Castelvalognes, que no lo habría querido, y fingiendo haber actuado gracias a un pergamino antiquísimo, lo que no era en absoluto falso, el conde contó el descubrimiento del drakkar.

—¡Hay que conservar los atributos reales y de la Iglesia! —dijo Ana de Austria en un tono que no invitaba a la discusión.

—Quedará bastante —dijo el cardenal.

El rey, antes de retirarse, miró a cada uno de los fulares rojos y dijo:

—Señora, señores, sois mis más fieles súbditos. Nunca lo olvidaré.

Y salió acompañado de su madre, Ana de Austria.

Mazzarino no sabía exactamente qué admiraba más, el fabuloso tesoro o a «sus» fulares rojos, que en todo momento hacían posible lo que no lo parecía. Anulando sus obligaciones, organizó rápidamente una comida suculenta con su tropa de élite y decretó dos días de reposo obligatorio allí mismo o en la ciudad de París... precisando, con la mirada baja, que cierta forma de fatiga no entraba en aquella obligación.

Todos volvieron a París excepto Sébastien de Frontignac, que deseaba hacer avanzar su causa con la bonita Catherine de Dumez, que se encontraba en la Corte.



Nissac, cediendo con un poco de pesar a la insistencia del cardenal, dejó a sus fulares rojos disponer de su tiempo, aunque temía profundamente que sus hombres se separaran de la acción y volvieran de mala gana.

Su temor resultó fundado.

El conde se complació en volver a la casita de la calle Neuve-Saint-Merry y a las comidas junto al padre de Mathilde, pero los fulares rojos tuvieron fortunas variadas.

El barón de Florenty estudió de nuevo las calles de París, aunque conocía perfectamente el subsuelo. Era un esposo serio y no buscó ni por un momento distraerse en compañía femenina.

No fue ése el caso de Le Clair de Lafitte, quien buscó una mujer, para requebrarla, que no fuera tan parlanchina como su esposa, y con más temperamento para las cosas del amor.

Quedaban los solteros.

Para algunos, cuyos asuntos estaban ya bastante adelantados, esos dos días permitieron afirmar más todavía a sus amadas cuál era su pasión. Así, Henri de Plessis-Mesnil, marqués de Dautricourt, con Charlotte de La Ferté-Sheffair, duquesa de Luègue, que no había dejado todavía París por su castillo de Saintogne.

En Saint-Denis, el barón Sébastien de Frontignac consiguió hacer un cumplido a la joven y bonita Catherine de Dumez, que se dejó besar la mano. Alentado, Frontignac se acercó al padre, un oficial de muy alto rango que había pensado en otro partido para su hija, pero, viendo casualmente que el primer ministro estrechaba contra su pecho al joven y que el propio rey hablaba en particular con él un rato, se dijo que aquel señor de Frontignac, tratado con tantos miramientos, sería un yerno de lo más aceptable.

Para el teniente Maximilien de Fervac, las cosas no fueron tan sencillas.

Estaba en la cama, en compañía de su guapa Manon, y pensaba en el momento propicio, su abrazo había sido muy sensual pero también muy tierno.

Con voz vacilante, que afirmó enseguida, preguntó a la joven qué le parecía que su amante fuera ahora barón de Fervac; aristócrata, en suma.

Le respondió una carcajada clara en cascada.

Aunque la respuesta le ofendió, no lo dejó ver y atacó de nuevo:

—El cardenal me ha dado a entender que seré pronto el capitán de los Guardias Franceses.

Más risas.

Él persistió:

—Tendré tierras en mi baronía, y mucho oro. Esto se añade a lo anterior.

La guapa Manon, acostada a su lado, se irguió ligeramente:

—¿Entonces vas a dejarme?

—No se trata de eso. ¿Pero tú dejarías tu vida para convertirte en baronesa de Fervac?

Ella lo miró con estupor y lo besó ardorosa, recuperando el aliento para decirle:

—¡Baronesa o no, hace tanto tiempo que esperaba estas palabras!



A unas calles de allí, el barón de Bois-Brûlé iba solitario y sin rumbo cuando una compañía de comediantes llamó su atención.

Ayudándose con los codos, que eran poderosos, el barón se encontró en primera fila y quedó estupefacto al reconocer a Eglantine, con quien interpretaba dramas en calles como ésa en su antigua vida.

La sorpresa fue mutua, pues la joven, al ver a su antiguo compañero, dejó el escenario, le cogió de la mano y se lo llevó corriendo bajo los abucheos de los espectadores.

Corrieron así durante varios minutos, el señor de Bois-Brûlé preguntándose por la razón de esa carrera, pero la manita de Eglantine en la suya le proporcionaba tal contento que no pensó en interrumpir la extraña cabalgada.

Por fin la joven se detuvo bajo las ramas de un sauce llorón que los ocultaba y lo miró con una atención que igualaba la que le dedicaba el señor de Bois-Brûlé.

Eglantine, de veintitrés primaveras, era una encantadora rubita de grandes ojos de un azul profundo y rostro inteligente. De puntillas, llegaba a la mitad del pecho del señor de Bois-Brûlé.

Su mirada se hizo severa.

—¿Te has escapado de las galeras del rey?

—No he estado, obtuve la gracia de Su Eminencia y el rey me hizo barón.

Eglantine se echó a reír, pero al ver la expresión seria de su antiguo compañero, se repuso:

—Llevas puesta la ropa de un barón, pero es imposible que lo seas.

—Con la Fronda todo es posible. Puedes ser príncipe y conocer la cárcel, como el señor de Condé, o condenado a galeras y convertirte en barón, como yo.

Eglantine sabía que fuera de la escena, donde siempre había interpretado personajes graciosos, su antiguo compañero no era hombre que hiciera bromas semejantes.

Ella vaciló, y luego:

—Barón, barón, ¿cómo se convierte uno en barón?

—Por real decisión. Con tierras y castillo.

Ella lo creyó, pero una sombra de tristeza pasó por su rostro cuando le dijo:

—Pues que seas feliz en tu castillo y olvides el teatro y tu vida de antes.

Él le sonrió.

—Me acuerdo de una noche de otoño, en el camino de Auxerre. Llovía y hacía mucho frío y niebla. En la vieja carreta cubierta de lona que nos acogía a los seis pobres comediantes, tú tenías fiebre. No te solté la mano hasta que llegamos.

—Ya lo sé.

—Es uno de los recuerdos más bonitos de mi vida.

Ella se puso los puños en las caderas, repentinamente escandalizada:

—Entonces, ¿por qué, cuando te sonreí por la mañana, mostraste tanta frialdad?

—Creí que te burlabas.

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿De dónde sacas esa idea?

—Porque llevan toda la vida burlándose de mí, porque aquí hago reír, como un mono.

—Sólo los imbéciles se ríen. Y yo no lo soy, al menos eso espero... Y ahora adiós, que seas feliz en tu castillo, yo tengo que volver allá.

Dio media vuelta, pero él la cogió con fuerza de la mano.

—No seré feliz. En un castillo hace falta una castellana.

—¡César...!

Se miraron largamente y se besaron, ocultos a las miradas de los demás por las ramas del sauce llorón, que caían hasta el suelo.



Al tercer día, preocupados, Nissac y los Fulares rojos se dirigieron a casa de Manon, a quien encontraron en compañía del teniente de los Guardias Franceses.

En una de sus cóleras frías, el conde habló duramente al barón de Fervac, pronunciando incluso la palabra «desertor».

Fervac protestó:

—Nada de eso, sólo pensaba en casarme, señor conde.

Nissac se encogió de hombros.

—Casarse, casarse: ¿quién piensa en casarse, con semejante guerra civil?

Sébastien de Frontignac dio un paso al frente:

—Yo, señor conde.

El marqués de Dautricourt se unió a Frontignac:

—Yo también.

El señor de Bois-Brûlé avanzó a svi vez:

—Y yo.

Nissac fue de un lado a otro, bajo la mirada divertida de Mathilde, y luego dijo con una voz más suave:

—¿Qué os parece, Melchior? Una extraña epidemia.

Le Clair de Lafitte hizo un gesto cansado:

—Si el espectáculo de mi querida esposa no les ha disuadido, ¿qué lo hará?

Nissac los miró uno a uno:

—¡De acuerdo...! Pero tomaréis esposa después de que hayamos vencido a la Fronda.

Dirigió una rápida —pero tierna— mirada a Mathilde y luego añadió:

—¡Además, no seréis los únicos!

Jérôme de Galand quedó extremadamente sorprendido por la gran belleza y el encanto irresistible de la baronesa Éléonor de Montjouvent, apenas más joven que él, que acababa de cumplir cincuenta y tres años.

La baronesa, aunque nerviosa, no parecía desconfiar mucho, pues el lugar inspiraba confianza por su riqueza, su decoro y sus amplias proporciones.

Ignoraba que aquella casa pertenecía a un señor que había huido por fidelidad al rey, y que no había puesto dificultades para dejar que la ocupara el teniente de policía criminal y su gente, pues Mazzarino había intervenido en ese sentido.

Galand la invitó a sentarse y la miró largamente, asombrado de sentirse vulnerable a su encanto; las mujeres no le turbaban desde la muerte de su esposa, veinte años antes.

Tras algunas palabras de bienvenida, fue al grano:

—¿Os han dicho que deseo organizar aquí una velada singular en que se rinda homenaje a la vez a Satán... y al amor, señora?

—Me lo han dicho, señor, y no veo por mi parte ningún obstáculo, pues conozco bien todo eso.

Jérôme de Galand asintió con la cabeza.

—Para honrar a Satán hacen falta objetos que no poseo, pues no conozco la práctica habitual y soy un ignorante en la materia.

—No os inquietéis por eso, sé quién tiene capacidad para encontrármolos. Sin embargo, eso no está incluido en la suma que me corresponde. Yo os conduciré al hombre, pero discutid vos el precio.

—Bueno. Pero no lo haré, pues el oro no fue nunca mi preocupación. —La baronesa se crispó ligeramente en su asiento, cosa que no escapó a la vigilancia del policía, que siguió—: Loar a Satán no es todo. Si estoy bien informado, y creo estarlo, me han dicho que las veladas acaban en numerosas galanterías en que todos y todas se entregan al amor en orgías que se llaman romanas.

—¡En efecto! —respondió la baronesa con voz fría.

—¿Vos también, señora?

Ella lo miró con desdén:

—No es ése mi papel en las veladas. De ninguna manera.

—¿Los hombres no os seducen?

Ella lo miró, sin poder disimular un desprecio nada leve:

—Lo que los hombres me muestran de sí no me inclina a admirarlos ni a amarlos.

—¿Y quiénes son las mujeres que se entregan así a varios hombres, a veces juntos?

—Algunas de la pequeña nobleza, otras de la burguesía y tres o cuatro prostitutas de lujo que no se revelan como tales, sino que se hacen pasar por mujeres de abogados, boticarios o de presidente de mortero. Ellas dan ejemplo de lujuria y las

demás siguen.

—¿Y vos jamás?

—Ya os lo he dicho, señor: jamás.

Él la miró sonriente, pero su mirada helada petrificó a la baronesa.

Menos, sin embargo, que las palabras del policía:

—Así pues, si se le ocurriera al Desollador la fantasía de... haceros el amor, ¿vos os negaríais?

Ella se levantó de un salto y se precipitó hacia la puerta, que abrió rápidamente, para descubrir a un arquero de elevada estatura que le cerraba el paso. Corrió entonces hacia la otra puerta, guardada igualmente por dos arqueros.

Jérôme de Galand ni siquiera se había levantado y dijo con voz tranquila:

—Mirad por las ventanas, baronesa, ganaremos tiempo.

Ella lo hizo y constató que en la calle cientos de arqueros rodeaban el edificio.

Con mucha calma, el policía añadió:

—También se os puede ocurrir huir por la chimenea, pero aparte de que mancharíais vuestro bonito rostro, encontraríais en el tejado a varios de mis fieles arqueros. Os aconsejo que volváis a sentaros frente a mí, que me llamo Jérôme de Galand, teniente criminal del Châtelet de esta ciudad de la Fronda y general de todas las policías de Su Majestad el rey en el resto del reino. Eso puedo decíroslo porque ahora estáis bajo secreto.

—¿Estoy bajo secreto?

—Exacto.

La baronesa fue a sentarse, cabizbaja.

—Miradme, señora, tenemos que hablar.

Ella levantó los ojos hacia él que, para su gran sorpresa, se sintió turbado, pero pudo ocultarlo.

Los grandes y magníficos ojos negros de ella, ahora temerosos, su boca de labios llenos y de expresión malhumorada, que parecía la de un niño a punto de llorar, su bonito cabello negro y abundante, su maravillosa voz un poco velada... Jérôme de Galand, más alarmado que contento, pensó: «Pues es esto lo que temía desde hace veinte años. ¿Por qué ella? ¿Por qué arte de magia? Tantas jovencitas se han ofrecido a mí para salvar a un hermano, a un padre o a un marido, y yo las desprecié... Veinte años de paz y ahora mi corazón resuena como el suelo durante una gran carga de caballería, mis manos sueñan con pasear por su cuerpo, besar su vientre, que se adivina suave, sus hombros redondos y tantas otras cosas...».

Desconfiando de sí mismo, adquirió en cambio una voz seca y desagradable:

—En vuestra chiquillería tan vendible que consiste en loar a Satán, señora, tuvisteis una idea que os pertenece: el azufre. Lo echabais sobre los cuerpos mezclados que hacían el amor, y ésa es la marca que os dio a conocer entre todos esos locos, además de otras cosas. Vuestro rango, vuestra inteligencia, vuestra belleza os distinguieron y ello llegó a oídos del Desollador, el gran señor que, desde entonces,

recurre a vuestros servicios. —Añadió con un tono de indiferencia que no correspondía a la gran expectación que sentía—: Poco importa que os jodiera...

Ella lo interrumpió:

—No lo hizo. No tuve que defenderme de él por la fuerza, sino con la inteligencia de la que hablabais.

Galand, con el rostro tan inexpresivo como el de una estatua de piedra, notó el hecho con satisfacción, pues hay tonos que no engañan a un policía aguerrido.

Siguió:

—No tiene importancia. Los crímenes en que estáis involucrada son sacrílegos y la Iglesia de Francia participará en vuestro proceso. Es probable que sufráis un castigo ejemplar, como quemaros los labios, moleros el cuerpo y rompéroslo a golpes con una barra de metal y luego la hoguera donde os quemarán viva. Es una manera de pasar de la vida a la muerte que, sin entrar en detalles para no asustaros, durará en cualquier caso tres o cuatro horas.

La baronesa se estremeció de repente de la cabeza a los pies y el policía pensó: «Cómo me gustaría sentarla sobre mis rodillas y acariciarla para tranquilizarla...».

Prosiguió con voz dura:

—No obstante... Si me ayudáis por entero y sin cálculo, evitaréis esa muerte atroz y viviréis libre, pues tengo el poder de hacerlo. Pero si noto por vuestra parte la menor reserva o disimulo, os entrego a los jueces. ¿Comprendéis?

—Os lo diré todo y agradezco profundamente vuestra clemencia, pero creo que la merezco, pues no conocía la naturaleza de esa cosa cuando me vi involucrada en ella.

—Os prevengo, señora, de que mi método es el siguiente: una pregunta, una respuesta. Y rápidamente, pues la lentitud conlleva cálculo y el cálculo mentira.

—No mentiré.

—De acuerdo. ¿Quién es el señor que desuella mujeres?

—Lo ignoro. Pero es un señor muy importante.

—¿Podría ser un Condé, un Beaufort o incluso un Nemours?

—Sólo lo conozco por el trato que le dan, y en efecto puedo decir que es un señor de ese rango.

—¿Quién lo sirve?

—Dos hombres de rostro duro, hombres brutales, hacen guardia. Un cochero que es su servidor más próximo. Una pareja le lleva los cuerpos de las mujeres.

—¿Ya están muertas y desolladas?

—Sí. Yo llego en ese momento para echar sobre el cuerpo el azufre, que para el Desollador es el aliento del diablo.

—¿Qué aspecto tiene la pareja?

—Muy reconocible. La mujer es tuerta y el hombre alto y picado de viruela.

—¿Y los dos hombres que montan la guardia?

—Unos brutos, ya os lo he dicho.

—Eso no me basta.

—Oficiales, creo.

—¿Habéis visto la carroza del Desollador?

—Una bonita carroza de seis caballos. Los escudos de armas están tapados por barro seco.

Galand reflexionó. Con esos elementos en su poder, sabía que la baronesa no mentía y aportaba cosas nuevas, como la pareja. Había llegado el momento de tender la trampa que daría o no realidad a esa creencia:

—¿Quién es el cochero?

—No es un cochero, sino un hombre de alto nacimiento, sin duda más que de la pequeña nobleza. Es más delicado de lo que parece, pues lo he sorprendido mirando a su amo con horror. Tiene una señal peculiar.

—¿Un corte en la cara? ¿Los dedos cortados?

—No. Un día, el cadáver de una de las pobres mujeres cayó al suelo. Él ayudó a levantarlo para devolverlo a la mesa y entonces vi sus antebrazos. Están cubiertos de cicatrices de heridas hechas con un cuchillo muy fino, o tal vez con un estilete, algo que no había visto nunca.

Galand esbozó una sonrisa diminuta, pues Éléonor de Montjouvent acababa de escapar a la hoguera y su corazón se alegró como el de un joven que experimenta su primera emoción amorosa.

Su voz se suavizó:

—Queda lo esencial, el Desollador.

Ella lo miró muy desconcertada, el terror veló por un instante sus grandes ojos:

—Lleva una máscara de plata, no se le ve la cara. La peluca es de un bonito color castaño, joven, pero puede ser artificial. La voz cambia sin cesar, pero cuando se enfada es muy aguda. Sin embargo, no veo más que la máscara de plata, fascina hasta el punto de hacer olvidar todos los demás detalles.

—¿Y eso por qué, baronesa?

Como policía de gran talento, Galand acababa de dar a Éléonor de Montjouvent su título, y ella, en consecuencia, inconscientemente, se distendió en ese momento crucial de la conversación:

—¿Qué puedo decir, señor? Esa máscara de plata es como un rostro liso, espantosa en su pureza misma, y porque no parece sentir nunca ningún sentimiento, ninguna emoción.

—¿Cuántas veces habéis participado en esos horrores?

—Dos. La primera, no sabía que se trataba de mujeres sin cabeza y desolladas, creía que era una orgía más. Allí, intuí que oponerme a la ceremonia habría supuesto mi muerte sin cambiar nada a la suerte de la víctima, y afecté no impresionarme.

—¿Y la segunda vez?

—Me había escondido en una casa de la calle Saint-Leu, pero me encontraron, eso demuestra su poder. La segunda vez tuve que cubrir de azufre dos cuerpos decapitados y desollados. Señor, sueño sólo con huir de Francia, y por eso tengo tanta

necesidad de oro. Comprended, el Desollador me dijo: «Os follaré, señora», pero si me jode, me desollará, pues ésa es la tendencia de su naturaleza.

—Nosotros os protegeremos, señora. ¿Dónde tenían lugar las sesiones?

—En una casa apartada de la aldea de Auteil. A la salida por el oeste.

—¿Podrías encontrarla?

—Sin duda, pero me matará.

—No seáis insultante, estáis protegida por un general de policía, cargo que no existió nunca en el reino y que se creó para mí.

—Señor, lo veo en vuestros ojos: en cuanto olfateéis la pista, me abandonaréis, pues aunque no lo hubiera querido, y ése es el caso, soy muy despreciable.

—¿Quién lo dice, señora? ¿Y de dónde os viene la pretensión de leer en mi mirada lo que nadie, desde el último de los pordioseros al monarca del reino de las flores de lis, consiguió nunca?

La baronesa le sonrió de forma encantadora, verdaderamente irresistible.

—¿Ni siquiera vuestra madre?

Él devolvió la sonrisa:

—Tal vez mi madre fue la única, pero por haberlo adivinado confirmáis que tenéis un pacto con el diablo y voy a mandaros quemar.

—A fuego lento, señor verdugo, tengo muchas ganas de vivir un poco más...

Estuvieron a punto de arrojarse uno en brazos de la otra por un impulso espontáneo y que parecía evidente, por poco que se crea en las grandes pasiones cuando el corazón es ingenuo, franco y sin astuta bellaquería. Ella era para el general mil veces mujer, con todo lo que esa palabra comporta de turbación divina cuando la apoya el entusiasmo del alma. Él era para ella el hombre nervioso pero tranquilo, frágil pero fuerte, que siempre había buscado en vano.

Reprimieron la naturaleza, bajando las miradas, y Galand siguió:

—¿Se os ocurre algo más que decirme?

—Desde luego. Además de la carroza y los dos oficiales que la custodian, un grupo de veinte mosqueteros aguardan a distancia. Creo que ignoran la actividad del Desollador, pues cada vez son diferentes, pero es igual: su persona está tan vigilada que es inatacable.

—¿Eso es todo?

La baronesa de Montjouvent bajó la cabeza.

—¿Es todo? —repitió Jérôme de Galand, subiendo el tono.

La señora de Montjouvent levantó la cabeza y dijo, con sus bellos ojos velados de lágrimas:

—¡Nada que os afecte!

Con una llamarada en el corazón, el general de policía comprendió que nada de lo que afectara a la señora de Montjouvent podía serle ajeno a partir de entonces, pero se amparó en su cometido para declarar:

—Debo saberlo todo... Todo, ¿oís?

La respuesta le llegó a través de sollozos mal reprimidos que lo trastornaron:
—Hizo que me violaran dos oficiales y disfrutó mucho observando la escena.
Galand se sintió desamparado.

—Sus oficiales... ¿pero ni el Desollador, ni su cochero, ni el de la viruela...?

—No comprendéis, señor... Sus guardias me violaron como no se trata a una puta, me sodomizaron y otras cosas más... ¡Odio a ese hombre!

Aniquilado por la tristeza de la señora de Montjouvent, Jérôme de Galand se agachó y tomó la mano de la baronesa en la suya.

Y eso fue lo más agradable que le había ocurrido en mucho tiempo...

El Desollador no llevaba su máscara de plata y hacía frente a Jehan d'Almaric.

—¿Y bien? —preguntó el Desollador.

D'Almaric pensó en las noticias que le llevaba, una mala y otra buena. Calculó que debía decirlas a la vez:

—Monseñor, Éléonor de Montjouvent ha vuelto a escapar a nuestra vigilancia...

—¡Sois una banda de idiotas! —tronó el Desollador.

D'Almaric, consciente de que se trataba de una falta de respeto, decidió ignorar la interrupción, contando con la alegría probable del Desollador:

—Pero hemos encontrado a la mujer que buscabais desde hace tanto tiempo, de la que tenéis el retrato.

El Desollador pareció estupefacto:

—¿Es posible? ¿Es posible... por fin?

—Ése era vuestro deseo, monseñor.

Sonriente, el Desollador se acercó a d'Almaric.

—¿Cómo lo habéis conseguido?

—El lugar donde la vieron hace tres años. Pensé que quizá tenía algún vínculo y mandé vigilar las calles. La reconocieron, va cada día a una taberna llamada Aux Armes de Saint-Merry.

—¡Pues hay que atacar el lugar! —se exaltó el Desollador.

—Ya lo hemos hecho, monseñor. Escogí a veinte truhanes de los mejores.

El tono del Desollador se hizo más inseguro:

—Ah, bien... Entonces raptad a esa mujer. ¿Qué esperáis?

—Una vez más, ya lo hemos hecho, monseñor.

—Pues... ¡Perfecto! ¡Perfecto! Hay que llevarla a Auteuil, ahora.

—Ya está en camino con una buena escolta, monseñor.

El Desollador se quedó un instante en actitud soñadora, luego se quitó del dedo una sortija adornada con un precioso diamante y se la ofreció a d'Almaric:

—¡Siempre resulta conveniente servirme bien...! ¡Vamos enseguida!



Jérôme de Galand, la baronesa de Montjouvent y diez arqueros iban a ponerse en camino hacia Auteuil cuando llegó una orden del príncipe de Condé.

El príncipe temía un ataque contra su casa; decía tener información de buena fuente. Exigía una guardia reforzada para las próximas horas y los arqueros de Jérôme de Galand, algunos de paisano, en las calles de los alrededores con el objeto de detener a los hombres del cardenal, si pasaban al ataque.

Pálido de rabia, Galand debió renunciar provisionalmente a su expedición en Auteuil, pero sabiendo que estaría muy expuesta al peligro en cuanto él la dejara de

proteger, mantuvo a la señora de Montjouvent a su lado.



El conde de Nissac y los suyos, atravesando la muchedumbre de curiosos, entró en Aux Armes de Saint-Merry.

El conde vio primero el cuerpo sin vida de Joseph, con varias heridas de espada, luego contó seis cadáveres.

Tomando al conde por un dignatario de la policía, un joven se le acercó:

—Ay, monseñor, yo lo he visto todo.

—¡Decid!

—¡Eran veinte! Eran unos veinte... Truhanes, con cara de truhanes... Mirad, ved aquellos...

Señaló los seis cadáveres.

—¡Proseguid! —respondió el conde, ocultando su impaciencia.

El joven, turbado por un momento, recuperó inmediatamente su sangre fría:

—Vengo a menudo aquí con otros clérigos de la curia. De pronto, cuando han irrumpido esos hombres, una mujer muy guapa y Joseph se han levantado. Joseph ha matado a uno con el cuchillo antes de caer, queriendo proteger a la joven, pero ésta ha tenido el tiempo de recoger la espada del primer muerto. ¡Ah, cómo ha luchado! Ha matado a cinco y la han vencido porque un bruto la ha rodeado y le ha dado un puñetazo en la nuca que le ha derribado. Después, cuatro que estaban heridos se han ido en un sentido, hacia Sainte-Croix-de-la-Bretonnerie, y los otros diez, uno llevando el cuerpo de la joven cruzado en su silla, han tomado la dirección que lleva al arrabal Saint-Honoré. Me ha parecido... Fuera, un jinete bien vestido les siguió, creo, pero no puedo jurarlo.

Nissac reflexionó. Había que actuar deprisa, pero sin equivocarse.

Hasta ahora lo había hecho bien. Recordando a Theulé, el supuesto artista, que trabajaba para el hombre de las cicatrices en el antebrazo, factótum del Desollador, había hecho funcionar cuidadosamente su memoria. Antes de ser apuñalado por Joseph, Theulé había recordado el retrato de Mathilde, lo que confirmó Jérôme de Galand, que afirmó que se encontraba con otros truhanes que llevaba el mismo retrato.

Nadie podía asegurar que el Desollador, que parecía dar tanta importancia a Mathilde, renunciaría a ella cuando, desde hacía un tiempo, había reanudado sus horribles crímenes.

Pues bien, cada vez que Mathilde se iba a ver a su padre, Nissac mandaba discretamente a un fular rojo a vigilar el lugar.

Hoy se encargaba de esa misión Sébastien de Frontignac. ¡Una suerte! Frontignac, buen soldado, sabía que le habrían matado sin que pudiera hacer nada, dos contra veinte. Así, probablemente habría seguido a los raptores a distancia, y en

cuanto localizara el lugar donde tenían a Mathilde, volvería a buscar a los Fulares rojos al galope.

Pero... ¿adónde volvería? ¿A Aux Armes de Saint-Merry? ¿O a la mansión de Carnavalet?

Se volvió hacia Fervac y Le Clair de Lafitte, ambos militares, que se encontraban a su lado:

—Ante la duda del lugar donde se encuentran sus jefes, ¿un buen oficial vuelve preferentemente al lugar de reunión?

Los dos barones asintieron.

Enseguida, Nissac y los suyos subieron a sus monturas y se dirigieron a la casa de Carnavalet.



Poco antes de llegar a la puerta de Saint-Honoré, los diez truhanes habían transferido a Mathilde a una carroza con las cortinas corridas.

Atada, amordazada y arrojada al suelo de la carroza, la joven trataba de conservar la sangre fría, aunque sin conseguirlo del todo.

La muerte de su padre, que durante unos momentos había ocupado su mente, la trastornaba. A eso se añadía el terror ligado con ese acontecimiento.

Pensó: «Loup, ven a briscarme pronto, pues la muerte merodea a mi alrededor».



Nissac, delante de la casa de Carnavalet, vio llegar a un jinete en un caballo agotado, el cuello bajo, sufriendo de una pata y con espuma desde el hocico hasta la testuz.

Con la rapidez de los oficiales de campaña, Sébastien de Frontignac bajó del caballo extenuado y de un salto se encaramó sobre un alazán cuyas riendas le tendía Fervac. Tampoco hizo esperar al conde de Nissac:

—No está muy lejos, en una casa aislada de la aldea de Auteuil, a una legua de París.

Los Fulares rojos montaron en un conjunto perfecto y se pusieron al galope, con el imponente barón de Bois-Brûlé a la cabeza, haciendo que los transeúntes se apartaran con grandes gestos autoritarios.

Cabalgando al lado de Frontignac, el conde preguntó:

—¿Cuántos guardias?

—Unos diez. Otros, tal vez, en la casa.

—¿Cuándo habéis venido a buscarme?

—En cuanto han llegado. Su avance es lento y nuestros caballos rápidos.

—¡Ojalá sea verdad...! Cae la noche...



La pesada carroza del hombre de la máscara de plata se puso en movimiento, precedida de los dos oficiales de paisano y seguida a distancia de veinte mosqueteros.

El marqués Jehan d'Almaric hacía restallar su látigo, pues sabía la prisa con que su amo aguardaba ese instante, ahora tan cercano, desde hacía años.

Y no se equivocaba.

El Desollador, en cuanto cruzó los muros de París, se ajustó la máscara de plata y murmuró:

—¡Por fin!

Vaciló primero sobre su reacción, si debía arrojarse salvajemente sobre su presa, pero decidió que, al contrario, debía tomarse su tiempo, hacer durar el placer antes de matar y del momento en que pondría la cabeza de la mujer en un frasco y su piel en un fino rollo satinado.

Jérôme de Galand saltaba de impaciencia.

Por fin sabía el lugar donde el Desollador se entregaba a sus rituales bárbaros y debía esperar porque el príncipe de Condé imaginaba un complot contra su casa... Y eso le afectaba a él precisamente, pues el preboste, el teniente civil, todos habían huido de París o estaban ilocalizables.

De repente, tomó una decisión y se volvió hacia la señora de Montjouvent:

—¿Montáis a caballo, señora?

—Es una de mis aficiones.

Él le sonrió, sorprendiéndose a sí mismo, y se volvió a Ferrière.

—Os dejo al mando, Ferrière.

—¿A mí?

—¿Ya quién si no? Hemos desplazado a ochenta arqueros, os cojo diez de la compañía montada.

—Pero...

—¿Qué? —atajó Jérôme de Galand, con impaciencia creciente.

—Pero, en fin... Si el señor príncipe de Condé se entera de vuestra marcha, ¿qué debo decir?

—¡A la mierda con el príncipe de Condé! ¡Decidle que sufro de hemorroides!

—¡Pero no es verdad!

—¿Y qué sabéis vos?

—Me parece que...

—Vamos, si os quedáis más tranquilo, no tengo; sin embargo, le diréis lo contrario al príncipe si os pregunta. Pero eso me extrañaría, es un liante y seguramente ya se ha olvidado de nosotros. Además, ha caído la noche y tenemos tiempo de sobra.



Mientras, reunidos en torno a un fuego de ramas, los diez truhanes y desertores

esperaban discutiendo tranquilamente delante de la casita de Auteuil, tres grupos convergían al mismo tiempo hacia ellos, llevándoles tempestad y muerte.

El más cercano era el más peligroso. Contaba con los más brillantes jinetes, las espadas más finas del reino y los mejores caballos. Eran siete, a las órdenes del general conde de Nissac, y llevaban todos un fular rojo.

A continuación, guiada por d'Almaric, se acercaba la carroza de seis caballos del Desollador, precedida por dos guardaespaldas y seguida por veinte mosqueteros.

Finalmente, ganando terreno, Jérôme de Galand, general de policía del reino, la señora de Montjouvent y diez de los mejores arqueros de París destacados de la compañía a caballo llegaban a galope tendido.

El encuentro no sería dulce...

Como en la tradición de las mejores cargas de la caballería francesa, los Fulares rojos, al galope y con la espada en mano, cayeron sobre una decena de truhanes y desertores que guardaban la casa de Auteuil.

La carga dejó a la mitad de los truhanes en el suelo.

Poniendo pie en el suelo, los Fulares rojos se enfrentaron a los siguientes con las espadas y ninguno de éstos sobrevivió tres minutos.

Sin perder un solo instante, el conde de Nissac se metió en la casa.

Aunque se sintió impresionado por ese hombre de elevada estatura con capa negra y sombrero marino de plumas rojas y blancas, el de la viruela no dejó el cuchillo con el que amenazaba con cortar la garganta a Mathilde de Santheuil.

El miedo le hizo hablador:

—¡Si avanzas, mato a esta perra...! ¡Ten cuidado...!

El conde asintió con la cabeza, como si aceptara las razones del hombre picado de viruela, luego se quitó el sombrero y lo puso sobre una silla.

Al hacerlo, cogió el puñal del caño de su bota. El impulso del brazo de Nissac fue tan formidable que la hoja atravesó el hueso frontal del hombre, que se derrumbó, muerto en el acto.

Con la espada en la mano, Nissac se acercó entonces a la carcelera del ojo reventado y, de un golpe seco, le abrió los muslos. La mujer cayó, soltando un machete que tenía entre las faldas y, como no podía huir, la marcha se le hizo imposible.

Pronto, el conde liberó a Mathilde de las ataduras y ella se estrechó contra él murmurando:

—Estaba segura de que vendrías.

—En cuanto pude... —Luego, más dulcemente—: Qué desgracia tan grande lo de tu padre.

Mathilde, que por fin podía abandonarse a su pena, lloró sobre el hombro del conde.

Durante ese tiempo, fuera, se organizaron. Primero alinearon los diez cadáveres de truhanes y desertores, a los que se añadió el de la viruela en cuanto el conde recuperó su puñal.

Luego, con calma, ocuparon los puestos de los muertos en torno al fuego mientras, oculto detrás del tronco de un olmo, el barón de Florenty instalaba su mosquete sobre su cañón, escogiendo con sumo cuidado el ángulo de tiro sobre el camino.

Finalmente, con las armas al alcance de la mano, esperaron.

No por mucho tiempo.

Enseguida percibieron un ruido de cascos y ruedas y, pronto, dos caballeros se acercaron, mientras una carroza aguardaba a distancia.

Como tenían por costumbre, los dos guardaespaldas saltaron del caballo, y mientras uno guardaba las monturas, el segundo se acercó a la casa.

Ni uno ni otro dedicaron una mirada al grupito de hombres reunido en torno al fuego, pues el marqués d'Almaric les había advertido de que se trataba de la peor calaña imaginable, «compuesta de macarras, asesinos y desertores».

Sin embargo, uno de los «malhechores», que tenía aspecto de ex militar, bloqueó el camino de la casa al guardaespaldas que se apresuraba a controlar la puerta; el barón de Fervac, pues se trataba de él, tomó el hombre aparte:

—Hola, compañero, ¡alto!: no tengo orden de dejarte pasar... Pero ¿eres mosquetero?

El otro frunció las cejas.

—¿Y dónde te he visto yo?

—Guarda las distancias, mequetrefe, que fui oficial.

—Yo todavía lo soy. Y tú no eres mosquetero.

—En efecto, ¡barón Maximilien de Fervac, teniente de los Guardias Franceses! —respondió el fular rojo con una sonrisa, mientras la hoja de su puñal, con fuertes sacudidas, penetraba profundamente en el corazón del guardaespaldas.

En los segundos que siguieron, el puñal de Nissac cruzó el aire silbando y se clavó en el cuello del otro guardaespaldas; éste soltó los caballos, que huyeron hacia la carroza.

Enseguida, el marqués d'Almaric disparó al azar para alertar a los mosqueteros, que esperaban muy atrás.

Pero fue una iniciativa muy tardía, pues antes de que los mosqueteros se hubieran acercado, los fulares rojos se habrían apoderado de la carroza. Y todo habría terminado así sin la extraordinaria sangre fría del marqués d'Almaric.

Por un momento, cogió por las bridas los caballos de los guardaespaldas, arrancó al Desollador —de espaldas a los fulares rojos— la máscara de plata, se la puso y ayudó a su amo a montar:

—¡Huid hacia los mosqueteros, monseñor! ¡Yo os sigo!

Luego arrojó su antorcha sobre el asiento de la carroza, que se inflamó pronto y, sin más demora, montó a caballo.

A lo lejos, ya se oía el galope de los mosqueteros, lo que hacía vana toda esperanza de persecución.

Pero no fue ésa la impresión del barón Melchior Le Clair de Lafitte. Como sus compañeros, había ocultado la parte baja de su rostro detrás de un fular rojo y, encontrándose cerca de los caballos, saltó a la silla en persecución de los dos fugitivos.

Le Clair de Lafitte, excelente jinete sobre un caballo de primera, ganó terreno muy rápidamente.

Sin embargo, la situación se complicaba. A lo lejos, justo delante, llegaba un gran grupo de mosqueteros. Entre ellos y Le Clair de Lafitte estaban los dos fugitivos, el

hombre con la máscara de plata, que se volvía continuamente, y el otro jinete que no enseñaba nunca la cara.

De repente, el hombre de la máscara de plata se fue a la izquierda, a través del bosque, mientras su compañero, sin duda el cochero, se fue a la derecha.

Había que decidir rápido, pues los mosqueteros llegaban al galope.

Todas las apariencias y las mejores razones aconsejaban a Le Clair de Lafitte a seguir al hombre de la máscara de plata..., pero tomó la otra opción.

Instintivamente.

El hombre de la máscara de plata estaba lejos, en el bosque, los mosqueteros galopaban por el camino, pero nada más impediría a Le Clair de Lafitte atrapar al fugitivo.

Espoleando a su montura, lo consiguió al cabo de unos minutos, y pudo coger las riendas del caballo de su adversario.

A la luz de la luna llena, en un pequeño claro, los dos hombres se miraron y Le Clair de Lafitte se bajó maquinalmente su fular rojo:

—¡Presentaos! —ordenó el fugitivo.

Le Clair de Lafitte, absolutamente estupefacto y al borde de la fascinación, balbució:

—¡Vos! ¡Vos! ¡Vos, monseñor! ¡Vos un desollador de mujeres desgraciadas! ¡Vos, uno de los mayores nombres de Francia!

—¡Presentaos, os lo ordeno!

—Barón Melchior Le Clair de Lafitte, coronel de la compañía de gendarmes de la casa militar del rey.

—Guardad silencio y os cubrirán de oro. Hablad y será vuestra palabra contra la mía, es decir, meado de perro que intenta horadar una montaña.

Con la garganta seca, Le Clair de Lafitte observaba al Desollador, un hombre que, aun sin el poder que le supondría la victoria de la Fronda, era casi igual que un rey por su nombre y su riqueza.

Con el corazón enardecido de pronto por el asco, el fular rojo escupió a la cara del Desollador y gritó:

—¡Puerco inmundo! Tal vez te juzguen tus pares, o quizá sólo el rey está en situación de castigarte, pero a ti, que fuiste todopoderoso, que diriges grandes y bellos ejércitos, te arrastraré primero como un asesino al Petit-Châtelet.

—¡Me sorprendería mucho! —respondió enérgicamente el Desollador con una sonrisa y, sacando una pistola, la puso en la sien del fular rojo y abrió fuego.



Con la carroza que llameaba como una antorcha y los trece cadáveres alineados al borde del foso, los fulares rojos no podrían simular la paz de un vivac.

Rápidamente, el conde de Nissac y el marqués habían desatado los desdichados

caballos que estaban a punto de quemarse vivos, luego ocuparon cada uno su puesto de combate.

Así, los mosqueteros cargaron... contra el vacío.

En efecto, dispersos, ocultos detrás de una carreta, un árbol o detrás de la esquina de una casa, los fulares rojos no ofrecían un blanco agrupado.

Hubo cierta vacilación entre los mosqueteros, y en ese momento el barón de Florenty utilizó su mosquete; el coronel de los mosqueteros murió en el acto y cayó del caballo.

Pronto, los fulares rojos atacaron con la pistola y cuatro nuevos mosqueteros fueron abatidos.

Vulnerables en sus caballos, tras localizar de dónde procedían los disparos, los mosqueteros pusieron pie en tierra.

Siete contra quince, el combate entraba en los esquemas de los Fulares rojos.

Protegido por la presencia cercana del conde de Nissac y la señora de Santheuil, cuyas espadas formaban una muralla infranqueable, Florenty mataba sin fallar y recargaba rápidamente su mosquete, de modo que pronto fueron siete contra doce, luego contra diez, e iban a igualarse en número cuando llegaron al galope Jérôme de Galand, la baronesa de Montjouvent y diez arqueros que se abalanzaron sobre la retaguardia de los mosqueteros.

Los pocos supervivientes, muy razonables, tiraron las espadas.



Mientras el barón Jérôme de Galand interrogaba a solas a la mujer tuerta y le sacaba todo lo que sabía, es decir, muy poca cosa, los fulares rojos, con la antorcha en la mano, rastreaban el campo en búsqueda de Le Clair de Lafitte.

Volvieron al cabo de una hora, en el momento en que, azotando los cuartos traseros del caballo, el jefe de policía criminal colgaba de forma sumaria a la tuerta. En efecto, al moverse, el caballo tiró de una cuerda pasada por encima de una majestuosa rama; la otra extremidad de la cuerda, acabada en un nudo corredizo, pasaba en torno al cuello de la tuerta.

Desinteresado del cuerpo que se agitaba en las últimas convulsiones, Galand se quitó el sombrero negro ante los recién llegados.

Nissac, con la cabeza baja, marchaba solo a la cabeza. La camilla improvisada en que yacía el cuerpo sin vida de Melchior Le Clair de Lafitte era llevada por Sébastien de Frontignac y César de Bois-Brûlé, Maximilien de Fervac y Anthème de Florenty, sus compañeros más antiguos.

Luego, con la antorcha en la mano, iba Henri de Plessis-Mesnil, marqués de Dautricourt.

En el silencio que se hizo de repente en la noche, todos los arqueros se quitaron los sombreros y los cuatro mosqueteros prisioneros cesaron de murmurar. Mathilde

de Santheuil salió de la casa para asistir a la llegada del cortejo fúnebre, que una lechuza saludó con un grito inquietante.

Nissac vio a Mathilde petrificada en la puerta de la casa, Galand con la cabeza baja y el sombrero en la mano, los mosqueteros silenciosos e incómodos, la carroza carbonizada iluminada todavía por débiles llamas.

Luego su mirada se detuvo sobre el cuerpo de la mujer tuerta que se columpiaba a dos toesas del suelo.

—¿Era realmente necesario? —preguntó el conde señalando a la ajusticiada con un gesto de la cabeza.

Galand se crispó ligeramente:

—En París, donde triunfan con insolencia los tribunales de la Fronda, la habrían dejado libre, y enseguida. Yo aplico las leyes de la guerra.

Nissac observó a los mosqueteros, a quienes habían sentado en el suelo, desarmados:

—¿Y ellos?

—Saben demasiado. Matarlos sería fácil, pero una crueldad inútil. Voy a conducirles a las cárceles reales y velar para que estén en secreto todo el tiempo que dure la guerra civil.

Nissac miró el rostro de su querido amigo Melchior, con la sien reventada, un ojo salido de la órbita, las astillas de hueso, la sangre que se secaba ennegrecida... Luego dijo, con una voz amarga:

—¡Esta noche el Desollador ha vuelto a triunfar!

Pensó en una frase de Melchior pronunciada poco antes: «¡Ah, amigo, qué tragedia sublime la de nuestras pobres vidas!».

La mañana del último día de junio era gris, en una iglesita a tres leguas de París que carecía de cementerio.

No obstante, en el jardín que la flanqueaba, había tres tumbas por privilegio del general de los jesuitas y duque de Salluste de Castelvalognes.

Una, con la tierra compacta desde hacía tiempo, contenía el cuerpo decapitado de Nicolas Louvet. En las otras dos, acababan de enterrar a Joseph Fiegel, padre de Mathilde, y al barón Melchior Le Clair de Lafitte, coronel de la compañía de los gendarmes de la casa militar del rey y segundo de los Fulares rojos.

El señor mariscal de Turenne, representante del rey y del primer ministro, hizo depositar tres ramos de flores de lis de gran pureza a tres jóvenes oficiales, y luego se retiró con tacto.

Cuanto estuvieron solos, los Fulares rojos se reunieron en silencio y el más joven, Henri de Plessis-Mesnil, marqués de Dautricourt, se acercó a las tumbas.

El conde de Nissac alzó la espada, que mantuvo a cuarenta y cinco grados de inclinación, la señora de Santheuil lo imitó enseguida, y los barones de Frontignac, Fervac, Bois-Brûlé y Florenty también.

El marqués anudó a cada cruz una larga bufanda de seda roja que el viento agitó ligeramente, y luego el joven se reunió con sus compañeros.

Algunos lo pensaron, otros no: quedaba sitio en aquel jardincito a la sombra de un viejo tejo...



Al conde de Nissac no le gustaba esa misión, trabajo de matador, tarea subalterna, pero el hombre al que había que matar perjudicaba mucho a la corona, pues aunque era espía de Mazzarino trabajaba desde siempre en provecho exclusivo de la Fronda, y había entregado a los facciosos los nombres de decenas de agentes del cardenal, a los que nadie había vuelto a ver.

En cuanto al conde de Nissac, acudía por principios, estimando que un jefe no es un jefe amado y respetado más que en la medida en que se expone y sufre lo que impone a los demás.

Como de costumbre, Jérôme de Galand había preparado perfectamente el trabajo y a los dos fulares rojos no les costó encontrar a Dugary, pues ése era el nombre del traidor.

Estaba en el barrio de los Mercados, en una taberna extrañamente llamada Le Loup Pendu, y bebía solo en una mesa. Pequeño y redondo, sin casi pelo ya, parecía tranquilo, nada atormentado por los numerosos muertos de que era responsable, sin que hubiera actuado por amor a la Fronda ni odio a la corona, sino sencillamente por venalidad y, tal vez, una fugitiva impresión de poder.

No se fijó en Nissac y Fervac, sentados a una mesa de tal modo que podían observar a Dugary. Aunque no dijo nada a su compañero, Nissac, llamado Loup, no entró en el Loup Pendu (Lobo Colgado) sin sentir cierta incomodidad...

El conde de Nissac, disfrazado de calderero, no era mucho más reconocible que el barón de Fervac, que se había puesto las ropas de trabajo de los guarnicioneros. Había allí otros artesanos, barberos, peluqueros, tejadores, traperos, y todos los que trabajaban en los poco aprovisionados mercados.

En cada mesa, las conversaciones tomaban un tono acalorado. Se comentaba por ejemplo los hechos según los que las dos compañías burguesas, ambas de la Fronda, pero de facciones diferentes, se habían lanzado sobre la calle de los orfebres, dejando veinticinco muertos en el terreno.

Discutían también sobre los desconocidos que atacaban, y a veces mataban, a los consejeros, hasta que éstos acababan por negarse a ocupar sus escaños, cosa que no disgustaba a los príncipes, que habían maniobrado de suerte que se llegara a semejante resultado.

Reinaba la inquietud por la presencia de los ejércitos: el de los príncipes estaba en Saint-Cloud y el ejército real en Saint-Denis.

Pero ni siquiera los más ingenuos ignoraban que el choque tendría lugar, y eso tensaba el ambiente todavía más.

Dugary se había levantado hacía un rato y, con el vaso de vino en la mano, iba de mesa en mesa, escuchaba, asentía gravemente con la cabeza, daba siempre la razón al orador, pero, cuando las palabras se revelaban demasiado abiertamente hostiles a la Fronda, tenía una forma peculiar de observar el rostro del hablante, como si quisiera grabar sus rasgos en la memoria.

—¡Es él, sin duda! —susurró el conde de Nissac.

—¡Seguro! —respondió el barón de Fervac.

En su paso de mesa en mesa, como si quisiera conocer todas las opiniones que se expresaban en el Loup Pendu, llegó pronto delante del conde y el barón, éste muy decidido a desanimar al delator.

Con voz vulgar, Fervac se dirigió a Nissac y lo tuteó, como corresponde a dos viejos compañeros de tenderetes vecinos:

—No te digo que no tenga buen culo, es simpática y sus curvas parecen dirigirte una bonita sonrisa cuando te da la espalda... Tiene los senos grandes y me gustan.

—¿Entonces por qué tanto apuro? —preguntó el conde, fingiendo hacer caso omiso de Dugary, que estaba ligeramente retirado y no se perdía una palabra de la conversación.

Fervac cabeceó.

—Apuro, apuro... es que Charles, su marido, es un buen amigo y apoya a los príncipes, como nosotros.

—¿Te da asco hacerle cornudo?

—Traicionar a un amigo está mal, pero decir que no a un trasero que os sonrío es

un crimen contra el amor...

Dugary se alejó. Unos partidarios de la Fronda que hablaban de nalgas no representaban ningún peligro. Perdió interés y pasó a otra mesa.

Fervac sonrió a Nissac afectando un tono de ceremonia:

—Perdonad el tuteo, querido conde, las circunstancias lo exigían.

El conde de Nissac bebió un trago de vino y preguntó:

—¿A quién os referíais?

—¿Queréis decir... la del culo sonriente?

—Exacto.

Fervac dirigió una mirada melancólica a su vaso.

—No hay mujer sin un culo bonito. Depende de la calidad de la mirada que se le dirija y...

Se interrumpió, pues al levantar los ojos vio que Dugary salía de la taberna del Loup Pendu.

Se pusieron a seguirle.

No fue fácil, pues el espía de los príncipes se volvía a menudo y a intervalos regulares. Pronto, aceleró el paso y los dos fulares rojos se vieron obligados a imitarlo, lo que no daba ninguna discreción a su empresa.

—¡Va hacia los Santos Inocentes! —susurró Fervac.

—Entonces sabe que lo seguimos —respondió el conde.

Cuanto más se acercaban al cementerio de los Inocentes, más pestilente resultaba el olor, pues el cementerio era el más grande de París.

Miles de cuerpos reposaban allí, algunos desde hacía siglos, otros apenas en descomposición. El barrio, aunque animado, era el lugar privilegiado para las epidemias. El agua de los pozos estaba infectada por las materias pútridas que se filtraban en las aguas subterráneas. En los sótanos, el vino se estropeaba y se avinagraba en menos de una semana. Además, el nivel del sector estaba alzado una toesa por encima de las demás calles.

Dugary se echó a correr de pronto, imitado por los dos fulares rojos, pero el traidor, bajito y gordo, no podía rivalizar con dos hombres que estaban en mucha mejor forma. Sin embargo, la carrera era difícil, pues en aquel terreno se tropezaba continuamente con una tibia o un peroné que sobresalían del suelo.

Ya no se sabía dónde meter a los cadáveres. Y la gran masacre de protestantes del día de San Bartolomé sólo había empeorado las cosas. En la noche del 23 al 24 de agosto de 1572, advertido por el toque a rebato de Saint-Germain l'Auxerrois, la población se abalanzó sobre los protestantes llegados de la capital para asistir a la boda de Enrique de Navarra con Margarita de Valois. Mataron a más de tres mil y, bajo el sol de agosto que aceleraba la podredumbre de los cuerpos, hubo que hallar soluciones rápidas. Apilaron los cadáveres bajo las bóvedas y en las casas vecinas, que ocultaban osarios.

Cerca de las célebres bóvedas alcanzaron a Dugary, muy sudado, tanto por la

carrera como por el miedo.

El conde de Nissac no dejó nada al azar e inquirió:

—¿Eres Dugary?

El hombre miró a ambos lados, aterrado, y respondió:

—No monseñor. Ese no es mi nombre. Me llamo Reinard.

Nissac y Fervac se descubrieron el cuello, de suerte que Dugary viera los fulares rojos atados al cuello.

—¡Registradle! —ordenó Nissac.

Fervac procedió, sin miramientos. Arrancó de la ropa del espía una bolsa bien nutrida y dos papeles que tendió a Nissac.

El primero, firmado por la mano de Beaufort, era un salvoconducto para el señor Dugary.

El conde se lo puso ante los ojos al traidor y luego se lo metió en la boca.

En el segundo, un simple billete, el texto era más breve y la escritura nerviosa, como la firma: «Orden de no dejar entrar en la villa de París al conde de Nissac. Firmado: príncipe de Condé».

El conde conservó el pliego y, echando una mirada cansada al osario de debajo de los arcos, ordenó al barón:

—¡Acabemos de una vez!

Con un gesto brutal, el barón de Fervac proyectó a Dugary contra la osamenta. Algunos cráneos chocaron contra el suelo y uno se abrió como un huevo.

—¡Tu futuro próximo! —susurró cruelmente Fervac en el rostro de Dugary.

Éste quiso chillar, pero el miedo lo paralizó y se quedó así, boquiabierto, temblando de pies a cabeza.

El conde se sintió incómodo, pues creía inútil añadir crueldad a la crueldad, aun en el caso de un hombre tan despreciable.

El barón de Fervac puso el puñal contra el pecho de Dugary. Luego, como hacía siempre, tal vez por nerviosismo, esbozó una sonrisa crispada mientras hundía la hoja por acometidas en el corazón del traidor, que murió y luego se derrumbó.

Tomándolo por los pies y los hombros, el conde y el barón lanzaron el cuerpo a la cima de una pila de huesos.

El día empezó muy mal para el príncipe de Condé. Un mensajero, engañado por la distinción y la aparente calidad del portador, llevó urgentemente un pliego que el príncipe reconoció enseguida y en el que se distinguían tintas de dos colores diferentes y se podían descifrar dos escrituras distintas una detrás de otra, la suya propia y la de un desconocido.

Leyó:

Orden de no dejar entrar en la villa de París al conde de Nissac. Firmado: príncipe de Condé.

El príncipe de Nissac ha entrado en la villa de París a despecho del príncipe de Condé. Firmado: general conde de Nissac.

El príncipe arrugó con rabia el billete, mascullando:

—¡Pagaré con su vida esta insolencia!



No obstante, ese día, 1 de julio de 1652, reservaba otras sorpresas al príncipe de Condé, y no todas buenas.

Habiendo dividido el ejército en dos partes, una confiada al mariscal de La Ferté, Turenne atacó el ejército de Condé, muy inferior en número, por las dos orillas a la vez, lo que hizo inútil el puente de barcos que el príncipe había mandado construir en Epinay y que le habría permitido huir de Turenne —si éste hubiera atacado desde una sola orilla— sin dividir sus fuerzas.

No obstante, el príncipe de Condé reaccionó con la rapidez que hacía de él tan buen jefe guerrero.

Comprendiendo la finalidad del movimiento de las tropas de La Ferté, Condé se adelantó a Turenne y pretendió refugiarse con su ejército en la península de Charenton, donde juntan sus aguas los ríos Sena y Marne.

De noche y en secreto, hizo cruzar el Sena a su infantería, artillería y caballería a través del puente de Saint-Cloud. En dos horas, el audaz movimiento había terminado y el ejército del príncipe estaba en la orilla derecha, presionado constantemente por Condé y sus generales Nemours y Tavannes.

Alertado, el mariscal de Turenne, también emprendedor, atacó de inmediato, sin siquiera esperar el regreso del mariscal de La Ferté, que dirigía un grupo numeroso de tropas y la artillería real.

El choque tuvo lugar en el norte de París, en la aldea de La Chapelle y, enseguida, varios escuadrones del príncipe, a pesar de su valor, fueron derrotados.

El príncipe de Condé se sentía perdido, sabía que Turenne atacaría al alba con

todo su ejército; instaló a sus tropas delante de la muralla de París, en la Porte Saint-Antoine, a un tiro de piedra de la Bastilla.

El 2 de julio amaneció con una situación extraña en que Condé, privado de su artillería, pues no había llegado, se encontró con la espalda contra la muralla de París, ya que los regidores habían ordenado el cierre de las puertas, tan grande era el riesgo de ver a los parisinos agruparse a miles para ayudar al príncipe, odiado ayer y luego amado en cuanto se halló en gran peligro, pues a veces el corazón del pueblo es así de generoso.

Dos de los mayores jefes militares de la historia del reino de Francia iban a enfrentarse en la última gran batalla de la Fronda, pero con fuerzas desiguales: el príncipe de Condé disponía de cinco mil hombres, los soldados españoles; el mariscal de Turenne de más de doce mil y de un armamento considerable.

No obstante, perdido por perdido, el príncipe había elegido su terreno en un rasgo de puro genio militar. París estaba cerrado, los cañones de la Bastilla, por encima de él, estaban inutilizados y mudos debido a la neutralidad de los regidores y, sin embargo, disponía de un triunfo: de la puerta Saint-Antoine, donde aguardaba su ejército, salían tres calles, la de Charonne, la del arrabal Saint-Antoine y la de Charenton, en orden de norte a sur.

En todas esas calles, los partidarios de Condé habían levantado sólidas barricadas y utilizado antiguos atrincheramientos, por lo que el señor de Turenne se sentía obligado a fraccionar sus tropas en tres, incapaz, en esas condiciones, de lanzar el sólido ataque directo que habría barrido a los de la Fronda.

Durante horas, en las tres calles, Turenne mandó cargar a su caballería contra las barricadas y cada vez fue rechazada, con el príncipe en primera fila con la espada en mano.

No se contaban más cadáveres, pero el ejército del príncipe no retrocedió, ocupó las casas vecinas, agujereó las murallas y apostó tiradores cuando las ventanas no bastaban. En la memoria de los parisinos, que observaban la batalla que se desarrollaba bajo las murallas de la villa, no figuraba la imagen de esas pulgadas de terreno tan ásperamente atacadas y defendidas.

Los jefes de Condé se multiplicaban por todas partes, y sobre todo el duque de Nemours y el barón de Clinchamp. Nerviosos, Condé y La Rochefoucauld se mantenían en la última reserva, con cincuenta grandes nombres de la nobleza francesa, en la plaza de Saint-Antoine, de donde salían las tres calles en las que se libraban combates sangrientos.

Un primer eslabón se rompió en el dispositivo de Condé bajo la presión del marqués de Saint-Mesgrin, teniente coronel de la caballería de la reina, respaldado por el propio sobrino de Mazzarino, Mancini, el marqués de Nantouillet y la caballería. Molesto por la resistencia de la barricada defendida por las excelentes tropas de Condé, al mando del conde de Tavannes, teniente general, y Lanques, mariscal de campo, Saint-Mesgrin lanzó una carga tan violenta que arrasó los

atrincheramientos y luego las barricadas de la calle de Charonne, sufriendo pérdidas debido a los tiradores aislados de Condé, que disparaban desde las casas casi sin fallar. El rey y Mazzarino, que seguían la batalla desde la colina de Charonne, se enervaron. Mandaron a la infantería para desalojar a los tiradores emboscados de la Fronda y todos tuvieron la impresión de estar presenciando una forma de guerra nueva: la gente se mataba barrio por barrio, jardín por jardín, casa por casa, piso por piso, disparándose a quemarropa. Y sólo el odio unía a los soldados del reino de las flores de lis, ya fueran del rey o de Condé.

Tavannes, el general de la Fronda de quien dependía el conjunto de la calle de Charonne, retrocedía en desorden y pronto, en una última carga muy violenta, Saint-Mesgrin conquistó toda la calle, llegando el primero a la puerta Saint-Antoine, donde no quedaban más que el propio Condé y sus cincuenta caballeros.

No obstante, para la sorpresa general, Condé y sus altos señores cargaron contra la caballería real con la violencia extrema característica del príncipe. El marqués de Nantouillet murió pronto, luego el marqués de Saint-Mesgrin y Paolo Mancini, sobrino de Mazzarino, que acababa de cumplir diecisiete años.

El pánico cambió de bando. Sin jefes, la caballería real retrocedió, seguida de la infantería del mariscal de Turenne. Ocupando de nuevo las casas de donde los habían echado, los tiradores de Condé se apostaron en las ventanas y comenzaron a disparar sobre los hombres en fuga, e hicieron una gran masacre.



Después de recorrer guiados por Florenty un largo túnel que pasaba bajo las murallas de París, los fulares rojos salieron discretamente, uno a uno, por un tragaluz de la calle de Charonne.

Nissac había comprendido que allí, entre las casas, jardines y tapias, se libraba una batalla callejera y poco clásica.

De una bolsa que llevaba a la espalda, Frontignac sacó unas bandas Isabelle, con las que se reconocían los soldados de Condé, mientras que los de Gaston de Orleans se tocaban con bandas azules, los españoles con rojas, los partidarios del cardenal con verdes y así cada facción.

El marqués de Dautricourt, a quien el procedimiento no le pareció conforme a las leyes de la guerra, se granjeó un comentario ácido del conde de Nissac, quien además llevaba como brazalete una liga de seda roja y puntilla blanca de la señora de Santheuil:

—Señor, no hacemos la guerra, sino la guerra civil. Aquí se matan vecinos, amigos, incluso hermanos.

Los fulares rojos cruzaron silenciosamente un jardín, cambiaron de banda, entraron en la planta baja de una gran casa y anunciaron:

—¡Servicio del cardenal!

La decena de hombres de Condé con la banda Isabelle que disparaban contra la infantería real en fuga quedaron estupefactos al descubrir a unos hombres y una mujer con la cara tapada por fulares rojos, pero sobre todo, del hombro a la cintura, con la ancha banda verde esmeralda del ejército de Mazzarino.

Se luchaba con crueldad, sobre todo en los espacios cerrados. Nissac había ordenado que no dejaran ni una oportunidad al adversario. Aplicando la consigna, y mientras los mosqueteros volvían los mosquetes hacia los fulares rojos, éstos extendieron el brazo: siete cuchillos salieron disparados hasta las gargantas o los rostros de los de Condé; luego, cada fular rojo sacó dos pistolas del cinturón y abrió fuego sobre los supervivientes. No hubo necesidad de recurrir a la espada para terminar la tarea.

Con el cañón de la pistola, el conde señaló el piso de arriba y los suyos lo siguieron, y allí mataron a cinco soldados más de Condé que disparaban a las tropas reales en retirada.

Los fulares rojos bajaron y se apresuraron a cruzar un nuevo espacio al descubierto para llegar a la casa siguiente, se quitaron las bandas verdes —preferían combatir y posiblemente morir con su color— para pasar la banda Isabelle, de un extraño marrón amarillento claro, el color de las tropas de Condé.

Ya habían liberado de la presencia de los de Condé cinco casas desde donde se disparaba por la espalda a los soldados del rey.

Cruzando una mirada con Dautricourt, el conde le dijo:

—Recordad Étampes, Corbeil y todas las villas alrededor de París. Villas abandonadas, casas saqueadas y quemadas, cientos de cadáveres podridos, iglesias profanadas, la cosecha perdida. ¡Recordad eso, marqués, y os impresionará menos la suerte de los de Condé, especialistas en disparar por la espalda a los nuestros, que son soldados leales al rey! ¡Así lo veo yo!



Condé, en su frenesí, había despejado y recuperado toda la calle de Charonne.

Nemours, por su parte, había expulsado, causándole graves pérdidas, a la caballería real, que había entrado sin muchas precauciones en la calle de Charenton.

Sin embargo, tres arterias salían de la plaza situada bajo la puerta de Saint-Antoine, y fue precisamente en la del medio, la calle del arrabal Saint-Antoine, donde el señor Turenne atacó en persona las barricadas de la Fronda al mando del general barón de Clinchamps, brillante caballero lorenés al servicio de España.

El cuerpo de ejército del señor de Turenne era muy elegante, iba a un paso y en un orden perfecto. Tomaron las trincheras una tras otra, la barricada principal cayó, el general de Clinchamps fue derrotado y Turenne siguió avanzando, mientras el príncipe, una vez más, cortó el paso al mariscal al salir de una calle perpendicular con su pequeña reserva de caballeros.

El señor de Turenne fue obligado a retroceder, pero para cargar de nuevo y recuperar la barricada ganada y luego perdida. En cuanto estuvo en el lugar, el mariscal sufrió un violento ataque del príncipe y perdió por segunda vez la barricada.

Sus soldados aclamaban al príncipe. Se le veía dondequiera que los de Condé se debilitaban y amenazaban con desfallecer.

El sudor le caía por todas partes, le quitaron la coraza y, una vez desnudo, se revolcó por el suelo, antes de volver a vestirse para correr a donde lo llamaba el peligro.

Para el príncipe, cada metro de terreno contaba. Sabía que la fuerza moral respalda al ardor de los combatientes y, a pesar de su pequeño número, los de Condé llevaban dos horas derrotando en todas partes al ejército real.

Pero, en el otro lado, el señor de Turenne también reflexionaba, y cambiaba los escuadrones extenuados para sustituirlos por tropas frescas.

Habiendo fracasado en la calle de Charonne, decidió concentrar su esfuerzo en la calle de Charenton, donde mandaba el duque de Nemours, que se retiró tras el choque.

Al enterarse, Beaufort, llegado de París con un puñado de milicianos, La Rochefoucauld y todos los caballeros disponibles se lanzaron a la reconquista, ayudados por Nemours, que había agrupado a sus tropas derrotadas.

Los tres duques se pusieron a la cabeza de sus tropas para ese contraataque delicado.



Los fulares rojos también se desplazaban, yendo allí donde la Fronda resultaba amenazante, para frenar su avance, pero también donde se debilitaba, esperando crear una de esas situaciones de ruptura por donde se llega a la victoria.

El conde de Nissac, desde que dirigía a los Fulares rojos, había querido que, aunque cada uno sobresaliera en algo, fuese diestro también en las otras artes: que pudiera manejar una espada, un puñal, una pistola o un mosquete... Pero, en este último punto, nadie podía competir con el barón de Florenty.

Éste había instalado su mosquete en el alféizar de una ventana y ya había matado a dos caballeros allegados de Nemours cuando reconoció de lejos a Beaufort.

Para los fulares rojos, Beaufort era el más detestado de los grandes partidarios de la Fronda, y sin duda habría muerto en ese momento si La Rochefoucauld, al moverse, no hubiera tapado al «rey de los Mercados».

La bala, llevándose carne y sangre, alcanzó a La Rochefoucauld en los ojos y le obligó a errar sin ver nada, ciego patético que daba vueltas en círculo.

Florenty al principio tuvo una decepción, pero luego sacudió la cabeza, acariciando su mosquete:

—¡De todas formas es un duque!

En cuanto llegó al lugar, el príncipe de Condé juzgó la situación de un vistazo y ordenó la retirada hacia la placita situada delante de la puerta de Saint-Antoine, de donde partían las tres calles.

Entonces se oyeron gritos.

La artillería real, que por fin había llegado, tomaba las tres calles desde el flanco. Los de Condé abandonaron enseguida atrincheramientos y barricadas para agruparse en la placita, bajo la muralla de París, que las balas del mariscal de La Ferté empezaban a hacer pedazos.

Cuando todo parecía acabado, y la horrible guerra civil a unos minutos de su fin, la puerta Saint-Antoine se abrió, y el ejército de Condé entró desordenadamente en París.



Con los rostros cubiertos de hollín, desconocidos, los fulares rojos llevaban ahora las bandas rojas de las tropas españolas, dirigidas aparentemente por el marqués de Dautricourt y una guapa mujer —Mathilde—, que enarbolaban la banda Isabelle.

Luego ocuparon un lugar en la interminable fila de espera para entrar en la villa.

Relamiéndose ya, el ejército real avanzaba para masacrar la retaguardia del ejército derrotado y se acumulaba delante de la puerta cuando, para la estupefacción del rey, de Mazzarino, del señor de Turenne e incluso de los de la Fronda, los cañones de la Bastilla acabaron con las primeras filas de soldados leales y continuaron tronando.

Dejándose robar la victoria, el ejército real retrocedió, con el alma en los pies.

Los fulares rojos, tras quitarse la señal distintiva, esperaban en el barullo donde había mezclados partidarios de la Fronda de alto rango, generales, antiguos soldados del ejército del Norte, lorenos, españoles en compañías constituidas, mercenarios, artillería, caballería, carros desbordados de equipaje del ejército de Condé.

En París, donde antes de la apertura de la puerta Saint-Antoine se había hecho entrar a los heridos y los muertos por caridad, la población observaba en silencio aquel triste espectáculo.

Otros se preguntaban: ¿qué ha pasado? Nada demasiado sencillo, pero tampoco complicado.

Gaston de Orleans, a quien llamaban «Señor», hijo de Enrique IV, hermano de Luis XIII y tío de Luis XIV, uno de los grandes de la Fronda, había oído que cambiaba el viento y, por consejo del cardenal de Retz, se fingía enfermo, encerrado en su palacio.

Pero su hija, la Gran Señorita, la misma que había hecho caer la villa de Orleans para la Fronda, sitió a su padre, demasiado débil, y le arrancó una orden firmada que le daba autoridad sobre los regidores, la milicia y el mariscal del Hospital, gobernador de París de quien se decía era favorable al rey.

El mariscal intentó discutir para demorarlo, pero fue en vano, y la Gran Señorita saltó al caballo para precipitarse a la puerta Saint-Antoine.

Lo que vio por el camino la impresionó y reafirmó su voluntad.

Por todas partes depositaban a los heridos del ejército de la Fronda: en las calles, en camillas, en simples tablas. Y entre ellos, el duque de Nemours o el general barón de Clinchamps.

En una calle, vio a los muertos. Soldados rasos, oficiales y también nobles: los condes de la Martinière, Castres, La Mothe-Guyonnet, el marqués de La Rochefart y de Flamminris y muchos más...

Se cruzó con el duque de La Rochefoucauld, con el rostro rojo de sangre, y parecía que los ojos se le salían fuera de las órbitas. A caballo, parecía sufrir atrocemente. Gourville le llevaba de una mano y el príncipe de Marsillac de la otra.

El capitán de la milicia que custodiaba la puerta Saint-Antoine obedeció a la orden escrita, pero Louvière, gobernador de la Bastilla y sin embargo partidario notorio de la Fronda, se negó a apoyar al príncipe de Condé con fuego de sus cañones para aplastar a las tropas reales que, evidentemente, iban a introducirse en la villa a la zaga de los de Condé.

Exigía una orden escrita de Gaston de Orleans, y la obtuvo muy rápidamente.

La Gran Señorita vio a Condé, que fue a darle las gracias, y aunque ya estaba enamorada de Luis XIV se enamoró también del príncipe, quien sin duda, con el cabello revuelto, el rostro negro de pólvora, la coraza hundida por los tiros recibidos, le hizo pensar en el dios Marte.

Poco después, ella subió a las torres de la Bastilla, cuyos cañones apuntaban habitualmente hacia París. Pronto los vio dar la vuelta y, al ver a la caballería del señor de Turenne que se apresuraba a hundir la retaguardia del ejército de Condé, ordenó abrir fuego, lo que provocó una masacre en la vanguardia de la caballería real.

Turenne dio la orden de retirada.

Con el catalejo en la mano, la Gran Señorita no había terminado, pues distinguió sobre la colina de Charonne ricas y numerosas carrozas, desde donde el rey, Mazzarino o toda la corte seguían la batalla aprovechando la posición dominante.

Sin vacilar, mandó disparar sobre ellos y el rey, rabioso por fracasar tan cerca del final, se retiró.

Mientras tanto, el príncipe de Condé dirigía en persona el paso de sus cinco mil hombres por la puerta estrecha, hombres a los que se añadían caballos, carros y prisioneros. Era delicado, hacía falta método y la operación duró más de cinco horas y acabó por la noche.

Una vez más, los parisinos habían mudado su apoyo, tanto a la vista de los altos señores muertos o heridos como por el valor incontestable del príncipe y la excelente resistencia del ejército de la Fronda, aunque menguado en número y material.

París pertenecía a Condé, de corazón. Y de hecho.

Sin embargo, había algunos parisinos que no soportaron ese espectáculo y prefirieron volver a casa para ocultar su pesar y su vergüenza.

Ver pasar por las calles de París a las tropas españolas, reconocibles por sus cascos y sus largas bandas rojas que les cruzaban el pecho, ver los carros, las banderas rojas con la cruz de San Andrés y los cañones del rey de España, es decir, ver las tropas enemigas de su país desfilar con los de Condé cuando el rey de Francia no podía entrar en su capital, les encogía el corazón.

El rey, muy triste, volvió a Saint-Denis con un ejército victorioso... pero sin victoria.

Mazzarino sabía que su mayor enemigo tenía ahora la capital.

Los mariscales y generales iban con la cabeza baja, el corazón minado por la amargura.

Los oficiales y soldados que habían perdido a dos mil de los suyos y dos veces más de heridos apenas hablaban.

A la misma hora, Charlotte de La Ferté-Sheffair, duquesa de Luègue, llegaba a tierras de Saintonge. Pensaba en el marqués de Dautricourt y a veces en el conde de Nissac, en su rostro marcado por la fatiga, sus párpados ligeramente caídos que le daban más encanto, como su expresión a veces dolorida cuando pensaba que no lo miraban.

Se preguntó si algún día sería capaz de dejar de amar a ese hombre, al menos conservarle una parte secreta de su corazón.



El Desollador estaba en su casa, como todos los jefes de la Fronda.

Contemplaba en unos tarros seis cabezas de mujer flotando en un líquido que las preservaba de toda corrupción. Observaba las bocas que él había forzado y los ojos abiertos con horror.

Sonrió y murmuró:

—¡Mis pequeñas! ¡Mis queridas pequeñas!

Había instalado las seis cabezas en su altar secreto, rojo fuego sobre un fondo negro carbón. Seis cabezas, ¿qué era eso cuando, en aquel día de combates agotadores y odiosos, había miles de muertos, y algunos de la más alta nobleza?

¡Aquellas mujeres, aquellas mujeres!

Miró las cabezas una a una, luego les habló:

—¡Cuánto placer me habéis dado...! Os he amado a mi manera... ¿Qué os habría dado la vida? Unos maridos brutales, sin conocimiento del amor, la alteración prematura de vuestros adorables rasgos... No, habéis dejado la vida en plena belleza, bellas para siempre jamás, sin que os falte un diente, sin que una cana estropee vuestros peinados, sin la sombra de una arruga...

Su mirada cayó sobre la estatuilla en que la mujer morena cuyo nombre ahora sabía, la señora de Santheuil, le cortaba el sexo.

Acarició sus cabellos negros, su bello pecho bien sostenido, las bonitas nalgas redondas:

—¡A ti también te tendré! ¡A ti sobre todo! ¡Quizá seas la última, pero te tendré!

Suspiró.

Sabía cómo actuar.

Pero antes que nada debía desembarazarse del marqués Jehan d'Almaric. Sabía demasiadas cosas y, además, durante su reciente y humillante derrota, lo había expuesto peligrosamente a una infame captura.

¡Si no hubiera matado de su mano al barón coronel de los gendarmes de la casa militar del rey, lo habría hecho él!

El miedo, que volvió momentáneamente, se difuminó.

Por casualidad, d'Almaric había tenido la excelente idea de quemar la carroza y nadie podría ver sus escudos.

Pero otro hombre había entrado en los asuntos del Desollador. Un hombre del que nadie desconfiaba. Un hombre tranquilo, con mucha sangre fría, de una gran inteligencia y que necesitaba oro, el oro que sin duda sostendría su ambición.

Sí, un hombre nuevo en un viejo asunto, una mente clara que, tras los recientes hechos de Auteuil, había matado a los cuatro mosqueteros supervivientes para que nunca entregaran informes a todos aquellos policías fisgones. Pues uno de los cuatro mosqueteros, que cabalgaba aparte de los otros, lo había visto y reconocido.

Ese hombre nuevo se había comprometido, él le entregaría a la baronesa de Santheuil. Enternecido, el Desollador imaginó a su bella cautiva y se frotó los dedos como las moscas hacen con sus patas.

Acarició el pecho de la estatuilla y, con un tono perezoso donde se percibía la voluptuosidad de los instantes futuros, murmuró:

—¡Bella Mathilde, rodearé mi cuerpo con tu piel fina y tú me mirarás hacerlo desde tu tarro! Se echó a reír. Luego lloró.

La operación no presentaba ningún riesgo particular, Nissac volvía a actuar según las valiosas indicaciones de Jérôme de Galand, a quien por principio no revelaba nunca la manera en que quería operar.

El regimiento del rey de España, muy duramente castigado durante la gran batalla de la puerta Saint-Antoine, se agrupó a orillas del Sena, cerca del muelle llamado «el valle de Nufere», desde el cual se ve, como una isla, la Sainte Chapelle.

Los restos de este regimiento de élite se mantenían aparte de las demás tropas españolas y la francesa de Condé, desparramadas por toda la villa. Sus jefes se creían algo fuera de lo común. Pero los hombres, aunque fueran excepcionales, al menos compartían alguna cosa con la vulgar humanidad: ¡el hambre!

También los soldados de la banda roja aclamaron a los pocos jinetes, con el pecho cruzado por la banda azul de los soldados de Gaston de Orleans, que les llevaban un rebaño de bueyes.

Asombrados por la acogida calurosa de la población parisina, los soldados españoles iban de sorpresa en sorpresa.

Ésta, sin embargo, se revelaría desagradable.

En efecto, dos horas antes, con la autoridad que le era natural y una orden falsamente firmada por Gaston de Orleans, Nissac había pedido en los mataderos el rebaño de bueyes que llevaba con los fulares rojos a los españoles.

Pero para los aliados extranjeros de la Fronda las cosas no sucedieron como esperaban. Ocultando súbitamente los rostros detrás de los fulares rojos, los soldados de la banda azul hicieron restallar sus látigos y precipitaron al rebaño enloquecido contra los tres carros militares desenganchados a orillas del Sena.

La embestida fue tan fuerte, tan violenta, que uno de los carros desapareció en el río y los otros dos, volcados, perdieron su cargamento de balas, que rodaron, siguiendo la pendiente natural del suelo, hacia el agua.

El regimiento de élite del rey de España había obtenido carne —que poco después le disputarían los de Condé—, pero había perdido todas las municiones de su artillería y antes de reaccionar, los hombres de la banda roja tuvieron el disgusto de ver a los fulares rojos espolear tanto a sus caballos que todo intento de persecución habría fracasado.

No obstante, la amargura de los soldados del rey de España no duró. Surgiendo del Pont-Neuf, de las calles laterales y del hospicio Quinze-Vingts, los de Condé estuvieron pronto en todas partes, y rodearon a los fulares rojos sin atreverse a acercarse demasiado, prefiriendo confiar en los mosquetes.

Los mosqueteros, ayudados por los españoles, que se reponían de la sorpresa, abrieron fuego y el barón César de Bois-Brûlé, con el cráneo partido de lado a lado, cayó del caballo, muerto en el acto. Luego Mathilde de Santheuil, con una bala en el hombro, fue derribada a su vez.

Los fulares rojos habían formado en cuadro, protegidos por los caballos, mientras que el barón de Florenty insistía en levantar una alambrada cerca del muelle.

Veinte mosqueteros con la banda Isabelle no tardaron en estar allí, recibidos por las espadas del conde de Nissac, el marqués de Dautricourt y los barones de Frontignac y Fervac. Delante de esas cuatro espadas, dos de las cuales eran excepcionales por ser las mejores del reino, quedaron siete mosqueteros sin vida. Pero para qué dejarse matar, puesto que ya cerca del Pont-Neuf los de Condé traían un cañón que apuntaban a toda prisa hacia los fulares rojos.

Acariciando su bonito bigote rubio, con los dientes de fuera asomando entre los labios, abiertos en una sonrisa de orgullo, el barón Maximilien de Fervac, erguido y soberbio, murmuró:

—¡Con un cañón! ¡Nos matan con un cañón, y sólo somos cuatro!

Una nueva salva de mosquetes restalló y Henri de Plessis-Mesnil, marqués de Dautricourt, se desplomó, alcanzado por una bala que entró por el ojo y salió por la nuca.

A una distancia respetuosa, el duque de Beaufort, que dirigía la operación, estaba exultante:

—¡Como moscas! ¡Caen como moscas! ¡Es el fin de los fulares rojos!

En ese momento, el barón de Florenty consiguió levantar la alambrada de hierro comida por el óxido y saltó un desnivel de tres metros. Fue imitado por Frontignac y Fervac, y el conde de Nissac, con Mathilde sin sentido en sus brazos, saltó el último, apesadumbrado por la idea de abandonar al enemigo los cuerpos del marqués de Dautricourt y del barón de Bois-Brûlé.

Sin embargo, ya se oían los pasos de los de Condé, que iban en su persecución.



En ese mismo instante, el marqués Jehan d'Almaric estimó que no eran necesarias más explicaciones, pues pedir las habría significado renunciar a la vida instantáneamente, y ése no era su deseo.

Su casa estaba fuertemente vigilada por diez partidarios de Condé, reforzados por algunos malhechores que controlaban todas las salidas y parecían conocer bien su oficio.

El marqués dio media vuelta discretamente, intentando dominar la viva angustia que le oprimía el corazón.

¿Qué ocurriría...? Todo su oro estaba en su casa, y apenas tenía una bolsita para vivir unos días.

No se preguntó mucho por el motivo. Su amo le abandonaba. ¿Por qué razón? Sin duda, los hechos de Auteuil. A eso se añadía la situación de la Fronda, victoriosa, sí, y por milagro, en el episodio de la puerta Saint-Antoine y los cañones de la Bastilla, pero ¿por cuánto tiempo? El joven rey, Luis XIV, no tenía carácter de doncella.

Educado en medio de complots, traiciones, fugas precipitadas y Frondas sucesivas, su carácter se había endurecido, y no le haría ningún regalo al Desollador, que figuraba entre los más poderosos partidarios de la Fronda del reino. Además, el rey disponía de un ejército potente que, en una situación normal y terreno descubierto, habría hecho trizas al de los príncipes.

Sin embargo, ¿qué le importaban, en el fondo, las futuras desgracias de su antiguo amo?

Debía pensar sólo en sí mismo, subsistir como pudiera, ocultándose, y esperar que cesara la vigilancia de su casa de la calle Petit Lion. Entonces, volvería con mucha prudencia y mayor seguridad para recuperar su oro, pues sólo él conocía su escondrijo.

Pero mientras esperaba, incapacitado como estaba para dar a conocer su calidad de caballero, ¿cómo sobreviviría? ¿Y cómo escapar a todos los que conocían su cara?

Presa de una gran pesadumbre, el marqués d'Almaric se internó entre el populacho.

¿No se convertirían en sus compañeros de cada día, durante quién sabía cuánto tiempo?

El marqués se estremeció, con un nudo en el estómago, pero no pensó ni por un instante en las quince desgraciadas a las que había visto temblar también en circunstancias mucho más terribles.



El barón Jérôme de Galand aguantó estoicamente el alud de reproches que le dirigían.

Se enfrentaban a él todos los grandes de la Fronda: Condé, Beaufort, que había llegado enseguida, Nemours herido, Gaston de Orleans, La Rochefoucauld con los ojos vendados, el duque de Rohan-Chabot y tres más.

Y entre ellos —aunque faltaba el cardenal de Retz—, probablemente el Desollador.

Galand escuchaba con profunda tristeza al inmundo Beaufort: sus tropas, decía, perseguían a los últimos fulares rojos por los subterráneos de París mientras que, en Place Dauphine, habían colgado por los pies los cadáveres de dos de aquellos «inalcanzables» —el duque subrayó la palabra— agentes del rey y del cardenal.

Tenía que aguantar. Que ningún músculo de su rostro demostrara que conocía a todos los fulares rojos. Y se preguntaba quiénes eran los que estaban así colgados de manera infame después de que los hubieran cubierto de orín y excrementos.

Había que pensar en los demás fulares rojos, a los que sabría ayudar. Debía recordar que era —oficiosamente— general de policía del reino, grado que ningún hombre había ocupado antes que él, y que en secreto instruía los procesos de todos esos príncipes y duques que lo miraban desde tan alto.

Había dos cosas que llenaban su vida: la maravillosa Éléonor y el deseo de balizar

para las generaciones futuras el camino que llevara a la Revolución y luego a la República.

¡Éléonor!

Había cogido su mano, rozado sus labios. Y luego, en la carroza, sentada a su lado, ella había apoyado la cabeza contra el hombro del general de policía, que se había estremecido de emoción y se había sentido como proyectado a un mundo feliz que no conocía.

Desde que no se separaban, porque el azar los había puesto en presencia uno del otro, se descubrían a cada momento e iban del encantamiento a la maravilla.

Oyó al duque de Beaufort asegurarle que no servía para mucho, puesto que sería él, Beaufort, quien haría salir a los fulares rojos de los subterráneos, uno a uno, y los aplastaría como ratas.

Luego se quitó el sombrero negro, saludó a los jefes de la Fronda y se retiró.

En cuanto llegó al patio del palacio, Ferrière, con el rostro descompuesto, se acercó, tratando de impedir que se acercara a la carroza donde lo esperaba Éléonor de Montjouvent.

El general de policía apartó violentamente a Ferrière y se acercó.

La baronesa, con los ojos cerrados, parecía dormir.

La empuñadura de un puñal español le salía del corazón.

Ferrière, con lágrimas en los ojos, murmuró:

—No hemos visto nada... nada...

Pero Jérôme de Galand no escuchaba.

Aunque no había antorcha, y veía en la noche como un animal, el barón de Florenty daba indicaciones:

—A la derecha, ocho pasos... Luego a la izquierda... Todo recto, cuarenta pasos y a la izquierda, por un estrecho pasaje...

Detrás, pero todavía bastante lejos, se veían de vez en cuando los resplandores de las antorchas de los de Condé, que seguían el rastro de los cuatro hombres, uno de ellos el conde de Nissac, llevando en brazos el cuerpo inanimado de la señora de Santheuil.

Volviéndose, el barón de Frontignac gritó:

—¡Ganan terreno!

Pero Florenty no se perturbaba:

—Aquí hay un largo pasaje estrecho. Más de cien pasos. Atención a no equivocarnos por el pasillo de la derecha, que forma un codo. Cuando os lo diga, palpad con la mano la pared de la derecha.

Sébastien de Frontignac ya no tenía confianza. Avanzaban en la oscuridad absoluta, en medio de un hedor terrible, tropezando a menudo, mientras, detrás de ellos, los soldados de Condé disponían de numerosas antorchas.

El barón de Florenty no sentía esa angustia. Conocía cada cloaca, cada subterráneo; los había recorrido con los jesuitas del duque de Salluste de Castelvalognes, luego solo, testarudo, con los ojos cerrados, como ex contrabandista de sal que sabe marcar el terreno a su modo, sea cual sea.

El barón de Fervac, nuevamente nombrado capitán de los Guardias Franceses, no se preocupaba. Así era su vida: combatir y hacer el amor a Manon. Sin duda, caería algún día, pero con la espada, sólo el invencible conde de Nissac podía mostrarse mejor que él. Y si debía morir ese día, en aquel sitio infecto, sabía que se llevaría consigo a varios soldados.

El conde de Nissac cerraba la marcha, con la señora de Santheuil desmayada entre sus brazos poderosos; de vez en cuando la besaba y le susurraba palabras tiernas que ella no podía oír. En ese momento, no habría aceptado que lo mataran allí. El, pase, pues siempre se había creído destinado a la fosa común, pero dejar el cuerpo de Mathilde en aquella cloaca apestosa... Además, sentía un hondo pesar al pensar en la muerte de su queridísimo amigo Bois-Brûlé y del joven y alocado Dautricourt, a quien quería como a un hermano menor. Pero no sólo era pena: ¿cómo había podido perder a dos de sus fulares rojos en menos de dos minutos habiendo pasado situaciones mucho más peligrosas que aquella?

¡Traición!

Una traición, o una imprudencia, sin duda alguna, pues los de Condé los esperaban ocultos en aquella emboscada, y ni siquiera habían informado a los españoles.

¿Traición...? ¿Pero de quién? Un fular rojo no, todos habían luchado como leones. ¿Jérôme de Galand? Imposible, había mostrado su lealtad en miles de ocasiones y no podía saber que decidiría atacar primero a los españoles a orillas del Sena, pues habían discutido cuatro posibles objetivos.

Quedaba la imprudencia. Uno de ellos, reconocido por algún espía de la Fronda, había sido seguido y, en lugar de atacarlos en la casa de Carnavalet, donde habría sido necesario sitiarlos, los de la Fronda, astutamente, los habían sorprendido en plena acción, lejos de su base y del material que había en ésta.

Un fuerte olor animal, mezclado con el de excrementos y paja meada, golpeó repentinamente las narices de los fulares rojos.

El barón de Florenty exclamó:

—¡Ya estamos!

Poco después, encendió una antorcha que debía de llevar tiempo esperando allí. Nissac, Frontignac y Fervac abrieron los ojos como platos, ante el sorprendente espectáculo, pero Florenty ya tendía una barra de hierro a Fervac:

—Fervac, ayúdame a quitar la parte superior del cenotafio, ¿quieres?

—¿Cómo has dicho?

Con gesto molesto, Florenty señaló un largo monumento de mármol que parecía una tumba lujosa. Sin embargo precisó:

—El cenotafio es un monumento levantado en memoria de un muerto, pero que no contiene ningún cuerpo. ¡Apresurémonos, los de Condé llegan!

Sin sorprenderse por otras cosas más extrañas todavía que se encontraban en ese lugar, movieron la tapa del cenotafio, en cuyo interior había mosquetes, pistolas, cuerdas, pequeños barriles de pólvora.

—¡Hay que saber anticipar los días difíciles! —masculló Florenty cuando Frontignac lo felicitó por su previsión.

Todos se sirvieron, pero el barón de Fervac, que se mantenía en sus trece, gruñó:

—¡De todas formas, en este sitio hay cosas muy sorprendentes!

—¡Veréis otras! —respondió el barón de Florenty, introduciéndose en una antigua galería de minas.

Un grupo de cincuenta partidarios de Condé seguía a los fulares rojos a poca distancia, a las órdenes a la vez de un coronel de la milicia y un capitán de mosqueteros que no se entendían, como tampoco sus tropas.

En medio del silencio, un siniestro ruido de cadenas los sorprendió de forma desagradable.

Los dos jefes iban a la cabeza cuando, de repente, una visión apocalíptica los dejó helados hasta la médula, y con ellos toda la vanguardia del bando de Condé.

Incapaces de decir una palabra, paralizados por el terror, contemplaban una escena que los espantó tanto que el jefe de los mosqueteros no pudo aguantarse y se hizo en las calzas lo que suele hacerse en el retrete o en un lugar aislado de las miradas.

Sobre un fondo rojo tirando a escarlata, delante del cual se encontraba el cenotafio donde se habían puesto dos palmatorias de cristal cuyas llamas, debido al fondo, parecían rojas, les miraba fijamente un macho cabrío cargado de cadenas; la luz de las antorchas se reflejaba en sus ojos negrísimo, que parecían penetrar hasta el alma.

—¡El diablo en París...! —gritó el capitán de los mosqueteros, huyendo.

Sus mosqueteros lo imitaron, y los del otro grupo hicieron lo mismo, de modo que el coronel de la milicia, un hombre de cincuenta años que había luchado con valentía en los enfrentamientos de la calle de Charonne, se quedó solo con la «criatura» llamada «el diablo en París».

El coronel preguntó con una voz que le costó dominar:

—¿Eres el diablo?

El macho cabrío agitó sus cadenas.

El coronel, perplejo, observó:

—Ruido de cadenas no significa ni sí ni no.

El coronel decidió salir de dudas y, sin excluir que podía ser fulminado al instante y reducido a cenizas, dio una severa palmada sobre los cuartos traseros del macho, que se apartó, evidentemente incómodo por aquel trato.

Como no se deshizo en polvo, comprendiendo que se trataba, a pesar de todo aquel decorado, de un macho cabrío de lo más ordinario, el coronel estalló en unas fenomenales carcajadas que resonaron muy lejos y mucho tiempo en los subterráneos.

Los mosqueteros y los milicianos volvieron uno por uno y, mientras cruzaba una mirada con el capitán de los mosqueteros, el coronel de los milicianos volvió a echarse a reír.

Luego, a caballo del macho cabrío, hipó y murmuró:

—¡Diantres, me aguanto sin silla sobre el «diablo de París»!

Los milicianos se rieron a su vez y los mosqueteros pusieron cara huraña siguiendo el ejemplo de su capitán.

Luego, el coronel reunió a sus milicianos y cogió la punta de la cadena del macho cabrío.

—¿Os marcháis? —preguntó, mortificado, el capitán de los mosqueteros.

—Los fulares rojos están demasiado lejos y les debo unas buenas carcajadas. ¡Quién sabe si nos habrán preparado alguna «bebida caliente» con el meado del macho cabrío! Tenéis treinta mosqueteros, ellos son cuatro: os dejo el honor de la captura.

Decepcionado, el capitán de los mosqueteros exclamó:

—¡Volver así, después de un fracaso...! ¡Volver con las manos vacías...!

El coronel de la milicia estiró la cadena del macho cabrío, luego miró al capitán y, justo antes de estallar en risas, exclamó señalando el macho cabrío:

—¡Ni hablar de eso! ¡Llevo un prisionero a vuestro duque de Beaufort!

Todos los milicios volvieron a echarse a reír bajo la mirada helada de los mosqueteros. Luego, entre lágrimas de risa, el coronel se alejó llevándose a los milicianos y al macho cabrío cautivo.

Murmuró con un gemido:

—«El diablo de París»... ¡Vive Dios!



Los mosqueteros humillados habían ganado terreno, pues no se habían cansado, como los fulares rojos, errando largo rato en las tinieblas antes de llegar al cenotafio.

A la entrada de una línea recta que llevaba la cloaca muy lejos, Nissac, Frontignac, Fervac y Florenty dispararon sus mosquetes, mataron a tres adversarios y templaron el ardor de los demás.

El conde de Nissac no dejó a sus compañeros el cuidado de llevar a la señora de Santheuil, que seguía desmayada, pero, cansado, aminoraba el paso.

El barón de Frontignac se impacientó:

—¡Pero, Florenty, estas cloacas son interminables!

—Casi siete leguas. Pero a menudo se comunican con las galerías de minas y canteras muy antiguas.

Aunque presionados por los mosqueteros, los fulares rojos se maravillaban a veces de las cámaras de agua subterráneas, descubrían cavas y sótanos de iglesias demolidas hacía mucho tiempo, encontraban monedas de oro, armas oxidadas y huesos humanos, altares disimulados bajo tierra en los primeros tiempos del cristianismo, entonces perseguido...

Se detuvieron un instante y se sentaron junto a un pequeño lago subterráneo. Nissac se quitó el guante y puso la mano sobre la frente ardiente de Mathilde:

—Tiene fiebre.

El barón de Frontignac, por supuesto, tenía una opinión al respecto:

—Para la fiebre, el «calor malo», sólo hay un remedio: poner sobre el corazón de la señora de Santheuil un corazón de una rana de río.

—Ya me diréis, Frontignac, dónde puedo encontrar un corazón de rana en semejante sitio —respondió Nissac con cansancio.

El barón de Fervac observó largamente, y no sin desconfianza, al barón de Frontignac, y luego se decidió:

—Y contra la sed, barón, ¿tenéis algún remedio sencillo?

Frontignac no vaciló:

—Hay que meterse en la boca una piedra triangular que se encuentra en la cabeza de las carpas.

Fervac murmuró:

—Desgraciadamente, no dispongo de una carpa para abrirle la cabeza, sacarle una piedra triangular y metérmela en la boca.

Frontignac estuvo de acuerdo:

—Entonces meted una hoja redonda de acedera.

Fervac miró a su alrededor:

—Es que no veo ninguna... Aquí sólo hay unas setas que parecen podridas. ¿Servirán?

A lo lejos, oyeron de nuevo a los mosqueteros, con las fundas de las espadas golpeando las paredes.

El conde de Nissac miró a sus compañeros.

—¡Hay que acabar de una vez con ellos!



La porción de cloaca era larga y los mosqueteros lucharon con gran viveza.

Distinguieron al fondo de la línea recta a un hombre que apagó la antorcha y, contentos de ver por fin al adversario, echaron a correr con mucha determinación, ignorando que el conde acababa de encender una mecha allá abajo.

Una parte del subterráneo se hundió delante de los mosqueteros que, tras un momento de vacilación, retrocedieron, pero al otro lado de la línea recta el barón de Frontignac encendía otra mecha.

Una parte de la bóveda estalló en una nube de polvo y los mosqueteros cayeron en la trampa, pues no existía ninguna galería lateral en la porción de cloaca donde estaban prisioneros debido a los derrumbamientos.

Sin embargo, recordando la muerte atroz de los vikingos, el conde de Nissac no había deseado enterrar vivos para siempre a sus adversarios. Diez podrían salir en unas horas, pero treinta en menos de una, pues las cargas de pólvora de cañón habían sido calculadas para ese efecto.

Los fulares rojos se encontraron en una cloaca derivada y reanudaron la marcha guiados por Florenty que, con la antorcha en la mano, se orientaba por señales grabadas o pintadas en las paredes de las galerías.

A veces, se trataba de una simple flecha. En otros sitios, era una rosa, un hipocampo o una salamandra, motivos trabajados con el cincel hábil de un tallador de piedra.

Por fin, llegaron a una cripta y luego delante de una escalera bien conservada, que subieron, el conde sin dejar a la señora de Santheuil, siempre desmayada en sus brazos.

Florenty, ayudado por Fervac, levantó una pesada losa y la desplazó para descubrir unas botas y luego, levantando la vista, a un hombre de pie, con los brazos cruzados.

—¡Por un momento he pensado que os habíais perdido!

El duque de Salluste de Castelvalognes, general de los jesuitas, esperaba a los fugitivos en su casa, la catedral de Notre-Dame.

Y añadió:

—¡Sed bienvenidos!

El duque de Beaufort se quedó sin aliento y, muy a su pesar, sintió por su enemigo una admiración tan viva, tan ferviente, que habría querido estrecharlo en sus brazos... ¡para matarlo poco después!

Para realizar semejante proeza, eran necesarias unas maneras propias de la fina flor de caballería de antaño, un valor colindante con la locura, un dominio absoluto de la espada y el caballo, espíritu de audacia para inventar algo así y un sentido del honor inquebrantable que hace que no se abandone el cadáver de un amigo en manos de los adversarios, aunque sean cien veces más numerosos.

El pueblo reunido en la plaza Dauphine, los soldados de la Fronda, un grupo de españoles y otro de milicianos, nadie se movió, nadie pensó en empezar la persecución y todos se preguntaron si lo habían soñado.

¡Y Beaufort el primero!

Sólo eran cuatro, llegaron a la plaza al galope, con los fulares rojos cubriendo sus rostros.

El que iba delante montaba el mismo gran caballo negro que no habían conseguido capturar en los muelles, ni tampoco en la mansión de Carnavalet, donde aguardaban los milicianos, pues el animal, de una inteligencia admirable, debía de conocer otro lugar de encuentro con su amo.

¡El jinete! ¡Un maestro con la espada! ¡Y qué jinete! ¡Cuánta elegancia! El sombrero marino con el ala bajada sobre los ojos, con sus magníficas plumas al viento, roja y blanca... La gran capa negra y luego esa llegada al galope a la plaza Dauphine, el jinete literalmente de pie sobre los estribos, y la espada cortó como un rayo la cuerda que retenía a uno de los colgados y justo detrás, casi pegado, un segundo jinete —Frontignac— que llegó justo a tiempo para recoger atravesado en su caballo el cuerpo identificado como el de un galeote liberado por Mazzarino, que lo hizo barón, y al que llamaban Bois-Brûlé.

Apenas se habían reanimado cuando un segundo jinete, con un extraordinario golpe de espada, en el que algunos reconocieron a Fervac, oficial de los Guardias Franceses, se levantaba también sobre sus estribos, cortaba la cuerda que retenía por los pies a Henri de Plessis-Mesnil, marqués de Dautricourt, mientras que el último jinete —Florenty—, justo detrás, recibía el cuerpo y huía sin haber aminorado su galope un solo instante.

La plaza Dauphine, sin los dos fulares rojos colgados por los pies, pareció de repente vacía para los corazones más duros.

Para los demás, recuperó su humanidad.



El conde de Nissac estaba agotado.

No había dormido en toda la noche, velando a Mathilde después de que el duque de Salluste de Castelvalognes, que había estudiado cirugía en Italia, hubo sacado con un arte admirable la bala alojada en el hombro de la joven.

Por la mañana, organizó con sus tres compañeros el delicado asunto de la plaza Dauphine, donde Dautricourt y Bois-Brûlé estaban ignominiosamente colgados por los pies de la rama de un árbol.

Y ahora no se encontraba junto a su tierna Mathilde, a quien el batelero espía de Mazzarino llevaba a Saint-Denis, donde estaba instalada la Corte.

El conde se hallaba muy erguido en el jardín de la pequeña iglesia donde estaban las tumbas de Nicolas Louvet, Melchior Le Clair de Lafitte y Joseph Fiegel, el padre de Mathilde.

Tres nuevas tumbas estaban a punto de ser terminadas por dos jóvenes jesuitas. Otros padres habían trabajado durante la noche para grabar los nombres sobre las cruces de piedra blanca y las seis cruces, todas parecidas en su sencillez, daban gran majestad y orden militar al lugar.

Sobre las cruces que salían de las tumbas recientes se podía leer «Barón César de Bois-Brûlé», «Henri de Plessis-Mesnil, marqués de Dautricourt» y «baronesa Éléonor de Montjouvent».

Un coronel de los dragones hizo que unos jóvenes oficiales depositaran seis grandes ramos de flores de lis, en nombre de Su Majestad el rey y Su Eminencia el primer ministro, y luego se retiró con sus hombres.

Los barones de Frontignac y Fervac, nacidos el mismo año, ataron a las tumbas seis largas bandas de seda roja, luego se alinearon al lado de su jefe.

Los cuatro fulares rojos y el barón Jérôme de Galand sacaron la espada y la mantuvieron un momento a una inclinación de cuarenta y cinco grados.

Así se acababa la ceremonia.

Fervac, Florenty y Frontignac se acercaron a los caballos, dejando solos a Nissac y Galand.

El policía, con una mirada infinitamente triste, puso una mano sobre el antebrazo del conde:

—¡Gracias! Gracias por acogerla aquí, entre todos vuestros valientes.

Sobreponiéndose a su emoción, el conde de Nissac trató de darse un tono de autoridad que no fue convincente:

—Como nuestros amigos, la señora de Montjouvent ha sido enterrada con un fular rojo en torno al cuello, pues se ganó ese derecho cargando a caballo el día de Auteuil. —Vaciló, y añadió, más bajo—: Y porque vos la amabais, amigo.

El general de policía levantó hacia el conde unos ojos enrojecidos, pues sin duda reprimía las lágrimas:

—¡Amarla...! Veinte años de completa soledad, encontrar por casualidad en este caso a una mujer que me comprendió y entró en mis secretos con una mirada, creer que mi vida iba a cambiar y verme así arrancar todo... Si Dios existe, es un bruto.

Con voz dulce, el conde respondió:

—No es Dios. Las ideas de libertad que tenemos nosotros vienen de los hombres. De hombres como vos, Jérôme.

—No. Mi tiempo se acaba. Acabaré con esos perros rabiosos de la Fronda, pero la vida ha perdido todo su interés.

—¡Vos no podéis hablar así! ¡Vos no!

—Sí puedo. Es sólo mi vida, al fin y al cabo, y ¿qué valor tiene, puesto que la única que se preocupaba por ella más allá de la pura amistad ya no está? No os debo decir esto precisamente a vos, querido conde, pues os he observado con la señora de Santheuil.

El conde bajó la cabeza, pero Jérôme de Galand no se conformó con aquel asentimiento mudo:

—¿Podrías vivir más que ella?

La respuesta tardó, pero el conde dijo por fin, mirando a los ojos del general de policía:

—¡No! No, no podría. Las penas de amor no toman en cuenta la edad, Jérôme. He visto llorar a un soldado de dieciséis años y a un general de setenta, que querían morir de pena porque sus amadas los habían dejado, la una era pastora y la otra condesa...

Jérôme de Galand cerró los ojos.

—¡Hablad, amigo, hablad! Decid palabras verdaderas, las únicas que quiero escuchar.

—Mi corazón está lleno de amargura por la injusticia que se os hace. Tengo cuarenta y un años, vos tenéis cincuenta y tres. A nuestra edad, se conoce el peso de los amores fracasados, de los años pasados, de la juventud que no vuelve. Se conoce el valor inigualable de un abrazo, de una caricia, de un beso... Conocemos muchas cosas, pero nos miran menos. Salvo...

Galand lo interrumpió con vehemencia:

—Y, sin embargo, ellas se fijaron en nosotros. ¡En los dos! La señora de Santheuil en vos... Éléonor en mí...

El conde miró las seis tumbas, las cruces blancas con las bandas de seda roja y advirtió con sorpresa que aquéllos eran los colores de las plumas de su sombrero. Pero no se dejó sorprender por aquel extraño descubrimiento, pues quería ir al fondo de su explicación:

—¿Y por qué las baronesas de Montjouvent y de Santheuil repararon en nosotros? Jérôme de Galand reflexionó largamente sobre ello, luego respondió:

—¡No lo sé...! Realmente no lo sé... Evidentemente, vos tenéis linaje, poder, gloria. ¿Pero yo...?

—¡Olvidad el poder y la gloria! Esas mujeres excepcionales se fijaron en nosotros porque éramos portadores de la Idea.

—¡La Idea! —repitió Galand, indeciso.

El conde adoptó un tono más apasionado:

—La Idea, lo único que os hará vivir más que Éléonor de Montjouvent. La Idea por la cual tal vez os amó, sin duda os admiró. La Idea que todo lo cambiará, la libertad de pensar, de escribir, de reunirse, la fraternidad, la libertad.

Galand esbozó una pálida sonrisa.

—¡Oh, amigo mío! No intentéis que recupere el gusto por la vida.

—No lo intento, os lo ordeno, pues en este momento estáis bajo mi autoridad.

El barón dirigió una mirada de incompreensión al conde, que explicó:

—No hablo de igual a igual, de general de artillería a general de policía. Hablo de otra cosa, la sociedad secreta en la que no entra quien quiere...

El conde hizo una señal a Frontignac, que le llevó un bonito cofre.

Nissac lo abrió, sacó un fular rojo y se lo puso en torno al cuello a Jérôme de Galand:

—Sois de los nuestros, barón. Vuestra vida ya no os pertenece.

El general de policía, azorado, no encontró palabras y asintió con la cabeza.

El rey, el primer ministro y Ana de Austria fueron a visitar a la señora de Santheuil, echada en su cama, que intentó incorporarse a pesar de la herida.

Se lo impidieron.

Aunque había leído los informes de Nissac, Galand y algunos espías de la corona, el rey pidió que le contaran la muerte del barón de Bois-Brûlé.

El jovencísimo monarca escuchaba, pero una parte de su mente viajaba hacia una noche que hoy le parecía muy lejana. Una noche de niñez primero angustiosa pero de pronto segura con aquel gigante negro que lo llevaba en sus fuertes brazos por los jardines entenebrecidos del Palacio Real. Un gigante antes galeote y después barón, que lo impresionó como pocas veces se impresionaba, y su muerte le dolía.

¡Colgado por los pies en la plaza Dauphine! Al lado de Henri de Plessis-Mesnil, el nieto del almirante.

¡Qué infamia!

¡Pero qué respuesta la de los fulares rojos supervivientes! Era una locura temeraria lanzarse así, cuatro contra cien, y en pie sobre los estribos cortar la cuerda de una estocada, dejar que el siguiente jinete recogiera el cuerpo. ¡Y otra vez! ¡Qué nobleza! Para no abandonar a sus amigos, aunque estuvieran muertos, era necesaria una grandeza de alma fuera de lo común. Arriesgar la vida por un cadáver era hacer retroceder los límites del honor.

El rey sonrió a la baronesa.

—Es un gran placer para nosotros ver a una baronesa tan bella y valiente de los Fulares rojos en buena relación con nuestro conde de Nissac, que tiene el alma del caballero Bayard y la audacia del condestable Du Guesclin.

El rey se retiró, y también Ana de Austria, pero el cardenal se demoró:

—Volverá pronto. El viento cambia. Pronto el príncipe de Condé será el único en la villa de París, de la que no se atreve a salir.

—Pero, señor cardenal, los fulares rojos no son más que cuatro ya, y en su pequeño cementerio hay seis tumbas.

El cardenal Mazzarino se sentó al borde de la cama, apartó afectuosamente un mechón del cabello que el sudor de la fiebre pegaba a la frente de la joven y le tomó la mano.

—Mathilde, las cosas no son tan sencillas como parecen a veces. Así, la expedición a los muelles, en la que me dijeron que hubo una emboscada debida a la villanía de algún traidor. Sí, que las balas de cañón de los españoles estén en el fondo del Sena es algo bueno de lo que nos regocijamos, pero mientras a la Fronda le faltan balas de cañón, esa bella acción sirve menos al rey que el hecho de sustraer con tanta audacia los cuerpos de vuestros amigos ante los ojos del duque de Beaufort. — Mathilde de Santheuil miró al primer ministro sin comprender muy bien. Éste continuó—: En París no se habla de otra cosa. Las damas de la Fronda encuentran

motivo de amor, los burgueses se sienten seguros de que el rey dirá la última palabra y el pueblo admira a unos héroes que lo hacen soñar. Los Fulares rojos recuerdan constantemente a los parisinos que tienen un rey y que éste tiene fieles, y que los fieles son los más nobles y temerarios caballeros del mundo. Que los Fulares rojos estén en París implica un clima que no es favorable a los príncipes felones, doble o triples escoltas de convoyes importantes, peligro permanente para la Fronda de ser golpeada en pleno corazón, usura, angustia y fatiga. ¿Comprendéis?

—Eso creo —respondió la baronesa.

Mazzarino se levantó, sonriente.

—Voy a dar órdenes precisas al conde de Nissac. Lo que ahora nos importa es que los Fulares rojos recuerden que están, no que expongan sus vidas.

Reflexionó y suspiró:

—La muerte de la Fronda en París será, sin duda, parecida a una podredumbre lenta. Llegará un momento en que por sí misma, sin que sean necesarios nuestros agentes, suscitará la repulsión de los parisinos, pues el príncipe es autoritario y brutal, los duques se querellan entre sí, los burgueses se inquietan. En ese momento, haré que mis fulares rojos vuelvan a casa. Y será para siempre.



Jehan d'Almaric apretó los dientes y luego, con su cuchilla, el barbero cortó profundamente el rostro, del pómulos al mentón.

Brotó la sangre, el barbero apretó un trapo sobre la larga cicatriz.

Sin peluca, con el pelo muy corto, un parche sobre el ojo y la ropa de los ganapanes, y ahora además la larga cicatriz; al ver a un hombre tan poco agraciado y maltratado, habría sido imposible reconocer al elegantísimo marqués d'Almaric.

Sin embargo, era eso lo que él deseaba, pues temía continuamente que los hombres del Desollador lo arrestaran.

Éste no había olvidado que él organizaba sus crímenes. Lo probaba el hecho de que los de Condé vigilaban siempre su casa de la calle del Petit-Lion.

El marqués se mudaba de vivienda cada día, pero aquello lo arruinaba y su bolsa no tardaría en vaciarse.

No obstante, d'Almaric no quería renunciar. Demasiado oro le aguardaba en el escondrijo secreto de su mansión. Sin hablar de la sortija regalada por el Desollador, con un diamante espléndido.

Necesitaba su tesoro. Con él, en un país lejano, recuperaría su rango y sus privilegios.

Ya había encontrado una casa horrorosa, en el fondo de un patio de la calle de Poirées, donde vivir no sería caro.

Había mirado también largamente en el puerto de Foins el trabajo de los mozos de cuerda y se sentía capaz de realizar una tarea que, aunque le pareció vil, le

permitiría sobrevivir mientras esperaba para recuperar su fortuna.

Sufriría lo que fuera, incluso el hambre, pero no renunciaría.



Los cuatro fulares rojos aguardaban, alerta, observando a los cuatro arqueros que habían plantado sus horquillas en el suelo y tenían sus mosquetes preparados.

También ellos esperaban sin saber el qué.

La escena transcurría al alba, bajo el Pont-Neuf, y no parecía real.

Una carroza llegó a buen paso y el barón Jérôme de Galand salió rápidamente para dirigirse directamente al conde de Nissac, diciendo a media voz:

—He pensado que era mi deber de amigo haceros asistir a esto.

Dos arqueros bajaron de la carroza y tiraron de un cuerpo. Nissac se sorprendió mucho al reconocer a Ferrière, el lugarteniente de Galand, pero no hizo ningún comentario.

Ferrière estaba inconsciente, con una espuma rosa en los labios.

—¡Parece que está muy mal! —comentó el barón de Fervac.

—Nada más natural en un moribundo —respondió Galand, mientras apoyaban a Ferrière contra el pilar del Pont-Neuf, pues se encontraban en el muelle.

El cuerpo resbaló y cayó al suelo.

—¡Estaba seguro! ¡La silla! —ordenó Galand.

Dos arqueros volvieron a la carroza y sacaron una silla con respaldo alto en la que pusieron a Ferrière, cerca del agua.

Los fulares rojos callaban, adivinaban que se trataba de un asunto interno de la policía, pero se preguntaban de todos modos en qué les concernía.

Los seis arqueros mantenían un rostro inexpresivo, sin duda intencionadamente. Eran hombres de confianza del cardenal, entrados expresamente en la policía para respaldar a Jérôme de Galand.

A una señal de éste, los cuatro arqueros que habían esperado la carroza encendieron las mechas de sus mosquetes.

El cuerpo de Ferrière se agitó por un instante bajo el impacto de las balas y la silla cayó de lado.

Jérôme de Galand se acercó y, con una violenta patada, hizo caer al Sena el cuerpo de Ferrière, aún atado a la silla.

La escena no carecía de dureza.

Satisfecho, Galand asintió con la cabeza. Con gran disciplina, los arqueros se retiraron y dejaron la carroza y a uno de los suyos.

Nissac, que había comprendido, miró a Galand con una expresión de extremo cansancio:

—¿Por qué os ha traicionado?

—Por oro. He encontrado dos cajones en su casa. Por desgracia, aunque ha

confesado su traición, no ha querido revelar el nombre de su amo, el Desollador, por miedo, me ha dicho, a las represalias sobre su mujer y su hijo. Luego, ha burlado por un momento mi vigilancia y se ha tragado este veneno.

—¿Y por qué no dejarlo morir en su casa?

Jérôme de Galand dio un bote:

—¿Dejarle escoger su muerte...? ¡Jamás habría consentido nada semejante! Nos toca a nosotros, a la policía, arreglar nuestros asuntos, puesto que no hay justicia en esta villa. A nosotros... pero en vuestra presencia. ¡La muerte del marqués de Dautricourt es él! ¡La muerte del barón de Bois-Brûlé es otra vez él! Y es él quien armó la mano del asesino de la señora de Montjouvent.

—¿Cómo lo habéis sabido? —preguntó Nissac, con una voz cansada.

—La prueba fue el oro. Y su descubrimiento precedió a las confesiones. Pero la sospecha viene de lejos. ¿Quién me impidió ir inmediatamente a Auteuil? Una orden de Condé a consecuencia de una información hábilmente transmitida y que me inmovilizó dos horas; Ferrière no podía ignorar que sería así. ¿Quién, adivinando sus peligrosos testimonios, podía hacer estrangular en sus celdas a los cuatro mosqueteros capturados en Auteuil? Vos, los Fulares rojos, Ferrière y yo: pero vos y yo no teníamos ningún interés. ¿Quién conocía una de las cuatro misiones posibles, entre las que estaba la de las balas españolas, que fue fatal para dos de vuestros hombres? Ferrière y yo. ¿Quién sabía que yo custodiaba a la señora de Montjouvent a mi lado, que nadie más que yo lo sabía y que podía aniquilarme si la mataba?: ¡ese perro apestoso de Ferrière a quien yo había preparado para sucederme! —El tono de Jérôme de Galand subía, la cólera se mezclaba con el dolor—: ¡Ha frustrado todas las esperanzas que yo había puesto en él, traicionado mi confianza y quebrado mi vida!

—¡Pero acaba de pagarlo con la suya! —replicó suavemente el conde de Nissac.

El general de policía daba la impresión de no escuchar:

—¡Por oro! ¿Será ésta la única cosa que haga avanzar a los hombres?

—Sabéis bien que no siempre será así —aseguró el conde.

Tomó a Galand por los hombros obligándolo a volverse. Un alba azul y rosa se levantaba sobre París.

Galand sonrió.

—Ah, sí, claro, la dulzura del alba...

Luego, como sacudiéndose:

—¡No obstante, este alba se levanta sobre un día terrible!

—Ya lo sé.

—¿Qué vais a hacer?

El conde sonrió.

—Como todo el mundo, procurarme paja.

El policía, que había seguido el pensamiento de Nissac, sonrió a su vez.

El 4 de julio de 1652 entró en la historia con el nombre de Día de la Paja, pero las mentes más despiertas y astutas advirtieron un golpe de Estado en el golpe de Estado.

Con motivo de una reunión de los grandes estamentos en el Hôtel de Ville, el príncipe propuso nada menos que aniquilar el parlamento, derribar el municipio, aterrorizar al clero, la universidad e imponer de paso delegados de barrios y de oficios. Además, tenía por particularmente importante que echaran a Le Febvre, preboste de los comerciantes, y al mariscal del Hospital, gobernador de París.

Por lo demás, para conducir París con mano de hierro, el príncipe de Condé quería atribuir todos los puestos de primera importancia a sus amigos de la Fronda, que no irían contra sus deseos: el duque de Beaufort, Gaston de Orleans, teniente general del reino y él, general en jefe de los ejércitos.

Una aceptación de sus «deseos» habría satisfecho al príncipe, pero se esperaba más probablemente una reacción de humor de la asamblea y él trató de evitarla apoyándose en la muchedumbre contra el parlamento, usando así al «pueblo» contra su representación legal.

El pueblo también fue llamado a rodear muy temprano el Hôtel de Ville, enarbolando una escarapela hecha con unas briznas de paja. Vistieron con ella a las mujeres y los niños, y los hombres la llevaban en el sombrero. Habría sido muy arriesgado negar semejante cotillón a los soldados de Condé, que lo proponían con una cierta insistencia. Había que festonearse de paja o aceptar una severa bastonada.

El príncipe de Condé había mandado desvalijar a los ropavejeros y cientos de soldados, vestidos de paisano y con paja en los sombreros, hacían mucho ruido por las calles para conducir al pueblo al Hôtel de Ville. Las casas situadas enfrente del edificio estaban tomadas por los soldados de Condé, cuyas armas apuntaban hacia las ventanas.

Los notables debieron abrirse camino a través de una multitud densa y hostil, que prometía muerte a los «Mazzarinos» y susurraba al oído de los jefes de barrio y los diputados las dulzuras que esperaban a los traidores.

Como el calor era abrumador, el príncipe no había olvidado mandar repartir vino, y eso hizo subir la tensión.

La asamblea, que no quería ni ceder ni morir, debió comprometerse entre las concesiones y el límite infranqueable. Hábilmente, aceptó pedir al rey que echara a Mazzarino... ¡y volviera a París!

Furiosos, Condé, Beaufort y Señor, hermano de Luis XIII, dejaron el Hôtel de Ville y, antes de subir a su carroza, el príncipe de Condé señaló el edificio a la multitud gritando:

—¡Son unos Mazzarinos, haced con ellos lo que queráis!

Pronto, desde las casas vecinas, cerca de ochocientos partidarios de Condé abrieron fuego con sus mosquetes en dirección a las ventanas abiertas. En el interior,

los partidarios del príncipe bloquearon las ventanas y la milicia de Saint-Nicolas-des-Champs, aunque tenía el deber sagrado de proteger el Hôtel de Ville, se unió al motín y unió sus tiros a los de Condé. Luego, la muchedumbre sobreexcitada se puso a rociar los muros con aceite y pez fundida, y dejó haces de leña delante de las puertas cerradas del edificio.

Los participantes en la asamblea, enloquecidos, se cambiaron de ropa y se escondieron en lo más profundo de los sótanos. El gobernador de París, mariscal del Hospital, saltó por una ventana. El príncipe de Guéménée, capturado en la asamblea, fue molido a palos. Los diputados, varias decenas de los cuales iban a ser asesinados, se echaban al suelo para escapar de las balas.

Al final, desenmascarándose, los soldados del príncipe de Condé, escogidos entre los más intrépidos y experimentados, se reunieron y se lanzaron al asalto del Hôtel de Ville.



El conde de Nissac y el barón de Galand se habían opuesto vivamente en relación con aquello, pero el policía no había cedido.

Por un lado estaba su postura, tolerada por la Fronda, que ignoraba su lealtad a la corona, y por el otro estaba la ley.

Sabía que defendiendo militarmente el Hôtel de Ville con sus admirables arqueros estropearía el artificio de su posición, pero sabía que sus tropas de élite, aun masacradas, infligirían daños considerables a los de Condé y a los amotinados. No ocultaba su idea de que cuanto más sangriento fuera el asunto, más recaería esa sangre sobre la cabeza del príncipe de Condé y sus fieles una vez pasada la locura de ese 4 de julio.

El general conde de Nissac aceptó dirigir las operaciones, es decir, la defensa desesperada del último islote del realismo en la villa de París.

Frente a los cientos de soldados de Condé, que el príncipe podía renovar varias veces hasta llegar a miles, y a la multitud histérica que ennegrecía la plaza, sólo disponía de arqueros indefectiblemente fieles al rey, guardias del Hôtel de Ville, milicianos lealistas, unos diez dragones capturados delante de París y liberados de las cárceles de la Fronda por Galand, a los que se añadían sus tres fulares rojos que, como él, se habían atado al cuello esa señal distintiva; el conde llevaba además, en el brazo derecho, la liga de seda roja y puntilla blanca de la señora de Santheuil.

Ochenta contra varios miles.

Tras estudiar el lugar con un cuidado especial, Nissac mandó construir una barricada al pie de la gran escalera interior, y luego se atrincheró con los suyos y un fuerte armamento.

Cada vez más irritados por aquella resistencia pertinaz, los de Condé lanzaron asalto tras asalto, con valentía, pero se toparon con hombres de mucha sangre fría que

no cedieron y rechazaron —a veces *in extremis*— todos los ataques. Nissac había preparado los tiros de sus mosquetes por escalones, de modo que, mientras veinte hombres disparaban, veinte hombres recargaban, otros veinte encendían las mechas y otros veinte se situaban en posición. El fuego así dispuesto en relevos por los defensores daba una impresión de infalibilidad.

Por la noche, sólo delante de la barricada de la escalinata tuvieron que recoger más de doscientos cincuenta cadáveres de los mejores soldados del príncipe, que nunca perdonó a Nissac su defensa encarnizada y heroica de las escaleras del Hôtel de Ville.

Sin embargo, los defensores debieron abandonar el puesto, pues no solamente les disparaban desde todos lados, y corrían el riesgo de que lo hicieran por la espalda, sino que los asfixiaban con el humo de los incendios iniciados en diferentes puntos del Hôtel de Ville.

Nissac dio la orden de dispersión, aconsejando a todos que se vistieran de paisano y trataran de salir de París para llegar al ejército real.

Los diez dragones no lo consiguieron nunca: los encontraron muertos, sofocados, con la espada en la mano, en un pasillo sin salida.

Los milicianos leales fueron quemados vivos en circunstancias poco conocidas, pero parece probable que, capturados, los arrojaron a la hoguera con las manos atadas a la espalda.

Los arqueros supervivientes, Galand, Nissac y los fulares rojos siguieron al barón de Florenty hacia la entrada de un oscuro subterráneo, pero el conde tuvo que volver a buscar a Fervac, quien, embravecido, seguía luchando con una pistola en cada mano y la espada entre los dientes.

El subterráneo les pareció interminable a los supervivientes, algunos de los cuales todavía llevaban ropa chamuscada y que echaba humo.

Iba el último el conde de Nissac, llevando sobre sus hombros el cuerpo sin vida del barón Sébastien de Frontignac, muerto mientras defendía la barricada de la escalinata.



Exasperados por el valor de los arqueros, los amotinados y los soldados de Condé se precipitaron al interior del Hôtel de Ville, lo saquearon, destruyeron archivos antiguos, robaron los objetos de algún valor, mataron a los magistrados, diputados y consejeros, quemaron vivos a los arqueros que habían probado suerte por su parte.

Robaban a los cadáveres sin el menor miramiento mientras que, en las calles vecinas, arrestaban a aquellos notables que no habían pensado en ponerse paja en el sombrero.

Así, el consejero Le Gras fue linchado de forma terrible. Se mataba a bocajarro con armas de fuego, a menudo con cuchillo, a veces incluso con alabarda o hacha,

mientras que en lugares más discretos, a veces a una toesa de las vigas humeantes y los cadáveres carbonizados, las parejas hacían el amor.

Feliz y orgulloso, Beaufort aguardó al final de los ataques para volver al Hôtel de Ville.

Entró a caballo y, tras descubrir dónde se encontraba el vino, rompió los toneles a hachazos para regalarlo a los amotinados.



Amanecía.

En un escondite clandestino de la calle de los Marmousets, el conde de Nissac acababa de escribir un billete al cardenal. Apenas hablaba de sus maravillosos logros, otros se encargaban de ello.

Su billete, muy corto, iba al grano, cualidad que apreciaba mucho Mazzarino.

Señor cardenal:

Después de la toma del Hôtel de Ville realizada solamente cuando los defensores se retiraron, el señor príncipe de Condé es el amo absoluto de la villa de París, por la fuerza y la violencia, pero sin legitimidad.

Parece que ya, por incomprensión con el cardenal de Retz, Señor a su vez se aleja del príncipe.

En la calle, al alba, los parisinos hablaban de todos esos horrores y crímenes con profunda repulsión.

El príncipe sólo puede asegurar su dominio por la fuerza militar en el interior de la villa, mientras no puede esperar salir para enfrentarse al mariscal de Turenne, cosa que ni tan siquiera concibe.

Es de sana lógica, pues, pensar que esta dictadura parecerá cada vez más pesada y odiosa a los parisinos y que el príncipe, aunque todavía lo ignora, lo ha perdido todo.

En los próximos días, trataremos de asegurar el paso hacia las líneas reales de los diputados y magistrados fieles a la corona.

Por otro lado, tengo el gran pesar de anunciaros la muerte en el combate, en la última barricada y los últimos minutos, del barón Sébastien de Frontignac, capitán de la artillería real y amigo mío.

Vuestro servidor,
L. DE N.

La séptima cruz de piedra blanca, en la punta de la cual ondeaba una larga banda de seda roja, se añadió a las anteriores. Llevaba el nombre del barón de Frontignac, pero, para sus amigos, significaba algo más y, a su pesar, el conde de Nissac esbozó una fugitiva sonrisa de ternura pensando en todos los remedios insensatos que su amigo le había hecho tragar.

Nissac, Florenty y Fervac sacaron la espada.

Llovía, el cielo estaba bajo y encapotado, una gran tristeza rodeaba a los seres y las cosas. El rey y el cardenal, advertidos demasiado tarde, no habían podido mandar ramos de flores de lis, como era costumbre cuando caía un fular rojo.



Como había previsto Mazzarino, la Fronda entró rápidamente en proceso de deterioro.

Condé había instalado a sus hombres en un gobierno de la Fronda llamado «Consejo de los señores», donde se encontraban Beaufort, Nemours, La Rochefoucauld, Rohan-Chabot, Chavigny, Sully, Brissac y otros más.

A los burgueses los sometieron a un impuesto de ochocientas mil libras.

Todo fue inútil. Para el pueblo de París, desengañado, Condé era el único responsable de la gran masacre del Hôtel de Ville, y fue odiado como nunca.

Al día siguiente de los combates asesinos, los comerciantes se atrevieron incluso a dejar las tiendas cerradas.

Insignificante, el cardenal de Retz, encerrado en su obispado, jugaba a dos bandas, ignorando que perdía por todas partes.

A finales de julio, el duque de Beaufort mató en un duelo al duque de Nemours, su cuñado, lo que dejó al príncipe sin uno de sus mejores generales.

Las nuevas tasas e impuestos no ingresaban, los parisinos ponían poca voluntad en ello. Gaston de Orleans se vio obligado incluso a pedir prestadas cuarenta mil libras, que devolvió enseguida a los fabricantes de municiones, pues el ejército de los príncipes no tenía.

La situación económica de la Fronda era tan desesperada como sus perspectivas políticas y militares.

Los soldados de Condé, hambrientos en su campamento del arrabal Saint-Marceau, se lanzaron sobre los frutos y calabazas de los huertos. Se dio la alarma y la multitud mató a treinta soldados de Condé.

En París y sus arrabales, se contaban cien mil mendigos. Se moría de hambre. Ni mercados, ni siembras ni cosechas en los alrededores de la capital. La caridad ya no existía, la delincuencia prosperaba.

Desafiando las órdenes de Condé, el duque de La Trémoille, sin forraje para su

caballería, soltó a sus caballos en los últimos campos de trigo.

El príncipe ordenó que ejecutaran a los soldados saqueadores, pero sus oficiales prefirieron saquear con ellos.

Cuando Condé le hizo un comentario enérgico al conde de Rieux, éste respondió tan groseramente al príncipe que éste le dio un bofetón. A lo cual el conde de Rieux replicó con un puñetazo en la cara del Gran Condé, que mandó inmediatamente llevar a su agresor a la Bastilla.

La plaza de Monrond, perteneciente a Condé, a la que estaba muy vinculado, se rindió al cabo de un año de asedio. El rey mandó que la arrasaran enseguida.

Con Nemours muerto, La Rochefoucauld ciego, el odio de los parisinos tan palpable, el príncipe se quedó pronto solo; él, que había sido adorado por la Corte y las multitudes.

Luis XIV había echado de forma muy artificial a Mazzarino, que se marchó al exilio, seguro de que volvería pronto, pero al hacerlo el rey satisfacía una de las reivindicaciones principales de los parisinos y quitaba argumentos a la Fronda.

Hambrientos, enfermos, sabiéndose odiados, los soldados de la Fronda empezaron a desertar, individualmente o por unidades.

A finales de septiembre, el ejército de Condé estaba formado por más de mil quinientos hombres. Grupos de soldados españoles, reconocibles por su banda roja, perdidos tan lejos de su país en una villa cuya lengua no conocían, erraban por los arrabales, intentando conservar un resto de dignidad.

También a finales de septiembre, tuvo lugar una gran manifestación de los parisinos en el Palacio Real, para reclamar el regreso del rey. Condé no se atrevió a reprimirla. En la provincia, villas de la Fronda, como Toulon —que se rindió al duque de Mercoeur—, capitulaban y se rendían al rey que, muy hábilmente, multiplicaba las amnistías hacia los de la Fronda que no fueran grandes señores, acentuando así las divisiones.

Luis XIV preparaba su regreso. Quería que se hiciera en las mejores condiciones; las más duras, según algunos.



Disidentes, los Fulares rojos se negaron a diferir la orden del cardenal que les «suplicaba» que volvieran a sus casas, pero éste se alegraba de sus éxitos y de que infringieran sus órdenes.

Los tres fulares rojos, ayudados a veces por los pocos arqueros que le quedaban a Galand, multiplicaban sus acciones.

Galand, disidente también por esa guerra particular, encontraba incesantemente nuevos escondrijos, disponía de nuevas y variadas redes de espías en el corazón de la Fronda que, aunque lo buscaba, no albergaba ninguna esperanza de arrestar al inaferrable policía.

Los Fulares rojos organizaban la protección de las personalidades fieles al rey y el paso clandestino de algunos diputados y magistrados, primero hacia Pontoise y luego hacia Comapiègne, cuando la Corte se instaló en esa villa.

Con la banda Isabelle de los de Condé, Nissac y Fervac provocaban en duelo por pretextos fútiles a los oficiales más competentes del príncipe. Ninguno sobrevivió.

En varias ocasiones, los fulares rojos se apostaron sobre los tejados, abriendo fuego con los mosquetes sobre los oficiales de alto rango o los señores facciosos de cierta importancia.

Los nobles se desplazaban entonces en carroza con frecuencia, y los convoyes militares debían asignar a varios de los suyos la vigilancia de los tejados mientras sus compañeros aguantaban las riendas de sus caballos.

Todo eso se añadía al clima de inseguridad que rodeaba a los de la Fronda, mientras que en la villa, cada vez más abiertamente favorable al regreso de Luis XIV, se multiplicaban las redes realistas.

Los últimos financieros de la Fronda fueron asaltados por los fulares rojos, ayudados por algunos arqueros. Los palacios eran incendiados, los barqueros marcados en las dos mejillas: pronto no hubo banqueros.

El mayor espía de la Fronda fue capturado por los Fulares rojos. Interrogado por Jérôme de Galand, animado por un odio glacial, dio los nombres de treinta agentes: todos desaparecieron en veinticuatro horas.

Se veía la mano de los Fulares rojos por todas partes, y no había desgracia para la Fronda por la que no se sospechara de Nissac.

Cuando se encontraban en algún granero o sótano, Nissac preguntaba a menudo a Galand por el Desollador, que no se manifestaba. En esas ocasiones, el policía dejaba escapar una sonrisa y respondía invariablemente a su amigo:

—No tardará...

El conde de Nissac se irritaba, persuadido de que no le decía todo lo que sabía, pero Jérôme de Galand aguantaba, asegurando que estaba a punto de llegar, que el arresto del monstruo era cuestión de días, tal vez de horas.

A principios de octubre, la descomposición de la Fronda parecía total. Por todas partes desertaban, desde los soldados de Condé que seguían al príncipe desde Rocroi, hacía nueve años, hasta los grandes señores, de pronto obsesionados con dejar París y marcharse a sus tierras para que los olvidaran.

El 5 de octubre, el mariscal de Turenne retiró sus tropas de los alrededores de París y, con esta maniobra, facilitó la marcha de los desertores a la vez que demostraba un soberano desprecio por los restos del ejército de Condé, como si no representara ningún peligro ya.

El 13 de octubre, el príncipe de Condé dejaba definitivamente París con mil quinientos oficiales y soldados enfermos y subalimentados de su ejército.

Al día siguiente, el duque de Beaufort abandonaba sus funciones de gobernador de París. El ayuntamiento, que fue echado abajo durante la masacre del Hôtel de

Ville, fue restablecido.

Por la tarde de ese mismo día, Jérôme de Galand decidió salir de la clandestinidad e hizo llevar un breve billete al conde de Nissac.

Decía:

Querido amigo:

Ahora que la Fronda está de rodillas, ha llegado la hora de acabar con el Desollador. Estad a las cuatro de la madrugada en la calle Trace Nounain con vuestros fulares rojos bien equipados.

Dos de mis arqueros os esperarán para llevaros al profundo sótano donde me encontraré en una compañía muy interesante.

Vuestro servidor y amigo,
Jérôme de Galand

En el sótano bien iluminado por varias antorchas, a Loup de Nissac le costó mucho reconocer a la criatura encadenada, desnuda, hirsuta, que parecía una bestia salvaje.

Repugnante por la suciedad y desprendiendo un fuerte hedor, el marqués Jehan d'Almaric, con el rostro desfigurado por una larga cicatriz, recibió al recién llegado con una pálida sonrisa:

—¡Me conocisteis más elegante, conde de Nissac!

Galand lo hizo callar de una patada en el pecho y el marqués tosió ligeramente.

—¿Cuánto tiempo hace que lo retenéis aquí? —preguntó Nissac al policía.

—Hace ya un tiempo... En verano, por el calor, los mozos de cuerda trabajan a pecho desnudo. Uno de mis hombres le vio los antebrazos llenos de curiosas cicatrices y se acordó de uno de mis avisos para buscarle. El resto fue muy fácil.

—¿Y por qué me lo confiáis tan tarde?

Jérôme de Galand se encogió de hombros.

—La Fronda ya no existe. Los de Condé van hacia el ejército real como los Pompeyos acabaron haciendo para salvarse ante César, general y centurión en jefe. El rey estará aquí mañana, dentro de dos días o de una semana. Hoy podemos arrojarnos tras el rastro del Desollador, ya sé quién es y ahora no le protege mucha gente. Ayer no era así.

El conde de Nissac echó una mirada al prisionero, a quien las cadenas, demasiado cortas, obligaban a quedarse de rodillas.

—Jérôme, haz que lo suelten. Que le den una camisa y calzas, yo no hablo con un hombre tan degradado, aunque sea el más indigno de los seres.

El policía vaciló, luego dio órdenes. Nissac lo llevó aparte para preguntar:

—¿Ha confesado rápidamente?

—Desde luego que no. Ha soportado la violencia y no ha aceptado hablar si no a cambio de mi palabra de que encontraría la libertad y sin duda algunos cajones de oro apartados para huir.

Nissac se crispó:

—¿Habéis dado vuestra palabra?

—La he dado.

—¿Y la vais a mantener, pues?

—Nada hay menos cierto.

Aunque había pocas cosas en el mundo, y menos personas todavía, que pudieran asustar al policía, éste bajó los ojos ante los del conde de Nissac, en los que vio por primera vez mucha cólera contenida:

—Señor de Galand, ignoramos cuáles serán las reglas del mundo nuevo por el que trabajamos vos y yo y que no veremos en vida. Pero en éste el rey os hizo barón y sabed que hay usos con los que no se puede jugar sin perder el rango. Así pasa con el honor y la palabra dada, cuando se es caballero, aunque sea a un granuja. ¿Me he

explicado, barón de Galand?

—Este hombre será liberado, tenéis mi palabra —concedió Galand con voz monótona.

—Entonces vamos a hablar con él —respondió Nissac.

El conde interrumpió con un gesto desdeñoso los agradecimientos del marqués, diciendo:

—Al grano, señor.

D'Almaric vaciló, como si el nombre de su antiguo amo no pudiera salir por sus labios.

Prefirió remontarse lejos en el tiempo:

—Odia a las mujeres, y sobre todo a su madre, pues si hubiera sido el mayor habría tenido una vida muy diferente. Así se vengaba... Pero eso no era todo. Siempre traicionó, incluso antes de desollar a las mujeres. Aparentemente es un hombre con humor, pero es débil y la traición corre por sus venas, aunque lleve uno de los mayores nombres del reino. Conspiró en mil seiscientos veintiséis con Henri de Talleyrand-Périgord, conde de Chalais, pero fue éste a quien ejecutó un verdugo tan torpe que tuvo que dar quince hachazos antes de matarlo y a la multitud se le revolvió el estómago de asco. En mil seiscientos treinta y dos conspiró de nuevo, con Henri de Montmorency. Levantaron el Mediodía, pero sólo Montmorency murió bajo el hacha... En mil seiscientos treinta y seis, conspiró con el conde de Soissons, y lo abandonó en el último momento. En mil seiscientos cuarenta y uno, conspiró otra vez, esta vez con Cinq-Mars, pero sólo decapitaron al marqués.

Nissac ya había comprendido y, aunque sorprendido, no interrumpió a d'Almaric, que continuó:

—Vos, Galand, que sois un policía tan hábil, no fuisteis muy astuto. Debisteis haber conocido su pasión por las ciencias ocultas, que no era ningún secreto en la ciudad. El Desollador practicaba el satanismo, recordad el azufre de la señora de Montjouvent. Debisteis relacionar las dos cosas, que son evidentes.

—¡Pues bien, no lo hice! —respondió el jefe de la policía, molesto.

—¡Proseguid! —ordenó Nissac.

El marqués d'Almaric continuó:

—¿Qué puedo decir...? Al principio, creí que quería follarse a una guapa campesina en una casa tranquila y no me alarmé. Pero el hombre es inteligente y lo había previsto todo. Yo no conocía a la pareja espantosa que preparaba a las mujeres, y ellos mismos lo ignoraban todo de los dos oficiales del regimiento del Desollador, que no sabían que yo existía, ¿comprendéis...? Todo estaba pensado así para que todos trabajaran en soledad para el gran amo, el único conocedor del conjunto.

—¿Y luego el oro os ayudó a olvidar vuestros escrúpulos? —replicó Jérôme de Galand, con tono ácido.

—Me tambaleaba en esa vida de loco como una persona que camina en la noche por el borde de un tejado, con los ojos abiertos, pero que está dormida. Me enredaba

entre la sangre y el oro. Veía violar, matar, desollar... Estaba al lado del Príncipe de la Sangre, una de las potencias del reino y creía, no, sabía que, aun desenmascarado, quedaría impune.

—¡No soy de la misma opinión! —respondió Jérôme de Galand mientras cruzaba una mirada con el conde de Nissac.

Pero éste parecía más reservado.



El barón de Galand y los Fulares rojos se presentaron en el Palacio de Luxemburgo. El policía iba acompañado por cincuenta de sus arqueros y sesenta coraceros de élite mandados por el rey urgente y discretamente para apoyar la acción del general de policía.

Los pocos hombres del regimiento de Valois que custodiaban el Palacio fueron reducidos rápidamente y Galand y Nissac no tardaron en hacer frente a Señor.

Galand expuso secamente sus motivos, y el duque de Orleans respondió:

—¡Idos!

Al general de policía le habría gustado ganar tiempo, pues sabía que en ese mismo momento los falsarios y expertos, que estaban a su servicio y que habían entrado detrás de arqueros y coraceros, registrarían el lugar a escondidas.

Pero se sentía desfallecer.

Señor, hijo de Enrique IV, hermano de Luis XIII, tío de Luis XIV, era demasiado para él.

Entonces Nissac salvó la situación, con la espada en la mano:

—¿Irnos...? Intentad echarme, Señor... asesino.

Gaston de Orleans lo observó, sorprendido por el bonito sombrero de plumas rojas y blancas.

—¿Quién sois, vos que seréis colgado mañana?

—Loup de Pomonne, conde de Nissac, teniente general de artillería, en el ejército real, jefe de los Fulares rojos y, espero, vuestro atormentador.

El duque retrocedió, frotándose los dedos de las manos como las moscas hacen con sus patas, y murmuró:

—Estoy enfermo...

Pero como sus palabras no tuvieron efecto en los rostros duros de los hombres que se enfrentaban a él, se rehízo:

—El rey, mi sobrino, no hará absolutamente nada contra mí. ¡No puede!

Los ladrones y falsarios pasaron por delante de las ventanas. El escondrijo infantil del Desollador no había engañado mucho tiempo a unas personas para las cuales el robo es una ciencia perfectamente conocida. Llevaban varias cabezas flotando en tarros, estatuillas extrañas, una máscara de plata y otros objetos de la capilla secreta del duque, que palideció diciendo:

—No obtendréis nada.

Nissac se precipitó fuera y detuvo un momento a los falsarios.

Durante ese rato, Galand miraba al hombre sin comprenderlo bien: nacido antes que Luis XIII, su hermano, habría sido rey, y no podía perdonar por ello a su madre ni a ninguna mujer.

El conde de Nissac volvió con la estatuilla que representaba a Mathilde. Adivinando que su amigo Galand estaba demasiado impresionado para hablar, lo sustituyó:

—Gaston de Orleans, moriréis solo. Y moriréis pensando que yo, conde de Nissac, tengo la felicidad de acariciar cada día el cuerpo de la que inspira vuestra pasión. ¡En cuanto a lo que hará el rey con respecto a esto, tiene poca importancia!

Con un gesto violento, arrojó la estatuilla contra el suelo de mármol, y ésta se rompió.



El largo informe de Jérôme de Galand salió el mismo día con algunas pruebas y el rey lo leyó aquella noche, dirigiendo una mirada desconsolada a las cabezas de las desgraciadas en sus tarros.

Al alba, mandó un billete, después de reflexionar largas horas:

Señor general de policía, querido Galand:

Mi tío es de sangre real, hermano de mi padre, el difunto rey. No puedo quitarle la vida, ni organizar un proceso contra él que sería una deshonra para todo el reino.

Pero será duramente castigado.

Luis, REY DE FRANCIA

Al día siguiente, 15 de octubre, el general de policía Jérôme de Galand recibió la respuesta real.

Se puso el traje negro, que mandó cepillar, se hizo afeitarse, se caló el sombrero negro de pluma negra y se dirigió al pequeño cementerio de los Fulares rojos. Luego, delante de la tumba de la señora de Montjouvent, el jefe de policía se disparó un tiro en la cabeza.

El 16, al día siguiente, los tres fulares rojos asistieron a su entierro. El conde de Nissac había hecho ampliar la fosa de la señora de Montjouvent y puso el ataúd de su amigo al lado de la persona a la que había amado.

Las dos cruces, juntas, se tocaban.

El rey de Francia mandó decenas de ramos de flores de lis, que contrastaban en un bonito efecto con las ocho bandas de seda roja que ondeaban graciosamente al viento.

El conde de Nissac, los barones de Fervac y Florenty, una vez hechos los honores,

envainaron sus espadas.

Luego se miraron.

Fue Florenty, en su simplicidad, quien resumió el pensamiento de todos, diciendo:

—Nuestras esposas nos esperan desde hace mucho tiempo... Me gustaría que volviéramos a casa.

Los tres hombres, con el fular rojo en torno al cuello, cabalgaban de frente, en silencio, cansados y polvorientos.

En el centro iba el conde de Nissac, flanqueado por los barones de Fervac y de Florenty. Un aristócrata de la vieja nobleza entre un ex condenado a muerte y un ex galeote.

Se dirigían al castillo de Saint-Germain, donde acababa de instalarse la Corte. El secretario de Mazzarino, que no había seguido a su amo en su artificioso exilio, insistía, por medio de un billete, en que llegaran concretamente a las tres de la madrugada.

Así lo hicieron, preguntándose, en cuanto llegaron, si se habrían equivocado de hora, de lugar o de día.

El rey Luis XIV, sobre un bonito caballo blanco, precedía al mariscal de Turenne y todos los altos señores de la Corte, mientras fuertes contingentes del ejército real se alineaban a un lado y otro de la avenida para rendir homenaje a los tres jinetes grises de polvo.

El conde de Nissac se separó ligeramente de sus dos amigos. A pesar de la fatiga de la interminable guerra contra la Fronda y su rostro de rasgos cansados, tenía un aspecto elegante, aunque a algunos parecía extraño. Llevaba la espada en el costado, dos pistolas en el arzón de la silla y una tercera en el cinturón, un mango de puñal saliendo de una de sus botas, una larga capa negra al viento y una liga de seda roja y puntilla blanca en el brazo derecho. Un sombrero de fieltro marino con el ala bajada sobre los ojos, y con unas magníficas plumas roja y blanca que se agitaban al viento, le daba a la vez el aspecto de un distinguido jefe de malhechores y el de un gran señor volviendo de la guerra.

Al llegar delante del rey, tiró de las riendas de su gran caballo negro, que, levantándose, caracoleó batiendo el aire al mismo tiempo que, con un gesto de gran elegancia que indicaba alta y antigua nobleza, el conde se quitaba el sombrero con un ademán amplio delante del monarca.

Éste le sonrió.

—¡Bienvenido... señor mariscal de Nissac!

Nissac tardó unos segundos en comprender que se estaba refiriendo a él:

—Sire, os he servido como tantos otros.

—No. Con mil como vos el mundo entero sería mío.

—Pues sólo fuimos doce, Majestad.

Un velo de tristeza cruzó la mirada de Luis XIV.

—Y sólo quedáis cuatro tras esta magnífica aventura.

Las ocho tumbas de los fulares rojos, a la sombra de la iglesita y del gran tilo, fueron el pensamiento común de los dos hombres; luego el rey suspiró:

—Señor mariscal, nunca sabréis cuánto vuestros múltiples logros han animado mi

corazón a lo largo de estos terribles años, el de mi madre la reina y el del cardenal. Os lo agradezco profundamente, pues si vos no hubierais existido, la opinión que tengo de los hombres sería muy diferente.

El rey se agachó ligeramente hacia delante sobre el cuello del caballo, y bajó el tono para decir:

—¿Buscáis a alguien entre el gentío?

—En realidad, Vuestra Majestad...

El rey se irguió, sonriendo ante el apuro del mariscal de Nissac.

—¿Sabéis que hay alguien que os espera con gran impaciencia?

Una momentánea crispación de las mandíbulas indicó el interés del conde, y eso divirtió a Luis XIV que, volviéndose hacia el castillo, al extremo de la larga avenida, levantó la mano.

Al fondo del alineamiento de miles de gendarmes, dragones, caballeros, mosqueteros y coraceros, apareció una silueta femenina salida de las filas de los cortesanos, sola e inmóvil en medio de la gran avenida.

El rostro del rey, bruscamente, recuperó una expresión infantil.

—Nissac, hacedme soñar despierto una vez más, galopad como imagino hacen los Fulares rojos... ¡y no quiero veros antes de esta noche a mi mesa!

Nissac clavó los talones de sus botas en los flancos de su alto caballo negro, que ganó velocidad hasta galopar.

El rey, los mil soldados, los cortesanos miraron con espanto la escena que tenía lugar ante sus ojos, escena de gran belleza, pero cuyo sentido se les escapaba.

El caballo negro avanzaba, su jinete casi echado sobre el cuello para no ofrecer resistencia al viento que hacía ondear su larga capa negra y chafaba las soberbias plumas rojas y blancas de su sombrero.

El caballo y su jinete iban directos hacia Mathilde de Santheuil. Ésta no se movió, y el caballo no se apartó ni una pulgada de su loca trayectoria.

El rey, los soldados y las bellas damas de la Corte soltaron a la vez un grito de espanto que pronto fue un clamor, pues imaginaron a la baronesa atropellada.

Pero el caballo hizo algo extraordinario, que nadie había visto nunca y que no se vería nunca más en la Corte del rey Luis XIV.

El pie izquierdo de Nissac dejó el estribo y el conde, en gran equilibrio, se inclinó a la derecha y tomó en sus poderosos brazos a la baronesa como si cogiera una flor con la mano.

Luego, dejó a la joven delante de sí, sentada de través en la silla, y aminoró la marcha.

Pareció a todo el mundo que la pareja se daba un largo beso. Mientras la baronesa pasaba el brazo en torno a la cintura de su amado conde, éste hizo caracolear a su caballo negro sobre las patas traseras y saludó a Luis XIV con un gesto lleno de gracia, quitándose el sombrero de plumas.

Entonces el caballo, con paso tranquilo, llevó a la pareja abrazada hacia el

castillo.

Epílogo

EL REY...

El rey Luis XIV y Ana de Austria hicieron entrada solemne en la villa de París el 21 de octubre de 1652.

Esta vez fueron los partidarios de la Fronda los que tuvieron que tomar precauciones.



LOS MALOS...

El 23 de octubre, Gaston de Orleans, por orden de su real sobrino, dejó París para siempre para morir unos años después en su castillo de Blois, olvidado por todos. O casi todos.



El duque de Beaufort se sometió al rey y, tal vez fascinado todavía por Nissac, obtuvo el mando de una flota real.

En un gran progreso, venció dos veces a los berberiscos, pero fue muerto en 1669 en el asedio de Candie.



El «Gran Condé» se pasó a los españoles, obtuvo algunas victorias a expensas de sus compatriotas, pero, al mando del ejército español, fue vencido por Turenne entre Dunkerque y Nieuwpoort durante la decisiva «batalla de las dunas».

Perdonado en 1668, sucedió a Turenne en el mando de los ejércitos y, con respecto al rey de Francia, se reconcilió con éxito.

Envejeció rodeado de poetas y escritores, como Boileau y Racine, y sin duda había cambiado mucho, pues ¿un hombre a quien le gusta la literatura puede ser malo del todo?

Bousset pronunció su oración fúnebre.



La máscara de plata, pieza magnífica, fue robada por uno de los falsarios a las órdenes de Galand el mismo día del suicidio de éste.

Sus tres propietarios sucesivos hallaron la muerte en los tres años siguientes, así que fundieron la máscara de plata en dos lingotes que fueron comprados por un joyero inglés que no conocía su reputación de atraer la mala suerte.

Nunca llegaron a Inglaterra, pues el barco que los transportaba naufragó cerca de

Cornualles y de las islas Scilly, con tiempo claro y mar en calma.



El marqués Jehan d'Almaric, retirado a Londres, donde vivió fastuosamente, fue asesinado con cincuenta y tres cuchilladas de espada por cuatro hombres llegados de Francia, a los que no capturaron, pero que, según el testimonio de un pasante, parecían militares de paisano.

El asesinato tuvo lugar justo un año después de la muerte de Galand, y las cincuenta y tres cuchilladas correspondían a la edad del jefe de policía real el día en que se suicidó.

Al cabo de unos días, cuatro de los más fieles arqueros del difunto barón de Galand fueron castigados ligeramente por viajar sin justificación a un lugar que se negaron siempre a revelar.

HISTORIA MODERNA...

Durante su largo reinado, el rey hizo que hubiera siempre flores de lis en las tumbas de los Fulares rojos.

Luego los reyes que siguieron olvidaron esta costumbre, pero unas manos desconocidas continuaron decorando las tumbas hasta finales del siglo XIX.

En el siglo siguiente, el XX, que no brilló por el buen gusto pero fue notable por su pretensión, la Iglesia fue destruida, el viejo tilo cortado y las antiguas tumbas de nombres indescifrables fueron arrasadas, dispersando algunos huesos, por unos aparatos muy extraños que parecían moverse como orugas.

En su lugar, hoy hay una taberna de cristal que no tiene el encanto y la intimidad de las de otros tiempos, especializada en panes redondos que se pegan a los dientes, en los que hay algo que recuerda vagamente a carne picada, salsa insípida, lámina de queso sin gusto, rodajas de pepinillo sosísimo y hoja de ensalada que no hubieran querido ni los conejos terriblemente hambrientos del París de la Fronda...



ENTRE UNOS Y OTROS...

El cardenal Mazzarino fue llamado a volver del exilio solamente cinco días después de que el rey entrara en la villa de París.

Se esperaba lo peor.

La muchedumbre lo recibió triunfalmente.



REDENCIÓN...

Charlotte de La Ferté-Sheffair, duquesa de Luègue, tomó los hábitos con las hermanas de Port-Royal de París y se retiró del mundo al cabo de unos meses.

Legó todos sus bienes a Port-Royal.



LOS BUENOS...

El mariscal de Turenne, que sólo había fallado una vez, pero por amor, lo que no es una excusa insignificante, continuó sirviendo al rey con entrega.

Murió en combate, cerca de Sasbach, en 1675...



El duque de Salluste de Castelvalognes, general de los jesuitas, prosiguió sus estudios durante treinta y siete años, hasta su muerte el 14 de julio de 1689. Sus múltiples archivos desaparecieron, pero sin duda no para todo el mundo, pues se encontró el rastro de sus ideas, en círculos secretos, durante un siglo, día tras día.

Al cabo de ese tiempo, en 1789, no fue necesario ya expresar esas ideas en pequeños comités: eran la esencia misma del poder revolucionario, que cambió la cara del mundo proclamando los Derechos del Hombre.



Al rey, que le propuso un cargo en el ejército, el barón de Florenty respondió con modestia pero firmeza que prefería unas buenas tierras.

Se las dieron, y extensas, de campos de trigo y bonitas praderas. El equivalente de la mitad de la villa de París.

Además, su mujer acabó por amarlo como era, incluso más de lo razonable.



El barón Maximilien de Fervac se convirtió en coronel del regimiento de los Guardias Franceses, donde había servido como simple sargento; luego fue nombrado teniente general y combatió junto al mariscal de Turenne.

Compró un gran castillo y su mujer, la bella Manon, le dio cinco hijos.

Murió en combate, al cabo de veinte años, en 1672, en el dramático paso del Rin, al mismo tiempo que Charles-Paris de Orleans-Longueville, conde de Saint-Paul, el joven hijo de la encantadora señora de Longueville y del duque de La Rochefoucauld, una de las más célebres y elegantes parejas de la Fronda.

El azar es algo muy singular...



Loup de Pomonne, conde de Nissac y mariscal de Francia, se casó con la baronesa

Mathilde de Santheuil el año mismo en que la Fronda fue barrida.

La boda la celebró en la más estricta intimidad el duque de Salluste de Castelvalognes. Sólo asistieron dos ex fulares rojos y sus esposas, pero también Luis XIV, Ana de Austria y Mazzarino.

El conde no volvió a tomar las armas, pues no podía separarse de Mathilde ni una sola noche.

No fueron vistos nunca en la Corte, pero más de una vez, sin embargo, el rey de Francia y el cardenal Mazzarino dieron un rodeo para ir a visitar en su viejo castillo del Canal al ex jefe de los Fulares rojos.

El conde y la condesa de Nissac sorprendieron mucho a las poblaciones de Saint-Vaast-La-Hougue y Berfleur, que no los querían menos, por lo generosos que se mostraban con los más desheredados.

Pero no era corriente ver a una pareja de tan alto linaje cabalgar durante horas por la orilla, seguidos por el perro *Mousquet* y luego por los descendientes de éste.

También resultaba asombroso que el mariscal de Nissac y señora lucharan con espadas hasta la puesta del sol antes de abrazarse apasionadamente.

Después de treinta y cinco años de felicidad, la señora de Nissac cayó enferma y supo que iba a morir. El conde y mariscal de Francia la cargó entonces en una barca y remó más lejos de la línea del horizonte, con la cabeza de su amada tiernamente apoyada en su hombro, como en la noche fabulosa de su juventud en que entraron a Notre-Dame en barca.

Nunca volvieron a verlos, pero corre una leyenda en su tierra según la cual los Nissac, muertos todos en el mar, tienen allí un reino secreto.

Tuvieron dos hijos guapos y valientes, que fueron a su vez padres de otros hijos, y así sucesivamente.

Sin embargo, curiosamente, ya fuera en el reinado de Luis XV, de Luis XVI, en la Revolución, en el Imperio y los tiempos que siguieron, parece que, si uno era conde de Nissac, la aventura acudía inmediatamente, cada vez más apasionante.

Tendré que contároslo algún día próximo...

Saint-Vaast-La-Hougue, París, marzo de 2000

Notas

[1] En esta época, el delfín era declarado mayor de edad y coronado rey a los trece años.<<

[2] Implicado en 1603 en «la intriga de los Importantes», que pretendía liquidar a Mazzarino, el duque de Beaufort fue encerrado en Vincennes, de donde se evadió al principio de los hechos.<<

[3] Juzgo lo que entiendo.<<

[4] Dos metros.<<

[5] Treinta y tres centímetros.<<

[6] Jóvenes empleados por los notarios, procuradores y abogados. Tradicionalmente, eran turbulentos, les gustaba el desorden y el tumulto.<<

[7] Unos 40 kilos.<<

[8] Tablillas de madera.<<

[9] El juego de bastones antepasado del hockey.<<

[10] Equivalente del prefecto de policía.<<

[11] Mendigos profesionales<<

[12] Soldados inválidos que mendigan.<<

[13] Autores de robo con violencia.<<

[14] Treinta y tres centímetros.<<

[15] Antepasado del golf.<<

[16] Día de cólera, día... que reducirá el mundo a cenizas.<<